



Universidad  
Carlos III de Madrid

## **TESIS DOCTORAL**

### **“PERIODISMO Y BOHEMIA”** **(En Madrid alrededor de 1900)**

**Los bohemios en la prensa del Madrid absurdo, brillante y  
hambriento de fin de siglo**

**Autor:**  
**MIGUEL ANGEL DEL ARCO BRAVO**

**Directores:**  
  
***María Jesús Casals Carro***  
  
***Juan Carlos Sánchez Illán***

**Departamento de Periodismo y Comunicación Audiovisual**

**GETAFE, mayo de 2013**



## **TESIS DOCTORAL**

### **“PERIODISMO Y BOHEMIA”** **(En Madrid alrededor de 1900)**

**Los bohemios en la prensa del Madrid absurdo, brillante y hambriento de fin de siglo**

**Autor:**  
**MIGUEL ANGEL DEL ARCO**

**Directores:**  
***María Jesús Casals Carro***  
***Juan Carlos Sánchez Illán***

Firma del Tribunal Calificador:  
Presidente: (Nombre y apellidos)

Vocal: (Nombre y apellidos)

Secretario: (Nombre y apellidos)

Calificación:

Firma

Getafe, 31 de mayo de 2013





“Madrid es el inmenso hospital donde se refugian todos los desheredados, todos los soñadores, todos los perdidos de España”.

**Enrique Pérez Estrich**, *El frac azul*, 1864.

“La bohemia es el aprendizaje de la vida artística”.

**Henry Murger**, *Escenas de la vida bohemia*, 1851

“Los bohemios existen hoy como existieron ayer y como existirán mañana, porque la bohemia no es una forma de vida, ni una disciplina literaria, ni un alarde momentáneo de desorden. La bohemia es, sencillamente, la juventud pobre que se consagra a las artes y que llena su miseria con orgullo”.

**Enrique Gómez Carrillo**, *La miseria de Madrid*, 1921.

“La bohemia discute todo y lo pone en duda, es una significativa fuerza que impide la petrificación de la vida pública, siendo el aliento vivificador de la prensa”.

**Ernesto Bark**, *La Santa Bohemia*, 1913

## Agradecimientos

El primer reconocimiento es para María Jesús Ortiz, cuya es una buena parte de esta tesis. Sin su apoyo, sin su aliento, sin su ayuda, sin sus indicaciones, sus ánimos, sus correcciones, sin su tiempo, no habría sido posible este trabajo, ni tantos otros. Todo mi agradecimiento por estar y por ser.

También quiero brindar esta larga, esforzada y apasionante investigación a Jorge y Gonzalo, mi gente, mi equipo. Mis hijos. Porque sepan disculpar los tiempos que les he quitado a ellos para dedicárselos a los bohemios.

Esta tesis debe mucho también a José Esteban. Es quien más sabe de bohemias, y de muchas otras cosas. Siempre ha estado dispuesto a aclarar, a animar. Su prodigiosa memoria se basta para apuntar un dato, para distinguir un nombre, para aclarar un pasaje.

Agradezco igualmente la disposición que han tenido algunos estudiosos de la bohemia, Javier Barreiro, Víctor Fuentes y Manuel Aznar, por su desprendida disposición a entrevistarse conmigo y precisar dudas.

Quiero hacer una mención especial de gratitud a María Pilar Díezhandino, por su apoyo, por su empuje, por su generosidad y por querer estar sin aparecer.

Agradezco a mis directores sus indicaciones y su interés.

A María Jesús Casals su confianza y su complicidad desde el Master, desde la elección de tema, desde facebook.

Muchas trabajadoras de la Biblioteca Nacional y de la Hemeroteca Municipal de Madrid se han desvivido por ayudarme a buscar libros y periódicos. Una idea, una buena disposición y una sonrisa han hecho más que todos los sistemas informáticos y reprográficos.

Agradezco también, mucho, la paciencia e interés que han mostrado amigos y compañeros al escuchar durante más de dos años mis relatos de bohemios.

Y a Inés Luna y Crónicaynegra, dos historias que han tenido que esperar su turno, a veces con impaciencia.

## **INDICE**

	Pg.
1.- INTRODUCCIÓN	
1.1. Una etiqueta con glamour.....	13
1.2. Cinco arquetipos.....	15
1.3. Un estado del periodismo.....	18
1.4. Justificación y planteamiento, la idea de la tesis.....	22
2.- EL ORIGEN DE LA BOHEMIA	
2.1 Asunto de gitanos y vagabundos.....	27
2.2 París, el inicio de todo.....	32
2.3 Tres bohemias francesas: la elegante, la refractaria y la simbolista.....	36
2.4 Dos caminos hacia la bohemia en España: el romanticismo y la miseria.....	39
3.- EL MARCO DE LA BOHEMIA ESPAÑOLA	
3.1 Hija de la Restauración.....	43
3.1.1 Corriente social y política.....	46
3.1.2 Entre la bohemia elegante y la bohemia negra....	48
3.1.3 Oferta y demanda de mano de obra artística.....	50
3.2 Perfil sociológico.....	51
3.3 La relación con el periodismo.....	52
3.4 Modernismo, Generación del 98.....	54
3.4.1 Términos controvertidos.....	55
3.4.2 Diferentes manifestaciones, una misma actitud...	58
3.4.4 Regeneracionismo.....	60
4.- HIPÓTESIS y PREGUNTAS	
4.1 Historiadores y protagonistas del fin de siglo.....	64
4.2 Prehistoria del periodismo moderno.....	66
4.3 La prensa como medio de vida o como púlpito.....	67

4.4 Enriquecieron el mejor periodismo español.....	68
4.5 Escritores de encargo.....	70
4.6 Parte de la Edad de Oro.....	72
4.7 Crearon un lenguaje nuevo.....	74
4.8 Las preguntas.....	78
4.8.1. Aportaron contenidos o personajes.....	78
4.8.2 Buscaban la gloria, la fama o el ideal.....	79
4.9.3. Cómo era el espíritu periodístico.....	81
5.- METODOLOGÍA Y FUENTES	
5.1 Fuentes primarias y secundarias.....	83
5.2 Madrid, el escenario.....	85
5.3 Cuarenta años de bohemia.....	88
5.3.1 Dos lustros entre dos hitos periodísticos.....	90
5.3.2 La trascendencia de un drama.....	91
5.3.3 Acontecimientos mediáticos.....	93
5.4 Cinco periodistas bohemios.....	95
5.5 Cien textos periodísticos.....	99
5.6 Las tablas para un análisis cuantitativo y cualitativo.....	100
5.7 Las fuentes.....	102
5.7.1 Artículos, memorias y biografías.....	103
5.7.2 Las pistas de la bohemia en la ficción.....	111
5.7.3 El diario de 1900.....	114
6.- UNA HISTORIA POR CONTAR	
6.1 El escaparate de la periferia.....	117
6.2 ¿Cuántas bohemias hubo en España?.....	118
6.3 Al menos dos generaciones.....	120
6.4 La tercera vía de la golfemia.....	126
6.5 Las maneras de estar en la bohemia.....	129
6.6 Todos colaboradores de prensa.....	132

6.7 Carne de anecdotario.....	134
6.8 Personajes y personalidades.....	136
7.9 El fin de la bohemia.....	141
<b>7.- OBJETO DEL ESTUDIO</b>	
7.1 Las relaciones de la bohemia con el periodismo.....	145
7.2 La transformación de la prensa.....	148
7.3 La política en el horizonte.....	150
7.4 Los primeros Free lance.....	155
7.5 Tertulias y publicaciones.....	158
<b>8.- CONTEXTO HISTÓRICO</b>	
8.1 Fin de siglo, decimonónico.....	163
8.2 La España del turnismo.....	164
8.3 La prensa muestra el ambiente de desilusión.....	170
8.4 Madrid, el puerto de todos los naufragos.....	173
8.5 El mapa de la Corte de los Milagros.....	176
8.6 La lucha por la vida, héroes de arrabal.....	178
8.7 Un barrio latino y una calle bohemia.....	181
8.8 Choque generacional. Viejos y Nuevos enfrentados.....	185
8.9 Tiempo de polémicas.....	193
8.10 La modernidad.....	195
8.11 ¿Todos la misma tribu? ¿Qué tribu?.....	204
8.12 Soñadores de provincias.....	210
8.13 Hampones, artistas o buscavidas.....	214
<b>9.- LA PRENSA FINISECULAR</b>	
9.1 ¿Qué periodismo? .....	221
9.2 Las redacciones.....	224
9.3 De la opinión a la información.....	226
9.4 Los nuevos géneros.....	228
9.5 Oficio de periodista.....	229

9.6 Ocho mil periodistas.....	231
9.7 Pluriempleados.....	234
9.8 Fondo de reptiles.....	236
9.9 Hitos periodísticos, anticlericales y bohemios.....	237
9.9.1 El estreno de Electra.....	237
9.9.2 El caso Ubao.....	240
10.- DÓNDE ESCRIBEN LOS BOHEMIOS	
10.1 Tendencias y cabeceras.....	245
10.2 Mecenas.....	247
10.3 Periódicos convencionales:	250
10.3.1 <i>El País</i> , principal refugio de bohemios.....	250
10.3.2 <i>El Globo</i> , segundo refugio liberal ilustrado.....	255
10.3.3 <i>El Progreso</i> , lleno de redactores robados.....	256
10.3.4 <i>España</i> , la última redacción bohemia.....	258
10.3.5 <i>La Correspondencia de España</i> , varias ediciones diarias.....	259
10.3.6 <i>El Gráfico</i> , muerto de sensacionalismo.....	260
10.3.7 <i>El Liberal</i> , el éxito de los concursos.....	261
10.3.8 <i>El Heraldo de Madrid</i> , el más madrileño.....	262
10.3.9 Incluso en <i>El Imparcial</i> .....	263
10.4 Periódicos radicales y bohemios:	265
10.4.1 <i>Don Quijote</i> , satírico y anticlerical.....	265
10.4.2 <i>El Evangelio</i> , compromiso con la verdad.....	266
10.4.3 <i>La Democracia Social</i> y <i>Germinal</i> , diario y semanario de la Gente Nueva.....	274
10.5 Revistas y semanarios:	278
10.5.1 <i>Vida Nueva</i> , la exaltación de lo moderno.....	278
10.5.2 <i>La Vida Literaria</i> , desde un cisma modernista...	279
10.5.3 <i>Gedeón</i> , humorismo político.....	280
10.5.4 <i>Alma Española</i> , la esperanza de otra España.....	281

10.5.5 <i>El Motín</i> , la fortaleza anticlerical.....	284
10.5.6 <i>La Anarquía Literaria</i> , contra la tontería y la vulgaridad.....	285
10.5.7 <i>Revista Nueva</i> , los bonos del mecenas.....	286
10.5.8. <i>Madrid Cómic</i> , el humor costumbrista	287
10.5.9. <i>La vida galante</i> , un aire festivo y frívolo	287
10.6 Publicaciones de vida corta.....	289
10.7 Libelos.....	293
11.- GENERACIÓN OLVIDADA	297
11.1 Alejandro Sawa (1862-1909). El negro de Rubén Darío...	299
11.1.1 El auténtico bohemio.....	302
11.1.2 Sobre todo periodista.....	304
11.2 Luis Bonafoux (1855-1918). La pluma mojada en bilis....	310
11.2.1 Entre crónicas, multas y duelos.....	313
11.2.2 Dreyfus y Cuba.....	319
11.3 Pedro Barrantes (1860-1912). El hombre de paja.....	324
11.3.1 Envenenado con matarratas.....	330
11.4 Joaquín Dicenta (1863-1917). El líder.....	334
11.4.1 Desordenado, manirroto y mujeriego.....	338
11.5 Antonio Palomero (1869-1914). El perejil de todas las salsas bohemias y periodísticas.....	345
11.5.1 En una nube de humo.....	348
12.- UN CENTENAR DE LECCIONES DE PERIODISMO	353
12.1 Nombres con firma.....	357
12.2 Dolor por España.....	361
12.2.1 Y dolor por la prensa.....	362
12.3 Fieles a seis principios del pensamiento bohemio.....	363
12.3.1 Místicos y anticlericales.....	364
12.3.2 Con los pobres oprimidos y explotados.....	367
12.3.3. Contra rutinas y retóricas, la sátira y la	

caricatura.....	369
12.3.4 Buscan la belleza.....	370
12.4 Cronistas y reporteros.....	372
12.5 Redactores y articulistas.....	380
12.6 Información u opinión.....	384
12.7 Estilo periodístico, estética urbana.....	385
12.8 Diccionario bohemio.....	387
12.9 Lenguaje cuidado.....	395
12.10 Criterios periodísticos.....	398
12.10.1 Las fuentes.....	398
12.10.2 Nombres propios.....	398
12.10.3 Entre dos fechas.....	399
12.10.4 Las cabeceras.....	399
12.10.5 Titulares: cortos y en portada.....	401
12.11 Materia social, política y cultural.....	404
12.12 Asuntos y rasgos recurrentes.....	405
12.12.1 Sobre una realidad monótona, triste y negra	407
12.12.2 El pulso entre lo nuevo y lo caduco.....	409
12.12.3 Sobre ellos mismos y sobre la bohemia.....	410
12.12.4 Y de periódicos y periodismo.....	415
CONCLUSIONES.....	417
BIBLIOGRAFÍA.....	438
FUENTES DOCUMENTALES.....	451
ANEXOS	
Tablas	
Los cien textos	



## 1.- INTRODUCCIÓN

---

### 1.1 Una etiqueta con glamour

La etiqueta bohemio viene del siglo XIX y de París. Se aplicaba a artistas marginales y sin fortuna. Pero caló tanto que hoy es un cajón de sastre que vale igual para admirar que para condenar. Se destina a todo tipo desastrado, desocupado, extravagante y raro. Pero también a todo ser independiente, rebelde, original...

En el saco cabe igual la visión del mundo de un director de cine como Woody Allen, la independencia de una modelo como Kate Moss, la manera de ocupar el escenario de Mick Jagger, el modo de ejercer el periodismo de Francisco Umbral, la vocación itinerante de la generación Beat, determinada forma de vida del movimiento hippie o la actitud de un futbolista diferente como Eric Cantona. En apariencia ninguno de estos nombres tiene nada en común, pero tal vez tras una segunda mirada se descubra que todos comparten un relativo espíritu antiburgués, un disgusto por los convencionalismos, una aspiración de independencia, un aire irreverente, una cierta vocación trasgresora. Se puede decir que comparten, conscientemente o no, actitudes bohemias. Un bohemio hoy puede ser una persona romántica, o un soñador, o un idealista, o alguien que vive al margen del conformismo social. En su definición, el diccionario de Oxford dice: "Especialmente un artista, escritor o actor que lleva una vida irregular o libre de ataduras, medio vagabundo y que desprecia los

convencionalismos". Por su parte la Real Academia de la Lengua Española se refiere a la vida que se aparta de las normas y convenciones sociales, principalmente la atribuida a los artistas. El primer significado que atribuye a la palabra el diccionario ideológico de Julio Casares es gitano. El segundo: "Dícese de la persona, y especialmente del poeta o artista, de costumbres libres y vida irregular y desordenada". Bohemio era, originalmente, un término peyorativo que se aplicaba a los gitanos, ya que los franceses pensaban que estos habían venido de la región de Bohemia, en Europa Central. Pero cuando se habla de bohemia, además de reparar brevemente en esa región de la República Checa, lo más seguro es que se piense en el Barrio Latino de París como escenario histórico y en un tipo de personas creativas, libres, desinhibidas y un poco insolentes.

La cultura popular o el lugar común pintan el concepto de bohemia con un trazo grueso que abarca un toque de nostalgia, un aire de fascinación y también un cierto descreimiento que puede llevar al rechazo. Desde la ilusión por una vida despreocupada, a la admiración de un cierto dandismo y la desconfianza.

Entre la irreverencia, la rebeldía, la impudicia y el descaro, la palabra bohemia propone la añoranza de un tiempo brillante en el que los sueños eran posibles. Sugiere fascinación y pesadumbre al mismo tiempo, si bien incluye el brillo de lo diferente. De modo que hoy el término es tan denostado como ensalzado, tan negativo como positivo. Como en sus inicios, un bohemio puede ser admirado y despreciado al mismo tiempo.

Todas las guías de París ofrecen respirar el ambiente bohemio de los años pasados. Aseguran que con tan solo entrar en un bar y ver a los pintores con sus pinceles y a poetas en busca de sus musas, se puede evocar la memoria de Picasso, Hemingway, Oscar Wilde o Julio Cortázar. En ese lugar y en ese contexto de los años veinte del pasado siglo puso la cámara Woody Allen para rodar *Midnight in París*. Y al presentarla en el festival de Cannes de 2011 habló el director norteamericano de la nostalgia de un "tiempo dorado", para confesar que "siempre me han fascinado los artistas y bohemios en París durante esos años". En *Midnight in París* aparece esa atmósfera *Belle Époque*, decadente y alegre, llena de los artistas que se instalaron en el centro de la capital francesa. Refleja el imaginario colectivo que aplica a la bohemia un periodo de esplendor, de vida buena, disipada, protagonizada por artistas capaces de soñar y de deslumbrar. Todos tenían el denominador común en su apariencia despreocupada, poco cuidada.

El mundo de la moda se inspira a menudo en el universo bohemio cuando propone una ropa informal que facilita la expresión personal, sin más reglas que la originalidad. Cuando incorpora colores vivos junto a combinaciones inesperadas y atrevidas en un intento de sorprender y

perturbar un poco. Se fija en una estudiada individualidad y aporta una estética artístico-intelectual muy fotogénica. La moda y también la publicidad han ido adoptando algunos de los conceptos y de las formas de la bohemia. Cierta desaliño indumentario, una particular y a veces calculada rebeldía, unos nombres propios que concilian en su personalidad una pizca de genio con otra de indolencia... forman parte de un imaginario colectivo que atrae y, lo que parece más importante, no parece entrañar ningún peligro. Al contrario, proporciona cierta pátina de glamour, originalidad, sofisticación, independencia, inconformismo y postmodernidad.

Hoy el término bohemia tiene una connotación amable y comporta un aura de admiración cuando no de leyenda. Se entiende como una forma de vida, un estado de ánimo, una atmósfera. Ha calado de tal forma que la escritora norteamericana Laren Stover ha redactado un *Manifiesto bohemio*<sup>1</sup>, en el que enseña a ser, estar, comportarse y actuar como un bohemio. En realidad, a aplicar muchas de las actitudes bohemias a la buena vida. Se trata de vivir bien, si no lujosamente, sí sin preocupaciones, y además de una manera irreverente, más allá de lo convencional. Eso comporta una actitud desinhibida, creativa y libre.

## 1.2 Cinco arquetipos

El *Manifiesto bohemio*, lleno de glamour, de despreocupación, de estéticas y de sociología, propone una guía casi de autoayuda para vivir en el límite y la plantea más como un camino que como un fin. Se atreve a catalogar algo tan poco catalogable y le salen cinco arquetipos:

- El modernista estilo Nouveau es el más armónico con la sociedad en la que vive, tiene dinero, es inconformista y está comprometido con el arte.
- El de la vida gitana es libre, expatriado, soñador, vagabundo y algo anacrónico.
- La actitud zen, en referencia a la corriente budista, le lleva a la meditación, la búsqueda de lo espiritual.

---

<sup>1</sup> Stover, Laren. *Bohemian Manifesto. A Field guide to living on de edge*, Bulfinch Press, New York, 2004.

- La irreverencia de la generación Beat, tal vez los más desaliñados, continuamente a la deriva en busca de la utopía, espíritus libres siempre en el borde.
- Y por último el dandy, la persona elegante y refinada, aunque sus trajes estén hechos jirones, que desprecia los gustos del vulgo.

El escritor norteamericano Tom Robins<sup>2</sup> afirma que Laren Stover ha hecho un catálogo de todas esas realidades, exacto y simpático, pero ajusta con tino cuando dice que: “El mundo burgués es un mundo real en el que todo es falso. El mundo bohemio es un mundo falso en el que todo es real”.

Dos años antes, en 2002, la escritora inglesa Virginia Nicholson, nieta de dos miembros del grupo de Bloomsbury, Clive y Vanesa Bell, la hermana de Virginia Woolf, escribió un riguroso estudio *Entre los bohemios*<sup>3</sup>, en el que analiza de manera sistemática la forma de vida bohemio de un importante grupo de artistas, escritores, pintores y músicos británicos de las primeras décadas del siglo XX. Sus actitudes ante el arte, el dinero, la belleza, la ropa, el sexo y sus relaciones, pasando por su aspecto personal.

El libro puso el foco en unos espíritus rebeldes, libres y pioneros de lo que más tarde sería el movimiento hippie de los años sesenta. Un grupo de artistas que quisieron escapar del corsé de la sociedad victoriana llevando el idealismo y la creatividad a todos los aspectos de la vida diaria. Incluso haciendo oídos sordos a las acusaciones de borrachos y pendencieros. Tomaron drogas, experimentaron con la homosexualidad, tuvieron matrimonios abiertos y criaron a sus hijos fuera del matrimonio en un espíritu de libertad, viviendo en la carretera en caravanas de gitanos. Una elección de una vida libre que les condujo a veces a la pobreza, el hambre, la adicción e incluso a la muerte. Entre los personajes extravagantes seguidos por Virginia Nicholson están Jacob Epstein, Dylan Thomas o Robert Graves, junto a otros muchos menos conocidos.

La autora afirmó en la BBC<sup>4</sup>: “Cada quien tiene una visión de lo que es un bohemio”. Para añadir: “Mucha gente lo considera subversivo, elitista y quizás un poco inmaduro”. Sin embargo cree que “el bohemio se define a sí mismo y es definido por otros como alguien que no pertenece, que no se ajusta a las reglas del común”.

---

<sup>2</sup> Pagina Web de la escritora Laren Stover

[http://members.authorsguild.net/batink/bohemian\\_manifesto\\_\\_a\\_field\\_guide\\_to\\_living\\_on\\_the\\_edge\\_115799.htm](http://members.authorsguild.net/batink/bohemian_manifesto__a_field_guide_to_living_on_the_edge_115799.htm)).

<sup>3</sup> Nicholson, Virginia. *Among the Bohemians: experiments in living 1900-1939*, Viking, London, 2002.

<sup>4</sup> BBC, Sociedad y Cultura, entrevista de Andy Walker, respuesta a la pregunta “¿Qué es un bohemio?”, 17 de abril de 2011.

No se ajustan a las reglas y desafían los valores del hogar y la familia y la falsa moral que, para ellos, iban asociadas.

El vocablo ha traspasado fronteras físicas, históricas y lingüísticas. Ha calado y es transversal. Sirve para definir personas o actitudes, vale también para calificar comportamientos y se utiliza para señalar aspiraciones. Expresión tan rica en imágenes y significados como contradictoria en sus apreciaciones morales ha merecido mucha atención.

Aunque continuamente actualizada, la palabra y el concepto representan una actitud y se circunscriben a una época, la del cambiante siglo XIX. Pero hoy están aplicados a diferentes grupos e identificados con varios lugares. Los grupos de Bloomsbury, los Beats o los hippies hoy son considerados, independientemente de otras connotaciones, como comunidades bohemias. Si aceptamos que Bohemia significó cualquier lugar en donde alguien podría vivir sin mucho dinero, y adoptar un comportamiento poco convencional, y como una colectividad ajena a la sociedad respetable, encontramos varias ciudades y barrios en el mundo que se asocian a esta tendencia, no solamente en el siglo diecinueve, también en el veinte, o en la actualidad: Montmartre y Montparnasse, en París; Chelsea y Soho, en Londres; Lavapiés y la Puerta del Sol, en Madrid; o Greenwich, en Nueva York: incluso Coyoacán, en Ciudad de México. Son escenarios donde en algún momento se ha vivido o se vive alguna forma de bohemia.

Es como una línea transversal que se ha extendido y ha ocupado distintos tiempos y lugares. Ha calado tanto el término que se ha convertido en paradigma. El lugar común pinta el concepto de bohemia con un trazo grueso que propone un toque de añoranza junto a un aire de fascinación. Entre la irreverencia, la rebeldía, la insolencia y el descaro, la palabra propone el recuerdo de un tiempo brillante en el que los sueños eran posibles. Eso es lo que ha fascinado a la moda, al consumo y a la publicidad, que asocian el término a un estilo de vida sugerente y muy vendible.

Pero no siempre disfrutó de la fascinación que hoy se le supone: ni de ese tirón mediático y social ni de ese encanto. Al contrario, tuvo su leyenda negra e incluso fue perseguida, condenada y despreciada. Hoy mismo, una modalidad bohemia es el movimiento okupa, muchos de los grupos antisistema y buena parte de los insumisos. Si nos atenemos a los diferentes significados del término, dan muestras de clara aspiración de independencia, huyen de convencionalismos sociales, se manifiestan rebeldes, no aceptan las normas impuestas por el sistema; son irreverentes, contestatarios, descreídos. Eso en cuanto a las características éticas, que si se miran las estéticas, también: se muestran despreocupados en el vestir y en el vivir. Se trata pues de una clara manifestación bohemia, sin embargo

no goza del atractivo de otras expresiones como las que se han señalado en la moda, el cine o el arte. Estas tribus provocan directamente el rechazo, no estimulan la admiración sino la desconfianza.

Así que hoy el término bohemia tiene una connotación amable y porta cierta aura de admiración cuando no de leyenda, pero varía según el individuo o el colectivo a quien se asigne el adjetivo. Se tratará de un indolente, un vividor o de un extravagante; será un filósofo callejero, un dandi, un ser independiente, un cosmopolita, un andrajoso, un egoísta, un raro o un antisocial. Todo cabe, igual supone una amenaza que un motivo de asombro. Lo que nos lleva a los orígenes: la bohemia sugiere tanto fascinación como pesadumbre, tanto asombro como temor. El bohemio era tan denostado como ensalzado.

Es un legado de hace casi dos siglos, la herencia de un movimiento que dejó el mayor número de sinónimos y probablemente la más grande cosecha de metáforas. Bohemio es un don Juan, un actor, un cantante, un pintor, un músico callejero, ciertos mendigos... en realidad todo ser, habitualmente varón, que tiene una ocupación no sujeta a horario. Bohemios hubo a lo largo del siglo XIX, del XX y también hoy mismo. Todos, en un grado u otro, se puede decir que fueron y son insumisos, soñadores, raros, incomprensidos, malditos, rebeldes, marginados e inadaptados con respecto a la sociedad que les tocó en suerte.

El sincretismo de tiempos cambiantes y ambiguos hace que se mezclen conceptos y nombres, de modo que se de importancia y categoría a lo que no la tiene y se la quite a lo que sí. Hoy el imaginario colectivo está poblado de nombres y de leyendas a los que asigna alegremente el calificativo de bohemios, con motivos o sin ellos: genios incomprensidos, artistas consagrados, modelos diferentes, rebeldes con o sin causa. La lista es larga y pasa por todas las artes, todas las épocas y todas las geografías.

El único requisito es apartarse de las convenciones sociales y relacionarse más con el arte y la cultura que con los asuntos materiales. Existe el convencimiento de que un actor, un pintor, un músico, un escritor o un periodista pueden ser bohemios. Sin embargo cuesta pensar que lo pueda ser un político, un banquero o un notario.

### **1.3 Un estado del periodismo**

En la práctica del periodismo ha habido siempre buenas dosis de improvisación, nocturnidad y marginación. En toda su historia. Ahora son

malos tiempos para la profesión, dada la crisis, las dudas sobre su futuro y la baja estima que tiene el periodista, tanto desde el punto de vista económico como de prestigio social, pero habrá que reconocer que siempre vivió en una suerte de cuerda floja de incierto porvenir.

Las rutinas del reportero le llevan a un trato desigual con los poderosos, le obligan a ejercer un determinado control de las actividades de los gobernantes, le permiten acercarse a los salones del poder sin pertenecer a ellos, le dan la oportunidad de vivir de cerca algunas transformaciones históricas. Esas actividades conllevan relaciones equívocas, el desarrollo de cierta insolencia, alguna temeridad, una sensación de exclusividad y también la aspiración legítima a la gloria intelectual.

La cadencia que exige su actividad se caracteriza por la rapidez e incluye un cierto descuido desde luego no deseable. La profesión también lleva implícito, en aras de las necesidades informativas, algunos desajustes horarios.

Por otro lado, el periodista goza, al menos en teoría, de gran libertad de movimientos: tiene iniciativa propia, decide por sí mismo qué es lo importante y qué interesa a sus lectores; pregunta, vigila y cuestiona, es testigo de acontecimientos relevantes, comparte mantel con la flor y nata de la sociedad. Y para ejercer ese trabajo debe tener preparación intelectual y observar una actitud desconfiada, curiosa e inconformista.

Son exactamente calificativos y actitudes que se pueden encontrar en ciertas imágenes de la bohemia. Entre una forma de vida y un estado de ánimo, esta conlleva cierto desaliño horario e indumentario, una particular y a veces calculada rebeldía, unas personalidades a medio camino entre el genio y la indolencia, un anhelo de reconocimiento literario, una crítica o al menos un cuestionamiento a lo establecido. Los bohemios forman parte de un concepto que atrae y no parece entrañar ningún peligro, al contrario, proporciona cierta pátina de glamour. Se distinguen por una crítica feroz a la sociedad en la que viven, por hacer sátira sobre los poderosos, por tener iniciativa propia, y por vigilar la justicia y buscar la belleza.

Podría pensarse, al hilo de estos paralelismos, que periodismo y bohemia son dos percepciones hermanas, dos maneras de mirar cercanas. En ambas se da un deambular libre, callejero y nocturno que las define, por aspiración o por convicción.

Esas coincidencias y estrechas relaciones entre uno y otra hacen decir al periodista Manuel Vicent<sup>5</sup>, entre la ironía y el cinismo, mitad en broma mitad en veras, a medio camino entre la descripción y la boutade, que el periodista “es ese tipo que escribe a toda velocidad de cosas que

---

<sup>5</sup> Vicent, Manuel. “Periodistas (I)”, Columna, última página, *El País*, 10 de marzo de 1996.

generalmente ignora y lo hace de noche, la mayoría de las veces cansado o borracho y que no teniendo talento para ser escritor ni coraje para ser policía se queda sólo en un chismoso o en un simple confidente”. Pero añade más adelante, en una cabriola descriptiva que “leyendo algunas memorias literarias de principios de siglo uno descubre que en el mundo del periodismo se movían unos seres casposos, patibularios, bohemios”.

Parecida senda dialéctica emplea Francisco Umbral, para algunos el último periodista bohemio, cuando dice: “El periodismo, pues, nace como género literario -siempre lo ha sido- y mantiene a los ciudadanos avisados, a las putas advertidas y al Gobierno inquieto”<sup>6</sup>.

Tal vez sea casualidad, pero en ocasiones se dan paradojas que ilustran muy bien relaciones, definiciones, conceptos y sensaciones. Una veterana periodista, Pura Ramos, en activo a sus 80 años, tras pasar por los diarios *Informaciones*, *Nuevo Lunes* y la jefatura de prensa del Museo del Prado, afirmaba en una entrevista<sup>7</sup> que el periodismo le había dado “inquietud, curiosidad y sentimiento de estar viva”. Haciendo balance de su biografía y comparando cómo era la profesión cuando ella empezaba y en la actualidad dijo: “No sé si el periodismo ahora es mejor o peor que antes, pero es distinto, ya no es bohemio”. Una curiosa opinión que intenta aclarar cuando asegura: “Nos hemos hecho más perezosos con Internet y las redes sociales. Esperamos que nos llegue la noticia. Se ha perdido el instinto”.

Podía haber elegido otro adjetivo para representar actitudes o convicciones perdidas. Pero eligió bohemio para referirse al ejercicio de una profesión que requiere capacidad de búsqueda, de indagación, de sorpresa, y requiere buenas dosis de instinto, de espíritu crítico y de inconformismo.

Y con esa reflexión Pura Ramos vuelve a coincidir con la nostalgia expresada por el citado Manuel Vicent, cuando escribió quince años atrás: “Pero al menos ellos se sentían antihéroes y no querían dar lecciones a nadie. Sus querellas las resolvían personalmente a bastonazos en los cafés. Hoy muchos periodistas son consejeros áulicos de políticos, intérpretes de los designios de la historia, conductores de la opinión pública”.

El periodismo es una profesión que tiene una ética y una estética. La primera se ajusta a unas reglas que tienen que ver con la búsqueda de la verdad y la lealtad con los ciudadanos, y la segunda muestra ciertas formas externas que contribuyen a la leyenda. Un quehacer emparentado con la bohemia, que también se impone unos compromisos éticos y estéticos. En

---

<sup>6</sup> En su discurso de investidura como Doctor Honoris Causa por la Universidad Complutense de Madrid, el 3 de diciembre de 1999.

<sup>7</sup> Ramos, Pura. Entrevista de Charo Nogueira, Última página, *El País*, 15 de marzo de 2012.



ambos casos se pueden reconocer, al menos, un deambular libre y callejero que los define, por aspiración o por convicción. Incluso se podrían identificar los mismos escenarios: los cafés y la noche. En el caso español, en Madrid, se podría trazar un hilo que pasara por el café Fornos de principios de siglo XX y llegara al café Gijón de mediados de la misma centuria, o de la actualidad. Ambos fueron templos, escaparates o miradores desde los que bohemios y periodistas observaban la vida de la ciudad, de la sociedad o de la política. Esa secuencia invisible podría ser protagonizada, desde las propias biografías o desde sus textos, por nombres como los de Alejandro Sawa, Valle Inclán, Julio Camba, César González Ruano o Francisco Umbral. En común: Cafés, viejas calles del centro madrileño, papel de periódico, inconformismo, cierta insumisión, evidente intención creativa y mucho de mito construido.

Al unir nombres, lugares, movimiento y profesión habrá que ver si hablamos de una mitología, de leyendas urbanas o de realidades. Para eso hemos de saber qué es o qué fue realmente la bohemia y aclarar si en verdad existió una bohemia española. En caso afirmativo, si tuvo algo que ver con el periodismo. Y si se comprueba la relación, qué le aportó.

Aceptando que viene de París, del Barrio Latino, donde se agruparon los artistas despreciados por la incipiente burguesía desde las primeras décadas del siglo XIX, la pregunta primera que se han hecho todos los investigadores es si se trató de un movimiento social o de una tribu de inadaptados e irreverentes; si fue una corriente que buscó cambiar el mundo o salirse de él.

Hay consenso en asociar el término bohemio con una imagen frívola o extravagante, a la que se añaden rasgos de vida desordenada, pero una rigurosa aproximación supone como mínimo aceptar la presencia de un terreno complejo y lleno de contradicciones. Sus peculiaridades anecdóticas y los perfiles novelescos de sus protagonistas puede que incluso contribuyan a la confusión. Sirva de muestra lo que se puede leer en *El Gráfico*, el 8 de julio de 1904<sup>8</sup>:

“El verdadero bohemio es siempre pobre, pero le sobra el talento. Es cierto que merodea por los cafés de última fila (...), que viste con desaliño y no vive como los demás, que se acuesta con el alba y se levanta cuando el sol se encuentra en su cénit, que jamás copia expedientes en una oficina, ni hace el oso a las muchachas; pero ni es vago, ni sablista, ni truhán. Así como los peces necesitan vivir en el agua, requiere el bohemio su medio ambiente especial: museos,

---

<sup>8</sup> Sa del Rey, Enrique. “Bohemios”, artículo publicado en el diario *El Gráfico*, dirigido por el ex bohemio, periodista y ministro Julio Burell.

bibliotecas, estrenos, arte, literatura, periodismo, y, sobre todo, Cafés (...).”.

## **1.4 Justificación y planteamiento, la idea de la tesis**

Este trabajo pretende ser una aproximación a una parte olvidada y substancial en la historia del periodismo español. Por un lado, durante los años finales del siglo XIX y primeros del XX se produjo una importante transformación en la prensa, en sus contenidos y en sus continentes; por otro, esos mismos años fueron testigos de la eclosión de un movimiento bien conocido que se apartaba de las normas y convenciones sociales, crítico con el sistema y que englobó a un buen número de intelectuales y artistas: la bohemia. Se dio la particularidad de que donde se expresaban los bohemios principalmente era en las páginas de los periódicos y donde se reunían era en sus redacciones. Certificar, comprender y demostrar las relaciones entre el periodismo y la bohemia se revela como un reto y una historia que necesita contarse.

Una serie de coincidencias tecnológicas, políticas, sociales, culturales, coyunturales y espaciales produjeron un radical cambio en las publicaciones periódicas de los últimos años del XIX. Una metamorfosis definitiva en la presentación, en el interés, en el modelo de negocio, en la influencia y en los contenidos. Durante esos años nacieron más periódicos que nunca y se leyeron más que en ningún otro tiempo, a pesar de los altos índices de analfabetismo. Por eso se considera la Edad de Oro del periodismo español.

La mayoría de los estudios atribuyen el crecimiento del interés por lo que se escribía y publicaba a sucesos como la guerra de Cuba y la preocupación por la pérdida de las últimas colonias, a los avances técnicos en la impresión de las páginas de los periódicos, al cansancio de la sociedad de su clase política, a los vientos de renovación finisecular que llegaban de Europa y América o a las actividades de un grupo de intelectuales inquietos que constituirían más tarde lo que se conoció como Generación del 98.

Ninguno de esos tratados atribuye a la bohemia algún mérito en esa transformación y enriquecimiento del periodismo. Sin embargo se sabe que la bohemia fue un movimiento transversal que aglutinó, o participó de manera heterodoxa, de buena parte de las ideas de renovación, las preocupaciones, las aspiraciones y las contradicciones de esos años. Por ser corriente principalmente disconforme, agitada, rebelde y osada, por ella

pasó o a ella se acercó un buen número de jóvenes intelectuales desazonados e impacientes que reclamaban libertad de pensamiento y luchaban contra las ideas anticuadas.

Llegaban a la bohemia esos escritores o periodistas, o aspirantes a una y otra cosa que muchas veces era la misma, desde el Modernismo, el parnasianismo, el naturalismo, el anarquismo y desde los mil movimientos renovadores del fin de siglo. También ocurría, en un proceso de retroalimentación, que a esas éticas o estéticas se acercaban a veces desde la misma bohemia.

El discurso y los presupuestos bohemios abarcaron en aquellos momentos las ideas y preocupaciones jurídicas, políticas, sociales, religiosas, místicas, estéticas y filosóficas que se debatían en toda Europa. También está acreditado que se caracterizaban, en lo social y en lo político, por manifestar abiertamente su rechazo al mundo burgués y reclamar nuevos derechos para el individuo, así como propugnar la democratización social. Esta gente reclamaba libertad absoluta para su personalidad y para su arte. Practicaron desde sus textos y desde sus actitudes vitales la rebelión cultural y una disidencia estética.

Con mayor o menor talento todo ese grupo de creadores aspiraba a la fama, bien en el mundo del pensamiento, bien en el del teatro, la poesía o la novela. Pero todos los reconocimientos y los ensayos pasaban por las páginas de los periódicos. La gloria podía llegar o no, casi nunca llegaba, pero la aspiración suponía una forma de vida, a veces pintoresca, otras romántica, otras revolucionaria, que les llevaba a epatar a la burguesía y a buscarse y relacionarse entre ellos.

Donde se encontraban los bohemios, el ambiente natural de todos ellos, eran las tabernas y cafés por un lado y las redacciones de los periódicos por otro. Dos escenarios donde pasaban las horas y los días, sobre todo las noches: debatiendo, discutiendo, descubriendo. De modo que, por espacio y por protagonismo, la bohemia parece parte principal del periodismo de fin de siglo.

Esos jóvenes perturbadores, libres, modernos, inconformistas, marginados, pobres y notablemente estafalarios se expresaban en los periódicos más que en los ateneos, en las tertulias o en los libros. De manera que como mínimo habría que reconocerles algún tipo de intervención en esa transformación del periodismo finisecular. Su presencia singular al menos aportaría alguna característica. Su manera de ver el mundo es de suponer que apuntara alguna forma particular de contarlo.

Hablamos de un numeroso grupo de individuos que o participaron de lleno o fueron compañeros de viaje de movimientos tan trascendentes como

el Modernismo y la Generación del 98. El periodista y bohemio Antonio Palomero fue quien presentó a Azorín y Rubén Darío. Joaquín Dicenta era director de la revista *Germinal* y el diario *El País* y el autor teatral más representado del fin de siglo. Alejandro Sawa, además de inspirador de Valle Inclán en *Luces de Bohemia*, y colaborador asiduo de los principales periódicos, fue conocido y respetado en los ambientes parisinos, donde trató a Verlaine y a Víctor Hugo. Luis Bonafoux fue el cronista más temido y sonadas fueron sus polémicas con Leopoldo Alas, Clarín.

En una exploración somera descubrimos en las hemerotecas las firmas de los mencionados, o las de Pedro Barrantes, o Manuel Paso, o Adolfo Luna o Miguel Sawa, o Julio Burell o Ricardo Fuente junto a las de Maeztu, Baroja o Azorín, en las páginas de medios como *El País*, *El Liberal*, o *Alma Española* o *Germinal* o *Don Quijote* o *El Evangelio*.

Los temas más propios de la bohemia, sus obsesiones, su lenguaje, sus géneros, sus personajes, sus héroes y heroínas, sus vidas y pasiones, sus afanes, sus denuncias, sus creencias, se pueden encontrar hoy leyendo los periódicos de aquel tiempo. En esa exploración descubrimos, primero que los bohemios tuvieron una presencia constante, y luego que fueron importantes; tuvieron mucho que decir y lo hicieron, influyeron por tanto y se habló asiduamente de ellos, a veces denostándolos, en ocasiones admirándolos. Ellos mismos no fueron solo sujetos pasivos a los que se señalara y de los que se hablara, en muchas oportunidades tomaron la decisión de fundar sus propios periódicos. Así que si los bohemios estaban en las redacciones de los periódicos, escribían en ellos y crearon los suyos para contar lo que pasaba en España y tratar de cambiar la política, se puede afirmar que la relación entre periodismo y bohemia es estrecha, es dependiente y está poco estudiada.

La justificación de esta investigación, y el desafío, es descubrir quienes fueron los componentes de esa poblada tribu bohemia de finales de siglo XIX, qué aportaron al periodismo moderno, cuál fue su verdadera importancia, si se trató de meros hermanos menores de generaciones tan luminosas como la del 98 o el 27 o si fueron algo más. Pero para ello es necesario fijar unos conceptos menos abstractos y por tanto abarcables. Aclarar qué fue exactamente la bohemia, sus antecedentes; saber de dónde vino, quien la inventó, qué significó exactamente, si hubo un primer bohemio o aparecieron muchos de repente.

Conocer quien la practicó en España, entender qué significó en un tiempo tan cambiante; establecer en qué ha quedado el término bohemio y fijar sus contribuciones a la historia del periodismo hispano, es un reto intelectual no pequeño. Porque conformó un movimiento abstracto y difuminado tanto en los límites como en el tiempo, pero amplio en la

composición e influyente en la cultura y la sociedad del momento. Y además, fue controvertido, igual por sus propuestas teóricas como en la propia imagen que cultivaron muchos de ellos.

Pero antes de seguir las pistas y las rutinas de tan numerosa estirpe bohemía en el Madrid de finales de siglo XIX y principios del XX, de descubrir qué aportaron al periodismo o establecer cual fue su verdadera importancia, habría que aclarar qué fue exactamente la bohemía.



## **2.- EL ORIGEN DE LA BOHEMIA**

---

### **2.1 Un asunto de gitanos y vagabundos**

Hoy la palabra bohemia conserva reminiscencias ambiguas que han ido adoptando tanto la moda como el consumo o el arte. Se duda si se trata de una forma de vivir, un movimiento, un concepto estético o una filosofía importable. La idea hoy es abstracta y un tanto difuminada. En sus proximidades conceptuales se barajan un cierto desaliño indumentario, una particular y a veces calculada rebeldía, y se aplica, o la reivindican, unos nombres propios que concilian en su personalidad una pizca de genio con otra de indolencia.

Escenarios, personalidad y actitudes forman parte de un concepto que atrae y además no parece entrañar gran peligro. Al contrario, proporciona cierta pátina de glamour, sofisticación y postmodernidad. Se ha pasado del rechazo al excluido social y rebelde sin causa, a la cotización social por exclusivo y diferente.

El término bohemia es asociado con una imagen o frívola o extravagante, a la que se añaden rasgos de vida desordenada. Han sido muchas y muy distintas entre sí las definiciones que se han dado sobre la bohemia, incluso son dispares los intentos de fechar sus orígenes o de estudiar sus inicios y su contexto histórico.

El origen del término se remonta al romanticismo francés y se puede asociar con una cierta forma de vida idealista concebida inicialmente en la Francia del II Imperio y caracterizada por su extravagancia en el vivir y en el vestir. Manuel Aznar Soler, afirma en su *Modernismo y bohemia* (1993)<sup>9</sup> que

“Entre 1830 y 1848, durante la monarquía de Luis-Felipe de Orleáns, fue formándose una bohemia real, esto es, un proletariado artístico que acabó por consolidarse durante el Segundo Imperio. [...] un proletariado artístico que la burguesía siente como un potencial peligro revolucionario”. (...) El espectacular crecimiento de estas vocaciones artísticas desequilibra la oferta y demanda del mercado capitalista y les condena por tanto al hambre y la miseria”.

Una visión que coincide con la de Pierre Bourdieu (1995)<sup>10</sup> para quien el desarrollo de la prensa fue un indicio sin precedentes del mercado de bienes culturales, por un lado, y por otro, y relacionado, el flujo de una población importante de jóvenes sin fortuna, procedentes de las clases medias y populares, que acuden a París con el propósito de probar suerte en las carreras de escritor y de artista, hasta entonces reservadas a la nobleza y la burguesía parisinas. Para el filósofo francés la bohemia lo que hace es inventar un arte de vivir. Los recién llegados, dice Bourdieu, “han mamado humanidades y retórica pero carecen de los medios financieros y de las protecciones sociales imprescindibles para hacer valer sus títulos”.

De la concentración de jóvenes que aspiran a vivir del arte, y que están separados de todas las demás categorías sociales “por el arte de vivir que están inventando”, surge una verdadera sociedad dentro de la sociedad. Su estilo de vida, que incorpora la fantasía, el retruécano, las canciones, la bebida, el amor en todas sus formas, se va elaborando en contra tanto de los pintores oficiales como de las rutinas de la vida burguesa y van construyendo su identidad, sus valores, sus normas y las noción misma de bohemia.

Balzac escribió su *Tratado de la vida elegante* en 1830. Fue publicado en el semanario *La Mode* y en él establecía las tres clases de personas que las costumbres modernas habían creado: el hombre que trabaja; el hombre que piensa; el hombre que no hace nada. De ahí derivan tres fórmulas de existencia bastante completas que servían para expresar todos los modos de vida, desde la organizada a la poética y vagabunda del bohemio, pasando por la monótona de los reyes. Es decir, la vida ocupada, la vida de artista y la vida elegante.

---

<sup>9</sup> Aznar Soler, Manuel. VV.AA, *Bohemia y literatura. De Bécquer al Modernismo*, Pedro M. Piñero y Rogelio Reyes (ed.), 1993, pág. 52.

<sup>10</sup> Bourdieu, Pierre. *Las reglas del arte*, pág. 88.



La primera es la del médico, el albañil, el soldado, el tendero, el cura párroco, el abogado, el notario, el magistrado de nivel bajo, el negociante, el hidalgo sin recursos, el burócrata, el oficial, entre otras muchas. La segunda es la del artista, que es una excepción en todo y a la vez mezcla de todas: explica Balzac que su ociosidad es un trabajo, y su trabajo un descanso; unas veces es elegante y otras descuidado. Cuando le apetece se reviste el blusón del labrador, o puede decidir qué frac deberá llevar el hombre que quiera estar a la moda porque él no sigue modas, las impone. De esta doctrina o clasificación se deduce un aforismo europeo: “Un artista vive como quiere... o como puede”. El tercer modo de existencia es el que impone la vida elegante y estaría relacionado con la búsqueda de la perfección de la vida exterior o material. O también, el arte de gastarse los ingresos con inteligencia.

Fue la bohemia la que hizo la contribución más importante al estilo de vida del artista. Pero antes de esos años el término bohemia había servido fundamentalmente para definir a los habitantes de la región de Bohemia y también para referirse a los gitanos. El diccionario de la Academia francesa<sup>11</sup> entendía que el vocablo se refería a vagabundos que se creían originarios de la hoy provincia checa y que se dedicaban a decir la buenaventura y mendigar por las calles de París. Al existir una voz francesa que significaba gitano (bohémien) la palabra identificaba a la región como la “patria de los gitanos”. Henry Murger, el autor de *Escenas de la vida bohemia*, la novela-referente, explicaba que una cosa es el país propiamente dicho, Boheme, y otra el espacio vital propiamente dicho, Bohême, con acento grave, entendiendo éste el referido a la pobreza material y, tal vez, también moral.

Esa aclaración se da durante la época del Romanticismo. Hasta entonces el bohemio había sido, simplemente, el habitante de la antigua y verde Bohemia, a orillas del río Moldava, con un papel importante en la historia medieval, y cuya capital era Praga. Y ya fuera porque en esa región se concentraron muchos gitanos o porque de ahí surgieron excelentes músicos que se extendieron por toda Europa, la palabra bohemio acabó designando a los trashumantes, o los no burgueses, a los nómadas, a los músicos y a los aventureros. Y terminó adoptando connotaciones de vagabundeo y picaresca.

Así que fue de esa bohemia gitana de donde surgieron todas las demás, incluidas la literaria y periodística española de finales del siglo XIX y principio del XX.

---

<sup>11</sup> La Bohémien, -enne: adj. et n. De la Bohême; vagabonds que l'on croyait originaires de la Bohême et qui disaient la bonne aventure ou mendiaient.

El escritor, editor e investigador José Esteban<sup>12</sup> afirma que la designación de Bohemia, además de como región de Checoslovaquia, se refiere al lugar donde se reúnen grupos o a los gitanos de Bohemia, “por extensión, indica a los que viven despreocupados, con maneras pintorescas de vestir y apartados de las normas de la mayoría”.

De modo que el artista o el individuo que elige la bohemia vive una vida considerada libre, itinerante, desordenada, pobre y trasnochadora. Al tiempo que exalta el individualismo, la libertad, la rebeldía, el desafío y la amoralidad, y rechaza los convencionalismos sociales y maneras burguesas de comportamiento.

Si continuamos con una somera mirada histórica, se puede decir que la bohemia más artística nació en el seno de la sociedad romántica francesa en particular y de la europea en general, entre 1820 y 1840, y tuvo su escenario principal en el Barrio Latino de París. Hay acuerdo prácticamente unánime a la hora de ubicarlo en el distrito parisino de la Francia del II Imperio. También hay consenso entre los estudiosos para afirmar que nace en esos momentos con la intención de constituir una alternativa frente a los gustos burgueses que copaban el mundo de las letras y de las artes del momento.

Luis Felipe de Orleáns recibió el apoyo social de la emergente burguesía y se benefició de un ciclo económico que enriqueció a ésta, lo que hizo que las diferencias sociales entre la burguesía y el proletariado fueran más profundas.

Había sufrido el exilio tras la revolución y vuelto a París en la etapa de la Restauración de la casa de Borbón, tras la expulsión de Napoleón, con las figuras de Luis XVIII y Carlos X. Éste gobernó desde 1824 a 1830. Pero los límites a la libertad de prensa y las franquicias a las clases adineradas hicieron que las clases populares se levantaran y el rey hubo de abdicar. Así fue coronado Luis Felipe de Orleáns, entonces apoyado por los sectores liberales y el resto de las naciones europeas. Tuvo el apoyo de la burguesía, de hecho lo llamaron “el rey burgués”, que recibió a cambio ayudas y privilegios mientras la clase obrera se sumía en la miseria. Aplicó reformas liberales, pero sólo favorecían a la alta burguesía, en detrimento de los trabajadores, los intelectuales, y la pequeña burguesía.

Coinciden los estudiosos en afirmar que aparece la bohemia para oponerse al gusto burgués. A los gustos y al del canon artístico imperante, el de los pintores y músicos oficiales. Bourdieu recuerda el asco y el desprecio que inspiraba a escritores como Flaubert y Baudelaire ese

---

<sup>12</sup> Esteban, José y Zaheras, Anthony. *Contra el canon. Los bohemios de España (1880-1920)*, pág. 32.

régimen de nuevos ricos sin cultura, “todo él marcado por la impronta de la falsedad y la adulteración y el prestigio que se atribuye a las obras más banales”<sup>13</sup>.

Con la caída de la aristocracia, que mantenía y protegía a los artistas, la burguesía, más pragmática, los arroja de los salones, los relegó. No les ve utilidad alguna. Y precisamente la reacción romántica de los artistas contra ese desaire es la exaltación del malditismo, la vida en la intemperie y a veces la miseria. Una rebeldía que identifican con la libertad y la soledad. Inconformistas, se colocan al margen de la sociedad y rechazan las costumbres y los valores burgueses imperantes. Maldicen sus ideas y principios, por comunes y vulgares.

Entre 1830 y 1848, durante la monarquía de Luis-Felipe de Orleáns, fue formándose en París un proletariado artístico que acabó por multiplicarse y consolidarse durante el Segundo Imperio. Era una clase que la burguesía sintió enseguida como amenaza. La crisis de 1845 provocó el cierre de fábricas, aumentó el número de desempleados y creció la indignación. Los estudiantes se unieron a las protestas de los obreros y cuando el Gobierno intentó utilizar a la policía y a las fuerzas armadas, éstas se negaron, obligando al rey Luis Felipe de Orleáns a abdicar. Así se creó un gobierno provisional, que daría paso a la Segunda República Francesa, en 1848, que apenas duró cuatro años. El 7 de noviembre de 1852 se instaura el Segundo Imperio con un golpe de Estado y el sobrino de Napoleón, Luis Napoleón Bonaparte, se convierte en el emperador Napoleón III.

El gusto burgués ya había afirmado sus valores e intentado imponer, en palabras de Bourdieu, “una definición degradada y degradante de la producción cultural”. De manera que esa clase cada vez más numerosa que se inventa su arte de vivir tan particular, su estilo tan opuesto y marginal, provoca que la burguesía se muestre temerosa.

Después de 1850 el escritor, y mucho más el periodista, ya no serán únicamente de origen aristocrático o burgués. Se va arraigando en ese medio siglo una bohemia literaria y periodística en la que se integra un gran número de desclasados, carentes de recursos y dispuestos a ejercer oficios ocasionales.

Se trata de una marginalidad buscada y asumida que se enfrenta a las convenciones sociales y halla refugio en la noche, en los paraísos artificiales que encuentra en cafés y en tabernas y en la provocación. Con buena lógica, esos grupos tienden a apropiarse del lenguaje del radicalismo político y de algunas teorías anarquistas.

---

<sup>13</sup> Bourdieu, Pierre. *Las reglas del arte*, pág. 93.

Como dice Walter Benjamín, en París, en esos momentos, se encuentran representadas perfectamente las dos caras del siglo XIX: “Por un lado los sueños, la gloria artística, las fantasmagorías de progreso y de la novedad, y por otra parte las conspiraciones, las insurrecciones y las barricadas”<sup>14</sup>.

José Esteban, que probablemente es uno de los que más y mejor ha estudiado, y entiende y defiende, la bohemia, escribe (1998)<sup>15</sup>:

“La actitud de los bohemios tiene una clara vocación de inadaptados sociales, a la vez que una protesta individualista contra el capitalismo y la sociedad burguesa, ya instalados en el poder. Celoso de su independencia, el bohemio no se dejará comprar y llevará su insurgencia y su intransigencia hasta límites insospechados. Provocador por naturaleza, el bohemio llama filisteos a los adocenados burgueses que han mercantilizado la vida y las conductas e intenta asustar sus bien asentadas creencias, así como sorprenderlos, adoptando un aire anárquico en todas sus manifestaciones, tanto artísticas como vitales. Estos escritores se sienten y actúan como verdaderos proletarios intelectuales, se solidarizan con los marginados de la sociedad (obreros, mujeres), a la vez que adquieren un carácter de malditos. Adoran a Baudelaire y a Verlaine, hasta convertirlos en auténticos ídolos.”

Bourdieu apunta también una realidad ambigua que suscita sentimientos ambivalentes incluso dentro de la propia bohemia. Primero porque por definición huye de clasificaciones, y segundo porque se muestra próxima al pueblo “cuya miseria comparte a menudo”, pero separada de él por el arte de vivir, que también la define, y la enfrenta a las convenciones burguesas y la sitúa más cerca de la aristocracia.

## 2.2 París, el inicio de todo

La descripción de aquellos bohemios que cultivaban la rebeldía romántica en una nueva situación histórica, materialista, en la que la burguesía relega y desprecia al artista, está descrita con todo lujo de detalles en la novela, *Escenas de la Vida Bohemia*, del escritor francés Henry Murger<sup>16</sup>,

---

<sup>14</sup> Benjamin, Walter. *Iluminaciones II*, pág. 65.

<sup>15</sup> Esteban, José. *Los Proletarios del Arte. Introducción a la Bohemia*, pág. 10.

<sup>16</sup> Nació en París, el 27 de marzo de 1822 y murió también en París, el 27 de enero de 1861. Hijo de portero, pasó su infancia y juventud entre los paupérrimos artistas el Barrio Latino de París.

publicada en forma de libro en 1851, y antes por entregas, entre 1845 y 1848, en el semanario *Le Corsaire*. En ella da una visión risueña, amable y autobiográfica de los artistas que habitaban entonces el Barrio Latino. Se trata de las andanzas de un poeta, Rodolfo, un pintor, Marcelo, un músico, Schaunard y un filósofo, Colline, acostumbrados a no comer todos los días, a llevar una vida alegre, a guarecerse en su buhardilla, a dar algún sablazo y a huir del casero. Y de los amores trágicos del primero con Mimí conforma una pareja que para los bohemios del mundo vino a unirse a otras de leyenda, como Don Quijote y Dulcinea, Abelardo y Eloísa, Romeo y Julieta.

El de Murger fue el texto que oficializó un término que se convirtió en sinónimo de un estilo de vida extravagante, pobre e ingenioso a la vez, consagrado en exclusiva al arte, a la literatura o la pintura y a la vida<sup>17</sup>.

Para Murger la bohemia, fenómeno que él considera estrictamente parisiense y que describe estableciendo hasta cuatro categorías diferentes, es “El aprendizaje de la vida artística”. Es decir, una etapa en la vida del artista que suele corresponder a la juventud apasionada.

Según él, la bohemia más numerosa era la que llama Bohemia Ignorada, es decir, la compuesta básicamente por todos los artistas pobres para quienes el arte era antes fe que oficio, o sea más aspiración que profesión. Todas estas jóvenes vocaciones manifiestan una actitud claramente antiburguesa.

Afirma Murger en el prólogo de su novela que existe dentro de esta Bohemia Ignorada un subgrupo de intrusos, “mediocridades literarias”, lo llama, cuyos hábitos se asientan en la pereza, el desorden y el parasitismo. Para ambos grupos establece el principio de que “la Bohemia Ignorada no es un camino sino un callejón sin salida”<sup>18</sup>.

Existe una tercera categoría para el autor francés, la de los Bohemios Aficionados. En su mayoría está compuesta por jóvenes burgueses rebeldes e inconformistas que, sin un especial talento artístico, pero seducidos por las despreocupadas formas de vida bohemias, viven una experiencia más o menos transitoria para, apagado su inconformismo por cansancio, falta de convicciones o por la edad, volver a integrarse sin ningún problema en la clase social a la que pertenecían.

Para Henry Murger la verdadera bohemia, la auténtica, es la de las vocaciones artísticas que unen el talento a la audacia: son los llamados por

---

<sup>17</sup> El éxito de la novela hizo que Murger realizara una versión teatral, *La Vida Bohemia*, que serviría de base a dos óperas, una de Giacomo Puccini y otra de Ruggiero Leoncavallo, ambas tituladas *La Bohème*.

<sup>18</sup> Murger, Henry. *Escenas de la vida bohemia*, pág. 24.

el arte, que van a resultar ser también los elegidos. Sostenidos por su orgullo personal y por su avidez de fama, estos artistas bohemios lucharán por integrarse en el mercado literario y artístico para obtener el reconocimiento social de su talento creador. Una suerte de camino ideal, de cuento de hadas que se desvía, como se verá, bastante de la realidad.

Para uno de los más respetados estudiosos, el catedrático Manuel Aznar Soler<sup>19</sup>, “genéticamente, el talante bohemio era una actitud de inadaptación social y protesta romántica e individualista contra el capitalismo y la clase burguesa”. Como puede entenderse, el sistema de valores bohemios, es decir, el regido por el arte, la belleza, la independencia, la libertad o la rebeldía, se oponía frontalmente a los códigos morales y estéticos de la clase dominante.

La rebelión y la protesta del bohemio iban contra la mediocridad y vulgaridad de la sociedad burguesa. Frente a la uniformidad social, la protesta del artista bohemio es individualista y se expresa como un grito liberador de su lucidez e inteligencia desesperadas. Sus vías de escape solían ser el ajenjo, la droga o el burdel. Los poetas Rimbaud o Verlaine fueron los más claros ejemplos de esa voluntaria condición de artistas ‘malditos’, de escritores situados en los límites de la marginalidad social.

De todas formas, hay que señalar que no fue Murger el primer autor en hacer uso literario del término bohemia. Este honor corresponde a la escritora George Sand (1804-1896) seudónimo de la autora Armandine Lucie-Aurore Dupin. En su obra *La dernière Aldini*, publicada inicialmente como folletín por entregas en *La Revue des Deux Mondes*, entre 1837 y 1838. Allí escribía: “Salvemos ante todo nuestra libertad, gocemos de la vida a pesar de todo, y ¡viva la bohemia!”<sup>20</sup>.

Si bien tampoco se suele atribuir a Sand, a pesar de ello, la autoría del mito de la bohemia, sino solamente la primera utilización del término y la presentación en sociedad de algunos de sus rasgos característicos: independencia, libertad, carácter antiburgués y cosmopolitismo.

Pero antes que Sand, Balzac escribió *Las ilusiones perdidas*. Tres volúmenes entre 1837 y 1843, donde novela la vida de unos personajes claramente bohemios, dos amigos que viven en una ciudad de provincias, uno llega a París en busca de la gloria y el ideal. Salen en sus páginas el mundo del periodismo, la situación política, hermosas actrices mantenidas por viejos burgueses comerciantes, honrados trabajadores, depravados aristócratas...

---

<sup>19</sup> Aznar Soler, Manuel. *Bohemia y burguesía en la literatura finisecular*, pág. 27.

<sup>20</sup> Jiménez Millán, Antonio. *Madrid, entre dos siglos. Modernismo, bohemia y paisaje urbano*, pág. 9.

Pero aún mucho antes se debe fechar un libro que trata de la bohemia y de los bohemios, titulado precisamente *Los bohemios*<sup>21</sup>. Su autor fue Gédéon Lafitte, autotitulado Marqués de Pelleport. Lafitte estuvo cuatro años preso en la Bastilla, en la misma época que el Marqués de Sade, a cuenta de unos libelos sobre las costumbres amorosas de María Antonieta. Igual que Sade, tenía permitidos la tinta y el papel. Cuando logró salir pocas semanas antes de la Revolución, en 1789, llevaba un libro bajo el brazo, escrito durante su cautiverio: una novela, *Les Bohémiens*, que, en cuanto salió de prisión, intentó sin suerte publicar y, cuando los ánimos revolucionarios amainaron, logró por fin que se la editaran, pero cayó en el olvido.

El descubridor y salvador del olvido de esa curiosa, significativa y reveladora obra es el historiador norteamericano Robert Darnton, quien asegura en la introducción que *Los bohemios* es una mezcla de *El Quijote*, de Cervantes, con el *Cándido*, de Voltaire, del *Tristan Shandy*, de Sterne, con *Los 120 días de Sodoma*, de Sade. Pero sobre todo sería, según Darnton, donde se impuso la palabra bohemia como sinónimo de la vida disipada del artista. Es decir, muchos años antes que la ópera de Puccini, y cincuenta años antes que se publicara *Escenas de la vida de bohemia*, el folletín de Henri Murger.

La novela de Lafitte cuenta la historia de una pandilla de hombres de letras marginales, expulsados de su país de origen, que viven de su ingenio y a la deriva, estafando, y aportando delirantes discursos reivindicativos del oficio de escribir. Una peculiar cuadrilla que recorre los caminos escoltados por barraganas y un burro cargado de manuscritos inéditos. Es al mismo tiempo relato libertino y panfleto anticlerical o libro de aventuras picarescas.

No obstante, la fijación histórica, y por tanto los méritos y todas las paternidades, se atribuye con todos los honores, como ya se ha apuntado, a la figura de Henry Murger, que recrea en *Escenas de la vida bohemia*, una bohemia dulce y galante que reacciona frente a los gustos burgueses establecidos. Filisteo es el término con que se refiere al burgués. Plantea entonces, como alternativa frente a la mediocridad y complacencia burguesa, una existencia al margen de la sociedad, marcada por una vida alegre plagada de fiestas y amores fáciles. Ahí apenas aparece el tono sórdido y mísero que luego también va a caracterizar al movimiento bohemio.

---

<sup>21</sup> Lafitte, Anne Gédéon marqués de Pelleport, *Los Bohemios*, Editorial Globalrhythmpress, Barcelona, 2010.

En su novela Murger deja claramente establecidos los términos y propone no sólo definiciones, también establece las delimitaciones teóricas e incluso fija las fronteras físicas:

“La Bohemia está limitada al Norte por la esperanza, el trabajo y la alegría; al Sur por la necesidad y el valor, y al Oeste y al Este, por la calumnia y el hospital. Son bohemios todos aquellos que, arrastrados por una vocación obstinada, entran en el Arte sin otros medios de existencia que el propio Arte y tienen el ingenio siempre en guardia, porque su ambición les arrastra constantemente al asalto del porvenir. Su lucha por la existencia es una obra de genio, un problema cotidiano. Pero cuando se les viene a las manos una racha de fortuna, se les ve cabalgar sobre las más ruinosas fantasías; aman a las más jóvenes y bonitas; beben de los mejores y de los más viejos vinos, y no encuentran jamás ventanas por donde tirar el dinero. Y después, cuando su última moneda ha muerto y está enterrada, vuelven a comer en la mesa del Hospital de la Casualidad...”

Entre la esperanza y la casualidad, la de Murger, que es el comienzo de todas las historias bohemias que luego vendrían, es una mirada pintoresca y sentimental, un canto a la vida libre, sin trabas. Ese punto de partida tuvo diferentes evoluciones y caminos que a veces se mezclaron y en ocasiones se bifurcaron o ramificaron en mil caminos. Ya apunta Bourdieu<sup>22</sup> la ambigüedad de la bohemia y explica cómo suscita sentimientos ambivalentes incluso entre sus más encarnizados defensores.

### **2.3 Tres bohemias francesas: la elegante, la refractaria y la simbolista**

Hay dos grandes tendencias principales que se pueden distinguir casi desde el principio: Una fue el de la llamada Bohemia Brillante, romántica, dorada o galante, cuyas características principales fueron la buena vida antiburguesa y la creación. La otra fue la llamada Bohemia Negra, bautizada así por el capitalismo de la época, debido a su adscripción socialista y anarquista. Esta senda también propugnaba la lucha antiburguesa y el compromiso con la creación artística, pero además se ocupaba de la reivindicación y defensa de las clases más desfavorecidas.

---

<sup>22</sup> Bourdieu, Pierre. *Las reglas del arte*. Pág. 92.



Afirma Manuel Aznar Soler<sup>23</sup> que en el París del Segundo Imperio la “bohemia artística experimenta un enorme crecimiento de jóvenes vocaciones que ya no se nutren únicamente de la clase media”. Y que la conversión del arte, por parte de la burguesía, en una mercancía sujeta a las leyes del mercado capitalista, también unido a la debilidad de la propia industria cultural, provocan la aparición de una bohemia que, como “proletariado intelectual”, se opone a la mercantilización del arte, a las condiciones de explotación de su trabajo productivo y a la clase burguesa como clase dominante. Ilustra Aznar que:

“Los antiguos ‘Jeunes-France’ de pipa, melenas y chaleco rojo, la bohemia dorada de champagne y buhardilla, bohemia de Rodolfos y Mimís murguerescos, es ahora una bohemia negra, agresiva, antiburguesa. Esta bohemia negra vegeta en la periferia social, manifiesta una conciencia ascendente de capa explotada, milita en la política, se sitúa ideológicamente en el jacobinismo y el socialismo”.

A veces esa actitud provocadoramente antiburguesa del escritor bohemio le conduce, por un lado, a una suerte de pose de anarquista literario, y por otro a una cierta condición de maldito que se relaciona con los marginados sociales, como homosexuales, prostitutas, o incluso delincuentes. En ambos casos le lleva a experimentar el placer de atacar ideas y valores establecidos por medio de ‘boutades’ con el objetivo de epatar.

En España, como se verá más adelante con mayor detalle, sigue diciendo Aznar Soler: “La protesta bohemia se dirigió contra la sociedad de la Restauración borbónica, pero también contra el canovismo político, la oligarquía, el caciquismo, el clericalismo, la corrupción social y asimismo hacia el realismo artístico”, que era la tendencia literaria y artística dominante a finales del siglo XIX. Para el catedrático de literatura española: “La actitud bohemia de ‘épater le bourgeois’ es compañera de viaje, en el caso de la literatura española, de la poesía simbolista y decadentista, del impresionismo francés, del nihilismo ruso y del Modernismo hispanoamericano”. Considera que “la bohemia literaria española finisecular es un fenómeno tardío e importado directamente del Barrio Latino parisiense”.

Alejandro Sawa, el príncipe de los bohemios españoles, su mejor y más reconocido representante, contribuyó de manera significativa al conocimiento y a la emulación. Él se consideraba a sí mismo, y es considerado, descendiente de Víctor Hugo y Paul Verlaine en un supuesto árbol genealógico bohemio.

---

<sup>23</sup> Ibid. pág. 37.

Pero, continuando con el hilo histórico, podemos establecer varios momentos que coinciden precisamente con el desarrollo, significación y alcance de la bohemia. Instantes que circulan en paralelo con la Historia. Tras la de signo galante que representó y popularizó la obra de Murger se produce, justo en vísperas de los sucesos de la Comuna de París, en 1871, un viraje bastante significativo y revelador dentro del movimiento bohemio: abandona aquel carácter ingenuo, algo conformista y aparentemente cándido, para adoptar unos tintes revolucionarios que intentaban concretarse en acciones contra el sistema. Es el que podríamos considerar como segundo momento relevante dentro de la corriente y es conocido como la Bohemia Refractaria.

El origen del término se atribuye a un conjunto de artículos publicados en *Le Figaro* por Jules Vallès (1832-1885) entre 1857 y 1865 que llevaban precisamente por título “Les Refractaires”. En ellos, Vallès recreaba el panorama del Barrio Latino parisino de esos años, así como la fauna que lo habitaba: intelectuales en paro, pintores sin estudio, soñadores, revolucionarios, poetas que no habían escrito nada. El mismo Vallès, periodista, conspirador contra el autócrata Napoleón III participaría en los sucesos de la Comuna -fue representante electo en la revolución democrática de la Comuna de París de 1871, cuya última sesión presidió- escribe que “la bohemia en un ejército triste” de marginados que se suman a las filas revolucionarias.

La oposición al orden burgués, que ya estaba sugerida un poco inocentemente en las *Escenas de la vida bohemia*, alcanza ahora unos tintes reivindicativos que ya no se quedan en lo puramente literario, sino que se manifiestan también en las calles y forma parte de los movimientos insurrectos contra los poderes establecidos. De modo que el fiasco y la marginación de esta bohemia refractaria coinciden con el fracaso de la Comuna de París.

Pero ni ese aparente fracaso del movimiento ni la condena pública que conlleva van a evitar que surja una nueva vertiente, un escalón más: la llamada Bohemia Simbolista. Estamos en el marco del fin del siglo XIX, de nuevo en el Barrio Latino de París y con tres maestros referentes, etiquetados ya como poetas malditos: Rimbaud, Verlaine y Baudelaire.

El objetivo de esta tercera tendencia bohemia fue de nuevo superar la mediocridad burguesa, filisteia, aunque con una estrategia distinta a la de sus predecesores refractarios: Reclamaban para ello la hegemonía del arte en la sociedad y, dentro de éste, la supremacía de lo que ellos consideran bello, que solían buscar e identificar en ambientes sórdidos de prostitución, homosexualidad, marginación, cárceles, violencia.

Bourdieu afirma que Baudelaire había “Marcado distancias respecto a la bohemia realista a través del simbolismo de su apariencia física, enfrentando al desaliño de sus compañeros la elegancia del dandy”<sup>24</sup>.

Cualquier resto de la elegancia y candidez murgeriana es, de este modo, definitivamente eliminado. La bohemia simbolista propone, frente al tedio vital de la mediocridad reinante, una actitud de escape en todos los sentidos, hasta el punto de que consumen, refugiados en las tertulias que frecuentan, sustancias como el ajeno o el opio para que les ayuden a escapar de ese regusto filisteo dominante.

A diferencia de la bohemia refractaria, no presentan los bohemios simbolistas militancia política, aunque es cierto que siempre mostraron su admiración por el carácter caótico y destructivo del anarquismo y por la filosofía nihilista. De este modo dieron de alguna manera un paso más en la escalada de tristeza, decadentismo y marginación respecto a la bohemia anterior.

Estas son la génesis, la historia y las manifestaciones de la bohemia parisina del siglo XIX que tanto ha sido imitada. Los bohemios franceses fueron artistas comprometidos o despistados, escritores, pintores, músicos o periodistas que se reunían en los cafés de París, principalmente los del Barrio Latino, su referente mítico e histórico.

## **2.4 Dos caminos hacia la bohemia en España: el romántico y el de la miseria**

La bohemia española heredó de la francesa, en diferentes momentos, siempre años después, todas las caras, la galante, la refractaria, la simbolista, la ignorada, la de los intrusos, la de los aficionados y la que Murger consideraba como auténtica.

En todos los casos, en París o en Madrid, y en las múltiples variedades y derivas el concepto tenía algunos significados compartidos. Los que más, el repudio del mundo convencional y mediocre, búsqueda de la originalidad, aspiración cosmopolita, atracción por los paraísos artificiales, esteticismo por encima de todo, exploración de nuevas formas de afirmación, cierto compromiso social y empeño en resaltar con crudeza la fealdad del mundo real en sus poemas y escritos. De manera que los

---

<sup>24</sup> Bourdieu, Pierre. *Las reglas del arte*, pág. 72

oscuros, los excéntricos, los desconocidos que la sociedad deja morir, los malditos en definitiva, eran los protagonistas de los textos, literarios o periodísticos, de ese movimiento, corriente literaria, escuela poética, credo estético, bandera del arte, la verdad y la libertad, santa hermandad, o simple modo de vida que fue la bohemia.

Se deben distinguir por tanto, como mínimo, dos caras en la bohemia que se corresponden con sendos tipos de vida bohemia, y que proporcionan a su vez al menos un par de caminos de llegada posibles.

Primero, la romántica y sentimental, de sano optimismo y placeres inocentes, la que popularizó Murger. Esa visión amable suponía un viaje a países exóticos, a submundos fantásticos, que podían abandonarse una vez cansados de deambular.

Hay, sin embargo, otro rostro más realista, menos pintoresco y sobre todo infinitamente más cercano a la vida real, un mundo miserable de pobreza y de hambre. Muchos bohemios de esta etapa, perdidas o muertas sus ilusiones juveniles, descienden a la categoría de hampones literarios que habitan un inframundo localizado en los cafés y tugurios de la ciudad. A veces incluso es difícil separar, ya que las apariencias y sus indumentarias son casi idénticas, una legítima y auténtica bohemia de la golfemia y del hampa.

Aquí habría que indicar que el bohemio heroico mantiene su sueño azul de la belleza sin venderse ante nada ni ante nadie, mientras que en el caso de los parásitos del café, su existencia depende casi exclusivamente del sablazo.

Hay por lo tanto dos extremos: una bohemia decorosa y otra parasitaria, cuyos adeptos apenas salen del arroyo y las tabernas mugrientas. Otro nombre imprescindible en los estudios de la bohemia, el hispanista Allen W. Phillips, puntualiza:<sup>25</sup>

“Lo que sucede es que siempre habrá una bohemia artística, vivos los ideales románticos de independencia. Los elegidos superan la etapa desordenada de la vida, muchas veces pasajera y transitoria, mientras que los impotentes sin voluntad se hunden en las sombras nocturnas, destrozados precisamente por lo que más exaltan: los hábitos irregulares y anticonvencionales. Por su criterio de independencia y su actitud de protesta contra las injusticias sociales hay, pues, algo noble en el bohemio sincero y auténtico”.

Otra explicación transversal, tal vez desmitificadora y despreciativa de etapas, escalones y variedades aparece en boca de un personaje de las

---

<sup>25</sup> Phillips, Allen W. *En torno a la bohemia madrileña 1890-1925. Testimonios, personajes y obras*, pág. 34.

memorias parisinas de Enrique Gómez Carrillo<sup>26</sup>, el escritor guatemalteco que conoció bien la bohemia por formar parte de ella. Dice Alice, compañera del protagonista, que los bohemios “existen hoy como existieron ayer y como existirán mañana”, porque, añade “la bohemia no es una forma de vida, ni una disciplina literaria, ni un alarde momentáneo de desorden. La bohemia es, sencillamente, la juventud pobre que se consagra a las artes y que llena su miseria con orgullo”.

---

<sup>26</sup> Gómez Carrillo, Enrique. *La miseria de Madrid. Libro 3º Treinta años de mi vida*, pág. 82.



### 3. EL MARCO DE LA BOHEMIA ESPAÑOLA

---

#### 3.1 Hija de la Restauración

Todos los investigadores se han preguntado si hubo realmente una bohemia en España. Y todos se ha respondido que la hubo y que está poco estudiada. Uno de los que más ha trabajado sobre ella, el hispanista Allen Phillips, afirma que la bibliografía existente es “relativamente parca e insuficiente”<sup>27</sup> pero fue importante, como veremos, y, al igual que en Francia, se dieron suficientes motivos y circunstancias, tanto políticas como sociales y culturales, para su desarrollo. Además, se produjo un efecto imitación de los artistas españoles con el modelo francés del Barrio Latino.

Se puede decir, con Iris Zavala<sup>28</sup>, que la bohemia en Francia fue hija de la III República y en España de la Restauración. Ahí estuvo el caldo de cultivo, las circunstancias históricas y políticas que les tocó vivir, al menos, a dos generaciones de jóvenes rebeldes, insumisos y artistas: Los vaivenes políticos, la tercera guerra carlista, la breve experiencia de la primera república, la restauración borbónica, el turno en el Gobierno entre Cánovas y Sagasta, la pérdida de las colonias, el deterioro moral y social, la crisis de fin de siglo... fueron los hitos históricos. El caldo de

---

<sup>27</sup> Phillips, Allen. *Algo más sobre la bohemia madrileña: testigos y testimonios*, pág. 1.

<sup>28</sup> Zavala, Iris. *Bohemia y fin de siglo*, Estudio preliminar a *Alejandro Sawa Crónicas de la bohemia*, pág. XI.

cultivo, que marcaron las actitudes y las reivindicaciones de un numeroso grupo de proletarios del arte.

Formaron parte de una heterogénea república de las letras o comunidad literaria, todos constituyeron de manera abigarrada la sociedad literaria española, mejor dicho, madrileña. Algunos conocieron y experimentaron de cerca la bohemia simbolista y decadente de finales del XIX, en sus visitas a Francia, y la trajeron a España. Eran jóvenes promesas de las letras españolas, futuros literatos y periodistas, como Enrique Gómez Carrillo, Alejandro Sawa, Rubén Darío, Eduardo Zamacois, Manuel Machado o Ricardo Fuente. Ellos actuaron como puentes conductores de la bohemia parisina. Y es el Madrid modernista el que cultivará e imitará, tanto en lo vital como en lo literario, esta propuesta de bohemia importada, aunque lógicamente tendría sus adaptaciones y peculiaridades hispanas.

Los bohemios españoles tuvieron un lugar, Madrid, trasunto de París por un lado y rompeolas de una España que no les gustaba por otro. La mayoría de ellos habían llegado de la periferia en busca de la gloria, o al menos con la idea de hacerse un nombre en la capital. Encontraron su acomodo en unos espacios, los cafés y tabernas y las redacciones de los periódicos, desde los que proclamaban su rebeldía, sus sueños o sus miserias. Si bien, y porque todas las comparaciones son odiosas, se da una gran diferencia, como apunta Gómez Carrillo en sus memorias, “entre los alegres albergues bohemios descritos por Murger y los refugios madrileños en que Pereda coloca a sus periodistas recién llegados de provincia”<sup>29</sup>.

En los años ochenta y noventa del siglo XIX, en Madrid, y siguiendo la definición y las clasificaciones de Murger, fue grande el número de jóvenes rebeldes y artistas que quisieron ser o fueron bohemios, o pensaron serlo o así se declararon, o tuvieron una actitud bohemia, o no tuvieron otro remedio. El hecho bohemio se palpaba en los ambientes de calles y cafés y estaba en boga en periódicos y revistas. Y, además, todas las condiciones acompañaban: años de descrédito del Estado, escepticismo, abulia, pobreza, caciquismo y desconfianza en la clase política.

Ya el 9 de junio de 1892 Ramón María del Valle Inclán publicó en el periódico *El Universal* un texto titulado “Madrid de noche”, en el que habla de la vida nocturna de los bohemios y, además de describir su indumentaria, atestigua su presencia numerosa y continua:

“Los bohemios, semejantes a aves nocturnas, bajan de sus guardillas, ateridos de frío, las manos hundidas en los desgarrados bolsillos del pantalón y embozados en vieja capa, cuando a cuerpo gentil; metidos en una levitilla lustrosa y bisunta, abrochada hasta debajo de la

---

<sup>29</sup> Gómez Carrillo, Enrique. *La miseria de Madrid*, pág. 11.



barba. Es cosa de ver aquellas figuras pálidas y desaliñadas; con el cabello largo y revuelto, que asoma en desiguales mechones por debajo del sombrero, puesto siempre al desgaire; contrahecho a fuerza de apabullones y más llevado y traído que moza andariega y casquivana o montura alquilona”.

Durante esos años Madrid era el centro donde se refugiaban todos los desheredados de España y también el escaparate desde el que aspiraban a ser alguien los soñadores. Madrid, la capital de la nación, se constituye, desde mediados del siglo XIX, en el centro al que acuden muchos jóvenes de provincias a la conquista de la gloria en el mundo de la literatura, de las artes, del periodismo o de la política. Ese asalto a los laureles tiene su proceso, su esfuerzo, sus intenciones y sus protocolos. Y están relacionados con la fortuna y con la realidad social, siempre con la presencia en las calles, cafés y cenáculos.

En ese ambiente de Madrid como centro de una bulliciosa actividad intelectual y artística, como ciudad en la que aspiraban a estar los creadores de todas las periferias, en una sociedad llena de carencias, con unos gobiernos desacreditados, se desarrolló uno de los fenómenos sociológicos más estimulantes y sorprendentes, más creativos, y al mismo tiempo más denostados y finalmente olvidados de la cultura española.

Sorprende que un fenómeno tan destacado en su tiempo, lleno de testimonios, nombres significativos y material de estudio suficiente para ser investigado esté tan poco cultivado. Como ha escrito Manuel Aznar en *Bohemia y burguesía*<sup>30</sup>:

“La literatura bohemia española finisecular es un capítulo olvidado de nuestra historia literaria. El análisis de las narraciones de Camilo Bargiela, Pedro Luis de Gálvez, Enrique Gómez Carrillo, Isidoro López Puga, Eduardo Zamacois; de los versos de Pedro Barrantes, Emilio Carrere o Joaquín Dicenta; de la labor periodística de Luis Bonafoux, Rafael Delorme o Ricardo Fuente; de la producción literaria de Ernesto Bark o Alejandro Sawa o el tributo estético contraído por autores como Rubén Darío, los Machado, Valle-Inclán, completarán el espectro de tendencias estéticas de la literatura española finisecular”.

La mayoría de los nombres que cita Aznar, como otros muchos que irán saliendo, se han quedado fuera de los libros de historia. Simplemente

---

<sup>30</sup> Aznar Soler. *Bohemia y burguesía en la literatura finisecular. Historia y crítica de la literatura española. Modernismo y 98*, pág. 80.

pasaron a engrosar el largo capítulo de raros, heterodoxos y olvidados. Ello a pesar de que muchos de esos escritores hoy casi inexistentes habían alcanzado una gran popularidad, sobre todo en el periodismo, en la narrativa breve y en el teatro. Algunos incluso llegaron a tener no solamente más fama, también más importancia que algunos de los que han pasado a las páginas de los libros de texto. Sin embargo pasaron al gran saco de la singularidad y el olvido. Sobre todo a partir de 1939, lo que tal vez constituya más que una explicación. Desde entonces se corrió un tupido velo sobre su existencia hasta hacerlos invisibles. Como mucho aparecían en antologías, memorias y recopilaciones, pero sin demasiado rigor y siempre como epígonos de la Generación del 98 o el Modernismo.

### 3.1.1 Una corriente social y política

Han sido los trabajos de Allen Phillips, José Esteban, Víctor Fuentes, Manuel Aznar Soler, Anthony Zaheras, Iris Zabala, Javier Barreiro, Amelina Correa o Calvo Carilla los que han empezado una meritoria recuperación de una importante parcela de la cultura española.

Ellos han ido mostrando en sus investigaciones que la bohemia española, o una parte de ella, se comportó como una corriente social y política, que fue un movimiento transversal que aglutinó, o participó de manera heterodoxa, de buena parte de las ideas de renovación, de las preocupaciones, las aspiraciones y las contradicciones de la España de finales del siglo XIX. Por ser corriente principalmente disconforme, agitada, rebelde y osada, por ella pasó, o a ella se acercó, un buen número de los nuevos intelectuales desazonados e impacientes que reclamaban libertad de pensamiento y luchaban contra las ideas anticuadas.

Hubo un gran movimiento, siguiendo con la tesis de Bourdieu, porque la oferta de trabajadores del arte superaba claramente a la demanda, y la descripción de Valle Inclán sugiere una multitud. Manuel Aznar entiende<sup>31</sup> que “todos los escritores modernistas fueron bohemios porque querían vivir de su pluma y además escribir de manera diferente a los consagrados realistas”. Lógicamente esa abundancia produjo casos singulares y también biografías notables, sin embargo todos han pasado a la historia como raros y olvidados, o epígonos de una generación tan potente, señalada y estudiada como la del 98. Como mucho, alguno de estos raros han logrado pasar

---

<sup>31</sup> Entrevista personal realizada el 13 de junio 2012.

como la costra del 98, cuando algunos de ellos no fueron menores sino mayores en muchos sentidos.

Los contados e imprescindibles investigadores de la bohemia española nos han demostrado que se pareció mucho a la francesa. Así como en el marco francés fueron Henry Murger y sus *Escenas de la vida bohemia* la referencia, en el caso español se puede hablar también de un Murger autóctono. El nombre es Enrique Pérez Escrich, autor de una obra clave para fijar la aparición y primera descripción de la bohemia en España, *El frac azul: memorias de un joven flaco* (1864). Se trata de una novela folletinesca, autobiográfica, que relata las memorias de un joven poeta que aún no ha publicado, Elías Gómez, valenciano, que abandona su hogar y llega a Madrid lleno de ilusiones. Representa sus sueños con un frac azul de botones dorados pero en la capital se encuentra con pocas esperanzas y muchas dificultades. Se tiene que ganar la vida escribiendo aleluyas, artículos y discursos que le ha encargado un cura.

Pérez Escrich<sup>32</sup> cita a Murger y presenta una bohemia, en un paisaje costumbrista y madrileñista, que ya pretende ser crítica con la sociedad y con los gustos burgueses de la época.

Escribe José Esteban en su librito *Contra el canon*<sup>33</sup> que en la bohemia española y madrileña hay que distinguir tres niveles: el nivel rebelde de oponerse al canon establecido, el nivel social de la identificación con el marginado y el nivel estético de la modernidad. Cada uno de los tres representa escenarios, estéticas, etapas históricas y refugios diferentes.

Otros autores, como Aznar Soler<sup>34</sup>, se fijan en que la actitud provocadoramente antiburguesa del bohemio le lleva a una cierta pose de anarquista literario o a esa condición de maldito, caminos que se repiten en la mayoría de los casos de la bohemia española. Por eso en sus textos, tanto en los periódicos como en sus novelas y poemas aparecen historias de desahuciados, muertes de obreros, el hambre en las calles, las prostitutas como musas del arroyo.

A la bohemia española se acercaron en algún momento, por curiosidad o convencimiento, con ánimo de conocer o de participar, buena parte de la intelectualidad española de la época. Algunos de los grandes

---

<sup>32</sup> Es el autor, entre otras novelas, de *El cura de aldea*, que se convertiría en famosa película años más tarde, dirigida por Florián Rey.

<sup>33</sup> Esteban, José y Zaheras, Anthony. *Contra el canon. Los bohemios de España (1880-1920)*, pág. 36.

<sup>34</sup> Aznar Soler, Manuel. *Bohemia y burguesía en la literatura finisecular, Modernismo y 98*, pág. 54.

escritores la defendieron y homenajearon, como Valle Inclán, y otros la atacaron, como Pío Baroja. Varios pertenecieron a ella en sus inicios y luego se fueron alejando, como Manuel Machado o Azorín.

### 3.1.2 Entre la bohemia elegante y la bohemia negra

Aunque la bohemia española importó e imitó en muchos aspectos a la tendencia simbolista, también, como hizo la llamada refractaria, mantuvo una estrecha relación con las ideas socialistas y anarquistas de la época, sobre todo con las segundas. Llegó a adquirir una conciencia social que llevó a muchos de sus miembros a la lucha por sus ideales en diferentes foros. Aunque siempre sin renunciar a su individualismo, muchos bohemios se comprometieron con la causa obrera, denunciaron las injusticias sociales y se solidarizaron con los desamparados y marginados de la sociedad.

Coinciden los estudios realizados hasta ahora en que entre la bohemia elegante y la negra, la alegre y la triste, a España llegó algunos años más tarde una, aunque trufada de la francesa, netamente española y particularmente madrileña. Tendría más de la negra que de la elegante, mucho de la refractaria y bastantes aspiraciones de emular a la simbolista. Esa mezcla será la clase de *bohemia* que importe España y la que encontraremos fundamentalmente en las calles del Madrid de finales del siglo XIX.

La bohemia española que bebe de la simbolista francesa, y de la refractaria, más que de la elegante, va a encontrar en el marco hispano una plena identificación con el movimiento Modernista, que surge en las últimas dos décadas del siglo XIX. Precisamente la crítica a los gustos burgueses establecidos es el principal punto de convergencia en el que coinciden bohemios y modernistas. En esa aparente fusión se distinguen, claramente y desde el principio, dos tendencias: una que se sirve del refinamiento estético como recurso principal, que estaría representada por Alejandro Sawa y por Valle-Inclán. La otra línea más orientada a lo social, representada por Rafael Delorme, Ernesto Bark o Joaquín Dicenta. En lo que no hay diferencias, es decir, lo que sí comparte todo ese movimiento bohemio emergente es su rechazo a la vieja España representada por las formas políticas anquilosadas de la Restauración dirigida por Cánovas. Rechazo en el que también participan regeneracionistas y noventayochistas.

La rebeldía compartida hizo compañeros de viaje y puso en común conceptos que llevaron en ocasiones a identificar nombres y actitudes en

apariencia distantes. Bohemia, anarquismo y aristocratismo artístico estuvieron unidos en la actitud estética modernista de Alejandro Sawa, Rubén Darío o Valle-Inclán. Precisamente Rubén Darío concebía el Modernismo como expresión de la libertad y el anarquismo en el arte. En esa mixtura política, vital y estética se puede englobar el grito del bohemio Henry Cornuty en un mitin en el teatro Barbieri de Madrid, “¡Viva la anarquía, viva la literatura!”. Una equiparación que Baroja no consideró disparatada en sus memorias, sino al contrario, certera. También se podría incluir el “¡Viva la bagatela!”, de Valle Inclán, o el paraguas rojo del joven Martínez Ruiz, un convencido anarquista literario en sus primeros años madrileños y conservador luego. O el “¡Mueran los jesuitas!”, el grito radical de Ramiro de Maeztu en el estreno de la obra *Electra*, de Benito Pérez Galdós. E incluso los poemas de Pedro Barrantes dedicados al puñal y a la dinamita en su obra *Delirium tremens*. Son signos sorprendentes a la vez que coincidentes, en una compleja posición anarco aristocrática de los escritores españoles del fin de siglo.

Alejandro Sawa y Valle-Inclán serían los representantes de una bohemia marcadamente esteticista, que, al mismo tiempo, se sitúan al margen de la burguesía y proletariado, como lo demuestran en sus dos obras cumbres en las que se ocupan del movimiento bohemio: *Iluminaciones en la sombra* (1910) en el caso de Sawa y *Luces de bohemia* (1920) en el de Valle Inclán.

Al mismo tiempo que Ernesto Bark estaría en una línea más social e inscrita en el proletariado, lo que muestra en su obra reveladora: *La Santa Bohemia* (1910). Si bien hecha esta separación, no impide el contacto y la admiración entre ambas corrientes. Al contrario, el polaco Ernesto Bark<sup>35</sup>, alma y teórico de la bohemia madrileña, considera *Iluminaciones en la sombra* como la Biblia del movimiento bohemio.

Más esteticista o más social, la bohemia española estuvo integrada por jóvenes artistas y escritores, literatos y periodistas, entregados sin condiciones a la fe de la creación, del arte y del ideal, convencidos de que la literatura, y la palabra, eran un arma revolucionaria. Entre ellos había personalidades deslumbrantes dotadas de talento y audacia, también mediocridades sin otro mérito que cierto ingenio. Y había igualmente una cantidad importante de personajes que carecía lo mismo de una cosa que de la otra.

---

<sup>35</sup> Bark, Ernesto. *La Santa Bohemia y otros artículos*, pág. 87.

### 3.1.3 Oferta y demanda de mano de obra artística

En movimiento tan amplio cabía todo. Sus detractores siempre han visto, y eso puede que explique alguna de las razones de su olvido y desprecio, cuando no las causas de su desaparición, una especie de moda pasajera marcada por la holgazanería, la pereza, la aversión al trabajo, la estética desarrapada y una cierta inconsistencia intelectual, resaltada seguramente por ese carácter transitorio, que facilitaría la deriva de la figura del bohemio hacia la del hampón.

Pío Baroja trató a los bohemios casi siempre mal, habló en sus memorias de una “bohemia áspera, rebelde, maledicente y malhumorada, compuesta por una tropilla de artistas, pícaros y bohemios, literatos y fotógrafos”<sup>36</sup>. Pero coincide con Bourdieu en alguna de las disquisiciones sobre la razón de ser bohemia. En su caso lo hace para explicar las consecuencias del desastre ultramarino de la pérdida de las colonias, en Cuba y Filipinas, pero la tesis es la misma que la del pensador francés, las diferencias abismales entre oferta y demanda de mano de obra artística: al verse tantos hombres sin oficio, sin medios de subsistencia y sin porvenir, apareció para el escritor vasco esa bohemia. A pesar de declararse enemigo de ellos, Baroja habló de los bohemios en sus libros, lidió con ellos en los cafés, las tertulias y las redacciones, y además les dedicó una de sus pocas obras de teatro, *Adiós a la bohemia*.

Los estudiosos coinciden en considerar la Bohemia como un fenómeno cultural y casi todos aceptan que, como tal, aglutinó a una larga lista de nombres propios que se hicieron notar en periódicos, ateneos, tertulias, teatros, tabernas y cafés. La actitud de todos era de clara rebeldía con la política de la Restauración, lo que suponía una toma de posición frente a la sociedad contemporánea, y también un ataque al arte que se hacía por parte de los consagrados, con lo cual se aprecia también un choque generacional. Junto a esas premisas, compartían una cierta idealización de la miseria y una cuidadosa indolencia indumentaria. A veces, incluso un obligado abandono. Aquí se produce una sustantiva diferencia con respecto a la bohemia francesa: en lugar de los vistosos chalecos que portaba el dandy de la bohemia galante parisina, las prendas de los bohemios de Madrid estaban desgastadas por una pobreza muy poco y mal disimulada.

---

<sup>36</sup> Baroja, Pío. *Final del siglo XIX y principios de XX*, pág. 20.

### 3.2 Perfil sociológico

Al ser manifestación cultural y social, al mismo tiempo admirada, temida, criticada y despreciada, supone que se presta a múltiples interpretaciones. En bibliotecas y hemerotecas se puede encontrar lo que los bohemios pensaban de sí mismos, con sus aspiraciones y sus modos de vivir; está lo que sus coetáneos y en ocasiones compañeros de viaje vieron y comprobaron, lo que también opinaron; está lo que la sociedad rumiaba, o temía de ellos; está lo que sus enemigos criticaban y analizaban después de rechazarlo. De modo que la bohemia de Madrid, como escribe Pepe Esteban en *Contra el canon*, designa a la vez “la historia de varias leyendas y las leyendas de esa historia”.

El perfil sociológico que saldría de las indagaciones y descubrimientos de Allen Phillips, Manuel Aznar, Víctor Fuentes, Javier Barreiro, Iris Zabala, Anthony Zaheras, Calvo Carilla, y no muchos más, sería un numeroso grupo de gente joven que tenía como actitud vital o despreocupación o malas relaciones con el dinero, algún ingenio para obtenerlo en los alrededores del periodismo y la prensa, alegría, buen humor, indisciplina social, desorden en la vida doméstica y en las costumbres, románticos amoríos en los que cabía la idealización de una princesa de la calle, grandes dosis de sentimentalismo y, al mismo tiempo, individualismo y un alto sentido de la camaradería callejera.

A la vez, esa descompostura en la vestimenta y sobre todo la actitud de disidencia, de inconformismo y rechazo de valores y costumbres imperantes, avanza algunos síntomas de lo que será años después el intelectual comprometido. No dudan en expresar su disconformidad con el orden establecido y tienen la intención de influir, con su obra, en la marcha de la sociedad. De manera que se puede intuir que ellos aportan las primeras muestras de lo que sería, avanzado el siglo XX, la literatura de compromiso. De hecho, los bohemios se consideraban proletarios del arte y escribían contra el canon establecido, tanto estético como moral o político. Lo hacían desde el verso, desde el artículo de fondo, desde la crónica, desde el cuento o desde la novela breve. Pero siempre en los periódicos, revistas y folletos de la época.

Tal vez haya hoy más huellas bohemias en las publicaciones periódicas que en los textos bibliográficos. Lo han ido anunciando todos los investigadores que se han acercado a la bohemia, como si cada uno hubiera confirmado la dirección pero ninguno se hubiera decidido a cruzar la puerta de las hemerotecas. Todos concluyen en sus trabajos que los bohemios frecuentaban las redacciones de los periódicos. Es de suponer que

no iban allí casi diariamente sólo a calentarse o a hacer tertulia, lo que también podría ser objeto de atención.

Hay por tanto un espacio, un escenario y una irrefutable comprobación. El hispanista Allen Phillips ha estudiado los testigos y los testimonios de la bohemia, también su aparición y sus desarrollos, así como sus huellas en la poesía y en la novela de finales de siglo XIX y principios del XX. Manuel Aznar Soler ha investigado el paisaje humano y urbano del Modernismo, y ha entrado a explicar las relaciones, estrechas y desiguales, de la literatura y de la bohemia de fin de siglo; Iris Zavala ha diseccionado el discurso de la bohemia, así como la España del cambio de siglo; Víctor Fuentes ha seleccionado y prologado una antología de cuentos bohemios, estudiado la poesía, y además ha trazado una pormenorizada geografía madrileña de huellas bohemias, de modo que hoy mismo se podrían seguir las calles y escenarios de aquella tribu; José Esteban tiene fichados a todos los bohemios, ha seguido sus pasos, ha indagado sus logros, los ha reivindicado e incluso ha adoptado a muchos; Javier Barreiro ha llegado a demostrar cómo varios de los textos bohemios alcanzaron en su momento la categoría de best seller, además de indagar en la biografía de algunos de los más significativos bohemios; José Luis Calvo Carilla ha buscado la cara oculta del 98 y ha encontrado algunas luces y muchas sombras, sobre todo las que se refieren al aprovechamiento y falta de generosidad de muchos de los miembros de la prestigiosa generación; la también hispanista Lily Litvak ha estudiado el 1900 español desde todas las caras, el Modernismo, el erotismo, el anarquismo; Emilio Chavarría y la doctora Amelina Correa han buceado en profundidad en la biografía de Alejandro Sawa; Luis S. Granjel ha estudiado a los amigos y hermanos del 98, situándolos en su contexto verdadero; Cristián H. Rizzi ha delimitado y explorado el espacio urbano en las narraciones del fin de siglo...

### **3.3 La relación con el periodismo**

Los trabajos de todos ellos, unos desde la comprensión, otros desde la reivindicación, algunos desde la crítica, son hoy imprescindibles para conocer un periodo ignorado de la cultura española. Entre todos no solamente descubren y explican el movimiento bohemio, sino que también sacan a la luz unos talentos escondidos y hacen justicia a un ignominioso olvido. Revelan sus nombres, sus logros y el contexto histórico, social, cultural y político donde surgió. Por el análisis de sus creaciones, en las biografías personales, en sus postulados artísticos y vitales, o en las



investigaciones comparadas, todos coinciden en situarlos físicamente en los paseos nocturnos de las calles mal iluminadas de aquel Madrid de finales del XIX, en las mil tertulias de los cafés e indefectiblemente en las redacciones de los periódicos.

Lo curioso, y también sorprendente, es que casi ninguno de los estudiosos va más allá de ese enunciado: que estaban en los periódicos. Se desprende de sus investigaciones, porque queda anunciado, que escribían en los diarios, que se reunían a altas horas de la noche en sus redacciones y que en esas sedes se reconocían y se trataban. Por tanto, con toda probabilidad ejercían el periodismo.

Pero tras hacer semejante constatación, inmediatamente vuelven a analizar la existencia del movimiento bohemio desde sus versiones artísticas, poesía, novela y teatro, desde sus actitudes sociales, desde sus protagonismos o sus liderazgos. No pasan a contar exactamente qué hacen en las redacciones, cual es su relación con la profesión periodística. Es entre líneas como se puede leer que aquellos jóvenes perturbadores, libres, modernos, inconformistas, marginados, pobres y notablemente estafalarios, se expresaban en la prensa más que en los ateneos o en los libros. Algo lógico, ya que para todo aspirante a literato era muy importante escribir en los periódicos: era la manera más directa de darse a conocer y, sobre todo, era la forma más a mano de sacar unas monedas que les dieran de comer.

También queda establecido en estudios, en memorias y en obras de ficción que esos jóvenes airados y descontentos con el mundo que les había tocado vivir fundaron periódicos y revistas. De manera que si era tan habitual su presencia singular en las redacciones, y añadido a eso su particular manera de ver el mundo, es muy probable que contribuyeran en buena medida a la transformación del periodismo finisecular.

Excepción entre los investigadores es German Bleiger, el escritor e hispanista, que sí analiza las revistas y la prensa de la época<sup>37</sup>. Se apoya en el estudio de Guillermo de Torre (1941)<sup>38</sup> y con él demuestra el afán provocativo de algunas revistas nuevas, que “anticipan, presagian, descubren y polemizan”, donde colaboran los miembros de la generación del 98. Es decir, relaciona a los jóvenes literatos con el periodismo y demuestra la importancia de esa relación, pero en ningún momento cita a los bohemios. Al contrario, parece ignorarlos, porque en algún momento, cuando habla de los redactores de esas publicaciones nuevas, se refiere a

---

<sup>37</sup> Bleiger, German. “Algunas revistas literarias hacia 1898”, *Revista Arbor*, diciembre 1948.

<sup>38</sup> Torre, Guillermo de. “La generación española de 1898 en las revistas del tiempo”, publicado en *Nosotros*, Buenos Aires.

“otras firmas ajenas a la generación”. El objeto de su estudio es únicamente la presencia de los miembros del 98 en la prensa, pero el grupo de colaboradores era bastante más numeroso que los contados nueve nombres que pasaron a la historia: Baroja, Azorín, los Machado, Valle Inclán, Unamuno, Ganivet, Maeztu y Benavente.

Falta por tanto poner el foco de la investigación en los periódicos y revistas, seguir la pista de los colaboradores bohemios, certificar en cuáles de ellos escribieron y en qué condiciones, analizar los contenidos.

Hasta ahora los estudiosos, como se puede observar en la bibliografía, han acotado una parte, han valorado la importancia de la bohemia, detectado su presencia continua, estudiado sus aportaciones literarias y valorado su relativo peso específico en grupos tan potentes como la generación del 98 y el Modernismo. Falta cerrar el círculo de tan amplio, importante, heterodoxo, contradictorio y terminante movimiento. Una contribución es alumbrar su estrecha relación con el periodismo.

### **3.4 Modernismo y Generación del 98**

La bohemia convivió en España con dos movimientos importantes, el Modernismo y la Generación del 98. Los tres compartieron tiempos y espacios, y en ocasiones anhelos e ideas. Para algunos investigadores fueron tres posturas radicalmente diferentes, incluso encontradas, mientras que para otros no hay tales diferencias o al menos aseguran que hubo, sobre todo, muchas más semejanzas entre ellos.

El término modernista alude a una actitud estética e ideológica que se da en ciertos autores de finales del siglo XIX y principios del XX. El término Generación del 98 fue inventado por Azorín para referirse a un grupo de escritores españoles que, en su opinión, compartían una serie de preferencias temáticas y de estilo.

Lo más cierto es que se trató de dos corrientes literarias que partían de un mismo contexto de crisis ideológica y estética, aunque a veces dieran respuestas algo distintas.

Las transformaciones sociales, políticas, filosóficas e incluso científicas hacen que la sociedad occidental desde finales del siglo XIX hasta los inicios del siglo XX sufra un período de crisis en el que se cuestionan principios hasta entonces inamovibles. Las causas y consecuencias de semejante trance fueron los desequilibrios sociales, el

hacinamiento, un urbanismo descontrolado y conflictos obreros. Se cuestionan los principios filosóficos, morales y religiosos y aparecen nuevas corrientes de pensamiento.

Esa amplia crisis espiritual de Fin de Siglo provoca por un lado movimientos políticos de ruptura y por otro el anticonformismo de muchos artistas en desacuerdo con el espíritu materialista y utilitario de la sociedad europea.

Esa sociedad había nacido con la Revolución Industrial y había llevado al poder a la clase burguesa que impuso una rígida moral y unas pautas de comportamiento férreas.

En España, además, la crisis se ve agudizada por la monarquía de la Restauración con su sistema de alternancia en el poder entre conservadores y liberales. Los Regeneracionistas, liderados por Joaquín Costa, denunciaron la oligarquía y el caciquismo como formas corruptas de gobierno. Tras el Desastre del 98 (pérdida de colonias tras una absurda guerra con los Estados Unidos), los intelectuales plantearon el problema del atraso de España.

Ante la crisis social, política y de valores de las sociedades occidentales, acentuada en España por su atraso económico, surgió por toda Europa un grupo de jóvenes artistas que se rebelaron contra las ideas que habían sustentado esa situación y contra el arte que lo había reflejado, el Realismo y el Naturalismo.

Frente a esos valores materialistas los artistas buscan otros caminos en una actitud de rebeldía de clara raíz romántica: prefieren formas de vida antisocial, como la vida bohemia; defienden la creación artística como una actividad despreocupada y sin sentido utilitario, que persigue la belleza en sí misma.

Los escritores ante este panorama social adoptaron una clara oposición al sistema con manifestaciones de rebeldía política, o expresaron su disconformidad aislándose de esa sociedad que no les gustaba. Reaccionaron contra normas y formalismos, exigiendo una mayor libertad y el derecho a ser diferentes (pelo largo, vida bohemia, amores libres...).

### 3.4.1. Términos controvertidos

En un principio el vocablo modernista fue usado para referirse despectivamente a los jóvenes artistas que con su actitud rebelde y su

aspecto se mostraban inconformistas y enemigos del estilo de vida burgués. Con el tiempo el Modernismo se empleó para designar un movimiento de renovación estética que buscaba la belleza absoluta.

En términos artísticos, la palabra Modernismo se aplicó a una serie de tendencias europeas y americanas surgidas en los últimos años del siglo XIX con ciertos rasgos comunes: Anticonformismo, deseo de renovación y oposición a las tendencias artísticas vigentes, el realismo y naturalismo.

El de Generación del 98, como nombre, es muy controvertido. Fue propuesto por Azorín para referirse a un grupo de escritores españoles -él mismo, Baroja, Maeztu, Valle-Inclán, Unamuno y Antonio Machado- con un común espíritu de protesta y un profundo amor al arte. Aunque es discutible que estos escritores cumplan todos los requisitos para ser considerados generación, sí compartieron algunas características: una ideología progresista, al menos en su juventud, y una preocupación por los problemas de España.

Modernistas y noventayochistas se ocuparon de temas parecidos. Tras el Desastre del 98, se instaló en España la conciencia de crisis y decadencia general. Junto a los Regeneracionistas los escritores denunciaron el atraso, el analfabetismo y el caciquismo. Por otro lado, intentaron encontrar la esencia del pueblo español, y recurrieron al paisaje castellano, la historia y la literatura, para bucear en el alma de España.

No obstante los estudiosos no se han puesto de acuerdo sobre el concepto de este movimiento amplio. Con muchos matices, se pueden apuntar dos interpretaciones: Para unos, el Modernismo es un movimiento literario bien definido que se desarrolla entre 1855 y 1915 y que se define por el esteticismo y el escapismo. Para otros, no es un movimiento literario, sino una época y una actitud que incluye múltiples y diferentes manifestaciones, unas marcadas por el esteticismo y escapismo, pero otras no.

El Modernismo literario nace en Hispanoamérica en países que han conseguido la independencia en ese siglo o que no la han conseguido aún. Esta situación histórica explica que entre los autores modernistas nos encontremos, sobre todo al principio, con un rechazo de la tradición literaria española y que, por tanto, vuelvan sus ojos a otras literaturas como la francesa.

De la literatura francesa les interesaron especialmente dos movimientos artísticos desarrollados en la segunda mitad del siglo XIX: el Simbolismo y el Parnasianismo.

Los parnasianos buscaban por encima de todo la perfección formal de la obra literaria. Se alejaron de la realidad de su época creando otra realidad

en la que sólo importaba la belleza. El esteticismo y el deseo de evasión o escapismo serán las notas distintivas del Parnasianismo.

Los simbolistas también reaccionaron contra un arte que se limitaba a representar la realidad y se propusieron ir más allá de lo que se puede percibir por los sentidos. La misión del artista será la de descubrir esas “otras realidades”.

Vinculados con una u otra influencia, la literatura modernista se ocupó de una serie de temas recurrentes:

- La crisis espiritual. El artista muestra y describe sensaciones de soledad, de melancolía, de tristeza, de desarraigo de una sociedad que no puede ni quiere comprender al artista. Esta crisis provocará la exaltación de todo aquello que vaya contra lo racional y real, y así entrarán en sus obras lo pasional, lo fantástico, el misterio, los sueños...
- La evasión. El escritor se encuentra inmerso en una realidad que le disgusta y tiene que manifestar su disconformidad de alguna manera. Algunos autores intentarán transformar la realidad mediante la crítica y la acción política, pero la mayoría preferirá olvidarse de esa realidad, escaparse de ella.
- Cosmopolitismo. Como consecuencia de la necesidad de evasión, muchos autores intentaron buscar la diferencia en los comportamientos aristocráticos alejados de la mediocridad burguesa dominante. Cosmopolitismo que lleva a la atracción por la gran ciudad y por la vida bohemia.
- El sentimiento amoroso. El amor en la literatura modernista oscilará entre dos polos opuestos: La idealización del amor y de la mujer presentado como amor imposible e inalcanzable. Y la concepción vitalista del amor marcada por la búsqueda del sexo y del placer, como rebelión contra toda norma y moral.
- La búsqueda de las raíces. Los modernistas hispanoamericanos se ocuparán con sus obras de recuperar el pasado precolombino y sus mitos, con el fin de autoafirmarse frente a la tradición española. En un segundo momento, sin embargo, esos autores volverán a ocuparse de la tradición hispánica como acto de afirmación frente a la presión económica, política, militar y cultural estadounidense.

El estilo modernista se empeña en diferenciarse de la mediocridad burguesa dominante (también en literatura) y hacerlo mediante el cultivo de la Belleza, ya que la literatura realista (la propia de la sociedad burguesa) había preferido cultivar otros valores (la autenticidad, la crítica, la denuncia...).

### 3.4.2. Diferentes manifestaciones, una misma actitud

Al comparar Modernismo con 98, aparecen dos posturas aparentemente irreconciliables: la de quienes rechazan diferenciar los dos conceptos y la de los que creen que hay argumentos suficientes para considerarlos movimientos diferentes. A algunos de aquellos les resulta imposible separar la crítica social característica de la Generación del 98 del movimiento renovador de la nueva estética modernista.

Para otros de esa misma tesis Modernismo y 98 serían diferentes manifestaciones de una misma actitud y preocupación. En esa línea está José Martínez Ruiz, *Azorín*. En sus artículos de 1913<sup>39</sup> aseguró que lo que caracteriza a la Generación del 98 es el espíritu de protesta contra lo establecido, el profundo amor al arte y que tiene influencias del Parnasianismo y el Simbolismo. Tres cualidades propias también del Modernismo. Y además incluye como autor relevante de la “Generación” a Rubén Darío (el autor más significativo del Modernismo).

Para Ricardo Gullón<sup>40</sup> y José Carlos Mainer<sup>41</sup> sólo existe un gran movimiento literario a principios de siglo XX, producto del cambio de sensibilidad de la época, que se caracteriza por la rebeldía contra el orden establecido y se propone la renovación artística, abandonando el Realismo.

Dice José Carlos Mainer<sup>42</sup> que “el nexo de todos los escritores que se presentaban como Gente Nueva fue sin duda la modernidad (aquel ideal que habían definido Heine y Baudelaire) y deberíamos llamar Modernismo, sin ningún reparo, a lo que la rutina manualesca sigue diferenciando arbitrariamente como Modernismo y generación del 98”.

Sin embargo, entre los críticos que piensan que existen suficientes diferencias como para hablar de dos grupos diferentes, Guillermo Díaz Plaja afirma que la Generación del 98 se caracteriza por la inquietud ante el tema de España, también por una preocupación religiosa y existencial. Y su principal argumento es que, si su tendencia es la sobriedad estilística, quiere decir que huyen del esteticismo modernista.

---

<sup>39</sup> Diario ABC, 18 de febrero de 1913, “Tópicos del día. La Generación de 1898”, el colofón de una serie de artículos en los que asigna por primera vez el nombre de Generación del 98 al grupo.

<sup>40</sup> Gullón, Ricardo. *Direcciones del modernismo*, pág.44.

<sup>41</sup> Mainer, José Carlos. *Historia de la literatura española. 6. Modernidad y nacionalismo 1900-1939*.

<sup>42</sup> Mainer, José Carlos. “Crisis de fin de siglo y literatura”, *El País*, Memoria del 98, suplemento nº 10, y *El País*, Memoria del 98, nº 19.

Pedro Salinas también opina que los autores del 98 forman una generación literaria completamente diferente de la modernista. Para afirmar esto, aplica los criterios generacionales del crítico alemán Julius Petersen, es decir:

- Nacimiento en años poco distantes.
- Formación intelectual semejante.
- Relaciones personales entre ellos.
- Participación en actos colectivos comunes.
- Acontecimiento generacional.
- Presencia de un guía.
- Lenguaje generacional.
- Desaparición de la generación anterior.

En una postura intermedia se encuentra Tuñón de Lara<sup>43</sup>, quien afirma que sólo existe una generación, la modernista, que es la encargada de introducirnos en el siglo XX, pero que dentro de esa gran generación existe un conjunto de autores, los llamados autores del 98, “que forman un grupo coherente al tener unos rasgos que les individualizan”.

En cualquier caso, habría que tener en cuenta que la literatura y las actitudes de los autores del 98 se acercan mucho a las del Modernismo.

Los primeros años de todos los autores del 98 se distinguen por un espíritu de protesta y rebeldía. Ideológicamente, están cerca de las posturas más revolucionarias de la época. *Azorín* resumió esta primera etapa en una frase: “Un espíritu de protesta, de rebeldía, animaba a la juventud del 98”<sup>44</sup>.

No es fácil hoy separar la crítica social de la Generación del 98 del movimiento renovador de la nueva estética modernista. Como explicó Juan Ramón Jiménez en el periódico *La Voz* de Madrid, el 18 de marzo de 1935:

“El Modernismo no fue solamente una tendencia literaria, alcanzó a todo. Creo que el nombre venía de Alemania, y aquí, en España, la gente nos puso ese nombre de modernistas por nuestra actitud. Era el encuentro con la Belleza sepultada durante el siglo XIX por un tono general de poesía burguesa. Eso es el Modernismo: un gran movimiento de entusiasmo y libertad hacia la belleza”.

Y por si quedaron dudas de la mezcolanza, el poeta añadía: “Cuando yo fui a Madrid a publicar mis primeros libros, no solamente oí llamar

---

<sup>43</sup> Tuñón de Lara, *Medio siglo de cultura española*, pág. 114.

<sup>44</sup> Azorín. “La generación de 1898”, ABC, 18 de febrero de 1913.

modernista a Rubén Darío, sino a Benavente, a Baroja, a Azorín y a Unamuno”.

Desde luego en aquellos años los protagonistas no tenían tampoco claras las posiciones. La prueba de la confusión y las promiscuidades está en el propio Pío Baroja. Cuenta en sus memorias que a su llegada a Madrid, en 1899, se fijó en los autores que destacaban y escribió “si tuviera que hacer el padrón de escritores que empezaban a tener fama entonces, por orden de importancia en su tiempo, sería así: Benavente, Dicenta, Bonafoux, Burell, Navarro Ledesma, Luis Morote, López Ballesteros, Gómez Carrillo, Unamuno, Valle-Inclán, Silverio Lanza, *Fray Candil* (Emilio Bobadilla) Alejandro Sawa, Manuel Bueno, Azorín, Maeztu, Cristóbal de Castro, Luis Bello y Antonio Palomero<sup>45</sup>”. Y en la lista, como se ve, hay modernistas, noventayochistas y bohemios.

Tal vez se pueda distinguir, con mucho tiento y dentro de un doble intento de renovación ideológica y estética, una actitud más preocupada y comprometida socialmente, la noventayochista, y otra más estética y formalista, la modernista.

### 3.4.3. Regeneracionismo

Las dos actitudes estuvieron en algún momento relacionadas con el Regeneracionismo, un movimiento intelectual que entre los siglos XIX y XX reflexiona, objetiva y científicamente, sobre las causas de la decadencia de España como nación.

Incluso en ocasiones se han considerado casi términos sinónimo Regeneracionismo y Generación del 98, ya que ambos movimientos expresan el mismo juicio pesimista sobre España. Sin embargo se podría señalar que los regeneracionistas lo hacen de una forma objetiva, documentada y científica, mientras que la Generación de 1898 lo hace de forma más literaria, subjetiva y artística.

El principal representante del Regeneracionismo fue el aragonés Joaquín Costa con su lema “Escuela, despensa y siete llaves al sepulcro del Cid”. Consideraba que se debía solucionar la miseria física del hambre por un lado y el analfabetismo por otro.

El Regeneracionismo fue una consecuencia directa de la crisis del sistema político fundado por Cánovas del Castillo en la Restauración. La

---

<sup>45</sup> Baroja, Pío. *Final del siglo XIX y principios de XX. Galería de tipos de época*, pág. 186



alternancia de los partidos liberal y conservador había proporcionado al país una falsa estabilidad. Estaba basada en su triunfo en las Guerras Carlistas, pero era ilusoria y se sostenía sobre la base de una gran corrupción política. El panorama era de miseria en las clases bajas, mal reparto geográfico de una tardía revolución industrial, caciquismo y pucherazos. Este término se definió ideológicamente a través de la influencia del Krausismo, filosofía que pregonaba la libertad de conciencia.

Los escritores del Regeneracionismo reaccionaron contra el sistema canovista publicando estudios que denunciaban la situación del país. Descomposición que se hizo más evidente con la derrota del obsoleto ejército español en la guerra con Estados Unidos en 1898 y la pérdida de lo que quedaba del imperio colonial español (Cuba, Puerto Rico y las Islas Filipinas).

Los intelectuales regeneracionistas trataban de fraguar una nueva idea de España basada en la autenticidad, por lo que consideraban necesario desenmascarar las imposturas de la falsa España oficial mediante la divulgación de sus estudios en revistas de amplia difusión. Muchas de estas revistas anteceden a las del 98 y en parte se confunden con ellas. Una de ellas fue la *Revista Contemporánea* (1875-1907), fundada por José del Perojo, un hombre de ideales regeneracionistas y que contó en sus inicios con numerosos colaboradores pertenecientes a la Institución Libre de Enseñanza. Otra, *La España Moderna* (1889-1914), fundada por José Lázaro Galdiano, que se propuso ser la “suma intelectual de la edad contemporánea”, con una clara tendencia europeísta y espíritu cosmopolita. En ella colaboraron modernistas, noventayochistas, regeneracionistas y bohemios.

En los años de los que nos ocupamos Modernismo, regeneracionismo y bohemia eran asuntos recurrentes en la sociedad madrileña, sobre ellos se discutía, a ellos se referían muchas de las polémicas, eran motivo de encuestas. Dos enunciados que también estaban en buena parte de las disputas entre ‘nuevos’ y ‘viejos’. Los primeros, se sintieran concernidos o no, lo miraban con simpatía y los otros con nada disimulada inquina.

Como afirma Allen Phillips<sup>46</sup>: “Los del 98 y los modernistas coincidieron al fin y al cabo en un odio a los burgueses y en el culto de un personalismo propio”. Y añade que le parece que es un error más grave dividir a los intelectuales en dos grupos cerrados, uno estetizante y extranjerizante (Modernismo) y el otro de preocupados y nacionalistas (Generación del 98).

---

<sup>46</sup> Phillips, Allen. *Algo más sobre la bohemia, testigos y testimonios*, pág. 331.



## **4.- HIPÓTESIS Y PREGUNTAS**

---

Dada su importancia y su presencia continua en la sociedad madrileña, en sus calles y en las redacciones de los periódicos, cabe plantearse un puñado de hipótesis y un buen número de preguntas en tan poco estudiado y denostado movimiento.

La principal es que si estaban continuamente en las redacciones, es que fueron periodistas. Y si lo fueron en tiempos de cambios hicieron aportaciones importantes a la naciente profesión.

Si realmente fueron tan importantes debieron contribuir de manera significativa a la llamada Edad de Oro del periodismo español. Y que tal contribución no debió limitarse a una presencia testimonial.

Por su actitud, preparación e ingenio aportaron maneras, estrategias y nuevas fórmulas y géneros de practicar el periodismo.

En ese caso, como mínimo, elevaron el interés, el desarrollo, la modernización y la importancia del periodismo español.

Los bohemios españoles, sobre todo los de finales del siglo XIX, buscaban la belleza y el ideal, se reunían con otros literatos para cambiar el mundo o epatar al burgués y encontraron en los periódicos el vehículo ideal para publicar sus textos, sus ingeniosidades, sus denuncias y sus consignas.

Una hipótesis, no secundaria, de este trabajo es que la bohemia española impregnó, de una manera o de otra, a toda la cultura y la sociedad española.

Se impone la pregunta de si no estarían todos los literatos jóvenes en el mismo barco, modernistas, regeneracionistas. Si todos coincidían en las páginas de los periódicos y en las tertulias de los cafés, ¿Todos fueron modernistas? ¿Todos bohemios? ¿Todos rebeldes e insumisos? ¿Todos Gente Nueva? ¿Todos críticos con el sistema de la Restauración?

Una presunción demostrable podría señalar que la bohemia fue para los bohemios una manera de estar en la vida, para todos los literatos coetáneos una fuente casi inagotable de anécdotas y leyendas y para la población en general un tema permanente de conversación y asombro.

Conjetura substancial de este trabajo, dados los compañeros de viaje, visto el ambiente de ingenio y talento reunido en las tertulias de los cafés, y comprobado que los periodistas de la bohemia sacaban sus textos de lo visto o vivido en la calle, es que tuvo la bohemia dos grandes contribuciones a la historia del periodismo: el lenguaje y el humor. Eso y el ejemplo del mayor de los bohemios, o de sus defensores, Ramón María del Valle Inclán, lleva a especular que probablemente la aportación más sugestiva de la bohemia fuera la invención de un lenguaje nuevo basado en la paradoja.

Tales suposiciones y comprobaciones nos llevan a establecer también la hipótesis de que fueron al mismo tiempo historiadores y protagonistas del fin de siglo.

Dada su actividad y frecuentes visitas por las redacciones, bien pudieron constituir la prehistoria del periodismo moderno y por tanto pusieron sus bases.

Se plantea la duda de si la prensa era su medio de vida o su púlpito.

Y cabe la pregunta de si la bohemia fue un filón temático para los periódicos.

#### **4.1. Historiadores y protagonistas del fin de siglo**

Si el periodista es un historiador del tiempo presente, hay muchas posibilidades de que los bohemios que trabajaron en los periódicos fueran esos historiadores de la España del fin de siglo. Si muchos de ellos tuvieron reconocido nombre propio y protagonizaron episodios críticos, tanto con el gobierno de la Restauración como con el desastre colonial o contra los escritores consagrados del momento, estamos en disposición de encontrar una visión, desde luego diferente, y probablemente más real de la sociedad

de 1900. Los periódicos de entonces encontraron en ellos un filón. Y quizá los lectores de hoy, otro.

Aquellos periodistas bohemios, insolentes, inadaptados y brillantes, fueron además los primeros colaboradores en la historia del periodismo español. Hay testimonios suficientes en textos de Pío Baroja, Ciges Aparicio, Cansinos Assens, Eduardo Zamacois, Luis Ruiz Contreras, Enrique Gómez Carrillo, Emilio Carrere o Ernesto Bark para certificar su existencia imprescindible en las redacciones de los principales periódicos y también las relaciones laborales entabladas con los empresarios de la prensa. Si bien estas se basaban en la ausencia de contrato y en las magras minutas. Y la realidad contractual pasaba por las relaciones personales, la dependencia un poco descompensada y la inconstancia.

Escribir en los periódicos y recibir algún dinero por ello era la aspiración de cuanto escritor llegaba a Madrid. Consagrados y aspirantes encontraron en el periodismo una forma de ganarse la vida y la manera de contar lo que pasaba en España. Y con la modernización de la prensa parecía que podría haber hueco para todos: el articulista, el cronista, el entrevistador, el reportero o el gacetillero.

Probablemente fueron los bohemios, más propensos al cambio y deseosos de distinguirse de los consagrados a quienes criticaban, quienes aportaran un lenguaje propio y diferente, así como una manera de mirar más atrevida. Walter Benjamin dice que Baudelaire conspira con el lenguaje mismo, que calcula sus efectos paso a paso<sup>47</sup>: “Bien partiendo desde palabras distantes, acercándose a las cosas con cautela o comenzando con la pasión y la sorpresa”. Eso fue lo que parece que hicieron todos los bohemios, maquinar, inventar, señalar con las palabras. Si fue así se dan razones poderosas para destacar su contribución a la llamada Edad de Oro del periodismo español.

Los pocos historiadores que se ocuparon de la bohemia vienen a explicar que muchos nombres de los que alcanzaron gran popularidad en los primeros años del siglo XX pasaron a la despreciada categoría de la rareza y el olvido a partir de 1939. Y nunca fueron recuperados. Los motivos pueden ser de diversa índole, pero dos razones parecen imponerse, unas políticas y otras propias del canon.

De su condición de periodistas apenas se habla y en el saco del olvido caben igual sus nombres que las relaciones que tuvieron con quienes sí pasaron a los libros de bachillerato. Y tanto las memorias como las hemerotecas demuestran que todos formaban un conjunto joven, inquieto, irreverente y crítico con la situación de España.

---

<sup>47</sup> Benjamin, Walter. *Poesía y capitalismo*, pág. 117.

## 4.2 La prehistoria del periodismo moderno

Si estaban permanentemente en los periódicos y se erigían en los historiadores de la vida social, cultural y política, si se ocupaban de destapar los males de la sociedad que les tocó vivir, seguro que aportaron maneras, estrategias y nuevas fórmulas de practicar el periodismo. Como oficio incipiente, si lo ejercieron con tanta frecuencia como se puede comprobar y en tantos medios a la vez, se colige que contribuyeron a inventarlo. O como mínimo a desarrollarlo.

Eran los albores del periodismo como profesión propiamente dicha, los inicios en España de una industria en transformación, donde se empezaba a hablar de independencia y de rentabilidad. Escribía Mainar en 1906<sup>48</sup>: "El periódico independiente es hijo legítimo de la industria de periódicos; el periódico independiente -y todo, hasta la independencia, es relativo- no ha podido existir hasta que la hoja impresa no ha tenido que ser pensada para el público y con el público".

Para el lector escribían los periodistas bohemios puesto que con él contaban para proclamar sus verdades. Pero eran conscientes de que los periódicos estaban cambiando y debía primar el interés público tanto como el interés del público. Decía Julio Roig y Bergadá, en el prólogo al libro de Rafael Mainar:

"La misión del diario moderno no ha de ser otra que la de informar, amplia, exacta y honradamente, acerca de todos aquellos datos y acontecimientos que con el interés público se conexionan, dejando, por anticuado y ridículo, el prurito de querer dirigir el pensamiento y la voluntad del lector".

El análisis de las informaciones seleccionadas nos permite averiguar de donde sacaban los testimonios, seguramente todos de la calle, probablemente indagando y observando; se puede saber si las historias que contaban fueron vividas o investigadas; si encargadas por la dirección de los medios o propuestas por ellos; si utilizaron más géneros de opinión o de información. Con las respuestas conocemos tanto las rutinas periodísticas como el compromiso de los bohemios con el periodismo.

El libro de Mainar es texto muy recomendable, hay muchas enseñanzas útiles incluso hoy mismo, pero además afirma que su pretensión es reflejar "cómo se practica el periodismo más que cómo debiera practicarse". Lo que, dado el año de publicación, 1906, muestra

---

<sup>48</sup> Mainar, Rafael. *El arte del periodista*, pág. 126.

exactamente cómo se hacía el periodismo en los años y con los protagonistas de esta tesis.

Afirma Mainar<sup>49</sup> que hay que hacer el periódico con periodistas, y explica que no es una verdad de Perogrullo,

“lo que no es, como parece, una gedeonada<sup>50</sup> puesto que el periodista profesional no ha existido, tal y como hoy existe, mientras los periódicos de empresa no han hecho preciso al periodista de oficio y un oficio del periodismo”.

### **4.3 La prensa como medio de vida o como púlpito**

Afirma Calvo Carilla en su estudio que “el periodismo seguía siendo el único medio de supervivencia de todos los literatos, fueran noventayochistas o bohemios, además de representar la tribuna pública más efectiva para conseguir la fama o para denunciar las injusticias o para epatar al burgués”.

Según todos los estudios e investigaciones consultadas, los miembros de la considerada Santa Bohemia fueron al mismo tiempo una mina como personajes de novela y constituyeron una tribu en las redacciones. Es decir, protagonistas del Madrid brillante y absurdo y proletarios de la pluma.

La mayoría de quienes se han ocupado de estudiar las diferentes bohemias, tanto de modo directo como tangencial, coinciden en señalar que si la bohemia en sus inicios más románticos estuvo vinculada a la poesía, a partir de la Restauración se agrupó en torno al periodismo. Ahí descubre que es donde mejor expresa su protesta displicente y también era su mejor medio de supervivencia.

Se puede colegir entonces, y es hipótesis de este trabajo, que el bohemio español, sobre todo el de finales del siglo XX, intenta, y consigue las más de las veces, publicar sus textos y sus consignas en los periódicos. Es decir, los bohemios de la segunda generación son principalmente escritores en los periódicos. Y lo hacen tanto en los medios convencionales como en los creados de forma casi artesanal por ellos mismos. A veces indistintamente y al mismo tiempo.

---

<sup>49</sup> Ibid. pág. 36

<sup>50</sup> Se refiere a los juegos de palabras, las ironías y las bromas que solía hacer la revista *Gedeón*, que se publicó durante esos años.

El periodista bohemio publica en los primeros, es decir los periódicos de empresa, con un doble objeto: Primero como principal medio de vida, si bien a veces se trata de un patético puesto por el que los proletarios del arte reciben cantidades insignificantes a cambio de sus colaboraciones; y después porque consideran al periódico generalista como púlpito ideal para sus mensajes.

#### **4.4 Enriquecieron el mejor periodismo español**

Desgraciadamente no se conservan todos los periódicos que se publicaron. Nunca hubo un plan hemerográfico serio. Incluso las colecciones que hoy están disponibles responden a esfuerzos particulares o colecciones privadas y su existencia viene por la vía de las donaciones. Se da la paradoja de disponer de algunos periódicos, de la misma cabecera y los mismos años, en la Hemeroteca Municipal de Madrid y de otros en la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional, sin que exista plan conjunto o proyecto de colaboración entre ambos organismos, lo que no facilita precisamente la labor de investigación.

A pesar de las dificultades y de la desaparición de buena parte de ellos, se encuentra hoy en los periódicos que se conservan abundantes muestras de la presencia constante de periodistas bohemios. Hallamos sus nombres bajo los textos, cuando no todas las informaciones se firmaban. Eso indica su importancia y su acusada personalidad. No era sólo que cada uno de ellos lograra sus diez minutos de gloria, fue que tuvieron un lugar destacado en la élite del periodismo. Fueron respetados, conocidos y leídos durante casi dos décadas.

Sobre todo en Madrid, y también en otras ciudades, no eran precisamente desconocidos los nombres de Alejandro Sawa, Joaquín Dicente, Luis Bonafoux, Ernesto Bark, Pedro Barrantes, Antonio Palomero, José Nakens, Rafael Delorme, Manuel Paso, Heliodoro Puche, Adolfo Luna, Felipe Sassone, Miguel Sawa, Alfonso Vidal y Planas, Francisco Villaspesa, Emilio Carrere, Dorio de Gádex, Pedro Luis de Gálvez, Salvador Rueda, Ciro Bayo, Álvaro Retana, Manuel Reina, Ciges Aparicio, Cristóbal de Castro, Julio Burell, Eugenio Noel, Miguel Moya, Mariano de Cavia, Ricardo Fuente, Roberto Castrovido... Eran firmas habituales, y estamos citando tan solo algunos de los más activos, presentes y conocidos en los años del cambio de siglo. Estaban todos en los principales diarios y revistas españolas de entonces.



Sin embargo cabe preguntarse si todos hicieron los mismos discursos, si todos fueron igual de malditos, si todos frecuentaron los mismos ambientes de los bajos fondos, si todos eran periodistas. Y, sobre todo, si a todos podemos considerarlos bohemios.

Están impresos estos nombres en las páginas de periódicos como *El País*, *El Globo*, *El Imparcial*, *La Correspondencia de España*, *El Liberal*, *El Progreso*, *El Globo*, *El Heraldo de Madrid*, *La Época*, *El Nacional*, *España...* O revistas como *Germinal*, *Vida Nueva*, *La Vida Literaria*, *Helios*, *Alma Española*, *La Anarquía Literaria*, *Los Lunes del Imparcial*, *Vida Literaria*, *Electra*, *La Lectura*, *Prometeo*, *Arte Joven*, *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, *Electra*. Y lo singular, y significativo, es que se trataba de publicaciones donde también colaboraban Ramón María del Valle Inclán, Pío Baroja, Jacinto Benavente, Eduardo Zamacois, Ramiro de Maeztu, Eduardo Zamacois, Rubén Darío o Miguel de Unamuno.

Apunta el hispanista Germán Bleiberg en su trabajo de la revista *Arbor*<sup>51</sup> que:

“La Generación del 98 se ha iniciado en varias revistas, cuya vida casi siempre ha sido breve. Los títulos más representativos de esas publicaciones fueron: *Germinal*, *Vida Nueva*, *Revista Nueva*, *Madrid*, *La vida Literaria*, *Alma Española*, *La República de las Letras*, y quizás *Helios*. Estas revistas nacen y mueren en diversos momentos entre 1897 y 1905”.

Si muchos autores atestiguan que la Edad de Plata de la literatura española coincide con la Edad de Oro del periodismo en nuestro país, y la prueba de ello es el número de publicaciones y la presencia de autores de renombre en ellas, se puede apuntar como hipótesis que la bohemia debió contribuir no únicamente de un modo testimonial.

Así se puede evidenciar que los bohemios, mejor dicho, los periodistas bohemios de la segunda generación, enriquecieron el modelo del mejor periodismo español, y que lo hicieron por la calidad, frescura y atrevimiento de sus textos. También por las polémicas que protagonizaron o emprendieron; por el debate político que provocaron tanto en los periódicos radicales como en los más convencionales; por los personajes no habituales de los que se ocuparon e incorporaron al imaginario colectivo; por los paisajes de los bajos fondos que agregaron a sus relatos periodísticos.

---

<sup>51</sup> Bleiberg, German. “Algunas revistas literarias hacia 1898”, revista *Albor*, diciembre de 1948, pág. 465.

Por todas estas razones se debe pensar que los bohemios, como mínimo, elevaron el interés, el desarrollo y la importancia del periodismo español, y que sin duda contribuyeron a su modernización.

Los estudiosos de la historia de la literatura española establecen como marco que el final del siglo XIX y bien entrado el XX, hasta la Guerra Civil, se dio en España una verdadera Edad de Plata. Tras el Siglo de Oro, la coincidencia de literatos de primer nivel, tanto en los alrededores del 98, como del 27, como en los aledaños de la I Guerra Mundial dio lugar a esta Edad de Plata. Sus componentes eran coetáneos, camaradas, vecinos de página en alguno de los periódicos importantes, contertulios, a veces incluso amigos, de estos bohemios. Sin embargo por las razones que venimos explicando las enciclopedias no acogieron en sus listados a los bohemios.

La justificación más aceptada, más impuesta cabría decir, es que ninguno llegó, en talento, a la altura de los nombres de la generación del 98 o la del 27. Sin embargo esa teoría no tiene en cuenta que algunos poetas y escritores y periodistas fueron en su tiempo más leídos, admirados, seguidos y reconocidos, como es el caso de Joaquín Dicenta, o Emilio Carrere o Alejandro Sawa, que muchos componentes de esa Edad de Plata.

La última década del siglo XIX y la primera del XX es la época dorada de la bohemia madrileña. Aunque si hacemos caso a Ernesto Bark, como se puede leer en su libro *La Santa Bohemia*, ahí es donde empieza: “La edad de oro de la bohemia no era la de Balzac y Murger, Verlaine y Rimbaud, Alejandro Sawa y Delorme y Joaquín Dicenta, no; es la del porvenir, que llenará con su gloria el universo y sus discípulos se saludarán como hermanos del alma entonando un himno al arte, a la libertad y a la sinceridad”<sup>52</sup>.

## 4.5 Escritores de encargo

El heterodoxo y numeroso grupo de jóvenes inquietos se trataba personalmente, se citaba en sus escritos, se retaba o se ayudaba solidariamente. Las precarias condiciones de los proletarios del arte afectaban a todos. Y la lucha por la vida, la búsqueda de la colaboración, el orgullo, o la falta de él, y el aprovechamiento, perturbaban a todos. Todos fueron en algún momento negros de otro literato, todos malvendieron

---

<sup>52</sup> Bark, Ernesto. *La Santa bohemia*, pág. 23.

colaboraciones y comedias, todos andaban escasos de cuartos para pagar la habitación, a veces sólo la cama, de la pobre pensión donde vivían.

Se les acusa de sablistas, pero también se aprovechaban de ellos, y las memorias y novelas de la época están llenas de casos de explotación de estos escritores y periodistas. Tal vez se pueda establecer en ese tiempo la formalización de los primeros pagos profesionales, las primeras rentas de los proletarios del arte, las primeras constataciones de que lo pagado al periodista o al literato era menos que en otros oficios más manuales. Lo que daba lugar a iniquidades y prácticas abusivas.

Cansinos Assens cuenta en *La novela del literato*<sup>53</sup> la historia de Julio Nombela, viejo escritor, redactor del semanario *Gente Vieja*, carlista, que tenía una revista llamada *La Moda Elegante Ilustrada*. Ponia anuncios en los que afirmaba buscar colaboradores y traductores. Acudía a la convocatoria el escritor bohemio y Nombela le entregaba un cuento en francés. “A ver qué tal traduce usted”, apuntaba. El necesitado realizaba el trabajo, se lo entregaba, y él decía: “Déjelo que lo leeré y si está bien en unos días pasa el recibo y se convierte en colaborador”. La siguiente vez ya no había manera de encontrar a Nombela. El cuento salía traducido sin firma y no había forma de reclamar. Ni tampoco de cobrar. El abuso ilustra las relaciones laborales que se entablaban. Unos intentaban dar sablazos y otros se aprovechaban de las necesidades ajenas.

El polaco Ernesto Bark, en *La santa bohemia*, habla precisamente de los proletarios de la prensa y de cómo estaban pagados<sup>54</sup>:

“Entre los dependientes y empleados, bajo diferentes puntos de vista, merecen un interés especial los periodistas, proletarios de levita y sombrero de copa, peor pagados que los mismos empleados de ferrocarriles, y sin embargo, son sus cerebros focos que reflejan diariamente los rayos del primer poder del estado moderno: la opinión pública.

Nunca se presenta tan extravagante el contraste entre miseria económica y la función importantísima que desempeñan, como en los proletarios de la prensa. Ellos, que levanta a los ministros de sus poltronas; que crean celebridades de la nada; que sirven para cimentar fortunas colosales; ellos, que son una rueda indispensable en el engranaje de la política presente; ellos.... Hay diarios en Madrid cuyos redactores cobran diez duros al mes; un sueldo de treinta duros ‘efectivos’ los pagan muy contadas empresas y más allá son mirlos blancos”.

---

<sup>53</sup> Ibíd. Tomo I, pág. 191.

<sup>54</sup> Bark, Ernesto. “Proletarios de la Prensa”, de *La Santa Bohemia*, pág. 71.

Una situación que propiciaba el caldo de cultivo para la aparición de otro fenómeno típicamente hispano y finisecular, los fondos de reptiles que tanto afectaron a la profesión periodística. ¿En *La Estadística Social*, Bark aporta gran cantidad de números, hoy muy necesarios y se muestra como un adelantado al periodismo de precisión que se conoce hoy. Calculaba que habría entonces unos 4.000 periodistas “cuya existencia está basada en el periodismo, y otros tantos periodistas y literatos, pecuniariamente asegurados de otro modo, que colaboran en las 1.300 publicaciones del país”.

## 4.6 Parte de la Edad de Oro

El hecho de que algunos de los bohemios fueran tan conocidos debemos achacarlo a su presencia en los periódicos. Lograron fama, no tan pasajera, por sus aportaciones periodísticas y por el reclamo social y mediático de sus nombres. Así que, por presencia, seguimiento y notoriedad se podría afirmar que desde sus particulares tribunas no sólo contribuyeron de manera fundamental a la formación de esa llamada Edad de Oro del periodismo, sino que fueron en buena parte sus protagonistas y agitadores.

Precisamente el crítico literario Miguel García Posadas, en un artículo titulado “Olvidados y famosos”<sup>55</sup>, escribía:

“La gloria artística está reservada a unos pocos; la fama, en cambio, se dispensa a muchos, pero tiene un cruel corolario, y es el olvido [...] ¿Quién se acuerda hoy de Emilio Carrere? [...] En su buena época, Carrere vendía muchos más ejemplares de sus obras que Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado o su hermano Manuel. La gente de la calle se sabía de memoria muchos de sus versos. [...] Hoy sus versos están olvidados: ni la calle los recuerda, ni la gente los recita.”

En un momento de gran ebullición creativa, como fue el Modernismo, tan coincidente con la profunda crisis de fin de siglo, hay numerosísimas figuras consideradas secundarias para cierta crítica literaria que favorecieron la interrelación entre la creación literaria y la literatura periodística, entre la búsqueda de la información y la denuncia de la situación social en España.

Los bohemios españoles de fin de siglo, o al menos un buen puñado de ellos, se ganaron la popularidad con sus firmas y lograron que en las

---

<sup>55</sup> García Posadas, Miguel. “Olvidados y famosos”, *El País*, 29 de abril de 1999.

tertulias y periódicos se hablara de ellos. Consiguieron consciente o inconscientemente convertirse en tema de conversación. Es decir, se constata que el movimiento dio mucho que hablar.

Buena parte de los principales periodistas y escritores de la época fueron bohemios, o escribieron sobre la bohemia, o defendieron a la bohemia, o frecuentaron la bohemia, o teorizaron o atacaron a la bohemia. Una hipótesis, no secundaria, de este trabajo es que la bohemia española impregnó a toda la cultura y la sociedad española de una manera o de otra.

La historia está llena de coincidencias, de símbolos y de gestos. El libro *Azul*, de Rubén Darío, se publicó en 1888 y se considera el inicio del Modernismo. Azul el color del ideal, el color bohemio por excelencia. No es casual.

A todos afligía, desde la compasión, desde la rabia o desde el patriotismo, los problemas que acuciaban a la nación española. Todos hablaban de su pasado, les dolía el presente y temían por el futuro. De eso se hablaba principalmente en los cenáculos y tribunas. Coincidió además que todos los jóvenes inconformistas asistían a las mismas tertulias, publicaban en los mismos periódicos y revistas y participaban en los mismos actos, de reivindicación, de apoyo a una causa justa o de reafirmación de una idea de España.

Una gran mayoría de esos jóvenes estuvieron en la visita a la tumba de Larra y en la excursión a Toledo de 1901 o en la ruidosa protesta por la concesión del premio Nobel de Literatura a Echegaray. Todos compartieron anhelos y protestas, todos fueron modernos y azules, todos fueron curiosos y emuladores de lo que pasaba fuera, todos asistieron al espectáculo del desastre, todos denunciaron la corrupción de la clase política y la ineptitud del ejército, pero también la indigencia y desmoralización de la sociedad y el oscurantismo de la cultura oficial.

Cabe hipótesis de si no estarían todos en el mismo barco, que luego unos fueran más conocidos que otros es circunstancial, atiende a cómo el canon organice la historia, a cómo cada uno se trabaja el futuro. Pero es inevitable formular las siguientes preguntas: ¿Todos fueron modernistas? ¿Todos bohemios? ¿Todos rebeldes e insumisos?

Una hipótesis posible podría señalar que la bohemia fue para los bohemios una forma de vida, para los literatos una fuente recurrente de anécdotas y para la población un tema de conversación y asombro. Para los periódicos, un filón con el que llenar páginas sabrosas y oportunidades de llamar la atención de sus lectores.

La bohemia fue una forma de entender la vida y al mismo tiempo un descubrimiento, una lucha continua por el ideal y una manera nocturna,

festiva y despreocupada de vivir. Los padres de familia con jóvenes encandilados por esas costumbres y la propia sociedad bien pensante aspiraban a que sus hijos abandonaran la vida bohemia cuanto antes y sentaran la cabeza. Confiaban en que el tiempo los apaciguara y volvieran al redil. De modo que, para bien o para mal, por admiración o por rechazo, por escándalo o por rebeldía, era tema continuo de conversación. Un referente temático.

Los bohemios convencidos y los que se hallaban en pleno y juvenil sueño bohemio se aplicaban a afirmar que no iban a cambiar su vida libre por un salario castrador. Aunque hay argumentos para todos los gustos, porque para algunos el trabajo de bohemio también fue duro, en ocasiones era mucho más complicado que sentar la cabeza y buscar ese sueldo.

Al profesionalismo de la burguesía contraponían estos hombres su apofesionalismo; al ahorro, el despilfarro; a la familia, la tertulia; al matrimonio, la complicidad. Y en este enfrentamiento reivindicativo, en esa disyuntiva, estuvieron la inmensa mayoría de los escritores jóvenes de ese tiempo y en ese tiempo. No sólo los bohemios.

Por tanto, en esos años, la bohemia se convirtió en la principal excusa, leiv motiv, argumento, protagonista, causa, musa, referente, disculpa, vínculo, alegato, pretexto, de la sociedad española en general y de la madrileña en particular. Unos la temían, otros aspiraban a formar parte de ella, muchos la combatían y todos hablaban de ella. Desde la sociedad, desde la política y desde el arte.

## **4.7 Crearon un lenguaje nuevo**

Conjetura substancial de este trabajo es que, independientemente de su importancia, del número de bohemios, de su grado o tiempo de pertenencia, y de los años que duró el movimiento, tuvo la bohemia dos grandes aportaciones a la historia del periodismo, a esa edad de oro de la prensa española: el lenguaje y el humor. El descreimiento, la crítica, la autocrítica, no tomarse en serio a uno mismo, son constantes de las declaraciones y posicionamientos bohemios. Expresiones festivas, tono un tanto macabro con grandes pinceladas de humor negro, adjetivos llenos de intención, ironía sobre o burla de la propia miseria, ninguna consideración con la autoridad, piedad con los desamparados... son algunas de las constantes que alimentan las metáforas y dichos, y que podemos comprobar, repetidas, en buenas parte de los textos periodísticos bohemios.

Un botón de muestra es el caso de Félix Méndez, un viejo bohemio aconsejando sobre lo que debe hacer con su vida el joven Cansinos Assens. Lo cuenta éste en su libro citado, *La Novela del literato*. Solo, viejo, arruinado y miserable, Méndez sugiere que aprenda de él y tome medidas para no caer en donde él ha caído, viejo y derrotado. Pero ante la cara de consternación fraternal del joven literato, afirma:

“Pero no hay que ponerse fúnebre, eso queda para los modernistas, yo soy un escritor festivo y me río del bacilo de Koch y estoy aprendiendo a bailar la danza macabra”.<sup>56</sup>

Probablemente la aportación más interesante de la bohemia fuera la creación de un lenguaje basado en la paradoja, utilizando la palabra como explosivo. Un lenguaje que sirvió como vehículo de frustraciones y de miserias, a veces truculento, en ocasiones patibulario. Para los críticos y enemigos, era hueco, alambicado, verborreico, extravagante, lleno de palabrería en torno al azul que no iba a ninguna parte. En cambio para otros, amigos y partidarios, ese lenguaje propio, rico, irreverente, audaz, irónico, hiriente y sugerente, sería llevado a sus últimas consecuencias por Valle-Inclán. Lo que buscaban era la renovación del estilo y la subversión de los códigos establecidos, que identificaban con la escuela realista. En *Luces de bohemia* y en los esperpentos está su mayor exponente, pero además ese lenguaje nuevo, singular, colorista, tremendo, a veces absurdo, casi siempre sarcástico, sobre todo atrevido, está en los periódicos.

Allen Phillips<sup>57</sup> dice: “Al estilizar aspectos feos o risibles de sus personajes Valle se acerca al arte de la caricatura, servido de un lenguaje expresivo que acentúa la degradación de los seres y las cosas”.

Precisamente a Alejandro Sawa, el trasunto del Max Estrella de Valle Inclán en *Luces de bohemia*, se le considera la figura clave del movimiento, casi por unanimidad, y es uno de los principales reformadores del lenguaje. Justamente él escribe en *Iluminaciones en la sombra*<sup>58</sup>:

“Vengo de darme un gran atracón de bazofia cerebral, porque acabo de leer lo más granado de la Prensa madrileña. Casas de vecindad de todas las ideas plebeyas, cuando no de lenocinio. Hablan de Romero, de Gamazo, de Weyler y hasta de D. Alberto Aguilera, como si esos hombres existieran positivamente, como si fueran otra cosa que los fantasmas vocingleros y a veces trágicos de este minuto siniestro de la Historia”.

Llevó en Madrid una vida bohemia, sobre todo después de estar en París y tratar con Víctor Hugo y Paul Verlaine, llena de miseria y

---

<sup>56</sup> Ibid. I, pág. 367.

<sup>57</sup> Phillips, Allen. *Apuntes para el estudio de la bohemia en algunas novelas*, pág. 14.

<sup>58</sup> Ibid. pág. 103.

penalidades, que culmina con una muerte premonitoria, ciego, solo y abandonado.

Siempre cuidó el lenguaje, consideraba que era su mejor arma, su mayor tesoro y despreciaba las simplezas y los lugares comunes y fáciles. Pero además fue antes de todo eso hombre de prensa, más que novelista o literato. Llamó la atención de modo incontestable con sus crónicas, 170 de ellas forman parte de la selección de la editorial 27 Letras, ya citada. El principal de sus libros, publicado tras su muerte, es *Iluminaciones en la sombra*, y es justo una recopilación de artículos publicados en periódicos como *La Lucha*, *La Acción*, *El País*, *El Liberal*, *La Correspondencia de España*, *El Globo*, *El Heraldo de Madrid*...

Cuando murió Alejandro Sawa, el 3 de marzo 1909, en la humilde casa de la madrileña calle Conde Duque, dejó un manuscrito de textos diversos: retratos, recuerdos, monólogos, cuentos, comentarios literarios y políticos. Esos escritos, que intentó publicar sin éxito los últimos meses de su vida, amparados por Valle Inclán se convirtieron en un libro que prologó Rubén Darío. Fundamentalmente es el diario de las tribulaciones de un bohemio, esas iluminaciones desde la sombra son su testamento y una guía para entender lo que fue y significó la bohemia española: “El sinuoso sendero de su vía crucis madrileño en los últimos ocho años de su vida”, como apunta el investigador Cristian H. Ricci<sup>59</sup>. Sus páginas son la representación, algo caótica sobre todo en las fechas, “del hombre moderno que se siente rechazado en un mundo claramente hostil”. Aznar Soler considera *Iluminaciones en la sombra* la “auténtica Biblia de la literatura bohemia finisecular”.

El libro apareció un año después de su muerte, y entre su viuda Jeanne Poirier y Valle Inclán consiguieron tanto la publicación como el prólogo de Rubén Darío, que así pagaba algunos de los artículos que Sawa escribió para él y aparecieron firmados por Darío en *La Nación* de Buenos Aires.

Junto a Alejandro Sawa convivieron, escribieron en los periódicos, y posiblemente contribuyeron a la creación de ese lenguaje nuevo, brillante y poderoso, Luis Bonafoux, Alberto Lozano, Joaquín Dicenta, Antonio Palomero o Camilo Bargiela, amigos suyos fueron Valle Inclán, Eduardo Zamacois, Ernesto Bark. José Nakens, Rubén Darío, Enrique Cornuty, Salvador Rueda, Enrique Gómez Carrillo, y en su talento, dominio del lenguaje y figura repararon, y de ellos se ocuparon en alguno de sus libros, además de Valle Inclán, Rubén Darío, Pío Baroja y Manuel Machado. Este escribió su conocido epitafio dedicado a Sawa:

---

<sup>59</sup> Rizzi, Cristián H. *El espacio urbano en la narrativa del Madrid de la Edad de Plata (1900-1938)*, pág. 98.



“JAMÁS HOMBRE más nacido/ para el placer, fue al dolor/ más derecho./ Jamás ninguno ha caído/ con fama de vencedor/ más deshecho./ Y es que él se daba a perder/ como muchos a ganar./ Y su vida,/ por la falta de querer/ y sobra de regalar, / fue perdida. / Es el morir y olvidar/ mejor que amar y vivir. Y más mérito el dejar/ que el conseguir”.<sup>60</sup>

La del lenguaje es cuestión que se plantea en este estudio de manera permanente y transversal. Tiene que ver con las palabras que emplean para contar lo que cuentan o para nombrar lo que les preocupa. Siendo escrito, se puede comprobar si sus frases son formales, si son académicas, si son críticas, o descarnadas, atrevidas, acusadoras, rebuscadas o llanas.

Visto lo que les preocupa, lo que dicen y cómo lo dicen, estaremos igualmente atentos a localizar las tendencias que siguen o que descubren. Las estéticas que más se extienden y las posturas que, reconociéndose bohemias, se acabaron imponiendo.

Sawa y Dicenta fueron los dos ejes de la bohemia española, dos referentes del periodismo, posiblemente los que más aportaron a una y a otro. El primero incluso escribió un artículo esclarecedor, en la revista *Nuevo Mundo*, el 22 de agosto de 1907 con el sugerente título de “El cuarto poder”. Ahí habla de la prensa y de la dura tarea del periodista.: “La prensa, afirma Sawa, marca el estado de cultura de los pueblos” y añade, “aquel país donde la prensa es clamorosa y ardiente y suelta, es un país de redención”.

Asegura Sawa en ese artículo que “no hay un solo hombre de cuantos forman el santoral de las letras modernas, que no haya tenido a honor el acercarse más íntimamente a nosotros desde el gran tornavoz familiar de la hoja periodística” y afirma que “la prensa aconseja, asesora, dirige, pero también corrompe”, y que impregnó la cultura y sociedad españolas. Pone como ejemplo a la prensa del desastre del 98, que “cometió tres gravísimos pecados: la jactanciosa expedición militar a Melilla, la guerra a todo trance contra los hombres de la independencia cubana y el inexplicable duelo por mar y tierra con los Estados Unidos”. Así que responsabiliza a los periódicos de caldear la atmósfera, “de la tórrida temperatura moral que lesionaba los sesos”.

---

<sup>60</sup> Machado, Manuel. *Antología poética*, pág. 129.

## **4.8 Las preguntas**

### **4.8.1 Aportaron contenidos o personajes**

A lo largo de toda esta investigación van apareciendo un conjunto de cuestiones que se repetirán hasta conformar una red, más que de seguridad, de confirmación. Ellas son guía, con respuestas o sin ellas, para no apartarnos del camino marcado y una suerte de recordatorio para llegar a nuestro destino.

Esas preguntas se presentan a veces de manera evidente y en ocasiones de forma solapada, pero aparecen por todas las costuras de la bibliografía y de las fuentes. Están en las ratificaciones, en coincidencias, en demostraciones o en comprobaciones, incluso en las contradicciones. Pretenden aclarar qué es lo que realmente aporta la bohemia al periodismo. Si son argumentos, si son contenidos, si es lenguaje o son personajes y protagonistas; si son ambientes y estéticas o son nuevos modos de contar la sociedad en la que les tocó vivir; si es un viento pasajero o si dejó huella.

Cabe la posibilidad de que no haya tantas respuestas como buscamos, pero no por eso van a dejar de hacerse. Las consultas a la bibliografía y a las fuentes traen más preguntas sobre los temas de que se ocupa esa particular manera de hacer periodística. Preguntas para ver si reparan por preocupación, vocación, por filias o por fobias, en el mundo de la cultura, el de la sociedad, el de la economía, el de la política, el de los bajos fondos, el del proletariado, el de la burguesía, el de los palacios, el de las tabernas o el de la calle. Lo mismo para los personajes, si son gobernantes, si son poderosos, si pertenecen al pueblo llano, si como ellos, son raros y estrambóticos.

El objetivo principal es encontrar la verdad, aunque seguramente esta nunca es una. Parece lógico que unos bohemios quisieran acabar con lo viejo y cambiar el mundo, otros llegar a la Academia, y seguramente algunos habría que no estaban dispuestos a pagar precio alguno por ir a ningún sitio. Pero lejos de una calificación moral o desenlace biográfico más o menos dramático, se puede decir que todos lucharon por un ideal de belleza y de ética desde los periódicos. Y además fueron material de primera mano: Los literatos y periodistas hicieron cuentos y relatos y reportajes con los sucedidos estrambóticos, así como con las anécdotas de hambre, privaciones y sablazos de los bohemios. Los memorialistas tuvieron una mina en la forma de vida de los bohemios. Ellos mismos

lograron publicar en los diarios convencionales poemas en los que hablaban de la musa o defendían su ideal de arte, de belleza y de libertad.

#### 4.8.2 Buscaban la gloria, la fama o el ideal

Pero además queda un detalle significativo que tal vez aporta más sobre la moralidad de estos personajes que tratamos que todas las tesis, sobre todo de la primera y segunda época de la bohemia madrileña. Tiene que ver con la ética, el orgullo y la integridad de muchos bohemios: coincide en todos los que lucharon por el ideal y llevaron su miseria con dignidad heroica. Es paradigmático el caso del despreocupado Pujana, un bohemio tan digno como indigente. La historia de Ildefonso Segundo Uriarte de Pujana la cuentan tanto Pepe Esteban, en su libro *Los proletarios del arte*<sup>61</sup>, o Rafael Cansinos Assens, en *La novela de un literato*<sup>62</sup>, como Antonio Espina. Éste lo hace en su libro, *El cuarto poder*, y también bajo el seudónimo Simón de Atocha<sup>63</sup>. Cansinos lo describe así:

“Un bohemio flaco, espiritado, con una cara angulosa de vado, grandes melenas y chalina igualmente grande, chambergo y una pipa, puramente decorativa, casi siempre apagada y en la que los amigos, a petición suya, echaban puñaditos de tabaco, como en un cepillo de iglesia”.

Bien, pues el tal Pujana, de aspecto tan poco recomendable, dio varias lecciones de ética y de integridad, y otras de picaresca según cuenta Antonio Espina, en medio de una sociedad menesterosa y corrompida, incluso entre una bohemia pedigüeña. Era un misterio de qué vivía y conocidas eran sus precariedades, como si sólo viviera de chupar su pipa apagada. El alcalde de Madrid, Alberto Aguilera, se ocupó de él y de sus miserias, y acordó darle dos duros, una cantidad considerable a principios del siglo XX, por repartir las tarjetas de comida de los comedores para pobres. Pujana aceptó la ayuda, pero dimitió a los dos días, en cuanto vio las irregularidades que se producían en el reparto de la comida para los menesterosos y las susodichas tarjetas.

Alfredo Vicenti, redactor jefe y luego director de *El Liberal*, protegió también a aquel bohemio, conocido por El caballero Pujana o El caballero

---

<sup>61</sup> Ibid. pág.14.

<sup>62</sup> Ibid. Tomo I, pág. 149.

<sup>63</sup> En artículo de ABC, pág. 61, el 16 de diciembre de 1961, con un relato sobre los avatares de Pujana, bastante menos piadoso que el de Esteban o Cansinos.

de la noche. Le ofreció una colaboración fija en el diario, pagándole por los artículos firmados y por los editoriales que le encargase 25 pesetas al mes. Una noche, cuando llevaba el caballero cuatro días sin comer y fumando serrín en su pipa fue a la redacción dispuesto a todo. Vicenti le encargó un editorial para el día siguiente y le indicó los puntos que tenía que tocar: censurar la complacencia del gobierno con las grandes empresas y sobre todo el egoísmo de éstas y de la industria y del comercio, que no tenían en cuenta los intereses del país. Le dio hasta el título: “Actitud intolerante”. Pujana requirió que lo dejaran solo, pidió un bistec con patatas, vino y café, y se encerró en la sala donde se celebraban los consejos de administración. Cuando llegó la madrugada, la hora del cierre, Pujana estaba plácidamente dormido, con un puñado de cuartillas. En la primera se leía el título, “Actitud intolerante”, y tan sólo una frase, “las fuerzas vivas de nuestro país están muertas”.<sup>64</sup>

Junto a la desidia y su particular sentido de la responsabilidad, tuvo el caballero otras historias más, todas llenas de miserias, aspiraciones e integridades. Un empresario le encargó la escritura de un libreto para una obra de teatro. La escribió y se estrenó. El público aplaudía con ganas en la noche del estreno, todo parecía ir bien, pero Pujana empezó a decir que aquello era muy malo. El público le increpó al tomarlo por un “revienta estrenos, abundantes en la época, y él se tuvo que identificar como el autor. Seguramente es de las pocas veces en la historia del teatro en que un autor se patea a sí mismo. Lo cuenta con detalle Cansinos Assens.<sup>65</sup>

Pero si la vida y peripecia del caballero Pujana es tan misteriosa como sorprendente, tan ingeniosa en sus discursos como miserable en su mantenimiento, no lo es menos la de otros bohemios, en cualquiera de las tres etapas que podemos distinguir en la bohemia española. En la primera, el caso de Pelayo del Castillo, o de alguno de sus coetáneos y amigos, como Roberto Robert, el bohemio que dio un famoso salto “desde el almuerzo del lunes a la comida de un jueves, sin tropezar con un garbanzo”. Francisco Villaespesa, Enrique Paradas o Pedro Barrantes, en la segunda; o Emilio Carrere, Armando Buscarini o Pedro Luis Gálvez, en la tercera. Una ristra de nombres y de excesos que justifican de sobra el título de verdadera mina para memorialistas.

---

<sup>64</sup> Espina, Antonio. *Las tertulias de Madrid*, pág. 250, y lo cuenta también en el mencionado artículo de ABC.

<sup>65</sup> Cansinos Assens, Rafael. *La novela de un literato*, I, pág. 405.

### 4.8.3 Cómo era el espíritu periodístico

Otro reto de este trabajo es describir las rutinas, estafalarias o repetidas, de esa tribu amplia que compartió tantos espacios. Identificándola, siguiendo la pista de ese grupo de gente joven que, junto a grandes figuras de las letras, a los periodistas de patas (como se llamaba a los redactores de plantilla) o los chicos de la prensa, recorrían las calles de Madrid -la ciudad bulliciosa y agitada de finales del siglo- en busca de noticias y de historias que contar, aportaremos una parte fundamental de esta historia tan poco estudiada.

Al mismo tiempo nos da la oportunidad de preguntarnos cómo eran las redacciones de los periódicos por donde pasaban los bohemios. Qué posibilidades reales tenían de colaborar y cuál era el ambiente social y político que en ellas se daba. Como aproximación, muy ajustada a lo que describen Ciges Aparicio o Cansinos Assens en sus libros, puede servirnos la redacción de *El Popular*, el periódico que describe Valle Inclán en *Luces de bohemia*:

“Sala baja con piso de baldosas: En el centro, una mesa larga y negra, rodeada de sillas vacías, que marcan los puestos, ante roídas carpetas, y rimeros de cuartillas que destacan su blancura en el círculo luminoso y verdoso de una lámpara con enaguillas. Al extremo, fuma y escribe un hombre calvo, el eterno redactor del perfil triste, el gabán con flecos, los dedos de gancho y las uñas entintadas. El hombre lógico y mítico enciende el cigarro apagado. Se abre la mampara, y el grillo de un timbre rasga el silencio. Asoma EL CONSERJE...”<sup>66</sup>

En este caso de la ficción, acudían los bohemios a hablar con el director y denunciar el atropello sufrido por Max Estrella.

Como se ha dicho, el libro de Rafael Cansinos Assens es una de las mejores guías para conocer el Madrid de finales de siglo, así como sus habitantes, sus gobernantes y sus bohemios. Como redactor de *La Correspondencia Española*, Cansinos hace un relato de primera mano de la manera de trabajar en la prensa, de su profesionalismo y de sus rutinas. En el primer tomo de *La novela de un literato* reproduce un dialogo entre el director, Leopoldo Romeo, que usaba el pseudónimo *Juan de Aragón*, con el crítico de teatro Ricardo Catarineu, *Caramanchel*, otro activista y habitual de los cenáculos bohemios, amigo y compañero de bohemios como Dicenta, Manuel Paso, Limendoux o Delorme. Catarineu compatibilizaba la

---

<sup>66</sup> Valle Inclán, Ramón María. *Luces de bohemia*, escena séptima.

labor de crítico teatral con la de corresponsal europeo sin moverse de la redacción de Madrid.

“-Usted, Catarineu, ¿Cuántos días hace que nos tiene sin correspondencia de Varsovia? Catarineu murmura unas excusas ininteligibles...

-¿Qué no llegaron los periódicos italianos? ¡Pues se inventa, hombre! Para qué le sirve la imaginación ¿No ha escrito usted eso para El Cuento Semanal? Pues entonces.

-Pero Romeo, eso es un cuento –protesta Caramanchel- y lo otro es una información.

-Y qué más da, recristo. Todos son cuentos, querido Caramanchel... y el público se los traga... con tal de que estén bien hechos, pero hay que ser periodista y usted, querido Ricardo, es un literato, pero no un periodista”.

Curioso reproche. Es el literato bohemio el que propugna rigor periodístico y comprobación y es el director quien le reprocha no tener espíritu periodístico.

## **5. METODOLOGIA y FUENTES**

---

### **5.1 Las fuentes primarias y secundarias**

Siguiendo a Umberto Eco y sus lecciones para resolver una tesis histórica sobre temas clásicos, aunque con una implicación contemporánea, recurrimos al doble análisis, cualitativo y cuantitativo. Se impone una primera búsqueda de textos y argumentos que se ocupan de la bohemia; novelas, memorias, poesía y estudios, por un lado, pero también periódicos y revistas donde escribieron los bohemios. Así se puede testar lo que de ellos se dijo y su presencia tan singular como abundante. Y se completará el estudio con la pormenorizada lectura de sus propios textos periodísticos, apoyándonos en unas rigurosas tablas que aportarán mediciones y ellas nos llevarán a conclusiones concretas.

Es tan rico el anecdotario bohemio, parece tan importante su presencia confundida con los nombres propios de una generación brillante, que podríamos hacer novela dentro de la novela, investigación dentro de la exploración, para conseguir un metatexto que logre explicar, y al mismo tiempo incluya los marcos temporales y espaciales que se superponen, las acotaciones que implican los casos más representativos y la ejemplaridad de los nombres elegidos para este estudio.

Hay un mar de fuentes principales, estudiosos y procesos paradigmáticos, desde el artículo de Julio Burell<sup>67</sup> a la actitud rebelde y peleona de Azorín<sup>68</sup>, pasando por los directores de periódicos<sup>69</sup> que acogieron y encargaron colaboraciones a los bohemios o el nivel de los reportajes y crónicas, nuevos géneros, que alcanzaron de la pluma de Joaquín Dicenta o Luis Bonafoux, por ejemplo.

Para conocer la importancia que tuvo la bohemia en el periodismo, las aportaciones que le hizo, lo que los medios de hoy pueden deber a un movimiento tan extendido y tan conocido como poco e insuficientemente acotado, es preciso utilizar dos tipos de fuentes claramente diferenciadas aunque complementarias, unas primarias y otras secundarias.

Como fuentes primarias consideramos a los periódicos donde escribieron los bohemios y, sobre todo, lo que ellos mismos escribieron ahí. Esa comprobación permite delimitar primero qué medios los acogieron, o los buscaron, y luego descubrir los principales temas y preocupaciones de los que se ocuparon los periodistas bohemios o los bohemios periodistas, así como los géneros que utilizaron. Junto a estos elementos clave, se ha reparado también en el lenguaje, la estética, el tono y las tendencias. Para eso se ha analizado una muestra significativa de nombres de periodistas bohemios, cinco, y un número suficientemente ilustrativo de textos, cien, escritos por ellos.

Fuentes secundarias consideramos que son los libros y enciclopedias, los estudios específicos, las menciones, las monografías, las tesis, los documentos, los aniversarios y homenajes, los informes, las revistas y los periódicos que han investigado, citado, recogido, profundizado, mostrado o aportado algo sobre la bohemia. Ya se ha dicho que existen pocos lugares a los que acudir porque la bohemia española está escasamente estudiada. Entran sin embargo en este campo las memorias de los escritores coetáneos en las que se refieren a vivencias del ambiente bohemio. Y ahí sí abundan los referentes, ya que los bohemios proporcionaron gran cantidad de historias con que animar las vidas recordadas. Igualmente se han tenido en cuenta las referencias autobiográficas o testimoniales de obras de ficción, así como homenajes personales que hicieron autores de la época. De los

---

<sup>67</sup> Burell, Julio. “Cristo en Fornos”, uno de los artículos más célebres de la prensa española de todos los tiempos, publicado en *El Heraldo de Madrid*, en febrero de 1894 y en 1897 en la revista *Germinal*. La tesis es que nadie, salvo una prostituta, reconoce a Cristo que aparece una noche en el templo de los bohemios, el café Fornos.

<sup>68</sup> Escandalizó en enero de 1904 con su artículo “Somos iconoclastas”, publicado en *Alma Española*, nº 10, enero de 1904.

<sup>69</sup> Miguel Moya, director de *El Liberal*, Ricardo Fuente, director de *El País*. Miguel Sawa, director de *Don Quijote*, Gutiérrez Abascal, director de *El Heraldo de Madrid*, o Leopoldo Romero, el director de *El Evangelio*.



últimos no hubo mucho, pero las novelas de la época rebosan de retratos de los bohemios.

Fuentes primarias son las entrevistas personales que se han realizado con algunas de las personas que más han estudiado y por tanto más saben de la bohemia: José Esteban, Víctor Fuentes, Manuel Aznar, Javier Barreiro y Lily Litvak. Todos han aceptado gustosamente responder a cuantas preguntas aclaratorias se les han hecho. Mediante contacto personal en unos casos y por medio de correo electrónico en el caso de Fuentes y Litvak.

Pero para afrontar un acercamiento certero a las diferentes fuentes y completar el análisis de los escritos elegidos, es preciso hacer previamente una delimitación espacial y otra temporal del objeto de estudio. Los años que duró la bohemia fueron muchos, más de cuarenta si se tiene en cuenta el tiempo de mayor presencia y producción, si bien para muchos nunca terminó. Y los bohemios también fueron muchos, sobre todo si se suman los auténticos, los espontáneos, los teóricos, los provisionales o los de paso.

Este trabajo de delimitar el tiempo y el espacio e identificar a los protagonistas y los testigos ya lo han hecho en buena medida estudiosos como Allen Philips, Manuel Aznar Soler, Víctor Fuentes, José Esteban, Iris Zavala y Javier Barreiro. Se han comprometido en atender esa parte trascendental de la cultura española. Sin ellos no sería posible este trabajo ni, probablemente, se entendiera la que estudian los libros de texto y las enciclopedias que componen el canon. Son un punto de partida imprescindible. Sus investigaciones han permitido poner en valor una parte olvidada de la cultura española, un movimiento finisecular y creativo, un grupo numeroso de literatos con obra propia nada desdeñable.

Sus investigaciones se han ocupado de los análisis lingüísticos y literarios. Han comparado talentos y contextos, estructuras y temáticas. Una base imprescindible desde la que empezar.

## **5.2. Madrid, el escenario**

Los escenarios de la bohemia son incontables y todos tienen su referencia en París. La española tuvo el mismo espejo pero reunió en Madrid argumentos y prácticas suficientes para convertir a la ciudad en el más firme espacio bohemio. Se juntó en la capital de España tal concentración de experiencias y de nombres bohemios que tal vez se pueda tomar como movimiento propio y con características diferenciadas.

Como se ha visto en páginas anteriores, la bohemia fue un movimiento pasajero aunque pendular, eminentemente social, artístico y urbano, de manera que se puede hoy identificar geográficamente, en cualquier ciudad del mundo, un barrio bohemio. Sería fácilmente comprobable porque cada uno de ellos conserva la huella de unas calles, unos cafés y tabernas que indican que por allí pasaron unos artistas jóvenes y rebeldes; que allí estuvieron unos ciudadanos con actitud nada conformista que les llevó a tener una forma de vida relacionada con el lado excéntrico, libre, brillante, soñador y también sórdido y mísero de la existencia.

La referencia universal de todo el movimiento fue París y el reclamo paisajístico su Barrio Latino, donde se asentaron los jóvenes bohemios y donde soñaban con viajar los artistas de todo el mundo. Ahí era donde confiaban emular, o tratar, o al menos ver aunque fuera de lejos a bohemios y malditos como Rimbaud o Verlaine o Baudelaire. Allí era donde se supone que estaban las musas del barrio de los artistas, las Mimis que se morían de amor en brazos de un estudiante pobre y melenudo, Rodolfo; es decir, los rastros de la vida elegante, despreocupada y romántica que describió Murger.<sup>70</sup>

La imitación de esos ambientes, la ilusión de esos sueños se reprodujo en Madrid. A pesar de que la referencia seguía siendo París, los bohemios que se juntaron en la capital de España desarrollaron sus propias características, seguramente por sus especiales circunstancias, tanto de la ciudad como del país, como del momento histórico. De modo que, mirando a París, Madrid tuvo su oportuna bohemia. A ella se refiere este estudio.

Hay una pista clara que se puede seguir por las calles del centro de Madrid, en los alrededores de la Puerta del Sol, que muestra aun hoy las huellas de la desafiante actitud antiburguesa del artista bohemio, su odio a la burocratización de la vida, a su uniformidad. Ahí se puede comprobar si la bohemia madrileña fue una forma de vida forzada por las penurias económicas o una manera de ser artista; si se trató de una experiencia de libertad, voluntariamente marginal, o una condena impuesta por las concretas circunstancias españolas, como denunció en varios de sus artículos el escritor y periodista Julio Camba.

“No me hable usted, querido lector, de la bohemia madrileña. En Madrid no hay bohemia. De un lado hay miseria, pauperismo, tuberculosis, y del otro lado hay literatura. [...] El bohemio, o no existe como tal bohemio, o es lo que llamaríamos un pobre de postín, un señorito de la indigencia en la cual también hay sus clases y sus

---

<sup>70</sup> Los nombres de los protagonistas y los ambientes de *Escenas de la vida bohemia*, la novela de Henry Murger.

categorías. [...] En París, el bohemio es un héroe. Aquí es un pobre. [...] No. No hay bohemia en Madrid. La Bohemia es un lujo de sociedades ricas, y nosotros estamos muy pobres. Nuestra literatura producirá pauperismo y tuberculosis, pero nuestra tuberculosis y nuestro pauperismo no producen literatura ninguna”.<sup>71</sup>

Esas dudas que albergaba Julio Camba también las tenía con respecto a la bohemia madrileña Melchor de Almagro<sup>72</sup>. Se preguntaba en su interesante e ilustrativo diario si existía una bohemia en Madrid, y se respondió creyendo que eso era un género propiamente “parisiense que no se adapta a nuestro temperamento”. Sí admitía, sin embargo, que desde que se estrenó *La Bohème* de Puccini en el Teatro Real<sup>73</sup> “se encendió la fantasía de numerosos jóvenes que soñaron con ser Rodolfos en busca de Mimís”. Y pasa a aclarar que muchos se llaman bohemios porque “confunden la pobreza, las melenas sucias, unos versos escritos con mayor o menor talento y vestirse en el Rastro”. Y asegura que tampoco son bohemios “alguno amigos míos, todos de familias acomodadas, a quienes siempre sobra un duro en el bolsillo, que han alquilado, a escote, una guardilla donde cultivan, en ‘amateurs’ la bohemia”.

Sin embargo en esas negaciones lo que está haciendo en realidad es dar cuenta y noticia de lo que fue la bohemia madrileña que él observó de cerca. Y de paso nos deja una particular clasificación.

Lo cierto y constatado es que Madrid fue el lugar donde acudieron, con el sueño de conseguir la gloria o de cambiar el mundo, o simplemente con la intención de buscarse la vida, los artistas, escritores y periodistas jóvenes de todas las provincias españolas. Como capital centralista, en ella pensaban encontrar el gobierno, la fortuna y el ideal azul, las colocaciones y las oportunidades. Ese viaje al centro desde la periferia se hizo tanto en el siglo XIX como a lo largo de todo el XX, pero fue en el fin de siglo cuando se produjo el gran aluvión de emigrantes y la mayor concentración. Pero a conquistar Madrid llegaban artistas y políticos, menesterosos y hombres de negocios, vendedores y trabajadores de la función pública.

Fue por tanto en Madrid y en los periódicos y revistas que se publicaban en la capital donde se convocaron y actuaron la inmensa mayoría de los nombres de la bohemia. Madrid como territorio, y con los cafés, las bibliotecas, los ateneos y los periódicos como escenarios, presenta una gran concentración de nombres propios dignos de ser seguidos para la llegada a buen puerto de nuestro estudio.

---

<sup>71</sup> Camba, J. “Sobre la bohemia”, en *Sobre casi todo*, pág. 22.

<sup>72</sup> Almagro San Martín, Melchor. *Biografía del 1900*.

<sup>73</sup> En 1900, dos años después que en el Liceo de Barcelona.

En ese Madrid están las huellas de los escritores de la generación de 1898, coetáneos y, en momentos determinados, compañeros de risas, disgustos y aventuras de los bohemios que aquí se estudian. Ellos mismos, los Baroja, Azorín, Maeztu, en parte por su indigencia inicial, en parte por su fascinación por cierto romanticismo, en parte por el dolor de la realidad española y por los modelos parisinos de fin de siglo, también se movieron en los ambientes e imitaron algunas actitudes bohemios.

### **5.3 Cuarenta años de bohemia**

En España se puede hablar de bohemia desde mediados del siglo XIX -como ya se ha dicho, para algunos estudiosos el primer bohemio pudo ser Gustavo Adolfo Bécquer-, y es posible seguir sus pistas hasta después de la Guerra Civil, ya que tras el fin de la contienda aun quedaban en los periódicos nombres bohemios y periodistas que escribían sobre ellos. Si bien en aras de la viabilidad y el rigor de este estudio es preciso acotar los años a examinar.

El paréntesis de 35 años, los que transcurren entre 1885 y 1920, enmarca a casi todos los nombres y a la mayoría de sus creaciones bohemias. Igualmente engloba el esplendor y la decadencia de la bohemia madrileña.

La primera fecha coincide con la muerte de Alfonso XII. Empieza ahí la Regencia de la reina María Cristina y se instaura el ‘turnismo’ de los dos principales partidos, el liberal y el conservador, con el Pacto de El Pardo, firmado el 24 de noviembre de 1885 y arbitrado por Cánovas y Sagasta. También aparece ese año, si no exactamente la primera generación de bohemios, sí el primer grupo con alguna cohesión, la llamada Gente Nueva. Aquellos jóvenes eran en su mayoría estudiantes de la Universidad Central de Madrid. En la inauguración del curso académico 1884-85, el discurso de apertura fue pronunciado por el catedrático de Historia y republicano Miguel Morayta Sagrario. Habló de teorías materialistas, racionalistas y anarquistas, lo que suscitó aplausos y adhesiones y también la excomunión por parte del episcopado. Fue el detonante para que los jóvenes estudiantes se sublevaran y se produjera una auténtica rebelión en las aulas entre el 17 y el 22 de noviembre de 1884. Alguno de los más activos en las protestas y manifestaciones sería luego un conocido periodista y bohemio, Antonio Palomero.

Esos motines universitarios, popularmente conocidos como La Santa Isabel<sup>74</sup>, fueron duramente reprimidos. Las protesta de la Gente Nueva en las revueltas y los encarcelamientos tuvieron su eco, provocador y efímero, en las páginas de la prensa. Incluso fundaron su primer periódico, el radical *Juventud Republicana*, que fue censurado. A esa cabecera la sucedieron otras, como *La Discusión*, *La Tribuna Escolar*, *La Universidad* o *La Piqueta*. Medios en los que colaboraron muchos de los bohemios periodistas de los que se ocupa este trabajo.

Aun se puede citar otro hecho paradigmático en ese 1884. En Italia se había erigido un monumento a la memoria del renacentista Giordano Bruno, víctima de la Inquisición. Pues en Madrid la redacción del periódico *La Universidad* organizó una reunión en el teatro Alhambra en honor de Giordano Bruno. En el homenaje participaron buena parte de los jóvenes universitarios, algunos de los cuales luego conformarían la más importante generación bohemía: los hermanos Sawa, Manuel Paso, Nicolás Salmerón y García, Ricardo Yesares, José Fraguas, Rafael Delorme, Ricardo Fuente, Rafael Torrome, Luis París, Rafael de Labra, García Mayoral, Joaquín Abatí y José Ortiz de Pinedo, entre otros personajes de la que empezaría a denominarse la Gente Nueva.

Ese mismo 1885 publica Alejandro Sawa su novela *La mujer de todo el mundo*. Y también en ese año aparece la novela *Germinal*, de Emile Zola, que daría luego nombre y referencia a un importante proyecto editorial y al movimiento regeneracionista.

La segunda fecha, la del 1920, la marca la publicación de *Luces de bohemia*, la obra de Valle Inclán que supone un homenaje, y también resumen, a la bohemia y a su principal representante, Alejandro Sawa.

La obra de teatro viene a rubricar, con sus luces y sus sombras -más de las segundas que de las primeras-, los héroes y los villanos, los avatares de la bohemia. Ya en esa fecha, pasada la Primera Guerra Mundial, llegadas las vanguardias, el cansancio y la transformación de los ideales de la bohemia hacia la llamada *golfemia*, habían ido acabando con el movimiento. De modo que se pueda considerar el año 1920 como un colofón lógico.

Aunque después siguieran apareciendo tanto nombres como actitudes bohemias -de hecho Camilo José de Cela también los mete en *La Colmena*, en plena posguerra- se puede decir que en 1920 los escritores preferían definirse como vanguardistas y la bohemia se empezó a volver una historia

---

<sup>74</sup> Se llama así por la festividad, el 8 de noviembre, Santa Isabel de Hungría, del día en que los estudiantes de la Universidad de Madrid se echaron a la calle y se enfrentaron a la policía montada a caballo.

antigua, pasada, digna de olvidarse. En todo caso, un relato a la espera de que llegaran sus memorialistas.

### 5.3.1 Dos lustros entre dos hitos periodísticos

Sin perder de vista ese largo periodo de casi cuatro décadas que engloba a toda la bohemia española, hemos centrado la investigación en los años inmediatamente anteriores y posteriores al fin de siglo. En ellos también se escribieron los textos periodísticos de los bohemios que darán luz a este estudio como fuentes primarias de la investigación. Acotando el periodo de muestra del estudio se podrá profundizar más en el mismo. En aras de la concisión y el detalle, nos detendremos en esos años, entre 1895 y 1905.

Esas dos fechas delimitan unos hitos mediáticos tan simbólicos como pertinentes: el 25 de octubre de 1895 se produjo el estreno de *Juan José*, el drama de Joaquín Dicenta, aplaudido por el público y bandera de los jóvenes e inquietos literatos. En febrero de 1905 se acuerda y sale a la luz el manifiesto firmado por un numeroso grupo de literatos, de Gente Nueva, que se posicionaron contra la concesión del premio Nobel de Literatura al dramaturgo José Echegaray.

Como recoge German Bleiger, el escritor e hispanista nacido en Madrid en 1915, Premio Nacional de Literatura en 1938, compartido con Miguel Hernández, en un artículo<sup>75</sup>: “La generación del 98 se inició en diversas revistas que nacen y mueren entre 1897 y 1905”. Esa efímera pero apasionada actividad periodística es razón añadida para centrar en esos años el presente estudio.

Joaquín Dicenta, con su estreno de *Juan José*, en el teatro de la Comedia de Madrid, provocó gran revuelo y entusiasmo entre los jóvenes del 98. Echegaray también convocó una manifestación patriótica por la concesión del Nobel, con actos multitudinarios de homenaje en la Biblioteca Nacional y en el Ateneo. Pero a ella respondieron, con no menos pasión, unos ya no tan jóvenes partidarios de otras estéticas, que se consideraban agraviados y no representados en los reconocimientos y aplausos, como decían los partidarios de Echegaray, “de toda la intelectualidad española”.

---

<sup>75</sup> Bleiger, German. “Algunas revistas literarias hacia 1898”, revista Albor, diciembre 1848.

Los dos acontecimientos, el estreno del joven literato y el homenaje al viejo autor, llenaron las páginas de los periódicos e involucraron a la inmensa mayoría de los modernistas, noventayochistas y bohemios. En ambos mostraron su rebeldía así como su contestación social por el orden establecido. Pero sobre todo fueron dos oportunidades de tirar contra sus mayores. Y entre esos dos episodios y esos casi diez años, se sucedieron un sin número de manifestaciones, hechos y publicaciones periódicas. Además de aparecer en escena un buen número de nombres propios.

Eso, junto al desastre colonial y la guerra de Cuba, y la situación política, pero también el estreno de *Electra*, de Galdós y el caso Ubao, removieron las aguas de la cultura, de la sociedad, de la política y del periodismo. Fueron acontecimientos que llenaron páginas de los periódicos y cargaron las conversaciones, igual de ateneos que de patios de vecindad. De ellos se ocuparon, desde el periodismo, muchos de los bohemios.

### 5.3.2 La trascendencia de un drama

Antes de ese año 1898 referencial, el estreno de la obra *Juan José*, de Joaquín Dicenta, supuso un hito que superó todas las previsiones artísticas, políticas, sociales e incluso periodísticas. Se trató de un suceso insólito que rompió con la monotonía teatral de la época. Hasta entonces el teatro se ocupaba de problemas de la burguesía, pero de pronto, con esta obra, la clase obrera se convierte en la protagonista. Apunta Antonio Espina<sup>76</sup> que “las clases de etiqueta vieron en la obra un partidismo, un socialismo demagógico, que el drama en sí no contiene. Pero el problema, la lucha, estaba ya en el ambiente”.

Fue la obra que inauguró el drama social en España. Y lo hizo Dicenta sorprendiendo a los espectadores porque empezaba el primer acto en una taberna, lugar raro, pero evidentemente frecuentado por los albañiles. Además lo abría con la lectura pública de un periódico. Algo también nada usual. Era lectura pública, porque de los albañiles que estaban en la taberna sólo uno sabía leer. Y lo que estaba leyendo -“deletreando”, señalaba Joaquín Dicenta en la acotación correspondiente para que el actor lo hiciera exactamente así- era una noticia sobre una huelga de la construcción en Madrid.

Los diálogos y la puesta en escena de la obra reproducían lo que pasaba en las tabernas, mostraban las penosas condiciones de vida de las

---

<sup>76</sup> Espina, Antonio. *Las tertulias de Madrid*, pág. 169.

clases más desfavorecidas. En realidad, no era más que una historia particular y elemental de amor, odio y celos. Un dramón: Juan José, un albañil, vivía con Rosa, y se enfrenta con su patrón, don Paco, que se había enamorado de la mujer. Juan José lo increpa y el patrón lo expulsa de su trabajo. Un tiempo de dificultades y hambres llevan a Rosa a pensar en entregarse al patrón para salvar a Juan José de la miseria. Ante esta posibilidad, Juan José roba y va a la cárcel. Durante el tiempo que pasa en prisión, Rosa acaba cediendo y se entrega al patrón. Juan José logra huir de la cárcel y da muerte a ambos.

Una tragedia de amor y celos, pero además un drama social, porque *Juan José* es un obrero consciente de pertenecer a una clase social explotada, y seguro de quiénes son sus enemigos, el contratista y la odiada burguesía. La historia logró convertirse en una obra mítica que se representó todos los primeros de mayo en España e Hispanoamérica. Después de *Don Juan Tenorio*, fue la obra más representada en España. Joaquín Dicenta, su autor, era entonces uno de los más señalados, respetados y seguidos bohemios, miembro de la Generación de 98 y hoy un autor totalmente desconocido.

El éxito fue fabuloso, tanto de público como de crítica, y cuatro años después de su estreno continuaba su gran éxito inicial. Fue el principal reclamo de la cartelera del Teatro Español. El romanticismo popular y el ambiente que olía a taberna y presidio prendieron en todos los públicos.

Entre las muchas críticas apasionadas, Ernesto Álvarez, en el semanario anarquista *La Idea Libre*, de Madrid, tras contar el argumento, salpicado de ataques al sistema capitalista, terminaba comentando:

“Así son los trabajadores; así son los burgueses. Víctimas los primeros; verdugos los segundos. Así es también la justicia; condena al infeliz y absuelve al delincuente... Esto es vergonzoso para la especie humana y debe concluir. O la sociedad se reforma o se hunde. Ya no huele algo a podrido: todo hiede a corrompido”.<sup>77</sup>

Ramiro de Maeztu, corresponsal en Londres del *Heraldo de Madrid*, asistió allí en 1908 a una representación de *Juan José* por parte de una compañía siciliana y contó el éxito de esta manera: “Juan José es el único carácter del teatro español contemporáneo. ¡Han pasado ya doce años y continua en pie!”.<sup>78</sup>

---

<sup>77</sup> Álvarez, Ernesto. “Juan José”, en *La Idea Libre*, 9 de noviembre de 1898. Álvarez era el director del semanario, amigo de Azorín, luego tipógrafo de *El País*.

<sup>78</sup> Maeztu, Ramiro de. *Autobiografía*, pág. 114.



Pero no todo el mundo quedó tan entusiasmado con la obra. El obispo de Mallorca la prohibió en su diócesis, mientras la juventud homenajeaba a Dicenta con banquetes y reuniones por todo el país.

### 5.3.3 Acontecimientos mediáticos

Banquetes de homenaje junto a críticas de la jerarquía eclesiástica también provocó otro estreno que igualmente removió conciencias, levantó aplausos y protestas y llenó portadas de periódicos. Fue *Electra*, de Benito Pérez Galdós, que se convirtió en símbolo anticlerical. El día de su estreno, el 31 de enero de 1901, Madrid se inundó de manifestantes que aplaudían a Galdós y gritaban contra el clero. Los periódicos hicieron ediciones especiales y periodistas y bohemios comentaron lo que podía significar semejante alboroto. La mañana siguiente al estreno, el 1 de febrero de 1901, un número entero de *El País* fue dedicado a comentarios sobre lo ocurrido, escritos y buscados por los periodistas, escritores y críticos más destacados del día. Entre ellos, Baroja, Maeztu y Martínez Ruiz, y también Camilo Barciela, Cristóbal de Castro, Manuel Bueno, Antonio Palomero, Ricardo Fuente o Adolfo Luna. Bohemios y bien conocidos en aquel tiempo.

Homenajes, protestas y atención mediática tuvo como se ha señalado la concesión del Nobel de Literatura, en 1904 a José Echegaray. En marzo de 1905 se redactó el Manifiesto de los Rebeldes, firmado por modernistas y bohemios. La Gente Vieja se alegraba y aplaudía mientras que la Gente Nueva se cuestionaba el galardón y su significado.

Los tres sucesos, junto con el caso Ubao, sirven para enmarcar, por su importancia y su resonancia, el tiempo en el que se centra este análisis.

En ese tiempo tan pegado al fin de siglo se produjeron acontecimientos trascendentales, desde el punto de vista histórico, pero también desde el periodístico. Y en todos tuvo una relación o una intervención directa la bohemia. O fueron protagonistas o lo contaron.

Han descrito los diferentes investigadores de la bohemia que las redacciones, amplias o elementales, modernas o achacosas, unipersonales o multitudinarias, no cerraban nunca, y que por ellas pululaba una numerosa tribu de buscavidas que estaban, puede que sin saberlo, inventando el periodismo moderno.

Los acontecimientos mencionados, en Madrid y dentro de esa decena de años acotada, es decir, el estreno de *Juan José* y de *Electra* y la

concesión del premio Nobel a Echegaray, mostraron expectación mediática y unión tanto en las acciones de protesta como de celebración de toda la Gente Nueva. Eso supone que pudo existir una relación estrecha igual entre el periodismo y la bohemia, que entre la bohemia y el Modernismo. Además, coincidió la expectación y el interés del público con la contestación antiburguesa.

*Electra* se convirtió en señuelo anticlerical, su estreno produjo multitudinarias manifestaciones callejeras y fue continuo tema de conversación en tertulias y salones. La repercusión del drama *Juan José*, convirtió a su autor, el bohemio germinalista Joaquín Dicenta, en uno de los hombres más populares del momento en Madrid. Tan conocido y reclamado entonces como olvidado después. Y la concesión del premio Nóbel de literatura a José Echegaray provocó tanta alegría y satisfacción nacional en los poderes establecidos y en la sociedad burguesa de Madrid, como crítica y pataleo por parte de los jóvenes literatos. La prueba fue el escrito firmado por bohemios, modernistas y gente del 98, el mencionado Manifiesto de los Rebeldes; reivindicando otra estética distinta a la de Echegaray. La expectación y la polémica provocaron otro instante de atención periodística y el agotamiento de las tiradas de los periódicos.

Fueron tres momentos de contestación, de espectáculo, de tumulto y de éxito periodístico que delimitan, y también contribuyen a explicar, el marco espacial y temporal elegido.

Las señas de identidad de la mayoría de los jóvenes del 1900, muchos de los cuales habían llegado a Madrid en la última década del siglo, se fueron afianzando en ese periodo, con el enfrentamiento de noventayochistas y modernistas a la España de la Regencia y a la novela naturalista, a la poesía retórica de Núñez de Arce y a los dramas neorrománticos de Echegaray. Muchos de esos jóvenes empezaban a tener un nombre porque ya habían publicado y firmado colaboraciones en *Germinal*, *Vida Nueva*, *Revista Nueva*, *Juventud*, *Alma Española*, o *Los Lunes de El Imparcial*, todo un lujo en aquellos tiempos y el principio del camino hacia la gloria. Además, acudían a los mismos cafés, saltaban de una a otra tertulia, organizaban homenajes en los que se reunían, se defendían y se reivindicaban.

Hubo más actos sonoros, rebeldes y mediáticos en ese tiempo. Uno de ellos fue el banquete que se celebró en Lhardy, en 1902, en honor de Baroja con motivo de la aparición de su obra *Camino de perfección*. A él acudieron amigos, compañeros de tertulia y contemporáneos. Entre los asistentes, Galdós, Maeztu, Valle-Inclán, el futuro Azorín, Mariano de Cavia, Dicenta. El banquete lo promovieron Azorín y Rodríguez Serra y acabó en pelea callejera entre señoritos y melenudos.

Un año antes, el 13 de febrero de 1901, otro grupo de jóvenes visitó la tumba de Larra, en el abandonado cementerio de San Nicolás, pasada la estación de Atocha, “al final de una mísera barriada”<sup>79</sup> asistieron al homenaje Pío y Ricardo Baroja, José y Jesús Fluixá, Camilo Bargiela, Antonio Gil y Azorín, que leyó el discurso.

Ese mismo 1901 habían publicado ya Azorín y Unamuno, con lo que la nómina de la Generación del 98 empezaba a ser conocida. Pero en el grupo estaban incluidos además de esos grandes nombres otros perfectamente aceptados entonces: Gabriel Alomar, Carlos Arniches, Ricardo Baroja, Luis Bello, Manuel Bueno, Manuel Ciges Aparicio, Francisco Grandmontagne, Eduardo Gómez Baquero (Andrenio), Silverio Lanza, F. Navarro Ledesma, Eugenio Noel, Miguel S. Oliver o José María Salaverría. Todos ellos, pero sobre todo Dicenta y Sawa, muestran la amplitud y vitalidad del movimiento juvenil del cambio de siglo.

En los periódicos de esos años se dirimían las diferencias estéticas y políticas, amistades y rivalidades. En forma de cartas o de artículos que se citaban, ninguneaban o se contestaban, se entablaban discusiones de altura. Sonoros fueron los pulsos entre los del grupo *Germinal*, los de el periódico *El País* contra sus ‘hermanos’ del *Progreso*, o los ataques de Maeztu a Dicenta, a Unamuno y a Luis Bonafoux.

En todas las discusiones y polémicas andaban los bohemios. El bohemio del fin de siglo en realidad era una especie de héroe de la modernidad. Representaba, y probablemente era envidiado y despreciado por ello, al individuo no sometido ni por la sociedad ni por la industria ni por el trabajo. Aunque llevaba la penitencia, y el sometimiento, en las carencias y en el hecho de mendigar una colaboración en revistas y periódicos. Tal heroísmo fue compartido en algún momento de esos años por todos los jóvenes intelectuales que pululaban por las tertulias y redacciones del Madrid finisecular.

## 5.4 Cinco periodistas bohemios

El censo de bohemios es inmenso y queda como reto para un futuro trabajo. También los medios donde colaboraron son muchos, algunos hoy improbables, o por su corta vida, o por no conservarse copia en las hemerotecas visitadas. Así que se ha optado por ajustar tanto el punto de

---

<sup>79</sup> Burgos, Carmen de. *Memorias de Colombine, la primera periodista*, pág. 176.

mira como el número. Se trataba de elegir un número corto aunque significativo de bohemios-periodistas o de periodistas-bohemios. El rigor exige que la selección contenga nombres representativos y cuya elección no admita dudas. Cualquier nombre con una biografía conocida y una obra periodística mínima puede representar las aspiraciones bohemias. Pero era imprescindible que los nombres elegidos fueran aceptados como prototipos de bohemios y también de periodistas. Dada la abstracción de la figura y la ambigüedad de las ocupaciones profesionales, es necesario constatar que ningún investigador o estudioso pueda rechazar por dudoso a uno solo de ellos.

El siguiente hito metodológico fue también temporal: todos los trabajos están fechados entre los límites de esa decena escasa de años que va de 1895 a 1905. Además, los textos a analizar deben contener concretas demostraciones de lo que la bohemia contribuyó en alguna medida al desarrollo del periodismo, a la consecución de esa Edad de Oro de la que muchos estudiosos hablan. Mostrarán estar escritos por la mano de unos nombres con peso específico en la bohemia y también en el periodismo. Nombres que, además de no admitir disenso entre los expertos, puedan aportar valores propios de los que luego se reconocerían como periodismo moderno. Son nombres cuya obra periodística se puede seguir en medios diferentes, igual en periódicos que en revistas, y lo mismo en publicaciones radicales que en periódicos convencionales.

Tras tomar en consideración todas estas exigencias previas, los nombres que las cumplen sin excepción, y por tanto merecen ser elegidos, son Alejandro Sawa, Joaquín Dicenta, Pedro Barrantes, Luis Bonafoux y Antonio Palomero. Los cinco aparecen entre los primeros nombres de cualquier listado de la bohemia, sea quien sea el investigador que lo establezca. Los cinco escribieron sobre la bohemia. Los cinco fueron periodistas. Los cinco fueron conocidos y respetados y tuvieron un hombre propio en su tiempo. Los cinco escribieron la mayor parte de sus colaboraciones de prensa en el periodo que hemos marcado para nuestro estudio, el considerado como la plena bohemia. Los cinco llevaron una vida personal bastante alejada de las convenciones sociales.

Tres de ellos, Alejandro Sawa, Joaquín Dicenta y Antonio Palomero, son repetidamente citados por uno de los mayores teóricos y aglutinadores de la bohemia, el polaco Ernesto Bark. En su obra *La santa bohemia*, en sus *Cenáculos bohemios*, y su *Tribu sagrada*, siempre aparecen los tres. Además, los dos restantes, tanto Pedro Barrantes como Luis Bonafoux, parecen imprescindibles en cualquier estudio de la bohemia. Los dos por vivirla, el primero con todos los excesos, el segundo por contarla también.

El malagueño Alejandro Sawa seguramente es el nombre por excelencia, el referente de la bohemia en general y de la madrileña en particular. También el más estudiado, el más citado y el más caricaturizado. No tanto desde su perfil periodístico. Pero su deambular nocturno, su actitud crítica ante la vida, asimismo su hambre, su estética, su defensa de las causas perdidas, su locura y su ceguera final, lo convierten en el verdadero príncipe de los bohemios. Cuando murió, el 3 de marzo 1909, los periódicos hablaron de “el último romántico”.

Dice de él el catálogo de periodistas españoles del siglo XIX, de Manuel Osorio y Bernard: “Sawa y Martínez (Alejandro) Novelista; colaborador de *El Motín* (1888), *El Globo* (1903), *Madrid Cómico*, *ABC*, *La Correspondencia de España*, *Los Teatros*, *Diario Universal* (1903), *Alma Española* (1903) y *España* (1904).

El aragonés Joaquín Dicenta es para Ernesto Bark, tras Sawa, el verdadero líder de la bohemia. Como escritor tocó todos los géneros, como periodista, también. Su figura brilló en esos años que bordean el siglo más que ninguna otra. Fue de los escasos bohemios que triunfó en vida, aunque no dejara en ningún momento de llevar una existencia irregular y penosa. Fue también el alma de un proyecto político y periodístico digno de estudio, como fue la revista *Germinal*, y sus colaboraciones y su firma eran buscados por todos los medios de la época. De hecho estuvo metido o reclamado en cuanto proyecto periodístico se ponía en marcha. Fue a quien recurrió José Carrascal para lanzar el periódico republicano, también de corta vida, *La Lucha*, en 1905.

Afirma Bark en *La santa bohemia*, aunque alguno de los investigadores posteriores se lo haya discutido, que los más destacados bohemios del día, además de las sombras de Sawa, Manuel Paso y Rafael Delorme, fueron Dicenta, Emilio Carrère, Edmundo González-Blanco, Mariano de Cavia, Francisco Villaespesa y Antonio Palomero. Y añade que, desde París, completarían el elenco señalado Bonafoux y Emilio Bobadilla.

Apunta sobre Dicenta el catálogo de Ossorio: “Distinguido poeta dramático. Como periodista ha sido redactor de *El Mundo* (1887) y de *El Resumen* (1891), director de *La Democracia social* (1895), de *El País* (1897) y de *Germinal* (1897 y 1903) y colaborador de otras muchas publicaciones políticas y literarias como el *Heraldo de Madrid*, *El Liberal*, *Vida Galante*, *Pluma y Lápiz*, *La Correspondencia de España* y *ABC*. Firmó a veces con el pseudónimo *Don Hermógenes*.

Dicenta fue, además, el ídolo de la juventud radical del fin de siglo. El estreno de su drama, *Juan José*, le dio la fama y el nombre a partir de 1896, pero ya había liderado a un grupo de jóvenes literatos, periodistas y

políticos que lo seguían en periódicos como *La Piqueta*, o *Democracia Social* y más tarde *El Intransigente*, *La Lucha* y *El Radical*.

El malagueño Antonio Palomero, que a veces firmaba con el pseudónimo *Gil Parrado*, aparece en todos los listados de la Gente Nueva y los grupos bohemios. Formó parte de las tertulias con más solera de modernistas y noventayochistas. Se dedicó al periodismo y tal vez sea, de los elegidos, el que formó parte de más redacciones, aunque también fue poeta y autor de teatro. Sus sátiras se hicieron muy populares.

Cansinos Assens lo llama en su *Novela de un literato*, Palomerín. Fue uno de los redactores, y luego su director, de *Gedeón*. Ahí, en esa revista satírica, “El periódico de menos circulación en España” era su lema, inventó algunos patronímicos grotescos que tuvieron cierto éxito: de Calínez, Peláez, Percébez, Congriez, con que se saludaban los literatos. “¿Qué hay Congriez?” “¿Qué tal Percebez?”.

Dice de Palomero el catálogo de Osorio: “Escritor festivo y autor dramático, que ha dado notoriedad a su pseudónimo de Gil Parrado. En 1897 era redactor del periódico madrileño *El País*; actualmente lo es de *El Liberal* (1902) Colaboró con *La Ilustración Española*, *El Gato Negro*, *La Lectura* (1903), *Madrid Cómic*, *Vida Galante*, *Alma Española*, *Nuevo Mundo* y otros periódicos festivos”.

El valenciano Pedro Barrantes seguramente cumple como ninguno el perfil de hombre desgarrado, autodestructivo, maldito, heterodoxo, decadente y excéntrico que se describe como ejemplar de la bohemia. Sufrió hambre y persecución, procesos y cárceles por sus violentos artículos contra la religión, la monarquía y las instituciones. Aparece en memorias y biografías como el elemento más patético y más recurrente, lo que no deja de ser una simplificación anecdótica, porque se puede comprobar que a pesar de las miserables peripecias vitales tuvo actuaciones periodísticas de mérito.

De él escribe Ossorio: “Poeta y periodista; escribió en algunos diarios librepensadores; más tarde fue redactor de *El Movimiento Católico* (1897) y recientemente ha sufrido persecuciones como director del periódico republicano *El País*. Como poeta son dignas de elogio sus colecciones de versos *Delirium tremens*, *Tierra y cielo* y otras. Colaboró en *La Ilustración Católica*, *Barcelona Cómic*, *Vida Galante* (1903) y *Pluma y Lápiz* (1903)”.

Luis Bonafoux pasó en su tiempo por ser uno de los cronistas más brillantes y temidos. Admirado y odiado casi a partes iguales, estuvo perseguido y tuvo continuas denuncias por sus escritos, tan llenos de talento como críticos con los gobernantes o con la iglesia o los políticos o los

personajes que él consideraba mediocres y se daban ínfulas. Controvertido e incansable, Clarín fue otra de sus “bichas” preferidas. Fueron sonadas las polémicas entre los dos, que además implicaron a muchos amigos de uno o de otro. Su biografía y la infinitud de sus crónicas, declaraciones y miserias, son otra fuente imprescindible para cualquier estudio de la época y de la bohemia. Algunos estudiosos niegan que él fuera bohemio aunque sí admiten que escribió mucho sobre la bohemia. Pero él mismo contó su bohemia salmantina y madrileña antes de trasladarse a París como corresponsal del *Heraldo de Madrid*.

De él informa Ossorio en su catálogo de periodistas: “Escritor festivo que ha firmado alguno de sus libros y folletos con el pseudónimo Aramis. En 1898 dirigía en París el periódico *La Campana* y desde hace algunos años es corresponsal en dicha población del *Heraldo de Madrid*. Colaborador de *Satiricón* (1903)”.

Los cinco son periodistas reconocidos en su época aunque hoy olvidados casi por completo. Todos participaron activamente en cuanto proyecto periodístico se emprendía o en cuanto tertulia se celebraba. Se relacionaron entre ellos y trataron de forma estrecha a todas las tribus de literatos que se concentraron en Madrid en las dos décadas elegidas. Con mayor o menor mérito todos formaron parte de la segunda generación bohemia e igualmente se puede asegurar que con su elección se logra el consenso de cuanto investigador se ha acercado al periodismo y a la bohemia española de fin de siglo. Se podría haber hecho otra selección, pero ninguno de los seleccionados es rechazable.

## 5.5 Cien textos periodísticos

Una vez seleccionados los cinco nombres, el siguiente paso consistía en hacer lo propio con sus textos. Deberían estar publicados en diferentes periódicos de esos años y habían de tener un sesgo más periodístico que literario, si es que se permite tal distinción en una época en que era tan ambigua la línea divisoria entre literatura y periodismo. Como ya se ha indicado no es fácil hacer semejante diferenciación, pero sí podíamos exigir que estuvieran publicados en un periódico o revista y que no pudiera considerarse una obra de ficción sino de opinión, de información o de interpretación, preferentemente desde alguna noticia de actualidad.

Aunque bien se podrían haber incluido algunas obras de ficción, puesto que el espacio que ocuparon las colecciones de tan buena acogida de

lectores, como *El cuento semanal*, se acercó mucho al periodismo, sobre todo en la elección de temas. Una iniciativa de mucho éxito que consistió en encargar a los escritores y periodistas historias cortas, generalmente de corte realista, lo que en realidad consistía en aproximarse a lo que luego se conocería como reportaje de actualidad. La mayoría de las historias contadas cada semana en esa publicación reproducían con mucho realismo la situación social española.

El éxito del *Cuento semanal* produjo imitaciones y epígonos, ya que luego vendrían, *El libro popular*, *La novela corta*, *La novela semanal*, *La novela de hoy*, *Nuestra novela*, *La novela literaria*, *La novela mundial*, *La novela del domingo*, *La novela de amor*, *La novela de bolsillo*, *La novela selecta* o *La novela vivida*. Y no se acaban ahí las propuestas, también estaba *La novela cómica*, *La novela teatral*, *La farsa*... un empacho verdadero de novelas cortas, de historias reales, que los editores ponían en circulación cada semana, cuya única condición es que fueran textos cortos y con argumentos sacados de la vida cotidiana. Una práctica que acercaba a los literatos nuevos más al periodismo que a la ficción.

En todo caso, los veinte textos de diferentes géneros de cada uno de los nombres seleccionados indican el terreno de juego en el que hacer las mediciones pertinentes que permiten analizar estilos y argumentos. Así se puede intentar constatar la influencia que tuvo la bohemia en el desarrollo del periodismo moderno.

## 5.6 Las tablas para un análisis cuantitativo y cualitativo

Se han buscado, leído, medido, comparado, analizado y acotado veinte textos de cada uno de los autores seleccionados. Ello arroja un total de cien trabajos que nos pueden dar una pauta certera y suficiente de los extremos que se quieren confirmar. Todos están publicados en esa media docena de años alrededor del cambio de siglo. También se cumple la condición de que los escritos se acercan lo más posible a su ser periodístico, es decir, que no son textos de ficción, ni cuentos, ni novelas por entregas. Por otro lado, la mayoría de ellos, aunque no todos para poder realizar las comparaciones pertinentes, estuvieron encargados por periódicos convencionales, lo que nos da la pauta de una cierta profesionalización.

Una vez seleccionados los redactores y sus textos, se han confeccionado unas tablas que incluyeran el mayor número de elementos



para establecer mediciones que nos llevaran a conclusiones interesantes para nuestro afán.

Las significaciones que se pretenden buscar son más de noticias que de datos, más de letras que de números, más de filosofía que de superficies, más de leer que de calcular, más de entender que de medir. De modo que los epígrafes que se han rellenado con la lectura atenta de los cien textos contienen igual elementos cualitativos y cuantitativos.

Estos últimos se ocuparán de anotar el nombre del medio, la fecha, la extensión de la colaboración y la página donde queda ubicada. Los primeros contemplan el género y el asunto o asuntos de que trata, como primeros e imprescindibles intereses. Pero también buscarán los diferentes lenguajes, enfoques y planteamientos estéticos e ideológicos.

Hasta 28 elementos diferentes se han señalado como susceptibles de ser medidos, anotados y comparados: el periódico, la fecha, el director, el propietario, el autor, el título, la página de la publicación donde aparece, el asunto principal que trata y al menos dos secundarios, los personajes mencionados directa o indirectamente, las posibles citas si las hubiere, los nombres propios citados, el lenguaje, el estilo, la extensión, la tendencia ideológica, la estética, los términos, el ámbito de difusión que abarca el medio, la temática, el género, el número de fuentes y su tipo.

Tras los elementos previos que nos indiquen el camino a seguir, se establece la necesidad de identificar las fuentes de las que se valen para conseguir sus informaciones, así como los personajes que citan o mencionan y los asuntos tratados. De ese modo se pueden aquilatar la existencia o la ausencia de algunas constantes u obsesiones.

El estilo, la estética y el lenguaje podrán añadir pautas ilustrativas. Así mismo se anotan términos empleados en los textos que, por su novedad, rareza, o creatividad, se puede considerar que suponen una aportación o un camino diferente y trascendental en la historia del periodismo.

A la hora de seleccionar los medios y los autores que se convirtieran en fuentes primarias y a su vez dieran la pauta de lo que se quiere comprobar, se han tenido en cuenta varios extremos. La representatividad de unos y de otros entre la sociedad y los escritores de aquellos años; su importancia, presunta a veces, en la historia del periodismo o de la literatura españolas; la consideración que les tenían sus coetáneos; la trascendencia que pudo tener su obra y alguno de sus textos. En cuanto a los textos seleccionados, se ha tenido en cuenta la temática que en ellos tratan, los géneros de los que se valen, los enfoques que decidieron, las críticas que hicieron y el lenguaje que emplearon.

## 5.7. Las fuentes

Aquí habría que hacer una mención especial, de algunos medios republicanos, como *El Evangelio* y *Don Quijote*, en ellos acamparon con todo su talento, mezclados, periodistas y bohemios compartiendo a veces la misma condición y, sobre todo, haciendo periodismo.

El rastreo por artículos de periódicos y revistas de la época, cuentos y novelas, memorias, así como los testimonios de bohemios y algunos de sus textos literarios, suministran el contexto histórico y detallan la vida en la ciudad de Madrid y sus calles, así como las circunstancias personales de bohemios y periodistas. Proporcionan comprobaciones y descubrimientos lo que ayuda a constatar la verdadera aportación de la bohemia al periodismo.

La selección de los cien textos periodísticos, escritos por los cinco bohemios seleccionados, dan la oportunidad de medir sus contribuciones teóricas y sus aportes prácticos en forma de temática, lenguaje y personajes protagonistas. Y la indagación biográfica a través de relatos, obras de ficción, testimonios personales, artículos de opinión y poemas de los bohemios sobre sí mismos o sobre otros da la medida de la importancia del movimiento. Cuando menos desde el punto de vista cuantitativo.

Las memorias de Pío Baroja, Enrique Gómez Carrillo, Luis Ruiz Contreras, Emilio Carrere, Rafael Cansinos Assens, Eduardo Zamacois, algunos escritos en prensa, memorialísticos y literarios, de Alejandro Sawa, Luis Paris, Joaquín Dicenta, Julio Camba, Ramiro de Maeztu, Luis Bonafoux, Julio Camba, Rubén Darío o Manuel Machado, así como el diario de Melchor de Almagro San Martín o los recopilatorios de Juan López Núñez, Camilo Bargiela y Ernesto Bark están llenos, a veces contextualizados, en ocasiones con datos entre líneas, de descripciones y confesiones, de nombres, demostraciones, explicaciones y de actitudes bohemias. También de relaciones estrechas con el periodismo.

En los mismos periódicos, principalmente los radicales y republicanos, pero también en los demás, los bohemios hablan de los bohemios, se explican, se justifican, dan testimonio y se convierten en temática que se retroalimenta. Emilio Carrere es de los escritores que más se ocupa del movimiento. Deja evidencia de bohemios y permanente opinión sobre sus andanzas y significación tanto en sus memorias y relatos como en sus poemas. Precisamente escribe en el periódico *España*, el 9 de julio de 1915, un texto titulado “Los españoles vistos por sí mismos”, una suerte de recopilatorio que firma *El bohemio*. En ella habla de bohemios pintorescos, como Carlos Rubio, Pelayo del Castillo o Pedro Marquina,

todos ellos pertenecientes a la primera época, de los años 70, 80 o 90 del siglo XIX, la considerada primera promoción bohemia. De su propia época, la de los primeros años del siglo XX, cita a Uriarte de Pujana, intrépido bebedor de agua, el luchador Amper....

Habla Emilio Carrere<sup>80</sup> de muchos en esa crónica periodística: “En las tabernas se malogró Manolo Paso, Alberto Lozano y Durban Orozco, (...) y Barrantes, con temperamento hondo de poeta, su calva reluciente, perfil de garduña, desdentado que recitaba versos absurdos dedicados a los asesinos del huerto del francés...” y afirma que el emperador de la bohemia fue Alejandro Sawa.

En ese mismo número de la revista se publicó un manifiesto de adhesión a los aliados en la guerra europea, firmado por nombres muy vinculados a los años analizados, entre ellos Ciges Aparicio, Valle Inclán o Ramiro de Maeztu.

### 5.7.1 Artículos, memorias y biografías

Los detalles, valoraciones, anécdotas, explicaciones, relaciones, comparaciones, los hallazgos y vivencias bohemias se repiten, con apenas matices, en los estudios y testimonios de los que más han escrito y estudiado sobre el asunto, Allen Phillips, José Esteban, Víctor Fuentes, Javier Barreiro, Iris Zabala, Lily Litvak, Anthony Zaheras, Cansinos Assens, Eduardo Zamacois o Manuel Aznar Soler, así como en las memorias de algunos de los componentes de la Generación del 98. Ellos, unidos a los investigadores de la historia del periodismo, como Gómez Aparicio, Mari Cruz Seoane, Concha Edo o Jean Michel Desvois son una base importante del estudio, tanto en la composición del marco teórico como en el contexto de la época. En sus textos están las preocupaciones, las

---

<sup>80</sup> En estos primeros años de siglo XX Carrere empieza a publicar sus primeros versos en semanarios como *La Chispa* y *La Avispa* y frecuenta tertulias como la del café Habanero, de la calle de la Puebla y, luego la del Levante, la del Mercantil, la del Café Madrid... En estas tertulias conoce y se hace amigo de Julio Romero de Torres. Carrere se hizo popular en *Los Lunes del Imparcial*, el 31 de julio de 1907, cuando publicó su poema “La musa del arroyo”, la musa de los bohemios: *Cruzábamos tristemente/ las calles llenas de luna/y el hambre bailaba una/ zarabanda en nuestra mente./Al verla triste y dolida/ yo la besaba en la boca./ “¿Por qué aborreces la vida,/ Risa Loca?//No llores, rosa carnal,/que yo robaré el tesoro/de la tiara papal/para tus cabellos de oro”./ Y un espíritu burlón/ que entre las sombras había,/ al escuchar mi canción/ se reía, se reía.*

aspiraciones y los afanes bohemios. Así como muchas de sus explicaciones, justificaciones y actividades.

En estos estudiosos caben todas las posturas, unas propias y otras tomadas de los juicios emitidos por los coetáneos. Unos valoran la importancia capital de unos nombres que tiene poco que envidiar a muchos de los consagrados y otros introducen la lógica de una bohemia que acaba irremisiblemente en *golfemia*, ayudada en buena parte por la tradición picaresca española que desemboca en el escritor o periodista que vive a base de sablazos.

En todos los escritos de los mencionados investigadores abunda el relato teórico, aparecen muy a menudo juicios hipotéticos y la descripción es bastante especulativa. Extremo justificable por la falta de documentos sobre unas vidas que transcurren entre cafés y tertulias. Hay también en los trabajos ciertos lugares comunes que aportan poco porque se basan en las mismas anécdotas, un poco desgastadas por haber sido repetidas hasta la saciedad. Siempre hacen referencia a las redacciones de los periódicos, aunque apenas incorporan detalles del periodismo.

Ese es otro reto no pequeño de este trabajo, buscar y mostrar las manifestaciones periodísticas de los bohemios estudiados, que representan las expresiones y aportaciones del propio movimiento.

Hay unas cuantas novelas que se erigen casi en fuentes primarias, puesto que se ocupan muy directamente de contar la vida, milagros y avatares de otros tantos bohemios, y además los ubican en el contexto preciso de la sociedad del momento. Suponen un bien armado marco teórico, puesto que retratan un moviendo, un espacio escénico y una geografía, y también se erigen, por diferentes motivos, en apreciables fuentes de la investigación.

Como se ha dicho, *El frac azul* fue la primera novela española, de 1864, donde se describe el ambiente y las aspiraciones bohemias. Una nota a pie de página da la oportunidad al folletinista Pérez Escrich a explicar: “Bohemios, así denominan los franceses, y es una denominación que se ha hecho general en Europa, a esos hijos del genio que, abandonando la paz de sus hogares, se trasladan a las grandes capitales en busca de un nombre y una fortuna, sin más patrimonio que sus esperanzas y su fuerza de voluntad”<sup>81</sup>.

La novela, escrita en forma de memorias cuenta la vida y las desventuras de un poeta inédito que se mueve en una bohemia un poco inocente y romántica, es decir la primera. La historia de Elías Gómez y sus ilusiones representadas por el frac azul con botones dorados. Gómez es,

---

<sup>81</sup> Pérez Escrich, Enrique. *El frac azul*, pág. 4.

según se dice en el relato, amigo del narrador que cuenta los episodios de su vida de bohemio a otro joven, de nombre Arturo, quien a su vez ha llegado a la Corte con dos dramas en su baúl y la cabeza llena de sueños de gloria.

Elías, durante su estancia en la capital, experimenta todos los rigores del provinciano recién llegado con aspiraciones a la gloria literaria: Se pone a escribir artículos y discursos, así como un memorial en verso que le ha encargado un cura. Luego se convierte en corrector de pruebas y realiza múltiples trabajos. Logra por fin, después de muchas penalidades, el triunfo artístico con el estreno de su drama, aunque le ha costado la salud y para recomponerla se retira del mundo literario. Tiene la novela final feliz y moralina. El joven aspirante acaba triunfando contra todas las adversidades. En el camino, el frac como símbolo, el compañerismo de los amigos bohemios, las referencias a la obra de Murger, y las peripecias de los literatos que se reúnen en el Café de la Perla.

En *Troteras y danzaderas*, novela de Pérez de Ayala, aparecida en 1913, se hace un abigarrado y pintoresco cuadro de la vida y el ambiente artístico y literario en el Madrid de los primeros años del siglo. El protagonista, Teófilo Pajares, un poeta desaliñado, sin éxito, que declara su amor a una prostituta, queda identificado en muchos estudios como trasunto de Francisco Villaespesa, aunque para algunos investigadores también tiene algo de Pedro Marquina, incluso de Alejandro Sawa. Pero hay más claves sorprendentes en esta novela, los personajes masculinos son remedos de la realidad: Se podría ver a Valle Inclán en la figura de Alberto de Monte-Valdés; la de Benito Pérez Galdós en Sixto Díaz Torcas. Y también se pueden rastrear las sombras biográficas de Luis Bello, Ramiro de Maeztu, Ortega y Gasset, Benavente, los hermanos Álvarez Quintero -los hermanos González Fitero-, o la Argentinista y la Fornarina. Se pueden encontrar bajo otros nombres.

Para Allen Phillips, sin descontar del todo a Marquina, Teófilo Pajares tiene mucho más de Villaespesa.

En *Luces de Bohemia*, de 1920, Valle Inclán pone en los avatares de Max Estrella el trasunto de la vida del príncipe de la bohemia de entre siglos, Alejandro Sawa. Ahí está la que seguramente sea la denuncia más inteligente y acertada para iluminar el olvido y falta de reconocimiento de los bohemios por parte del gran público. Valle Inclán toma como referente la vida y la obra de Alejandro Sawa, que conocía muy bien, para construir su personaje protagonista y prototipo de bohemios, Max Estrella. Y con el que resume a la perfección, en uno de los pasajes de la obra, el alejamiento existente entre los bohemios, la prensa, el público lector y los intelectuales de prestigio y el canon establecido. La cita está extraída de un momento de

la obra en que otro de los personajes principales, Dorío de Gádex, invita a Max a que se presente a un sillón de la Academia, a lo que éste responde:

“No lo digas en burla, idiota. ¡Me sobran méritos! Pero esa prensa miserable me boicotea. Odian mi rebeldía y odian mi talento. Para medrar hay que ser agradador de todos los Segismundos. ¡El Buey Apis me despide como a un criado! ¡La Academia me ignora! ¡Y soy el primer poeta de España! ¡El primero! ¡El primero! ¡Y ayuno! ¡Y no me humillo pidiendo limosna! ¡Y no me parte un rayo! ¡Yo soy el verdadero inmortal, y no esos cabrones del cotarro académico! ¡Muera Maura!”<sup>82</sup>.

Autores como Aznar Soler sitúan en la muerte de Sawa, en 1909, el paso de la auténtica bohemia a la bohemia golfante y sin talento. Precisamente dos formas que conviven en *Luces de bohemia* y que Valle Inclán presenta a través de dos de los protagonistas: la Santa Bohemia, personalizada en Max Estrella y la Bohemia Golfante que representa la figura de Latino de Híspalis. Las dos últimas bohemias. La heroica de Max, un heroísmo que sólo iguala el anarquista catalán del drama, sirve de contrapunto a la cínica y aprovechada de quien en realidad no es sino un “miserable burgués”.

Coinciden las historias publicadas en 1913 y 1920, la de Pérez de Ayala y la de Valle Inclán, en su parte sarcástica y de parodia. Ambos textos son satíricos pero además retratan la realidad de la época. En ambos se podrían reconocer los rostros y las personalidades verdaderas de escritores, librereros, políticos y otros tipos más o menos pintorescos de esos años. Ya se ha dicho que el personaje Teófilo Pajares, de *Troteras y danzaderas*, el poeta modernista, tiene mucho de Villaespesa, y el modelo para el afectado Max Estrella de *Luces de bohemia* es Alejandro Sawa, ciego, borracho y loco, que se movía en aquel Madrid absurdo, brillante y hambriento para morir luego en circunstancias grotescas. Tanto Pérez de Ayala como Valle Inclán, descompuestos y seguramente indignados por la farsa de la vida nacional a la que asistían cada día, se comprometen con la abyecta y deformada realidad.

En *Las máscaras del héroe*, publicado en 1996, Juan Manuel de Prada, coloca como protagonista de una particular corte de los milagros a otro personaje bohemio real y significativo, perteneciente a la última época, Pedro Luis de Gálvez. Para Víctor Fuentes<sup>83</sup> lo que novela De Prada “es la resaca de la bohemia”. Entre los bohemios arrastrados que pone a compartir jergón con Gálvez -“por dos reales se podía conseguir un camastro crepitante de chinches”-, aparecen otros nombres claves de la bohemia

<sup>82</sup> Valle Inclán. Escena cuarta de *Luces de bohemia*.

<sup>83</sup> Fuentes, Víctor. “El Madrid de los bohemios”, Revista *Claves de Razón Práctica*, Nº 85, pág. 79.

mugrienta, entre la segunda y la tercera generación, y del periodismo de fin de siglo, a caballo entre el buscavidas y el periodista, entre el sablista, el reportero y el poeta: Alfonso Vidal y Planas, Dorio de Gádex, Fernando Villegas, Xavier Poveda, Heliodoro Puche y Pedro Barrantes<sup>84</sup>, cuya muerte en tono y tinte esperpénticos también se relata en la novela:

“Al fondo del dormitorio, Pedro Barrantes, aquel infeliz que se despojaba de su dentadura postiza para declamar sus poemas, se removía en el jergón aquejado de una extraña calentura, echando espumarajos por la boca”.

Muchos de los personajes, historias y situaciones que ilustran la novela se encuentran en los libros de Rafael Cansinos Assens.

Los tres prototipos, Sawa, Villaespesa y Gálvez, fueron compañeros, socios y referentes de todos los bohemios españoles. Todos escribieron en los periódicos y revistas que se han mencionado. Aunque el último un poco más tardío. La lectura de esas novelas será parte obligada e importante de la bibliografía. Escribe José Esteban en *Contra el canon* que si *El frac azul* es la obra madre de la cultura bohemia en España, digamos, el prólogo de ella, *Luces de bohemia* se considera el epílogo de aquella cultura nocturna de los bohemios españoles.

Además de en *El frac azul*, la bohemia española, sus tipos, sus peripecias y sus principios, está presente de manera directa y reconocible en dos libros de Alejandro Sawa, *Declaración de un Vencido* (1887) y el póstumo *Iluminaciones en la sombra*, que vienen a completar lo mostrado por las *Troteras y danzaderas* (1913) de Ramón Pérez de Ayala y las *Luces de bohemia* (1920) de Ramón del Valle Inclán.

Tanto *El frac azul* como *Declaración de un vencido* son novelas de indudable eco autobiográfico. Son documentos simbólicos de la época, que reflejan tanto penosas situaciones individuales como el estado de ánimo de la sociedad. La obra de Sawa es un documento amargado del protagonista que vive parecidos conflictos sociales e ideológicos como los que desgarraron a quienes procuraban abrirse paso en el mundo artístico anterior al desastre. Sawa habla en su libro del malestar colectivo y del pesimismo de la vida nacional. La novela termina en toda una serie de tragedias encadenadas, incluso el suicidio del protagonista Carlos Alvarado.

*Declaración de un vencido* relata la historia de Carlos Alvarado y su progresivo envilecimiento, otra víctima de la sociedad del momento. Es un joven de Cádiz y autor de unas cuantas obras insignificantes, quien, también como Elías Gómez y tantos otros, dirige sus pasos a Madrid donde espera encontrar el renombre literario. No es exactamente un bohemio

---

<sup>84</sup> Prada, Juan Manuel de. *Las Máscaras del Héroe*, pág. 190.

profesional aunque en la Corte va a pertenecer por algún tiempo al cuerpo de redacción del periódico *La Voz Pública*, periódico de oposición, y sufre su primera decepción al averiguar que el diario está vendido al gobierno. Se presenta como “uno de esos inteligentes jóvenes que vienen de provincias a comenzar por Madrid la conquista de Europa, sin más bagaje que un drama, una novela, o una obra literaria cualquiera y de dos o tres cartas de recomendación”. También borracho y decidido a suicidarse, encuentra la salvación en una “sacerdotisa de la noche” que se apiada y lo acoge en su casa.

De nuevo en una historia inventada se muestra la realidad de la estrecha relación que se producía entre el ambiente liberal de los cafés y las redacciones. Por apuntar el desenlace del relato, el héroe de Sawa conoce la pobreza y se entrega a la borrachera. Ya hacia el fin de su penoso recorrido vive con Carmen, la prostituta generosa y compasiva, a quien Carlos trata muy mal aunque ella lo atiende.

Probablemente estamos ante una novela simbólica de un determinado momento histórico, y su intención primera fue acusar directamente a la sociedad corrompida de aquel entonces, a la España de la Restauración emponzoñada en la incultura.

Está más cerca de Murger y sus escenas románticas el libro de Pérez Escrich, mientras que la novela de Sawa probablemente se ajusta mejor a la dolorosa realidad del mundo.

Pero también encontramos a la bohemia en los libros y textos, evocaciones y ficciones, de Eduardo Zamacois, Manuel Ciges Aparicio, Rafael Cansinos Assens, Alfonso Vidal y Planas, Ernesto Bark, Camilo Bargiela, Enrique Gómez Carrillo, Prudencio Iglesias Hermida, Joaquín Dicenta y José Francés; o en los versos de Emilio Carrere, Pedro Luis Gálvez, Heliodoro Puche, Manuel Paso, Pedro Barrantes y Manuel Machado; o en los artículos y memorias de Pío Baroja, Ramiro de Maeztu o Rubén Darío.

Y en algunas de sus novelas o en sus tramas metieron bohemios Rubén Darío, en *El pájaro azul*, Emilia Pardo Bazán, en *La hora de las brujas*, Baroja, en *El árbol de la ciencia* y Blasco Ibáñez, en *La horda*.

El modelo era siempre el mismo, fiel a la realidad tantas veces vista por todos: el joven artista de provincias que sueña con la gloria, llega a Madrid a buscarla y se arrastra por tertulias de cafés y redacciones de periódicos.

Todos coinciden en detallar las circunstancias precarias de un grupo muy numeroso de jóvenes artistas que pululaban por tabernas y calles de Madrid, que se salían del canon, que tenían dificultades para sobrevivir



pero preferían no venderse, que se inspiraban en las musas del arroyo y amaban la noche.

Despreciados y víctimas de una sociedad hostil, ellos mismos intransigentes en su rebeldía contra lo que consideraban la inmoralidad, esos bohemios solían habitar y relacionarse en un inframundo centrado en los cafés y las redacciones de los periódicos, viviendo desordenadamente y al momento, sin pensar en el mañana.

Cada uno de los que ha escrito o investigado sobre la bohemia ha elegido subrayar un aspecto diferente: artístico, literario, social o político; o ha optado por distinguir grupos y evoluciones diferentes en ese empeño de la búsqueda del ideal de belleza. Pero ni unos ni otros se ponen de acuerdo en señalar un inicio y un fin concretos de la bohemia. Ni siquiera acuerdan el listado definitivo de nombres bohemios, a veces tampoco distinguen quien fue bohemio periodista y quien periodista bohemio. A la hora de apuntar las influencias, antecedentes y referentes, unos los ponen en el Modernismo y otros en el romanticismo, en el anarquismo o en el socialismo.

Sin embargo todos vinculan la bohemia con el radicalismo político y/o social y ninguno duda en considerar el fin de siglo y la ciudad de Madrid como el momento y el escenario de la bohemia española.

Escribe Allen W. Philips<sup>85</sup>:

“En aquella época del cruce de los siglos no sólo son muy inciertos los deslindes entre el Modernismo aristocratizante y el Anarquismo, sino que también es siempre difícil otra vertiente de la cuestión: la de poder distinguir claramente entre la bohemia auténtica y la meramente azul de los farsantes del hampa literaria. La bohemia sórdida y la heroica se oponían en contraste espiritual. En el mejor de los casos se trataba de una cuestión de grado, pero los parásitos y dipsómanos pululaban en los cafés en busca de algún inocente a quien pegar un sablazo. (...) Baroja detestaba a los hermanos Sawa por inauténticos; ridiculizaba a otros como el grotesco Barrantes o a Pedro Luis de Gálvez; y, en sus novelas, caricaturizaba a aquellos pícaros semiliterarios, quienes a altas horas de la madrugada vagaban sin norte por las calles de Madrid con la esperanza de encontrarse con un alma generosa dispuesta a pagarles una media tostada”.

En este sentido la de Pío Baroja es una figura cuando menos controvertida, ya que detestó y ridiculizó a muchos bohemios, pero al mismo tiempo y desde los primeros momentos de su llegada a Madrid mostró un gran interés por el movimiento. De hecho acudía con frecuencia

---

<sup>85</sup> Phillips, Allen W. *En torno a la Bohemia Madrileña*, pág.154.

a las tertulias de café donde se reunía la tribu bohemia y además la acompañaba también en sus excursiones nocturnas.

Esta circunstancia permite tantear si se puede considerar al Baroja de su juventud como un bohemio momentáneo, que pronto abandonará esta senda, o si tan sólo se puede constatar un simple interés casi antropológico por la bohemia, lo que no debería confundirse con una militancia en la misma. Parece que la segunda opción resulta más cercana a la realidad, al menos si se observan las rotundas negativas de Baroja cuando le calificaban de bohemio:

“Nunca he sido practicante de ese mito ridículo que se llama la bohemia. Vivir alegre y desordenadamente en Madrid o en cualquier otro pueblo de España, sin pensar en el día de mañana, es tan ilusorio que no cabe más. En París y en Londres, esta bohemia es falsa; en España, en donde la vida es tan dura, es mucho más falsa aún”<sup>86</sup>.

Aunque a pesar de negar la mayor en esta declaración, y en otras en que desprecia sin paliativos a muchos de los bohemios y a sus afanes, escribió una obra de teatro que tituló *Adiós a la bohemia* y se ocupó en sus memorias de describir el tiempo que le tocó vivir y explicar las tendencias que se dieron en su época. Así lo cuenta en *Final del siglo XIX y principios del XX*<sup>87</sup>:

“Otro de los caracteres de la bohemia madrileña ha sido el amor a lo lúgubre. Muchas veces yo y otros amigos, llevados por esta tendencia fúnebre, hemos ido de noche a esos cementerios románticos que había hacia Vallehermoso, cerca del canalillo...”.

Ahí relata Baroja, como un antropólogo, las costumbres de los jóvenes que se bebían las noches de Madrid, él entre ellos, de quienes se quedaban por el camino y los que llegaban, “los fuertes y los menos”, escribe, y añade más adelante:

“Al pensar en todos aquellos tipos que pasaban al lado de uno, con sus sueños, con sus preocupaciones, con sus extravagancias, la mayoría necios y egoístas; pero algunos, pocos, inteligentes y nobles, siente uno en el fondo del alma un sentimiento confuso de horror, de rebeldía y de piedad”.

Un sentimiento ambivalente, de rechazo y también admiración, de testigo y de compañero. Eran las correrías nocturnas en las que Baroja participaba, atmósfera bohemia en las calles de Madrid, presupuestos artísticos de fin de siglo, pose pesimista ante la situación de la nación o moda importada de París con su atractivo romántico. Puede que de todo un

---

<sup>86</sup> Baroja, Pío. *Final del siglo XIX y principios de XX*, Segunda parte, “Bohemia o seudoboemia”, pág. 42.

<sup>87</sup> *Ibid*, pág. 43.

poco. Pero si algo de esa tristeza y consternación y bohemia también conforman la cara del noventayochismo, puede que la bohemia llegara más lejos de lo que se piensa. Tal vez, en lugar de un movimiento olvidado que ha dejado unos cuantos jirones de lugares comunes fuera una corriente trasversal que inundó la vida cultural de la España de esos años. O acaso se pueda constatar que existieron muchas bohemias dentro de la bohemia.

No deja de ser curioso que Baroja diga en sus memorias y en algunos artículos que eso de la vida bohemia le gustaba poco. Cuando en su juventud era algo muy corriente en el ambiente literario y artístico de Madrid, que incluso se había puesto de moda, acaso por imitación de París que era el gran modelo, y las entonces todavía famosísimas *Scenes de la vie de boheme* (1848) de Henri Murger y las óperas de Giacomo Puccini y Ruggero Leoncavallo tituladas ambas *La boheme* -sobre todo la primera, que tuvo un éxito fulgurante-, escritas al mismo tiempo y estrenadas con un año de diferencia, 1896 y 1897. Ambas extendieron por las grandes ciudades europeas el atractivo falsamente romántico de una forma de vida que terminaba casi siempre con una muerte prematura. En España, el compositor Amadeo Vives, que era buen amigo de Baroja, también plasmó el lado amable de esa vida con su zarzuela *Bohemios*, de 1904, igualmente basada en la obra de Murger. Un gran éxito que hizo muy popular a Vives.

Y dentro de la breve creación para el teatro de Baroja, no parece casual que escribiera el libreto, en una escena, de *Adiós a la bohemia*, con música de Pablo Sorozábal, que estrenarían en el teatro Calderón de Madrid el 22 de noviembre de 1933. Aunque lo había publicado en 1917, en el *Nuevo tratado del Arlequín*. Del texto realizó cuatro versiones y la escena principal representa un café de barrio, donde se reúnen pintores y varios personajes pintorescos. Está Ramón, un pintor fracasado, que se ha citado con Trini, su antigua modelo y amante. Comentan los tiempos pasados y reconocen que no han logrado la gloria, sino la cara amarga de la vida.

El pintor protagonista de *Adiós a la bohemia* parece tomado de la observación directa de las tertulias de los cafés que tanto frecuentó en su juventud.

### 5.7.2 Las pistas de la Bohemia en la ficción

Hay que subrayar, por su suma importancia para este estudio, la presencia de dos libros de memorias noveladas, escritos por dos personajes que vivieron de cerca, y en ocasiones compartieron desde dentro, la bohemia.

Constituyen una primordial fuente llena de descubrimientos, sorpresas, confirmaciones y comprobaciones. Como ya se ha dicho, se trata de *Del periodismo y la política. El libro de la decadencia*, de Manuel Ciges Aparicio, y el primer tomo, en realidad los tres, aunque el primero se ajusta más al espacio temporal elegido, de *La novela de un literato*, de Rafael Cansinos Assens. El tiempo del que ambos se ocupan coincide exactamente con el marco temporal de esta tesis, en los primerísimos años del siglo XX.

El primero relata, en un doble plano, profesional y personal, su peripecia como gacetillero de un periódico republicano importante, concretamente *El País*, donde trabajó bastante tiempo como redactor, y sus avatares de joven recién llegado desde provincias a un Madrid bohemio, duro, absurdo y deslumbrante, con su vida, sin dinero, a salto de mata por cafés, tertulias y pensiones. El libro se publicó en 1907 y representa un sugestivo y completo cuadro de la bohemia y el periodismo en esos primeros años del siglo. También con tintes esperpénticos retrata las desventuras del joven periodista y su alter ego, su amigo bohemio Estanislao, un viejo compañero de prisión en Barcelona, poco después de volver de Cuba. Va mezclando los avatares de Estanislao, funcionario del Consejo de Estado con el sueldo siempre embargado, borracho, con las peripecias de Nolo, él mismo, a quien mete su amigo Roberto (Castrobido) en la redacción de un periódico republicano (*El País*) en el que se encarga de hacer refritos de otras publicaciones. Allí aprende toda la picaresca de la profesión, de meritorio.

El segundo sigue la pista, como si fuera un detective, a todos los literatos, periodistas y bohemios de casi tres décadas, el tiempo que Cansinos convivió con ellos. Con ellos compartió silla de café, mesa de redacción, espacio de cenáculo y lugar en las tertulias. Además de aportar casi todo el listado posible de nombres, también describe con detalle la redacción del periódico de Ciges, *El País*, y la de *La Correspondencia de España*, donde el creador de Ultraísmo<sup>88</sup> trabajó esos años como redactor. Buena parte de las historias y los nombres que novela De Prada en *Las máscaras del héroe* deambulan por las páginas del libro de Cansinos.

Otra novela escrita en 1921, que se anuncia desde el mismo título como farsa, viene a ilustrar igualmente cómo era el periodismo de los primeros años del siglo. Se trata de *Las columnas de Hércules: farsa novelesca*, de Luis Araquistáin, una obra pensada desde la ironía y la sátira para llamar la atención sobre la corrupción moral en la política, el periodismo y la sociedad española. Cuenta la historia de Herculano Cacodoro (Caco de Oro) quien, para promocionar comercialmente unas

---

<sup>88</sup> Movimiento literario futurista contrario al modernismo, cuyo principal impulsor fue Rafael Cansinos Assens.

píldoras contra la impotencia, financia un periódico perpetrado por arribistas. Sobre él construye un proyecto de grosera y reaccionaria manipulación política. Una galería de personajes, a veces patéticos, otras ridículos, que muestran las relaciones de prensa y política, periodistas y poderosos, políticos y el dinero. El periódico, llamado *El Orden*, lo hace un joven y mediocre periodista, Modesto Escudero. Con ese plan el relato hace un repaso de todos los sectores sociales: la banca y los banqueros, el Congreso de Diputados y los principales políticos, la prensa y los periodistas, el público, etc. En todos predomina la hipocresía, la picaresca y la falta de escrúpulos. El periódico fundado por Escudero tendrá tal éxito que el empresario, Herculano Cacodoro, consigue entrar en los círculos políticos y en una conspiración internacional que logra manipular a la opinión pública del país.

Así lo cuenta Manuel Aznar Soler:<sup>89</sup>

“Don Herculano Cacodoro es un hombre de vida azarosa y viajera (España, América, Francia). Creador de las Píldoras Herculinas, unas fraudulentas píldoras contra la impotencia, decide instalarse en Madrid y, puesto que es un hombre ignorante que no ha leído nada ni sabe escribir, pone un anuncio en la prensa para solicitar la ayuda de un periodista que le asesore en la fundación de un periódico, mera plataforma publicitaria para su negocio. A ese anuncio responde Escudero”.

La novela, escrita para denunciar la corrupción política y moral del sistema de la Restauración y de la falta de escrúpulos del Poder, supone una acusación muy reconocible hoy sobre el papel de la Prensa para alterar el estado de las cosas y crear falsedades que manipulen a la opinión pública. *El Orden* es la nueva cabecera que se irá adueñando poco a poco de la opinión pública del país.

Por sus páginas pasan igual las redacciones de los periódicos que los círculos de la bohemia madrileña que se hace un análisis de crítica literaria sobre los méritos reales de los literatos emergentes, ya llamados Generación del 98.

---

<sup>89</sup> Aznar Soler, Manuel. “Esperpento e historia”, artículo publicado en *Valle Inclán y su obra*, Actas del Primer Congreso Internacional sobre Valle Inclán y su obra (Bellaterra, 16-20 de noviembre de 1992, pág. 565-578).

### 5.7.3. El diario de 1900

Junto a estos casos de importancia capital, hay que citar, y utilizar, otro libro que cruza el periodo estudiado por el medio, como un cuchillo que abre en canal y enseña las entrañas del objeto de estudio. El de Melchor Almagro. Fue una oportuna coincidencia que el escritor, rico, diplomático y periodista de la *Época*, *El Sol* y, después de la guerra civil, del *Ya*, en esos mismos años de alrededor del cambio de siglo, acostumbrara a llevar un diario, donde iba relatando lo más destacado de los sucesos cotidianos. Las notas escritas correspondientes al año 1900 le servirían para cumplir un encargo formulado, cuarenta y tres años más tarde, en 1943, por la *Revista de Occidente*. Se trataba del libro *Biografía del 1900*. Así que con ese título vería finalmente la luz una parte de su diario juvenil, donde ofrece su visión de la sociedad madrileña finisecular. Evidentemente se trata de una visión subjetiva -ya lo aclara el autor en sus páginas- pero seguramente franca y espontánea, dado que en principio escribió esas páginas sólo para sí mismo, como reflejo de lo que fueron sus días de juventud y las cosas que pasaban en la ciudad donde le tocó vivir, Madrid: “Tuve acceso a muchos círculos de difícil entrada, y transcribo sin truco alguno literario, el Madrid novecentista, tal como era exteriormente”.

En esos años finiseculares, Melchor Almagro alternaba su vida social mundana, aristocrática, conectada en la corte, los salones y los palcos de los teatros o del Real, con sus contactos con los círculos literarios, y de manera especial con el naciente movimiento modernista. En febrero de 1900 conoce personalmente a los integrantes de la tertulia literaria del Café de la Montaña, centrada en torno a dos grandes figuras de poderosa personalidad: Jacinto Benavente y Ramón del Valle Inclán, con el que pronto establecerá una relación muy cercana. La otra tertulia literaria que se identifica en esa sociedad del novecientos con el Modernismo, y que también visita Almagro, fue la del Café de Madrid, capitalizada en torno a Pío Baroja y a Azorín. Ambas tertulias sostenían en ocasiones posiciones enfrentadas en más de un aspecto, pero compartían sin vacilación una postura crítica hacia la Gente Vieja, una burla continua a los gobernantes, un dolor de España, una profunda admiración por Rubén Darío y un cierto pasmo por la vida bohemia.

También el libro de Arturo Mori, *La prensa española de nuestro tiempo*, aunque tardío para la etapa estudiada, ya que empieza su recorrido en 1909, repasa el periodismo de principio de siglo, así como las biografías y los méritos de los periodistas más destacados, comprometidos, preparados y audaces de la época. Aparecen en el libro sus nombres, sus afanes y también las dificultades de inventar el periodismo moderno. En el prólogo

del libro, Álvaro de Albornoz, ministro, diputado, escritor y presidente del gobierno de la República en el exilio, da algunas claves para entender el periodismo, la prensa y a los periodistas: “La prensa española, apasionadamente política, fue siempre extremadamente pobre”. Esto explica muchas cosas del periodismo español porque asegura que más que formación profesional, lo que implica una técnica que exige recursos económicos, tiene el buen periodista español espontaneidad e ingenio. Añade más adelante<sup>90</sup>: “El periodista español que no dispone de gran información, vive de su propia sustancia... y que la falta de documentación la suplen la ocurrencia, el estilo, la genialidad... en el periodista español hay más improvisación que trabajo y esfuerzo”. Afirma que las redacciones son rebeldes al trabajo ordenado, metódico, y asegura que los grandes maestros escriben de cuando en cuando, y descansan una temporada, y pone los ejemplos de periodistas españoles que se hicieron célebres con un solo artículo, el caso de Julio Burell con “Cristo en Fornos” o Manuel Troyano con “Los celos de una sultana”.

Pero dice luego que cuando se acentúa el espíritu de empresa, la información va ocupando más espacio cada día en las columnas de los periódicos, la técnica profesional ha ido recortando el campo de la inspiración periodística; el trabajo especializado ha ido desplazando el buen hacer del improvisador: “La bohemia periodística ha retrocedido pero no ha muerto”<sup>91</sup>.

Ricardo Fuente es otro nombre que nos ayuda a fijar los parámetros de este ambicioso y en ocasiones abstracto trabajo. Por los puestos que ocupó como periodista, por la actitud bohemia que adoptó, por su presencia en cuanto acto o evento se organizaba y también por alguna de las tesis que dejó en sus libros. Uno de ellos, *De un periodista*, publicado en 1897, es esencial para entender el mundo de la prensa, que apenas empezaba a profesionalizarse, y el ambiente político, social y cultural del Madrid de fin de siglo.

Especialmente indicado para conocer con detalle el mundo de la prensa y el de la bohemia, porque en el prólogo a ese libro escribe su amigo y compañero de bohemias y de proyectos periodísticos, Joaquín Dicenta:

”Compartíamos nuestros ideales en las mesas de las redacciones, en los veladores de los cafés, en las calles, en los paseos, como compartíamos nuestro pan en el bodegón que nos servía de fondo y el producto metálico de alguna prenda sobrante, en el portal de la casa de préstamos que hacía para nosotros el oficio de banqueros”.

---

<sup>90</sup> Albornoz, Álvaro, prólogo, *La prensa española de nuestro tiempo*, Arturo Mori, pág. 16.

<sup>91</sup> Mori, Arturo. *La prensa española de nuestro tiempo*, pág. 18.

Fuente importante resultan algunos de los artículos míticos, como el de Julio Burell, “Cristo en Fornos”, que tanto renombre le dio. Fama y confraternización bohemia, puesto que la consideración de Jesucristo como el primer bohemio, y las repeticiones y estéticas religiosas fueron continuas en la bohemia. Fueron frecuentes los artículos<sup>92</sup> con la peripecia de Cristo como un bohemio más pero el de Burell se convirtió en una suerte de mito<sup>93</sup>.

Afirma Litvak que el éxito que tuvo el artículo de Burell, así como la atención que se le sigue otorgando, son en gran parte debidos a la incongruencia y el anacronismo de la escena que describe. En los últimos años del siglo XIX, en el famoso Café Fornos, Cristo aparece bajo la apariencia de un mendigo; los trasnochadores allí reunidos no lo reconocen, lo insultan y se burlan de él. Solo es bien recibido por una prostituta, *La Peri*, que por un momento lo confunde con un viejo amor, pero el recién llegado revela su identidad “e increpa a la concurrencia con palabras evangélicas y majestuosas”.

---

<sup>92</sup> Litvak, Lily. “Jesucristo entre el evangelio y el anarquismo en España 1900”, *Modernismo, Anarquismo y Fin de Siglo*. La hispanista cita dos artículos de Antonio Palomero sobre el asunto, “Cristo en la tierra” y “Cristo en Madrid”; “Los dos Cristos”, de Ramiro de Maeztu; “A Cristo”, de Antonio Paso, o el Cristo que describe Vallé Inclán en el cuento *Un ejemplo*, de 1903, o el de Azorín, “El Cristo nuevo”, que publicó en *La Campaña*, el 5 de enero de 1898, en el que relata cómo Cristo desciende de la cruz y llama imbécil a un creyente arrodillado, “porque entre nosotros hay tiranos y gente que se deja esclavizar”. Hubo muchos Cristos de los bohemios, para Víctor Fuentes el hecho supone un claro antecedente de la Teología de la Liberación.

<sup>93</sup> Fueron muchos los que se fijaron en la imagen y el nombre de Cristo: Ernesto Bark lo utiliza en *La santa bohemia* en el sentido de auténtico, lo identifica como un socialista amigo de obreros y bohemios.



## **6.- UNA HISTORIA POR CONTAR**

---

### **6.1 El escaparate de la periferia**

Las novelas de la época y los estudios sobre el fin de siglo constatan y describen que en un estado centralista, en la capital está el gobierno de la nación y los ministerios, pero también los periódicos y las editoriales. Indican que a Madrid se dirigían desde las provincias todos los que buscaran una vida nueva o un trabajo. Sabían que ahí estaba el escaparate, las oportunidades, los cafés llenos de artistas y las tertulias atestadas de consagrados a los que emular o denostar.

Desde mediados del siglo XIX está fijada la llegada a la capital de miles de españoles. Acudían desde la periferia en busca de una vida mejor. También los artistas y literatos, que pensaban que era en la Corte donde encontrarían la gloria y el reconocimiento. Así que el sueño de Madrid unió a un grupo numeroso, indeterminado, deambulante y desclasado: un puñado de nombres propios irreverentes e inadaptados que se convirtieron en los primeros proletarios de los periódicos españoles.

El trasiego por cafés, periódicos y pensiones logró una aproximada imitación del Barrio Latino de París. Madrid fue el puerto de llegada, el rompeolas de fantasías e ilusiones. Era donde se encontraba el poder político, el económico y también el cultural. La propia estructura universitaria hacía de la capital el centro de la ciencia oficial, con la

localización de las Reales Academias e importantes organismos como La Institución Libre de Enseñanza o El Ateneo. En Madrid estaba la única universidad completa en la que se podía estudiar cualquier carrera. La importancia de Madrid en el panorama cultural la decide el hecho de que el 70% de la producción intelectual del país se realizaba en la capital.

Pero a Madrid acudían de todos los lugares de la península a medrar, a buscarse la vida o a triunfar, igual los oficinistas que los empresarios, los artistas, los abogados y los bohemios.

## 6.2 ¿Cuántas bohémias hubo en España?

Los estudios de José Esteban, Anthony Zaheras, Víctor Fuentes, Manuel Aznar, Javier Barreiro, Iris Zavala o Lily Litvak coinciden en señalar, aun con matices, que la bohemia española se desarrolló entre los casi cuarenta años que comprende el periodo 1880-1920. Antes hubo, como antecedentes, y después continuó, como secuela, y porque, como dice Gómez Carrillo en sus memorias<sup>94</sup>, siempre habrá bohemios. Convienen en acordar que en la bohemia madrileña se pueden distinguir al menos dos grupos y dos tendencias, Claramente diferenciadas ambas. La primera clasificación puede atender a un agrupamiento generacional y la segunda a una actitud. Una dada por la fecha de nacimiento y la otra por elección personal.

Muchos investigadores prefieren hablar de dos generaciones, si bien se podría considerar, en función de esos agrupamientos y la acotación de los tiempos en los que vivieron y se relacionaron, más acertada la existencia de tres.

De una forma o de otra, tanto si se opta por dos o por tres, la frontera la ponen todos en 1880. Ahí empezó a tomar cuerpo en Madrid una generación de escritores, un poco mayor que los que más tarde se convertirían en los del 98, que se llamaron a sí mismos Gente Nueva. Ese fue el primer núcleo importante del que luego se surtiría la bohemia. Es en los alrededores de ese año cuando se forma en la capital el cenáculo bohemio más sólido, de donde saldrían narradores, pensadores y poetas de importancia. Un grupo compacto y numeroso que empezó a ser conocido además de como la Gente Nueva, el título por el que los nombra, describe y valora uno de ellos, Luis Paris, también como Germinalistas, porque escribían artículos en el periódico *Germinal* y en su redacción se juntaban.

---

<sup>94</sup> Ibid. pág. 40.

Evidentemente fueron nombres de distinta calidad literaria y artística, y de diferente importancia histórica, pero la mayoría se puede considerar con bien definida personalidad. Alejandro Sawa, José Nakens, Luis Paris, Silveiro Lanza, Manuel Paso, Joaquín Dicenta, Rafael Delorme, Ernesto Bark, Pedro Barrantes, Antonio Palomero, Ricardo Fuente, Eduardo Zamacois, Luis Bonafoux y Enrique Paradas, son los nombres más significativos.

La figura más destacada de ese grupo, junto a Alejandro Sawa, fue Joaquín Dicenta, sobre todo desde el estreno teatral de su *Juan José*, en 1896, obra paradigmática y acontecimiento aglutinador. Por un lado provocó un gran revuelo, dadas sus ideas avanzadas, pero por otro levantó gran entusiasmo entre los espectadores, de manera que fue reconocido y aplaudido incluso por la prensa conservadora. Pero la importancia capital de Joaquín Dicenta se debió también a su faceta periodística. Fue un hombre emprendedor, director e impulsor de medios importantes, y además líder y agitador.

Dicenta y casi todos los mencionados más arriba en esta lista incompleta eran ‘germinalistas’, es decir próximos a los principios del Internacionalismo y cercanos en algún momento de sus biografías a los movimientos anarquistas difundidos en España por la revolución del 68. Casi todos defendían parecidas ideas sociales y políticas. Endiosaban y hacían protagonistas de sus escritos a los personajes que vivían fuera de las normas. Buscaban al hombre singular, individualista, el que se negaba a pertenecer al rebaño.

El germinalismo estaría entroncado con la bohemia y a la vez con el anarquismo y con las ideas socialistas de defensa del proletariado. Eran jóvenes amantes de la libertad y del progreso, con un fuerte espíritu independentista y llenos de fantasía. Como reconocieron Maeztu y Manuel Machado<sup>95</sup>, *Germinal* tuvo el mérito de aportar, años antes de la llamada Generación del 98, “un espíritu nuevo, europeísta y cercano a los problemas sociales”. Manuel Machado los considera “una élite inteligente y fuerte, precursora de los renovadores puramente literarios y artísticos del 98”. Describe que vivían “con el presentimiento de una gran catástrofe colonial y política” y que “vivían inquietos y desazonados”. E ilustra que muchos acabaron jóvenes, víctimas de la bohemia a que los llevó su descontento y del alcohol en que ahogaron sus ansias de ideal: Sawa, Paso, Delorme...”<sup>96</sup>

Efectivamente, ese grupo de tendencias progresistas y simpatías revolucionarias o renovadoras, todos críticos con el sistema, vivió los momentos de desánimo nacional y tuvo ya el presentimiento del fracaso

---

<sup>95</sup> Palomo, Pilar. *Movimientos literarios y periodismo en España*, pág. 292.

<sup>96</sup> Machado, Manuel. *Un año de teatro*, pág. 74.

colonial y moral. Cultivados en su mayoría, porque realizaron o empezaron estudios universitarios, demostraron sus conocimientos de la literatura extranjera y se agruparon principalmente en las redacciones de periódicos radicales.

Su desasosiego y preocupación por lo que veían a su alrededor lo discutían con grandes y largas sesiones dialécticas en las mesas del café y con mensajes y denuncias en las páginas de los periódicos. Reclamaban la libertad para el pensamiento y la acción; deseaban desenmascarar la inmoralidad y la hipocresía; combatían el clericalismo y el fariseísmo; criticaban la mala administración del gobierno; apoyaban la causa de los obreros y los explotados; y, en el arte, rechazaban la rutina, lo encasillado, la retórica, la costumbre y el canon establecido.

Hay consenso entre los diferentes investigadores en señalar que esta primera generación bohemia destacó más en la prosa que en el verso, y dentro de aquella se manifestó principalmente en la prensa. De hecho, sólo tres tenían en su tiempo considerable y reconocida obra poética: Pedro Barrantes, Antonio Palomero y Enrique Paradas. Sobresalieron en la narrativa Alejandro Sawa, Silverio Lanza y Eduardo Zamacois. Fue en los diferentes géneros periodísticos donde destacaron, además de los mencionados, Rafael Delorme, José Nakens, Luis Bonafoux, Felipe Sassone, Julio Burell, Ricardo Fuente, Camilo Bargiela, Luis Bonafoux, Ernesto Bark, Miguel Sawa, Luis Paris, Manuel Paso o Joaquín Dicenta. Éste además en el teatro, como se ha dicho. La mayoría de ellos tuvieron la oportunidad de mostrar su posición de política progresista, antisistema, y de críticas sociales en medios como *Democracia Social*, creada en 1895, *Don Quijote*, estrenado en 1892, *El Motín* y, sobre todo, en *Germinal*, fundada en 1897.

### 6.3 Al menos dos generaciones

Pero hay que tener en cuenta que nos movemos entre dos teorías que se pueden complementar o a veces confundir: la que considera que hubo dos generaciones y la que establece que fueron tres. Si bien no existen entre ambas grandes diferencias en cuanto a concepto, significación y, lo que más interesa a este trabajo, aportación al periodismo, es preciso al menos diferenciarlas y, sobre todo, asignar a cada uno de los grupos los nombres que por proximidad generacional corresponden.

Los partidarios de clasificar en tres generaciones a la bohemia madrileña establecen rotundamente tres momentos: el primero lo colocan en años anteriores a los aquí considerados germinalistas, apenas pasada la mitad del siglo XIX; el segundo lo ajustan al periodo entre los dos siglos y el tercero lo instalan ya bien entrado el siglo XX.

Víctor Fuentes<sup>97</sup> se decanta por establecer palmariamente tres promociones. Distingue la primera alrededor de la mitad del siglo XIX, muy cercana a la publicación de *El frac azul* (1864), y por tanto compuesta por los protagonistas y los actores del ambiente que describe Pérez Estrich en su novela. Uno de ellos, Florencio Moreno Godino, es considerado el decano de la bohemia, así como maestro y educador de toda una generación de bohemios que le adoraban. Fue redactor del periódico *La Época*. Pelayo del Castillo, Pedro Marquina, Pedro Escamilla, Antonio Altadil y Roberto Robert son los nombres de esos alumnos aventajados. Pasaban todos grandes necesidades, vivían a salto de mata y se dedicaban básicamente al teatro, a la escritura de folletines, propios o por encargo, y al periodismo. Eran radicales en lo político y en lo social. Duraría esta bohemia hasta entrados los años ochenta del siglo XIX y los escenarios madrileños de sus correrías por pensiones y cafés los tiene bien localizados Víctor Fuentes<sup>98</sup>: serían los barrios bajos, por los alrededores de Lavapiés, la Plaza Santa Ana y la Puerta del Sol. Algunos estudiosos también añaden a este grupo, por edad y dificultades pecuniarias, a Gustavo Adolfo Bécquer y a Pedro Antonio de Alarcón.

Luego, con la tesis de Víctor Fuentes, estaría la segunda ola de la bohemia española, la llamada Santa Bohemia o Heroica o la Auténtica, dependiendo de quien la bautice. Ernesto Bark la calificó de Santa y Aznar Soler habla tanto de la Auténtica bohemia como de la Heroica. Un grupo numeroso como se ha dicho, cuyos miembros habrían nacido alrededor de los años sesenta del mil novecientos, tan sólo unos años antes que los mejor conocidos del 98. Las raíces de casi todos ellos se pueden buscar en periódicos como *La Piqueta*, *El Radical* y, luego, *La Democracia Social*. Este apenas tuvo ocho números, pero fue el núcleo del que surgió *Germinal*, nombre que sería propuesto por Ernesto Bark. Precisamente esta segunda generación tendría su mejor momento, el de más esplendor, influencia y reconocimiento, alrededor de la creación de esa publicación, señera y referente en muchos aspectos. De la redacción de *Germinal* formaron parte casi todos, como de las de periódicos como *El País* o *El*

<sup>97</sup> Fuentes, V. *Cuentos bohemios españoles*, Prólogo, pág. 9.

<sup>98</sup> Fuentes, V. "El Madrid de los bohemios 1854-1936", Revista *Claves de Razón Práctica*, Nº 85. pág. 78.

*Progreso*. Y empezaría su declive, a desmembrarse, hacia 1909, precisamente con la muerte de Alejandro Sawa.

La tercera generación, una promoción epigonal y difusa, cuya irregular y criticada existencia abarcaría desde la muerte del príncipe de los bohemios, Alejandro Sawa, hasta el final de la guerra civil. Seguidores del estilo de sus hermanos mayores pero menos comprometida con el ideal y más con la picaresca, dio argumentos a sus detractores, que fueron muchos. Recorre la segunda década del siglo, los años veinte y también la República, aunque ahí la presencia bohemia era más testimonial y anecdótica que real. Tenían su geografía madrileña, social y territorial, bastante recortada y convivieron muchos de ellos con los miembros de la Santa Bohemia. Pero algunos hechos habían provocado un significativo cambio tanto de la percepción como de la consideración bohemia: por un lado, ya había pasada la época del maridaje político del grupo bohemio con el republicanismo de aspiraciones socialistas, a ello contribuyó de alguna manera la represión de la *Semana trágica*, en 1909; por otro, se había establecido un nuevo tipo de escritor profesional, con la consagración y reconocimiento de las llamadas Generación del 98, y años más tarde la del 14 y la del 27, por lo que los escritores bohemios quedaron confinados al extrarradio del campo literario.

La mayoría de los miembros de este tercer grupo, con contadas excepciones como la de Emilio Carrere, fueron quedando reducidos al papel de hampones literarios. En sus biografías y rutinas se apoyaron muchos de los que fueron más críticos con el movimiento. Entre ellos se asienta la llamada golfemia y son precisamente los perfiles que aparecen cuando se quiere denotar la importancia y alcance del movimiento bohemio. Aquí se podrían citar los nombres de Pedro Luis de Gálvez, Armando Buscarini, Alfonso Vidal y Planas, Eugenio Noel, Fernando Villegas Estrada, Dorio de Gádex (Antonio Rey Moliné) Xavier Bóveda, Iván de Nogales, José Iribarne (Zaratustra) Álvaro Retana o Eliodoro Puche.

Muchos de ellos, y también otros nombres, como los de José de Siles, Remigio Vega Armentero, Forondo, Hans de Islandia, Salvador Cordón, Emilio Gante, Gonzalo Seijas o Alberto Lozano, fueron más atractivos por sus biografías novelescas y extravagantes que por sus aportaciones literarias o periodísticas. Bohemios pintorescos, los llama Emilio Carrere<sup>99</sup>. Para él la más dolorosa “tragicomedia cotidiana en la que la Miseria se pone una

---

<sup>99</sup> “Los españoles pintados por sí mismos”, sección de la que se ocupaba en la Revista *España*. El 9 de julio de 1915 la titula “El bohemio” y describe los diferentes tipos, el bohemio tabernario, el lúgubre, el pintoresco.

caperuza cascabelera de Arlequín”. Nombra a Carlos Rubio, Pelayo del Castillo, Pedro Marquina como bohemios pintorescos de la primera época, a Uriarte de Pujana, el luchador Amper y Manuel Vico, de la tercera.

Por otra parte, la geografía de Madrid puede que también influyera en el desarrollo de esa tercera generación, ya que la ciudad experimentó los drásticos cambios de su modernización. La Gran Vía partió en dos el Barrio Latino madrileño, que quedó separado y progresivamente olvidado. Los bohemios que sobrevivieron se refugiaron en los habitáculos, tabernas y también prostíbulos que habían resistido a esa transformación. En la cartografía urbana que ha diseñado Víctor Fuentes traslada su radio de acción a la plaza de Antón Martín, el Congreso y calles aledañas. Envueltos en sus capas, ocultos bajo sus sombreros y agarrados a sus pipas, adquirieron un cierto aire de fantasmas de un mundo que ya empezaba a ser pasado. Sus figuras llamaban más a la piedad que a la admiración o la provocación.

Estos hermanos menores de la bohemia eran igual de contestatarios y antiburgueses que sus mayores, si bien estaban más pendientes de la estética, del individualismo y de la singularidad, y también del sablazo. Desde luego se encontraban mucho más alejados de los presupuestos de partido. De modo que las diferencias entre los miembros de la segunda y la tercera generación fueron tanto de tiempo como de planteamientos e ideales políticos. Y tales divergencias las subrayaba el desgaste y el anacronismo de la propia bohemia tras pasar las primeras dos décadas del siglo XX. Por lo demás, tenían parecidos presupuestos vitales, idéntica procedencia periférica, semejantes aspiraciones de gloria, los mismos paseos nocturnos e idéntica pretensión de lograr colocar una colaboración en un periódico que les diera para una café y media tostada.

Igual que la primera generación podía verse representada y descrita en la novela *El frac azul* (1864) esta tercera, en su marginalidad y ya una cierta golfemia instalada, aparece en *Troteras y danzaderas*, la novela de Pérez de Ayala.

Esta última promoción aparecía ya confundida y mezclada, tanto para la sociedad como para los escritores y periodistas colegas, con el mundo del lumpen madrileño. Llena de tópicos y descripciones peyorativas, a las que contribuyeron ellos mismos con un lenguaje desgarrado, próximo al tremendismo, y una actitud golfante, desesperada y olvidado tanto el ideal como la gloria.

La simplificación gráfica de quienes mantienen la teoría de que únicamente hubo dos generaciones en la bohemia española, juntaría en un solo bloque a las dos primeras e incluirían en él a quienes iniciaron su actividad creativa y empezaron a destacar en el siglo XIX. En la segunda

reunirían a los que empezaron a brillar cuando ya asomaba el siglo XX. En todo caso, los nombres de la bohemia madrileña, igual considerados en dos que en tres generaciones, fueron muchos y la mayoría de ellos tuvieron vidas desgarradas, lo que hace que la nómina sea casi interminable. Eso significa que queda un reto, seguramente fuera de este trabajo, aunque digno de compromiso para uno próximo, que es la realización del censo de todos los bohemios españoles.

Los partidarios de la teoría de dos grandes generaciones, y no tres, defienden que la primera abarcaría a todos los que escribieron en la época del Modernismo, de hecho muchos de ellos adscritos a este movimiento, y la segunda englobaría a todos los que lo hacen cuando están llegando con fuerza y determinación otros movimientos, como el ultraísmo y las vanguardias.

Con aquella, los de entre siglos vinculados al Modernismo y con simpatías por las ideas políticas del socialismo y el anarquismo, es cuando florece verdaderamente el Madrid bohemio. Es la edad de oro de la bohemia. Sus miembros ocuparon de manera transversal dos décadas brillantes y en algunos momentos de esos veinte años largos los términos y conceptos de Modernismo, Gente Nueva y Bohemia estuvieron íntimamente relacionados. Tanto que se podían intercambiar, porque a veces significaron parecidas cosas y arroparon y representaron a un número de personalidades que hicieron mucho más por la literatura y el periodismo de lo que se ha estudiado y reconocido, como ilustran en sus respectivos trabajos Manuel Aznar Soler, Allen Phillips e Iris Zavala.

La figura del bohemio, a pesar de tópicos y de lugares comunes, se fue transformando a lo largo de esas diferentes generaciones. Incluso fue adoptando diferentes papeles, distintos roles a lo largo del tiempo y de las circunstancias históricas. Es cierto que fue clara figura trasgresora siempre, pero unas veces desde la denuncia de las condiciones de vida de la gente en la Restauración y otras desde la invención de un estilo de vida urbano; unos siguieron en la marginación, otros se convirtieron en profesionales de la escritura y otros llegaron al más profundo fracaso. Los ecos de la tercera generación y la definitiva decadencia de la bohemia, quedan hoy relacionados con dos vías muy reconocibles, el esperpento y el malditismo.

El segundo grupo, si se acepta la tesis de las tres generaciones, o el final del segundo, si se opta por la que defiende que únicamente hubo dos, conformó una promoción pujante que tuvo un papel verdaderamente protagonista en el campo cultural, literario, periodístico e incluso el político de la España de la época. La última década del siglo XIX y la primera del XX fue su tiempo dorado. En él coincidieron todos, en él se impusieron sus figuras, y sus nombres marcaron tendencias y fueron bien conocidos en



academias, redacciones, cafés, teatros, ateneos y frontones<sup>100</sup>. Vivieron una época de gran ebullición creativa que les proporcionó cierto esplendor, aunque hoy estén olvidados.

Es justamente en aquellas fechas, alrededor del desastre del 98, tiempo de pesimismo y descontento social, cuando varios de aquellos escritores bohemios, de formación universitaria y vinculados a la política del republicanismo radical, del socialismo y del anarquismo, sí lograron considerables éxitos. Laureles importantes y triunfos incontestables en el teatro, paradigmático es el caso de Joaquín Dicenta o el primer Jacinto Benavente. Éxitos y reconocimiento en el periodismo, donde los bohemios del grupo Germinal -Dicenta, Bark, Palomero, Delorme, Ricardo Fuente, Francisco Maceín, Miguel y Alejandro Sawa, Manuel Paso y otros- tuvieron sus periódicos, como *Germinal* y *Don Quijote*, o los fundaron, independientes y de agitación, de corta vida, como *La Piqueta*, *El Último Mono*, *La Democracia Social*, *La Lucha* u ocupan la dirección de *El País*.

Igual que es posible diferenciar con detalle, con el ánimo de comparar y establecer semejanzas, a varias promociones de bohemios atendiendo a sus fechas de nacimiento, se puede distinguir los caminos que eligen unos y otros en función de sus preferencias estéticas y planteamientos sociales. Como ya se ha indicado, al menos se pueden identificar dos tendencias principales, como dos direcciones claramente diferenciadas y a veces excluyentes. Aunque ambas fueran extravagantes y estrafularias y coincidieran en su rechazo a la vieja España.

Una pasa por considerarse a sí misma la auténtica bohemia y se apoya en el refinamiento estético como rasgo primordial, en la búsqueda de la palabra y su utilización para cambiar el mundo, en el tributo a la belleza. Se despreocupa del dinero y del trabajo remunerado aunque ello suponga sacrificios. En ella claramente militaron y fueron considerados como prototipos los nombres de Alejandro Sawa y Valle Inclán. La otra, no menos genuina, igual de itinerante y desordenada, está más orientada a lo social, a lo político y conlleva cierta utopía. Los ideólogos de esta corriente fueron Rafael Delorme, Ernesto Bark y Joaquín Dicenta.

El polaco Ernesto Bark quiso ir todavía un paso más allá e ideó, y enunció, una línea que consideraba mucho más reivindicativa y activa que la trinchera esteticista. Esta tendencia no se conforma con aspirar a un ideal artístico, también pretende una forma de lucha política que no se doblegue y que respire siempre aires comprometidos con la causa:

---

<sup>100</sup> El juego de la pelota tenía gran aceptación, pero los frontones eran capaces de conciliar la actividad deportiva con los espectáculos del music hall. El Kursaal, era el más conocido, por allí pasaban, como espectadores o tertulianos igual políticos que artistas y periodistas.

“¡Arte, justicia, acción! Es la sagrada trinidad del bohemio! Un bohemio de raza es incapaz de saludar las mañanas al jefe de oficina con una sonrisa meliflua de bailarina que se presenta al ‘respetable público’; prefiere vestir pobremente y comer un pedazo de pan y un cocido en un figón, en lugar de pasar por aquellas horcas caudinas<sup>101</sup>”.

El compromiso con la lucha llega en la obra de Bark hasta tal punto que propone incluso la creación de un Cenáculo Bohemio que concentrara a los defensores de los ideales del movimiento. Esta teoría vendría a contradecir a quienes los consideraban individualistas e insolidarios, incapaces de establecer un compromiso político con los partidos de la clase obrera. Según esa visión, los escritores bohemios estarían tan desengañados de la política oficial que se habrían construido una suerte de paraíso artístico, un limbo estético donde la problemática política no tendría espacio. Habrá oportunidad de comprobar que no es así incluso en los mismos artículos de Alejandro Sawa, pero desde luego no lo es en absoluto en los casos de Ricardo Fuente, Joaquín Dicenta o Rafael Delorme, el núcleo de la revista *Germinal*, defensores de un socialismo romántico y heterodoxo.

Pero una y otra tendencia, con sus matices y sus estereotipos, sintió el mismo rechazo que experimentaron regeneracionistas, modernistas y noventayochistas. Una coincidencia y unos frentes comunes que deberán tenerse en cuenta en otro momento, quede aquí apuntado. La cuestión es que se declararon unos y otros contrarios a la España oficial, vieja y vulgar, que se resistía a los cambios. También todos, en algún momento, se consideraron marginales y alternativos y tendentes a lo nuevo, a lo moderno, a lo raro y lo exquisito.

## 6.4 La tercera vía de la golfemia

Hubo una tercera vía que ni fue enteramente estética ni tampoco política, que no participó ni del compromiso con la búsqueda del ideal en el arte ni en el social y político, la abrazada por los que tuvieron una vida llena de carencias y sin demasiadas aspiraciones de gloria, en la que mal subsistieron de la caridad y el sablazo, un término frecuentemente manejado en las manifestaciones, en los estudios, en las memorias y en los anecdotarios. La que quedó bautizada como Falsa Bohemia o Golfemia. Y

---

<sup>101</sup> Bark, Ernesto. *La Santa Bohemia. Recuerdos bohemios*, pág. 23.

en ella militaron o a ella pertenecieron nombres de las tres generaciones descritas.

Fue la que dio pábulo a una clara simplificación, la que proporcionó la imagen más denostada. La que describía a los bohemios como melenudos, mangantes, desocupados, perezosos y pedigüños y sin mérito artístico. Y no deja de ser cierto que muchos de esos artistas sí eran melenudos y vagabundos, que sí vivían en ocasiones de la caridad; que muy a menudo eran alcohólicos, y que abusaban de todos los excitantes a su alcance. Pero el bohemio heroico y genuino, aunque reuniera algunas de esas condiciones creía con sinceridad en su alta misión, la destinada a destruir los dogmatismos de una sociedad radicalmente injusta.

Igual que se distinguen diferentes generaciones y distintas tendencias, también se diferencian etapas históricas y tipos de vida bohemia. Hubo una romántica y sentimental, de sano optimismo y placeres inocentes, que es la que popularizó en París Henry Murger en sus *Escenas de la vida bohemia*. Esa cuajó muy poco en una nación como España y en una ciudad como Madrid. Apenas alguna breve imitación indumentaria y aproximada ensoñación de los amores imposibles de una Mimí autóctona, porque los protagonistas de la obra de Murger sí estaban muy leídos por todos. En España hubo otro rostro menos pintoresco y mucho más cercano a la vida real, a un mundo ciertamente miserable de pobreza y de hambre. Muchos bohemios modernos, apagadas o incluso muertas sus ilusiones juveniles de gloria, bajaron a la categoría de hampones literarios que les hizo habitar un inframundo poco romántico, localizado en los cafés, tabernas y tugurios de la capital.

En algunos casos es difícil separar de la golfemia y del hampa a la legítima y auténtica bohemia, pero habría que decir que el bohemio heroico mantenía su sueño azul sin venderse como los parásitos del café. En *Luces de bohemia*, Valle Inclán las distingue claramente, aunque a menudo vayan juntas: heroica, auténtica y pura es la bohemia de Max Estrella, y degradada, aprovechada y golfa es la de Don Latino de Hispalis.

¿El reverso de la moneda o la misma cara? “Don Latino de Hispalis sí es un súbdito de la Golfería, esa que Sawa, Ernesto Bark, Zamacois, Carrére y otros no querían que nadie confundiera con la Bohemia”<sup>102</sup>, asegura el hispanista Allen Phillips. Mientras que Alonso Zamora Vicente afirma que Don Latino es el propio Sawa: “El envés de su cara noble y

---

<sup>102</sup> Alien Phillips, *Algo más sobre la bohemia madrileña*, pág. 64.

avasalladora. El otro Sawa. El que, lejos de la sabiduría verlainiana, engaña a quien puede y vive del sablazo ocasional”<sup>103</sup>.

En todo caso no le costó a Valle Inclán documentarse, le bastó con hacer uso de lo visto, y lo vivido, en sus correrías nocturnas y callejeras.

Rafael Cansinos Assens tuvo poca simpatía por los bohemios y piensa en ellos más como hampones que como otra cosa. De esta manera los describe:

“Los individuos que duermen en los bancos públicos o en los desmontes, cuando no han logrado reunir durante el día los cincuenta céntimos para ocupar sitio en los lechos promiscuos de la casa de Hans de Islandia, donde todos duermen revueltos, unos con otros y con los piojos y las chinches y las ladillas, que se les pegan a los cuerpos sin que ellos retomen ya la inútil tarea de tratar de ahuyentarlas.”<sup>104</sup>

Algunos, como Baroja, mezclaban en sus escritos a bohemios auténticos con los hampones de la literatura y a todos los metía en el mismo saco. El novelista vasco criticaba y no soportaba lo que él consideraba la falta de verdad en la mayoría de los centros bohemios, que por otro lado él tanto frecuentó en su juventud. También Rubén Darío niega en algún momento la existencia de la bohemia, y desde luego su pertenencia a ella, a pesar de su vida parisina, y su amistad y estrecha relación profesional con Alejandro Sawa y con todos los demás bohemios. Ambos, novelista del 98 y poeta modernista, se fueron alejando progresivamente del bohemio mugriento que rueda dando tumbos sin poder levantarse, cuyo destino era el hospital.

A Baroja no le caían nada bien los hermanos Sawa, Alejandro y Miguel, a los que consideraba “inauténticos”; ridiculizaba a Pedro Barrantes o a Pedro Luis de Gálvez. Sin embargo a todos trató y de todos se ocupó, no sólo en sus memorias, también en artículos, incluso en la lírica que tan poco frecuentó. A todos los metió en su libro de poemas *Canciones del suburbio*, y concretamente en el poema titulado “Espectros de bohemia”<sup>105</sup>:

“Ahí está Joaquín Dicenta /con Palomero y con Paso/. Luego aparecen los Sawas/, el Manuel y el Alejandro/, el uno un seudo Daudet,/ el otro un farsante mago. (...) Después se le ve a Barrantes,/ poeta desarrapado, /que mira al mundo con rabia/ y que se siente misántropo./ También pasa Ernesto Bark,/ letón revolucionario,/ y

---

<sup>103</sup> Alonso Zamora, Vicente. *La realidad esperpéntica (Aproximación a ‘Luces de bohemia’)*, pág. 47.

<sup>104</sup> Cansinos Assens, Rafael. *La novela de un literato*, I, pág. 157.

<sup>105</sup> Baroja, Pío. *Canciones del suburbio*, pág.171.

cruza la calle Ancha de prisa/ con Ciro Bayo. Silverio Lanza/ perora  
contra los autores malos/ y José Alberti y Salcedo/ van a ver unos  
grabados./ ...Barret habla con Maeztu... mientras Gálvez, Pedro  
Luis,/ extravagante y satánico/ no sabe si es anarquista/ o un golfo  
desventurado”.

La poesía los recorre a todos y a cada uno de ellos. Pío Baroja dedica una pincelada, casi nunca amable. Pero también los mete en sus novelas, donde caricaturiza a aquellos pícaros:

“Semiliterarios, quienes a altas horas de la madrugada vagaban sin norte por las calles de Madrid con la esperanza de encontrarse con un alma generosa dispuesta a pagarles una media tostada”<sup>106</sup>.

Pero además de esos denuestos y de su fama de cascarrabias, también escribe de modo comprensivo, y posiblemente responda a una premonición no buscada, tal vez con algo de acto fallido:

”La época puso a la juventud literaria en esta alternativa dura: o la cuquería y la vida maleantes, o el intelectualismo, con la miseria consecutiva. En la gente de este tiempo, la parte oscura, quizá, fue más interesante que la que llamó después la atención”<sup>107</sup>.

La atención que propina a esa parte oscura es posiblemente su particular reconocimiento. Pero también probablemente es una manera de entender y aceptar por su parte, más generosa de lo que mostró en sus intervenciones públicas y creativas, que no todas las bohemias fueron despreciables.

## 6.5 Las maneras de estar en la bohemia

Para Manuel Aznar Soler<sup>108</sup> no existe una sola manera de ser o de estar en la bohemia, sino que hay casi tantas como bohemios. Pone los ejemplos del Valle Inclán de las *Sonatas* o del Alejandro Sawa de *Iluminaciones en la sombra*, donde se muestran “Bohemios esteticistas partidarios de un Modernismo que, desde un anarcoaristocraticismo artístico, entienden como un refinamiento de sensaciones”. Mientras que Rafael Delorme, Ernesto Bark y los bohemios que colaboran en *Germinal* defienden “Un socialismo

---

<sup>106</sup> Baroja, Pío. *Desde la última vuelta del camino. Memorias*, pág. 86.

<sup>107</sup> Baroja, P. *Tres generaciones*.

<sup>108</sup> Aznar Soler, Manuel. *Bohemia y burguesía en la literatura finisecular, Modernismo y 98*, pág. 114.

literario romántico y un naturalismo social que para ellos simboliza el *Juan José de Joaquín Dicenta*”.

En los dos casos, a pesar de las diferencias, hay una clara postura antiburguesa. Pero hay más, Manuel Aznar afirma que en la voluntad de epatar coinciden todos, pero los gritos anarco-modernistas tienen sus tonalidades. Y cita los gritos de “¡Viva la anarquía, viva la literatura!”, “¡Viva la bagatela!” o el “¡Mueran los jesuitas!”. Independientemente de los detalles y de las maneras, Delorme, Sawa, Darío o Valle Inclán, dice Aznar que coinciden en su antiburguesismo bohemio, si bien los primeros con una imagen más negra, pura y dura, mientras que los otros representan un cierto dandismo, “Si bien se vea que en el caso de Rubén Darío era puramente aristocrático”<sup>109</sup>.

Juan Manuel de Prada también distingue en su libro *Desgarrados y excéntricos* varias bohemias. Las llama la sedentaria y la trashumante. Considera que la primera, amarrada a los aledaños de la Puerta del Sol tenía su geografía situada entre la calle de San Bernardo y el Viaducto, “y estaba apegada a sórdidas pensiones y los miserables prostíbulos de la calle Ceres”. La segunda se encontraba continuamente mirando a París, “soñando con destinos ultramarinos”.

Por su parte Pepe Esteban distingue un aristocratismo intelectual en la bohemia que practicaban Rubén Darío, Valle Inclán y Sawa; un cierto terrorismo intelectual en la de Barrantes o Pedro Luis de Gálvez y un toque anarquista en la de Enrique Cornuty, además de apuntar tres niveles existenciales: “El nivel rebelde de oponerse al canon, el nivel social de identificación como marginados y el nivel estético de la modernidad”<sup>110</sup>.

De una bohemia inteligente habla en 1892 uno de sus protagonistas, Joaquín Dicenta en su libro recopilatorio, *Tinta negra*. En un expositivo artículo, titulado precisamente “Los bohemios”, asegura que la bohemia:

“Consiste en derrochar la vida y el ingenio y el oro, sin fijarse en el mañana; pero cuidándose del hoy y combatiendo a diario por algo, que siempre es grandioso, aunque muchas veces sea irrealizable: la conquista del porvenir. Esa es la bohemia inteligente; la de Champfleury, de Musset, de Lamartine, de Zola, de Byron, de Larra, de Espronceda, de Ayala, de casi todos los que han legado su nombre á la posteridad. La otra podrá ser bohemia también, pero no es la bohemia del artista; es la bohemia del tahúr, del mendigo y del miserable. En una palabra: la bohemia de la impotencia”<sup>111</sup>.

---

<sup>109</sup> Ibid. pág. 116.

<sup>110</sup> Esteban, José y Zaheras, Anthony, *Contra el canon. Los bohemios de España*, pág. 37.

<sup>111</sup> Ibid. pág. 41.

Incluso Dicenta no está de acuerdo con el descuido, aunque sí con la extravagancia: “Sufrir, luchar, vencer, tales son los deberes del artista; amén de cortarse el pelo y lavarse la cara y mudarse la ropa lo más a menudo posible”<sup>112</sup>.

Se puede ver, por tanto, que hubo diferentes caminos de acercamiento al movimiento bohemio, distintos modos de interpretarlo e incluso diversas formas de aceptación.

Rafael Cansinos Assens, hoy una figura injustamente olvidada, llegó como tantos otros a Madrid, desde Sevilla, en 1898, con la intención de integrarse en los círculos llamados despectivamente modernistas. Logró relacionarse con la mayor parte de los intelectuales y bohemios del Madrid de la Restauración. Vivió la exaltación del momento, la crisis de fin de siglo y las polémicas entre literatos. Y es la historia de esa crisis, de esas contradicciones y de esos nombres que llenaban las noches, los cafés y las redacciones de la prensa de Madrid lo que cuenta pormenorizadamente en las casi dos mil páginas de los tres tomos que conforman su obra *La Novela de un literato*. Desde su llegada llevó un meticuloso diario en el que apuntaba todos los nombres, los lugares y los sucedidos.

Recrea en ellos los lugares de encuentro bohemio, las tertulias del café Nuevo Levante, las redacciones de periódicos como *El Motín*, *El País*, *El Imparcial* o *La Correspondencia de España*. Las veladas de music hall en el Frontón Kursaal o en los teatros de variedades.

Ahí se pueden encontrar las aventuras de la numerosa tribu urbana que buscaba publicar en un periódico o pedía ser invitada a un café con media tostada, que parecía ser la dieta del bohemio. Todos están presentes en esa obra impagable: contados, descritos y relacionados con sus aspiraciones y sus miserias, con sus logros y sus fracasos. Están todos los nombres y todos los escenarios.

Ernesto Bark, seguramente su principal teórico, director de un curioso Instituto Políglota<sup>113</sup>, también los recontó en *La santa bohemia*. Pero hizo más, los clasificó y dio a cada uno el papel que por méritos le podía corresponder. Cuando habló de organizar el Cenáculo Bohemio escribió<sup>114</sup>:

---

<sup>112</sup> Ibid. pág. 39.

<sup>113</sup> El membrete del Instituto Políglota, que hemos podido comprobar en carta de Bark a Pedro Dorado Montero, donde habla de una recomendación de Unamuno, fechada el 20 de enero de 1901, es cumplido y efectivamente políglota: Fundado en 1884. Guide Express Polyglotte. Revue trimestrale des interets generaux. Conferencias, lecciones y traducciones de español, francés, italiano, portugués, alemán, inglés, holandés, sueco, ruso y polaco. Bibliotheque cosmopolite Germinale Director: Ernesto Bark, Infantas, 18.

<sup>114</sup> Bark, Ernesto. *La Santa Bohemia y otros artículos*, pág. 42.

“Los verdaderos leaders de la Bohemia española serían, además de las sombras de Alejandro Sawa, Manolo Paso y Rafael Delorme, los poetas inspirados Joaquín Dicenta, Emilio Carrere, Edmundo Gonzalez Blanco, Mariano de Cavia, Villaescusa y el admirable Antonio Palomero.

Desde París nos saludó la máscara genial e irónica de Luis Bonafoux, el crítico más independiente, sólo comparable con el profundo y sugestivo *Fray Candil*, el celebrado Emilio Bobadilla, ambos dignos de representar a la Santa Bohemia de la romántica España en París, y a donde les lleve su espíritu inquieto”.

Está testado que todos estos profetas del arte nuevo, todos los miembros de esos movimientos se ganaban la vida de la misma manera, con una ocupación que entonces no se llamaba así, pero que con el tiempo sería una parte capital en el desarrollo de la historia del periodismo: colaboradores de prensa. En realidad, los primeros free lance, porque es precisamente ese el momento de la transición hacia la profesionalización de los periodistas, cuando se acuerda el cobro habitual, aunque razonable sólo en algunos casos, por artículo o crónica publicada. Los primeros pasos hacia una cierta regulación de la profesión por parte de la recién creada Asociación de la Prensa.

Javier Barreiro mantiene que la primera generación se expresaba en la poesía y la segunda básicamente en la prensa. Incluso hay estudiosos que consideran a esta segunda generación totalmente distinta a las demás, con rasgos diferenciales muy marcados, y la llaman una bohemia periodístico-política, es el caso de Antonio Espina<sup>115</sup>.

## 6.6 Todos colaboradores de prensa

Se han constatado todos esos hallazgos, comprobado y confirmado los diferentes grupos y maneras de estar en la bohemia o ejercerla, tanto en obras de ficción como en investigaciones. La singularidad de este estudio es que empieza a partir del instante en que los otros abandonan. Se ocupa de un hilo que el resto sólo enuncia. Este es el estado de la cuestión: todos los nombres apuntados coinciden en afirmar que los bohemios andaban por las redacciones de los periódicos. Pero inmediatamente pasan a estudiar su composición, su ideario, su poesía, su teatro o sus novelas. No qué hicieron en el periodismo. Es decir, tras afirmar que los bohemios se reunían en las

---

<sup>115</sup> Espina, Antonio. *El cuarto poder*.



redacciones de los periódicos, o que pasaban cada noche por esos locales de la prensa, lo dejan como si fuera una conclusión.

Este trabajo indaga justo a partir de ahí, entrando en un terreno sin pisar: pretende conocer que hacían los bohemios en el periodismo. Y la literatura y los periódicos están llenos de pistas. Relata Ricardo Baroja en ‘Gente del 98’, cuando describe las tertulias y las relaciones del numeroso y multidisciplinar grupo al que pertenecían él como pintor y su hermano Pio Baroja cómo joven literato:

“Entre nosotros había algunos empedernidos bohemios. Vivían como podían, a salto de mata. Escribían en periódicos que no pagaban o que lo hacían muy mal; pintaban cuadros que no vendían; publicaban versos que nadie leía; dibujaban caricaturas que no quería nadie”<sup>116</sup>.

El tono que emplea parece un tanto desdeñoso, más pendiente de los réditos artísticos que del reconocimiento del talento. Probablemente en esos escritos y en esos lienzos tan mal pagados expresaran su actitud de disidencia e inconformismo. Acaso desde esas páginas de la prensa avanzaran síntomas de lo que sería después el intelectual comprometido, dispuesto a expresar su discrepancia con el orden establecido y a influir en la marcha de la sociedad.

Sigue diciendo Ricardo Baroja en su pormenorizada descripción del ambiente que vivió: “El café era el gabinete de los escritores y taller de los dibujantes. Desde las dos de la tarde hasta las horas de la madrugada iban de un café a otro. Asomaban de vez en cuando por la redacción de algún periódico para colocar artículos y versos”<sup>117</sup>.

Viene a corroborar lo que indican todas las investigaciones, que desde un principio los bohemios compaginaron la escritura de comedias o versos con la actividad de redactor o incluso director de periódicos. Como se ha dicho, para no pocos estudiosos el primer bohemio, en rigor, fue Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870). Llevó la bohemia desde Sevilla a Madrid apenas tres años después de la aparición del libro de Henry Murger. También se ganó la vida, miserablemente, escribiendo en los periódicos o para otros: hizo libelos y hagiografías, y teatro de encargo y artículos. Incluso fue censor.

Al igual que en el camino francés hubo manifestaciones previas a la obra de Murger, también en momentos anteriores a la publicación de la novela de Pérez Escribá, en 1864, cabría hablar de personajes y actitudes bohemias en España. Sin ir más lejos las de Bécquer, Mariano José de Larra, José Espronceda o José Zorrilla, todos ellos autores que criticaron en

---

<sup>117</sup> Baroja, Ricardo. *Gente del 98*, pág. 17.

alguna parte de su obra, y la totalidad de su actitud vital, el ambiente filisteo que les tocó vivir.

## 6.7 Carne de anecdotario

Una prueba de la importancia de la bohemia española es que fue seguida por gran número de personas que la adoptaron, la abrazaron, se entregaron a ella o la siguieron con curiosidad. Los lectores de los periódicos descubrieron con ella otras formas de decir, tal vez más osadas. Los empresarios periodísticos hallaron motivo de escándalo al que sacar provecho. También se convirtió en tema de conversación en redacciones y en tertulias de café, pero además fue argumento de muchas fábulas literarias.

Se pueden contar varias decenas de títulos de novelas publicadas en esos años con parecido guion: un joven de provincias llega a Madrid lleno de sueños porque en la capital están los que ya han triunfado y él admira. Busca el ideal, ha leído, quiere conquistar la fama, llega a una pensión de mala muerte, pasa necesidades, come cuando puede, viste de cualquier manera, frecuenta redacciones de periódicos y tertulias; se enamora de una prostituta a la que pretende salvar; puede que logre publicar un artículo en un periódico, que consiga una promesa de estreno teatral, pero la dura realidad le hará ver que los sueños no se cumplen tan fácilmente. Ese argumento está con pocas variantes en *Las ilusiones perdidas*, de Honoré de Balzac, y aquí en *El frac azul*, de Pérez Escrich, en *Troteras y danzaderas*, de Pérez de Ayala; en *Declaración de un vencido*, de Alejandro Sawa, en *Luces de bohemia*, de Valle Inclán; en *La voluntad*, de Azorín; en *Silvestre Paradox* y en *El árbol de la ciencia*, de Pío Baroja. Y también en *El movimiento VP*, de Cansinos Assens, o *El veneno del arte*, de Carmen de Burgos (*Colombine*). Sólo por señalar un puñado.

Múltiples evidencias que atestiguan la importancia de la bohemia. Los seguidores, los militantes, los contenidos, los testimonios. Otra prueba a favor de la importancia de la bohemia fue la aparentemente ilimitada capacidad para producir personajes de novela. Fueron bohemios tanto los de ficción como los reales y lograron ser constante motivo de atención para la prensa. Porque pululaban bohemios, periodistas, modernistas y jóvenes literatos juntos como una insólita tribu por el Madrid brillante, hambriento y absurdo en el que Valle Inclán puso a sus personajes de *Luces de*

*Bohemia*. Así describe a este último José Esteban en su *Introducción a la bohemia*<sup>118</sup>:

“Se podía ver al joven Valle Inclán, recién llegado de América. Se aparecía ante los asombrados ojos de los madrileños como una figura de pesadilla; flaco, melenudo, con larga capa, chistera y cuello fajado por una corbata que debía medir kilómetros. Insultador genial, sus anécdotas corren y crecen en aquel Madrid que ve en él al genio incomprendido, al actor que desafía a la monarquía reinante”.

Eran un extravagante Madrid y unos chocantes personajes. Una ciudad caótica, incomprensible, ilógica, y unos ciudadanos controvertidos, dueños de unas biografías que parecían pensadas para ilustrar folletines.

Los aires anarquistas soplaban con fuerza en aquel fin de siglo, y calaban, y los estudiosos de la bohemia han constatado sus estrechas relaciones, como si ambas rebeldías se animaran mutuamente. Los caminos de ambos movimientos se cruzaban, se acompañaban, se alejaban o se confundían. Hay que citar dos sonoros nombres que estuvieron un tiempo en el anarquismo para luego alejarse como renegados, que coquetearon con la bohemia y escribieron mucho sobre ella aunque fuera para negarla. Fueron los jóvenes Azorín y Julio Camba. Este último fue primero redactor de *El País* y luego de la *Correspondencia de España*, donde fue corresponsal en el extranjero, nada menos que en Constantinopla. Sería detenido e interrogado por su amistad con Mateo Morral, el anarquista que arrojó la bomba a Alfonso XIII el día de su boda, el 31 de mayo de 1906, cuando pasaba la carroza real por la calle Mayor.

En el suceso se vieron implicados más periodistas y bohemios, muchos acusados de formar parte del círculo de las amistades peligrosas de Mateo Morral. Parece que el anarquista encontró refugio en la redacción de *El Motín* y José Nakens, su director y fundador, fue llamado a declarar y condenado a seis años de cárcel por encubridor. Por ello pasó dos años en la cárcel y desde allí escribió una serie de artículos en *El País*, que luego compiló en dos libros: *Mi paso por la cárcel* y *La celda número 7*. En 1907 se promovió un movimiento a favor de su indulto, con un escrito redactado por Galdós y suscrito por numerosas firmas en apoyo de la petición. El gobierno de Maura se lo concedió en mayo de 1908.

Nakens también había tenido problemas de este tipo años antes, con el anarquista que atentó contra Cánovas el 8 de agosto de 1897. Se había presentado días antes en la redacción de *El Motín* como Emilio Rinaldi, tenedor de libros y corresponsal del diario milanés *Il Popolo*, para entrevistar a Nakens. Este lo atendió y acogió. Y se enteró por los periódicos de que un joven anarquista italiano, Angiolillo, disparó cuatro

---

<sup>118</sup> Esteban, J. y Zahareas, A. *Los Proletarios del arte. Introducción a la bohemia*, pág. 11.

tiros sobre el presidente del Gobierno. Un consejo de guerra, en el que tuvo que declarar Nakens, lo condenó a muerte y fue ejecutado a garrote vil el 20 de agosto.

## 6.8 Personajes y personalidades

Personaje de aquel Madrid era Rubén Darío, a donde vuelve por segunda vez como corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires. Llega con el encargo, que cumplió a rajatabla, de enviar cuatro crónicas mensuales sobre el estado en que se encontraba la nación española tras su derrota frente a EEUU y la pérdida de sus colonias de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Había estado en Madrid en 1892 por primera vez, donde conoció y trató a los escritores consagrados, Juan Valera, Pardo Bazán, y luego estuvo en París, donde hizo amistad con Enrique Gómez Carrillo y Alejandro Sawa.

Fue en su segunda visita cuando el costarricense despertó la admiración de un grupo de jóvenes, aprendices de escritor, poetas y periodistas defensores del Modernismo, movimiento nada querido por los autores consagrados, especialmente los que entonces pertenecían a la Real Academia Española.

Afirma Manuel Machado<sup>119</sup> que fue Valle Inclán el primero que sacó el Modernismo a la calle, “con sus cuellos epatantes, sus largas melenas y sus quevedos redondos. Por entonces esto representaba un valor a toda prueba.”

Entre los jóvenes modernistas estaban autores que luego brillarían con luz propia en la historia de la literatura española, como Juan Ramón Jiménez, el propio Ramón María del Valle Inclán, y Jacinto Benavente, y otros entonces muy conocidos y leídos pero que no entraron en las páginas de las enciclopedias, como Francisco Villaespesa, Mariano Miguel del Val, director de la revista *Ateneo*, o Emilio Carrère.

Éste, Carrère, el periodista que más trató y más escribió de la bohemia, era una figura muy conocida y muy popular en su tiempo. Si bien la crítica posterior le asigna un lugar mucho más modesto y hasta secundario entre los escritores de su época.

Vivieron todos en el Madrid del Callejón del Gato, el de los espejos planos, cóncavos y convexos, de donde sacó Valle Inclán la España del

---

<sup>119</sup> Machado, Manuel. *La guerra literaria*, pág. 43.

esperpento. Por esas estrechas y sucias callejas de Madrid paseaban los personajes reales altivos, engreídos, rebeldes, tragicómicos de los que se ocupa este trabajo. Callejones, redacciones de periódicos y cafés cuyos nombres se han vuelto inmortales al pasar a las páginas de las novelas, de las obras de teatro, de las crónicas. Café de la Montaña, en la Puerta del Sol, el del Gato Negro, en la calle del Príncipe, el Fornos, Pombo, el de La Luna y del Levante, el Café de Madrid, al principio de la calle Alcalá, La Horchatería-cervecería de Candela, en la calle Alcalá, frente al ministerio de Hacienda -donde Manuel Bueno, en julio de 1899, asestó el bastonazo a Valle Inclán, a resultas del cual quedaría manco- La Granja del Henar, El Café inglés, Café Lisboa, Regina, la Cervecería Inglesa, El Café Español, El Café Colonial (verdadero asilo de bohemios como Sawa, Barrantes, Lozano y José Campos), el de las Salesas, el Negresco, Madrid, Universal, La Maison Doree, El Colonial, Las Salesas o Lyon D'Or, o el Gran Kursaal, frontón diurno que de noche pasaba a ser local de variedades, donde se lucieron la Fornarina, Mata-Hari, la Argentina o Pastora Imperio.

Atestados, desde la tarde a la madrugada, de pintores, periodistas y de literatos, reunidos en cenáculos, cuyo pontífice podía ser un ilustre bohemio, tal vez un anarquista y traductor mal pagado que pasaba la vida entre redacciones y cafés literarios, el Ateneo y la Biblioteca Nacional.

En esos lugares debatían y se mezclaban los componentes de las tribus artísticas e intelectuales de ese Madrid caótico. En un mismo cenáculo podían agruparse bohemios iluminados, literatos con cierto reconocimiento, periodistas, políticos republicanos, actores, poetas modernistas o buscavidas. Podían discutir hasta altas horas de la noche y seguir las tertulias por las calles estrechas y oscuras de Madrid, con el sonido del chuzo del sereno de fondo.

Escribe Eduardo Zamacois en *Tipos de café*, de Félix Méndez (1870-1913) que tenía empeñadas habitualmente sus ropas y que justo entonces era cuando se ponía el frac, paradoja de la miseria elegante. Cuenta que una noche después de cerrados los teatros, ese bohemio desenfadado y burlón entró en Fornos vestido únicamente con su frac y se puso a aullar. Le preguntaron que le sucedía y contestó: “Nada, que aúllo de hambre”.

Tísico, era conocido por sus continuas chanzas y su sentido del humor a pesar de todas sus penurias. Amigo suyo era otro Félix, Limendoux, periodista, habitual de las tertulias y un niño prodigio que con 18 años, recién llegado a Madrid, estrenó *Niña Pancha*<sup>120</sup>. Tal precocidad inspiró a Félix Méndez esta redondilla: “*Tres Félix hay en el mundo/Que a Dios le dicen de 'toux'/ Fray Félix Lope de Vega,/ El Méndez y el Limendoux*”.

---

<sup>120</sup> Zamacois, Eduardo. *Tipos de Café*, pág. 78.

Cada uno de los nombres podía dar a los literatos para una novela, cada uno apadrinaba al suyo y disponía de una biografía exagerada, sorprendente e inverosímil. Entre el sueño del ideal y la radicalidad de sus presupuestos cabían muchas historias. La del cubano Augusto de Armas la cuenta Ricardo Fuente<sup>121</sup>, que lo conoció en París: “No he conocido infortunio tan grande como el suyo”, escribe. Sus zapatos rotos, sus camisas sucias, las recuerda para descubrir las negruras de su bohemia. Siendo muy joven, sin cumplir los veinte años ya se le conocía como periodista y como conferenciante. Colaboraba en *El País*, *El Fígaro* y *La Habana Elegante*. Relata Fuente que al poco de llegar a París alguien le proporcionó un trabajo de 300 francos en una sociedad de seguros. Pues tiró por la ventana esa fortuna entonces porque:

“Necesitaba las noches para chapotar por las calles del Barrio Latino y los días para concebir sus versos. Creía sinceramente que para un poeta es un deshonor vestir a su musa con manguitos negros y sentarla a la mesa de una oficina”.

Alvaro Retana, Enrique Paradas, Carlos Rubio, Pelayo del Castillo, Pedro Barrantes... cualquiera de ellos vivió peripecias que darían para un libro de aventuras increíbles. Unas morbosas, otras patéticas, y también ejemplares. Aparecen en historias, artículos y memorias. Carlos Rubio pasa por ser el gran bohemio que pudo ser todo cuanto le viniese en gana y no lo fue por no ponerse jamás camisa limpia. Habla de él Galdós en *Los episodios nacionales*. Lo describe y cuenta cómo fue el amigo, confidente e ideólogo de Prim. Una de las cabezas pensantes de la revolución de 1868.

Pero del grupo del que nos ocupamos, de la llamada segunda generación bohemia, Ciro Bayo es otro prototipo. Era personaje rico en aventuras, raro, vagabundo, brillante y sorprendente. Amigo de Baroja y bohemio mayor, estaba en Argentina, como maestro de escuela en plena Pampa. De pronto un día, harto de las pocas condiciones y el escaso interés en aprender de los hijos de los estancieros, montó en un caballo y se puso en marcha: “A Chicago”, dijo. No llegó, pero, además de pozo sin fondo de anécdotas, seguramente es el primer y más importante periodista de viajes español.

La estrambótica vida de Vidal y Planas se podrá leer en la novela que sobre él prepara uno de los mayores entendidos en la bohemia, si no el que más, José Esteban. Pero tuvo una existencia “de autentico vía crucis”, la califica Eduardo Zamacois. Fue un ex seminarista catalán que colgó los hábitos, estuvo en el Tercio y escribirá artículos exaltados en *El Parlamentario*, el periódico de Luis Antón del Olmet.

---

<sup>121</sup> Fuente, Ricardo. *De un periodista*, pág. 34.

Desde los abusos y el sadismo de su compañero y jefe Del Olmet, al final asesinado por el propio Vidal y Planas, hasta los amores con su mujer, Isabel, liberada de un prostíbulo de la calle Ceres y base de su novela *Santa Isabel de Ceres*, su itinerario vital es de los que no tiene comparación. Cuenta Zamacois cómo este bohemio practicaba el ayuno y la vida al aire libre, tal y como recomendaban entonces las revistas de higiene, aunque Vidal y Planas lo hacía por motivos muy distintos, no tenía para comer. En esas circunstancias alguien se apiadó de él y quedó en prestarle cincuenta pesetas, un capital entonces. Quedaron en el café de Correos y allí acudió puntual el bohemio. Mientras esperaba y contando con el préstamo, se puso a cenar opíparamente, con buen vino y mejores manjares y postres. Pasaban las horas y el generoso y apiadado amigo no aparecía, con lo que se producía cierta tensa complicación, ya que el camarero esperaba con la factura.

En el momento de mayor desesperación apareció un carterista que saludó a Vidal y Planas con respeto, ya que guardaban relación por haber coincidido en prisión en algún momento. Hablaron de sus respectivos trabajos y afanes y de lo difícil que era para ambos buscarse la vida. Le confesó que acababa de conseguir un caro alfiler de corbata, que si Vidal iba con él al prestamista podrían repartirse el dinero. Vidal dijo que mejor que empeñarlo, venderlo al contado, que él se encargaba. Así que dejó al carterista en el café, a cargo de la cuenta de la cuantiosa cena y él desapareció con el caro alfiler.

De sisas, artimañas y picaresca también están la bohemia y el Madrid de esos años llenos. El aragonés Quintiliano Bueno oyó en el café Lyon D'Or que un periodista catalán, Palardó, se había comprado unos zapatos que le quedaban estrechos y no se los cambiaba el zapatero. El bohemio fue al hotel donde se alojaba el catalán y pidió a la esposa de Palardó los zapatos, ya que los necesitaba su marido para una visita elegante. Ella le creyó y se los entregó. Nada más salir a la calle se los cambió él mismo por sus botas sin suela.

Ese mismo Quintiliano y Dorio de Gadex habían ideado una farsa para comer gratis. Entraba uno en el café y pedía de cenar. Lo hacía con aprovechamiento sin reparar ni en precios ni en cantidades. Al terminar se repantingaba despreocupado, incluso saboreando un puro habano y reclamando el servicio de un palillo para regodear tan satisfactorias viandas. Estando con semejante tranquilidad y satisfacción, entraba en el restaurante el otro, que había esperado fuera, y lo insultaba gravemente. Se organizaba un tumulto, con amenazas y bofetadas, de modo que la cosa acaba con la huida del ofendedor que era perseguido con estrépito por el ofendido. Sin pararse, evidentemente, a pagar la cuenta. Al rato repetían la

escena en otro café, pero cambiando los papeles: el que ya había cenado era el que entraba insultando.

Novelables fueron las penurias que pasaban tres amigos bohemios, Manuel Paso (hermano de José y Antonio -también bohemios-) Rafael Delorme y Félix Limendoux, poetas, socialistas y periodistas. Vivían los tres en un cuarto que disponía apenas de una cama y un jergón. Tan escasos de dineros que no podían pagar ni un cuarto así, de modo que el propietario amenazó con desahuciarlos. Pero tuvieron la suerte de conocer a un guardia municipal soltero que buscaba alojamiento. A él le pasaron el jergón, de modo que el alquiler ya era soportable porque lo pagaba el guardia. La cama era para los tres, que la ocupaban según el orden de llegada. Como Paso era más trasnochador, llegaba el último y se acomodaba en una silla, hasta que se iba el guardia a trabajar. Entonces se metía en su jergón.

Por Fornos pasaba Manuel Ciges Aparicio, personalidad principal que vivió de cerca el periodismo y la bohemia. El primero ejerciéndolo y la segunda compartiéndola y observándola. De él dijeron que era la más brillante de las figuras menores del 98. Vivió como soldado el desastre de Cuba, fue a la cárcel por escribirlo, luego contó desde dentro, como un reportero de investigación, la situación de las prisiones, después los hospitales... Estuvo en la redacción de *El País*. Fue de los primeros cronistas de su tiempo, sus trabajos suponen el mejor crisol de la vida de España en los años que rodaron al cambio de siglo. La contó con intención global, nada menos que cuatro libros que se ocupaban de la vida trágica, la vida doliente, la crueldad y la decadencia, cuatro intuiciones, cuatro realidades, los cuatro puntos cardinales de la España de La Restauración: *El libro de la vida trágica: del cautiverio*; *El libro de la crueldad: del cuartel y la guerra*; *El libro de la vida doliente: del hospital*, y *El libro de la decadencia: del periodismo y la política*, donde saca los trapos sucios de la profesión, de la política y la bohemia.

Ciges Aparicio leyó las galeras de su libro, *Del periodismo y la política*, en la tertulia que Villaespesa hacía cada tarde en su casa de la calle Divino Pastor y a la que asistían los hermanos Machado, Rubén Darío, Bargiela, García de Candamo, Isaac Muñoz, Cansinos Assens y Andrés González Blanco<sup>122</sup>.

Ciges empezó su relación con Villaespesa en 1901, cuando el poeta modernista le abrió las páginas de la revista *Electra*.

Francisco Villaespesa era otro extravagante, uno de los personajes más conocidos, admirados y seguidos. Referente de su tiempo y hoy olvidado en los fondos polvorientos de hemerotecas. Protagonista muy

---

<sup>122</sup> Arribas, Jesús. *Ciges Aparicio: la narrativa de testimonio y denuncia*, pág. 23.



citado en los libros de Cansinos y Zamacois. Este relata una versión, también repetida en otras memorias, diarios y novelas de su ‘suicidio’. Llegó de fuera y tomó la mejor habitación en una casa de huéspedes de la calle Postas. Pidió cuartillas para escribir y se pasó la noche escribiendo. Al posadero le habían escamado las pintas, las largas melenas del poeta y el hecho de llegar sin equipaje. Así que se puso a mirar por el ojo de la cerradura. Cuando llegó el amanecer el poeta, después de escribir tanto, quiso hacer un soneto. Lo hacía paseando, mesándose los cabellos, diciendo cada verso en voz alta para comprobar la música y el tono. Tras tanto paseo y como le molestaba en el bolsillo el revólver que portaba, lo sacó con la intención de dejarlo sobre la cama. Viendo la escena el posadero, y temiéndose lo peor, irrumpió en la estancia: “No señor, en mi casa no consiento escándalos, si quiere usted matarse, váyase a la calle”. Trascendió la historia y por los cafés, tertulia y periódicos de Madrid se habló durante un tiempo del suicidio de Villaespesa.

## 6.9 El fin de la bohemia

La bohemia no acaba nunca, se ha llegado a decir, a escribir. Cuando murió Francisco Umbral, el 28 de agosto de 2007, muchos periódicos afirmaron que con él se iba el último periodista bohemio. Pero eso no es nuevo, como mucho fue la penúltima vez que se dijo, porque si seguimos las fuentes salen cientos de últimos bohemios. Zamacois recuerda<sup>123</sup> que los cronistas titularon su textos con “El último bohemio” a la muerte de Félix Méndez, de Alfonso Tovar, Rafael Delorme, Pedro Barrantes, Antonio Palomero, Celso Luicio, Manuel Paso, Jiménez Prieto, Enrique López Marín, Julio Antonio o Cornuti.

El mismo Umbral se ocupó de definir la bohemia, a propósito de un artículo sobre el columnista Raúl del Pozo<sup>124</sup>:

“Yo le veo a Raúl la tristeza que seguramente me ve él a mí, pues nos hemos hecho viejos y populares en el oficio, pero hay en nosotros un golfo arrepentido y estafado por la cultura que quisiera volver a las putas de Carretas, las choricillas del cine, el vino de las tabernas y el reportaje callejero, como los bohemios de principios del siglo XX, que fueron algo así como la costra del 98”.

---

<sup>123</sup> Zamacois, Eduardo. *Tipos de café*, pág. 123.

<sup>124</sup> Umbral, Francisco. “Los columnistas, Raúl del Pozo”, *El Cultural*, 14 de febrero de 2001.

Seguramente plagiaba inconscientemente, o imitaba a conciencia, a Cansinos cuando describía la Puerta del Sol “atestada de golfemios, los propios bohemios como Villaespesa, o Bargiela o Isaac Muñoz los huían, por considerarlos las pústulas, la lepra de la literatura”<sup>125</sup>.

Cuando muere Sawa en 1909, las huestes bohemias consumen su frustración en los cafés y tertulias nocturnas del Madrid miserable, ingenioso y pobretón. Aún en 1913 Bark lanza un póstumo ultimátum a la cofradía bohemia en *La santa bohemia*, apuntando unas líneas de acción que la experiencia mostrará inviables. La verdadera bohemia, la bohemia heroica de Alejandro Sawa, la que se definía por el culto al Arte como ideal de vida, da paso a una bohemia golfante, prostituida, acomodada en cierto parasitismo y poco capaz.

Eso lo anuncia Valle Inclán en sus *Luces de bohemia* y lo cuenta desde las figuras de Max Estrella y Latino de Hispalis. La bohemia heroica de Max, que muere, como contrapunto a la bohemia golfante, cínica, de quien en el fondo no es sino un “miserable burgués”. En la escena novena, en el café Rubén Darío, aconseja a Max abandonar una bohemia envilecida seguramente por tanto golfante: “Max, es preciso huir de la bohemia”, le dice. Valle Inclán está haciendo un homenaje y probablemente acotando el fin del movimiento.

La guerra mundial de 1914 y, en España, la huelga general revolucionaria de 1917, a parte de la pujanza de las diversas vanguardias, marcan el inicio de unas profundas transformaciones que condenan a la bohemia a su progresiva extinción. Está estudiado que seguramente fue la nostalgia de una autenticidad bohemia perdida, la reivindicación modernista de unas iluminaciones en la sombra, la admiración estética de la bohemia heroica, lo que impulsó a Valle Inclán a escribir su espléndido esperpento *Luces de bohemia*, verdadero epitafio y réquiem de la bohemia española.

Pero se han encontrado más explicaciones o más razones del fin de la bohemia. Jaime Álvarez Sánchez recuerda en *Bohemia, literatura e historia*<sup>126</sup> que Maeztu y *Andrenio* (Eduardo Gómez de Baquero) relacionaron dicha decadencia con el triunfo y el reconocimiento público de algunos de sus componentes. Este hecho mostraría el aire juvenil y provisional de algunos planteamientos bohemios y desde luego estaría en contradicción con el mandamiento bohemio de búsqueda del ideal desde la precariedad.

---

<sup>125</sup> Cansinos Assens, Rafael. *La novela de un literato*, I, pág. 154.

<sup>126</sup> Álvarez Sánchez, Jaime. *Bohemia, literatura e historia*, Revista Cuadernos de Historia Contemporánea, número 25, pág. 272.

Otra línea de pensamiento en torno a este adiós a la bohemia es la que relaciona su ocaso no con una pérdida de su esencia, sino con el cansancio o con la progresiva falta de interés ante la irrupción de otras corrientes literarias en el panorama español. Así por ejemplo Cansinos Assens plantea en el tercer volumen de *La novela de un literato* la estrecha relación existente entre ese declive de la bohemia y la irrupción de la Generación del 27 en el cuadro literario español.

Otros autores, como José Luis García Martín, prefieren constatar este declive desde el momento en que la bohemia comienza a desligarse del Modernismo, a partir de la primera década del siglo XX, si bien todavía señala como punto culminante de la bohemia, en cuanto a tema literario se refiere, la tardía fecha de 1920, cuando se produce la primera publicación de *Luces de bohemia*.

Recoge Calvo Carilla<sup>127</sup>, que Emilia Pardo Bazán relacionaba la decadencia bohemia con su entrada, hacia 1900, en una línea de comportamiento y de producción ortodoxas que le haría perder “el toque original y trasgresor de sus comienzos”. Al mismo tiempo Aznar Soler<sup>128</sup> relaciona el fin de la bohemia con una serie de hechos históricos, nacionales e internacionales: La Primera Guerra Mundial, la Revolución Rusa y la Huelga General de 1917 en España. Para él, generaron una serie de cambios que llevaron a la bohemia a su ocaso. De manera que señala el 1920, con la publicación de *Luces de bohemia*, por entregas, en la revista *España*, como el “Epitafio y réquiem elegíaco de la bohemia modernista española”<sup>129</sup>.

Pío Baroja liga el adiós a la bohemia con el hastío al que habrían llegado tantos escritores venidos de provincias; desde la bohemia intentaron un éxito literario que en la mayoría de los casos nunca llegó. El novelista vasco cree que muchos, decepcionados, optaron por abandonar el movimiento.

Todas las opiniones apuntadas contribuyeron a situar el inicio del fin del movimiento bohemio a partir de principios del siglo XX. La bohemia comienza entonces a resultar en muchos sentidos anacrónica e insostenible.

Una prueba de esto la encontramos el 30 de diciembre de 1910. Ese día firma *Caramanchel*, en *La Correspondencia de España*, una curiosa crónica titulada “¿El encanto de la bohemia?”. En ella da cuenta de las intervenciones de Emilio Carrère, Pío Baroja y Amadeo Vives en una “Tarde literaria” celebrada en el teatro de La Princesa. Según el cronista, el numeroso público se asombró al enterarse de que todavía, en pleno siglo

---

<sup>127</sup> Ibid. pág. 316.

<sup>128</sup> Aznar Soler, M. *Modernismo y bohemia*, pág. 54.

<sup>129</sup> Ibid. pág. 55.

XX, perduraban en Madrid pequeños grupos de jóvenes “Partidarios de los ideales rezagados de la bohemia”. En su largo discurso, recibido con frialdad por los oyentes, Carrère contó chistes referidos a cementerios y cadáveres, citando además ejemplos ilustres y gloriosos de la bohemia del pasado. *Caramanchel* advierte en la conferencia de Carrère sobre la tenacidad bohemia “un claro romanticismo anacrónico” y “un añadido de afrancesamiento poco recomendable: el ajeno, la luna como una moneda de plata, la princesita lejana, la consabida Mussetta, el parque versallesco, etcétera”. Y explica: “Hoy, pasada de moda la auténtica bohemia, va hermanada con la holgazanería y con la pobreza”. Entre paréntesis, *Caramanchel* alude en términos sumamente cordiales a la supuesta bohemia del generoso y simpático poeta Manuel Paso, “quien no quiso hacer de la pobreza una profesión”. Señala la completa indiferencia del público ante la conferencia de Carrère, recomienda que debiera “ser moderno y vivir con el tiempo sin volver los ojos a un pasado muerto para siempre”. Es lástima, dice, que Carrère y otros pierdan su tiempo en una literatura vieja y en un ambiente de vida falsa.

Relata *Caramanchel* que, en cambio, las intervenciones de Baroja y de Amadeo Vives fueron vivamente aclamadas. El primero reafirmó su fuerte repugnancia hacia la bohemia y, según *Caramanchel*, mira a lo por venir. Destacó el novelista que la mujer española nunca se modelará en las Mimís y Mussettas de Murger. Vives también excomulgó la vida bohemia y “pidió la desaparición de estos dos tipos anacrónicos y estafalarios, el burgués y el bohemio, para reunir en un mismo cuerpo la actividad y el entusiasmo, para crear el hombre de mañana, el hombre del estudio, del trabajo y del ideal...”

Escribe José Esteban en *Contra el canon* que “si *El frac azul* del siglo XIX es la obra madre de la cultura bohemia en España, digamos, el prólogo de ellas, del siglo XX, al volver la vista atrás, *Luces de bohemia* se considera el epílogo de aquella cultura nocturna de los bohemios españoles”<sup>130</sup>.

---

<sup>130</sup> Ibid. pág. 30.

## **7. EL OBJETO DE ESTUDIO**

---

### **7.1 Las relaciones de la Bohemia con el periodismo**

El objeto de este estudio es precisamente medir la importancia de las relaciones entre periodismo y bohemia. Los estudiosos no han entrado en ellas por falta de tiempo, de interés, por ser movimiento inabarcable o por despreciar su significado. Para Manuel Aznar la principal explicación es que “la mayoría somos filólogos y hemos estudiado las obras literarias de los bohemios, falta la voz de un periodista que estudie los periódicos”<sup>131</sup>.

Aquí se pretende mostrar la influencia que tuvo la bohemia en el periodismo y también su valor: nos hemos fijado igual en los actos bohemios que en los escritos bohemios, en los temas bohemios que en las reivindicaciones del movimiento. Se pretende analizar cómo éste condicionó y enriqueció las rutinas de la prensa finisecular, cómo las transformó. Y en última instancia, qué le aportó.

Estudiando con detenimiento algunos de los trabajos periodísticos publicados por los principales bohemios, tanto sus artículos y sus reportajes como sus relatos e incluso sus poemas, vamos a mostrar la riqueza y novedad lingüística, la variedad temática, los nuevos géneros practicados: Esa observación nos llevará a entender las apuestas y compromisos con que hicieron prosperar la incipiente profesión.

---

<sup>131</sup> Entrevista personal realizada el 13 de junio de 2012 en la Universidad Carlos III de Madrid.

Estudiar la prensa significa seguir los pasos de un buen número de nombres propios. Ver los periódicos por los que pasaron, o para pedir la limosna de una colaboración o para cambiar el mundo o para confirmar su bohemia, supone fijarse en los contenidos de lo que escribieron, cómo lo hicieron, de donde sacaron lo que publicaron; si era información o era opinión, y en una y otra ver cómo estaba documentada; con qué frecuencia firmaban; saber en qué lugar de la página y del periódico aparecieron sus nombres nos da una idea de la importancia y la valoración de sus aportaciones. El lenguaje empleado, el tono y el género utilizado también nos aportan datos valiosos.

El periodo que va desde la ley de prensa de 1883 y los comienzos de la guerra civil se considera, con muchas excepciones y momentos dudosos, la Edad de Oro del periodismo español. Una época de transformación y de auge, de modernización, de ebullición y de desarrollo. Si la bohemia estuvo tan presente en sus redacciones, hemos de colegir que como mínimo habrá que reconocérsele algún tipo de intervención en ese amplio momento dulce.

Su presencia, singular al menos, habrá aportado alguna característica, pero con seguridad se puede hablar de visibles contribuciones. Su manera de ver el mundo, satírica y retadora, su concepción de la justicia y su apuesta por una manera de hacer distinta a lo establecido, es de suponer que haya aportado alguna forma nueva o cuando menos diferente de contarlo. Las circunstancias históricas hacen que coincidan en el mismo lugar y en el mismo tiempo varios factores determinantes: un momento de ebullición política, la existencia de más periódicos, distintos y con mayores tiradas, y también la presencia física de esos jóvenes enardecidos y rebeldes, insumisos y claramente contrarios al sistema.

Constatado por parte de todos los estudios que los bohemios estaban en los periódicos, hay que estudiar si llegaron a cambiar de alguna manera el periodismo. Si fueron tantos como aparecen en memorias y biografías, es difícil entender que hayan pasado a la historia como elementos residuales, sin apenas merecer unas líneas. Si fueron respetados y tratados, y admirados en más de una ocasión, por los nombres propios de generación tan considerada como la del 98 tal vez merezcan una cierta reivindicación. Descubrir sus nombres, sus biografías y sus logros supone hacer visible una parte de la prehistoria del periodismo español.

Prueba de su importancia y reconocimiento en aquellos años del cambio de siglo fueron las estrechas relaciones de amistad, a veces de colaboración, otras dependientes, de tan numeroso grupo de individuos con movimientos tan trascendentales como el Modernismo o la Generación del 98, para muchos difícilmente separables, como se ha visto en el capítulo anterior. El periodista y bohemio Antonio Palomero fue quien presentó a

Azorín y a Rubén Darío. Joaquín Dicenta fue el director de la revista *Germinal* y luego del diario *El País*, aparte del autor teatral más representado del fin de siglo. Alejandro Sawa, además de inspirador de Valle Inclán en *Luces de Bohemia*, fue conocido y respetado en los ambientes parisinos, donde trató a Verlaine y a Víctor Hugo. Luis Bonafoux era el cronista más temido y admirado, y sonadas fueron sus polémicas con el temido Leopoldo Alas, Clarín.

El hispanista Allen Phillips es de los primeros en concederles la importancia que muchos otros les negaron. Afirmó en su estudio<sup>132</sup>:

“Todos estos escritores son tipos notables y vivían entregados a una existencia desordenada de café y a menudo se reunían en las salas de redacción de los periódicos liberales. Varios de esa promoción se hundieron en el alcohol y desaparecieron. Sin embargo son mucho más que meros pícaros o hampones de la literatura”.

Se comprueba hoy rebuscando en las hemerotecas, leyendo los periódicos de su tiempo. En esa exploración se descubre que estuvieron muy presentes, que fueron importantes, que se habló constantemente de ellos, bien es cierto que a veces denostándolos y en ocasiones admirándolos. Se pueden ver las firmas de los mencionados, o las de Pedro Barrantes, o Manuel Paso, o Ricardo Fuente junto a las de Maeztu, Baroja, Azorín, en las páginas de *El País*, *El Liberal*, o *Alma Española* o *Germinal* o *Don Quijote* o *El Evangelio*.

Indagando en las hemerotecas se puede constatar que, efectivamente, los bohemios debían estar en las redacciones de los periódicos puesto que escribían en ellos. Además crearon los suyos. De ese modo se evidencia que la relación entre periodismo y bohemia fue estrecha, fue dependiente y está todavía mucho menos estudiada que la propia bohemia.

De bohemia y de bohemios y de periodismo hablaron en sus creaciones, tanto las de ficción como las de pensamiento, como en las memorialísticas, todos los escritores españoles de las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX. Igual los románticos que los realistas, los naturalistas que los modernistas, los del 98 que incluso los del 27. Hay bohemios protagonistas o bohemios secundarios en historias escritas por Rubén Darío, Benito Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán, Pío Baroja, Ramón María del Valle Inclán, Blasco Ibáñez, Pérez de Ayala, Rafael Casinos Assens, Manuel Ciges Aparicio, Emilio Carrère o Ramón Gómez de la Serna. Sólo por mencionar algunos nombres significativos. Y hay casos y actos bohemios en las páginas de los periódicos.

---

<sup>132</sup> Phillips, Allen. *Treinta años de poesía y bohemia (1890-1920)*, pág. 53.

Desde un principio todos los bohemios compaginaron la escritura de comedias o versos con la actividad de redactor o incluso director de periódicos. Hubo bohemios que fundaron o se inventaron periódicos satíricos, políticos o humorísticos, otros que pusieron el nombre y la cara para llevarse las bofetadas e incluso los encarcelamientos ante las denuncias, o quienes se convirtieron en cronistas de fama. Aparecen como personajes de ficción y modelos para otros, cuando no fuente de anécdotas que dan color a los diferentes libros de memorias.

Saber quien practicó la bohemia en España, entender qué significó en un tiempo tan cambiante, establecer en qué ha quedado el término y apuntar las contribuciones a la historia del periodismo hispano es el reto. La primera parte del desafío está muy bien hecho, aunque falte camino por recorrer, si bien afirma Pepe Esteban que “la bohemia está por estudiar”<sup>133</sup>. La segunda parte, la que se intenta aquí, está por hacer. Hay acuerdo en considerar que la bohemia conformó un movimiento controvertido, abstracto y difuminado en los límites y en el tiempo, a la vez que amplio en la composición e influyente en la cultura y la sociedad del momento.

## **7.2 La transformación de la prensa**

Seguir las pistas y las rutinas de tan poblada tribu bohemia en el Madrid de finales de siglo XIX y principios del XX y descubrir qué aportaron al periodismo es una historia que no está contada. La medida de su importancia la da el hecho de que la bohemia estuviera en los periódicos, bien como temática bien movimiento, y también el que se convirtiera en argumento de novelas, de artículos y de conversaciones de café.

La bohemia española constituyó un fenómeno que conquistó las calles y cafés, sobre todo madrileños. A pesar de ser numeroso, transversal, pródigo y amplio apenas aparece en los libros de historia como un prodigio tangencial y arrabalero, el envés de movimientos sagrados como el Modernismo o la Generación del 98. Casi siempre con cierto desprecio. Pero tuvo suficientes ramificaciones e implicaciones como para merecer un estudio recuperador, fuera de las obvias categorías de raros y olvidados.

Gracias a la dedicación y a los trabajos, tampoco suficientemente reconocidos, de Allen W. Phillips, Anthony Zaheras, Manuel Aznar, Víctor Fuentes, Iris Zavala, José Esteban, Javier Barreiro... se ha empezado a

---

<sup>133</sup> Entrevista vía correo electrónico, realizada en mayo de 2012.



entender y valorar la significación de ese movimiento que abarcó no menos de cuarenta años, desde 1880 a 1920. Sin embargo todos ellos, como lingüistas, filólogos, o hispanistas se han ocupado de estudiar los nombres, las relaciones y sus posibles influencias, pero solamente en el campo de la literatura, incluidos la narrativa, la poesía y el teatro, pero no del periodismo. Un olvido paradójico, precisamente cuando todos ellos coinciden en asegurar, y mostrar, que los bohemios se reunían y, lo más importante, escribían, principalmente en los periódicos.

A estas alturas ya se sabe que hubo una bohemia española, que se asentó y desarrolló sobre todo en Madrid, que estuvo compuesta por gran número de jóvenes que acudían con asiduidad a las redacciones de los periódicos. Fue más importante de lo que la historia ha reconocido, se trató de un movimiento transversal que, con su presencia y lo que escribieron sus miembros, pudo influir de manera importante en la prensa del fin de siglo. Así que este trabajo pretende ser una aproximación a una parte dejada de lado y sin embargo medular en la historia del periodismo español.

En los años finales del siglo XIX se dio un cambio radical y definitivo en la presentación de los periódicos, en su diseño, en el interés que despertaron y en la influencia que ejercieron. Nacieron más cabeceras que nunca, los medios empezaron a dejar de ser instrumentos políticos para convertirse en negocio y se leyeron más que en ningún otro tiempo, a pesar de los altos índices de analfabetismo que tenía la población española. Por la cantidad de cabeceras, por su seguimiento, por la importancia de las firmas y por la transformación tecnológica y empresarial hacia la modernidad se viene considerando a esa etapa como la Edad de Oro del periodismo español. Una época dorada que viene a coincidir con la Edad de Plata de la literatura.

En la mayoría de los estudios realizados sobre la transformación de la prensa, buena parte de las investigaciones y muchos historiadores del periodismo atribuyen el crecimiento del interés a lo que se escribía y publicaba, a sucesos como la guerra de Cuba y la preocupación por la pérdida de las últimas colonias, a los avances técnicos en la impresión de las páginas de los periódicos, a la profesionalización progresiva de los mismos, al divorcio entre la sociedad y su clase política, a los vientos de renovación finisecular que llegaban de Europa y América o a la aparición de un grupo de intelectuales inquietos que constituirían más tarde lo que se conoció como Generación del 98.

Pero ninguno de esos tratados repara en atribuir a la bohemia algún mérito en esa transformación y enriquecimiento del periodismo. Por olvido, por desprecio o por falta de atención, ningún estudioso tuvo en cuenta las posibles aportaciones y enriquecimientos que pudo sufragar una corriente

tan significativa, tan numerosa, tan creativa, tan ingeniosa, tan epatante y tan apasionada a la prensa.

Si donde se encontraban los bohemios y el ambiente natural de todos ellos eran las tabernas y cafés por un lado y en las redacciones de los periódicos por otro, estamos ante dos escenarios donde pasaban las horas y los días, sobre todo las noches, debatiendo, discutiendo, descubriendo, contando, inventando, describiendo y denunciando. De modo que, por espacio y por protagonismo, la bohemia debió ser una parte principal del periodismo de fin de siglo.

Poniendo la lupa sobre los individuos más representativos, siguiendo sus pasos, reparando en sus relaciones, revisando sus escritos, se puedan descubrir sus temas más propios, sus obsesiones, su lenguaje, sus géneros, sus personajes, sus héroes y heroínas, sus vidas y pasiones, sus afanes, sus denuncias, sus creencias. Todo eso se puede encontrar hoy rebuscando en las hemerotecas. Y en esa exploración tal vez sea fácil hallar, primero y como mínimo, que estuvieron muy presentes, y luego que fueron importantes, que tuvieron mucho que decir, que influyeron, que fueron imitados, y se habló constantemente de ellos. Porque ellos mismos no fueron solo sujetos pasivos a los que se señalara y de los que se hablara, sino que escribían en la prensa y tomaron la decisión de fundar sus propios periódicos.

Así que si los bohemios estaban en las redacciones de los periódicos, escribían en ellos y crearon los suyos para contar lo que pasaba en España, es posible comprobar que la relación entre periodismo y bohemia fue estrecha, es dependiente y está poco estudiada.

Otro objetivo, no menor, es medir y valorar la significación e importancia histórica del movimiento bohemio y de sus componentes. Además de comprobar las actitudes morales de éstos e incluso reivindicar algunas de sus posturas personales, se puede testar su pertenencia con todo derecho y con todo protagonismo, al numeroso grupo de jóvenes intelectuales que se empeñaron en denunciar la España deprimida y llena de incertidumbres del fin de siglo. De paso, con ese reconocimiento, se pueden desmontar y desechar algunas leyendas negras, por fáciles y generalistas.

### **7.3. La política en el horizonte**

Uno de los empeños del compromiso político, promovido por las nuevas ideas ciudadanas de fin de siglo XIX, fue llamar la atención de la gente,

hacer visibles las capas bajas de la sociedad, dar voz a la gran masa informe de los poco agraciados por la Fortuna. Se aplicaron a ello los movimientos políticos y los pensamientos renovadores. Y también se convirtió en reto de los bohemios. Estos creían contar con dos armas tan insólitas como incruentas: la belleza subversiva por un lado y el periodismo por otro. El ideal y la palabra.

Por esa razón uno de los objetivos de este trabajo es identificar y definir el lenguaje empleado, las nuevas palabras, los conceptos, los géneros más visitados, el tono, la manera de redactar, los mensajes, los perfiles y las descripciones utilizadas. Entre las trascendentales aportaciones estarían las miradas esperpénticas, que seguramente fueron los modos más efectivos de hacer sátira social. También las acusaciones más atrevidas, los argumentos más ingeniosos, las ideas más originales, que probablemente fueron la base de las empleadas por el intelectual comprometido que aparecería décadas más tarde, ya bien entrado el siglo XX.

Habría que tener en cuenta a quienes se empeñaron en denigrar a la bohemia, incluso a quienes niegan su existencia. Hay estudiosos que insisten en que la bohemia fue, y que suele ser cada vez que se da, más una necesidad que una vocación. Por tanto el principal argumento de esta corriente es el convencimiento de que tiene que ver con la edad y que se pasa con el tiempo, como una enfermedad juvenil. Consideran que lo más cierto es que los bohemios han existido en todas las épocas y en todas las latitudes. Se escudan en que la bohemia es, como escribió Murger, una etapa en la vida artística que suele corresponder con la juventud apasionada, llena de esperanzas e ilusiones.

Los partidarios de estas teorías insisten en la consideración del movimiento como esa falta de sustancia pasajera y dividen a los bohemios en tres bloques: el primero sería el de los inconformistas y desarraigados de los primeros años de su biografía artística; el segundo es el de los que se acaban colocando o publicando novelas y obras de teatro o llegan a triunfar y se considerados. Y el tercero es el de lo que quedan desplazados, fuera de tiempo y de contexto, cuando hace años que sus compañeros de viaje ya están en otro sitio.

El mismo Murger cree que la bohemia es una introducción para la gloria o para la muerte; y también ya se ha visto que él mismo clasificaba a los bohemios en varias categorías, los desconocidos, los aficionados y los

profesionales auténticos. Según esa tesis evanescente el desenlace natural sería el olvido tras el apasionamiento juvenil o la caída en la *golfemia*<sup>134</sup>.

Otro reto será ver si la nómina de personajes que pulularon por el Madrid de fin de siglo, que poblaron de historias y de anécdotas las memorias de los cafés y los argumentos de muchos literatos, confirman estas teorías negacionistas o contribuyeron a mostrar a la bohemia como un movimiento de más largo alcance que un sarampión coyunturalmente rebelde.

Política y periodismo estaban íntimamente relacionados. La prensa era política y se alimentaba de la política, cada partido tenía su órgano. E incluso cuando la prensa empezó a ser más de empresa, buscando el negocio de vender noticias, la política siguió teniendo su importancia. Marcaba el estilo de cada medio y cada periódico se articulaba en función de una tendencia. Los bohemios madrileños aproximaban sus esfuerzos de supervivencia a determinados círculos políticos, al entorno de las redacciones de efímeras revistas y periódicos, en su mayoría de iniciativas republicanas radicales o anarquistas, y a la actividad editorial de pequeñas imprentas y librerías.

Si bien también fueron admitidos por los periódicos generalistas en un primer intento de profesionalización, y no solo en periódicos republicanos, como *El País* o *El Progreso*, también en los más independientes, como *El Globo*, *El Liberal* o *El Heraldo de Madrid* acogieron a notables bohemios escribiendo sobre política nacional. La relación política-periodismo era habitual, incluso en ocasiones la carrera política de muchos prohombres pasaba antes por el periodismo. Pero lo que aquí hemos de constatar es si también la bohemia periodística se metió en la política, y aparece el caso de Julio Burell más como paradigma que como excepción. Fue periodista considerado, amigo y compañero de bohemios, llegó a ministro e inspiró a Valle Inclán para el personaje de *Lucas de bohemia*. Joaquín Dicenta fue bohemio y periodista considerado, autor teatral de éxito y diputado republicano.

No todos llegaron a tanto pero muchos de los literatos o redactores que participaban, desde un lado o desde otro, en esa dupla política-periodismo fueron personalidades cardinales. Unos por sus propios méritos y otros por las compañías que frecuentaban.

En este sentido, los testimonios y los trabajos de dos escritores y periodistas, frecuentadores y amigos de bohemios, bien enterados de los afanes políticos, son esclarecedores y particularmente interesantes. Ambos

---

<sup>134</sup> La etapa última y denostada en la que el artista se convierte en un hampón que vive de sablear a amigos y conocidos.

vienen a demostrar, tal vez sin pretenderlo, la estrecha relación que se dio entre bohemia y periodismo, una correspondencia muy directa en ese fin de siglo con la política como horizonte común. Se da la circunstancia de que los dos trabajaron en periódicos importantes, como fueron *La Correspondencia de España* y *El País*, ambos formaban parte de tertulias y cenáculos y tanto uno como otro vivieron muy de cerca el ambiente cultural, social y periodístico del Madrid de entre siglos.

Uno es Rafael Cansinos Assens, sevillano que llegó a Madrid, como tantos, con la idea de triunfar, novelista, periodista, traductor, crítico e historiador, y por último preciso memorialista. Gran conocedor de las intimidades del mundo bohemio y luego principal creador del Ultraísmo. Fue redactor de *La Correspondencia Española*, uno de los periódicos de empresa más importantes y de *El País*, el diario republicano. Escribió sus memorias en *La Novela de un literato*, tres tomos en los que relata de manera pormenorizada las inquietudes, los nombres y los movimientos de la comunidad intelectual, así como la vida de los cafés y las rutinas y los afanes de las redacciones de los diarios. En sus páginas, que sugieren tanto un diario personal como un gran reportaje de investigación, se encuentran muchas claves que justifican las intenciones de este trabajo.

Manuel Ciges Aparicio es el otro. Fue periodista y escritor formado en el ambiente noventayochista y preocupado por la regeneración y el lamentable estado del país. Su biografía le hace vivir de cerca acontecimientos trascendentales, desde la guerra de Cuba, en la que fue encarcelado por escribir lo que estaba viendo, hasta la Guerra Civil, cuando fue fusilado, en 1936, cuando era gobernador de Ávila, por ser amigo de Manuel Azaña. Además de trabajar en importantes periódicos, escribió una serie memorial, donde a pesar de ser novelada, se las arregló para mostrar desde el compromiso las goteras de la España que le tocó vivir. Los cuatro títulos, en realidad más cercanos al reportaje que a la novela: *Del cautiverio* (1903), *Del hospital* (1906), *Del cuartel y de la guerra* (1906) y *Del periodismo y de la política* (1907).

La última novela de la tetralogía, Ciges Aparicio (1873-1936) la titula *Del periódico y de la política*<sup>135</sup> y, fiel a lo anunciado, los argumentos que emplea son precisamente el periodismo y su práctica, visto desde dentro, y el ejercicio de la política, con relatos y detalles sacados, sin apenas disimulo, cuando no con los mismos nombres reales, de la actualidad. La novela se nutre de recuerdos autobiográficos de la vida bohemia entre los periodistas, y el autor se muestra hondamente preocupado por la regeneración y el lamentable estado del país. El panorama que describe está

---

<sup>135</sup> Publicado en Madrid, en la editorial Mundo Latino, en 1907. Reeditado por la editorial Renacimiento, en 2011, con prólogo de José Esteban.

entre la desolación y la picaresca. Desde dentro de una redacción de periódico del momento, cuenta los tejemanejes políticos, cómo estos condicionan al periodismo y la selección de las propias noticias.

Uno de sus cuatro episodios nacionales, en los que cuenta la guerra de Cuba, su paso por la cárcel al haber sido acusado de traidor, y su estancia en el hospital, es un verdadero ejercicio periodístico de investigación y de denuncia. En *Del periódico y la política*, describe un sugestivo y doloroso cuadro de la bohemia y el periodismo. Relata las peripecias de un redactor, presuntamente del diario *El País*, donde trabajó como periodista, primero como meritorio y luego de plantilla, entre 1900 y 1903. De modo que cuenta por dentro la estrecha y significativa relación de bohemios y periodistas, de política y periodismo.

El diálogo que describe en el libro entre el director del periódico y el joven redactor protagonista, más que probablemente él mismo, enseña mucho de la moral, esperanzas y realidad de la España de entonces, en general, y del periodismo en particular. Dice el primero al segundo:

“- (...) Esto es muy hermoso desde afuera (el periodismo); dentro es un muladar. El trabajo es estéril; el desinterés, indicio de tontería. Este periódico es un compendio de España: se habla de regenerarla y redimirla, pero íntimamente sabemos todos que es imposible: el veneno lo llevamos en la sangre. Cada uno propone su receta para depurarla, y todas sólo sirven para neutralizarse, mientras progresa el mal. Faltan el carácter y el tesón colectivos. Un momento hay en que el desengaño descende, y entonces nos rendimos con indiferencia, esperando lo más cómodamente posible la hora de morir (...)”

Estos dos ejemplos, como el de Valle Inclán en *Luces de bohemia* refieren con detalle el ambiente de las redacciones: su composición, sus miembros, sus métodos de trabajo, sus intenciones políticas y sociales. Y justifican nuestro interés y el objeto del estudio. Muestran un contexto en el que la bohemia tiene total protagonismo. Tanto en el periodismo como en la política.

Allen W. Phillips, reconocido por todos como uno de los mayores expertos en la bohemia madrileña formula en su libro esta realidad:

“Hay que subrayar otra vez que en los cafés y en las redacciones de los periódicos, donde se reunían los bohemios, solían tener origen los intentos de reforma social destinada a asegurar la dignidad humana y los Derechos del Hombre. Aducidos muchos testimonios y algunos ejemplos en las presentes páginas, lo que hace falta para completar el estudio del tema es enfocar la bohemia en la literatura de la época, de modo especial en la poesía lírica y en la ficción”<sup>136</sup>.

---

<sup>136</sup> Phillips, Allen. *En Torno a la bohemia madrileña, 1890-1925*, pág. 54.

Expresa el estudioso, como se puede ver, la presencia imprescindible del bohemio en las redacciones, pero además su preocupación social y política. Él mismo echa en falta estudios y trabajos para encarar definitivamente la bohemia, piensa en la necesidad de mirar la poesía lírica y la ficción. Pero parece olvidarse del periodismo. Apenas aparece en sus meritorias e imprescindibles investigaciones. Analiza Phillips la bohemia desde los testimonios, desde las novelas que tratan de ella o escritas por los bohemios, y también desde la poesía. Es decir, tras “subrayar” que en las redacciones era donde se reunían y donde tenían su origen los intentos de reforma, no considera pertinente, o lo deja para mejor ocasión, el análisis desde el periodismo.

Es este otro motivo para considerar necesaria la elección del tema que nos ocupa. Asunto poco estudiado y una historia completamente necesaria.

## **7.4 Los primeros Free lance**

Estaban en los periódicos, tuvieron nombre propio, participaron en el cambio radical del periodismo, coincidieron con la profesionalización de la prensa. Con el cambio de siglo los periódicos empiezan a pagar con cierta asiduidad a quienes escriben en ellos: Estamos ante los primeros colaboradores.

La relación entre bohemia y periodismo, en una época de tantos cambios políticos y sociales, y en el oficio, debió ser tan estrecha como apasionante. A pesar de no abundar los estudios sobre escritores y artistas bohemios, los pocos existentes coinciden en señalar y apuntar, sin excepción, esa constante: se juntan y se expresan en los periódicos y vivían de las magras colaboraciones periodísticas.

En prensa tan abundante había medios convencionales y radicales, de empresa y de partido, diarios y revistas, y parece que los bohemios estamparon su firma en todos ellos. Fueron reclamados por unos y por otros. Incluso algunos hacían doblete o triplete y escribían en varios al mismo tiempo. Eran pluriempleados a pesar de su fama de vagos y desarrapados. O porque no existía la exclusividad o porque los pagos eran tan escasos que era preciso multiplicarse. Por tanto, pueden considerarse los primeros colaboradores en la historia del periodismo español. Los primeros free lance en un momento en que las redacciones de los periódicos eran precarias y el oficio apenas empezaba a considerarse un proyecto de profesión.

Dado el gran número de diarios y revistas existentes en esos años del cambio de siglo, los nombres propios y las ocupaciones se superponen y a veces se confunden. Alejandro Sawa, Ernesto Bark, Pedro Barrantes, Joaquín Dicenta, Francisco Villaespesa, Rafael Delorme, Luis Bonafoux, Emilio Carrère, Adolfo Luna, Manuel Bueno, Ricardo Fuente, Ciges Aparicio, Antonio Palomero, Cristóbal de Castro, Manuel Paso o Alfonso Vidal y Planas son algunas de las firmas que se pueden encontrar con frecuencia en buena parte de las publicaciones de la época. Fueron al mismo tiempo artistas, articulistas, reporteros ocasionales, tertulianos y hombres de acción. Sus aspiraciones intelectuales, su visión del mundo, la osadía de sus discursos, su empeño en describir y criticar la sociedad en la que les tocó vivir, los géneros periodísticos que ensayaron, el lenguaje del que se sirvieron para contar lo que querían contar, sin duda debieron aportar al periodismo un estilo y unas ideas que lo enriquecieron.

La falta de estudios que aporten información o conocimientos sobre dichas relaciones ente periodismo y bohemia, y la posible influencia del trabajo de los autores mencionados en el periodismo de la época, convierte el asunto en un necesario y sugestivo objeto de investigación.

Hasta el momento, las aproximaciones de los investigadores se han limitado o bien a la reivindicación de la gloria local correspondiente o a la morbosa exploración de un listado de Raros y Olvidados. Como si se tratara de una búsqueda de las figuras decorativas en la historia grande de las letras. De hecho, muchos de los nombres que van apareciendo en este estudio están considerados o hermanos menores de las dos grandes generaciones, como fueron la del 98 y la del 27, y aún la del 14, o unos meros comparsas que fueron testigos de la aparición y consolidación de esos grandes hombres que figuran con letras de oro en la historia de la cultura española.

Dado que los bohemios, pobres, ingeniosos, atrevidos y pícaros, están llenos de anécdotas y de sucedidos, a veces truculentos, parecía limitarse a eso la atención que movió a estudiarlos. Fueron raros, tuvieron su minuto de gloria en las memorias de alguno de los consagrados y luego fueron olvidados. Sin embargo hay motivos suficientes para considerar que en su momento no fueron comparsas, sino protagonistas. Que abrieron caminos que otros siguieron, que marcaron tendencias estéticas y morales y que, además, contribuyeron a definir lo que el periodismo fue luego.

Hay, por tanto, varias y abundantes razones para justificar la necesidad de una aproximación sistemática a la relación que sin duda existió entre la bohemia y el periodismo. Están las estrictamente personales, que tienen que ver con el atractivo que posee el amplio grupo de hombres que pulularon por las calles, periódicos y cafés del Madrid finisecular. Está



la necesidad de llenar un hueco no cubierto en la investigación, una clara insuficiencia de estudios de la bohemia en general y de la relacionada con el periodismo en particular.

A este amplio grupo de supuestos segundones de la historia de la literatura, grandes generadores de leyendas extravagantes, le quedaron sin apuntar en su haber sus importantes aportaciones periodísticas. Precisamente, de la dedicación y trascendencia de lo que hicieron da cuenta el hecho de que los bohemios a los que nos referimos escribieron igual de cuestiones políticas que sociales, religiosas, jurídicas, filosóficas o estéticas. Lo mismo denunciaron que describieron, investigaron que criticaron, o ensalzaron, desde publicaciones como *Don Quijote*, *Germinal*, *Vida Nueva*, *La Vida Literaria*, *Helios*, *Alma Española*, *La Anarquía Literaria*, *Los Lunes del Imparcial*, *Madrid Cómico*, *El Nuevo Mercurio*, *El Gráfico*, *Revista Moderna*, *España Moderna*, *Vida Literaria*, *Electra*, *La Lectura*, *La anarquía literaria*, *España Contemporánea*, *La Correspondencia Española*, *Prometeo*, *El País*, *El Tiempo*, *La Lectura*, *Arte Joven*, *La Esfera*, *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, *Papel y Lápiz*, *Nuevo Mundo* o *Nuestro Tiempo*. Por apuntar sólo una muestra de los medios, convencionales o puramente bohemios, consolidados o volanderos, en los que se puede ver la firma de la mayoría de los personajes de los que se ocupa este estudio.

Muchos de los ya nombrados, y de los que se nombrarán más adelante, compartieron página, mesa de café, amistad, enemistad, tertulia, paseo, mantel o militancia con los escritores, y periodistas, del 98. Sobre ellos escribieron estos consagrados en sus textos biográficos o de ficción y por ellos, a veces leyendo entre líneas, se puede valorar y entender lo que fueron la bohemia, el fin de siglo, la España de la Restauración, la lucidez y la miseria de Madrid.

Valle Inclán los creyó y les hizo su homenaje en *Luces de bohemia*, Maeztu, Azorín o Manuel Machado escoltaron durante un trecho de sus biografías a los bohemios, y luego los despreciaron y criticaron. Machado, menos. Incluso, acompañado por su hermano Antonio, frecuentó en los albores del siglo los círculos bohemios tanto en París, donde conoció el simbolismo triunfante, como en Madrid, donde después hacía vida de café. Baroja directamente los apartó, aunque también en algún momento de su biografía aparentó serlo, tanto por su aliño indumentario como por algunos de sus presupuestos políticos y artísticos.

Esta es otra razón de peso para la elección de este tema de investigación: la mezcolanza periodística, artística, ética y estética de unos y otros, los que pasaron a la historia de la literatura y los que se quedaron por los rincones.

## 7.5. Tertulias y publicaciones

En los años que bordearon el 1900 se concentra la materia principal objeto de nuestro estudio. Se trata del espacio de tiempo en el que más publicaciones aparecieron y desaparecieron, la inmensa mayoría de ellas relacionadas con el asunto que nos ocupa:

*Arte Joven* (marzo y abril de 1901)

*Vida Nueva* (de 1898 a 1900)

*Electra* (1901)

*Don Quijote* (1892-1903)

*El Evangelio* (1901-1902)

*El Disloque* (1899-1900)

*Germinal* (1897-1899)

*La Vida Literaria* (1899)

*Revista Nueva* (1899)

*El Parnaso* (1900)

*Juventud* (1901-1902)

*Helios* (1903-1904)

*Alma española* (1903-1904)

*La Republica de las Letras* (1905-1907)

*El Nuevo Mercurio* (1903 a 1905) o

*La Anarquía Literaria* (1905)

Fueron publicaciones de apenas unos números, que se fundaron, nacieron y murieron entre esos años. La mayoría tuvo una vida fugaz pero todas pretendieron hacerse eco de los dramas y los pecados de un Madrid irrepetible. Unas veces inventaron otra manera de contar las cosas, otras se convirtieron en plataforma de denuncia antes las malas prácticas de los gobernantes, y casi siempre estuvieron empeñadas en la búsqueda de la belleza y de la verdad. En todos esos títulos escribieron ensayos periodísticos los bohemios españoles. También lo hicieron en otros medios de vida un poco más larga y, por supuesto, en los periódicos como luego se verá, sobre todo en los radicales y republicanos, pero también en los demás.

Muchas de esas publicaciones se ideaban, y se improvisaban, precisamente en las tertulias de los cafés. Allí estaban todos juntos,

mezclados, compartiendo calor y conversación, literatos, artistas, bohemios, amigos y confundidos. A la tertulia del café Madrid, “antro de modernistas”<sup>137</sup>, al principio de la calle Alcalá, iban juntos Pío Baroja, Enrique Gómez Carrillo, Ramón María de Valle Inclán, Francisco Villaespesa, Alejandro Sawa, Joaquín Dicenta, Antonio Palomero, Manuel Bueno, Luis Bello, Camilo Bargiela, Adolfo Luna, Pedro González Blanco, Miguel Sawa o Rubén Darío. Era una tertulia crítica, polémica y maledicente, incluso para los mismos tertulianos en cuanto se ausentaban. A veces se turnaban y en ocasiones cambiaban de café y la tropa podía repetirse o variar alguno de sus miembros.

El grupo más revoltoso, que iba a la horchatería Candela, se asentó después en Nuevo Café Levante, de la calle Arenal. Valle Inclán o Alejandro Sawa cuentan fantásticas aventuras en las que se apropiaban el papel de héroe. Junto a ellos iban con relativa constancia, según las diferentes censos de las memorias más o menos desmemoriadas de cada uno, Azorín, Pío Baroja, Rubén Darío, los Machado, Ciro Bayo, Silverio Lanza, Mesa, Godoy, Bargiela, Ignacio Alberti, Corpus Barga, Palomero, Manuel Bueno, Cadamo, Nogales, Cornuty, Romero de Torres, Ruiz Picasso... Toda gente trasnochadora. Escribe Antonio Espina<sup>138</sup> que “la vida del noctámbulo madrileño comenzaba a las doce o la una y terminaba cuando los faroleros iban apagando los faroles”. Es decir, al alba. Y prosigue el mismo autor que “entre los trasnochadores abundaban los señoritos juerguistas, mucho viejo pirandón y artistas, bohemios y mujeres de la vida”, para añadir que todos esos tenían sus tertulias en lugares fijos o las improvisaban en cualquier momento.

En unas y otras tertulias, de manera improvisada o no, ideaban periódicos y revistas. El problema es que ponían más voluntad que cálculo, más sueños que estudio de viabilidad, y la mayoría de las publicaciones estaban condenadas a durar poco. Muchas de ellas fueron discurridas allí, en la tertulia del café Madrid, entre tanto artista inconformista y soñador: fue el caso de *La Vida Literaria* y la *Revista Nueva*, o *Electra* y *Juventud* y *Alma Española*.

No todos los estudiosos reconocen ese grado de creatividad que se podía producir en esas tertulias. Escribe Gómez Aparicio<sup>139</sup> que en ese café Madrid, “en torno a los astros literarios había una bohemia sucia, desastrada y sablista que trasladaba su inconformismo al terreno de la vagancia y el parasitismo”. Una crítica que lleva a una condena seguramente sesgada y

<sup>137</sup> Almagro Melchor. *Biografía de 1900*, pág. 87.

<sup>138</sup> Espina, A. *Las tertulias de Madrid*, pág. 156.

<sup>139</sup> Gómez Aparicio, Pedro. *Historia del periodismo español. De las guerras coloniales a la dictadura*, pág. 105.

que posiblemente explica algunos olvidos posteriores, pero que se revela injusta si se ve la consideración, el respeto, el tirón y la importancia que tuvieron nombres como los de Antonio Palomero o Joaquín Dicenta. Cualquiera de los dos tuvo en algún momento, como mínimo, tanto prestigio y reconocimiento, como los noventayochistas. Entre críticas, estereotipos y descripciones aproximadas se escribe la historia. De hecho escenifica Gómez Aparicio en el Café Madrid el famoso bastonazo de Manuel Bueno a Valle Inclán, cuando otros muchos autores afirman que el percance que dejó manco al segundo ocurrió en la horchatería Candela.

En todo caso, en las tertulias de esos cafés donde todos se reunían se criticaba a la Gente Vieja -que tenían sus propios escenarios de tertulia, uno de ellos en Lardhy, otros en los salones, como el de la casa de la condesa de Pardo Bazán, en la calle San Bernardo, dos veces al mes-, se miraba el futuro, se hablaba de teatro, se fiscalizaba al gobierno y se pensaban periódicos y revistas para expresar y denunciar tantas inquietudes como aparecían cada día en esas charlas nocturnas, en esos veladores del viejo Madrid.

En todas las revistas citadas encontraban cobijo, durante esos años, los jóvenes bohemios. O bien las usaban como púlpito. Algunos recalcitrantes lo que necesitaban era una tribuna, era su punto de apoyo para mover el mundo, así que si no existía el medio pues lo ponían ellos en marcha.

Francisco Villaespesa fue uno de los que se pasaba la vida inventando y cerrando revistas. La *Revista Latina* y *Revista Ibérica* fueron fundadas por él, como también estuvo en el lanzamiento de *Electra*. Dice Cansinos en *La novela de un literato* que Villaespesa “siempre tenía un proyecto de revista”. Hablaba sin pausa en los cafés, en las tertulias que organizaba en su casa y en sus revistas y libelos y presumía de que “era el único que no admiraba a Azorín ni a Valle Inclán, Baroja le parecía un anarquista de pega, un Gorki falso”<sup>140</sup>. No se mordía la lengua, tenía unos modales rudos y francos y pasaba por decir las verdades a la cara a todo el mundo. Pujana uno de sus bohemios protegidos y admiradores, se refería a él como “el príncipe de la ironía”. Usaba un lenguaje tajante, en ocasiones prepotente y perdonavidas, que era como se expresaba en los artículos de sus publicaciones. Cansinos pone en su boca intención y proyecto<sup>141</sup>:

“Yo voy a fundar una revista, que será la bandera del nuevo arte... nos dará cosas de esas que no tienen cabida en esas revistas ñoñas como Blanco y Negro... Hay que renovar nuestro idioma que está

---

<sup>140</sup> Cansinos Assens, R. *La novela de un literato*, T. I, pág. 152.

<sup>141</sup> Ibid. I, pág. 90.

anquilosado... Escriba lo que quiera, con tal de que sea sincero y original”.

Allen Phillips<sup>142</sup> describe a Villaespesa como “un poeta excesivamente dañado, sin duda, por su prodigioso don de improvisador”. Además de buen orador y centro de atención de compañeros bohemios, hizo mucho por reivindicar el movimiento. Escribió entre 1899 y 1900 una serie de poemas, agrupados luego en un volumen que se publicaría en 1902, bajo un significativo título: *El alto de los bohemios*.

Él mismo fue prototipo de bohemio y en su tiempo pasó por el poeta más prometedor. Desde luego en ese cambio de siglo fue el primero y más admirado, antes que Machado o Juan Ramón Jiménez. “La única figura literaria de este siglo”, según el librito casi anónimo *Los hampones de la literatura*<sup>143</sup>. Precisamente fue Villaespesa el que sugirió a un jovencito Juan Ramón que se fuera a Madrid. Su casa era centro de reunión de bohemios, poetas y periodistas. Un hombre exaltado y con una vida muy aventurera, de novela.

No sólo Villaespesa creaba en esos tiempos revistas, libelos y panfletos. Hubo más que florecieron o se desarrollaron en ese puñado de años. Escribían bohemios, modernistas y noventayochistas en ellos, igual que en los periódicos generalistas.

No se puede olvidar que a Madrid iban todos a triunfar, a buscar el reconocimiento, la fama y un público lector. Todos encontraban las primeras tribunas para iniciarse en el oficio de la pluma o darse a conocer en la prensa finisecular. Y la proliferación de cabeceras hizo que en esa década la vida periodística experimentaba una efervescencia, una inquietud y una creatividad desconocidas hasta entonces. Y desgraciadamente olvidadas después.

Bien, pues comprobamos que en todos esos periódicos que nacieron, vivieron y murieron en esa época brillante y agitada, tuvieron oportunidad de escribir los bohemios españoles. Sus firmas aparecen, con mayor o menor cadencia, en los múltiples periódicos políticos del momento. Se verá que más en los republicanos y radicales que en los conservadores, pero como la lista de unos y de otros era larga, tuvieron oportunidades.

El censo es largo y la orientación variada, según la clasificación que hace Gómez Aparicio en su historia del periodismo:

“*El País*, republicano, *El Progreso*, republicano, *La Época*, conservador, *El Diario Español*, indefinido, *La Correspondencia de España*, independiente, *La Publicidad*, indefinido, *El Imparcial*,

<sup>142</sup> Phillips, Allen. *30 años de poesía y bohemia*, pág. 9.

<sup>143</sup> Libro anónimo publicado en 1904 y firmado por Chiquiznaque.

liberal independiente, *El Siglo Futuro*, integrista, *El Globo*, liberal demócrata, *El Liberal*, republicano, *El Día*, independiente, *El Correo*, dusionista, *El Resumen*, demócrata, *El País*, republicano, *El Correo Español*, carlista, *Heraldo de Madrid*, canalejista, *Las Noticias*, indefinido, *El Tiempo*, Silvelista, *El Nacional*, romero-roblealista, *Los Debates*, independiente”<sup>144</sup>.

Unos medios respiraban aires de renovación, otros de supervivencia y otros de revolución. Con mayor o menor protagonismo, en todos estuvieron los miembros de esta segunda generación de bohemios.

---

<sup>144</sup> Gómez Aparicio, Pedro. *Historia del periodismo español*, pág. 129.

## 8.- CONTEXTO HISTÓRICO

---

*Un Madrid brillante, absurdo y hambriento, refugio de desheredados*

### 8.1 Fin de siglo, decimonónico

El adjetivo que usualmente se utiliza para referirse a lo que aconteció a lo largo del siglo XIX y a todo lo relacionado con él es decimonónico. Se aplica de forma despectiva, relacionándolo casi siempre con algo caduco, obsoleto, digno de ser olvidado. Desde luego nada brillante ni de interés.

Sin embargo lo que caracteriza a esa centuria son los fuertes cambios que se produjeron en la economía, en la ciencia, en la tecnología, en lo social y en lo político. Y también en las ideas. Por ese siglo pasaron las grandes revoluciones y las principales transformaciones: Nuevos imperialismos, el desarrollo industrial, la revolución de las máquinas, los movimientos obreros y nada menos que el sufragio llamado universal, aunque únicamente era para los varones.

Sólo con esto no parece que merezca calificativo tan poco estimable. El XIX contempló además la aparición de las nuevas ideas y de nuevos descubrimientos científicos y tecnológicos, que proporcionaron otra forma de entender el mundo. El antiguo régimen dejó paso definitivamente a la burguesía y esta exigió e impuso nuevos desarrollos, otras relaciones e incluso otros intereses. El capitalismo se asentó y empezó una era en la que cuenta sobre todo el pragmatismo y los intereses del mercado. Fueron

tiempos convulsos, de ajustes, que anunciaron choques, injusticias y grandes renovaciones.

Al tiempo que aparecen las novedades técnicas permanecen unas sociedades envejecidas, con unos parlamentos desacreditados y con los más sólidos pilares sociales tambaleándose. Ello con unas ciudades que en su crecimiento desbocado atraían la miseria y la degeneración. Un resbaladizo coctel, pintoresco a veces, contradictorio, que igual podía explotar por un atentado anarquista que vacilar por las ideas de Darwin o por la invención de la radio.

Pero al mismo tiempo las costumbres, las rutinas, los usos, las diferencias sociales, el ambiente urbano no cambió gran cosa con el paso del siglo. La nueva clase, la burguesía, en realidad estaba tan lejos de la empresa y los negocios como del proletariado. El intelectual quedaba al margen de los negocios y se convertía en un inadaptado si se manifestaba en contra del nuevo orden. Quedaba condenado a la miseria. Sólo encontraba refugio en el periodismo, desde donde acometía contra la burguesía y el capitalismo.

## **8.2 La España del turnismo**

Las cosas fueron más despacio en España que en el resto del mundo occidental y tuvieron características propias. El proceso de modernización fue lento y contradictorio, con estructuras anquilosadas que entorpecieron todo el avance social y la mejora de las condiciones de vida de los grupos populares urbanos o campesinos, lo que condicionaba de manera directa la justicia social y la dignidad humana. En 1900 el país todavía se hallaba en pleno siglo XIX, por un lado se había mantenido al margen de las transformaciones que había conocido el resto de Europa y por otro seguía siendo fundamentalmente agrario y subdesarrollado, con un nivel de vida muy bajo.

Por si fuera poco, tampoco se enteraron los gobernantes de las nuevas reglas del juego internacional, con un nuevo mapa compuesto por naciones fuertes y agresivas y naciones débiles y moribundas. Una orgullosa obcecación en mantener las colonias llevó al desastre del 98. Unos reveses militares que se encargaron de recordar a España el lugar que le correspondía, lo que produjo resignación, pesimismo y malestar y desaliento. Las consecuencias directas: Depreciación de la peseta, inflación,



desempleo, agotamiento de la fórmula política del turno de partidos y una profunda pérdida de confianza.

En el plano interior, España caminaba entre la depresión y los conflictos. Mientras algunos intelectuales se conformaban con lamentar la crisis nacional, otros aspiraban a investigar la verdad social e intentaban impulsar al proletariado español. Al médico socialista Jaime Vera se debe el primer texto científico -Informe a la Comisión de Reformas Sociales-, que apareció en 1884. En él concertaba un programa de acción e hizo una llamada a los intelectuales para que participaran en el trabajo teórico de la revolución proletaria. Pero los conflictos sociales no disminuían, al contrario. En 1888 hubo una importante huelga en Río Tinto; en 1890 se celebró por primera vez la fiesta del 1 de mayo, y se extendió una ola de huelgas por Barcelona. Andalucía se llevaba la palma: en 1892 los campesinos invadieron tierras en Jerez de la Frontera y el gobierno condenó al ácrata Fermín Salvochea por encabezar la rebelión. Hubo arrestos en masa y castigos impuestos a culpables e inocentes en Andalucía y también en la Ciudad Condal, debido a los atentados anarquistas.

Si en el interior la península muestra un crudo cuadro de tensiones, la situación colonial es aún más inestable, agravada por la guerra en las islas del Caribe: Cuba y Puerto Rico. Toda esta tupida red de luchas e inestabilidades promovió una literatura denominada regeneracionista, que influirá no poco en las enconadas contiendas entre ‘viejos y jóvenes’ que se harán sentir desde las páginas de revistas y folletos.

En la década de los noventa, antes del desastre, la generación nacida durante la Restauración entabló acaloradas controversias con los viejos defensores del orden burgués. Arte, poesía y protesta eran programa análogo para los más jóvenes: José Martínez Ruiz, Pío Baroja, Ramiro de Maeztu, Jacinto Benavente, Miguel de Unamuno, Joaquín Dicenta, Alejandro Sawa y tantos otros envueltos hoy en la bruma del olvido.

España, durante la Regencia de María Cristina -1885-1902- representa una buena muestra de las contradicciones, cambios y miserias del siglo XIX. El perfil de la nación que resulta no es precisamente halagüeño: Fin de centuria, un país empobrecido, derrotado, mirando hacia sí mismo y sin ver en sus escenarios urbanos y rurales más que atraso, miseria y hambre. Una realidad alarmante, decadente y sin aparente remedio. Los jóvenes literatos, algunos luego autores de la Generación del 98, fueron testigos, notarios y sufridores del panorama. Constatarían el abandono progresivo del campo, la existencia de una industria incipiente y raquítica, y hablarían de la ineptitud del Gobierno.

El 9 de abril de 1901 *El Heraldo de Madrid* publicó un largo artículo precisamente titulado “La España de hoy”. Lo firmaba Benito Pérez Galdós

y ocupaba cuatro columnas enteras de las seis de la portada, realizaba en él un crudo, realista y triste panorama<sup>145</sup>. Afirmaba:

“Bien puedo asegurar que la situación presente, de las más críticas de la triste historia de mi país, ofrece un nudo muy difícil de desatar... En los días siguientes a la catástrofe en que perdimos los restos de un gran Imperio, daba pena ver el semblante nacional... La representación del país está, con unos y otros partidos, en manos de un grupo de profesionales políticos, que ejercen, internamente, con secreto pacto y concordia, una solapada tiranía sobre las provincias y regiones. La Justicia y la Administración, sometidas al manejo político y sin medios de proceder sin independencia, completan esta oligarquía lamentable... así el cuerpo de España, extenuado por el caciquismo y el desuso de toda acción política saludable, viene a ser presa del morbo clerical, que desde los tiempos primeros de la Regencia comenzó a extenderse, y ya se corre formidable de la epidermis a las entrañas de las nación”.

El retrato de la nación al comenzar el siglo XX indicaba que cerca del 60% de la población española adulta era analfabeta, que los horarios de trabajo superaban las diez o las doce horas y que no estaba legislado ni siquiera el descanso dominical.

Raymond Carr apunta que en 1900 los dos tercios de la población española trabajaba en la agricultura, y las ciudades, “base natural del liberalismo burgués, eran islas en un mar de la ignorancia rural”<sup>146</sup>. Añade que “tanto los progresistas como los moderados fueron partidos de notables que luchaban por el poder y el patronazgo y manipulaban al electorado ignorante y apático mediante una extendida corrupción”.

Santos Julia por su parte afirma<sup>147</sup> que:

“A finales del siglo el sistema parecía viejo como sus mismo líderes, como viejos eran los presidentes que seguían turnándose, y también vacío, hueco, sin verdadero apoyo en la opinión, pues todo el mundo era consciente de que al menos dos tercios de la población vivían de espaldas a la política y de que sus parlamentarios no representaban a los electores, sino a facciones de caciques”.

Una sensación de régimen corrupto y fraudulento. La impresión de decrepitud, hastío y corrupción se exasperó cuando la clase política tuvo que enfrentarse a la gran prueba de Cuba. La guerra consumió recursos

---

<sup>145</sup> Es una reproducción, “Por su importancia e interés”, explica el diario madrileño, del periódico *Nueva prensa libre*, de Viena.

<sup>146</sup> Carr, Raymond. *Historia de España, liberalismo y reacción*.

<sup>147</sup> Juliá, Santos. *Historia de España, Edad Contemporánea, crisis moral de fin de siglo: regeneracionismo y nacionalismo*.

humanos y materiales: hundió la Hacienda costó mil millones de pesetas y la vida de 200.000 hombres.

Era una España llena de contrastes, la que describieron Benito Pérez Galdós y Pío Baroja. En ella pululan sin concierto, aunque sin mezclarse, el desesperado, el diplomático, el charlatán, el aristócrata, el menesteroso. El éxodo del campo a la ciudad provocó un cambio radical en el paisaje urbano, ya que un gran ejército de desocupados, vagabundos y mendigos pululaban por las grandes ciudades, principalmente Bilbao, Valencia, Barcelona, Sevilla y Madrid. Un excedente de población en unas ciudades no preparadas para acogerlo que emprendían una diaria y sonámbula lucha por la vida. Se trataba de nuevos pobres que se aposentaban en chozas y chabolas a la entrada de las ciudades. Así se creaban barrios de los que nadie se ocupaba en una España abatida por la miseria y la depresión.

Como muestra, *El Imparcial* calculaba<sup>148</sup> que una familia de clase media necesitaba 292 pesetas mensuales para vivir, sin incluir distracciones y sin cenar carne. Se pregunta Desvois, el estudioso francés, cómo podría vivir una familia obrera, sobre todo teniendo en cuenta que el salario medio andaba por las tres pesetas al día, lo que daba apenas 30 pesetas al mes. En el campo era mucho peor, por eso se produjo esa emigración multitudinaria.

Se daba una cierta estabilidad política con el ‘turnismo’ de los dos grandes partidos, el liberal y el conservador, pero se trataba de un régimen asentado en una estructura oligárquica. Los partidos no representaban realmente a la población, sino que se organizaban alrededor de notables, generalmente caciques locales. Su finalidad era asegurar la permanencia de las instituciones a cambio de otorgar ciertas prebendas. Las elecciones por tanto eran un mero instrumento en manos del partido que obtuviera el poder, por la “confianza del Rey”, como decía la fórmula, para formar un Parlamento dócil. La Ley del Sufragio Universal masculino, de 1890, no supuso un cambio significativo, así que el ambiente era de pesimismo y hartazgo, de atonía y desilusión, cuando no de corrupción y fraude. Explica el historiador Santos Juliá en su *Historia de España*<sup>149</sup> que:

“Todo el mundo era consciente de que al menos dos tercios de la población vivían de espaldas a la política y de que sus parlamentarios no representaban a los electores, sino a facciones de caciques.”

La Restauración Borbónica, acordada por los líderes de los dos grandes partidos, el conservador, Antonio Cánovas del Castillo, y el liberal, Práxedes Mateo Sagasta, en realidad lo que trajo fue inmovilidad. Es decir, hubo estabilidad en los diferentes gobiernos pero también inevitables

---

<sup>148</sup> Lo cita Jean Michel Desvois en *La prensa en España (1900-1931)* pág.17.

<sup>149</sup> Ibid. pág. 244.

componendas y duras protestas por parte de los partidos republicanos excluidos de esos acuerdos. Las acusaciones y reprobaciones se hacían en los periódicos republicanos y anarquistas, sin embargo la descripción de la podredumbre política y el malestar de la población se hacía en todos los diarios.

Los años noventa del siglo XIX fueron especialmente difíciles por los graves problemas internos y externos. Dentro de España, violencia, agitaciones campesinas, disputas por el control de los mercados y hambre tanto en el campo como en los barrios de las ciudades. Fuera de sus fronteras, conflictos bélicos: la guerra de Cuba en 1898 y, un año después, la de Filipinas.

Se dieron hechos dramáticos que bien pudieron cambiar la situación, pero no lo hicieron. A pesar de la muerte en atentado de Cánovas, en 1897, y del desastre por la pérdida de las colonias, no se tambaleó casi el sistema de la Restauración. Es decir, los dos grandes partidos habían aceptado una serie de principios comunes, monarquía constitucional, derechos individuales, orden social y respeto a la propiedad privada, y en ese acuerdo que además suponía turnarse en la acción de gobierno basaban su estabilidad.

Ni el Partido Conservador ni el Partido Liberal tenían muchos seguidores, lo que tenían era gente con influencia que actuaba en función de los intereses de la oligarquía económica y social, grupos de presión formados por los grandes propietarios agrícolas y la alta burguesía.

El panorama político era el siguiente: dos partidos con poder acordando y pactando por un lado y las fuerzas políticas situadas fuera del sistema -los republicanos, socialistas, anarquistas y también regionalistas o nacionalistas- por otro, pretendiendo incrementar su influencia y aprovechando la debilidad y contradicciones de la Restauración.

El retrato de Madrid en la España de la Restauración y la Regencia tal vez más ajustado lo hace Manuel Bueno en su novela *Poniente solar*:<sup>150</sup>

“Madrid, plagado de garitos y de tabernas, era una ciudad de ociosos y de trasnochadores, en la cual bastaba un ligero barniz de señorío y un apellido de relumbrón para saltarse a la torera todas las leyes. Ser calavera y no pagar a los acreedores no solo no estaba mal visto sino que confería una especie de prestigio. Se vivía entonces en un ambiente de ignorancia y de falsa caballerosidad, en el que casi nadie estaba en su sitio. Ni el estadista era más que orador, ni el literato sabía nada de nada, ni el joven de buena familia que había venido a Madrid para estudiar conocía los libros de texto más que por el forro.

---

<sup>150</sup> Citado por Granjer, Luis S. *Maestros y amigos de la generación del noventa y ocho*.

Se jugaba en todas partes...Y todos estábamos contentos, porque el español, teniendo un sitio donde opinar a gritos sobre lo que no entiende, una mesa de juego y una ventana para asomarse a la calle y ver pasar mujeres, se considera en la antesala del cielo”.

La confusión, la caricatura, la picaresca, la rebeldía y la inestabilidad que se daba en las calles de las ciudades tenían que ver con la situación política española.

Se empezó a usar entonces el término Regeneracionismo por parte de algunos políticos, el principal Joaquín Costa, de la pequeña burguesía, pero también por los intelectuales, para oponerse a la degradación sociopolítica y económica de un país agrícola y analfabeto con graves problemas por resolver, como la corrupción y el caciquismo.

Fue la desesperanzadora situación y la crisis moral, política y social la que proporcionó el nacimiento de las corrientes regeneracionistas, que ganaron para su causa a un importante sector de la cultura española alineada en torno a un amplio a la vez que vago proyecto reformista.

Eso, unido al llamado *Desastre del 98* acrecentaba los desánimos y las protestas, aunque habría que apuntar que hacía ya tiempo que España había dejado de ser un Imperio y que su papel en el mundo era insignificante y muy poco visible. La mayoría de las personas mínimamente letradas del momento consideraban que España estaba necesitada de una regeneración debido a la situación degradada en la que se encontraba.

El fin de siglo fue un tiempo de profundos cambios tanto en el mundo como en España. Igual en la política que en la cultura. Si los realistas y naturalistas creían en el progreso material, los modernistas habían perdido la fe en esos valores y exigían una renovación. Semejante actitud se extendió a toda una época, que abarcó entre 1890 y el final de la I Guerra Mundial, y que se caracterizó precisamente por la rebeldía y la protesta contra las ortodoxias vigentes. Era una crítica global que se ocupaba y se preocupaba no sólo en los terrenos de las artes, sino también en lo social, lo político, lo religioso y lo moral.

Ese período de casi treinta años (1890-1920) fue de una gran confusión ideológica, política y social. Se reconocía y se palpaba en la calle, en los Ateneos, en el Parlamento y en los periódicos. Se cruzaron y a veces se confundieron, y se mezclaron, las más variadas corrientes de pensamiento.

En el mercado cultural internacional, salvo Benito Pérez Galdós, y hasta la consolidación posterior de los escritores de la Generación del 98 y del Modernismo, que llega desde América en la persona de Rubén Darío, los valores artísticos españoles no pintaban gran cosa. Tendrían que pasar

algunos años para que se afianzaran algunos nombres exportables, como Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset o Vicente Blasco Ibáñez. Todo esto en medio de un clima de abatimiento político.

Hacia Manuel Machado<sup>151</sup> un retrato de la sociedad española tan deprimente como desolador:

“Despreciaba cuanto ignoraba, indisciplinada, pobre y arrogante, así vivían los españoles de fin de siglo hasta los desastres, embotados y entristecidos para la acción, entre la holganza y la incultura, leyendo una historia primitiva y falsa, sin ánimos para rectificarla, y que nada hacían los gobiernos por la instrucción, único medio para dar disciplina, cohesión y rumbo a la opinión pública”.

Los jóvenes literatos repudiaban la lírica realista de Núñez de Arce, los versos fáciles de Campoamor y el teatro melodramático de Echegaray. Si estos autores eran los que representaban la conformidad con el sistema y la aceptación del orden establecido, los nuevos creadores se situaron rápidamente en clara oposición a él. Abundan entonces en las tertulias, los salones y los periódicos las diatribas contra la España oficial, contra las “injustas celebridades”, y se despreciaba la retórica parlamentaria.

El Modernismo, palabra para Mainer tan “provocativa como semánticamente ambigua”<sup>152</sup>, despreciaba a su padre realista e idealizaba al abuelo romántico. Como casi todo movimiento artístico renovador, el Modernismo niega y combate todo lo anterior. En lo literario, el enemigo eran el realismo y el naturalismo; en lo político, el canovismo de la Restauración; en lo religioso, los estrechos corsés del clericalismo; en lo filosófico, el positivismo.

### **8.3 La prensa muestra el ambiente de desilusión**

Esos sueños regeneracionistas encontraron en el periodismo el medio de exponer sus anhelos, el vehículo para expresarse, a parte de un medio de vida, por encima de las diferencias estéticas y personales. Al igual que Unamuno y Azorín lamentaban en la prensa el aislamiento español como el origen de su decadencia, Rubén Darío subrayaba la importancia de encontrar el alma de España para poder lograr la regeneración espiritual del país.

---

<sup>151</sup> Machado, Manuel. *La guerra literaria*, pág. 21.

<sup>152</sup> Mainer, J. C. *Historia de la literatura española*.

Es la prensa quien recoge ese ambiente de desilusión que vive el país. Una parte de ella se muestra agresiva y crítica contra los responsables de tal situación y otra toma el camino del pesimismo, posiblemente en un intento de evitar nuevos y mayores males. Unos periódicos acometían contra las instituciones y otros contra los gobernantes, unas cabeceras nacían para atacar y otras para defender -y aquí *El Motín*, *El Evangelio* y *El Fusil* serían la muestra más crítica- pero en todas ellas se puede comprobar el espíritu controvertido, cambiante, deprimido y temeroso de la época.

La prensa fue el medio de transmisión de las nuevas ideas y también el vehículo de las protestas. La puerta lógica de entrada de las novedades de la ciencia y del pensamiento, pero también el lugar más apropiado para el nacimiento de la figura del intelectual. Unamuno, Maeztu, Azorín y Rubén Darío fueron algunos de los que se sirvieron de la prensa para hacer oír su voz. La aparición del intelectual es el resultado de un nuevo espíritu que encontró en la prensa el medio de comunicarse con el público. Las cabeceras más importantes del momento como *La Ilustración Española*, *El Heraldo de Madrid*, *El Liberal*, *La Correspondencia española*, *El País*, *El Progreso*, pero también *Don Quijote*, *La Democracia Social*, *Germinal*, *Vida Literaria*, *Alma Española*, *Vida Nueva*, *Helios* o *Renacimiento* buscaron o acogieron las firmas de los autores más inquietos e interesantes. Estas publicaciones son hoy un documento fundamental para rastrear el origen, la evolución, la temática y las influencias del Modernismo, así como las causas y las consecuencias de la crisis de fin de siglo.

También la prensa era el principal vehículo de difusión de las obras de cada uno de ellos. De las obras y de las ideas. Unamuno se quejaba en 1904 de lo poco conocidos que eran sus libros, mientras que sus artículos de prensa tenían todo un reconocimiento y por ellos se admiraba su labor intelectual. Pero además podía comprobar cómo algunos vivían principalmente de las colaboraciones, por ejemplo Azorín y Manuel Bueno.

La prensa acogía y daba fama. Es paradigmático el caso de Emilio Carrère. En aquellos años primeros del siglo XX, y algunos más tarde, se puede afirmar que Emilio Carrère era el poeta español más leído y más admirado. Se decía que las prostitutas de “la calle San Bernardo conocían al dedillo las creaciones poéticas de Carrère y gustaban recitarlas cuando hacían la calle”<sup>153</sup>. Popularidad difícil de entender hoy, que está prácticamente olvidado. Sin embargo superaba en aprecio y reconocimiento a otros poetas hoy mucho más admirados, como los Machado o Juan Ramón, o los de 1927. El factor que ayuda a explicar la acogida entusiasta que recibe Carrère es que publicaba en periódicos y revistas de gran

---

<sup>153</sup> Álvarez Sánchez, José. *Emilio Carrere, ¿un bohemio?*, pág. 14.

circulación y al alcance de todo el mundo. Arturo Mori<sup>154</sup> lo llama “el poeta de las redacciones bohemias, cronista nocturno, ave de tascas madrileñas, porque pasa por ellas como poeta, no como bebedor, que nunca ingirió bebida estimulante alguna” Pero tal era su fama que

“un día el poeta de la noche, del misterio y de las tabernas dramáticas, el periodista que, en las madrugadas tétricas de invierno transita por los lugares más solitarios de Madrid y, si algún atracador lo descubre entre las luces tenues de un farol de esquinas, con solo gritar, soy Emilio Carrère, encuentra el paso franco y encontraría, si no fuese un hombre honrado, para su disfrute particular, el reloj o la cartera que hubiesen robado sus admiradores los granujas de turno”<sup>155</sup>.

Intelectualismo, cientifismo, regeneración política, justicia social y progreso eran los conceptos que más se citaban en los diarios. Era el espíritu inconformista de la época, unos tiempos que exigían protagonismos diferentes a los establecidos.

En *Alma Española*, por ejemplo, no se mostraban las condiciones de vida privilegiadas en que vivían las clases altas. Por el contrario, de lo que se informaba era de las miserables condiciones en que vivían y trabajaban los obreros. Éstos recibían jornales de hambre; trabajaban en talleres de deplorables condiciones higiénicas; carecían de instrucción y de servicios sociales; realizaban jornadas de trabajo agotador. Los colaboradores de la revista estaban empeñados en evidenciar la dolorosa y mísera vida de los obreros, así como las inquietudes arbitrarias y despóticas de los poderosos. Con artículos o crónicas en los que describían la escalofriante realidad que les rodeaba, intentaban denunciar el abuso y la explotación que la sociedad capitalista hacía de los obreros. Éste parecía ser uno de los principales objetivos de la publicación: revelar con toda crudeza las injusticias sociales.

En *Germinal* también se denunciaban, sobre todo por parte de Ernesto Bark, las condiciones de los trabajadores y para ello confeccionaba y divulgaba sus interesantes estadísticas. Pero igualmente se publicaban esas penosas condiciones en otros medios menos radicales y por autores también aparentemente no tan comprometidos. Es el caso de *Nuevo Mundo* y de Luis Taboada. Era este un cronista amable e irónico, amigo de bohemios que colaboraba tanto en *Nuevo Mundo* como en *Madrid Cómic*. Escribió muchas de sus crónicas durante el año 1900, una de ellas llevaba por título “Los horrores de Madrid: vivir en vilo”. Lo que confirma que esos años en la prensa era argumento habitual las condiciones de vida, o como denuncia o como estudio antropológico.

---

<sup>154</sup> Mori, Arturo. *La prensa española de nuestro tiempo*, pág. 100.

<sup>155</sup> Ibid. pág. 101.



## 8.4 Madrid, el puerto de todos los náufragos

Madrid era en el fin de siglo el centro de una bulliciosa actividad, intelectual y creativa, por un lado, y un gran poblachón manchego sin las más mínimas condiciones higiénicas y sanitarias, por otro. Escribe Pío Baroja en *La Busca*: “La Corte es ciudad de contrastes; presenta luz fuerte al lado de sombra oscura; vida refinada, casi europea, en el centro; vida africana, en los suburbios”.

Era la ciudad en la que aspiraban a estar los creadores de la periferia y la urbe a la que acudían de todos los rincones a buscarse la vida. Un lugar y un mundo que giraba en torno a unas figuras que en realidad eran los héroes nacionales del momento, a quienes describe Gómez Carrillo en sus memorias<sup>156</sup>. Los nombres de Cánovas, Sagasta, Castelar, Zorrilla, Frascuelo, Lagartijo, Pérez Galdós y Mariano de Cavia eran los más conocidos, los de más fama y por tanto los que llenaban las conversaciones. De sus andanzas, sus logros y sus desacuerdos se hablaba en tertulias, pensiones y periódicos.

La fotografía en blanco y negro de una ciudad como Madrid, de unos 570.000 habitantes, debe incluir algunos datos, porque sin ellos no sería posible entenderla: el transporte se limitaba casi a la circulación de carros y tranvías tirados por animales, aunque algunos funcionaban con vapor; la luz eléctrica todavía no era habitual en todas las casas, que en invierno se calentaban con braseros y chimeneas. Detalles que dan idea de las condiciones higiénicas, sanitarias y de habitabilidad en esos momentos.

En el Madrid que se conoce por las páginas de Galdós, o Baroja, o Valle Inclán, se encuentra el mundo plural y abierto de las calles, los cafés, las tabernas, las habitaciones de buhardillas y áticos. Son escenarios todos ellos del Madrid trasnochador, desventurado, despreocupado, vividor y bohemio. Pero también está el de los calabozos, los ministerios, los palacios, los cementerios y los despachos. Un Madrid serio, burocrático, clasista y represivo. Dos caras de un mismo espejo.

Era un Madrid pintoresco poblado por una mezcolanza imposible que lógicamente daba resultados paradójicos. En los mismos espacios relativamente pequeños podían coincidir políticos, empleados del Estado, literatos, arrieros entrando y saliendo con sus carros de mulas y de burros, militares, ateneístas, hampones, artesanos o miembros de exclusivas sociedades como la Gran Peña. Un ambiente caótico en el que se juntaba la vida de las tabernas con la de los estrenos de los veinte teatros que

---

<sup>156</sup> Ibid. pág. 34.

funcionaban en la ciudad, la de los cacharrereros con los que vivían de la busca y del merodeo, la de los mieleros alcarreños con la de los charlatanes, los limpiabotas, los memorialistas, los poetas, los fotógrafos minutereros y los elegantes carruajes que accedían a la Casa de Campo. Una Corte de los Milagros, como llamó Baroja a la Puerta del Sol, con más de diez casas de juego abiertas toda la noche, con golfos voceando los periódicos, corrillos de hombres aparentemente desocupados, filósofos y floristas.

Así describía Casinos Assens la Puerta del Sol: “Destartalada, pueblerina, con sus carteleras y mingitorios, siempre llena, a toda hora, de corrillos, de hombres indolentes que parecían esperar algo que nunca llegaba”<sup>157</sup>.

Sirva de muestra para entender el paradójico paisaje urbano y humano del que estamos hablando, esta noticia publicada en diciembre de 1898, en *El Heraldo de Madrid*:

“Hace poco ha hecho su aparición en Madrid el primer automóvil, traído de París por el conde de Peñalver. Hechas las primeras pruebas en París, el señor Peñalver decidió hacer el viaje hasta San Sebastián en el nuevo vehículo a pequeñas jornadas, recorriendo más de veinte kilómetros por hora. En Francia se puede hacer esa expedición porque las carreteras se encuentran en excelentes condiciones. En España se abstuvo de hacerlo el conde de Peñalver”.

Era un Madrid, el de las proximidades de 1900, indigente, en el que aún no existía la Gran Vía, se empezó a construir en 1910, que constituiría luego el signo de la modernidad. Un Madrid de callejuelas estrechas, oscuras y sórdidas, en las que se agolpaban tabernas, cafetuchos, casas de citas, talleres de peinadoras, librerías de viejo, tiendas donde no se sabía lo que se vendía. Un Madrid mísero y andrajoso “lleno de pulgas”, dice José Luis Calvo Carilla<sup>158</sup> en una España famélica y deprimida.

Describe Melchor de Almagro<sup>159</sup> aquel Madrid como una sociedad llena de gentes mediocres, “las que salen en las novelas de Galdós y los cursis de los que habla Luis Taboada”. Afirma que no hay en ella ninguna grandeza, “pobre de espíritu, hundida tras el desastre, desanimada, con una burguesía triste, el terrible quiero y no puedo que esconde un hambre tanto material como de espíritu”. Mediocre, pobre, ridícula y cursi. Un coctel poco respetable, unas señas de identidad no precisamente recomendables.

---

<sup>157</sup> Cansinos Assens, R. *La novela de un literato*, I, pág. 110.

<sup>158</sup> Calvo Carilla, J.L. *La cara oculta del 98*, pág. 118.

<sup>159</sup> Almagro, Melchor de. *Biografía del 1900*, pág. 48.

La impresión que a los jóvenes rebeldes del 98 les merece Madrid aparece en las palabras de Laín Entralgo<sup>160</sup>:

“Madrid ofrece un mismo rostro a todos los provincianos del 98. Cuando eran más ostensible el bobo optimismo y la alegría zarzuelera de los bien instalados en la vida madrileña -“sociedad desvencijada”, la llamó Ganivet-, estos jóvenes sensibles y ambiciosos tienen la osadía de ver y describir un Madrid de arrabal, agrio cuando muestra el verdadero sabor de su vida, grotesco cuando enseña la película histórica que cubre tan desabrida entrada”.

Ese Madrid agrio y grotesco, lleno de supuesto espíritu creativo y de miseria, de necesidad de modernización y de descontentos, se desplegaba en la vida de los cafés y de los ministerios, en los oficios menesterosos y en la lucha por la vida, en los teatros y en los patios de vecindad, en el centro de la ciudad y en los barrios adonde llegaban los emigrantes huyendo del campo y del hambre.

Precisamente el escenario de este estudio sobre el periodismo y la bohemia es ese Madrid galdosiano, muy poco iluminado con luces de gas y lleno de noctámbulos de capa astrosa y sombreros oscuros. Un Madrid de eternas noches de cafés en el centro y de mucho abandono en las afueras. Un Madrid poco salubre de prestamistas o desocupados. Un lugar y un momento paradójico, de movimientos artísticos y depresión política, de hambre y de picaresca, de altos índices de analfabetismo y de más cabeceras de periódicos que nunca. Una metrópoli llena de recién llegados.

Esa ciudad llena de cafés, de tabernas, de forasteros y de artistas, produjo una tipología humana de personajes tan pintorescos como pícaros. Muchos de ellos visitantes usuales de las redacciones de los periódicos y carne de anecdotario para todos los libros de memorias. Leyendas recurrentes para ciegos de cordel, versificadores profesionales o porteras analistas. Los nombres de Pedro Barrantes, aplicado visitante de la cárcel para pagar las multas de *El País*; el de Segundo Sarrión y Díaz de Herrera, que se autotitulaba rey de Armas y repartía canonjías y cargos, Camilo Bargiela que presumía de elegancia y ser irresistible para las damas<sup>161</sup> aunque iba en zapatillas y pantalón atado con una cuerda, o Rafael Urbano, periodista, traductor, también miembro del grupo del 98, autor del *Manual del perfecto enfermo*, que acabó víctima del alcohol y de la tuberculosis. Formaban parte de la fauna urbana, eran pasto de rumores y exageraciones, eran también bohemios y parte de la realidad de la corte fabulosa concentrada en Madrid.

<sup>160</sup> Laín Entralgo, Pedro. “La generación del 98 y el problema de España”, revista Arbor, número 36, diciembre de 1848.

<sup>161</sup> Baroja Pío, *Desde la última vuelta del camino*, pág. 184.

## 8.5 El mapa de la Corte de los Milagros

Esa corte de los milagros tenía un espacio físico, su escenario principal, perfectamente delimitado y unos actores que pululaban por él. Éstos eran más o menos protagonistas, pero cada uno tenía un papel asignado. En esos años de cambio de siglo las estrellas en el mundo del teatro y las variedades, los referentes de la fama y del glamour eran María Guerrero, Loreto Prado, Rosario Pino, Consuelo Portela (la Chelito) Agustina Otero (la Bella Otero) Consuelo Tamayo (la Tortajada), Aurora Mañanos (la Goya) o Consuelo Bello (la Fornarina), que protagonizó el primer desnudo integral de la escena española.

Los bulevares, las rondas y el río Manzanares delimitaban y encorsetaban al Madrid de 1900. El perímetro de la ciudad se puede resumir en un reducido espacio comprendido entre la Puerta del Sol y Cibeles. Suburbios lejanos, en realidad agrupaciones casi rurales, eran entonces considerados los barrios de Cuatro Caminos, La Gindalera, Prosperidad o Ventas. Y precisamente en estas barriadas de extrarradio era donde se aglomeraban los miles de emigrantes, condenados al hacinamiento en las llamadas casas de corredor, que fueron los antecedentes de las más conocidas corralas.

Era un Madrid dividido en castas, despiadado, desigual, donde la lucha por la vida no era fácil, sobre todo para los miles de forasteros que llegaban a la ciudad desde todos los rincones de la nación. Una ciudad sin hacer, o hecha a golpes de chapuza, tanto urbana como arquitectónica. Sirva como muestra para comprobar cómo era la villa en 1900, el hecho de que ese mismo año fue cuando se asfaltó el suelo de la calzada de la Puerta del Sol, o cuando el alcalde de entonces, Alberto Aguilera, instaló en las calles del centro las famosas estufas que preservaban del frío a los indigentes en las noches de Madrid.

El escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo conoció bien el Madrid de fin de siglo y también la bohemia y los literatos, fue amigo de todos ellos, ciudad, movimiento y autores, y da muestra de ello en sus memorias. Escribe de la primera<sup>162</sup>:

“Porque, en verdad, si hoy la capital de las Españas es todavía una de las ciudades menos confortables y más sin carácter que hay en el mundo, en aquel entonces era cien veces peor, con su aspecto sórdido, que ha ido perdiendo a medida que se ha enriquecido y europeizado”.

---

<sup>162</sup> Gómez Carrillo, E. *La miseria de Madrid*, pág. 24.

La gran mayoría de las calles de la parte interior de los distritos de Hospital, Inclusa y Latina, no tenían alcantarillado. Una parte importante de las casas de estos barrios, sobre todo las llamadas casas de vecindad, no disponían de agua y los vecinos tenían que ir a buscarla a fuentes cercanas. Exactamente el 25 de enero de 1900 se inauguró el alumbrado eléctrico de las calles de la capital.

El 20 de marzo de ese mismo año apenas había en Madrid dos o tres coches a gasolina, aptos para grandes velocidades, a veces de 25 kilómetros por hora. Los primeros tranvías eléctricos cubrían el trayecto Serrano a Puerta del Sol.

En la *Biografía de 1900* detalla Melchor Almagro con toda crudeza el paisaje urbano de un barrio madrileño, Tetuán de las Victorias. Habla de un pobre y mísero barrio al que describe como un erial:

“Desde que sobrepasamos los Cuatro Caminos, el paisaje se torna cada vez más bronco y las figuras humanas menos convencionales... son mujeres y hombres fuera del tiempo... los trajes son simplemente trapos para cubrirse del frío... son viejos bíblicos, con la maraña amarillenta de las barbas... mujeres de nogal y desgredado pelo, tan hechas al trabajo, que llevan sobre la espalda cargas dignas de jayanes... mozas sin juventud ni ternura... chiquillos y niños muy morenos que, para divertirse, se tiran piedras unos entre ellos o matan gatos y perros... entre los grupos se estacionan mendigos contrahechos, enanos o tullidos, con el gesto truhán y la palabra lastimera”.

Un paisaje desolador, pero lógico seguramente, en una ciudad que tenía, hacia 1900, 10.000 traperos; una capital donde un obrero sin cualificar ganaba entre 12 y 16 reales diarios por una jornada media de diez horas; una metrópoli donde existían chozas urbanas. Pío Baroja habla de las viviendas trogloditas de la Montaña del Príncipe Pío en un artículo que publicó en *El Globo*, el 2 de noviembre de 1902.

Madrid no era a finales de siglo XIX precisamente una ciudad industrial ni tampoco un gran centro comercial, era más bien una rara mezcla de poblachón y metrópoli. En esa realidad las posibilidades de trabajo para su medio millón de habitantes no eran muchas. Y si el trabajo masculino era escaso e insuficiente más lo era el femenino. Los trabajos a los que podían acceder las mujeres eran o bien la servidumbre doméstica o la ocupación como costurera, modista o lavandera.

La vida madrileña y su paisaje están detallados en la trilogía de Baroja, *La lucha por la vida*. En ella dibuja los mendigos que duermen en la Puerta del Sol o se fija en el calor de las calderas para el asfaltado; habla de las busconas, los chulos y las celestinas. Lo pinta como “Un Madrid

parásito y holgazán y alegre”. El novelista fotografía la ciudad en *La Busca*, y revela sus entrañas luego en *Mala hierba*. Es ese Madrid parásito al que Baroja llama mala hierba, lleno de personajes que viven en la cuerda floja, inventando todo tipo de ocupaciones para sobrevivir.

Coinciden, sobrepuestos, un mundo miserable en *La Busca* y otro mundo de golfos algo más finos en *Mala hierba*. La filosofía de los últimos es que hay que ser astuto para sacar provecho de las debilidades de la sociedad. Pero queda claro que esa picardía la desarrolla, y la ejerce, igual el ministro que encubre o financia salas de juegos, que el policía que mira para otro lado y a cambio de eso recibe algún dinero o el bohemio que da pequeños sablazos a escritores mejor colocados, o el periodista que habla bien o mal del político que le convenga.

La vida cotidiana y los afanes de una ciudad con tantos contrastes, aparece en las novelas de Pío Baroja, pero también en las de Benito Pérez Galdós o en las de Vicente Blasco Ibáñez. Por ellos se puede rastrear la peripecia del Madrid a caballo entre dos siglos.

Andamos, pues, por un estrecho sendero *bohemia-golfemia*, que nos lleva a través del ambiente de un Madrid absurdo y hambriento. Es ahí donde el mundo de los artistas pobres, soñadores, desciende a la manera verdadera de cómo buscarse la vida, del azul del ideal a la cruel realidad del charco, de la gloria al lodo.

Tal vez por eso apunta el hispanista Cristián H. Ricci, de la University of California<sup>163</sup>, que “no es lo mismo vivirla en los paraísos artificiales de sus releídas *Escenas de la vida bohemia*, de Murger y codearse con Verlaine y la *troupe* parnasiana y simbolista parisina que sufrirla en el “puritano”, “sórdido”, y contradictoriamente “arrogante”, como dice Gómez Carrillo en *La miseria de Madrid*, ambiente madrileño”.

## 8.6 La lucha por la vida, héroes del arrabal

En 1905 Vicente Blasco Ibáñez era diputado y vivía al final del Paseo de la Castellana, “casi en el campo”, dice en el prólogo a su novela *La Horda*. Salía de casa caminando y, en lugar de dirigirse al Congreso, se iba a los arrabales a observar a los tipos humanos que allí vivían. Así se documentó para escribir su novela de los suburbios madrileños. En *La Horda* describe con preciso realismo toda la miseria de los barrios pobres de las afueras:

---

<sup>163</sup> Ricci, C. *El espacio urbano en la narrativa del Madrid de la Edad de Plata*, pág. 170.

Cuatro Caminos, Vallecas, Tetuán y las Cambronerías. Los habitantes de aquellos sitios, que vivían rodeados de basura y desperdicios sin las más indispensables y dignas condiciones higiénicas, eran traperos, golfos, mendigos, albañiles y otras brigadas del bajo proletariado. En realidad, la escoria de la sociedad, los pobres que entraban en la capital al amanecer para buscarse la vida y regresaban a sus sórdidas casuchas por la tarde. Es la horda que llevaba el hambre a cuevas y divisaba “en una lejanía inalcanzable la belleza, el atractivo y la monstruosidad de Madrid”.

A la vez la urbe ignoraba a esa “muchedumbre famélica” y ésta algún día dejaría de estar quieta y resignada y pediría su parte, “no tendiendo la mano, por caridad, sino exigiendo con altivez”, se puede leer en *La Horda*.

El novelista valenciano compartió en buena medida la postura rebelde-antiburguesa de bohemios y noventayochistas. Con apenas 16 años ya vivió la bohemia madrileña y los ambientes obreros de taberna, cuando se alojaba en una pobre pensión de la calle Segovia. De modo que conocía lo suficiente para presentar en su novela al pueblo oprimido, y logró, además de describir el paisaje madrileño, narrar una epopeya proletaria. La vida de esos suburbios, una historia de la emigración y a la vez los afanes bohemios de los llegados a Madrid a conquistar la gloria. Todo eso está en el texto de Blasco Ibáñez.

El protagonista de *La Horda* es un periodista, Isidro Maltrana, un hombre con talento pero condicionado por su origen social, y la novela narra episodios negros y miserables de su vida de bohemio.

El personaje que inventa Blasco Ibáñez es gran lector y tiene algo de erudito. Maltrana es un escritor de simpatías anarquistas y traductor mal pagado que frecuentaba las redacciones y los cafés literarios, el Ateneo y la Biblioteca Nacional. Como un trasunto del espíritu, las realidades y las aspiraciones de las que se ocupa este trabajo, rechaza la universidad “como otra mentira de la sociedad e inútil para el verdadero intelectual” y se afilia a “la tumultuosa e ingobernable República de las Letras”. Se recrean en la novela las noches de tertulia del Café Fornos. Ahí va a menudo Maltrana, precisamente a hacer tertulia en una “mesa de futuros genios”.

Recordemos que Fornos era uno de los cafés más lujosos de Madrid. Situado en la calle Alcalá, esquina a la de Peligros, estaba decorado con pinturas y tapices, alfombras y cómodos sofás. Tenía un amplio corredor en la parte superior y en el entresuelo unos reservados para tertulias, igual de hombres de negocios que de literatos y artistas, o parejas de citas discretas. En el entresuelo de Fornos se habían instalado unos cuartitos reservados y numerados.

Una de las más famosas tertulias se instaló en uno de esos cuartitos, llamado “La Farmacia, porque en él había de todo como en botica: políticos, hombres de negocios, banqueros, artistas de todas clases, médicos, pintores, periodistas, literatos, cómicos, autores dramáticos, toreros”<sup>164</sup>.

Habituales de Fornos, según Velasco Zazo, cronista oficial de la villa, eran “Joaquín Dicenta, Manuel Paso, Vital Aza, Ramos Carrión, Arijá, Camba, Barrantes (rostro de garduña, rimaba sus versos a fuerza de alcohol), José Carrascal, Zamacois, López Silva, Alejandro Sawa, Valle Inclán, Palomero (a escribir sus chistes para Gedeón), Granés, Baroja, Azorín (con su paraguas encarnado), Félix Méndez, Pedro Répide, Ramón de Godoy y Villaespesa”.

Ahí colocó Blasco Ibáñez a su antihéroe, a departir hasta altas horas de la noche, a hacer de negro para un oscuro protector, senador y marqués, que aspiraba a ser ministro. Pero las desgracias no terminan para Maltrana y va de frustración en frustración, sin dinero y sin gloria.

Es el espíritu y el ambiente de los mismos años, 1904 y 1905, de la trilogía de Pío Baroja. En este caso, la vida triste y esperanzadora de Manuel Alcázar, el personaje que llega desde el campo a Madrid para, entre golfos y soñadores revolucionarios, encontrar su sitio en el mundo. Un hombre joven que pretende abrirse camino en una sociedad hostil. En la historia caben un quimérico revolucionario, un vividor profesional o su novia, Salvadora, reflejo de la bondad humana.

Los ambientes y los personajes, tanto de *La Horda* como de *La Busca*, están en el extrarradio del Barrio Latino. Suburbios donde viven los antihéroes, donde está la mala vida que admiran y reivindican los bohemios, modernistas y jóvenes inquietos. Y dentro de ese amplio y marginal grupo que habitaba los arrabales caben los golfos, los inadaptados, los caídos, los pillos, los vagabundos, las prostitutas, los pícaros, los obreros y los desempleados.

Héroes que admiran y jalean y en los que ponen la esperanza de un levantamiento más o menos cercano y desde luego revolucionario. En *Iluminaciones en la sombra*, Sawa habla de la furia de los renegados del extrarradio, que se acercaban al centro de la Corte de los Milagros a mendigar un trozo de pan, pero especula con una reivindicación en la que la ira de esos menesterosos se transforme en rebelión, en levantamiento.

Y el drama *Juan José*, la mencionada obra de Joaquín Dicenta, unos años antes sube al escenario del teatro a esas mismas clases sociales. Son cuatro visiones de la realidad madrileña. Los textos de Dicenta, Sawa,

---

<sup>164</sup> Velasco Zazo, Antonio. *El Madrid de Fornos*, pág. 81.



Baroja y Blasco Ibáñez coinciden en descubrir el ambiente de un Madrid finisecular y regeneracionista.

Pero entre el proletario del arrabal y la clase preponderante, la burguesía pujante, caben otros dos mundos igualmente encontrados: el ordenado y el desordenado, el de cafés y tertulias y el del trabajo asalariado, el de las oficinas y el de los desocupados, el de los tenderos y el de los bohemios, el de los burócratas y el de los artistas.

Estos, los artistas, se consideran tan aristócratas como los socios de la Gran Peña, por eso tomaron como héroes a los habitantes de los fondos más bajos y se pusieron como meta epatar a las clases medias con sus actitudes, su aspecto y su forma de vida. Muchos de ellos no buscaron arruinar a la burguesía sino irritarla, desconcertarla. No quisieron de veras la revolución, sólo asustar un poco.

## **8.7 Un barrio latino y una calle bohemia**

En aquel Madrid contradictorio, puritano y arrogante, de tribus que pululaban por las calles de una ciudad que los acogía a todos, que los lleva al cielo de la gloria o al infierno de la indigencia, se producían casualidades sorprendentes. Encuentros fortuitos que cambiaban destinos o coincidencias impensables. O no tanto. Varios estudiosos han intentado fijar el escenario e identificar el Barrio Latino madrileño. Pero tal vez lo menos esperado sea la existencia de una calle en el centro de la ciudad, llamada de La Madera, donde, sin que aparentemente se diera planificación alguna, se asentaron cafés, redacciones de periódicos, así como lugares y domicilios bohemios.

Bien es cierto que las casualidades no existen y la calle de La Madera se encontraba en pleno si no centro sí zona principal de lo que se podría considerar el Barrio Latino madrileño, identificado así por Emilio Carrère en algunos de sus poemas. Él y otros investigadores posteriores lo sitúan en los alrededores de la Universidad Central, en la calle de San Bernardo. Entre ésta y la calle Reyes, donde estaba el Instituto Cardenal Cisneros. Se trataba de un laberinto, delimitado por la calle de Amanuel y la Travesía de Conde Duque, hasta la calle de Fuencarral. En el medio, como sus diagonales y sus cruces, la calle de La Madera, la de La Corredera, la del Pez, la de La Luna o la de Ceres, la actual calle Libreros, donde se concentraban buena parte de los burdeles del centro de la ciudad. El circuito llegaría, hacia el suroeste, a la plaza de Oriente, y al sur, a la Puerta del Sol.

La segunda promoción de bohemios de la que se viene hablando en este trabajo, los de la Santa Bohemia, tuvo su principal radio de acción precisamente en ese barrio latino madrileño que, en los años ochenta y noventa del siglo XIX, contó con una activa vida comercial, artesanal e intelectual en torno a la Universidad. En ese puñado de calles estrechas articularon su ciudad letrada: ahí se ubican redacciones de periódicos, imprentas y librerías, y también sus sitios de esparcimiento, con sus billares, cafés, tabernas y prostíbulos.

“Una cosa aprendí, si no precisamente en la Universidad en sus alrededores... Aprendí a jugar al billar... ¡Y no es floja la enseñanza que se desprende de unas bolas que ruedan por un tablero, como nosotros rodamos por el mundo!”, escribe Antonio Palomero<sup>165</sup>, quien, por otra parte, se calla que desde muy joven, en la década de los ochenta, y en compañía de los Sawa, Delorme, Manuel Paso y otros, alternando con el billar y con las modistillas, mantuvieron viva en la Universidad la protesta estudiantil.

El Barrio Latino madrileño acogía a buena parte de las redacciones de periódicos y revistas. Desde *Democracia Social* a *Don Quijote*, pasando por *Germinal*, *el País* o *El Evangelio*.

Pero las coincidencias que se dieron en la calle de La Madera hacen de ese sitio una suerte de crisol bohemio. En el número 24 estaba la concurrida casa de Joaquín Dicenta, uno de los más significados bohemios, de las más importantes personalidades y uno de los cinco elegidos para este estudio. A pesar de que hoy pocos sepan de él, estuvo durante más de un cuarto de siglo entre los tres o cuatro escritores y periodistas más conocidos, seguidos y considerados, según Javier Barreiro, probablemente quién más lo ha estudiado, “como el más señalado escritor progresista del país”. Un hombre lleno de energía, desmesurado y generoso, al tiempo que dueño de un carácter agresivo, retador y polémico. A su casa acudían algunos de los jóvenes que luego formarían la Generación del 98. De hecho Azorín aspiraba a tener algún día una casa como aquella.

En la misma calle tenía su sede, en el número 8, -“en un viejo caserón destartalado”, según describe Cansinos- uno de los periódicos donde trabajó Dicenta, *El País*, diario republicano-progresista, de partido, que defendió los intereses y la política de Lerroux. Y en el que colaboraron buena parte de los periodistas bohemios del fin de siglo. Diario progresista y controvertido, estuvo envuelto en no pocas polémicas, unas propias y otras ajenas. Desde los mismos balcones del periódico, ante los congregados en la calle, Alejandro Lerroux hizo algunos de sus sonados discursos en los primeros años del siglo XX. El edificio, lindero con el antiguo convento de las monjas de San Plácido, lleno de leyendas, conformaba una curiosa

---

<sup>165</sup> Palomero, Antonio. *Mi bastón y otras cosas por el estilo*. pág. 161.

vecindad: en la redacción se oían las campanas del convento, lo que dio lugar a no pocas bromas en lugar tan anticlerical<sup>166</sup>.

Años después, como para confirmar la cualidad de calle tan bohemia y periodística, el mismo edificio que antes que sede del periódico había sido palacio en el siglo XVIII, luego teatro e iglesia evangélica, se rehizo para cobijar a otros dos diarios, primero *La Libertad* y después, ya en tiempos más cercanos, *Informaciones*.

Por ese mismo lugar, entre las calles de La Luna y El Espíritu Santo, entró y salió la inconfundible figura de Valle Inclán, cuando acudía con asiduidad al Círculo Carlista, sito en el número 58 de la calle, donde discutía con los personajes tradicionalistas del momento.

En el segundo piso del número 51 se editaba una revista importante de esos años, la modernista y republicana, *Las Dominicales del Libre Pensamiento*. Agitador del republicanismo, el anticlericalismo y el librepensamiento, llevaba por subtítulo *Semanario librepensador sostenido por las llamas luminosas* y estaba dirigido por otro periodista frecuentador de la bohemia, Ramón Chies, quien contó con colaboración del mismo Joaquín Dicenta y otros bohemios, como Pedro Barrantes, y una inquieta redacción en la que estaban nombres que empiezan a sernos familiares, como el cofundador del semanario, Fernando Lozano Montes, *Demófilo*, Francos Rodríguez, Ferrandiz, Bonafoux, Alejandro Sawa, Luis Paris, Ricardo Fuente, Manuel Paso o Mariano de Cavia.

En el segundo piso del número 27 de esa misma calle vivía Luis Ruiz Contreras, mecenas e impenitente fundador de revistas. Allí en su domicilio, en su amplio salón, lleno de cuadros y dibujos y con un gran diván circular que perteneció a la redacción de *El Globo*, y en una mesa revuelta en la que se podía ver, bajo un cristal, encuadradas las cuartillas del primer acto de *Juan José*, el drama de Dicenta, se reunían desde 1896, todos los miércoles, el propio Joaquín Dicenta, Ricardo Fuente y Antonio Palomero; Emilio Fernández Vaamonde, Luis Gabaldón, Adolfo Luna y Rafael Delorme; Jacinto Benavente y Valle Inclán, Rubén Darío y José Martínez Ruíz; Pío Baroja, Manuel Bueno y Ramiro de Maeztu.

---

<sup>166</sup> Escribe Cansinos en *La novela de un literato*, que “por curioso azar confinaba con el antiguo convento de monjas de San Plácido, consagrado por la consabida leyenda. Desde la redacción podían oírse las campanas del convento... En la alta noche, mientras las monjitas se despertaban para alabar a Dios, los redactores de aquella hoja impía celebraban su misa masónica, escribiendo cosas tremendas contra Dios y sus ministros”. pág. 136.

Era el cenáculo de la calle La Madera, en el domicilio de Ruiz Contreras, una de las tertulias más importantes. Parece que en ese salón luego serían instalados algunos útiles de gimnasia de los que hacían buen uso varios concurrentes a la tertulia. El anfitrión lograba reunir cada miércoles a escritores jóvenes y periodistas consagrados, la mejor manera de promocionar a los primeros.

Había una pensión en esa misma calle que recogía a muchos de los bohemios, la de Hans de Islandia. Era éste un asturiano, si bien para otros testimonios se trataba de un escandinavo a quien sus huéspedes apodaron así en honor a un personaje de Víctor Hugo. En su pensión de mala muerte colgaba un cartel que rezaba: “Casa económica para pernoctar. No se fía ni a Dios”. La describe Juan Manuel de Prada en su novela *Las máscaras del héroe*, porque era donde se hospedaba el escritor Pedro Luis de Gálvez, protagonista de su libro y personaje singular de la tribu bohemia de su última etapa:

“Se hospedaba (cuando el vino no lo guiaba hasta los bancos del Parque de Oriente) en una pensión de la calle de La Madera con olor a establo y abundancia de piojos, situada muy cerca de la casa donde vivió Quevedo; compartía un dormitorio con otros veinte huéspedes, hombres vapuleados por la calamidad, cofradía piruetista o hampones de la literatura como el propio Gálvez, jornaleros de la poesía que habían llegado a la conquista de la Puerta del Sol procedentes de la periferia”<sup>167</sup>.

Víctor Fuentes habla de la novela de De Prada y de la famosa pensión en su ensayo *El Madrid de los bohemios*. Y a ella se refiere también Alfonso Vidal y Planas en su libro *Memorias de un hampón*. El narrador es Abel de la Cruz, alter ego del autor, y describe el dormitorio de veinte camastros donde pernoctan veinte ‘piruetistas’ -“cuerpos tronchados, cansinos; chupados rostros, pelambres sucias y desgredadas, harapos”- previo pago de cincuenta céntimos, huyendo “de las noches invernales de Madrid” que “arañan, muerden la carne, lamen los huesos”. Y cita entre los veinte, y cuenta sus penurias de escritores, literatos, periodistas, sablistas y hampones, a Agustín Mintegui, Vicente del Olmo, Antonio Santalo, Dorio de Gádex, Gonzalo Seijas, Pedro Luis de Gálvez y Víctor Simón.

Si en la calle de La Madera coincidió tanto rastro bohemio hay que considerarlo de cierta lógica, pues estaba ubicada en pleno Barrio Latino madrileño y en él vivían muchos más protagonistas del Modernismo y de la bohemia: Alejandro Sawa, en el callejón de las Negras, esquina con la travesía del Conde Duque; Francisco Villaespesa, en el número 5 de la calle de Divino Pastor, esquina Fuencarral; y Rubén Darío vivió en la calle

---

<sup>167</sup> Prada, J.M. *Las máscaras del héroe*, pág. 187.

Marqués de Santa Ana. Por aquellas calles estaban las imprentas que daban a la estampa sus libros, y las redacciones, y hasta los talleres de sus periódicos. En el 9 de la calle ancha de San Bernardo vio la luz *El frac azul*; imprentas como las de Antonio Marzo, estaban en la calle de San Hermenegildo, 10 duplicado, y luego en la de Pozas, 12, donde se imprimía la revista *Arte Joven*, dirigida en lo artístico por Picasso; en el número 36 de la calle del Pez, y luego en la Corredera Baja de San Pedro, estaba *La Democracia Social*, “órgano del partido demócrata social”. También se encontraban en aquellas calles los figones, tabernas, cuyas huellas ha seguido Fuentes en su trabajo *El Madrid de los bohemios*.

## **8.8 Choque generacional. Viejos y Nuevos enfrentados.**

Por el Barrio Latino de Madrid deambularon los hermanos Sawa, Barrantes, Bonafoux, Palomero y Dicenta, y también Paso, Nakens, Villaespesa, y Luna, y Delorme y Bark, Luis de Tapia, Cristóbal de Castro, Ricardo Fuente, y además Valle Inclán, y Azorín, y los Machado y Maeztu. Tuvieron en común su mala vida, su rebeldía, y la edad. Andaban recién pasados los treinta años y eran todos Gente Nueva que intentaba buscar su sitio en la vida intelectual y social del Madrid de fin de siglo. Su propio sitio, y a veces el lugar que consideraban ocupado injustamente por sus mayores. Porque la bohemia española, y los movimientos artísticos de fin de siglo, también supuso un choque generacional.

Los jóvenes que vagaban por el Barrio Latino de Madrid coincidían en muchas cosas, suficientes para juntar los ocho requisitos que el crítico alemán Julius Petersen consideraba imprescindibles para hablar de generación. Es decir:

Nacimiento en años poco distantes.

Formación intelectual semejante.

Relaciones personales entre ellos.

Participación en actos colectivos comunes.

Acontecimiento generacional.

Presencia de un guía.

Lenguaje generacional.

### Desaparición de la generación anterior.

El último era el que no se cumplía, puesto que la generación anterior estaba perfectamente instalada y sin ninguna intención de retirarse. Al contrario.

En cada etapa de la historia ha habido grupos de nuevos o novísimos compuestos habitualmente por jóvenes que quería reafirmar su existencia y reivindicar un espacio propio, lógicamente diferente al anterior y con aspiración de originalidad con respecto a las ideas y los valores establecidos. Los cinco autores seleccionados eran de esos y fueron inmortalizados por primera vez en 1888, en el libro que escribió Luis París, *Gente Nueva*. El Modernismo y la Generación del 98, aunque en los años que se analizan en este trabajo no existía esta última como tal, se manifestaron tan contrarios a la España de la Restauración como al realismo que practicaban sus hermanos mayores en la literatura, la Gente Vieja. La necesidad de matar al padre se unió a la de denunciar las corruptelas del gobierno y a la de ajustar cuentas con los poderes establecidos. Artistas y literatos conformaron entonces dos frentes irreconciliables: Los mayores miraban mal y con desprecio a los recién llegados y estos hacían lo propio con quienes consideraban anquilosados, acomodados y caducos.

Frente a los escritores consagrados, muchos de ellos integrados en el sistema político, o al menos instalados en el canon establecido, surgieron los nuevos creadores que desde la disidencia, o desde las aspiraciones irrefrenables de ocupar sus puestos, practicaron, en algún momento o continuamente, tanto el dandismo como la bohemia literaria. Querían cambiar el mundo tanto como quitarles el puesto a sus mayores.

Ese choque generacional y estético se vio en múltiples ocasiones, una de las más señaladas en el apoyo que recibió la concesión del premio Nobel al dramaturgo José Echegaray por parte de la Gente Vieja, y la crítica que hizo al galardón este nuevo, heterogéneo y numeroso grupo, la Gente Nueva, muchos dispuestos a aceptar que la bohemia era el precio que se pagaba por la libertad de acción y de pensamiento.

Además de considerarse a sí mismos como una especie de proletariado intelectual, estos jóvenes intentaban propagar las ideas nuevas y terminar con la vieja España, ajustando cuentas a la Restauración de Cánovas. Fue una encarnizada lucha representada por dos revistas literarias: *Gente Vieja*, que apareció en diciembre de 1900 y agrupaba a los defensores del viejo orden cultural, social y político, y *Vida Nueva*, de 1898, que pretendía acabar con ese orden, bastante desordenado por cierto, que era la vida pública española de esos años.

Precisamente en esta última publicación, en la portada de su primer número, del 12 de junio de 1898, se decía:

“Venimos a propagar y defender lo nuevo, lo que el público ansía, lo moderno, lo que en toda Europa es corriente y aquí no llega por vicio de la rutina y la tiranía de la costumbre. Y con esto queda sentado que Vida Nueva será no el periódico de hoy, sino el periódico de mañana”.

Fueron muchos los nombres que pueden considerarse dentro de ese grupo bien reconocido como Gente Nueva<sup>168</sup>, disconforme con la sociedad española de entonces. Estos son algunos de ellos, precisamente los que iban coincidiendo en tertulias, redacciones, ateneos y paseos nocturnos: Ricardo Fuente, Antonio Palomero, Rafael Delorme, Ernesto Bark, Jurado de la Parra, Eduardo Zamacois, Urbano González Serrano, Ricardo Yesares, Miguel y Alejandro Sawa, Manuel Paso, Nicolás Salmerón hijo, Rotuney, Ramiro de Maezu, Ramón María del Valle Inclán, Jacinto Benavente y Pío Baroja.

Escribe Luis Paris en *Gente Nueva*:

“Nacidos todos entre los fulgurantes esplendores de las revueltas y asonadas, con la leche que hemos mamado ahumada por las explosiones de pólvora y cortada por los sobresaltos de nuestras madres, hemos dado los primeros pasos en la vida a ciegas, por entre medio de las emboscadas de la política rastrea y mediocre de nuestra patria, asistiendo como espectadores a las luchas diarias y desiguales de lo que se va, y es potente y fuerte, rico y hábil, con lo que viene, y es débil y torpe, pobre e impreciso”<sup>169</sup>.

Les unían preocupaciones comunes, entre ellas la sociedad, el arte y la política. De esta última, el gobierno de la nación, pero también la política colonial. Fue justo al mes de producirse el Desastre, en junio del 98, cuando nació el semanario independiente *Vida Nueva*, que gozó de cierto predicamento en los medios culturales, artísticos e intelectuales. Precisamente ahí publicó dos artículos Unamuno, que conectaban directamente con ese espíritu de la rebeldía juvenil y que se titulan “¡Muera Don Quijote!” y “Renovación”.

Fueron muchos los discrepantes con el canon establecido, partieron de diferentes situaciones y conformaron, a veces de manera natural otras de

---

<sup>168</sup> En 1888 Luis Paris publica su libro *Gente Nueva*, en el que describe el concepto y al grupo, cuyo núcleo principal estaba formado por esos escritores y periodistas. Uno de los primeros manifiestos del grupo fue el homenaje que hicieron a la muerte de Víctor Hugo en el periódico *La Universidad*, el 12 de febrero de 1885. Entre los redactores de ese periódico estaban Alejandro Sawa, Antonio Palomero, Manuel Paso, Luis Paris y Rafael Torroné.

<sup>169</sup> Ibid. pág. 15.

forma casual, grupos y figuras que estuvieron claramente diferenciados pero que en ocasiones se mezclaron hasta la confusión.

La situación de pobreza personal y las necesidades vitales y juveniles, unido a un arraigado sentimiento de orgullo, fue característica principal de la mayoría de sus componentes. También es cierto que en grupo tan numeroso y heterodoxo unos defendían sobre todo el arte puro, basado en la belleza, y otros reivindicaban de manera más concreta la verdad, la justicia y la libertad. En realidad diferentes maneras de entender su lugar en el mundo. Entre todos ellos y por las distintas posturas se dieron a veces diferencias, polémicas y pugnas, pero como dice Iris Zabala<sup>170</sup>:

“Esa gente joven estaba unida por objetivos comunes. Unos aliados a los socialismos, otros al anarquismo: todos republicanos y antiburgueses. Tribu dispar, pero tribu al fin que rendía culto ante los altares de la libertad y de la amistad. Todo lo discutía: religión, política, artes, el concepto de familia, de propiedad”.

El aspecto de muchos de aquellos jóvenes provocó también satíricas descripciones, además de una tendencia al cliché: sombrero de alas anchas, cabellos largos, barbas, extravagancia, actitudes decadentes, modernistas, alboroto verbalista, palabrería apocalíptica, sátira y broma... Pero ese grupo de Gente Nueva tuvo un momento, comprobable en periódicos y revistas, de suma de esfuerzos, de frente común por las ideas renovadoras. Recuerda Iris Zabala que Eduardo Zamacois escribe en el primer número de la revista *Germinal*: “Sí, a España aún le aguarda un glorioso germinal; España no está muerta, está dormida”. Y también apunta la profesora en ese mismo estudio que la revista *Vida Nueva* se propone luchar por una estética libre y renovadora: “propagar y defender lo nuevo... lo moderno”, como se leía en su primer número:

“¡Vida Nueva! Así dicen millones de españoles, hartos de lo viejo, de lo usado, de lo fracasado, de lo convencional, de lo que no existe en ninguna parte más que entre nosotros. ¡Vida Nueva! Es decir, nueva savia en los partidos, nueva savia en las ideas, basta de rutinas, de abusos, de egoísmos de arriba y desdichas de abajo, de caciquismos, de reaccionarismo legendarios”<sup>171</sup>.

En esa defensa de lo nuevo, en la crítica de la rutina y en el deseo del despertar de España parecen coincidir una buena parte de los jóvenes de fin de siglo.

Tal vez aquella fuese una coalición efímera y coyuntural, y que de ella quedaran sólo anécdotas y polémicas. Pero para entender la

---

<sup>170</sup> Zabala, Iris. *El Discurso de la Bohemia*. Estudio preliminar del libro *Alejandro Sawa. Crónicas de la Bohemia*. pág. XVI.

<sup>171</sup> Primer artículo del primer número de la revista, 12 de junio de 1898.



importancia de unos y de otros en aquel fin de siglo, para conocer quién siguió las huellas de quien, para saber quién fue realmente hermano menor -y quien bohemio- ilustra bastante el artículo que Azorín publicó en *La Esfera*, el 25 de abril de 1914. En él describía, exponía y centraba la luego bien conocida Generación del 98. Y aparece Joaquín Dicenta como elemento principal, amigo y respetado por todos.

Cuenta en él que Dicenta y Jacinto Benavente ya eran conocidos en 1898. “Pero Dicenta se mezclaba más con nosotros -los del 98- era más enérgico, más violento, más rebelde”. Y recuerda que se reunían en casa de Ruiz Contreras, o del propio Dicenta, “que tenía un agradable patio para escribir”, y cavila que ellos no sabían cual iba a ser su suerte al día siguiente y se preguntaban “cuándo nosotros, bohemios, íbamos a tener un patio como aquél para escribir bellas obras”. Lo que indica que Dicenta era el admirado, el adelantado y el envidiado de todos ellos. Y también como Azorín se consideraba un bohemio.

El rechazo a la política de la Restauración, que conducía a España al desastre y a la atonía, hacía que los jóvenes estuvieran alerta y propagaran tanto las ideas de progreso como la denuncia de la situación. Para unos eso era regeneracionismo, para otros era trazar un claro corte con el pasado. En el fondo, la rebeldía, la lucha contra lo establecido, el rechazo a añejas fórmulas, era la disputa entre lo viejo y lo joven, entre dos generaciones. Una irreconciliable polarización que se reflejaba en las dos revistas literarias: *Gente Vieja*, donde se agrupaban los que defendía el viejo orden cultural, y *Vida Nueva*, de tendencia socialista y europeizante, que pretendía arrollar ese más bien desorden antiguo.

Críticos como Clarín y escritores como José María de Pereda o Emilia Pardo Bazán se enfrentaban a los pujantes modernistas, a quienes tildaban de seudoliteratos y pordioseros.

Una lucha feroz que a veces se mantenía desde las incontables revistas de la época que nacían y morían casi a diario. José María Pereda los llamaba “melenudos” y Clarín “extranjerizantes”. En 1897 José María de Pereda leyó su discurso de recepción en la Academia Española, en el que lanzó su desafío contra la literatura nueva y se mofó de los jóvenes autores “modernistas, partidarios del cosmopolitismo literario”, los llamó “los tétricos de la negación y de la duda que son los melenudos de ahora”, por los que dijo sentir repugnancia por su “afán de ser extranjeros”. Los consideraba herejes y teóricos de la negación y de la duda. Ese año escribió Sawa sobre Pereda “hay que juzgarlo como a un ingenio de otra época, como a un muerto que fue admirable, pero que vivo es sencillamente anacrónico”<sup>172</sup>. Y Azorín recuerda el discurso años después en ABC<sup>173</sup>

---

<sup>172</sup> Zavala, Iris. Ibid. pág. XV.

“Pereda, que tan absurdamente declama contra la innovación literaria sin enterarse en qué consiste”.

Afirma Iris Zabala<sup>174</sup> que “consideraban los venerables representantes de la burguesía que esos aires extranjeros eran una amenaza para los valores nacionales”. No ahorran ferocidad en los ataques, ni en forma ni en contenido, y ligaban vestimenta y cosmopolitismo. Evidentemente no todos eran “melenudos”, sigue explicando, “pero sí formaban parte de los rebeldes, fieles a una voluntad creadora y renovadora, que negaban la base misma de la sociedad burguesa”.

No se cortaban tampoco los jóvenes. Joaquín Dicenta contestaba desde la revista *Germinal* que ellos sólo querían “en política la República como punto de partida, la República Social como fin inmediato, el progreso indefinido como ideal superior” y reclama “libertad para el pensamiento en el libro, en la tribuna, en el teatro, en el arte, en todo, no quiere, no debe, no puede guardar silencio”<sup>175</sup>. Y Azorín pocos años más tarde aseguró en su famoso artículo “Somos iconoclastas”, publicado en *Alma Española*<sup>176</sup>, que “esta generación, la vieja, ha sido una generación de pobres de espíritu -dramaturgos, novelistas, poetas- y nosotros valemos más, mucho más que ellos”. Y se extraña de que “lo raro y lo lamentable es que los ataques contra los viejos no sean más frecuentes y más enormes, porque eso indicaría en la juventud una vida y una pujanza que España necesita”.

Camilo Barciela aseguraba<sup>177</sup>: “No hay quien pueda negar la superioridad de los escritores de ahora sobre los pasados”. Si bien recuerda que estos aun “triscan, desgraciadamente, en gran número de periódicos y revistas, son los mantenedores de la redondilla fácil y el chiste macerado y epiléptico”.

*Clarín* era el gran nombre de la crítica literaria y defendía y elogiaba a los escritores consagrados, como Juan Valera o Benito Pérez Galdós, y se manifestaba reacio a las nuevas tendencias.

De manera que a la altura de 1900, el panorama intelectual español podía dibujarse, muy a gruesos trazos, de la siguiente forma: Por un lado permanecía y ocupaba lugares de privilegio la llamada Generación del 68, integrada básicamente por novelistas: Juan Valera, Benito Pérez Galdós, Leopoldo Alas, *Clarín*, Emilia Pardo Bazán, José María Pereda y Armando Palacio Valdés, entre otros. Su modelo y estética realista disfrutaba del

---

<sup>173</sup> Azorín. “La generación de 1898”, ABC, 18 de febrero de 1913, pág. 3.

<sup>174</sup> Ibid. pág. XVI.

<sup>175</sup> Dicenta, Joaquín. *Germinal*, nº 4, pág. 1, 24 mayo 1897.

<sup>176</sup> Martínez Ruiz, José. “Somos iconoclastas”. Revista *Alma Española*, 10 de enero de 1904.

<sup>177</sup> Barciela, Camilo. *Luciérnagas*, pág. 90.

favor tanto del público como de los editores y la crítica, aunque no de las simpatías de los más jóvenes. Por otro, se empezaba a saber de un grupo que años más tarde se conocerá como Generación del 98, con Baroja, Azorín y Maeztu a la cabeza y Unamuno como figura un tanto extraterritorial y Valle Inclán como propuesta más rompedora.

La nómina de la Generación del 98 no quedaba reducida a los grandes nombres, a ella hay que incorporar a otros muy activos en aquellos años: Gabriel Alomar, Carlos Arniches, Ricardo Baroja, Luis Bello, Manuel Bueno, Manuel Ciges Aparicio, Francisco Grandmontagne, Eduardo Gómez Baquero (Andrenio), Silverio Lanza, F. Navarro Ledesma, Joaquín Dicenta, Luis Bonafoux, Alejandro Sawa, Eugenio Noel, Miguel S. Oliver o José María Salaverría, que dan idea de la amplitud y vitalidad del movimiento cultural del cambio de siglo. Lo que sugiere un panorama intelectual rico y complejo, con múltiples corrientes a veces contradictorias.

Al margen del malestar político y del descontento con la realidad social, en el fondo la rebeldía del grupo nuevo estaba también animada por el deseo de desplazar a la Gente Vieja, cosa que empezará a suceder en 1902, cuando algunos de ellos publiquen sus obras y empiecen a tener cierta repercusión.

El mayor y más evidente, al menos desde el punto de vista mediático, choque entre las dos generaciones se produjo como se ha indicado con motivo de la concesión del premio Nobel de Literatura a José de Echegaray, en 1904. Precisamente fue Juan Valera, desde el semanario *Gente Vieja*, el que propuso el homenaje nacional al dramaturgo premiado. Fue apoyado inmediatamente por las autoridades, tanto políticas como académicas, y también por la Asociación de Escritores y Artistas. Una gran multitud invadió los jardines de acceso a la Biblioteca Nacional, donde se el rindió homenaje. Todos los teatros de Madrid, durante la semana, repusieron sus obras. El Ateneo celebró sesiones solemnes para vitorear al dramaturgo. Pero un manifiesto de protesta salió publicado en los diarios más importantes el 19 de febrero de 1905. Decía así:

“Parte de la prensa inicia la idea de un homenaje a don José Echegaray y se arroga la representación de la intelectualidad española. Nosotros, con derecho a ser incluidos en ella -sin discutir ahora la personalidad literaria de don José Echegaray- hacemos constar que nuestros ideales artísticos son otros, y nuestras admiraciones muy distintas”.

Firmaban el manifiesto Miguel de Unamuno, Rubén Darío, Ramiro de Maeztu, Antonio Palomero, Luis Paris, Manuel Bueno, J. Catarineu, Ángel Guerra, José Nogales, Luis Bello, Manuel Machado, Rafael Urbano, Antonio Machado, Manuel Ciges Aparicio, Francisco Villaespesa, Pedro de

Répide, José María Salaverría, Antonio Zozaya, Azorín, Enrique de Mesa, Bernardo González de Candamo, Melchor Almagro, Pedro González Blanco, Llanas Aguillaniedo, Pedro Mata, Ramón del Valle Inclán, Pío Baroja, Enrique Gómez Carrillo y un largo etcétera. Un nutrido y heterogéneo grupo compuesto por escritores modernistas, periodistas y bohemios.

No fue la primera vez que formaron causa común o que coincidieron en sus reivindicaciones bohemios y modernistas, la gente del 98 y los rebeldes que buscaban el ideal de belleza. Era una lucha de la España pasada y de la del futuro. Precisamente *Gente Vieja* apareció en diciembre de 1900, subtitulada *Ecos del siglo pasado*, como réplica al desafío de la Gente Joven y la revista *Vida Nueva*. De hecho presumían de que la edad media de sus colaboradores era de 60 años y se exigía una edad mínima de 50 para formar parte de su redacción. Se publicaba los días 10, 20 y 30 de cada mes y en la portada de la revista daban una lista, por orden alfabético, “de los mozos viejos que escriben en Gente Vieja, con expresión de los años que cuenta cada una de estas criaturas”. Y al anotar los años en la susodicha lista, los iban sumando, de modo que al final del poco más de medio centenar de firmas les salían nada menos que 3.796 años. Aunque hicieron excepciones. Una de ellas fue el periodista Mariano de Cavia, que tenía apenas 45, y al que nombraron “viejo honorario”. De hecho junto a su nombre, en lugar de poner la edad escriben: “apenas entrado en la pubertad”. También nombraron viejos honorarios a Santiago Ramón y Cajal y a Nicolás Salmerón.

Fueron años de agrios enfrentamiento dialécticos, de continuos desafíos que se producían en los periódicos, en el Ateneo y en las tertulias de café. De entre los antiguos, los más guerreros eran los consagrados, José María Pereda o Leopoldo Alas (Clarín) Y entre los nuevos, reunidos alrededor de *Germinal*, los más contestatarios eran Joaquín Dicenta, Eduardo Zamacois, Jacinto Benavente, Valle Inclán, Ramiro de Maeztu, Rafael Delorme, Antonio Palomero, Ricardo Fuente o Alejandro Sawa. Este era de los más activos: promovía la literatura renovadora frente al academicismo y escribía artículos mordaces y retadores contra los mitos religiosos, históricos o culturales que defendían los conservadores.

Los últimos dedicaron buena parte de las tertulias a defenderse de los desprecios de los antiguos, a decir pestes de los viejos consagrados o directamente a atacarlos. El dramaturgo Echegaray y el músico, diputado, novelista, periodista y académico Jacinto Octavio Picón eran a menudo dianas de sus envenados dardos. Se generaban polémicas de ida y vuelta que a veces se trasladaban a los periódicos. Ahí escribió Manuel Bueno: “Jacinto Octavio Picón es tonto, y esto, que se sabe en Madrid, sería conveniente que se supiera en provincias”.

Valle Inclán era de los más virulentos y sus frases contra Echegaray eran comentadas. Siempre lo llamaba “viejo idiota”. Contaba que un día escribió una carta a un amigo que vivía en la calle Echegaray y puso así la dirección: “Señor fulano de tal, Calle del Viejo idiota, número 5, interior”. La carta llegó a su destino<sup>178</sup>. Parece que un hijo del ilustre dramaturgo se presentó a pedir explicaciones por tanto ataque. Así que Valle Inclán respondió altivo “y usted, quien es”. Soy su hijo, a lo cual Valle repuso, rápido “¿Está usted seguro?”

## 8.9. Tiempo de polémicas

Pero en un momento de tanto encuentro físico y tanto desencuentro intelectual en las calles de Madrid, las polémicas estaban a la orden del día. El lenguaje utilizado era directo, creativo y nada políticamente correcto, de manera que los apelativos y definiciones no tenían desperdicio. Se ventilaban igual en los abundantes libelos que en las páginas de los periódicos que entre las mesas de la tertulias.

Pero los retos, los desencuentros, los rifirrafes no sólo se dieron entre viejos y jóvenes, entre bien situados y aspirantes. Entre los nuevos también se dijeron lo suyo. Julio Camba se las trajo con Joaquín Dicenta. Le decía, en un artículo feroz en *La Anarquía Literaria*, que titula “Una calamidad nacional, Joaquín Dicenta”, lindezas como “yo transijo con sus leves alegrías alcohólicas y con sus fugaces expansiones sentimentales. Me parece muy bien que el señor Dicenta haga valer entre los cocheros su condición de dramaturgo, ya que jamás los literatos la han tomado en consideración”.

*Fray Candil* (seudónimo de Emilio Bobadilla) se las tuvo con Luis Bonafoux, al que le dedica, en el número 2 de *Alma Española*, de noviembre de 1903, un demoledor perfil: “Dicen que cobra de la embajada española de París... Sobre el cadáver aun caliente de Clarín vomitó un torrente de oprobios para demostrar, sin duda que es hombre de odios implacables... el liliputiense cretino portorriqueño es un degenerado: físicamente parece un mico; tiene la barba fugitiva, los pómulos salientes, las mejillas hundidas y los hombros lindando con las orejas. Anda en pleno París peinado a lo chulo, con trajes estrafalarios... psicológicamente es aun más degenerado: es versátil, impulsivo y egoísta”.

---

<sup>178</sup> Ambas historias, la de Jacinto Octavio Picón y la del hijo de Echegaray, las relatan Melchor Almagro, en *Biografía del 1900* y Antonio Espina, en *Las tertulias de Madrid*.

También contra Bonafoux escribió Hamlet Gómez, seudónimo de Antonio Sánchez Ruiz, en *El Nuevo Evangelio*, el 16 de septiembre de 1902, un demoledor artículo en el que muestra su decepción con el cronista, precisamente titulado “Luis ex-Bonafoux”. Destila despecho y muestra el paso de la admiración entregada al fiasco, en el que lo llama cosas como “desgraciado e infame”, “osadamente rencoroso” y que ha quedado en “Luis tontillo y femenino”.

Iris Zabala apunta<sup>179</sup> que de aquella efímera coalición de esfuerzos poco quedó, y los unos y los otros se recuerdan en sus libros, a veces con cariño y respeto y en otros momentos en enconada polémica. Sawa<sup>180</sup> habla con simpatía del Baroja de *Vidas sombrías* (1900), y del posterior dirá con amargura: “¿Por qué Pío Baroja se ha quitado su zamarra y se ha vestido con la triste camisa de fuerza de los escritores de ahora?” Es -aclara- “porque es un invertebrado intelectual”.

Recuerda también Zabala<sup>181</sup> que Baroja no fue menos cáustico en sus alusiones a Sawa; y que Maeztu, por su parte, ya en 1901, acusó violentamente a *Azorín* de estar a sueldo de los jesuitas para desprestigiar el movimiento progresista y a sus escritores, y que Unamuno, en 1916, le dedicó páginas de elogio póstumo y tristeza a un Rubén al que no comprendió antes, “porque no quiso entender”.

Luis Bonafoux se las vio con Clarín en uno de los choques más potentes, inmisericordes y sonados, uno de los pulsos entre jóvenes y viejos que produjo más tinta. No había quien se atreviera ni siquiera a cuestionar los juicios de Leopoldo Alas y el periodista no solamente puso en duda sus gustos, también llegó a acusarlo de haber plagiado, nada menos que su obra principal, *La Regenta*. El mayor ataque al ego del poderoso asturiano.

No hay acuerdo sobre el inicio de una de las riñas literarias y personales más enconadas, sobre los motivos ni sobre el momento. Algunos hablan de que Clarín elogió al principio a Bonafoux, pero luego lo ninguneó. Por esa razón el segundo habría iniciado el ataque.

No parece argumento de peso, aunque fue demoledor: nada menos que lo acusó de haber plagiado a Flaubert y a Zola. Lo hizo en *El Español*, en abril de 1887, con dos artículos, uno de ellos titulado “Novelistas tontos, Don Leopoldo Alas, *Clarín*”. No le había gustado nada a Bonafoux uno de los Paliques de Clarín en la revista *Madrid Cómic*, concretamente el del 26 de marzo de 1887. En él hablaba de los “novelistas insustanciales” y del “realismo novelesco naciente” y arremetía contra los autores de “esas

---

<sup>179</sup> Ibid. pág. XVII.

<sup>180</sup> Sawa, Alejandro, *Iluminaciones en la sombra*, “De mi iconografía”, pág. 150.

<sup>181</sup> Ibid. pág. XV.

novelas modernas que pueden empezar en la calle Gorguera y acabar a la vuelta de la esquina, pero después de 400 páginas de tinta antipática, sin que suceda en todo el libro nada de particular ni grave”. Y Bonafoux responde extrañado de que “Don Leopoldo hable con ese desprecio, cuando es el novelista más insustancial y el más grande de los tontos en prosa naturalista”, y añade que *La Regenta*, “tiene más de 1.000 páginas, sin que pase en toda ella nada de particular y grave”.

Contestaba uno y se defendía el otro. Se produjo un pulso de muchos quilates, donde la pluma de Bonafoux sacó lo mejor de sus metáforas, ironías y dientes afilados. Y la de Clarín, igual. Las idas y venidas de las ofensas, de las descalificaciones, se cruzaron hasta la muerte de Clarín, a la que dedica Bonafoux un duro y desacreditador artículo en *El Heraldo de París*, el 22 del junio de 1901, titulado “Explosión de un traductor”, en el que afirma “quiero ser el primero en celebrar la muerte de Clarín”.

Eran polémicas, ofensas y acusaciones a las que asistían, unos como meros observadores otros inevitablemente implicados, la Gente Nueva y la Gente Vieja. Algunos enfrentamientos acababan en duelo, pero todos se dirimían en las páginas de los periódicos.

Emilio Bobadilla, *Fray Candil*, mordaz y desenfadado, también sostuvo numerosas y enconadas polémicas periodísticas y se retó a duelo algunas veces. Una de ellas precisamente con Leopoldo Alas, *Clarín*. El duelo fue el 21 de mayo de 1892. Según Clarín, batirse con *Fray Candil* “sería coser y cantar”, pero el combate se suspendió cuando Bobadilla le asestó dos tajos a Alas, uno en la boca y otro en el brazo. Se cuenta que, al terminar, Bobadilla cantaba. Ante la recriminación de un asistente la respuesta de *Fray Candil* fue: “El pronóstico de Clarín se ha cumplido, a él lo están cosiendo, mientras yo canto”.

## 8.10 La modernidad

Todos los jóvenes eran metidos en el saco genérico de los modernistas. Muchos de ellos ni habían abrazado el movimiento ni tenían ninguna intención de hacerlo, incluso los había que renegaban de él, como el propio *Fray Candil*. Además tal título genérico ni definía ni aclaraba la composición, lo que hacía era producir una cierta mezcolanza de conceptos que no llevaba sino a la confusión. Pero era un lugar común que ayudaba si no a delimitar, sí a describir.

Apunta Melchor Almagro que “para el público en general, los llamados modernistas son unos entes melenudos, afeminados, lloricones y grotescos, algo así como fueron los románticos para sus contemporáneos”<sup>182</sup>. Ahí los estereotipos y las generalizaciones. Lo menos que llamaban a los modernistas y por extensión a los literatos, periodistas y bohemios nuevos era raros, pervertidores, anarquistas y estrambóticos. Claro que estos progresistas llamaban de la gente vieja, a los acomodados y en general a los bien pensantes, como mínimo, “vejestorios, burgueses, trogloditas e imbéciles”.

De manera que para parte de la sociedad madrileña y desde luego para la Gente Vieja, las tertulias del café de la Montaña, o la de Fornos, así como la del Café Madrid eran un “antro de modernistas”. En este último pontificaban unos jóvenes y exaltados Pío Baroja y José Martínez Ruiz. Y en ninguno de los tres lugares gustaban nada los viejos, ni los padres ni los hermanos mayores, si bien hacían en sus críticas y rechazos algunas excepciones, como la de Galdós, Valera y Emilia Pardo Bazán. Y todos admiraban de manera entregada a Rubén Darío.

Si bien hay que aceptar, como sostienen muchos de los estudiosos, que lo que definía realmente a la Gente Nueva, lo que tenían en común todos esos nombres jóvenes que van apareciendo por el Madrid de fin de siglo, que se expresaban con contundencia, que querían matar, también de manera metafórica al padre, era la modernidad.

Las posturas de la llamada Gente Vieja y de la Gente Nueva aparecían bastante claras y muy bien diferenciadas, a veces hasta la simplificación. En realidad Camilo Bargiela distingue en el principal capítulo de su libro *Luciérnagas* entre “modernistas y anticuados”, un manual para entender la bulliciosa vida nocturna madrileña. Confecciona ahí una lista de la Gente Nueva con méritos suficientes. Y en la nómina aparecen, juntos, buena parte de los bohemios de los que nos ocupamos en este trabajo y los jóvenes noventayochistas, todos modernistas y diferentes.

Afina el pintoresco periodista y diplomático gallego, amigo de Valle Inclán y frecuentador de todos los ambientes bohemios, y se atreve a clasificar a los intelectuales españoles del momento en tres grupos: o eran modernistas, o anticuados o decadentes. Los primeros eran espíritus abiertos a todas las corrientes científicas y artísticas, los anticuados, todo lo contrario, y los decadentes, es decir los perturbados, “eran competencia de los médicos”.

---

<sup>182</sup> Almagro Sanmartín, Melchor. *Biografía de 1900*, pág. 93.



La lista de Bargiela<sup>183</sup>, la de los modernistas abiertos, es larga y está valorada con tino, aunque no es completa y tiene sorprendentes ausencias. Como es personal, contiene definiciones y aclaraciones cuando menos curiosas: para él Valle Inclán, “descendiente artístico de Boccaccio que declara la guerra a las preposiciones, es el rey”; de Pío Baroja escribe que estaba “enamorado de las vidas humildes que destaca con un vigor asombroso”; a Rueda, Ricardo Gil y Eduardo Marquina, los tacha de “poetas asombrosos”; junta a Alejandro Sawa y Blasco Ibáñez, para asegurar que eran “novelistas que en la representación de la realidad llegaron a lo trágico”; De Palomero, “satírico de la cepa clásica castellana”; Lerroux era un “panfletista lírico, sugestivo”; Navarro Ledesma, Altamira, Carretero, Fuente y Contreras le parecían “espíritus cultos y sutiles”; achacaba a Dicenta y Manuel Paso “que distraen su grandes condiciones con empeños zarzueleros”; Bonafoux, Luna y Rovira, eran “cronistas brillantes y encantadores”; Costa, Maeztu, Alonso y Orea y Martínez Ruiz, nombres “que atacan cuestiones de todo orden”; Martínez Sierra y Villaespesa, “dos niños casi que ya han esgrimido con fortuna y empuje sus armas”.

A todos los engloba en “la juventud, que con sus arrestos impulsivos, su espontaneidad y la frescura de impresiones, hace falta, mucha falta”. Toda una declaración de principios, de necesidad y de agrupamiento generacional.

El 14 de noviembre de 1902, el periódico *Don Quijote*, en el que figuraban como colaboradores Joaquín Dicenta, A. Calderón, J. Pérez Zúñiga, L. Bonafoux, J. Nakens, V. Medina, V. Rubio, R. Soriano, J.F. Bremón, P. Gener y Ricardo de Mella, que se presenta como semanario satírico, anticlerical, publica un artículo de Ramiro de Maeztu titulado precisamente “Una generación”. En él distingue Maeztu entre dos clases de hombres: “Los anteriores a 1898 y los que han venido después”. Estos últimos, entre cuyas filas milita él mismo, “se indignan contra todo, son más o menos socialistas. Muestran el descontento artístico y espiritual de un grupo de escritores, que veían en el rechazo de los viejos moldes estéticos y sociales un medio eficaz de cambio”.

A su vez la revista *Gente Vieja* organizó una encuesta-concurso, en enero de 1902, para que los lectores respondieran a la pregunta ¿Qué es el Modernismo?<sup>184</sup> Encuesta que tendría su continuación años más tarde en otra revista, *El Nuevo Mercurio*, de Enrique Gómez Carrillo, que cubrió

<sup>183</sup> Bargiela, Camilo. *Luciérnagas*, pág. 74.

<sup>184</sup> Mainer, Jose Carlos. *Historia de la literatura española*, pág. 40. Se ocupa tanto de la lista de Bargiela, como de las respuestas a estas preguntas, y muestra quién y qué respondió.

con las respuestas a qué era exactamente el Modernismo buena parte de la publicación de febrero de 1907.

Los pocos historiadores que se ocuparon de la bohemia coinciden en afirmar que muchos nombres de los que alcanzaron gran popularidad, que se distinguieron en tertulias y actos en los primeros años del siglo XX, pasaron a la despreciada categoría de la rareza y el olvido a partir de 1939. Y nunca fueron recuperados. Aparecen como estrambóticos hermanos menores del Modernismo o del 98. Y de su condición de periodistas apenas se habla.

Al saco del olvido fueron igual sus nombres que las relaciones que mantuvieron con quienes sí pasaron a la Historia. Sin embargo tanto las memorias como las hemerotecas demuestran que formaban, olvidados y consagrados, un conjunto joven, moderno, inquieto, irreverente y crítico con la situación de España. Todos formaron parte de la Gente Nueva. Unos se declararon modernistas pero todos aspiraron a ser modernos y renegaron de la España del Desastre.

Sorprende leer hoy en los periódicos y revistas de entonces las actitudes de Maeztu, Valle Inclán o Azorín, incluso las del propio Pío Baroja, tan rebeldes, tan críticos con la estética burguesa o más que los propios bohemios, sobre todo en sus primeros años. Calvo Carilla demuestra en su cumplido estudio que la Generación del 98, sobre todo el llamado grupo de los tres, es decir, Baroja, Azorín y Maeztu, vivieron entregados a la bohemia, como tres jóvenes provincianos seducidos por Madrid, lo desconocido, el misterio y la leyenda, pero que “la bohemia constituyó un breve tránsito en el camino del triunfo social que ambicionaban”<sup>185</sup>. De modo que como conversos, procuraron hacer olvidar su pasado. Añade más adelante en su investigación que “el vasco no puede evitar el desasosiego que le produce el recuerdo de su propia vida bohemia”<sup>186</sup> y por eso renegaba de ella y era tan duro con los bohemios.

Ya se ha dicho que se dieron múltiples formas de “practicar” y de acercarse a la bohemia. Hubo quien se interesó, casi como etnólogo, y se empapó de ella con el fin de recrearla en sus escritos. Están los que la practicaron en su vida y en su obra, manteniéndose siempre fieles a sus ideales. También están los que la experimentaron simplemente por curiosidad o esnobismo; los que la ejercieron como una especie de fase de iniciación artística, de paso, como un sarampión juvenil; y los que la distorsionaron con prácticas alejadas del auténtico movimiento y cercanas a la golfemia. Y en el numeroso grupo de Gente Nueva que andaba a la conquista de Madrid se reproducía todo ese abanico.

---

<sup>185</sup> Ibid. pág. 322.

<sup>186</sup> Ibid. pág. 317.

Afirma con cierto cinismo en sus memorias Enrique Gómez Carrillo: “La bohemia consiste en tener veinte años y en comer más a menudo raíces griegas o rimas raras o ensueños dorados que gallinas trufadas y jamones en dulce”. Igualmente dejó escrito<sup>187</sup> que “bohemios son todos los que tienen muy poco dinero y muchas ilusiones”. Por esta regla de tres, se puede ampliar el marco de la bohemia casi hasta el infinito y asegurar que todos los aspirantes a artistas que llegaron a Madrid en la última década del siglo XIX arribaron con muy poco dinero y llenos de ilusiones. Y según uno de los compañeros de viaje, crítico en ocasiones con el movimiento, Luis Bonafoux, “continúan siendo bohemios, porque bohemia y figura... hasta la sepultura: bohemios en el sentido de derrochar alegremente el ingenio y la vida y vivir reñidos con una porción de conveniencias y estupideces sociales”<sup>188</sup>.

Si se pudiera hacer una especie de sociología de la bohemia en ella caben todos los extremos y también las fronteras más ambiguas. Hubo en Madrid bohemios vocacionales, bohemios temperamentales, bohemios estéticos, bohemios provisionales. Alejandro Sawa, Pedro Luis de Gálvez, Eugenio Noel o Pedro Barrantes sería de los primeros, pura vocación. Armando Buscarini y Alonso Vidal y Planas, de los segundos, todo el temperamento. Hubo bohemios con posibles que se apuntaron a las filas del movimiento por estética, como fue el caso de Hoyos y Vinent. Por pasión personal y política se apuntó Joaquín Dicenta. Los dos Ramones, Valle Inclán y Gómez de la Serna, estuvieron en la bohemia, o cerca de ella, sobre todo por amor al Arte.

También habría que considerar a los que por su conducta vital y obra literaria fueron bohemios en algún momento de su tiempo, pero ellos mismos rechazaron semejante encasillamiento. En el grupo de estos últimos habría que incluir a nombres como los de Rubén Darío y buena parte de la Generación del 98, como Pío Baroja, Azorín o Ramiro de Maeztu. Estos hablaron de bohemia y bohemios de forma despectiva en sus escritos, aunque curiosamente, esos ataques llegaron en su madurez literaria.

Pío Baroja como se ha señalado es un ejemplo de ese acercamiento/alejamiento con la bohemia, acaso una relación de amor/odio, capaz de reconocer en sus memorias, por un lado que “podrá uno haber vivido una vida más o menos desarreglada, en una época”<sup>189</sup>, y por otro dice: “Pero yo no he sido jamás el espíritu de la bohemia”. El propio escritor advierte que el bohemio es “un tipo vanidoso que goza de su

---

<sup>187</sup> Ibid. pág. 10.

<sup>188</sup> Bonafoux, Luis (Aramis). *Literatura de Bonafoux*, pág. 155.

<sup>189</sup> Baroja, Pío. “Bohemia madrileña”, *La Esfera*, 1915.

desgracia, que manifiesta un amor a lo lúgubre, al sentirse abandonado o incomprendido por la estulticia de los demás”.

Se encuentra una excelente y exacta evocación de los azares y fortunas del bohemio hacia finales del siglo en el libro de Ricardo Baroja *Gente del 98*. Título que en un principio iba a ser otro, precisamente *Bohemia del 98*. Parece ser que optó por el primero como título definitivo, aunque algunos de los artistas que figuraban en sus memorias eran “legítimos bohemios”. Se trata de una colección de estampas y semblanzas que fue publicando en 1935, en el *Diario Madrid*. Da cuenta en ellas de sus recuerdos de los diferentes grupos, las amistades, los ideales compartidos, las tertulias y los cafés. Un testimonio ilustrativo que tiene el valor de ser aportado por alguien que los conoció y trató a todos. Por Ricardo Baroja se sabe que en el café Levante se reunían los literatos y los pintores. Entre los primeros, Valle Inclán, los Baroja, Antonio Palomero o Alejandro Sawa.<sup>190</sup>

Y aunque demuestra que en esas tertulias estaban todos, igual bohemios que modernistas que noventayochistas, pone el contrapunto de las diferentes realidades que vivían los verdaderos bohemios y los necesitados, los pobres y los que jugaban a llevar una vida desarrapada:

“Los que llamo burgueses éramos señoritos de familia más o menos acomodada. Sabíamos que en nuestro domicilio el cocido estaba a punto a su hora; la cena, dispuesta entre ocho o nueve de la noche, y la cama, abierta por la doméstica para cuando el señorito tuviera a bien acostarse”<sup>191</sup>.

Ese ambiente en el que se mezclaban de manera festiva tanto los literatos emergentes como los desarrapados, los periodistas con los sablistas, los nocturnos con los hijos algo crápulas de buena familia, los curiosos con los comprometidos, aparece muy bien explicado en *Biografía de 1900*. Hay en el libro de Melchor Almagro un episodio muy significativo en el que queda perfectamente mezclada la bohemia finisecular con las borracheras, con la aspiración de epatar-rechazar al burgués, con la juerga nocturna, con el arte sublimado, con la modernidad y con la misma búsqueda del ideal azul. Ocurrió en la vivienda de Rubén Darío.

---

<sup>190</sup> La tertulia de los hermanos Baroja fue numerosa y ambulante, estuvieron en el café Madrid y luego en el Levante. Estaba formada por músicos, pintores, periodistas y literatos. Entre los últimos cita el autor de *Gente del 98* a Martínez Ruiz, Valle Inclán, Rubén Darío, Pío Baroja, los hermanos Machado, Mesa, Godoy, Bargiela, Ciro Bayo, Corpus Barga, Urbano, Nervo, Palomero, Silverio Lanza, Bueno, Sawa, Santos Chocano, Candamo, Fuente, Nogales, Llovet, Cornut. Del Levante, en la calle Arenal, decía Valle Inclán que ha ejercido más influencia en la literatura y en el arte contemporáneo que dos o tres universidades y academias.

<sup>191</sup> *Ibi.*, pág. 57.

La casa de Rubén Darío, tanto en el consulado de Nicaragua, como el piso del barrio de Arguelles, acogió muchas reuniones. El poeta y cónsul era buen anfitrión y entre los habituales estaban los hermanos Machado, Valle Inclán, Francisco Villaespesa o Joaquín Dicenta. Leían sus poemas y bebían, a veces licor del polo, y cantaban. Una noche llegó el casero y exigió o pidió que cesase el escándalo. A lo que contestó el anfitrión, vestido como Nerón:

“¿El escándalo habéis dicho, vil gusano de la tierra? ¿Escándalo llamáis a un coro de sacerdotes de la poesía? ¡Escándalo! Vos, burgués inmundo, no entendéis nada en la profana religión de la belleza”.

Como el casero amenazara con llamar a la policía, Rubén Darío dijo que tanto él como sus amigos gozaban de extraterritorialidad, protegidos por el águila de Nicaragua. Entonces el casero dijo algo así como que se cagaba en el águila de Nicaragua. Motivo suficiente para enervar a los reunidos que empujaron y echaron del piso con grandes gritos al blasfemo: “¡Al infame! ¡Al vil insultador de la noble nación de Nicaragua! ¡Al miserable burgués!”<sup>192</sup>.

En el desprecio al burgués, en el odio a sus maneras, estaban casi todos de acuerdo, señoritos y bohemios, modernistas y regeneracionistas, y el afán de plática y nocturnidad se repetía en todos. Igual en los burgueses de los que habla Ricardo Baroja, es decir alguno de sus amigos, con actitud bohemia pero el cocido a su hora en la mesa, que los bohemios desarraigados que podían tener que comer o no. Andaban todos juntos, mezclados por las calles y las noches de Madrid, embutidos en sus capas y bajo sus sombreros de ala ancha. Lo que les diferenciaba a veces sólo era la cuna y el domicilio. La rutina diaria, su paso por cafés y redacciones de periódico se parecía mucho.

Los bohemios y la mayoría de los miembros de esa Gente Nueva dormían en casas de huéspedes y comían en restaurantes baratos o en tabernas. Pero su verdadera morada, su referencia principal, era el café. Este era el gabinete de trabajo de escritores y taller de dibujantes. Desde las dos de la tarde hasta altas horas de la noche iban de un café a otro. Y cuando los cerraban, en la madrugada, paseaban por las calles estrechas. Asomaban de vez en cuando por la redacción de algún periódico para colocar artículos y versos.

La forma de buscarse la vida, los esfuerzos que debían hacer para lograr unas pesetas, las mil maneras de sobrevivir en una ciudad hostil y

---

<sup>192</sup> Almagro, Melchor. *Diario del 1900*, pág. 137.

llena de tentaciones, las relata con detalle y cierta conmiseración el hermano de Pío Baroja:

“Iban a las librerías de lance a liquidar restos de edición, ejemplares de libros regalados, a los que ni siquiera se arrancaba la dedicatoria escrita en la primera hoja. En cuanto reunían unas pesetillas se hundían en el café a charlar, a discutir, sin importarles un pito lo futuro. No había porvenir que se extendiera más allá de una semana. (...) Muchos de aquellos compañeros podían pasar dos o tres días sin otro alimento que café con leche con media tostada o el chocolate de la churrería”<sup>193</sup>.

Afirma que eran compañeros, lo que denota una cercanía habitual, a los que nos les importaba mucho el futuro, si bien es de suponer que buena parte del grupo, salvo las pocas excepciones de una vida resuelta y una bohemia sólo tomada como un juego pasajero, estaría en parecidas circunstancias. E insiste también el Baroja pintor que otros puntos de encuentro del numeroso grupo eran las redacciones de los periódicos, los talleres de pintor, las trastiendas de las librerías y, a veces, las oficinas.

Tampoco se puede olvidar la calle como ámbito de cita y ocio. De hecho, el vagabundeo urbano se convierte, como en el personaje de Max Estrella recreado por de Valle Inclán, en el marco recurrente de encuentro de bohemios y literatos. Un paseo fundamentalmente nocturno, en el que frecuentaban muchas veces puntos sórdidos que les servirían como inspiración ambiental.

Porque las relaciones personales y sociales eran estrechas en un grupo al fin y al cabo bastante cerrado, con unos escenarios bien delimitados. Las tabernas y cafés cercanos a la Puerta del Sol eran “los únicos centros intelectuales de la Corte” y “lugares de destierro”, como escribe Alejandro Sawa en *Iluminaciones en la sombra*.

Víctor Fuentes habla de las estaciones obligadas de los bohemios<sup>194</sup>: “De la buhardilla al cementerio, pasando por la librería, la taberna, la cárcel, la redacción del periódico, el café, el jardín y la plaza”. Sólo que mientras unos, Azorín o Maeztu o Baroja o Benavente, empezaban a encauzar sus carreras, publicando, colocándose, con reconocimientos, y renegando de su pasado, la bohemia más auténtica seguía despreciando el aburguesamiento y continuaba luchando por criticar la sociedad que le había tocado vivir.

Muestra de ello fue la salida a la luz, en julio de 1905, de la revista *Anarquía Literaria*, una publicación libre, sin jefes, con un “lenguaje

<sup>193</sup> Baroja, R. *Gente de la generación del 98*, pág. 17.

<sup>194</sup> Fuentes, Víctor. “El Madrid de los bohemios 1854-1936”. Revista *Claves de Razón Práctica*. Nº 85, pág. 77.

sincero, enérgico y valiente”. En la última página del primer número y bajo el título “Suscriptores” aparece una lista de más de un centenar de literatos, profesores, algún político, pintores y bohemios, bajo el texto: “Han contribuido a la publicación de este periódico, con cuotas desde dos hasta cinco pesetas, los señores siguientes: Joaquín Costa, Unamuno, Pérez Galdós, Ramón y Cajal, Rubén Darío, Alejandro Sawa, Francisco Villaespesa, Pedro de Répide, los hermanos Álvarez Quintero, Antonio Palomero, Luis Taboada, Felipe Trigo, Julio Camba, Armando Palacio Valdés”<sup>195</sup>.

La lista es cumplida y en ella están los principales periodistas y bohemios y muchos de los literatos. Sin embargo no están ni Baroja, ni Maeztu ni Azorín, habituales en años anteriores a la hora de apuntarse a solidaridades radicales. Tal vez el hecho confirme la tesis de Calvo Carilla, en 1905 los tres eran ya reconocidos, habían publicado obras importantes y estaban en disposición de renegar de pasadas andanzas bohemias y rebeldes.

Eran momentos, ya amanecido el siglo XX, en los que Madrid empezaba a cambiar. Entre sus cicatrices de poblachón de alubión se iban metiendo elementos de la modernidad. Ya había luz eléctrica, se empezaban a ver algunos automóviles, se profesionalizan los periódicos, ciertas calles ya tenía pavimento y alcantarillado. Y los bohemios asistían a

---

<sup>195</sup> Estos son los nombres que figuraban, junto a los mencionados, como contribuyentes a la causa de la publicación, un listado que ayuda a saber quien es quién en el periodismo radical y comprometido de 1905: Joaquín Costa, S. Ramón y Cajal, F. Grandmontagne, M. Bueno, Luis de Tapia, Gregorio Martínez Sierra, Rubén Darío, Francisco Villaespesa, Alejandro Sawa, Leandro Ribera, Emilio Carrere, José Nogales, Joaquín Segura, Nilo Fabra, Antonio Roldán, Enrique de Mesa, Manuel Machado, Francisco Camba, Miguel Sawa, Antonio de Hoyos, Jacinto Grau, Isaac Muñoz, Antonio H. del Villar, Antonio Biergo, J. Ruiz Catillo, Pedro Mata. F. Navarro Ledesma, C. Navarro Lamarca, Ramón Godoy, C. Pérez Ortiz, Antonio M. Carvajal, José Santos Chocano, Maestro Montilla, M. López Roberts, M.A Tolosa, Ricardo Marín, Amadeo Vives, R. Catarineau, Ramón Triles, Luis Brun, Luis Vargas Vila, Antonio Gómez Loba, J.R. Jiménez, Tomás Carretero, Pedro de Répide, Armando Palacio Valdés, Sileno (Vistahermosa) Cesáreo del Villar, Antonio Zozaya, C. J. de Arpe, B- Pérez Galdós, S. Álvarez Quintero, J. Álvarez Quintero, José Pérez Bojart, José María Matheu, Gabriel Maura, Angel Guerra, Enrique Rivas, Mariano Alarcón, Comandante Burguete, Dr. LLuria, Antonio Palomero, M. M. del Val, Luis Taboada, Federico Oliver, F. Melgares, Bernardo de Quirós, J. Llamas Aguilanielo, A. Ruiz de Grijalva, Manuel Portela, Antón del Olmet, Santiago Bandrell, Pablo Becerra, Alcaide de Zafra, José Lara, Alfredo Vicenti, Ignacio de Santillán, Alfonso Canvilla, Luis Valera, Julio Pellicer, Enrique Gutiérrez, Julián Nougués, José Marciano, Amos Salvador, Carlos Crouselles, Antonio Fernández Daza, Miguel de Unamuno, González Anaya, Miguel Ángel Trilles, Miguel Blau, José Maria Salavarría, Vicente Median, Felipe Trigo, J. Méndez Augusti, Dionisio Pérez, Julio Camba, B. G. Gaudano, Manuel Carretero. Si alguno de estos señores desea conocer nuestras cuentas, puede pasarse por la administración de la ANARQUIA LITERARIA, Abada, 22.

esas transformaciones, pero despreciando el dinero y la vida ordenada y practicando lo que Baroja llama “un heroísmo cómico”.

### 8.11 ¿Todos la misma tribu? ¿Qué tribu?

Por lo hasta ahora comprobado en fuentes primarias y secundarias se puede afirmar que bohemios y modernistas, literatos y periodistas, es decir la tribu joven de artistas intentaban hacerse un hueco en el Madrid finisecular compartieron muchas cosas: la juventud, la procedencia provinciana, los sueños y, también, algunos gustos y actos que organizaron conjuntamente o en los que muchos participaron.

Se reunieron en torno a la tumba de Larra, como signo de compenetración y admiración, varias veces. La primera el 18 de enero de 1898, en homenaje del grupo encabezado y organizado por Azorín y Bonafoux. En nombre de dos periódicos, *El Progreso* y *La Crónica de París*, se depositan coronas de flores en la tumba de Larra para honrar la memoria “de uno de los escritores ilustres que han luchado por la libertad”, en el aniversario de los 61 años de su muerte.

La segunda constituye otro momento bohemio, modernista, promiscuo y significativo: un acto que protagonizaron en 1901 varios jóvenes. Todos demostraron devoción por Larra cuando la tarde del 13 de febrero, en grupo, con trajes de luto, sombreros de copa, y muchos en las manos ramitos de violetas, se encaminaron desde la Puerta del Sol a Atocha para visitar en el cementerio de San Nicolás la tumba de Larra. Lo cuenta Carmen de Burgos, y lo recoge Federico Utrera en la biografía que escribió de la primera periodista española. Entre esos jóvenes vestidos de negro, según la hoja que publicaron, estaban Ignacio Alberdi, Camilo Bargiela, Pío Baroja, Ricardo Baroja, José Fuixá, Antonio Gil y J. Martínez Ruiz. El acto de homenaje, “de más trascendencia que una crisis ministerial”, lo contaría y fijaría Azorín en las páginas de *La Voluntad*.

Pocos días después, el 24 de marzo, se juntó medio centenar largo de personas alrededor de un “Ágape en honor de Fígaro”, en los altos de Fornos. Presidía Gómez de la Serna junto a una entusiasta Carmen de Burgos, *Colombine*, en medio de los dos, la silla vacía del propio Larra y la escritora y periodista cuenta en su *Fígaro* que a nadie se le ocurría dudar de que Larra no estuviera presente en aquella celebración.

Todos aquellos jóvenes honraban a Larra tanto como repudiaban los versos de Núñez de Arce y Campoamor o el teatro de Echegaray. Si estos



representan la conformidad con el sistema, la España caduca, los nuevos se situaban a la contra. Como se ha dicho, la negación del padre a veces es la aceptación del abuelo, así los modernistas volvieron sus ojos a la bohemia que ya había apuntado el romanticismo, también como una actitud de marginalidad. Si bien en algunos casos esta marginalidad fuera un poco ficticia, como lo fue la del romántico José de Espronceda, de ideas revolucionarias pero cómodamente mantenido en Londres por el dinero enviado por sus padres.

Romanticismo y Modernismo coincidieron en varias cosas: en su apuesta por la pasión en detrimento de la razón; en su desprecio por la vulgaridad; en su búsqueda de ficticios ambientes en los que evadirse. Y el discurso bohemio incluía las ideas modernistas y procuraba interpretar las sociales, estéticas, filosóficas, políticas y religiosas de aquel fin de siglo. Precisamente éstas fueron defendidas, a veces incluso reivindicadas y compartidas, por el Modernismo y por los miembros de la Generación del 98. Aunque como se ha dicho también fueran atacadas, sobre todo con la pretensión de ‘limpiar’ el pasado.

Ese renegar de lo hecho en la juventud, el alejarse de los antiguos amigos provocó conflictos. La necesidad de reinventar algunos pasados hizo que incluso los estudiosos den por buenas explicaciones que no resisten un análisis en profundidad. Y de esas confrontaciones interesadas nacieron también la crítica y el desprecio.

Los compañeros de camino no siempre tenían relaciones afectuosas, de hecho a veces las desavenencias personales eran tantas como las afinidades. Explica Calvo Carilla<sup>196</sup> que:

“Se ha mitificado excesivamente los lazos de amistad existentes entre los miembros de la todavía no bautizada generación y, al hacerlo, se olvida con frecuencia la poco fraterna sociedad bohemia y esnobista a la que pertenecían, dominada por no ocultos egoísmos, por rencores inconfesables y mezquinas envidias de los éxitos ajenos”.

Cuenta Ricardo Baroja el encuentro entre Unamuno y Valle Inclán. Paseaban y se cruzaron en la calle, Pío Baroja los presentó y a los pocos metros ya habían reñido, “Se separaron enfurecidos, dejando solo a mi hermano”, escribe en *Gente del 98*. Y es conocido que Valle Inclán y Benavente guardaban frías distancias; que el último sentía clara animadversión contra Maeztu y Azorín; y que contra éste lanzaban puyas, por no fiarse de él, Ricardo Fuente, Valle Inclán, Palomero o Ruiz Contreras, y la mayoría de los periodistas. Y no son menos evidentes los ataques de Unamuno y Azorín desde el periódico *El Progreso* a Maeztu que

---

<sup>196</sup> Ibid. pág. 339.

ayudaba a Dicenta a editar *El País*. Al tener todos ellos personalidades fuertes era relativamente fácil que se produjeran esos choques, pero como comentaba Ramón Gómez de la Serna, a pesar de los recelos entre unos y otros, todos necesitaban el amparo del grupo y de la tertulia.

La burla antimodernista de la Gente Vieja catalogaba a todo el grupo y pintaba, a veces con alguna certeza, al joven flaco, desaseado, estrafalario, pesimista, neurasténico y melenudo. Sin otra cualidad que una estética reprobadora. Y el sistema bien pensante además lo asociaba con el noctambulismo, el alcoholismo, la drogadicción e incluso el erotismo y el ocultismo. Todos esos supuestos males de los jóvenes artistas, periodistas y literatos eran propios de la bohemia y el Modernismo. Una visión y una descripción que acabó siendo un simple rasgo de negación: Cuando el grupo ya no es necesario, lo mejor es negar la antigua pertenencia.

Por eso para algunos investigadores, que consideran la bohemia como un puro pecado de juventud, las barbas de Valle-Inclán, el desaliño de Baroja o los exabruptos revolucionarios de Maeztu no fueron más que eso, marcas juveniles. Incluso se han tomado como simples señas de juventud textos tan fieros y comprometidos como el mencionado artículo de Azorín, “Somos iconoclastas”, donde se extraña que no haya más ataques “brutales y despiadados” contra los autores viejos y consagrados que “disponen de los grandes periódicos y de los teatros”<sup>197</sup>.

La explicación de tales consideraciones está en el hecho de que, tras un comienzo con vocación tan insurgente, Azorín se convertirá en diputado conservador; o Ramiro de Maeztu, también exaltado anticlerical, evolucionara hacia las ideas derechistas; o Baroja, tras su ironía y radicales comienzos se refugiará en un escepticismo que le servía para todo. Así, la bohemia quedará como testimonio de tiempo pasado, como el homenaje que fue *Luces de bohemia*.

Muestra de la mezcolanza, la admiración, la amistad e incluso la colaboración entre los jóvenes de la tribu modernista es el proyecto que pensaron entre Baroja, Maeztu, Bargiela y Valle Inclán, un folletín titulado *Los misterios del Trasvaal*. No se llevó a buen puerto, pero Maeztu ya había escrito su parte, que publicó en más de cuarenta entregas en el periódico *El País*.

Y un artículo de Ramiro de Maeztu, publicado en el periódico *El Pueblo Vasco*, de San Sebastián, el 9 de agosto de 1903, y titulado “¡Adiós bohemia!” da cuenta de mudanzas y arrepentimientos cuando hace un

---

<sup>197</sup> Martínez Ruíz, José. “Somos iconoclastas”. Revista *Alma Española*, 10 de enero de 1904, pág. 16. En el mismo número de la revista donde Unamuno escribe su artículo “Alma vasca”.

recorrido irónico y muy ilustrativo por la peripecia vital, rebelde, cambiante y en proceso de maduración, de algunos de sus compañeros de generación:

“Pío Baroja, donostiarra, médico, panadero y hombre sombrío, vacilaba entre veranear en El Escorial, en San Sebastián o en Macedonia. Yo le aconsejé que se presentara candidato a concejal conservador. La idea le pareció excelente. José Martínez Ruiz, sociólogo, periodista, ‘panfletario’, rubio, alicantino y silencioso. Dice que los partidos políticos solo piensan en las copas de los árboles cuando se ha de atender principalmente a las raíces. Se propone ayudar a su familia en la recolección de sus 40.000 cántaros de vino. Manuel Bueno, periodista, polemista, cronista. Ha renunciado a su destino en La Polar, Compañía de Seguros, y asegura que va a casarse. Joaquín Dicenta, autor de *Juan José*. Hace más de dos meses que no prueba ni vino ni licores. Como ha cumplido los cuarenta años, pregona la necesidad de cambiar de vida. Estaba acabando una comedia y prepara un drama. Antonio Palomero, poeta, cómico y cronista. Vive. Juan Ramón Jiménez, poeta sensitivo y modernista. Está melancólico. Ramón Pérez de Ayala, también poeta modernista aunque más pintoresco que sensitivo. Ramón del Valle Inclán, estilista y aspirante a confesor de princesas. Cada párrafo que escribe le cuesta una semana de trabajo. Yo. Antes ponía en cada artículo cinco o seis días de labor mental. Escarmentado en la cabeza de Valle Inclán los escribo ahora en 35 minutos, como éste”<sup>198</sup>.

Calvo Carilla<sup>199</sup> considera ese artículo, “jocoso retablillo de la familia modernista”, como la “desencantada quiebra de los ideales de la vida bohemia”. De las acusaciones que Maeztu hacía en su artículo, a los cambios de hábitos sociales y a las conductas de los jóvenes modernistas, no se libran ni Juan Ramón Jiménez, ni Valle Inclán, ni Unamuno, ni Benavente -“se propone vencer a los Quinteros en la tarea de ganar dinero”- ni él mismo, “cuantacorrentista”. Una irónica revisión de un grupo que alguna vez estuvo cerca de la bohemia persiguiendo parecidos ideales y compartiendo enemigos comunes: la sociedad burguesa y el panorama político.

Hay que señalar también que las provocaciones de los bohemios, sus peroratas, tampoco inquietaron demasiado a unas clases dominantes, bastante autosatisfechas. Eran en realidad como una válvula de escape en una sociedad conformista. Formaban parte del espectáculo. Aunque en ocasiones hubiera alguno que por su insistencia o su categoría llegara a molestar en serio. Fue el caso de Valle Inclán, para muchos el más auténtico de los bohemios, quien lograría, años más tarde, sacar de sus

---

<sup>198</sup> Reproducido por José Esteban en *Los proletarios del arte*. pág. 113.

<sup>199</sup> Ibid. pág. 319.

casillas al propio dictador Primo de Rivera, quien pretendía descalificarlo con una frase que lograría hacerse famosa, “eximio escritor y extravagante ciudadano”.

Es verdad que sí hubo bohemios que no dijeron adiós a la bohemia nunca y acabaron mal. Pagaron sus afanes soñadores con una existencia miserable en la más atroz indigencia, a veces entregados al alcohol y abocados al suicidio. Quisieron encontrar a su manera el paraíso y sólo cosecharon desgracias, pretendieron la gloria y encontraron la soledad y el olvido. Los casos de Alejandro Sawa, Manuel Paso, Alfonso Tobar o Rafael Delorme.

En el caso de Alejandro Sawa, la falta absoluta de sentido práctico por su parte y el rechazo de una sociedad vulgar e injusta sembraron la desgracia de este personaje español que fue muy popular en los ambientes parisinos de fines del XIX, que trató a Paul Verlaine, y al que se atribuye la anécdota del beso de Víctor Hugo. En una ocasión, en París, parece ser que tras una brillante exposición en una conferencia de Alejandro Sawa, Víctor Hugo lo besó en la frente como muestra de reconocimiento. La leyenda dice que el bohemio contaba en los cenáculos que desde aquella fecha no volvió a lavarse para no borrar la huella del maestro romántico.

Pero otros muchos huyeron a tiempo de la bohemia. Ésta solo fue el paréntesis hasta el triunfo social que buscaban, el trampolín para hacerse notar.

Escribe Juan Manuel de Prada, en la revista *República de las Letras*<sup>200</sup>, que los escritores del 27 eran todos o casi todos burgueses, mientras que a los del 98 les tocó vivir la época de transición, y que es en esos momentos cuando surge la figura del bohemio, con toda su tipología diversa. Todos caben en el mismo saco errante. Por un lado estaría “el que se plantea la bohemia como un sarampión juvenil”, y de este tipo fueron casi todos los miembros de la Generación del 98, muy especialmente Maeztu, Baroja y Azorín. Displicentes en su juventud, pero sintieron, en un determinado momento, que aquella era una actitud estéril y derivaron hacia actitudes más complacientes y más prácticas”. De Prada incluye entre éstos también a Manuel Machado, y los contrapone a quienes se obstinan en perseverar en la actitud bohemia, y cita como ejemplos a Villaespesa y Barrantes. Y aun añade otra categoría, la que él llama bohemia terminal, en realidad un amplio saco en el que mete a los locos, los chiflados y algunos poetas bienintencionados, lo que considera “una galería anacrónica y desfasada”.

---

<sup>200</sup> Juan Manuel de Prada. “Márgenes del 98: antecedentes, epígonos y derivados. Galería de raros”, *República de las Letras*, pág. 75-90, 1998, Número 58. Monográfico, *Del 98 al 98 cien años de literatura española e hispanoamericana*.

De todo eso hubo realmente, de bohemia, de pose, de pesimismo, de reivindicación, de protesta, de estética, en el homenaje a Larra que hemos referido páginas atrás y que recoge y relata Azorín en su primera novela *La voluntad*, muy autobiográfica, de 1902. La tristeza, la desilusión o la bohemia eran también parte de la cara del noventayochismo.

José Luis Calvo Carilla va un paso más allá que muchos otros investigadores, acaso más complacientes, cuando afirma: “En el umbral del nuevo siglo, los jóvenes escritores se hallaban inmersos en las actitudes esnobistas y miméticas de la bohemia, aunque, en el fondo de su dolorosa inquietud, latía difusamente una necesidad de querer ser, con todo lo que ello implicaba, desde el terreno social al literario: hacerse un sitio en la sociedad y en la cultura del momento”<sup>201</sup>.

El 11 de noviembre de 1898 se estreno *La comida de las fieras*, de Jacinto Benavente, uno de los actores sobre el escenario fue Valle Inclán, en el personaje de Teofilo Averit. Según Calvo Carilla, tal estreno “fue el último acto colectivo de rebeldía de la novísima juventud bohemia y anarquizante que llenaba el patio de butacas”<sup>202</sup>. La escena transcurre en un palacio arruinado, el retrato de un mundo en liquidación, todo subastado, un festín de fieras, peculiar teoría de la decadencia, un circo de vanidades humanas, una obra llena de símbolos. El personaje que hacía Valle Inclán era un contrapunto, un loco artista, un joven decadente. Dos días después del estreno, sesenta amigos rebeldes se reunieron en Fornos en un banquete de homenaje, lo cuenta *El Globo*, el 14 de noviembre de 1898 y da los nombres de algunos de los asistentes.

Afirma Calvo Carilla que “solo Valle Inclán, bohemio militante hasta que el cáncer de vejiga lo llevo a la tumba en 1936, se escaparía en su provocador individualismo a los afanes de Martínez Ruiz y Baroja por enterrar sus propias imágenes de poetambres y con ella todo ese Madrid del café y de la noche cínica y golfa”<sup>203</sup>. Y una página más adelante, escribe el investigador zaragozano que “el vasco no puede evitar el desasosiego que el recuerdo de su propia vida bohemia le produce”.

Sin embargo Baroja demostró que tenía a la bohemia observada y tratada. En su poema “Espectro de Bohemios”<sup>204</sup>, como se ha dicho en el capítulo siete, los mete a todos, y para cada uno tiene un comentario, bien es cierto que no siempre amable. Y cita a Dicenta, Palomero, Paso, los Sawa, Alberto Lozano, Cornuty, Rafael Urbano, Barrantes, Bark, Ciro Bayo, José Alberti, Silverio Lanza, Salcedo, Cervigón, Echevarría, Canals,

---

<sup>201</sup> Ibid. pág. 233.

<sup>202</sup> Ibid. pág. 314.

<sup>203</sup> Ibid. pág. 317.

<sup>204</sup> Reproducido en la página 146 de este trabajo.

y Picasso y Bagaría y Oroz, Regoyos, Juan Mani, Bargiela y Joaquín Mir, Barret, Maeztu y Gálvez.

Y también bien observados los tiene, y a todos mete en al misma tribu, Emilio Carrère. En *El café Fornos*<sup>205</sup> habla de “Dicenta, de bolsa generosa, la sombra de Manuel Paso, el rostro avinagrado de Arija, el fantasma tuberculoso que era Félix Méndez, las largas melenas de los hermanos Camba, el pulido Ramón Godoy, el rostro de garduña de Barrantes, el galán y los rizos de Répide, la cabeza magnífica de Sawa, la barba profética de Valle Inclán, Palomero y sus chistes para *Gedeón*, el gran fauno Granés, y Cornuti y Villaespesa con su alzacuello de obispo, y Baroja y su mirada de búho, y Azorín con su monóculo y su paraguas encarnado”. Unos y otros se “valían del buen corazón de Gregorio Pueyo, el modesto editor que tenía su librería de lance en la calle Mesonero Romanos, para colocarle originales a cambio de unas pocas pesetas”. Todos juntos y mezclados en el café de Fornos.

## 8.12 Soñadores de provincias

Los bohemios literatos, los bohemios periodistas y los bohemios artistas, que en ocasiones eran la misma cosa, solían hacer su trabajoso viaje a Madrid desde las provincias españolas con el ánimo de conquistar la gloria, o al menos buscarse la vida en la capital. Como escribía Murger en *Escenas de la vida bohemia* “...esos hijos del genio que, abandonando la paz de sus hogares, se trasladan a las grandes capitales en busca de un nombre y una fortuna, sin más patrimonio que esperanzas y su fuerza de voluntad”.

Se instalaban en casas de huéspedes muy poco acogedoras y podían morir de tuberculosis o de melancolía. Salían adelante algunos con una colaboración periodística y acabaron todos formando parte de la particular corte de los milagros que fue la capital de España. Una corte sin horarios en la que coincidían mecenas y aristócratas, pocos en realidad, con funcionarios y mendigos, muchos. Cansinos Assens describe el ambiente de esta manera: “Ese infierno de trágicas sombras de la Puerta del Sol a medianoche; los que viven, o malviven, bajo el Imperio de Nuestra Señora de la Casualidad”<sup>206</sup>. El sevillano califica la Puerta del Sol como el emplazamiento bohemio por excelencia y se refiere a la plaza como “una

---

<sup>205</sup> Citado por José Esteban en *Los proletarios del arte*, pág. 84.

<sup>206</sup> *Ibid.* I, pág. 153.

especie de ágora donde pululaban literatos, bohemios y filósofos cínicos”<sup>207</sup>.

Emilio Carrère, gran conocedor de bohemios y a veces fustigador de los mismos, es el referente para cualquiera que pretenda estudiarlos. Probablemente se trata de quien más páginas escribió sobre la bohemia, aunque puede que sea el autor que más páginas escribió, sin más, porque la lista de sus títulos es la más completa. Así inicia su novela corta *La conquista de Madrid*, recogida en su libro titulado precisamente *La bohemia galante y trágica*: “Lo primero que hizo Pedro Alonso de Argamasilla al llegar a la corte fue asombrarse mucho ante la Puerta del Sol ¡Cuanta gente parada en las aceras, cuantos vehículos, cuantos cafés!”.

Antonio Machado también describe a sus coetáneos en *Palabras y plumas. Los bohemios*<sup>208</sup>. Los tiene bien observados puesto que puede pintar un retrato tan realista como éste y ponerle hasta la hora:

“A las ocho y media de la noche aproximadamente se encuentran reunidos en la Puerta del Sol cuatro de estos infelices que no se han desayunado todavía. Sus rostros famélicos, sus barbas despeinadas, sus trajes raídos, o sus sombreros aplastados y metidos hasta la oreja, hacen un grupo de formas caprichosas que atrae sin duda la mirada del transeúnte más inadvertido”.

No todos iban a esas horas y sin desayunar. Pero muchos de la tribu pasaban con poco más. El joven Azorín llegó a Madrid y alquiló una anodina y elemental buhardilla en la calle Barquillo, se vio obligado luego a cambiarla por un cuartucho en Jacometrezo y luego por otro más miserable en la calle Montera. Esos primeros momentos de ilusión y disipación, confusos y pordioseros, en contacto con los amos de la prensa, a las puertas de las redacciones que se le cierran, lo cuenta en 1897, en *Bohemia*, el título de su primer libro de cuentos<sup>209</sup>, inspirado en las amargas experiencia que estaba viviendo en su época bohemia.

Cambiar de buhardilla, esquivar a los caseros, administrar las deudas, pedir prestado, así empezaban muchas carreras en Madrid, desde la casa de huéspedes y el periodismo pasando por la corte de los milagros de la Puerta del Sol. Llegaban todos de la periferia, eran jóvenes inquietos y se arribaban a la sombra de los círculos políticos, de los literatos con algún nombre, de la actividad editorial de pequeñas imprentas y librerías, y se presentaban en las redacciones.

---

<sup>207</sup> Ibid. I, pág. 154.

<sup>208</sup> Reproducido por Pepe Esteban en *Los proletarios del arte*, pág. 107.

<sup>209</sup> Vidal Ortuño, José Manuel. *Tradición y modernidad en la cuentística de José Martínez Ruiz*, Tesis doctoral, Departamento de Literatura Española, Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, Universidad de Murcia, 2004, pág. 152.

Cada año, normalmente cada septiembre, eran muchos los aspirantes que se lanzaban desde diferentes puntos de la geografía nacional a la aventura de la conquista madrileña. La mayoría estaban condenados a arrastrar una vida de pobreza, nocturnidad etílica y bastante hambre. Por eso se decía, de manera peyorativa refiriéndose a la situación de estos poetas bohemios, que estaban en la “poetambre”, expresión que también utiliza Cansinos Assens.

Igual los aspirantes a literatos que los bohemios, ya fueran los que mantenían arraigadas convicciones anarquistas y socialistas o los que elegían empaparse de sus paraísos estéticos, llegaban a Madrid y se adueñaban del centro de la ciudad. Desde allí emprendían su peregrinaje por las tertulias que se celebraban en los cafés y tabernas cercanas a la Puerta del Sol y a la calle Alcalá hasta bien entrada la madrugada. Después, cual aves nocturnas, como si huyeran de la luz diurna, iban a refugiarse -los que podían- en sus aposentos. Unos en alguna miserable pensión, otros ni eso.

Y todos los paseantes nocturnos de los alrededores de la madrileña plaza hacia 1900 tenían en común: poco dinero en el bolsillo, una clara antipatía al burgués, culto al Arte como ideal de vida y ciertas ambiciones de reconocimiento social, intelectual o de clase. Pocos obtuvieron lo último e incluso quienes lo lograron pronto pasaron también al olvido. Alguno de aquellos jóvenes emergentes lograron sobrevivir a la bohemia e incluso triunfar, como Valle-Inclán, para otros la bohemia sólo fue una etapa pasajera, como Manuel Machado o el joven Baroja; en otros casos se trató de etílicas y festivas incursiones esporádicas, como Rubén Darío. Y estaban los que después de triunfar fueron olvidados con el tiempo, caso de Joaquín Dicenta, Manuel Paso o Emilio Carrère, y entraron en esa categoría del limbo que acoge a los raros, malditos, heterodoxos, decadentes, excéntricos e insólitos. Cosa que en algún momento de los alrededores del 1900 lo fueron todos.

En su libro de memorias Arturo Mori se fija en el porvenir periodístico de tanto recién llegado a la capital, y se duele de las mismas realidades absurdas y hambrientas:

“Así empezaban muchas carreras periodísticas en Madrid; pero tan pocas las que llegan a sostenerse. Todavía la bohemia hacía estragos en la capital de España. Todavía se moría allí por vivir demasiado. Todavía los cenáculos engañosos de los periodistas y escritores se comían la honra o la salud de los que pretendían sin facultades ser tanto como aquellos que los presidían. Algunos llegaban a tiempo de



volver a sus tierras natales, fracasados pero con vida. Otros dejaban la vida en hospitales o en las casas de huéspedes de Madrid”<sup>210</sup>.

Ni por un momento pensaba en regresar a aquella juventud rebelde e iconoclasta que escribía en revistas y periódicos de vida “efímera y loca”, como diría, al recordarlas, Manuel Machado<sup>211</sup>.

“A la fundación de la Vida Literaria, siguió la de un sin número de semanarios cuya vida fue efímera, brillante y loca, y que se titularon *Electra*, *Juventud*, *Revista Ibérica*, *La Revista Latina*, *Helios*, *Renacimiento*, y tantas otras creadas al calor de la juventud”.

Hay que señalar que alguna de esas publicaciones reunía al fundador, director, redactor único y repartidor en la misma persona. Casi todos llegaban convencidos de un futuro de justicia social. Pero lo cierto es que se hallaban inmersos en un proletariado intelectual lleno de dificultades, a pesar de su talento y formación, para lograr alguna estabilidad.

Fuera de éticas, estéticas y aspiraciones, y aparte del camino que emprendieron, o en el que desembocaron, la realidad más compartida por la mayoría de ellos era ser llegados de fuera de Madrid.

Los hermanos Machado procedían de Sevilla; Blasco Ibáñez y Azorín, de Levante; los hermanos Baroja, Maeztu y Unamuno, del País Vasco; Valle Inclán, de Galicia; Rubén Darío, Zamacois, Felipe Sassone, Emilio Bobadilla (*Fray Candil*) o López Carrillo, de América, costarricenses, cubanos y guatemalteco; Alejandro y Miguel Sawa, sevillanos y luego Pedro Luis de Gálvez, de Málaga; Ernesto Bark, estoniano para unos y polaco para otros; José de Siles y Ciges Aparicio, de Valencia; José Zahonero, de Ávila; Pedro Barrantes, valenciano; Antonio Palomero, de Málaga; Julio Nombela y Camilo Bargiela, gallegos; Antonio Lozano, de Granada; ; Xavier Bóveda, de Orense; Armando Buscarini, riojano; Dorio de Gádex, gaditano; Manuel Paso, granadino; Heliodoro Puche, murciano; Alfonso Vidal i Planas, de Gerona; Francisco Villaespesa, de Almería; Rafael Cansinos Assens, de Sevilla; Luis Ruiz Contreras, de Girona; Florencio Iglesias, gallego; Felipe Trigo, de Badajoz; José López Pinillos, *Pármene*, de Sevilla; Cristóbal de Castro, de Córdoba; Julio Camba, gallego; Salvador Rueda, de Málaga; Rufino Blanco y Julio Burell, de Córdoba; Manuel Bueno, nacido en Francia de madre vasca y padre gallego, llegó a Madrid desde Bilbao; Álvaro Retana, filipino; Isaac Muñoz, granadino; Joaquín Dicenta, de Aragón; José Nogales, extremeño; Luis Bonafoux, de Burdeos; José Nakens, sevillano; Henry Cornuty, francés...

---

<sup>210</sup> Ibid. pág. 44.

<sup>211</sup> Machado, Manuel. *La guerra literaria*, pág. 30.

Estos, junto a los contados madrileños, Ciro Bayo, Emilio Carrère, Eugenio Noel o Rafael Delorme eran los nombres de los jóvenes más conocidos, algunos de los llamados a la gloria literaria o periodística, los que filosofaban por las calles a altas horas de la madrugada, los que nombraban diosas a las inquilinas de la madrileña calle Ceres.

Al Madrid de fin de siglo llegaban a triunfar, a soñar, a buscar la gloria, a intentar comer o a integrarse, igual los artistas, que los políticos, que los menesterosos, que los emigrantes, que los desclasados. Este era el escenario y el paisaje y ese el panorama, de mediocre presente y oscuro futuro, lo que contribuía a que afloraran actitudes bohemias. Sobrevivir a veces era un milagro y todos afinaban su inteligencia o su picardía para lograrlo.

## 8.13 Hampones, artistas o buscavidas

Todos los llegados lo hacían con parecidas aspiraciones, y mientras encontraban sus sueños, compartieron dificultades y espacios. El principal, el de la Puerta del Sol. Por allí pasaban todos para buscarse la vida, para exhibirse o para enterarse de las novedades. La Puerta del Sol era el epicentro político-social-literario-periodístico de la capital y de España, con sus corrillos, sus voceadores de periódicos, sus vendedores o sus desocupados. Cansinos Assens cuenta que el autor de éxito no podía dejar de acudir allí porque sabía que, paseándose por ese kilómetro 0, le iban a llover elogios y palmaditas. Y tildaba de hampones de la literatura a todos los que, harapientos y muertos de hambre, perseguían a los triunfadores para proponerles un trueque: unas monedas a cambio de alabanzas y sonrisas. O les solicitaban ejemplares dedicados, como rendidos admiradores, para enseguida venderlos.

Pone Cansinos en boca de los bohemios Villaespesa, Isaac Muñoz o Barguiela palabras despectivas para con estos especímenes: “Ex hombres de la literatura que posan de bohemios pero no son sino hampones, los que luego Carrère había de tomar como fantoches para sus novelas”. Para inmediatamente recordarles que ellos mismos emplearon en algún momento trucos de la picaresca, como vender libros dedicados de los amigos. Y cuenta que ya es famosa la frase que dijo “el grave Antonio Machado al recibir el libro *El sol de la tarde*, de Martínez Sierra: “sol de la tarde, café de la noche”.

Todos los recién llegados tuvieron algún momento de búsqueda más o menos desesperada de monedas, o cualquier ayuda, para asegurarse el menú o habitación de huéspedes. El mismo Cansinos hace distinciones entre los pobladores del “mar muerto” que considera la Puerta del Sol, como si hubiera diferentes categorías: “El trozo de la calle Alcalá hasta Fornos, ya era otra cosa”, por allí se veía a las figuras literarias de más fuste, cronistas y autores teatrales “y bohemios también, pero de más categoría” y cita los nombres de los bohemios y periodistas Salvador María Granés, Antonio Palomero, Manuel Bueno, Pedro González Blanco o Daguerre.

Hampones había muchos en aquellos años, y no solamente en la Puerta del Sol, pero si nos atenemos al significado que da a la palabra la Real Academia, el de maleante y haragán, seguramente muchos más. Y no podemos olvidar que para la Gente Vieja y buena parte de la sociedad burguesa del fin de siglo, la mayoría de los componentes de la Gente Nueva lo eran. De modo que no sólo se refirió Cansinos Assens a los hampones de la literatura.

Hay un librito, libelo más bien, que retrata el ambiente madrileño de los primeros momentos del siglo y a todos los protagonistas que pululaban, triunfaban, aspiraban o maldecían por sus calles trató su autor de hampones. A todos los colocó en el mismo saco. Se titulaba *Los hampones de la literatura* y aparece en 1904.

Se trata de un librito de apenas 34 páginas firmado por un tal Chiquiznaque. Este era el nombre de un rufián que aparece en la cervantina *Novela de Rinconete y Cortadillo*. El libelo está dedicado “a los inéditos del Heraldo de Madrid” y anuncia desde la misma introducción sus intenciones: “Este libro es un pendón de guerra; es la bandera de la rebeldía que tres enamorados de la Verdad y del Arte enarbolan para fustigar a los hampones de la Literatura”. Continúa flagelando a las almas mediocres y melindres:

“Quizás cuando estas páginas salgan impresas a la calle, la Prensa, esa gran alcahueta, crea que esta es una cuestión de subsistencias, y ponga en su editorial: La mala leche de Madrid. El público, el verdadero público, la clase neutra de los hombres cultos, nos juzgará. Para los imbéciles, para las multitudes que ríen con ‘El Rey del valor’ y lloran con ‘Mancha que limpia’ sentimos un desdén profundo y misericordioso”<sup>212</sup>.

Durante mucho tiempo se dudó sobre quien era el verdadero autor o autores que se escondía bajo el nombre de Chiquiznaque, quien repartía mandobles intelectuales y estéticos sobre tanto hombre de letras. Se concluía que debía ser alguien informado, atrevido, independiente y que los

---

<sup>212</sup> En el prólogo de *Los hampones de la literatura*.

tres seguidores de la Verdad y del Arte bien podían resumirse en uno. Los estudiosos consultados y entrevistados para esta tesis coinciden en que lo más probable es que el autor de tan arriesgados juicios fuese el periodista Roberto Castrovido<sup>213</sup>.

El inventario de los fustigados y tenidos por hampones de la literatura es largo y está lleno de filias y de fobias, muchos con nombres sonoros, la mayoría figuras en ciernes de la literatura y el periodismo. No le duelen prendas al autor o autores de tan atrevido panfleto para mezclar, a veces con muy mala idea, lo personal con lo profesional, las características físicas o familiares con el talento. Un alarde de ingenio, de sarcasmo y de retorcidas intenciones. Merece la pena traer aquí los nombres citados porque muchos de ellos van acompañando, apareciendo y desapareciendo, a lo largo de esta investigación. Representan el ambiente, las aspiraciones, a veces el lenguaje y la estética de la tribu de bohemios y periodistas que vamos analizando. Son nombres propios significativos en la historia de la cultura española y decisivos en la historia de este estudio:

- Emilia Pardo Bazán: “Tiene dos hijas, pero no tiene marido. Buenas gentes afirman que lo tuvo a mediados del siglo pasado. Ha escrito mucho sobre el amor, y últimamente hace la vida de una santa. El demonio, hartado de carne...”
- José Martínez Ruiz: “Es la imbecilidad ensamblada con la memez... ¿Por qué misteriosa concatenación de ideas el que lee a Martínez Ruiz piensa en Dickens, Kipling, Mark Twain?”
- E. Gómez Carrillo: “Por Gómez Carrillo conocemos aquí a Verlaine, Moreas, Anatole France. A Gómez Carrillo no lo conocemos todavía”.
- Roberto Castrovido: “Lo mismo hace un artículo de fondo, que un telegrama de Fabra, que una docena de fajas con muy buena letra... El es quien ha concatenado en El País a una docena de golfos que no comían.... Y que siguen sin comer”.
- Alejandro Sawa: “(De la tribu de los Sawa) no se laba (sic) la frente desde que Víctor Hugo le dio un beso en ella. Nosotros sabemos que tampoco se laba los pies ¡ni aun para escribir! cochino!... tiene muchos perros pero no posee ni una sola perra”.
- Mariano de Cavia: “Cuando no está curda es el ser más imbécil de la tierra... Adora la belleza de los efebos y dice como Cristo: ¡dejad que los niños se acerquen a mí....Le dio

---

<sup>213</sup> Coinciden en la tesis de Castrovido como autor José Esteban y Víctor Fuentes. Si bien Javier Barreiro se inclina por el nombre de José Iribarren, que firmaba libelos y era conocido por Zaratustra. Se basa en algunas insinuaciones de Cansinos Assens.

un beso a Villaespesa y Villaespesa se lavó enseguida, ni Villaespesa es Sawa, ni Cavia tiene cosa alguna que ver con Víctor Hugo”.

- J. Ortega Munilla: “Su historia es una fábula: la de la Cigarra”.
- Antonio Machado: “Cultiva el mismo género que su hermano, pero viste bastante peor... usa las botas con que Cornuti ha venido andando desde París a Madrid”.
- Miguel de Unamuno: “Unumunamonos todos. Que nuestras fuerzas sean una sola: plenitud de plenitudes y todo plenitud, jueguecitos florales de palabras”.
- Francisco Villaespesa: “Es la única figura literaria de este siglo. Ha dicho y hecho muchas tonterías, les ha dado de comer en sus buenos tiempos a Cadamo, a Rueda, a Rubén, a Camba; ha plagiado a los americanos, crió a sus pechos a R. Jiménez, para desplumarlo más tarde, pero con todo ha hecho algunos versos capaces de elevarle a tres codos sobre el nivel de Dante. Después de una larga ausencia ha vuelto a Madrid, el poco dinero que ha traído se los comerán en dos días Machado, Bargiela, Camba y algún otro”.
- Alfonso Pérez Nieva: “Es miope de inteligencia y miope de los ojos de la cara. Come por cuenta del Ministerio de Fomento. De su literatura se puede decir que es como la cagada del pavo; ni sabe ni huele”.
- Ernesto López (Claudio Frollo): “Se hizo anarquista y tomó dinero de un concejal monárquico para fundar La Protesta”.
- Julio Camba: “Para conocer su fiereza de anarquista convencido hay que verlo comer un cubierto de peseta en el restaurante Imperial. El pan que le sobra, se lo mete en el bolsillo... Es un carácter de sinvergüenza que no tiene fin”.
- Antonio Zozaya: “Sus diarreas son ‘Crónicas’ en El Liberal”.
- José Echegaray: “Es un ingeniero para los literatos y es un literato para los ingenieros”.
- Luis Taboada: “Al morir el año 42 las de Hombliguete y las de Badililla, murió con ellas la gracia de este desgraciado. Es un tuerto de otras edades”.
- Bernardo G. de Candamo: “Es un perfecto imbécil... sabe el francés, toma el francés y recibe una porción de felicitaciones de su papa por casi media columna que llena en el Gráfico”.

- Eduardo Marquina: “El hombre de las canciones. Tiene una canción para el bronce, otra para las olas, otra para las grutas junto al mar...”.
- J. Ortiz de Pinedo: “En una noche de amor en que Juan R. Jiménez le entregó a Vallé Inclán su alma violeta fue concebido (sic) este gargajo glauco de la literatura”.
- Silverio Lanza: “Azorín y Baroja nos han asegurado que es un genio. La gente no lo comprende, solo lo han comprendido Azorín y Baroja. Por lo demás, vive en Getafe”.
- Félix Méndez: “Es un golfo que quiere ser bohemio, y un imbécil que quiere ser escritor festivo”.
- Manuel Bueno: “Bueno es Manolo, bueno, bueno por todas partes de sandeces lleno. Su prosa detestable nos apesta”.
- Ramón Pérez de Ayala: “Hace una prosa muy mala, ya con la paz del sendero demostró ser majadero”.
- Ramiro de Maeztu: “Ha sido una Estrella fugaz en el cielo de nuestra literatura. Pasó. El lo sabe, y para vengarse se come el papel impreso y vierte tonterías de impotente sobre el papel blanco”.
- Cristóbal de Castro: “Este feo pertenece a la familia de los Daguerre, orden de los Candamo, especie de los Zamacois. Su prosa es el mejor abono para los pies”.
- Los Quintero: “Los hermanos siameses de la literatura, tienen dos bocas y un solo estómago”.
- José Zahonero: “Escribe en El Universo y para El Siglo Futuro. Hace un año se nutría con La Carnaza republicana. Ahora tiene que alimentar a nueve hijas y les chupa a los católicos lo que puede”.
- Pío Baroja: “Afortunadamente nadie lo lee ya. Morirá de una pulmonía”.
- Julio Burell: “Ha convencido a Gasset de que es un genio, pero nada más que a Gasset. Tiene los muebles a nombre de la criada, los directores del El Imparcial y El Gráfico lo llaman el brillante escritor”.
- Antonio Palomero: “Es el más viejo de nuestros escritores jóvenes. Hay quien dice que es el más joven de nuestros escritores viejos. Hace chistes para que se rían los amigos. En cambio no ha hecho reír aun al público que paga”.

- Joaquín Dicenta: “A los obreros los mata el grisú. A mi me matará la bebía. ¿Han conocido ustedes a un hombre más grosero que yo ni que escriba más groseramente que yo?”
- Luis Bonafoux: “Es anarquista con Bonafulla y canalegista con Francos Rodríguez. La cuestión es comer. Para más detalles, escribir a Fray Candil (Bobadilla)”.
- Blasco Ibáñez: “Explota a El Pueblo de Valencia y traduce chabacanamente a Zola”.
- Pérez Galdós: “Tiene un perro que se llama secretario. Su secretario se llama Ángel Guerra. Ha establecido su mercería literaria en Paseo de Areneros, donde trabaja como un buen mercachifle doce horas al día”.
- Pedro de Répide: “Poeta modernista, ignoto, refinado, cursi, ramplón afeminado. Deja la lira que en tus manos, solemne majadero ni canta ni suspira ¡cósete el pantalón por el trasero!”.

Todo un alarde de descripciones, interpretaciones, maldades e insultos floridos. Un aleatorio reparto de adjetivos, odios, desprecios y algún contado aplauso. Todo un muestrario de impertinencias, de filias y fobias y también de observaciones bien informadas. El mismo Chiquiznaque, es decir, posiblemente Roberto Castrovido, publicó más tarde, en 1907, otro librito de parecido estilo e intención sarcástica, este titulado *Los hampones de la política*. Apareció firmado por el doctor Panglos y dedicaba la introducción al lector: “Este es nuestro prólogo y nuestro lema: todo por la superficialidad y por la bagatela: también por el látigo y también por el insulto, cuando el enemigo es cobarde”.

He aquí algunas lindezas con parecido tono, la intención y el descaro de los dedicados a los literatos y periodistas:

- Carlos Prat, microcéfalo de remate, inclinaciones naturales a todo lo cursi.
- Rodríguez Sanpedro, es un viejo inofensivo.
- Lacierva, un espíritu pequeño dentro de un cuerpo insignificante.
- Romanones, prestamista, egoísta, pancista y economista como ninguno.
- Emilio Junoy, es un cerdo que quiere ser intelectual y distinguido.





## 9.- LA PRENSA FINISECULAR

---

### 9.1 ¿Qué periodismo?

En todo el mundo la prensa experimentó, en la segunda mitad del siglo XIX, una imparable evolución que la transformó radicalmente. La revolución industrial procuró la comunicación de masas y las rotativas hicieron que los viejos periódicos multiplicaran las tiradas y llegaran a muchos más lectores. A ello contribuyeron los inventos que tanto facilitaron las comunicaciones, el telégrafo, el teléfono... En España también se produjo esa transformación, aunque, como siempre, un poco más tarde y mucho más lentamente. Apunta María Cruz Seoane<sup>214</sup> que “no llega a configurarse en España el modelo de prensa de masas al modo anglosajón. No se dan las condiciones. El analfabetismo es muy elevado, la urbanización es aun deficiente y muy desigualmente repartida geográficamente”.

No obstante se da una cierta industrialización, llegan los adelantos técnicos, hay mayor facilidad en los transportes y, sobre todo, algunas editoriales intentan modernizarse. *El Imparcial* y *El Liberal* introducen las linotipias en 1900. Pero el principal cambio se va completando, en palabras de la historiadora del periodismo en España:

---

<sup>214</sup> Seoane, M. Cruz. *Historia del periodismo en España*, T.2, *El siglo XIX*, pág. 27.

“En la conversión del modelo de periodismo de opinión, de predominio ideológico, dependiente de partidos, movimientos o personalidades políticas, al periódico de empresa, concebido como un negocio, sostenido por el lector y el anunciante y con una variedad temática de carácter enciclopédico que pretende satisfacer los más diversos intereses de los lectores”.

Es decir, el fin de lo que llamó Unamuno “el periódico evangelizador”. Ello provoca por un lado una progresiva profesionalización del periodista, y por otro la prensa se convirtió, continua Seoane, “en el medio hegemónico de comunicación social”.

Se estaban dando los pasos hacia el periodismo moderno, cercano a como hoy se entiende y se conoce. Aunque todavía los periódicos anunciaban en una pizarra sus principales noticias. Se exhibía a la entrada de la redacción como adelanto, lo que provocó que fueran apedreados en varias ocasiones. Sobre todo cuando se anunciaban desastres como el hundimiento de la escuadra o la pérdida de las colonias.

A finales del siglo XIX todos los periódicos, también los políticos y partidistas, empezaron a cambiar su fisonomía hasta convertirse en prensa empresarial e industrial. Dice Rafael Mainar que: “Eso supuso que la técnica profesional fuera recortando el campo de la inspiración periodística, y el trabajo especializado desplazando el buen hacer de improvisador”<sup>215</sup>.

La bohemia también contribuyó, más allá de tópicos tan repetidos de la vida desordenada, el alcohol y la noche, al proceso de profesionalización y a la aparición de una cierta industria cultural, tanto periodística como editorial. No olvidemos que se autodefinían los bohemios “proletarios de la pluma” y aspiraban a “vivir de su pluma”. De hecho vivían, aunque fuera mal, de sus colaboraciones en los periódicos.

En su estudio María Cruz Seoane ha explicado muy bien las diferencias de los periódicos de los años finales del siglo XIX respecto a algunas décadas anteriores. En el aspecto externo, unos y otros comparten el número de páginas (habitualmente cuatro, en un sólo pliego) pero señala que la diferencia esencial:

“Se observa a simple vista: frente a las páginas grises, concentradas, con títulos poco llamativos, pertenecientes a los periódicos decimonónicos, los que cierran un siglo y abren otro tratan de captar la atención del lector con titulares llamativos, combinando distintos tipos de letras y de tamaños. Las columnas permanecen con el mismo número, pero respiran con esas aportaciones tipográficas, y

---

<sup>215</sup> Mainar, Rafael. *El arte del periodista*, pág. 123. Escrito en 1906, describía la manera de hacer y es aun hoy un referente.

hay amplios espacios dedicado a los anuncios, muchos de ellos ilustrados”.

En cuanto al contenido, frente al predominio del artículo de fondo, sin excepción político, ideológico o doctrinal, de los primeros, a finales de siglo se imponen progresivamente la noticia, el reportaje, la crónica, algunas entrevistas e, incluso, los artículos culturales y las que se podrían considerar, secciones "amenas" (chistes, pasatiempos...). Es decir: “El nuevo ideal que guía a las empresas periodísticas es comercial, o sea, informar y entretener al público, más que formarle o adoctrinarle”<sup>216</sup>.

Dedica precisamente Ricardo Fuente, en su libro *De un periodista*<sup>217</sup> un texto intencionado, irónico, crítico y esclarecedor, titulado precisamente “Un artículo de fondo”, en el que relata una escena representativa del periodismo y de sus rutinas en el fin de siglo. En ella, el director reclama un artículo para el periódico del día siguiente y el redactor le pone pegas:

“¿Un fondo? ¡Imposible! No hay asunto. Será preciso repetir mañana lo que se ha dicho hoy, lo que se dijo ayer; copiar lo que se escribió hace un mes o hace un año. Desde la Restauración no ha ocurrido nada nuevo. Siempre ante el mismo cuadro de desdichas y miserias”.

La diatriba del redactor para evitar el engorroso encargo es, además de una justificación de su pereza, toda una exposición realista de las relaciones dentro de las redacciones de los periódicos, amén de una descripción del panorama político y una muestra del periodismo que se hacía en ese momento:

“¡Libreme usted, querido director, de ese martirio, de esa columna de prosa que se introduce todas las noches en mi cerebro como afilado puñal!

Un pueblo que sufre y lanza quejidos y gritos de rabia; un gobierno tirano, inepto, imprevisor e ignorante, que dilapida la fortuna pública y atropella las libertades y las leyes; chanchullos, prevaricaciones, inmoralidades, robos, escándalos, injusticias... Nada, señor director: hoy como ayer, mañana como hoy y siempre igual. ¡El mismo plato con diferentes salsas!”.

El director le dice entonces que no busque la inspiración para los artículos en la política de salón de conferencias, ni en los tiquis-miquis de la prensa, ni en las opiniones sin valor de los prohombres de partido. Le aconseja que vaya a los campos, a las chozas de los campesinos, con su sufrimiento, sus condiciones de vida, y que no les pregunte qué piensan de la política y los políticos.

---

<sup>216</sup> Seoane, M. Cruz. *Historia del periodismo en España*, pág. 28.

<sup>217</sup> Ibid. pág. 54.

Le está hablando de otra manera de hacer periodismo, de otro modo de informar, de otros temas. Le aconseja que relea la historia, que haga un llamamiento a la juventud, que deje que su imaginación vuele: “Y huya de este Madrid, que siempre oculta la verdad con aparatosas ficciones”.

El resultado del tira y afloja fue que el redactor quedó convencido de que debía inspirarse para su artículo de fondo en los dolores del pueblo.

Los libros de Ricardo Fuente, Rafael Mainar, Alejandro Mori y la novela de Luis Araquistáin, ésta desde la crítica y la sátira, ilustran cómo era la prensa finisecular en España.

## 9.2 Las redacciones

Concha Edo se ocupa de describir los periódicos que se publicaban en España en los alrededores de 1898 y analiza la manera de trabajar en las redacciones<sup>218</sup>:

“Predomina la información política nacional, no hay ninguna foto y sólo en contadas ocasiones se puede ver en la primera página algún titular, aunque empiezan a ser más frecuentes desde aquellos años. Los que salen por la mañana cierran el número del día entre las 4 y las 4.30 de la madrugada, con un margen que se alarga hasta las 5 para las noticias de última hora que eran las que llegaban justo al final de la tarde”.

Explica que entonces, y durante los años siguientes, a pesar de los cambios evidentes y las nuevas tecnologías, los periódicos se hacían en pequeños e insalubres locales. Evidentemente contaban con plantillas reducidas y no siempre preparadas. Si bien recuerda que aunque se empezaban entonces a introducir las primeras rotativas, la mayoría de los periódicos se imprimían todavía en máquinas planas, lo que hacía que no se pudiera superar en ningún caso las cuatro páginas. Hasta los primeros años del siglo no se utilizaron las linotipias. La primera llegó a España en 1895 para *El Imparcial*”.

En el primer número del periódico *La Información*<sup>219</sup> escribe el nombrado periodista y también bohemio, Ricardo Fuente, una crónica

---

<sup>218</sup> Edo, Concha. “Periódicos de Madrid, 1898”, *Estudios sobre el mensaje periodístico*, nº 4, pág. 43.

<sup>219</sup> Fuente, Ricardo. *De un periodista*, pág. 132.

titulada precisamente “El primer número” y en el describe la redacción, que es el retrato de la mayoría de las redacciones:

“En el portal un buzón, en el cuarto una mesa grande y ancha, capaz para media docena de redactores: unas cuantas sillas, las suficientes para que un día de ‘lleno’ se siente alguien a la turca en los ladrillos; tinteros, plumas, carpetas, cuartillas, ganchos para colgar la prensa... esto es lo que el señor propietario considera como lo mas preciso por ahora”.

También explica Concha Edo<sup>220</sup> la distribución de las cuatro páginas, que, en líneas generales y con pocos matices, repite cada periódico:

“En la primera se incluye el habitual artículo de fondo, más bien largo y que con frecuencia escribe el propio director, un artículo centrado en la situación política, comentarios y noticias alrededor del mismo tema y descripciones de las fiestas y el mundillo de la alta sociedad madrileña. En la segunda y la tercera hay una serie de crónicas que reflejan la información musical, literaria y teatral, fundamentalmente de Madrid, pero buena parte de la tercera está ocupada por sucesos -crímenes, desastres, incendios...- tratados con el mayor sensacionalismo. Finalmente la cuarta plana acoge la última parte del folletín comenzado en la anterior, los anuncios, las carteleras teatrales, taurinas y circenses y las gacetillas”.

En las redacciones donde se hacían los periódicos y revistas no había criterio uniforme, ni lógico a veces, ni en la composición de la plantilla ni en la ubicación de la sede. Esta podía ser un local alquilado, los bajos de un domicilio o una habitación improvisada, en el caso de algunas revistas y folletos de corta vida.

Sirve como referencia la redacción del periódico *La Correspondencia de España*, que era entonces una de las más pobladas. Contaba con director, redactor jefe, secretario de dirección y diecinueve redactores, de los que seis se dedicaban exclusivamente a la información política. Pero esta situación, incluso semejante alarde, sólo se puede relacionar con los grandes periódicos y no con las ridículas plantillas de la mayor parte de los medios.

La manera de trabajar de las redacciones y su composición, como describen Cansinos, o Azorín o Fuentes o Ciges Aparicio o Bark, la mayoría de ellas astrosas y bohemias, no había cambiado de manera significativa hasta bien entrado el siglo XX. Pero la prensa en general sí que estaba experimentando un cambio trascendental durante aquellos años. Por el número de publicaciones, por sus tiradas y por las nuevas temáticas de las que se empezaba a ocupar las páginas impresas.

---

<sup>220</sup> Ibid. pág. 45.

También Antonio Espina muestra en su ensayo<sup>221</sup> que las redacciones de los periódicos madrileños del año 1900 se parecían físicamente todavía más a las de los diarios de 1870 que a las de 1915. De modo que el retrato más fiel y repetido de aquellas redacciones, como hacen en sus libros Ciges Aparicio y Cansinos Assens, se parecería mucho a una sala o habitación más amplia, en el medio de la cual había una enorme mesa rectangular y sobre ella dos grandes lámparas suspendidas, al principio con quinqués de petróleo, luego mecheros de gas y por último bombillas eléctricas. Las paredes tapizadas de papel floreado y generalmente deslustrado. Habría también un listón corrido con ganchos de los que colgaban periódicos, sobre todo los de Madrid, junto a alguno de provincias y unos pocos extranjeros. Un par de armarios donde se guardaban los diccionarios, papeles, cuartillas, lapiceros y libros de historia.

La fotografía fija se completaría con varias sillas alrededor de la gran mesa donde escribían los redactores. En ella varias tijeras, tinteros de cristal, papel secante, recortes de periódicos, restos de telegramas, y a su alrededor, cestos con papeles rotos. En algunos casos habría otra mesa más pequeña, auxiliar de la primera, donde coincidían más periódicos y además bandejas y cafeteras que llevaba el mozo del café más cercano. Un perchero donde se dejaban los sombreros, los bastones o el chambergo.

Así eran la mayoría de las redacciones. Sin embargo, aunque el paisaje mobiliario no había cambiado mucho, sí estaban variando los contenidos. Y esa mudanza tenía que ver con el momento, con las tendencias que se iban imponiendo, con las necesidades y con la desazón de la sociedad. Y también con quienes lo contaban.

### 9.3 De la opinión a la información

El principal cambio se debió al hecho de que se estuviera asistiendo al inicio del periodismo informativo, las empresas empezaban a buscar la rentabilidad económica, nacían revistas gráficas con ilustraciones, los medios incorporaban fotos, pasatiempos y novelas por entregas. Las tiradas seguían siendo relativamente bajas, y los periódicos se continuaban leyendo masivamente en tertulias, bibliotecas, cafés y ateneos. Y casi en su totalidad se vendían en la calle, con muchachos que voceaban sus titulares. *La Correspondencia* tenía 400 repartidores en Madrid que propagaban la mercancía por las plazas, rincones y calles de la ciudad. A veces eran poco

---

<sup>221</sup> Espina, Antonio. *El cuarto poder*, pág. 32.

más que chiquillos harapientos que pregonaban a gritos “La Corres” en la Puerta del Sol y en las salidas de los teatros.

Aunque en precario y con muchas contradicciones, empieza a considerarse la profesionalización del periodista. Tenemos noticia de las maneras y las rutinas a la hora de resolver conflictos laborales y procedimientos periodísticos. El relato de Ciges Aparicio, fechado en 1901, describe la composición de la redacción de *El País*, sus miembros y sus jefaturas, y también los modos de indagar en las noticias, la manera de enterarse, lo que importaba. El periodismo y el mundo de los meritorios: sólo tras semanas o meses de trabajo oscuro, de redactor, eran merecedores de un sueldo. Un a modo de becarios curtidos.

La profesionalización del nuevo periodista o el aspirante consistía en dedicarse prioritariamente a ese oficio. La lógica aspiración de vivir de su profesión hizo que esta dejara de ser sólo un complemento económico o un trampolín para darse a conocer en los ambientes cultural o político. Esta concienciación, que implicaba el reconocimiento de un trabajo digno y estable, lleva a la creación en Madrid de la Asociación de la Prensa, en 1895.

No obstante, a pesar de esas reivindicaciones, como cuentan tanto Ciges Aparicio como Cansinos, los redactores seguían teniendo unos sueldos ridículos, por lo que debían pluriemplearse para llevar una vida tan solo menesterosa. Los periodistas afortunados y bien relacionados también cobraban de los fondos de reptiles. Precisamente eran los literatos bohemios, los modernistas, los que relataban, y denunciaban, en sus textos esa situación.

Es en esos últimos años del siglo XIX y primeros del XX, justo cuando la prensa española fue desprendiéndose del carácter de mera opinión, de doctrina de partido, y centrándose en un objetivo informativo inmediato, en buscar la rentabilidad periodística desde las noticias y las colaboraciones de firmas atractivas y reconocibles. Se empieza por tanto a configurar la prensa de nuestro tiempo. Un diario como *La Correspondencia de España* proponía una abierta apuesta por la información, que ocupaba más espacio cada día en sus columnas y marginaba los aspectos políticos.

Cansinos Assens relata en su *Novela de un literato* su propia experiencia como redactor de ese periódico y apunta el discurso que soltó a toda la redacción reunida, compuesta por treinta periodistas, el director Leopoldo Romeo, que firmaba sus columnas con el seudónimo *Juan de Aragón*<sup>222</sup>:

---

<sup>222</sup> Ibid. I, pág. 328.

“Bueno señores, ya saben mi lema. Información, información. Lo que no sea noticia, fuera. Todo por y para la información. La literatura se queda para las revistas. Esto es un periódico (...) ustedes, los literatos, se creen que al público le interesa la literatura, (...) pero están en un error. El público lo que quiere son noticias, lo que quiere saber es si la obra fue un éxito o un pateo, todo lo demás le tiene sin cuidado”.

La diatriba del director, contada con tanto detalle como ironía, no deja de ser una declaración de los nuevos principios periodísticos. Eso llevaba consigo evidentes consecuencias profesionales cuando se propugnaba un más intenso y mejor ordenado trabajo colectivo en los periódicos.

## **9.4 Los nuevos géneros**

Más información y nuevos géneros, parecía ser el lema. Al pasar la prensa de un tono editorializante a uno informativo, a abandonar el artículo de fondo como principal texto, empiezan a aparecer, y destacar, escritos en forma de reportajes y de crónicas, o sueltos como pequeñas noticias. Estos son los géneros que se convierten en los más practicados, recurrentes y también los más prestigiosos de principios de siglo.

José Carlos Mainer atribuye a los modernistas la invención del nuevo género<sup>223</sup>. Su arraigo en España se produce en los años noventa del siglo XIX y se achacaba a la influencia francesa, como la bohemia, como el Modernismo y como casi todos los aires de renovación. Constituía la crónica una novedad muy moderna, mezclar el comentario junto a información. En los periódicos se daba cuenta de la noticia del día, de las novedades de las provincias, de los asuntos más candentes, con reflexiones y apostillas de carácter filosófico y humorístico. El cronista de más éxito fue Luis Bonafoux, en los diferentes, y múltiples, medios en los que colaboró. Azorín y Baroja lo consideraban el mejor.

Por ellos y por la práctica continua, la crónica periodística empieza enseguida a alcanzar verdadera altura artística en manos de autores brillantes como Azorín, Gómez Carrillo o Bonafoux, que eran seguidos por los lectores y buscados por las empresas. Ellos la elevaron a categoría de prestigio y fueron ejemplo. También lo hicieron otros nombres de contrastado talento, literatos y periodistas que empezaron a destacar en la última década del siglo XIX como Cristóbal de Castro, el citado Ciges

---

<sup>223</sup> Ibid.



Aparicio, Antonio Palomero, Emilio Bobadilla (*Fray Candil*) y Manuel Bueno.

## 9.5 Oficio de periodista

La amplia oferta periodística de los alrededores del fin de siglo se debía, entre otras razones, a la llegada de los liberales al poder en febrero de 1881, y a las posibilidades de apertura de la Ley de Policía e Imprenta del 26 de julio de 1883, promulgada por el gobierno de Sagasta, vigente hasta la guerra civil.

Si bien Mari Cruz Seoane y Sáenz realizan una cierta generalización tan ilustrativa como discutible<sup>224</sup>:

“Se daba, de este modo, la circunstancia profesional de que en los pequeños periódicos de opinión, sobre todo entre los republicanos, campeaba la bohemia más astrosa. Definible, pues, como prensa bohemia y pintoresca por antonomasia, en la prensa republicana la figura del llamado "director de paja" (peculiar personaje que asumía eventualmente las responsabilidades penales en que incurriera el periódico a cambio de una remuneración) era una institución muy necesaria porque los periódicos republicanos se caracterizaban por la agresividad de sus "campañas". Estas campañas periodísticas, expresión esencial en el lenguaje periodístico de la época, solían dar el tono y constituir una de las claves del éxito o fracaso de unos periódicos que siempre tuvieron una rentabilidad precaria y estaban sometidos a los vaivenes y avatares primarios de la actualidad política más marginal”.

El caso citado del bohemio Pedro Barrantes cargando con las ‘culpas’ de *El País* es un ejemplo de lo que dicen. Aunque hay que señalar que no sólo los periódicos republicanos tenían hombres de paja como directores, también los monárquicos y los conservadores. El hombre de paja era una figura bastante habitual en la prensa de finales del siglo XIX. Se trataba de periodistas que por lo común no escribían, sino que se dedicaban a figurar, a ocupar cargos de forma virtual, a firmar los artículos que interesaban al director o a la empresa y por ende a responsabilizarse de las consecuencias.

No sólo Barrantes ejerció de hombre de paja. Antonio Espina<sup>225</sup> habla de dos conocidos hombres de paja del siglo XIX, Ildefonso Páez de la Rosa

---

<sup>224</sup> Ibid. pág. 45.

<sup>225</sup> Ibid. pág. 76.

y un tal Albinos. El primero figuraba como redactor de un periódico -“cierto demagógico diario matritense de la época Alfonsina”- y cuando la responsabilidad alcanzaba al director, figuraba él como director legal. El segundo también, que cobraba 40 duros al mes y cuando lo metían en la cárcel cobraba dietas, tres duros diarios. En una ocasión se mostró contento porque le habían condenado a dos años de prisión y con el dinero que iba a percibir podría costear los gastos de la curación de su hija única, enferma de tuberculosis.

De modo que se acercaban al oficio de periodista, a la profesión apenas considerada como tal, pícaros, buscavidas, aspirantes a políticos y amigos de la fama, a partes iguales. Para unos se trataba al fin y al cabo de una cierta forma de vida, para otros una supuesta palanca hacia el éxito y la fortuna. No es extraño por tanto que, amén de los literatos aspirantes, muchos bohemios encontraran en el periodismo el escenario natural de su supervivencia.

En cuanto a la expresión “bohemia pintoresca y astrosa”, repetidamente usada por estudiosos y por críticos como arma arrojadiza, aplicada generalmente a la frecuentadora de los periódicos republicanos, tiene una parte cierta y comprobable. Pero no es menos verdad que los grandes periódicos consideraron a la bohemia un fenómeno social del que hablaban y escribían sus periodistas. Y al mismo tiempo los propios directores abrían sus páginas para que escribieran los bohemios.

A principios de siglo cambia el modelo periodístico decimonónico y la prensa se diversifica. Los que se sienten periodistas comienzan a defender su oficio y a explicar cómo debe hacerse. Uno de los principales ejemplos fue Rafael Mainar y su manual para indicar cómo escribir en los periódicos. Explica con claridad qué es y qué no es información, cómo buscarla, y también hace una apasionada defensa del oficio y el propio estilo periodísticos.

Se van practicando cada vez más los nuevos géneros, empiezan a ser familiares la crónica, el reportaje, la ‘entrevista’, además del artículo de fondo, que insisten en la difícil distinción entre los géneros literarios y un recién nacido, en aquellas fechas, y por tanto sólo posible, género periodístico.

En el caso de la crónica, el ejemplo primero fue el *Diario de un testigo de la guerra de África* (*La Época*, 1859), de Pedro Antonio de Alarcón, pero para explicar los otros géneros, es preciso tener en cuenta la realidad de las redacciones españolas. A diferencia de las norteamericanas, pioneras y modélicas, que tendieron a favorecer la información desde muy pronto, las españolas conformaban una curiosa mezcla. Lo ilustran en clave de sátira Carlos y Ángel Ossorio y Gallardo en su *Manual del*

*perfecto periodista* que escribieron en 1891, bastantes años antes que Mainar. Tal mezcla era producto de la falta de especialización: el periodista tenía que saber de todo porque cualquier sección le podía ser encargada. Algo que no ha cambiado mucho en la historia del periodismo español, casi hasta hoy.

Este curioso libro traza los tipos característicos de las redacciones españolas y ofrece interesantes y divertidos modelos de escritura de cada una de las secciones del periódico. En todas, dicen, la norma es el todo vale, “siempre en el deseo de atraer al lector; y en ello cuenta mucho la imaginación y el saber adornar lo narrado”.

## 9.6 Ocho mil periodistas

Es también época de sátiras audaces y parodias más o menos ingeniosas, de tremendos dibujos y caricaturas destinados a atacar las ideas anticuadas, y todo lo incorporan en los periódicos y revistas en un momento de transformación, con la intención de atraer al lector.

Probablemente la primera obra española que se ocupa del carácter mercantil de la prensa, así como de los nuevos tiempos del periodismo es *De un periodista*, de Ricardo Fuente. Libro publicado en Madrid, en 1897. Este escritor, bohemio y periodista, que fue director de *El País* entre 1903 y 1910 y después el primer director de la Hemeroteca Municipal de Madrid, de 1918 a 1925, explicó los cambios de la prensa desde una cierta perspectiva apocalíptica. Sostenía que “el periódico de empresa no lo funda el enamorado del ideal, no existe por la necesidad de defender los intereses faltos de apoyo; el periódico de empresa se funda por comerciantes tan sólo atentos al lucro”<sup>226</sup>.

Son afirmaciones propias de un momento en el que estaban naciendo los primeros diarios españoles fundados por empresas de tipo capitalista, con la clara intención de hacer negocio y no política. La mayoría de ellos tenían una estructura empresarial familiar. Eran los casos de Santa Ana, Gasset, Ortega, Godó, Luca de Tena y Mencheta, entre las estirpes más significativas. Al mismo tiempo, en esos años se iban perdiendo, o cerrando, las publicaciones de carácter doctrinal y de partido.

Otro que analiza la realidad de la prensa española de fin de siglo fue precisamente el bohemio y gran teórico de la bohemia, el polaco Ernesto

---

<sup>226</sup> Ibid. pág. 28.

Bark. Lo hizo en un trabajo imprescindible, *Estadística social*. Útil para cualquier estudio, igual desde el punto de vista de la antropología, que de la sociología, la política, la cultura o la economía española de fin de siglo. Y, evidentemente, la bohemia. Pero, además, es ineludible para entender cómo era el periodismo. Precisamente le dedica un capítulo con un título nada inocente: “Proletarios de la prensa”. En él expone crudamente las condiciones laborales, las calidades y talentos y, lo que es más importante, la importancia de la profesión. Llama a los periodistas “proletarios de levita y sombrero de copa” y asegura que estaban peor pagados “que los mismos empleados de ferrocarriles”. Una paradoja, ya que para Bark los periodistas son de la sociedad, “sus cerebros, focos que reflejan diariamente los rayos del primer poder del estado moderno: la opinión pública”. Así que entiende que “nunca se presenta tan extravagante el contraste entre la miseria económica y la función importantísima que desempeñan, como proletarios de la prensa”.

Opina que tanto la prensa como la justicia están muy mal pagadas, lo que supone que ambas corren peligro de “ser pasto o de someterse a la voluntad de los 10.000 caciques” que considera que existen en España. Como no deja de ser una obra estadística, no repara en gastos, así que registra que había en España 146 diarios, de ellos 37 en Madrid. Y calcula unos 4.000 periodistas “cuya existencia estará basada en el periodismo y otros tantos periodistas y literatos, pecuniariamente asegurados de otro modo, que colaboran en las 1.300 publicaciones del país”<sup>227</sup>. Consideraba que esos 8.000 redactores tenían igual interés de clase, y por tanto deberían “cooperar en hacer la prensa independiente y estimada por todos”. Y afirma echar en falta que todos esos proletarios de levita y sombrero no tengan un Murger para cantar su “triste bohemia” o que Galdós no hubiera escrito su retrato y sus afanes, como hizo Balzac en *Las ilusiones perdidas* o la historia de un periodista provinciano en París.

Aconseja Bark a la recién creada Asociación de la Prensa que tome medidas, que exija la determinación de un sueldo mínimo, que reivindique una Unión de Dependientes y Empleados por el 10% del beneficio de las empresas como el camino de mejorar la situación de los periodistas y escritores, que, en esos años, “debían someterse a los precios esclavistas de los editores”. Y aquí aporta el dato de lo que se pagaba entonces por las colaboraciones: por la traducción de 2.000 letras, un real, o los sueldos de diez duros al mes que cobraban los redactores de la mayoría de los diarios.

---

<sup>227</sup> Bark, Ernesto. *Estadística Social*, pág. 23.

Sobre salarios coincide Bark con lo apuntado por Seoane<sup>228</sup>, que el sueldo de un periodista medio no era suficiente para vivir ni con modestia. Los primeros periódicos que empezaron a pagar más o menos de forma decorosa fueron los diarios de empresa, es decir, los nacidos ya en el siglo XX. Por contra, los que procedían del XIX, “Incluso en el caso de los de gran circulación, mantenían una redacción muy teñida de bohemia y picaresca”. Y no pagaban adecuadamente a sus redactores, excepto a una o dos figuras. De manera que en los pequeños periódicos, los republicanos en particular y los políticos en general, pero también en las revistas, y no digamos en los libelos cuya plantilla estaba compuesta por una o dos personas, campaba “la bohemia más astrosa”.

Los contratos profesionales, los salarios decentes, tardaron en llegar, porque la condición del periodista era muy similar a la del proletariado de la época: sin contrato de trabajo, ni horario fijo, ni descanso dominical. Hasta bien entrados los años veinte no se logró un cierto reconocimiento como profesión. El ambiente bohemio que rodeaba a la profesión y los dueños de las cabeceras con intereses a veces oscuros también contribuyeron a una no demasiado buena imagen del periodista.

José Martínez Ruiz también habló de las precarias condiciones sociales y económicas de los periodistas, en un artículo titulado “Entrevista con Rinconete”, que publicó en la revista *Juventud*, el 10 de noviembre de 1901:

“Aquí en España, no hay más camino para el periodista, para el literato, para el político, que el agio y el enjuague. Dentro de ocho, diez años, ¿de qué va a comer el amigo Cavia; de qué va a comer Blasco, que va a comer Bonafoux, grandes periodistas todos, grandes oradores, grandes trabajadores que día a día, año tras año, han cobrado su artículo y se han gastado el importe de su artículo. Desgraciadamente no hay ‘clases pasivas’ para el periodista”.

Sin embargo el problema no era sólo tener un salario decente o un seguro de clases pasivas. Explica Cansinos, en 1964<sup>229</sup>, que en 1905 los periodistas habían conseguido que se estableciera un sueldo, pero no estaba seguro de que hubieran salido ganando, ya que hasta entonces tenían lo que llamaban los ‘gages’, es decir un sueldo más o menos intermitente, o sin sueldo, pero abiertos todos los caminos para procurarse un suplemento compensador. Desde su ingreso en la redacción contaban los periodistas con una credencial -para no ir sino a cobrar- en algún ministerio u organismo del Estado; el prestigio de su carnet le aseguraba pases de libre

<sup>228</sup> Seoane, María Cruz y Sáiz, María Dolores. *Historia del periodismo en España*. T 2, pág. 45.

<sup>229</sup> Cansinos Assens, Rafael. “Periodismo madrileño de principios de siglo”, *La Gaceta de la prensa española*, número 152, febrero de 1964.

circulación por los teatros, tranvías y hasta para sentarse en las sillas del Paseo de Recoletos (que entonces costaban diez céntimos). La libertad de dar en su periódico bombos y palos a amigos y enemigos, lo hacía respetado y temido; podía hacer publicidad por su cuenta, convidarse en cualquier restaurante o figón a cambio de una gacetilla en el periódico. Y entre tanto iba ascendiendo “en su escalafón burocrático y llegaba el momento en que se encontraba jefe de negociado con categoría de gobernador civil”.

También habla Cansinos de que los directores eran verdaderos señores de horca y cuchillo que mandaban despóticamente y que como los redactores no tenían amparo alguno vivían temblando y con las amenazas de despido, “de modo que sólo la adulación era el medio de medrar en el periódico”.

## 9.7 Pluriempleados

Diferentes reportajes de *El Evangelio*<sup>230</sup> sobre la manera de operar de sus colegas nos ilustra de las costumbres y pluriempleos de los periodistas. Por ejemplo, *El Imparcial* instauró un nuevo y particular sistema de ingresos. Destacaba a enviados del periódico a provincias con el encargo de escribir sobre los progresos y avances de las industrias, las artes y las ciencias. Puros publibreportajes de los que se aprovechaban la empresa y el trabajador: Cobraban a 5 pesetas la línea y el redactor se llevaba el 20 por ciento. La empresa representada, o citada, pagaba y el lector pensaba que le estaban proporcionando noticias de actualidad.

Tales hábitos dicen mucho de un periodismo bohemio y desarrapado, con mucho de improvisación, de oficio de pícaros y de poco sentido de la organización, la previsión y la profesionalización. Las intenciones empresariales y políticas de los dueños de los periódicos en ocasiones torcían hasta la paradoja el ejercicio de la prensa.

Algunos de los redactores de los periódicos se pluriemplearon creando ellos mismos un servicio de noticias telegráficas para los periódicos de provincias. Cuando *El Evangelio* se ocupa de *El Globo*, el 6 de junio, expone la relación empresarial del periódico: “En donde se escribe, aunque a la fuerza, por amor al arte”. Habla de su director, Francos Rodríguez, y nos descubre que como director está mal retribuido, pero en

---

<sup>230</sup> El periódico publica, en los meses de mayo y junio de 1901, varios trabajos en los que repasa con detalle el estado de la prensa madrileña.

cambio tenía interesantes compensaciones en concepto de consejero de los tranvías “y las tendrá como subsecretario de algún ministerio”. Algo muy habitual en el periodismo y entre los periodistas importantes. O había fondo de reptiles o retribuciones ajenas a su dedicación profesional.

En cuanto a remuneraciones, ponía de ejemplo el caso de plumas brillantes como Manuel Bueno o Navarro Ledesma, que recibían como sueldo ocho o diez duros mensuales, y “a los demás redactores les dan las gracias”. Pero les retribuía Romanones con las llamadas alcaldías de barrio, plazas de temporeros o gratificaciones de material.

Los magros sueldos, el no regulado acceso a la categoría de redactores o colaboradores proporcionaban prácticas y actividades más propias de la picaresca que de las normalizadas relaciones laborales. Lo que producía episodios de necesidad o de injusticia, como denunciaba Ernesto Bark en su *Estadística Social*. Y la precariedad llegaba a todos. Esa era una de las causas de tanto pluriempleo, de que las firmas de unos y de otros se encontraran por tantas cabeceras a la vez.

Azorín también nos ilustra de sueldos y gastos periodísticos en algunos de sus escritos. En *Bohemia. Cuentos, fragmentos de un diario*, cuenta que “no he podido renovar mi abono de cincuenta pesetas en el restaurante de la calle Montera”. Y también: “En el periódico no me han dado un céntimo. Trabajo todas las noches hasta las dos de la madrugada; escribo un número de cuartillas sobre todo; es decir, fondos, noticias, telegramas y hasta arreglo las cartas de los correligionarios de provincia que protestan -sin gramática- contra tal o cual arbitrariedad administrativa”<sup>231</sup>.

Dice Desvois<sup>232</sup> en su prestigioso estudio que un redactor de talento reconocido cobraba entre 150 y 250 pesetas mensuales, de manera excepcional podía llegar alguno a 500, pero “eran más corrientes los sueldos de 50, 75 o 100 pesetas”. Eso sí formaban parte de una redacción, porque la mayoría eran retribuidos por artículo, y había que haber logrado cierta fama para cobrar 15 o 25 pesetas por colaboración. Y no se pueden olvidar, como referencia, los datos de *El Imparcial*, según los cuales una familia media necesitaba 292 pesetas mensuales para vivir. Evidentemente no existían contratos de trabajo y los redactores podían ser despedidos en cualquier momento sin ninguna indemnización. Por supuesto, no existían ni horarios fijos ni descanso dominical. Para esto hubo que esperar a 1920, cuando se aplicó a la prensa la ley de 1904.

---

<sup>231</sup> Citado por Jiménez Millán, Antonio. “Madrid, entre dos siglos”, “Modernismo, bohemia y paisaje urbano”, revista *Litoral*, número monográfico, 1998.

<sup>232</sup> Ibid. pág. 32.

## 9.8 Fondo de Reptiles

No es extraño que muchos periodistas anduvieran cerca de la miseria y tuvieran que recurrir a toda clase de apaños, unos relacionados con los fondos de reptiles, otros con cargos de la política. El principal consistía en figurar en la nomina de algún ministerio o centro oficial, en Madrid muchos figuraban como barrenderos del ayuntamiento y hasta llegaron a figurar como ama de cría de la Inclusa. Fue el caso de Manuel Bueno, que cobraba del ayuntamiento de Madrid doce duros al mes por ese concepto. Ricardo Fuente cobró como guardia de seguridad y matarife. Emilio Carrère estaba colocado en el Tribunal de Cuentas, donde ganaba veinte duros mensuales.

Ricardo Fuente, al fundar la Hemeroteca Municipal, reclutó a la mayor parte de su personal técnico entre los periodistas que cobraban del ayuntamiento como barrenderos. Incluso Gómez Aparicio habla de uno, cuyo nombre silencia, adscrito como mulo al ministerio de la Guerra, con lo que recibía un real diario para paja, alfalfa y cebada. Una muestra significativa de la Corte de los Milagros de la que hablaba Pío Baroja.

Habla mucho de la picaresca, las mil maneras de buscarse la vida y las rutinas de aquella corte el hecho de que supusiera una considerable fuente de ingresos adicional la venta de las entradas que los periodistas recibían de manera gratuita del teatro o los pases gratuitos para el metro, los tranvías o los ferrocarriles. Canonjías que obtenían los redactores por el hecho de serlo y que aprovechaban para revender y con ello redondear sueldos.

Desempeños tan heterodoxos se producían por el hecho de que ser periodista entonces no era considerado una profesión, ni había escuela de periodismo, y el que quería entrar en una redacción solo tenía que disponer de una recomendación y de una sólida vocación de literato. Para eso era necesaria mucha curiosidad, tiempo libre, relaciones callejeras, sitio en las mil tertulias, cierta desfachatez y buena parte de osadía. Y todo ello no daba precisamente una buena imagen social. Además, como hemos dicho que decía Azorín: “Desgraciadamente, no hay clases pasivas para el periodista”.

Tanta precariedad y miseria producía efectos perversos, no solamente un periodismo de bolos y palos a amigos o enemigos como forma poco noble de practicar el periodismo, sino un pluriempleo digno de mejor causa cuando no de ocupaciones innombrables.

Manuel Bueno escribía los discursos académicos de un ministro conservador, quien se pavoneaba de su pluma, pero no pagaba bien, así que Bueno se vengó: le hizo un discurso para su entrada en la Academia de



Ciencias Morales y Políticas, el 12 de febrero de 1905, lleno de disparates escogidos<sup>233</sup>.

El mundillo periodístico de fines de siglo, ya con la Asociación de la Prensa creada, pero todavía no profesional, acogía tres categorías que englobaban a tan variopinta tropa. Estaba el periodista, cauto y ventajista que administraba su talento, sabía vestir bien y cultivar el trato con los personajes con la idea de hacer carrera o emprender negocios. Estaba el bohemio impenitente, poco práctico, ingenuo y romántico, víctima en ocasiones del alcoholismo que acababa perdiéndole. Y estaba el literato, novelista, poeta o comediante que tras una etapa de profesionalismo en la prensa la abandonaba para seguir su verdadero camino literario.

Esas tres categorías, a veces mezcladas y confundidas, dieron mucho juego memorialístico, tuvo que ver con esa edad de oro del periodismo y produjo nombres con tanto tirón como jerarquía. Verdaderos mitos del periodismo, que además fueron amigos y colegas, o compañeros o protectores de los bohemios. Miguel Moya, Julio Burell, Mariano de Cavia, Cristóbal de Castro, Antonio Calderón, Francos Rodríguez, Roberto Castrovido, Ricardo Fuente, Visenti, Luis Lapuya, Rafael de Mesa, Joaquín Dicenta, Ortega Munilla, Luis Morote o Luis Bonafoux, Guillermo Rances -muy popular en el Madrid de esa época por su ingenio- se podrían considerar las figuras del periodismo, la plana mayor de la prensa de la época. Una mezcla bien cuajada de periodismo y bohemia.

## **9.9 Hitos periodísticos, anticlericales y bohemios**

### **9.9.1 El estreno de Electra**

En la prensa de esos años, incipiente como profesión, de dudosa consideración, precaria en cuanto a medios, llenas las redacciones de aspirantes y de bohemios en busca de una colaboración, se produjeron algunos hechos mediáticos que dieron la medida de las prácticas periodísticas. Sucesos que llenaron las portadas de los periódicos y lograron

---

<sup>233</sup> Se trató de José Cárdenas Uriarte, abogado y político, que fue en 1904 ministro de Agricultura, Industria, Comercio y Obras Públicas. También había sido redactor del periódico *El Tiempo*, y llegó a ser su director, al igual que de la *Revista Contemporánea*.

un seguimiento de varios días, que implicaron a toda la plantilla fija o satélite y que agotaron ediciones.

Lo que pasó con *Electra*, la obra de teatro de Galdós, fue un hito en la cultura y el periodismo españoles. Su estreno, el 30 de enero de 1901, fue un acontecimiento que produjo manifestaciones de jóvenes que veían en ella una bandera anticlerical y un escándalo entre el conservadurismo. Un auténtico Episodio Nacional. Esa noche, los alrededores del Teatro Español de Madrid, en la Plaza de Santa Ana, se poblaron de sombreros de copa, de hongos y de gorras. Una eufórica algarabía. Hubo periódicos que ardieron como improvisadas antorchas y un gran barullo. Por la calle del Príncipe y hasta su casa, en la calle Hortaleza, una multitud llevó a hombros a un Benito Pérez Galdós satisfecho, pero también inquieto por la repercusión pública de su obra.

Suscitó casi una revolución, de tal envergadura que llegó a producir una crisis política que hizo cambiar el gabinete ministerial de Sagasta. Al cual se le empezó a llamar “gabinete Electra”.

El drama de Galdós tuvo entre sus iniciales defensores a los jóvenes de la Generación del 98, a los modernistas y a los bohemios. La mayoría de ellos vieron en el texto los valores que ellos mismos reclamaban para la regeneración de España. Pío Baroja recuerda en sus memorias *Desde la última vuelta del camino* la noche del estreno y atribuye al propio Galdós, de acuerdo con Maeztu, una cierta orquestación de la bulla de los noventayochistas. En uno de los momentos de máxima tensión dramática de la obra, un exaltado Ramiro de Maeztu lanzó su famoso grito “¡Abajo los jesuitas!”.

Todos los periódicos se hicieron eco del suceso. Unos dándole un tratamiento de portada, otros haciendo ediciones especiales, todos contando las reacciones alrededor de la obra que se convirtió en símbolo anticlerical. Algunos, pocos, criticándola. Al estreno dedicó *El País* casi dos páginas de las cuatro del periódico. En ellas Ricardo Fuente, su director entonces, llenó más de tres columnas con las opiniones, todas favorables, sobre el drama, y además dos artículos entusiastas, uno de Pío Baroja y otro de Ramiro de Maeztu.

El crítico de *El Imparcial* calificó la obra de “abridero de boca, malísimamente repartido en cinco actos insufribles aun para los albardas de la libertad que iban a aplaudirla y aclamarla”.

El Liberal dijo:

“Aunque no tuviese *Electra* otros méritos que los de combatir con mano firme y vigorosa las demasías de la reacción que nos invade e intenta aniquilar arteramente las gloriosas conquistas de la libertad,

bastarían por sí solos para que el hermoso drama de Pérez Galdós estrenado anoche fuese considerado como la producción de una importancia y de una trascendencia verdaderamente excepcionales”.

Los obispos consiguieron prohibirla en varias diócesis; durante la gira que siguió, en algunas capitales se interrumpió la representación para que sonara el Himno de Riego. Algunas residencias de los jesuitas resultaron apedreadas en Valladolid, Valencia, Barcelona, Cádiz, Santander y Zaragoza. La ciudadanía concienciada de Madrid agredió el coche del nuncio, intentó asaltar el palacio arzobispal, amenazó la casa central de los ignacianos y cantó La Marsellesa en la Puerta del Sol, entre gritos por la libertad y la República.

La prensa liberal jaleó a Galdós como si de una suerte de antipapa se tratara. *La Correspondencia de España* lo calificó de "héroe legendario que ha iniciado la libertad".

En *El Motín* se encargó el propio Nakens, como de casi todo lo que salía escrito en el periódico, de hacerse eco del estreno. En la primera página del número, del 5 de febrero de 1901, le dedica una columna en forma de carta, género habitual, que daba oportunidad de dar palos y bollos personales. En este caso, bollo. Empieza diciendo que no ha visto la obra, la verá, pero que se ha leído todo lo que los periódicos dicen de ella; que no le extraña que *Electra* sea una maravilla como obra teatral, que eso lo daba por descontado:

“Lo grande es que en estos instantes en que los fuertes se sienten débiles y los débiles desfallecen, hayas tenido el valor heroico de atacar de frente al clericalismo; que en estos tiempos de farsas, de mentiras y de acomodamientos, no te hayas olvidado de lo que siempre fuiste; que te hayas atrevido a decirlo a los vacilantes, a los cobardes, a los desertores, a los pequeños, a los miserables, en suma: ‘la libertad es la única musa de los honrados’”.

*El País* realizó todo un alarde periodístico, el día siguiente del estreno titulaba a cinco columnas: “Por la libertad, el estreno de Galdós”. Escribieron crónicas Baroja, Maeztu y Barciela, y del ambiente y desde todos los puntos de vista, Adolfo Luna, Palomero, Verdes Montenegro, Cristóbal de Castro, Manuel Bueno, Ricardo Fuente, Luis Bello y un buen número de firmas. Todo un despliegue de medios periodísticos. El 2 de febrero el periódico tituló su editorial “La joven España” y dedicó buena parte de sus páginas a recoger las reacciones de la prensa al estreno.

Causa hasta entonces de la izquierda marginal, el secularismo encontró un importante aliado en el liberal Canalejas, que planteó en el Congreso la necesidad de “dar la batalla al clericalismo”. El ejército católico era abrumador en número y en capacidad de ruido, y

organizaciones devotas, congregaciones, cofradías, congresos católicos, misiones, procesiones por la gloria de Cristo, así como comités para el mantenimiento de la moralidad, hicieron campaña contra los “medios demoníacos”.

Esas publicaciones diabólicas tenían nombres, apellidos y también directores, y fueron señaladas desde los púlpitos de las iglesias y desde las altos despachos de los arzobispados: *El Motín*, que dirigía y escribía en su buena parte José Nakens -“Semanario satírico y anticlerical por antonomasia con tópicos de curas brutales y monjas orondas y lustrosas”<sup>234</sup>- *El País*, *El Progreso*, *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, *La Publicidad*, de Barcelona, *El Pueblo*, de Valencia... También fueron señaladas y anatemizadas otras simplemente liberales, como *El Liberal*, *El Imparcial*, *Heraldo de Madrid*...

El estreno de *Electra* y la revolución anticlerical que supuso vino a coincidir en el tiempo y en el espacio con otros dos sucesos que convirtieron a Madrid, durante los primeros meses de 1901, en un continuo tumulto callejero y agrias polémicas en los periódicos. Allí y aquí se gritaba y se argumentaba contra el clero, especialmente contra los jesuitas.

### 9.9.2 El caso Ubao

Uno de los acontecimientos más mediáticos fue el asunto Ubao, y otro la llegada a Madrid del carlista conde de Caserta para asistir a la boda de su hijo con la princesa de Asturias, que se celebraría el 14 de febrero.

*El País* del 7 de febrero de 1901 titulaba a toda página “Los jesuitas al Supremo”, una historia con gran alarde tipográfico a la que le dedican las cinco columnas de la portada y firmada por las iniciales R. C. (Con toda seguridad Roberto Castrovido). Un revelador e intencionado texto que empieza asegurando que:

---

<sup>234</sup> Seoane, María Cruz. *Historia del periodismo en España*, T. 3, “El siglo XX 1898-1936”, pág. 114.

“Todo le viene encima a los jesuitas de una vez. Ellos proyectaban una batalla decisiva contra el liberalismo, pero no es floja guerra la que este empieza a oponerles, ni despreciable el número de contratiempos que a la vez surgen por todas partes en frente de la Compañía”.

Y enumera varios escándalos, carencias y fracasos:

“El drama Electra, el despertar de la juventud intelectual y todos los elementos liberales, la falta de grandes inteligencias que estén al lado del jesuitismo ni un hombre de valor indiscutible han formado. A nadie que sea una gloria, ni una medianía brillante, y nombre Maura, Gamazo, Ugarte, Azacárraga, antiguallas, pequeñeces gastadas, carroña...”.

Y pasa a contar con detalle el caso Ubao. En síntesis: La señorita Adelaida Ubao vivía en Madrid con su madre, la viuda Adelaida de Icaza, pero se fugó del hogar materno para ingresar como novicia en la Comunidad de Esclavas del Corazón de Jesús, de Azpeitia. Tal decisión parece que se debió a la influencia del confesor, el jesuita padre Cermeño, que habría forzado la voluntad de la joven para que tomase los hábitos. La madre denunció el hecho, hubo juicio y el juzgado se declaró incompetente para resolver. El asunto se ventiló en los periódicos durante el verano de 1900, que encontraron una mina con el largo y apasionado proceso. La prensa contribuyó a caldear la polémica: "Un alma a Dios y ciento al diablo", pregonaba *El Liberal* de Madrid, el 19 de octubre. A él se sumaron los artículos de *El Imparcial*, *El Heraldo de Madrid*, *El Siglo Futuro*, *El País*...

Y la agraviada madre recurrió al Supremo y encomendó el recurso a Nicolás Salmerón, presidente de la I República, la vista fue pública y comenzó el 7 de febrero. Castrovido escribe en *El País*:

“La historia del asunto es sencilla: la familia Ubao es muy rica y muy ‘nea’. Como tal creyó que era de buen tono tratar con jesuitas y no peligroso enseñarles el cebo de la carne fresca envuelta en oro: si captaban doncellitas, serían hijas de los pobres. Llevaban pues a su hija a conventos y a iglesias jesuíticas y, es claro, se la captaron. *Qué lección y merecida*”.

El periodista protector y amigo de bohemios relata la historia que esos días corría por las tertulias y redacciones de aquel Madrid mustio y buscavidas de febrero de 1901: la joven se escapó en un simón, la familia fue a verla y ella reaccionó con insultos. Denuncias, intervención del juzgado y el escándalo. El hermano de la joven, Eduardo Ubao, ingeniero de minas, que fue humillado por el episcopado (se abrazará a Galdós, diciéndole que el argumento de Electra era idéntico a su proceso), se persona en el juicio. La prensa republicana lo apoya, la conservadora, lo

denigra. Hay un artículo en *Siglo Futuro*, firmado por un tal Sr. Cortés, un neo, según dice *El País*, que asegura que “El honor de la niña peligraría al lado de su madre”. Escribió *El País* que la defensa de Salmerón fue “tan hermosa como ineficaz”.

En esa misma primera página del diario de ese 7 de febrero hay un artículo titulado “Homicidios impunes” que abunda en el caso Ubao. Lo firma Ramiro de Maeztu y dice:

“Existe una asociación de malhechores que se propone a toda costa hacer dinero. Su campo de operaciones lo constituyen las muchachas ricas: su manera de operar es siempre la misma; se elige la víctima, se designa al asociado que ha de secuestrarla, quien comienza por aislar a la joven dificultando de mil y mil maneras la vida de relación, de paseos, visitas, bailes, reuniones y teatros. Cuando la víctima está aislada, nada más fácil que sugestionarla. La muchacha es ignorante, cándida, débil por lo común y asequible a los terrores que el magnetizador despierta en su ánimo indefenso. Ya está la víctima hipnotizada... Y entonces la asociación la entierra viva en conventual sepultura y se apodera de sus caudales”.

Y sigue describiendo el proceso con nada contenida crítica:

“(…) Supongamos que el P. Cermeño es Cermeño a secas, la sociedad indignada se apodera de los criminales por ministerio de la Guardia Civil, los coloca en el banquillo de los acusados, falla el jurado veredicto de culpabilidad, reconociendo los agravantes, alevosía, abuso de autoridad, ensañamiento, etc., y el destino de los malhechores es seguro, para Cermeño el patíbulo, para sus cómplices, el presidio de Ceuta. (...) Pero Cermeño es el P. Cermeño, y la asociación de malhechores, la Compañía de Jesús”.

El día siguiente, el 8 de febrero, *El País* tituló a cinco columnas en su primera página un sonoro y aparatoso “Mueran los jesuitas”. Una crónica que empezaba así: “Ayer se oyó este grito por las calles de Madrid y quienes lo lanzaban al aire no son golfos desarrapados ni demagogos sin camisa...”. Otra crónica en la segunda página se ocupaba de seguir los pormenores del juicio con todo lujo de detalles y con un título tan poco equívoco como este: “La mano del jesuitismo en el Supremo”.

El mismo periódico, y también ese día, relata la llegada del conde de Caserta a Madrid, el mismo que mandó al ejército carlista, en 1874, contra los liberales defensores de la causa de Alfonso XII, de modo que pena el diario por la “Sangre liberal derramada en defensa de ingratos”. El rechazo, no tanto a la boda de la princesa de Asturias como al conde, y sobre todo la oportunidad de reivindicar el republicanismo y el anticlericalismo en los últimos momentos de la Regencia, contribuyó a unos días de revueltas callejeras en los que *El País* se erigió en protagonista y principal activista.

El periódico fue repetidamente denunciado y secuestrado. De modo que el asunto Ubao, el estreno de *Electra* y la llegada del conde de Caserta dieron lugar a motines y algaradas que recogían y alentaban todos los periódicos progresistas y condenaban los conservadores. Los dos principales titulares de *El País* del día 9 de febrero, ambos a cinco columnas eran: “Los jesuitas asesinando al pueblo” y “Las insolencias de Caserta”.

La sentencia del caso Ubao se conoció el 19 de febrero de 1901 y consideraba que “aun cuando doña Adelaida de Ubao obrara espontánea y deliberadamente al abandonar la casa de su madre, doña Adelaida de Icaza, en cuya compañía vivía, había procedido “sin licencia de su expresada madre”, ordenaba que “se restituya, o sea en su caso restituida. A la casa y compañía de su madre”<sup>235</sup>.

Durante varios meses, el país en general y Madrid en particular vivieron bajo el signo de la obra teatral de Galdós y el caso Ubao. El primero tanto desde el punto de vista anticlerical como en el comercial. Ya se ha hablado de las algaradas y revueltas en las calles, pero es que además se vendían cigarrillos *Electra*, sombreros *Electra*, caramelos *Electra* y hasta el dueño de Lhardy escribió a Galdós pidiéndole permiso para bautizar un plato con el nombre de *Electra*. Alcalá Galiano escribía a su amigo Galdós, llamándole “Electrísimo Sr”. Incluso el nuevo gobierno presidido por Sagasta se llamó Gobierno *Electra*.

La tormenta política formada por el caso Ubao y los sentimientos anticlericales llegaron al extremo de derribar al gobierno conservador del general Marcelo Azcárraga. Y en marzo de 1901 subieron al poder los liberales de Sagasta.

---

<sup>235</sup> Gómez Aparicio recoge que ABC publicó una información el 22 de diciembre de 1905, en la que decía que la joven ha cumplido su mayoría de edad y “persiste en sus vocación religiosa” e ingresó en la Esclavas de Jesús en Azpeitia, Guipúzcoa.

## 10. DÓNDE ESCRIBEN LOS BOHEMIOS, EN QUÉ PERIÓDICOS

---

Hemos visto que aquel Madrid caótico, periodístico y bohemio de fin de siglo estaba atestado de cabeceras donde los periodistas y literatos escribían, malvivían o triunfaban. Habida cuenta de que la profesión no estaba claramente delimitada y las líneas divisorias entre el periodismo y la literatura eran difusas, pocos eran los que podían vivir únicamente de lo que cobraban en los periódicos. O vivían con otra cosa o simplemente no vivían.

En todo caso, los casi cuarenta diarios -la cifra que maneja Gómez Aparicio es de 38 justo en el año del desastre, 1898- y un número formidable de revistas y publicaciones de vida poco fiable mostraban unas posibilidades tan amplias como precarias. Desde luego ni estaba estipulado el precio de la colaboración ni tampoco el espacio de que podían disponer, ni mucho menos el ritmo de entregas. Estas decisiones dependían del azar, de la amistad con el director de la publicación, de la buena voluntad del administrador o propietario, y a veces de la cuantía del llamado fondo de reptiles.

El periodista Eduardo Mendaro aporta un dato significativo en sus memorias<sup>236</sup>. Pertenecía a la redacción del diario *El Español*, y se le ocurrió, buscando un cierto pluriempleo, ofrecer unas colaboraciones a *El Imparcial*. Tras alguna estratagema logró hablar con el director, Ortega Munilla, que se quedó con uno de los textos que le ofrecía Mendaro. Además se empeñó en pagárselos en el momento, cosa nada habitual y que

---

<sup>236</sup> Mendaro, E. *Recuerdos de un periodista de principio de siglo*, pág. 69.



sorprendió agradablemente al periodista. “Me dio cinco duros, que era el precio a que entonces se cotizaban todos los artículos periodísticos”, escribe.

## 10.1 Tendencias y cabeceras

Melchor de Almagro muestra, en su *Biografía del 1900*, un arco iris de la prensa del momento:

“Desde el republicano *El País*, de Catena; *El Liberal*, de Moya; *El Imparcial*, dirigido por Ortega Munilla; *El Heraldo*, con Adolfo Figueroa; *El Globo*, que antaño fue de Castelar y hoy pilota Rius; *La Correspondencia*, con Santa Ana; *La Correspondencia Militar*, de Fernández Arias; hasta la perfumada *Época*, *El Correo*, de Ferreras; *El Siglo Futuro*, de Necedad; *El Nacional*, del otro hermano Suarez de Figueroa, y *el Correo Español*, de Vázquez de Mella<sup>237</sup>.

En la *Historia de los medios de comunicación en España*<sup>238</sup> se establece que eran conservadores: *La Época*, *El Correo Militar*, *Correspondencia Militar*, *El Siglo*, *La Publicidad* y *La Unión Católica*; liberales eran: *El Globo*, *El Correo*, *Izquierda Dinástica*, *El Resumen*, *El Ejército Español* y *El Español*; carlista era *El Correo Español*; integrista era *El Siglo Futuro*; republicanos eran *El Progreso* y *el Nuevo País*; al *Diario Español* se le consideraba indeterminado; y los restantes eran independientes: *La Correspondencia de España*, subtítulo “Diario Político y de Noticias. Eco imparcial de la opinión y de la prensa”, *El Imparcial*, *El Liberal*, *El Día*, *El Heraldo de Madrid*, *El Correo de Madrid* -era éste periódico de escasa circulación, pero donde apareció una observación que se hizo célebre y quedó para la historia del periodismo: “Digan lo que quieran los termómetros, hoy hace mucho frío en Madrid”- *El Nacional*, *España*, *El Tiempo*, *El Universo*, *Los Debates*, *Defensa Nacional*, *La Reforma*, *La Información* y *el Progreso Militar*.

El periodista Francisco Serrano Anguita, cronista oficial de la Villa de Madrid, hace también una especie de clasificación de la prensa del principio de siglo<sup>239</sup>:

---

<sup>237</sup> Ibid. pág. 74.

<sup>238</sup> Álvarez, Jesús Timoteo. *Historia de los medios de comunicación en España: periodismo, imagen y publicidad (1900-1990)*, pág. 67.

<sup>239</sup> Serrano Anguita, F. “Un largo y fatigoso reportaje. El periodista que nació con el siglo”. *Gaceta de la prensa española*, número 144, junio de 1963.

“Los periódicos que ocupaban la vanguardia al nacer el siglo eran *El Imparcial*, *El Liberal* y el *Heraldo de Madrid*, seguidos de *La Correspondencia* y, ya más distantes, *La Época*, el novísimo *Diario Universal*, *España*, fundado por Manuel Troyano; *El País*, *El Globo*, *La Correspondencia Militar*, *El Tiempo*, *El Español*... y así hasta los pobrecitos ‘sapos’, compuestos en la misma imprenta, sin más cambios entre sí que el artículo de fondo y el título -como *El Día*, *La Iberia*, *El Siglo*- ni mas ingresos que los del fondo de reptiles y los anuncios del Banco de España, de la Tabacalera y de la Compañía Transatlántica”.

Las revistas más señaladas eran *Alma Española*, *Electra*, *La España Moderna*, *Germinal*, *Gente Vieja*, *Helios*, *La Ilustración Española y Americana*, *Juventud*, *La Caricatura*, *La Lectura*, *Madrid Cómic*, *Los Lunes del Imparcial*, *El Nuevo Mercurio*, *Nuestro Tiempo*, *Renacimiento*, *Revista Ibérica*, *La República de las Letras*, *Revista Nueva*, *La Vida Galante*, *La Vida Literaria*, *Vida Nueva*, *La España Contemporánea*.

Y los medios más radicales, *Don Quijote*, *El Evangelio*, *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, *La Anarquía Literaria*, *Prometeo*, *La Acción*, *El Tiempo*, *La Lectura*, *Pluma y Lápiz* o *El Motín*.

En los alrededores del año 1900 se editaron en Madrid el mayor número de cabeceras de su historia y un sin número de revistas, libelos y cuadernillos. Podría pensarse que la ebullición artística, la refriega política, la controversia social y la curiosidad pesaron más que los altos índices de analfabetismo y carestía económica.

Se imprimían publicaciones románticas, reformadoras, revolucionarias, modernistas, liberales, conservadoras, anticlericales, realistas, militares, de variedades, literarias, anarquistas, republicanas, socialistas, monárquicas... De algunas de ellas no se conserva ningún ejemplar, pero sí un testimonio, puesto que otra particularidad de este heterogéneo grupo de bohemios y periodistas que pasan por las páginas de este estudio es que escribieron mucho y se citaron todavía más unos a otros, de manera que podemos saber que la mayoría de sus firmas coincidieron en ese inmenso kiosco de prensa que se podría hacer con tantas cabeceras.

Escribía Ricardo Fuente, en un artículo titulado “El periódico de empresa”<sup>240</sup>: “Hay periódicos que nacen al calor de una idea, y los inspira la pasión política, o el amor a la desgracia; hay periódicos que nacen al calor de una subvención y se inspiran en el afán de ganancia legítima”, para describir que el periódico de empresa “No lo funda el enamorado del ideal, porque no existe por la necesidad de defender intereses faltos de apoyo, sino que se funda por comerciantes tan solo atentos al lucro”.

---

<sup>240</sup> Fuente, Ricardo. *De un periodista*, pág. 79.

Lo cuenta también con detalle Luis Araquistáin, en su novela *Las columnas de Hércules*. En ella no quedan bien librados ni los periódicos ni los periodistas. Su protagonista, Luis Escudero, tiene muy claros los medios para ganar fama y dinero. Y su dueño, el empresario Herculano Cacodoro, más.

## 10.2 Mecenas

Pero entre los empresarios que buscaban el rendimiento, postura que se va imponiendo en esos años y que contribuyó decisivamente a transformar el periodismo, y también los intereses de partido, cabían en aquella corte bohemía y periodística personajes iluminados que ayudaron de manera capital al desarrollo de esa tribu de la prensa.

Algunos fueron al mismo tiempo mecenas, escritores, periodistas, críticos, anfitriones, urdidores de proyectos culturales y emprendedores. Uno de los más activos fue Luis Ruiz Contreras, un curioso personaje que se pasó la vida promocionando e inventando empresas editoriales y fundando revistas. Como periodista y crítico, usaba el seudónimo *Palmerín de Oliva*, y además de reunir en su casa a los principales aprendices de escritores del momento, tenía el empeño de sacar a la calle publicaciones. Dice de él Gómez de la Serna<sup>241</sup>: “Ruiz Contreras no será ni un dramaturgo ni un novelista, aunque escribe novelas: Ruiz Contreras será sólo un tipo imponente, pintoresco, misterioso, que animará la vida literaria de una larga época. Mecenas de esperanzas, exaltador de aficiones, médico de impacencias literarias”. La primera revista que fundó fue el semanario *La Linterna*, que apareció en Madrid, en 1894, “sería el periódico más pequeño y más caro que en Madrid se imprima”<sup>242</sup>; luego, *La Lectura*, y después *Revista Nueva*, todo un referente tanto en la Generación del 98 como en la historia del periodismo. Pero también organizaba en su casa tertulias, “los miércoles de Ruiz Contreras, reuniones bohemias en que se habla de todo, se exponen programas de estética y se lanzan anatemas”, escribió Azorín<sup>243</sup>.

Vamos comprobando que muchos de los nombres que aparecen en este estudio no solamente fueron una especie de adelantados free lance de los principales medios, sino que fundaron los suyos propios. Y todos, tanto emprendedores como colaboradores, se reunían y hablaban, o discutían

---

<sup>241</sup> Citado por Luis S. Granjel en *Maestros y amigos de la generación del 98*.

<sup>242</sup> Ruiz Contreras, Luis. *Memorias de un desmemoriado*, pág. 67.

<sup>243</sup> *El Motín*, 20 de marzo de 1897.

lanzando anatemas o descubriendo estéticas nuevas o señalando los males de España, lo hacían alrededor de ese gran abanico de publicaciones de todos los colores.

Antonio Velasco Zazo<sup>244</sup> cuenta que en un piso bajo de la calle del Reloj se juntaban en 1904 Ernesto Bark, Pepe Carrascal, Francisco Lombardía, Joaquín Dicenta, Ricardo Chies, Alejandro Sawa y Pedro Barrantes para hacer un periódico radical, *La Lucha*. Los mismos que antes hicieron en el mismo sitio el periódico *Fuerza*.

El redactor jefe, mecenas y animador era Pepe Carrascal recién llegado de Azuaga, “rico, esplendido y voluntarioso”, y colaboradores del bisemanario que salía miércoles y sábados eran también Benavente, Gumersindo de Azcarate y Jacinto Octavio Picón. “La redacción de *La Lucha*, con toda su bohemia, la imprenta propia y llevando aparejada la editorial Cosmópolis, se trasladó a un hotelito de la calle Alcalá, número 172 duplicado, cerca de las Ventas del Espíritu Santo”<sup>245</sup>, continúa Zazo.

También relata que “los dispendios de Pepe Carrascal, propietario y director, alternando los trabajos periodísticos con unas juergas famosísimas... ¡Qué lástima de periodismo y de esa editorial!, se trocó en bisemanal y habría sido un importante diario si Carrascal no hubiese tirado el dinero”.

Las frivolidades del mecenas hicieron que el negocio se resintiera cada vez más. “Se tuvo que mudar de casa, ahora más modestamente, yendo a parar a la calle de Ceres y por ultimo a un piso cuarto de la calle del Fúcar, donde agonizó lentamente”. Asegura Velasco Zazo que era la época de otras publicaciones tan entusiastas como de corta vida, *La Afición Literaria*, *Arte y Juventud*, “Periódicos a los que de vez de en cuando se asomaba la bohemia y a los cuales hizo fracasar por su mala administración”<sup>246</sup>.

Insiste en el manirroto mecenas diciendo que la editorial Cosmópolis:

“A pesar de vender muy bien las obras que publicaba, continuo su lucha cada vez mas penosa, ya que los gastos superaban a los beneficios. Las proyectadas economías no se veían por ninguna parte, antes al contrario, las orgías del propietario y sus colaboradores no tenían solución de continuidad. Así, hasta que sobrevino el final desastroso”.

---

<sup>244</sup> Velasco Zazo, A. *El Madrid de Fornos*, pág. 79.

<sup>245</sup> Ibid. pág. 80.

<sup>246</sup> Ibid. pág. 81.

No pone el autor de *El Madrid de Fornos* fecha a sus comentarios y recuerdos, pero parece que habla de los primeros meses de 1905, fechas en que se celebran el homenaje y contrahomenaje a Echegaray.

Del periódico *La Lucha* habla también Allen Phillip en su libro sobre Alejandro Sawa<sup>247</sup>, y cita a N. Hernández Luquero, quien escribe en el *Diario de Ávila*, el 2 de marzo de 1967, un artículo titulado “Recuerdo literario: Alejandro Sawa”. Asegura en él que lo conoció en la redacción del periódico *La Lucha*, bisemanario republicano que dirigían Joaquín Dicenta y Eduardo Zamacois. “De aquella rara publicación”, la tilda Allen, para afirmar que “en ella seguramente colaboró Sawa”. De *La Lucha* quedan algunos ejemplares en la Hemeroteca Municipal de Madrid.

De muchas publicaciones de la época estudiada aquí se tienen únicamente referencias indirectas. Pero son pistas suficientes para hacer constar que coincidieron en ese tiempo. Unas tenían salas de redacción que se transformaban en concurridas tertulias y otras disponían apenas de un mínimo espacio. Pero en todas ellas se ejerció el periodismo que marcaría, también en sus excesos y manías, el periodismo de hoy.

El tono de aquel periodismo era vivo, impetuoso, algo perdulario y con frecuencia desgarrado, especialmente cuando se enzarzaban en polémicas que podían llegar al agravio personal y a las armas. Se daban duelos en la ciudad y estaban legislados sus protocolos.

Era dentro de todas esas diferentes paredes de papel donde escribían todos los nuevos sus textos, con ellos contribuyeron a una transformación irreversible: la conversión del periodismo de opinión, de partido, en periodismo de historias, de empresa, de consumo. Un periodismo abocado a ser otro, a modernizarse.

Si confeccionáramos un esquema con los nombres de todas las publicaciones del momento y los componentes de esas redacciones, contando tanto los reporteros más o menos fijos, los maestros y principiantes, los redactores, el articulista que trazaba la línea de la editorial o del artículo de fondo o el fotógrafo, como los colaboradores habituales y los espontáneos de todos esos medios, encontraríamos unas relaciones sorprendentes y globalizadas. Estaban todos en todas partes y al mismo tiempo. Como si se dedicaran a un pluriempleo imprescindible, alimenticio y presencial. No haremos aquí la historia de tantas publicaciones, que no es aspiración de este trabajo y además ya está bien hecha en múltiples estudios. Únicamente cruzaremos algunos de los nombres para comprobar las cabeceras por las que dejaron su firma.

---

<sup>247</sup> Phillips, Allen. *Alejandro Sawa, mito y realidad*, pág. 122.

## 10.3 Periódicos convencionales

### 10.3.1 El País, principal refugio de bohemios

Fue *El País* un diario republicano que estuvo dirigido en diferentes épocas por Roberto Castrovido, Alejandro Lerroux, Ricardo Fuente o Joaquín Dicenta. Uno de los primeros periódicos madrileños donde consiguieron escribir los literatos jóvenes. Llegó a ser para los nuevos “vertedero donde todos arrojaban, sin esperanzas de retribución, lo que producían”, según afirma Ruiz Contreras en sus memorias. En su redacción convivieron Maeztu y el futuro *Azorín*, Pío Baroja, con los periodistas bohemios Ricardo Fuente, Antonio Palomero, Adolfo Luna, Pedro Barrantes o el cura Ferrándiz.

El periódico, fundado en 1887 como órgano del Partido Progresista de Ruiz Zorrilla, se convirtió en el más importante diario republicano de la época. El propietario era el controvertido empresario Antonio Catena, con acusaciones por sus negocios sucios, dueño de varios garitos de juego. Esta circunstancia también contribuyó a convertir la publicación en empresa escandalosa, ya que sus campañas respondían a nobles causas pero a veces se acercaban peligrosamente al chantaje, porque tenían que ver más con intereses de los oscuros negocios del propietario que con denuncias sociales o vigilancia de las componendas políticas. Lo que dio argumentos a sus enemigos.

Catena no aceptó la jefatura del doctor José María Esquerdo en el partido republicano al morir Ruiz Zorrilla, en 1895, y el periódico defendió los intereses de Alejandro Lerroux. Aunque éste se iría no mucho después, en 1897, precisamente con el doctor Esquerdo y buena parte de la redacción, a fundar otro periódico que le haría la competencia, *El Progreso*. Y ambos periódicos son imprescindibles para entender los conflictos, las contradicciones y el periodismo del numeroso grupo de jóvenes del que se ocupa este estudio. Como escribió Baroja, exactamente en *El País* el 31 de enero de 1901, el día del tumultuoso y exitoso estreno de *Electra*, refiriéndose a esos jóvenes llenos de entusiasmo y rebeldía: “Hay en la generación actual, entre nosotros, un ansia incoherente, un ideal sin forma, algo vago, indeterminado, que solicita nuestra voluntad sin rumbo fijo”.

Según Pedro Gómez Aparicio<sup>248</sup> la bohemia periodística tuvo “Su principal asiento en *El País*, bajo la dirección especialmente de dos tan

---

<sup>248</sup> Gómez Aparicio, Pedro. *Historia del periodismo español*. pág. 107.

contumaces nocherniegos y dipsómanos como Joaquín Dicenta y Ricardo Fuente. Era de por sí la bohemia perfecta capaz de sorprender y cautivar al propio Murger”. Para el estudioso del periodismo español también se concentró en la redacción la bohemia más desastrada y miserable, y señala cuatro nombres de redactores que bien podían ser los prototipos de esa bohemia: Adolfo Luna y Ramos, Pedro Barrantes, el cura José Ferrándiz Ruiz, que usaba como pseudónimos *Constancio Miralta*, *Un clérigo en la Corte* y *El Devoto Parlante*, y el ex jesuita Segismundo Pey Ordeix, que utilizó el seudónimo *Gil Blas de Santillana*, famoso por sus campañas anticlericales.

Bien conocido ya, y habitual en cuantas memorias se pueden consultar, el caso del poeta y periodista bohemio Pedro Barrantes, acérrimo anticatólico, que ejerció durante algún tiempo como hombre de paja en *El País*. Con su acción se encargó de ilustrar personalmente el hambre y la miseria, tanto física como moral de aquellos años. Se hacía responsable, por un duro mensual, de los artículos peligrosos o denunciados, lo que le valía frecuentes estancias en la cárcel.

Otras dos estudiosas de la historia del periodismo español, María Cruz Seoane y María Dolores Sainz, confirman en su tratado<sup>249</sup> que “en los periódicos republicanos campeaba la bohemia más astrosa”. Pero también recogen las palabras de Rubén Darío en *España Contemporánea*, cuando aseguraba que *El País* era el periódico que tenía “mayor número de intelectuales en su redacción”. Y hemos de recordar que se entendía en ese momento del cambio de siglo por intelectual el hombre de letras o de pensamiento comprometido socialmente.

El espíritu aperturista de la redacción, su republicanismo anarquizante, su disposición a la polémica, su anticlericalismo militante, lo convirtieron en uno de los periódicos más leídos entre los madrileños. En realidad logró un gran apogeo como diario popular durante la Regencia de doña María Cristina, alcanzando al comienzo del nuevo siglo su máxima difusión. En 1902 llegó a tirar 79.000 ejemplares. Se mostró expectante y favorable a las nuevas tendencias y entre sus redactores y colaboradores estuvieron nombres tan significativos para la etapa de nuestro estudio como los de los jóvenes Martínez Ruiz, Ramiro de Maeztu, Pío Baroja, Rubén Darío, Manuel y Antonio Machado, Manuel Ciges Aparicio, Manuel Bueno, Antonio Palomero, Rafael Delorme, Roberto Castrovido, Ignacio de Santillán, Luis Bonafoux, Enrique Gómez Carrillo, Dionisio Pérez, Juan Ramón Jiménez, Camilo Bargiela, Ernesto Bark, Joaquín Dicenta, Adolfo Luna, José Nakens, Federico Urales (*Juan Montseny*) o Alejandro Sawa y

---

<sup>249</sup> Seoane, María Cruz y Sainz, Dolores. *Historia del Periodismo en España. El siglo XX: 1898-1936*, Tomo 3, pág. 263.

Miguel Sawa. Un ramillete de bohemios, modernistas, noventayochistas, todos aspirantes a literatos, de muchos quilates, un listado que confirma la observación de Rubén Darío.

Escribe de *El País* Augusto Martínez Olmedilla, en su libro *Periódicos de Madrid*, que su propietario Antonio Catena Muñoz, “Explotaba negocios de tafurerías y precisaba un órgano en la prensa para amedrentar a los gobiernos y evitar que le cerrasen sus garitos. Como puede suponerse, el periódico no era un modelo de virtudes, pero a veces estaba bien redactado, en él colaboraba Alfredo Calderón, excelente literato, y también Antonio Palomero, Joaquín Dicenta y otros”. Continúa explicando: “Pronto lo dirigió acertadamente Ricardo Fuente, gran bibliófilo, iniciador de la Hemeroteca Municipal”. No guarda mucha consideración a Barrantes como hombre de paja, “que presumía de poeta demoniaco y no pasaba de ser un majadero. Por quince duros mensuales firmaba todo lo imaginable e iba a la cárcel a rumiar sus versos, regados con vulgar tintorro. Cuando no estaba preso dormía en el diván de *El País*, como otros bohemios, arropándose con periódicos viejos, a falta de mantas”. En su repaso poco objetivo a los diferentes nombres que pasaron por el periódico menciona que “...últimamente dirigió *El País* Roberto Castrovido, buen periodista, excelente persona, era cojo”.

Del periódico y de su propietario habla Arturo Mori<sup>250</sup> pero de modo más amable. Describe a “Don Antonio Catena, matemático y hombre de acción -barbas blancas, sombrero de copa, voz apagada por el cáncer, semblante afable y democrático, que dejaba hacer y deshacer a Roberto Castrovido”. También afirma que “*El País* era remanso de literatos fracasados, albergue de ganapanes, más o menos ilustres; sitio de poetas beodos; ateneo de grandes figuras y mitin constante de republicanos íntegros y hombres de corazón”.

*El País* siguió al principio “la tradición de los diarios de partido”, tal como señala J.M. Desvois:

“Un periódico típico de gran formato, compuesto a cinco columnas. Iría evolucionando a la par que el resto de la prensa de información general, dedicando la primera plana al editorial y artículos de fondo, además de dar cuenta de la actividad de la formación política de la que es órgano oficial; la segunda y tercera, a noticias nacionales, de provincias y extranjeras, la crónica local de Madrid, espectáculos, crónicas parlamentarias y políticas, sucesos, cotizaciones de bolsa, etc., y la última al folletín y a los anuncios comerciales, que llegarán a ser abundantes”.

---

<sup>250</sup> Ibid. pág. 50.



Como se ha dicho, la nómina de colaboradores fue espectacular, pero la pierde cuando la mayor parte se marcha a *El Progreso*, que comienza a editarse el 31 de octubre de 1897, como nuevo órgano oficial del partido republicano progresista y bajo la dirección de Lerroux.

El *País* adopta entonces el subtítulo de “Diario republicano socialista revolucionario”, y bajo la dirección de Joaquín Dicenta se convertirá durante un año en portavoz del grupo que publica la revista *Germinal*, momento en el que será considerado como el periódico “más abierto a la juventud y a las nuevas tendencias estéticas”, a la vez que sus competidores directos (republicanos y socialistas) le acusan de difundir “un socialismo sentimental trasnochado”, como recuerda María Cruz Seoane en su trabajo.

El 17 de octubre de 1897 aparece en la primera página del periódico la noticia de su remodelación. Bajo el título “Reformas en El País”, explican cambios, intenciones y modernizaciones:

“Por lo que respecta al interés general del público y a lo que pudiéramos llamar parte externa del periódico, El País contendrá diariamente crónicas, cuentos, críticas, artículos políticos, y todo aquello que la amenidad exige; una amplia información telegráfica pondrá a nuestros lectores al corriente de lo que ocurra en España, y lo que pase fuera de ella nos lo comunicarán los corresponsales extranjeros, telegráficos y postales, que empezarán inmediatamente sus servicios. Cuando el suceso reciente exija, más que una noticia, un completo estudio, haremos de él la novela del día con todo el interés y cuidado que merezca. El comentario alegre, la sátira volandera, a que se prestan los hechos de *nuestros grandes hombres*, tendrán en la Comedia Humana de Gil Parrado su lugar oportuno”.

Anuncia nuevas secciones: la lucha por la vida, los explotadores, obreros y patronos, vida militar, información política, crónicas musicales y otras “cuya enumeración sería prolija, harán de El País, tal es nuestro deseo, no solo un periódico de ideas, sino también una publicación a la altura de sus análogos en la prensa”.

Además hace un listado de sus colaboradores, entre los que se encuentran nombres sonoros como los de Blasco Ibáñez, Benavente, Jacinto Octavio Picón, Luis Morote, Jurado de la Parra o Verdes Montenegro, y nombra a los componentes de su redacción, de clara preponderancia bohemia: como jefe de Redacción, Joaquín Dicenta, como redactores: Ricardo Fuente, Antonio Palomero (*Gil Parrado*), Ernesto López (*Claudio Frollo*), Rafael Delorme, Manuel Paso, R. Rotuney, Eduardo Zamacois y Anselmo González (*Alejandro Miquis*).

El periódico fue víctima de varias campañas de persecución que llevaron a la cárcel a muchos de sus redactores y la suspensión definitiva el

18 de agosto de 1898, con condena a más de dos años de cárcel para Manuel María Iglesias, otro hombre de paja que en aquel momento ocupaba la figura de editor-responsable. Al día siguiente reapareció bajo el título de *El Nuevo País*. El estreno de *Electra*, El Caso Ubao y la campaña de agitación republicana contra la coronación de Alfonso XIII, fueron alguno de sus hitos periodísticos.

Con los artículos que la censura le tacha llegó a confeccionar una edición semanal parisina en castellano, y se imprimía otra en francés, más incendiaria que la española, a cargo de Luis Bonafoux, y que las autoridades francesas prohibieron pronto<sup>251</sup>.

Pero del diario no solo quedan sus arreglos con la justicia, también la calidad de sus colaboradores y su contribución a la llamada Edad de Oro del periodismo. En el espacio reservado al folletín, *El País* publicó *La Fontana de Oro*, de Pérez Galdós, en 1900, y *Del Cautiverio*, de Manuel Ciges Aparicio, en 1903. Y tuvieron gran éxito entre el público lector las crónicas de bohemios y jóvenes literatos como Azorín, Pío Baroja, Manuel Bueno, Luis Bonafoux, Claudio Frollo o Antonio Palomero.

Como se ha dicho, en su redacción tomó asiento la denominada bohemia periodística y en su tertulia de la madrileña calle de La Madera se desarrollaron episodios bohemios, algunos claramente cercanos al esperpento, como cuenta Ciges Aparicio en su novela *Del Periodismo y la política*. O Cansinos Assens en *La novela de un literato*<sup>252</sup>. O lo que recuerda Emilio Carrère en un artículo del diario *Madrid*, del 4 de septiembre de 1946:

“Los divanes más frecuentados eran los del El País y los de El Globo. Conforme iban llegando los redactores de calle, tras de husmear el suceso político o el suceso de sangre, veían un bulto humano durmiendo en el diván, con la cabeza envuelta en periódicos de provincias. Solía ser identificado por el estado de sus botas”.

Había sido en *El País*, el 30 de diciembre de 1895, donde Azorín hizo una definitiva crítica a la obra de Joaquín Dicenta, *Juan José*<sup>253</sup>. Obra y éxito que supondría el espaldarazo definitivo al germinalismo, y crítica que

---

<sup>251</sup> Existen dos ejemplares en la Hemeroteca Municipal de Madrid.

<sup>252</sup> Cansinos escribe que la redacción de *El País* parecía una liga “era una gran sala, opaca y fría, con las paredes empapeladas de un rojo desteñido, una larga mesa de escribir en el centro y al fondo un viejo diván, donde habían dormido sus sueños de borrachos toda una generación de ilustres y desdichados bohemios”, pág. 72.

<sup>253</sup> Escribía Azorín : “Juan José no es un drama; Juan José es el drama de nuestros días. Es la encarnación, el símbolo de esta sociedad fin de siglo, que se apresta a una lucha terrible, que no sabe cómo ha durado tanto tiempo; Juan José es el hombre, la humanidad entera que alcanzaron con el cristianismo la igualdad ante la ley, y que hoy combate por conseguir la igualdad ante la naturaleza!”.

contribuyó al reconocimiento del autor del drama. Del periódico sería expulsado Azorín el 16 de febrero de 1897, aunque lo cierto es que se trasladó, junto con otros redactores al nuevo diario lerrouxista, *El Progreso*. Lo cuenta él mismo en Charivari:

"Esta noche en *El País* me ha llevado Fuente a un rincón y después de una preparación laboriosa (...) me ha dicho que no puedo seguir escribiendo mis crónicas, porque los suscriptores se quejan de la independencia de mi pluma"<sup>254</sup>.

### 10.3.2 El Globo, segundo refugio liberal ilustrado

*El Globo* fue el otro gran periódico-refugio tanto para los literatos de la futura Generación del 98 como para los periodistas de la bohemia. Seguramente fue el primero que intentó vivir exclusivamente de sus lectores. A su redacción se incorporaron pronto Pío Baroja y José Martínez Ruiz, y Manuel Bueno y Joaquín Dicenta. El primero publicó en él en 1900, por entregas, *Silvestre Paradox* y luego se encargó de la crítica teatral y más tarde de la corresponsalía en Tánger, en 1903.

Cansinos no habla muy bien de él. En su *Novela de un literato* andaba distinguiendo entre hampones pasivos resignados y hampones agresivos, duros e insolentes. Uno de estos, Antonio Cubero, "un joven cordobés con cara lobuna, que posa de filósofo, escribe cosas que nadie lee, periódicos sapos, como *El Globo*, que viven de subvenciones y solo tiran unos cuantos números que no llegan al público".

Periódico ilustrado, lleva por subtítulo *Diario liberal ilustrado* y más tarde *Diario liberal independiente*. Fue fundado por Emilio Castelar el 21 de marzo de 1875 y había sido el principal órgano del posibilismo representado por el Partido Republicano conservador y unitario. Su lema era "Instrucción, moralidad, recreo". Nunca tuvo una gran tirada, aunque sí logró alrededor del cambio de siglo un buen ramillete de firmas, tanto consagradas como emergentes y bohemias.

En la época que nos ocupa, 1896, lo compró el conde de Romanones, Álvaro de Figueroa y Torres, que encargó la dirección a José Francos Rodríguez. Este formó una joven redacción, pero el periódico no remontaba, de modo que el aristócrata y político lo vendió, en 1902, al diputado catalán Emilio Rius y Periquet, que asumió él mismo la dirección. No tenía experiencia periodística aunque parece que sí se dejó asesorar y

---

<sup>254</sup> En su Charivari.

encargó la jefatura literaria a Pío Baroja. Con él, la redacción, instalada en el palacio de Oñate, en la Calle Mayor nº 2, estuvo formada por nombres que pronto alcanzaron la fama, tan familiares como los de José Martínez Ruiz, Pedro de Répide, Ricardo Baroja, Navarro Ledesma, Ramiro de Maeztu, José López Pinillos, que hizo célebre el pseudónimo *Parmeno*, Ciges Aparicio o los bohemios Manuel Bueno, Alejandro Sawa, Camilo Bargiela y Alberto Lozano. Y la lista de colaboradores no se quedaba atrás: Unamuno, Maeztu o Manuel Machado. Baroja publicó ahí también, por entregas como se acostumbraba a hacer, la primicia de *La Busca*. Cuando se dedicó a la crítica teatral esto fue lo que escribió tras presenciar el estreno de la obra *Malas herencias*, de José Echegaray, protagonizada por María Guerrero, el 21 de noviembre de 1902: “Sí, en general, el teatro de Echegaray me disgusta, en particular *Malas herencias*, me revienta”. Y añadió: “Yo no sé por qué esto se llama *Malas herencias*; mejor podría decirse *Fatalidad y Tontería*, o algo por el estilo”.

La vida de *El Globo* fue en progresiva caída. En la década de los ochenta del siglo XIX el periódico había alcanzado una circulación en torno a los 25.000 ejemplares, y llegó a ser uno de los periódicos republicanos y anticlericales de mayor difusión entre un público amplio no necesariamente castelarino. Pero su difusión irá bajando drásticamente.

### 10.3.3 El Progreso, lleno de redactores robados

También fue diario republicano y acogió en su redacción a buena parte de los literatos y bohemios de los que se habla aquí. Fundado por Alejandro Lerroux, se llevó a la casi totalidad de la plantilla de *El País*. Tenía la misma ideología, tal vez más radicalizado. Nació el 31 de octubre de 1897 y desaparece el 15 de diciembre de 1898 para convertirse en semanario de breve duración, dirigido por Lerroux y con él mismo y Ernesto López (Claudio Frollo) como principales redactores. Pero su corta vida fue agitada y estuvo llena de denuncias y secuestros. Colaboradores habituales eran Luis Bonafoux, Azorín y Baroja. Precisamente desde *El Progreso*, tanto Unamuno, como Azorín y el anarquista Federico Urales polemizaban con Joaquín Dicenta y Ramiro de Maeztu, éstos desde la redacción de *El País*, su hermano mayor y competencia directa.

El periódico destacó por la campaña en pro del descanso dominical en oficios y profesiones que no lo tenían, como los periodistas, que tampoco libraban ningún día de la semana. Precisamente se estrenó con una de ellas a poco de nacer, en noviembre de 1897. Como los periódicos del momento,

sobre todo los republicanos, pero también los demás, abrió de par en par la puerta de su redacción a los bohemios. *El Progreso* tuvo como una de sus estrellas más leídas a uno de ellos, también ex redactor de *El País*: Adolfo Luna, que publicaba una crónica diaria titulada “Notas del día”, firmada con el seudónimo Flirt.

De esa crónica habla el joven Rafael Cansinos Assens<sup>255</sup>, confesando que su debilidad era precisamente Adolfo Luna. Soñaba el sevillano recién llegado a Madrid con conocer al cojo Luna y emular sus hazañas estilísticas.

De *El Progreso* escribe Augusto Martínez Olmedilla, en *Periódicos de Madrid*:

“Instalado en un mezquino entresuelo de la Calle de la Montera, ya en la Red de San Luis. Lo dirigía Alejandro Lerroux, mozo audaz nacido en La Rambla, provincia de Córdoba. Había sido sargento y vino a Madrid decidido a medrar, sea como fuere. Entró como hombre de paja en *El País*, diario republicano que sostenía Antonio Catena como medio para defender sus negocios de tafurerías. Dada la agresividad del periódico tenía siempre un director en la cárcel, pero esto no importaba porque había siempre uno de recambio y a bajo precio”<sup>256</sup>.

Afirma que algunos eran analfabetos y cuenta la anécdota de un juez que preguntó a uno cómo es que escribía los artículos tan incendiarios si no sabía ni firmar, a lo que contestó el interfecto: es que los dicto.

Añade que pronto se dio a conocer Lerroux en *El País* lo que le sirvió para fundar *El Progreso*, y que la base económica fue una supuesta mina de plomo argentífero que solo existía en su imaginación y cuyos cándidos accionistas sostuvieron con sus dividendos el periódico: Segismundo Moret dio subvenciones y Rafael Calzada envió desde América 30.000 duros para “hacer la revolución”. Se tiraba el periódico en una imprenta de mala muerte de la calle Santa Engracia, a cuyo frente estaba Aurelio Lerroux, hermano de Alejandro y su antítesis. Refiere también la agresividad de Lerroux, de sus soflamas, y cuenta la historia de la chaqueta que empeñaba cada vez que alguien le pedía ayuda. Siempre la misma chaqueta y el mismo prestamista.

Redactores de *El Progreso* fueron Azorín, Alejandro Sawa, Carlos Crouselles, Adolfo Luna y Ernesto López, que firmaba Claudio Frollo.

---

<sup>255</sup> Ibid. I. pág. 28.

<sup>256</sup> Martínez Olmedilla, A. *Periódicos de Madrid: anecdotario*, Pág. 76.

#### 10.3.4 España, la última redacción bohemia

Fue otro diario de título ambicioso y vida corta. Tuvo al principio medios económicos y apoyos sociales y políticos suficientes para consolidarse como uno de los importantes de su tiempo, pero no lo logró. El periódico apareció el 21 de enero de 1904, recién estrenado el gobierno de Maura, por lo que muchos investigadores dicen que nació para apoyar el maurismo conservador. No obstante el periódico se presentó desde el primer número como independiente y sus colaboradores adoptaron en algunos casos claros aires y posturas regeneracionistas. Precisamente en él publicó mucho uno de nuestros bohemios, el más señero, Alejandro Sawa. Incluso la revista *Alma Española* aplaudió la aparición del diario, destacando su independencia.

En el diario *España* fue donde José Martínez Ruiz utilizó por primera vez, el 26 de enero de 1904, el seudónimo que le haría famoso, *Azorín*. Y ahí publicó su artículo el escritor levantino, tras el homenaje a Echegaray, en el que denunciaba a los que representaban a “una España pasada, muerta, corroída por los prejuicios y las supercherías, salteada por caciques, explotada por una burocracia embaucada por falsas reputaciones literarias...”<sup>257</sup>.

Su director y gerente fue Manuel Troyano, que había sido el redactor más destacado de *El Imparcial* y entre sus colaboradores estaban Maeztu, Luis Paris, Manuel Bueno, Azorín, Luis Bello, José López Pinillos (*Pármeno*) y el mencionado Alejandro Sawa. Tuvo una vida mucho más corta de lo esperado puesto que se cerró el 27 de marzo de 1905. Escribe en sus memorias Eduardo Mendaro<sup>258</sup>: “Puede asegurarse que la de *España* fue la última redacción bohemia. Allí entraba y salía todo el mundo: políticos, escritores, unos ya consagrados y otros en agra, amigos de los redactores, amigos de los amigos de los redactores, tanto de orden crematístico como de chismorre social”. Afirmo que Sawa era uno de los “tipos más sobresalientes y dignos de curiosidad que acudían a la tertulia que a altas horas de la madrugada se formaba en un despacho de la redacción”.

Relata en otra página de esas mismas memorias que Alejandro Sawa había estado en París, “donde ganó dinero” y que volvió a Madrid a vivir en una buhardilla en la calle Tudescos que el bohemio calificaba de palacio, asistido por “una desgredada portera” convertida por la imaginación del romántico en “su numerosa servidumbre”. Cuenta también que el bohemio

---

<sup>257</sup> Lo cita Luis S. Granjel en *La generación literaria del 98*, pág. 135 y 136.

<sup>258</sup> Ibid. pág. 95.

autor se apuntaba a las cenas que en las primeras luces de la mañana se organizaban en la redacción del periódico, una vez confeccionado el ejemplar, a base de judías, un par de huevos fritos y un plato de carne, que servía un restaurante cercano a razón de tres pesetas por barba. “Y nos levantábamos de la mesa dándonos importancia de próceres ante la envidia y el hambre de los infortunados compañeros que por cobrar sueldos de diez duros mensuales no podían permitirse aquellos lujos”, escribe de primera mano Mendaro.

### 10.3.5 La Correspondencia de España, varias ediciones diarias

También acogió en sus redacción y en sus páginas a algunos bohemios. Fue un diario vespertino fundado en 1859 como “periódico noticiero”, el más antiguo de los grandes diarios madrileños. Su propietario en la época que estudiamos era el marqués consorte de Santa Ana, José Serrán, yerno del fundador. Nombraría director a un conocido y enérgico periodista, Leopoldo Romeo, que utilizaba el seudónimo *Juan de Aragón*. Había sido su redactor jefe y lograría darle un nuevo impulso revitalizador y comercial al viejo diario.

“*La Corres*” tenía una firme e importante tirada y pasaba por ser el más profesional de todos. Aportaba una gran originalidad para aquellos tiempos, y es que ponía a la venta tres o cuatro ediciones diarias. Se le consideró en ocasiones vocero de la burguesía independiente. Se mostraba bastante ajeno a la política y era muy rico en información y en comentarios.

Llegó a tener, desde 1905, a Ramiro de Maeztu, un fichaje de lujo, como corresponsal en Londres. Y al crítico teatral, Ricardo Catarineu (*Caramanchel*) que escribía, con distintos seudónimos, crónicas apócrifas desde los más diversos países. Un auténtico corresponsal para todo y desde todas las partes del mundo sin moverse de Madrid.

Cansinos Assens, que fue redactor del periódico en 1905, hace en su *Novela de un Literato* un pormenorizado retrato físico y psicológico de la redacción, de sus rutinas y de sus trucos, así como de los personajes bohemios que la frecuentaban. Entre sus redactores y colaboradores, estaban nombres que ya nos son familiares, como el propio Catarineu, Azorín, Manuel Bueno, Joaquín Dicenta, Luis Bello, Eusebio Blasco, Valle Inclán, Ernesto López (Claudio Frollo), Adolfo Luna, Enrique de Mesa, Manuel Paso, Manuel Reina, Salvador Rueda y los hermanos Alejandro y Miguel Sawa.

El diario se consideraba a sí mismo imparcial e independiente, aunque para muchos observadores era exactamente del partido que gobernaba. Se decía que era el único periódico fiel a sus principios, que consistía precisamente en no tenerlos. Fue el primero en tener una plantilla con una estructura casi profesional, es decir, director, redactor jefe, secretario de redacción, cuatro redactores generalistas, seis redactores políticos –dos de ellos haciendo pasillos y salón de conferencia en las Cámaras, uno en el Congreso y otro en el Senado- un reportero municipal, otro para Palacio, otro para juzgados y tribunales, dos reporteros volantes, un crítico de teatro y otro de toros, además de cronistas más o menos habituales para otras secciones, incluso una de deportes, especialización que entonces se iniciaba, con el ciclismo y la esgrima. Eso y los corresponsales en provincias conformaban una plantilla numerosa y poco usual.

#### 10.3.6 El Gráfico, muerto de sensacionalismo

Fue un periódico vespertino de 12 páginas y que salió con un coste de 10 céntimos, es decir el doble de lo habitual en un periódico. Apareció con un número de prueba el 7 de junio de 1904, anunciando que se iban a imprimir nada menos que 200.000 ejemplares. El nacimiento oficial fue el 13 de junio y no llegó a terminar el año, su último número salió a la calle precisamente del 24 de diciembre. Pertenecía a la familia Gasset, la propietaria de *El Imparcial*, que en su afán innovador incorporó una rotativa que les permitía esas impresionantes tiradas, además estampado en dos tintas y dedicando una página entera a las fotografías de actualidad. Una apuesta profesional y llena de ambición. Estaba dirigido por un periodista de tanto prestigio como Julio Burell, que se hizo rodear también de colaboradores de altura, como Valle Inclán, Manuel Bueno, Ramón Pérez de Ayala, *Claudio Frollo* y Miguel y Alejandro Sawa.

Un suceso que dio la vuelta al mundo y el sensacionalismo con que fue tratado acabó con la vida del periódico. En 1903 el gobierno conservador de Fernández Villaverde reprimió con fuerza a los trabajadores de varios pueblos sevillanos. El que más graves revueltas había tenido fue Alcalá del Valle, donde fueron detenidas 34 personas, entre ellas el presunto cabecilla, llamado Sebastián Mulero. Al pueblo llegaron anarquistas de Barcelona y otras ciudades que iniciaron una campaña de la Internacional Anarquista, en la que se daba cuenta de la “relación exacta de los martirios aplicados por la Guardia Civil a los trabajadores de Alcalá del Valle”. Una tragedia que dio pie a que varios periódicos se apuntaran al



carro sensacionalista. El que más, *El Gráfico*, que desplazó a enviados especiales y tituló sus crónicas “La Inquisición en Alcalá del Valle. La visión de un calvario”. alguna de las más graves acusaciones era que el cabecilla Sebastián Mulero había sufrido, a causa de los malos tratos, “mutilaciones en partes delicadas de su cuerpo”<sup>259</sup>.

La investigación minuciosa de los médicos forenses demostró que había sido una simulación, con lo que todos los medios hablaron de la “novela periodística que habría montado *El Gráfico*”.

### 10.3.7 El Liberal, el éxito de los concursos

Era anticlerical y de un republicanismo más blando que *El País* o *El Progreso*. Fue fundado el 31 de mayo de 1879 por un grupo de periodistas de ideología republicana, que abandonaron *El Imparcial* al aceptar este la monarquía restaurada. Su principal accionista fue Isidoro Fernández Flores (Fernanflor), que murió en 1902, dejando sus acciones a Miguel Moya y Antonio Sacristán, el primero director y el segundo presidente de la Asociación de la Prensa. *El Liberal* llegó a ser el diario más vendido de Madrid, con Miguel Moya como director, superando la cifra de los 100.000 ejemplares<sup>260</sup>. Entre sus firmas, Eusebio Blasco, Bonafoux, Dicenta, Enrique Gómez Carrillo, José Nogales, Antonio Palomero, Manuel Reina o los hermanos Alejandro y Miguel Sawa. En diversas etapas compartió colaboradores con *El País*.

Junto con *El Herald* y *El Imparcial* formaría el 16 de mayo de 1906 la Sociedad Editorial de España, un poderoso trust que provocó recelo entre la competencia y los políticos y gran expectación en lectores y periodistas. Para muchos el bajón en las tiradas desde las guerras del 98 y el éxito creciente de ABC fueron algunas de las razones para la creación de esa cadena de publicaciones, como las que ya existían en Inglaterra o en Estados Unidos, que pretendía unificar tarifas de publicidad, adquirir papel y maquinaria de manera conjunta y compartir tanto la contratación de servicios informativos como a los colaboradores. En principio el acuerdo era por diez años y cada uno de los tres medios conservaría su significación política. Es decir, la liberal dinástica por parte de *El Imparcial*, la demócrata del *Heraldo de Madrid* y la republicana de *El Liberal*. El principal impulsador de la sociedad fue el director de este último, Miguel

---

<sup>259</sup> Relata Gomez Aparicio en su *Historia del periodismo español*, tomo 3, pág. 188.

<sup>260</sup> Edo, Concha. *Los periódicos de Madrid en 1898*, pág. 43.

Moya, periodista de referencia, amigo de literatos y protector de bohemios. Se hizo todavía más poderoso y temido desde la dirección del trust.

*El Liberal* era el periódico preferido de los anunciantes, por sus ventas, y porque era leído tanto por la burguesía liberal como por la clase obrera. Buena culpa de este éxito la tenían los concursos que organizaba el periódico, tanto de carteles anunciadores como de cuentos, caricaturas o crónicas. Estos últimos era muy seguidos y en ellos participaban los literatos o aspirantes a serlo. El 1 de enero de 1900 se anunció la primera convocatoria y el premio consistía en quinientas pesetas para el ganador y doscientas cincuenta para el segundo. Un atractivo señuelo al que se apuntaron muchos. En la primera convocatoria se llevó el primer premio José Nogales y el segundo fue para Emilia Pardo Bazán. Parece que también se había presentado Valle Inclán, pero un miembro del jurado, José Echegaray, manipuló lo suficiente para que no lo ganara.

En 1903 Valle Inclán volvió a presentarse, en esa ocasión a los dos, al concurso de cuentos y al de crónicas. En los dos quedó segundo. El primero fue declarado desierto, parece que de nuevo por las presiones de Echegaray, y don Ramón María ganó el segundo premio. En cuanto al de crónicas, publicó una en el periódico el 30 de noviembre de 1902, inspirada en una fotografía del bandido Casanova. La presentó al concurso, pero lo ganó Enrique de Mesa con una titulada “Y murió en silencio”, que se había publicado el 1 de febrero de 1903, sobre un suceso recogido en los periódicos días antes, el de un hombre que se dejó morir de frío. Un triste suicidio o una crónica de la pobreza en el Madrid de la Restauración. El jurado estaba compuesto por Joaquín Dicenta, Jacinto Octavio Picón y Alfredo Vicenti.

#### 10.3.8 El Heraldo de Madrid, el más madrileño

Liberal y republicano, era el periódico que mayor cantidad de información publicaba sobre Madrid. Fue dirigido por Augusto Suárez Figueroa, después por Gutiérrez Abascal (Kasabal) y luego por Francos Rodríguez. Vespertino, fue fundado en 1890 y adquirido en 1893 por José Canalejas, su hermano Luis y un grupo de partidarios del político. La influencia de Canalejas duró hasta 1906, en que fue vendido a la Sociedad Editora de España. Francos Rodríguez fue sustituido y cuando Canalejas llegó a la presidencia del gobierno, se situó en la oposición.

El diario tenía pocas secciones fijas y estaba enfocado principalmente a la vida madrileña. No buscaba la polémica pero era muy dado al comentario y al artículo incisivos, y fue de los que más se destacó en la campaña mediática antimonárquica ante el escándalo que supuso la boda de la princesa de Asturias, María de las Mercedes de Borbón y Austria, con Carlos de Borbón-Caserta, el hijo del conde de Caserta, el 14 de febrero. De hecho un poco antes, el 12 de diciembre de 1900, escribió su director *Kasabal* un artículo titulado “Petición de mano”, por el que fue denunciado el periódico y recogido el número, si bien el ministro de la gobernación permitió que se vendiera el diario, pero sin el artículo. Y así está en las hemerotecas, con el espacio correspondiente al texto crítico en blanco.

Era un periódico muy dinámico que dedicaba mucha atención a la vida cultural y teatral. Entre sus reporteros y colaboradores estaba algunos de las figuras más reconocidas, como Luis Morote, Julio Burell o Juan Pérez Zúñiga. También Carmen de Burgos (Colombine), la primera mujer que ejerció el periodismo de manera profesional y Luis Bonafoux, el más famoso cronista de la época, que fue su corresponsal en París. Más tarde, en 1909, el diario ficharía a Ramiro de Maeztu como corresponsal en Londres, que había dejado *La Correspondencia*. También acogió *El Herald* en sus páginas la firma de varios de nuestros ya familiares bohemios: podemos rastrear por las hemerotecas los nombres de Alejandro Sawa y Adolfo Luna, de nuevo, y también los de Eusebio Blasco, López Silva, Salvador Rueda o Manuel Bueno. Se apuntó a los folletones tan de moda en esos años y publicó por entregas la novela de Vicente Blasco Ibáñez, *Cañas y barro*.

### 10.3.9 Incluso en El Imparcial

Dirigido por Rafael Gasset y más tarde por Ortega Munilla, fue uno de los periódicos más importantes, por tirada, por prestigio y por influencia<sup>261</sup>. De hecho es considerado como el diario más importante de España entre el último tercio del siglo diecinueve y los primeros años del veinte. Fue fundado por Eduardo Gasset y Artime el 16 de marzo de 1867, al principio como vespertino, con una importante apuesta informativa.

---

<sup>261</sup>Prueba de esa influencia es la anécdota que recoge Antonio Espina en *El cuarto poder*. Era Sagasta presidente del Consejo de ministros, lo fue varias veces gracias al turno, y le preguntaron un día, “qué hay de nuevo, señor presidente?” A lo que respondió: “No sé nada. Todavía no he leído *El Imparcial*”.

En los primeros años del siglo comenzaron a introducirse las linotipias y fue en septiembre de 1900 cuando *El Imparcial* instaló cinco en sus talleres, las primeras en España. Según Mari Cruz Seoane<sup>262</sup>, con él se consolidó el periodismo noticioso y empresarial de calidad, mezcla de un cuidado aspecto informativo, moderno y ambicioso, a medio camino entre la asepsia y los extremismos, si bien pasó por medio conservador, sobre todo al apoyar la causa de su director, Rafael Gasset, tras su nombramiento como ministro de Fomento de Francisco Silvela, en 1900.

Era el clásico diario de cuatro páginas a cinco columnas y tipografía sin alardes; en la primera incluía dos o tres artículos de fondo, así como la crónica diaria. Fue uno de los diarios de mayor prestigio y circulación, aportando la nota más intelectual de la prensa nacional. Era además el que contaba más firmas prestigiosas, y en su cabecera incluía el dato de la tirada del diario del día anterior. Indica Seoane<sup>263</sup> que llegó a los 130.000 ejemplares en 1900.

Su gran editorialista político fue Manuel Troyano e incorporó como redactores a Andrés Mellado, Mariano de Cavia o Eugenio Rodríguez de Escalera (*Montecristo*), uno de los principales cronistas sociales de la época. Y José Ortega y Munilla, futuro yerno del fundador, tomará la dirección de *Los Lunes del Imparcial*. Se decía que un artículo del diario podía llegar a derribar un gobierno, mientras que publicar o aparecer en su suplemento literario de los lunes se convirtió en la mayor aspiración de los literatos españoles.

Pero hasta el 1900 no lograron entrar en sus páginas, ni tampoco en las de *Los Lunes del Imparcial*, las firmas de bohemios, modernistas, ni noventayochistas. Hasta ese año, sólo podemos ver los nombres de la gente vieja, es decir, *Clarín*, José María Pereda, la condesa Pardo Bazán o Juan Varela, o sea, los consagrados. Las firmas de Pío Baroja, Azorín y Manuel Bueno empezaron a verse a partir de ese año.

Fue al año siguiente, en 1901, ya con Ortega Munilla como director, cuando se incorpora al periódico Valle Inclán, publicando sus dos primeras *Sonatas*, y empiezan a aparecer las crónicas de Joaquín Dicenta y Pío Baroja. En 1902 comienza a publicar fragmentos de *Los Episodios Nacionales*, de Pérez Galdós. El Modernismo continúa entrando en la redacción al incorporarse como redactor Luis Bello y con Miguel Sawa, que empieza a escribir unas crónicas-cuentos llamados “Historias de locos”, o las crónicas del bohemio Adolfo Luna.

---

<sup>262</sup> Ibid. pág. 77.

<sup>263</sup> Ibid. pág. 43.

## **10.4 Periódicos radicales y bohemios**

Los relacionados hasta aquí eran los periódicos convencionales, de gran tirada, de todo signo político, en cuyas páginas convivían bohemios y literatos, todos periodistas con escasa o ninguna paga. Los diarios donde escribían los jóvenes radicales modernistas pero también donde se escribía sobre ellos. Pero junto a esas cabeceras había otras radicales, periódicos y revistas fundadas por los propios bohemios que no duraron un suspiro, otras que llegaron a permanecer y algunas de muy corta vida.

### **10.4.1. Don Quijote, satírico y anticlerical**

Fue un periódico anticlerical y republicano que dio cobijo a un buen número de jóvenes literatos, periodistas y bohemios. En realidad, ellos lo hacían. De periodicidad semanal, se publicaba los viernes, fue fundado el 31 de enero de 1892 y duró hasta su cierre, el 26 de diciembre de 1902. Con la leyenda: “Este periódico se compra pero no se vende”, era una publicación satírica, irreverente y anticlerical. Fue fundado por el precursor de la caricatura política, el periodista y dibujante Eduardo Sojo.

Junto al título y el lema, aparecían eslóganes que indicaban sus intenciones y sus posicionamientos: “Nada de cientos ni miles del fondo de reptiles”, “más escuelas y canales que toros y generales”, “las empresas ferroviarias tendrán censuras diarias”, “más pan y más azadones que fusiles y cañones”, “¡ve el Quijote madrileño todo enemigo pequeño!”.

Se ocupaba de reflejar el punto de vista de este grupo de escritores nuevos que adquirió conciencia de los problemas en un período de individualismo radical. El desastre del 98 y el fin de siglo era, en lo social y en lo político, época de desintegración, desconfianza y atonía. Y en el semanario político-satírico expresaban los jóvenes indignados sus demandas regeneracionistas. Revelaba el “periódico que no se vende” su aspiración a ser “pañó de lágrimas de los menesterosos y atalaya vigilante contra el agio bursátil, bancario y otros garitos inmorales”.

Lo dirigieron en diferentes momentos J. Osorio Pérez Castañón y Miguel Sawa y en él publicaron escritores como Pío Baroja, Francisco Pi y Margall, Ramiro de Maeztu, Vicente Blasco Ibáñez, Jacinto Benavente, Rubén Darío, Alejandro Lerroux, Juan Pérez Zúñiga y los hermanos Manuel y Antonio Machado. Y entre sus colaboradores aparecen también

los nombres de periodistas y bohemios como Joaquín Dicenta, Alfredo Calderón, Juan Pérez Zúñiga, Luis Bonafoux, José Nakens, Vicente Medina, Vicente Rubio, José Fernández Bremón, Rodrigo Soriano, Ricardo de Mella, Pedro Barrantes y Pompeyo Gener.

Tenía cuatro páginas y estaba ilustrado, las dos interiores estaban dedicadas enteramente a las viñetas y caricaturas, impresas en blanco y negro, y al final, una en color. Sus textos no son muy extensos, tanto en prosa como en verso, y tratan asuntos de la actualidad política y social. Incluso contenía anuncios comerciales y una sección de “anuncios humorísticos”.

#### 10.4.2 El Evangelio, compromiso con la verdad

También duró poco, entre 1901 y 1902. Bisemanal y anticlerical, comprometido con el lema “Independencia y Verdad”, tuvo mucho tirón y acogió en sus páginas a buena parte de los nombres que estamos estudiando. En él escribieron casi todos los bohemios y periodistas que van apareciendo en este estudio.

Estuvo dirigido por Leopoldo Romero, director luego del convencional y potente *La Correspondencia Española*, y antes del satírico *El Disloque* (1899-1900). En la portada del primer número, del 22 de abril de 1901, al dirigirse a sus lectores ya explicaba la razón de semejante título. Decía en breve comentario titulado precisamente “Nuestro título”:

“Cansados de ver la verdad atropellada a diario y de que la mayor parte de los periódicos sean órganos de tal o de cual personaje, venimos a satisfacer una necesidad generalmente sentida: a decir la verdad. La verdad en política, en arte, en literatura en religión, en todo cuanto se refiera a la vida nacional. Por eso titulamos nuestro periódico *El Evangelio*. Al comenzar nuestra vida, saludamos cordialmente a nuestros colegas, deseándoles prosperidad sin cuento”.

En cuanto a la declaración de intenciones y el compromiso que adquiriría con sus lectores desde ese momento, la publicación, bajo el título “A nuestros lectores”, declaraba:

”Este periódico no se vende, y en sus columnas encontrarán amparo gratuito y desinteresado cuantos sufran persecuciones de los que se llaman ‘hombres de Estado’. Las inmoralidades de la administración pública, los atropellos gubernativos, los errores judiciales, los fariseísmos religiosos: todo lo que constituyan llagas sociales, hallará

en este periódico el cauterio saludable, y si el cauterio no basta, procedimientos quirúrgicos más radicales. Somos del público y al público le pedimos que nos ayude a defender la verdad”.

De modo que estaba hecho por gente cansada de verdades falseadas y de medios entregados, y por esa razón llegaban empeñados en decir la verdad. Además, era el primero que salía como gratuito, y respecto a eso en el tercer número explicaba:

“Este periódico es la protesta contra todo lo podrido, contra todo lo prostituido y el misterio de repartirse gratis es el siguiente: una persona que está cansada de los fariseísmos políticos, sociales y religiosos quiere darse el gustazo de decir unas cuantas verdades y, aunque le cuesten caras, las dice”<sup>264</sup>.

Y novedad también de periódico tan radical y comprometido, en el primer número, bajo el título “Las ideas y los hombres” declaran que el periódico no quiere discutir sobre ideas, sino sobre hombres:

“Un siglo entero han pasado nuestro políticos y publicista entregados a la filosófica tarea de discutir ideas, sin que esa discusión haya resultado nada beneficiosa para España. Las ideas están ya suficientemente discutidas, y nosotros ofrecemos a nuestros lectores no cansarles inútilmente con monsergas ridículas y baldías. Hay que discutir a las personas y los procedimientos. Nada de discutir monarquías, repúblicas, reacciones y democracias; nada de clamar con huecas palabras contra teorías de escuela, nada de combatir o de defender a los hombres por lo que representan. Es necesario defender o combatir a los hombres por lo que sean; por honrados o por canallas, por íntegros o por ladrones; por injustos o por justicieros; por valientes o por cobardes”.

Reitera su ambición en el tercer número, corrobora su intención de ir “contra todo lo podrido, contra todo lo prostituido”. Precisamente *El Evangelio* nos da la oportunidad de tomar el pulso a la prensa del momento, puesto que el mismo periódico se toma la molestia de analizarla y diseccionarla e incluso juzgarla. Ya en su primer número publica un artículo titulado “El sacerdocio de la prensa”, en el que hace autocrítica de la profesión y se pregunta “Si el lector puede distinguir si la noticia esta escrita por el redactor o enviada a las cajas por el administrador del periódico que la cobró a cinco pesetas”. No oculta sus preferencias, sus filias y sus fobias por los colegas, de modo que afirma que a diario surgen en los periódicos “Temas graciosísimos para el valiente y sin par Gedeón, que hasta el momento presente es el único periódico independiente que

---

<sup>264</sup> En la portada del número 3, mayo de 1901, en respuesta a “unos cuantos canallas, de esos que ni dan la cara ni exponen el corazón, andan calumniando por ahí que *El Evangelio* está vendido”.

circula en España”. Se refiere a la revista *Gedeón*, dirigida por Antonio Palomero. Y asegura el autor del artículo que “ya que tanto clamamos a diario contra la decadencia social de España, cuando el país está sediento de regeneración, es necesario que demos ejemplo los periodistas”.

Escribe Augusto Martínez Olmedilla en su ensayo *Periódicos de Madrid* sus puntos de vista, ciertas inexactitudes y algunas certezas sobre el periódico:

“El Evangelio comenzó a publicarse en Madrid el año 1903 y pronto llamó la atención del público por su intención política, corrección literaria e interés general. Ningún artículo iba firmado. Ofrecía una modalidad curiosa, y fue que los cuatro primeros números se repartían gratis en paseos, cafés, teatros y casinos madrileños. Como tuvo numerosos lectores desde el primer día, al ponerle precio desde el 5º (diez céntimos) tuvo copiosísima venta. La gente se preguntaba qué plumas tan bien cortadas eran las creadoras del interesante hebdomadario”<sup>265</sup>.

Fue en 1901 cuando nació, fue gratis hasta el número diez y algunos artículos sí iban firmados, sobretudo en la segunda época. Efectivamente, estaba muy bien escrito y era agresivo y desgarrado. Y también acostumbraba a ser duro con la propia prensa vendida o “encasillada”.

El director, Leopoldo Romero, *Juan de Aragón*, era un joven periodista aragonés, junto al que se apiñaron varios escritores cuyas firmas pronto se hicieron famosas: Cristóbal de Castro, que utilizaba indistintamente seudónimos como *Zacarias de Uceda* o *Canta Claro*, Luis de Tapia, Ignacio de Santillán, Agustín R. Bonnat, Manuel Delgado Barreto. Prestigiosos periodistas irreverentes y con tendencias y amigos bohemios.

No se sabía muy bien quien lo sufragaba, pero lo cierto es que, al repartir los nueve primeros números de manera gratuita, le proporcionó un gran éxito popular. De tal suerte que se formaban grandes colas ante los puestos de los vendedores. Sin embargo sólo pudieron llegar con la apuesta de la gratuidad hasta ese noveno número y la anónima persona de la que hablaban en el primero empezó a dejar de darse el gustazo. El propio periódico lo explicaba, mejor dicho lo confesaba: “Llevamos publicados nueve números, repartidos 50.000 ejemplares, lo que supone un gasto considerable que no podríamos soportar”.

Argumentaban, en ese número 9, del 11 de junio:

“Queremos remediar en lo que podamos la gran miseria reinante, y para conseguirlo venderemos el periódico desde el próximo número,

---

<sup>265</sup> Martínez Olmedilla, A. *Periódicos de Madrid*, pág. 178.



dando a los pobres vendedores 25 números por un real. De este modo daremos de comer a no pocos desvalidos y evitaremos también la mala fe, pues son muchos los miles de Evangelios que, a pesar de nuestra vigilancia, se venden por las calles”.

En la Hemeroteca Municipal de Madrid se conservan los diez primeros números, los que van del 22 de abril de 1901 al 18 de junio de 1901. Hay también ahí dos números tamaño tabloide, el del 4 de abril de 1902 y un número especial, de 8 páginas, con motivo del 1 de mayo. En el primero se pueden leer las firmas de Manuel Bueno, Ignacio de Santillán, Ciges Aparicio, Leopoldo Romero, Ricardo Catarineau, Ramiro de Maeztu... En el segundo las de casi todos los grandes nombres del periodismo, incluso de medios de la competencia, y de la política: Miguel Moya, Mariano de Cavia, Luis Morote, Manuel Troyano, Melquíades Álvarez, José Riquelme, Cristóbal de Castro, Adolfo Suárez de Figueroa, Eduardo Dato, Julio Burell, Alejandro Lerroux, Alberto Aguilera, Jacinto Benavente, Verdes Montenegro, Martínez Sierra o Francos Rodríguez, entre otros.

En septiembre de 1901 el periódico había incorporado el subtítulo “Libertad, independencia y descentralización” y anunciaba en sus páginas la colaboración de nombres ya consagrados, como Joaquín Dicenta, José Nakens o Julio Burell, pero también alguno de los de la Gente Vieja, como Juan Valera, Emilia Pardo Bazán o Núñez de Arce. El bachiller Cantarero (el seudónimo de Cristóbal de Castro) es entonces el personaje más conocido y activo del periódico, el que se encarga de conseguir las colaboraciones de los consagrados y el que más veces firma.

En enero de 1902 publican un número extraordinario, con firmas tan familiares ya en este trabajo como Dicenta, Baroja, Antonio Palomero, Joaquín Costa, Maeztu o Cristóbal de Castro, en esta ocasión con su propio nombre, sin utilizar ninguno de sus seudónimos.

El 2 de febrero de 1902 escribía A. De Santa Clara, el seudónimo de Ernesto Bark, un artículo crítico como todos los suyos, titulado “Por el pueblo”, en el que se extrañaba de que ni socialistas ni anarquistas hicieran nada por la creación de las casas del pueblo que auspiciaba la Sociedad de Libre Pensamiento de Madrid. Con esa crítica confirma el periódico sus intenciones expuestas en el nº 3, del 4 de mayo de 1901: “El público se convencerá de ello (que es independiente, que dice la verdad, que no se vende), al ver que lo mismo ataca a monárquicos que a republicanos, a jesuitas que a ateos, a lo divino que a lo humano”.

En ese 1902 estaban ya colaborando en el periódico con asiduidad todos, o muchos, de los nombres mencionados, Ciges Aparicio, Ernesto Bark, Catarineau, Manuel Bueno. En el suplemento *Los Cuentos del*

*Domingo*, de junio de 1902, Palomero publica “El viejo de la imprenta”, un retrato de los duros trabajos artesanos, proletarios e imprescindibles del periodismo. Además, hacían en cada número un seguimiento de personajes conocidos y de grandes fortunas, como por ejemplo Los Larios. Todo un alarde de periodismo moderno, de investigación, en el que se practicaban los nuevos géneros, el perfil y la crónica, y comprometidos tanto con el estilo como con los contenidos sociales y políticos.

Las principales obsesiones de *El Evangelio* eran la oligarquía y el caciquismo que se dio en la España de la Restauración. Para ellos España no tenía políticos, sino politicastos, no tenía mandatarios sino caciques, los puestos políticos no estaban ocupados por gente preparada sino por yernos (el yernismo) aupados a la sombra del cacique autoritario y manipulador.

Dispara constantemente *El Evangelio*, y no distingue colores; para él los caciques lo dominan todo y amordazan a la prensa, que tampoco se libra de sus ataques y denuncia “el silencio sospechoso de prensa que antes criticaba defectos y se queda muda o cambia bondadosamente el calibre de sus adjetivos cuando hay una convocatoria electoral”. Y denuncia que el gobierno (que preside Sagasta y dirige Moret) usa medios ocultos para comprar votos. Segismundo Moret es una de ‘las bichas’ de *El Evangelio*: le considera inventor del termino “yernismo” y dice de él, el 9 de mayo: “El ministro que entona a diario loas a la pureza del sufragio; el presidente del Ateneo que pronuncia discursos en los que sirve, con su elocuencia habitual, atropella todo en aras del cuñerismo, de la yernocracia, del nepotismo, de la debilidad, del capricho, la historia toda de su democracia y de su liberalismo”.

Si el Parlamento y sus malos modos se llevaban críticas, más las merecía el Senado, con su

“Despotismo teocrático y militar (...) al Senado van las momias ya inválidas para la lucha y los diputados sin distrito que festejan con banquetes a los jefes de partido, y los diputados que ceden sus actas de paniaguados de los ministros a cambio de la cómoda senaduría y todo ese linaje interminable de prohombres que no piensan ni hablan, pero que votan con quien los mande votar”<sup>266</sup>.

Pinta el periódico un país decadente, en el que ni la gran derrota del desastre colonial logra mover las conciencias, al contrario, cada vez más hundido en el yernismo y el infantilismo y pinta panorama tan negro que propone a sus lectores una disyuntiva: “De seguir así las cosas, no nos van a quedar más que dos caminos, o el del trabuco o el del serrallo. O la virilidad

---

<sup>266</sup> *El Evangelio*, 29 mayo, 1902.

del revolucionario o la sumisión del eunuco. ¿Quieren elegir nuestros lectores? Nosotros optamos por el trabuco”.

Por si queda alguna duda de su insumisión, considera *El Evangelio* que la culpa de la decadencia del país está así repartida: el cincuenta por ciento de la parálisis moral que España padece se debe a los ‘politicastros’, de los que no espera nada “y que tanto contribuyen a las elecciones amañadas”; el otro cincuenta por ciento es patrimonio de los generales, “Cuba se perdió por ellos y, una vez regresados cabizbajos a la patria, siguen destruyendo lo que tocan” y lo que tocan es el ejercito.

*El Evangelio* sufrió denuncias y procesos y, además, una larga suspensión, de mayo a julio de 1903. Antes de eso le llovieron multas y amenazas. En el número 5 denunciaron un ataque a mano armada perpetrado contra su director, y unen querella y humor: “Recomendamos a los que envían visitas nocturnas en Recoletos al director de *El Evangelio* que elijan gente mas decidida que la que le visitó la noche del 10 de mayo. Los del día 10 debían estar mal pagados, pues corrieron. Hay que pagar mejor”.

Reapareció con el título de *El Nuevo Evangelio*, pero ya no fue lo mismo. Según Gómez Aparicio porque sus redactores encontraron salidas más estables. Aunque no fuera la única razón. Cuando Leopoldo Romero se fue a dirigir *La Correspondencia de España* se llevó con él a Cristóbal de Castro, que se convirtió en corresponsal en Rusia. A su vuelta, Cristóbal de Castro empezó a trabajar como redactor jefe del periódico republicano *España Nueva*, en 1910, y allí se llevó a Luis de Tapia y a Ignacio de Santillán, los otros dos pioneros del periódico comprometido con la verdad. Casi todos ellos se encontrarían en el periódico *El Radical*, con otros compañeros de viaje bohemios y periodistas, como Joaquín Dicenta.

En julio de 1903, tras meses de desaparición, salió a la calle *El Nuevo Evangelio*, es decir, la segunda época de *El Evangelio*, subtítulo “Periódico bisemanal republicano”. Abre la edición con un artículo, titulado a la manera de Fray Luis de León, “Decíamos ayer...”, en el que se podía leer su nueva filosofía, que era la misma que la de su hermano anterior, pero con algunos pequeños cambios de paternidad:

“Enemigos de la hueca palabrería, que *El Evangelio* ha muerto por expresa sentencia e inapelable mandato de su fundador, Leopoldo Romeo, y viene a sustituirle *El Nuevo Evangelio*, radical e independiente como aquel, aunque con el carácter republicano que le imprime su director y propietario, Ignacio de Santillán”.

Y avisa que estará, “como el anterior, al lado de los débiles y los explotados”. Afirma que se declara republicano, “porque pensamos como el

ilustre Joaquín Costa, que ser rebeldes y enemigos de este régimen es ser patriotas y españoles”.

En ese mismo número anuncia los nombres de quienes serán los colaboradores. Y se puede comprobar que constituyen la flor y nata de la intelectualidad, el periodismo, la literatura y la bohemia: Joaquín Costa, José Nakens, Octavio Picón, Luis Morote, Mariano de Cavia, Antonio Palomero, Joaquín Dicenta, Cristóbal de Castro, Manuel Bueno, Vicente Blasco Ibáñez, Roberto Castrovido, José Cintora, los hermanos Álvarez Quintero, Luis Paris, Alejandro Lerroux, Félix Méndez y *Fabián Vidal* (Enrique Fajardo) entre otros.

“A los periodistas radicales” es el título de un artículo publicado el 12 de septiembre de 1903, en el que se les llama a la cordura. Contestaba a la respuesta, cumplida, que tuvo la convocatoria hecha por el director del *Nuevo Evangelio* para reunir a todos los periódicos radicales. En esa misma fecha se publica otro artículo titulado “La eterna cenicienta”, firmado por Fabián Vidal, donde comenta a su vez otro artículo de Cristóbal de Castro, en el que describe la prensa radical y la provincial. Desvela un dato interesante y es que De Castro firma también con el seudónimo *Santiago Genil*. Esta era una habitual firma del anterior *Evangelio*.

Tampoco dura mucho la nueva etapa, desde el 15 de octubre de 1903 se unen las empresas *La Prensa de Madrid* y *El Nuevo Evangelio*, lo que hace que aparezca un diario, que se llama *La Tarde*, desde el miércoles 21 de octubre. Aunque durante un breve tiempo se sigue publicando *El Nuevo Evangelio*.

Obsesiones de *El Evangelio* eran los militares de la guerra de Cuba que siguieron mandando tras su fracaso, el clero, sobre todo los jesuitas y los políticos que no velaban por el bien de la patria y la prensa. Con frecuencia aparece en sus textos, editoriales y crónicas o noticias, la frase “La prensa es un sacerdocio”, un concepto que para *El Evangelio* es un sarcasmo:

“Con la invención del anuncio y con el abuso del reclamo se convirtió el sacerdocio en fariseísmo, sumiendo al lector en un mar de confusiones. Y el afán de lucro convierte a los periodistas en esclavos de las empresas que imponen, por negocio o por política, sus opiniones o consignas. Y así van saliendo a la calle periódicos repletos de bombos e injusticias, afirmando que son éxitos obras silbadas, que son genios autores no leídos, que son artistas comiquillos de la lengua, que son grandes estadistas políticos que nos llevaron al desastre”<sup>267</sup>.

---

<sup>267</sup> El 22 de abril de 1901.

Los anuncios, los grupos de presión y la inmoralidad fueron otra diana del periódico: “Son los que compran y no hay nada más despreciable que los periodistas que venden su pluma”. Y emprende una campaña que Julio Colomer Casanova considera<sup>268</sup> “arriesgada: el careo con cada uno de los periódicos que se editaban en la capital. Sección con la que se propone hurgar en las entrañas y trastiendas de sus colegas”.

No deja de ser la de *El Evangelio* una interesante aproximación a la prensa y al trabajo de los periodistas de los primeros años del siglo XX. Fiel a su compromiso de decir la verdad, se dedicó en varios números de mayo de 1901 a repasar la prensa. No se sabe si con valentía o irresponsabilidad, pero desde luego sin dolerse en prendas, hizo una revisión crítica de los logros y carencias, sobre todo de estas últimas, de los principales periódicos, señalando tanto la tendencia ideológica y empresarial de cada uno como apuntando lo que cobraban redactores y colaboradores. Bajo el título común “Periódicos, políticos y periodistas” examinó “la vida íntima de la prensa madrileña”. Y entre burlas e ironías quedan detalles que sirven para conocer cómo era la prensa del momento y cómo estaban considerados sus redactores y colaboradores.

El primero en pasar por ese tribunal periodístico fue *El Imparcial*. De él decía *El Evangelio* que era el periódico que retribuía “con mayor esplendidez a sus redactores y en él no se admiten meritorios”. Los sueldos iban desde “los 50.000 reales que cobra el director, a los 8.000 del último redactor”, pero lo más importante seguramente era que “su administración suele adelantar los sueldos cuando las necesidades apremian”. En cuanto a la línea política, ahí no era precisamente independiente, añadía con sorna, “pero qué vamos a esperar, estamos en España”.

Se trataba de pequeños reportajes sin firmar, muy ilustrativos, llenos de datos y muy críticos. El siguiente medio en ser juzgado fue *El Liberal*, el 16 de mayo. De él se decía: “No sabemos si el periódico de la calle del Turco es el de mayor circulación en España, como anuncia pomposamente a la cabeza de todos sus números, pero sí sabemos que es el de menor lectura, por sus reclamos industriales”. Con lo que se referían a la gran cantidad de anuncios publicitarios que acogía en sus páginas. Afirmó el texto que lo hacían catorce redactores que cobran 4, 6, 8, 10 y 12.000 reales y añadía: “Es largo en el cobro de anuncios y corto en el pago a sus colaboradores redactores, a los cuales prohíbe ser empleados del Estado”. Añade que “los redactores son buenos, pero la empresa que los controla ha sancionado la venta de la pluma y aunque a muchos de los redactores les repugnaba la misión se vieron obligados a aceptarla”.

---

<sup>268</sup> Colomer Casanova, Julio. *El Evangelio, periódico para rebeldes*, pág. 14.

De *La Época*, decano de los periódicos madrileños, dice que al ser tan vieja, “conoce a la perfección las marrullerías del periodismo, esas marrullerías que permiten echar a la calle contando una miseria y produciendo una renta saneadita”. Y también que “ahí no se puede buscar conciencia política porque no la tiene” y que los redactores, muchos meritorios, cobran 10, 15, 20 y 25 duros al mes, y como compensación obtienen destinos públicos.

De *El Herald de Madrid*, escribía: “Es democrático a marcha martillo y todo lo independiente que puede ser dentro de su canalejismo”. También dedica juicios a su director e ilustra sobre algunos de los colaboradores más brillantes: “Lo dirige Kasabal, mejor cronista que Fernán Flor, pero no tan buen director como Figueroa. Adolfo Luna llenaría columnas, si le dejaran, con su brillante pluma”. No dejaba tampoco de analizar costes y pagos: “La empresa paga bastante bien a su redactores”. Añade un detalle que dice mucho de la financiación de la prensa y de los contenidos: “Empieza El Herald a abusar más de lo debido del reclamo en páginas de lectura”.

Sobre *El Globo*: “Romanones compró El Globo como se compra una finca de utilidad y recreo, y como a finca administra”. Afirma que es el periódico que retrata con mayor fidelidad a la prensa política, “en donde se escribe, aunque a la fuerza, por amor al arte. Plumas brillantes reciben como remuneración ocho o diez duros mensuales, a los demás redactores y colaboradores les dan las gracias”. A lo que se ve, una manera de trabajar tan precaria como la actual. Como si no hubieran pasado cien años largos.

Explicaba *El Evangelio* que a los que no cobraban o cobraban poco Romanones les compensaba con puestos políticos o empleos fantasmas.

#### 10.4.3 La Democracia Social y Germinal, diario y semanario de la Gente Nueva

No entraremos en detalle con este periódico porque se encuentra fuera del marco temporal que hemos acotado, pero sí es necesario mencionar algo su peripecia como periódico radical. Al menos su existencia. *La Democracia Social* duró apenas un mes, pero fue el primer paso de lo que luego sería *Germinal*, una publicación verdaderamente determinante para entender la época, el periodismo y la bohemia. En octubre de 1895 un grupo de jóvenes liderados por Joaquín Dicenta fundó el periódico en un piso de la madrileña calle del Pez. El grupo estaba formado por Ricardo Yesares, Ernesto Bark,

Ricardo Fuente, Antonio Palomero, Miguel Sawa, Manuel Paso, Eduardo Zamacois, Luis Paris y Rafael Delorme.

No pasó del mes, pero sirvió para poner las bases, unificar criterios, y darse a conocer, como escribe José Fernando Dicenta en *La santa bohemia*<sup>269</sup>:

“El grupo desarrolla un programa político. Busca una nominación pública. Y se afirman en la idea de fundar un semanario juvenil, combativo, distinto, en el que exponer su comunitaria ideología”.

El semanario en que se convirtió *La Democracia Social* sería *Germinal*, la revista literaria pre-noventayochista, dirigida por Joaquín Dicenta, que tuvo también una corta pero intensa vida, de abril 1897 a diciembre de 1899. Algunos estudiosos la consideran como la primera revista del 98, ya que fue en la que aparecen por primera vez todos los escritores jóvenes, exceptuando a Azorín y Unamuno.

Escribe Germán Bleiberg en diciembre de 1848<sup>270</sup>:

“Nos hallamos ante las páginas, en formato y papel más de periódico que de revista, del semanario *Germinal*. Dirigido por Joaquín Dicenta, su primer número aparece el 30 de abril de 1897. Muere dos años después. En su cuerpo de redacción nos sorprende, al cabo de tanto tiempo, la promiscuidad de nombres: Benavente, Delorme, Ricardo Fuente, Limendoux, Antonio Palomero, Antonio Paso, Nicolás Salmerón, Valle Inclán y Eduardo Zamacois. De todos estos escritores, entonces parecía el más brillante, sobre todo por su vena festiva, Antonio Palomero, que hizo popular el seudónimo de Gil Parrado. En *Germinal* colaboran Maeztu y Baroja”.

Ante todo, se presentaron como Gente Nueva, si bien se trataba de un grupo ecléctico de utópicos de todas las edades. Tanto el título, como el dibujo de Gustavo Doré del primer número, que representaba La Libertad dirigiendo al pueblo armado, mostraron el espíritu combativo del grupo. Al principio hubo un consejo de redacción mínimo, en el que sólo figuraban junto a Dicenta, Francisco Maceín y Ernesto Bark, pero por su redacción fueron pasando Benavente, Rafael Delorme, Ricardo Fuente, Jurado de la Parra, Félix Limendoux, Antonio Palomero, Antonio Paso, Nicolás Salmerón García, Valle Inclán o Eduardo Zamacois. También colaboraron Julio Burell, Eusebio Blasco, Alejandro Sawa, Mariano de Cavia, Ramiro de Maeztu, Pio Baroja, Manuel Paso, Salvador Rueda y Manuel Reina.

No sólo era revista literaria, *Germinal* se ocupaba de los problemas políticos y sociales, como los procesos de Montjuich, la situación de las

---

<sup>269</sup> Dicenta, J.F. *La santa bohemia*, pág.78.

<sup>270</sup> Bleiberg, Germán. *Algunas revistas literarias hacia 1898*, de la revista *Árbor*, pág. 469.

cárceles o las condiciones laborales de los obreros. Desde el republicanismo, en su número 24 muchos de sus redactores fueron a integrar las filas de *El País*. El 22 de octubre de 1898 se hizo cargo de la revista Nicolás Salmerón García, hijo del político Nicolás Salmerón, y pasa a subtitularse *Semanario Republicano-Ideológico*. Entre sus redactores está Blasco Ibáñez.

El semanario agrupó a buena parte de los republicanos utópicos y anticlericales independientes que se venían denominando Gente Nueva, disconformes con la sociedad española de entonces, muchos de los ya conocidos en este trabajo. La revista publicaba ensayos, poesía y literatura de contenido social.

Entre todos los que firmaron en sus páginas hay desdichados, perdedores y extravagantes, pero también nombres decisivos para la ciencia y la cultura. De hecho se convirtieron en centro de atención y fueron respetados, además aportaron páginas, proyectos y hallazgos esenciales en la historia del periodismo español.

La obra e ideas de bohemios como Joaquín Dicenta, Ernesto Bark o Rafael Delorme, son dignas de estudio. Un periódico semanal comprometido con la política y la cultura, en el que se pretendía, en palabras de Bark<sup>271</sup>, nada menos que:

“Vencer la apatía española, esta funestísima herencia del carácter árabe y de siglos de absolutismo clerical, que lleva tras sí el quietismo y la apatía”.

Un proyecto periodístico que merece conocerse, estudiarse y valorarse, aunque sea en otro trabajo, ya que este se ha trazado otra línea. El título del semanario remitía a la obra de Emile Zola y al ideal que ella representaba y que los redactores asumían, en concreto para España, subrayado en tres frentes: internacionalismo, antimilitarismo y anticlericarismo.

El grupo no sólo quería influir en la marcha de la sociedad española, aspiraba a un cambio en profundidad, que atendiera a la regeneración espiritual y material del hombre y de la sociedad. En su primer número publicaron “Nuestro programa”, catorce artículos en los que hablan de Sistema democrático, Justicia gratuita, Autonomía administrativa del municipio, Obligación de todos los ciudadanos de servir a la patria con las armas, Renovación del código civil, Instrucción primaria gratuita y obligatoria. Reversión al Estado de todo capital improductivo por voluntad del dueño o por carencia de medios de explotación, Derecho a la vida y a los medios para que sea digna, La pena como reparación del daño y medio

---

<sup>271</sup> Bark, E. “El problema de la miseria”, *La Santa Bohemia y otros artículos*, pág. 145.



de corrección del culpable, Creación del Ministerio del Trabajo, como centro de las reformas sociales y Derecho al trabajo.

Uno de los asuntos más candentes y frecuentes, igual para los bohemios que para la redacción de *Germinal*, era la cuestión religiosa. A la histórica alianza de los poderes públicos y religiosos en España se le achacaban todos los males del país, por lo que consideraban que debía ser combatida. Ernesto Bark<sup>272</sup> llega a afirmar que:

“...la nefasta marcha de la economía del país depende del problema religioso, por dos factores: la enorme carga económica que le supone a España el sostenimiento de los clérigos de la península y aun los de Cuba y Filipinas, y el espíritu antiprogresista de la Iglesia, que frena cualquier reforma en los terrenos de la ciencia, la industria, la agricultura o el comercio”.

Los redactores y colaboradores de *Germinal* tenían sus esperanzas puestas en la modernidad que debía traer el siglo XX. Creían firmemente que ésta, la modernidad, llegaría de mano de la difusión de la cultura, la instrucción general y de la educación de la sensibilidad artística.

No sólo eran modernos y radicales, hablaban de la bohemia. En el número 8, en su página 12, bajo el título de “Bohemiada” -sin firma-, contaban una pequeña historia:

“El famoso bohemio y redactor de Le Figaro de París, Paul Verlaine, sufría constantes dificultades pecuniarias que sabía vencer, gracias a su inagotable inventiva.

Paseabase un día en Colonia y por las orillas del Rhin se encontraba con mucho apetito y sin un céntimo. Pero esto no amedrentaba al célebre escritor que entró en un restaurant a cuya dueña conocía por avara y usurera.

Dígame señora, ¿Cuánto pudiera valer un rubí del tamaño de una avellana?, dijo, sentándose a una mesa.

La patrona creía que se trataba de una alhaja robada y deseosa de adquirirla a poco precio invitaba al bohemio a beber y comer para hacerlo complaciente.

Así consiguió Verlaine su propósito; y cuando había agradecido ante todos los presentes la hospitalidad de la señora, dijo:

Lo del rubí me interesaba, pues vi uno muy hermoso en el escaparate y quería saber qué precio pudiera tener.

---

<sup>272</sup> Revista *Germinal*. Número 21, septiembre 1897.

## 10.5 Revistas y semanarios

### 10.5.1 Vida Nueva, la exaltación de lo moderno

Algunos de los jóvenes del grupo que conformaron la Gente Nueva, con Ruiz Contreras a la cabeza, fundaron la revista *Vida Nueva* en la primavera de 1898. Y dejaron claras desde el principio sus intenciones de luchar por una sociedad diferente y criticar lo antiguo: exaltación de lo nuevo, de lo moderno frente a la rutina o la dependencia ideológica. Tenía periodicidad semanal y duró desde el 12 de junio de 1898 al 18 de marzo de 1900. Nace sólo un mes después de lo que se dio en llamar el Desastre y bajo el impacto de éste. Dirigida primero por Eusebio Blasco y desde octubre de 1899 por Dionisio Pérez, de los escritores que luego conformarían la generación del 98 sólo colaboraron Unamuno, que publicó en ella su famoso artículo “¡Muera don Quijote!”, y Maeztu.

De ella se ha dicho que es la revista que mejor representó el espíritu de la Generación del 98. Desde luego formó parte del movimiento finisecular que dio origen a una serie de publicaciones de vida efímera y precaria, caracterizadas por su repulsa a lo viejo, seguidoras del regeneracionismo, rebeldes y partidarias de la renovación estética, del Modernismo y el europeísmo.

La revista se ocupó de dos focos de interés político, la pérdida de las colonias y el proceso de Montjuich, defendía una tendencia política entre el socialismo y el regeneracionismo, y ya declaraba en su primer número que venía a defender lo nuevo y que iba a “tener una tribuna en la que quepan todas las ideas y todas las opiniones”.

En efecto, entre sus colaboradores hay un amplio espectro, desde los socialistas Pablo Iglesias, José Verdes Montenegro y Juan José Morato y los anticlericales y bohemios José Nakens, Luis Paris, Federico Urales, Joaquín Dicenta y Luis Bonafoux, pasando por el católico Menéndez Pelayo. Y además Felipe Trigo, Jacinto Octavio Picón, Rodrigo Soriano, o Galdós y Castelar. O el jovencísimo Juan Ramón Jiménez, que se dio a conocer en el mundo literario madrileño con poemas de contenido social. Incluso en este semanario divulgó sus primeros escritos José Ortega y Gasset. En un recuadro de su portada se anunciaba como “Periódico Independiente” que “Se publica los domingos”, que su última tirada era de 40.000 ejemplares y luego la lista de redactores, corta, y la de colaboradores, bien larga y en orden alfabético. Entre estos, amén de los dichos, algunos bohemios de los más recalcitrantes, como Pedro Barrantes,

Manuel Bueno, Félix Méndez o Manuel Reina, y de los periodistas más punteros, como Luis Morote, Mariano de Cavia, Miguel Moya o Francos Rodríguez.

Antes de su desaparición, tras dos escasos años de vida, sufrió ocho denuncias. Las dificultades económicas hicieron que su animador, Dionisio Pérez, acabara con una redacción, para aliviar la revista, compuesta exclusivamente con colaboradores, como un fatal adelanto de lo que ocurre hoy.

El 25 de febrero de 1900 abre una suscripción para compensar pérdidas y gastos que originan las multas. En la primera lista, ese mismo día, figura J. R. Jiménez, de Moguer, con 5 pesetas. El cierre se produjo el 18 de marzo, tras haber publicado 93 números.

#### 10.5.2. La Vida Literaria, desde un cisma antimodernista

También tuvo una corta vida, desde el 7 de enero hasta el 10 de agosto de 1899, 31 números en total. Surgió de un cisma en el antimodernista *Madrid Cómico*, el semanario de Sinesio Delgado.

Rompieron con su dueño, José de la Loma, el director, que era Leopoldo Alas Clarín y su redactor jefe, que era Jacinto Benavente. Este fue el que dirigió la nueva revista, menos combativa que otras publicaciones de su generación. Colaboraron en ella Unamuno, Maeztu y Baroja, y entre los modernistas, Valle Inclán, Rubén Darío, Villaespesa, Martínez Sierra y Manuel Machado. También aparecían en sus páginas las firmas de los ya acreditados periodistas Julio Burell, Luis Morote, Gómez Carrillo, Luis Bonafoux, Emilio Bobadilla (Fray Candil) y Antonio Palomero. Algunos textos de Maeztu, de Unamuno, del anarquista Federico Urales, y también de Camilo Barciela y Gómez Carrillo, hacen que ni en esta revista, que se pretendía literaria, estuviera ausente la preocupación sociopolítica que, a la par que la estética, animaba y condicionaba a aquella generación.

*La Vida Literaria*, aunque se estrenó con una alusión al tren y su modernidad, informaba número tras número del mundo de las letras, la bohemia, el arte moderno, la poesía y el humor; en sus páginas se hablaba de teatro, de actrices, estrellas del canto, bailarinas y temas de arte; se contaban historias y se publicaban poemas y artículos de Darío, Manuel Machado, Unamuno, Valle-Inclán, E. Gómez Carrillo, Pío Baroja, Clarín y

Gregorio Martínez Sierra. Era escaso el interés que se percibe por cuestiones sociales, políticas o económicas.

### 10.5.3 Gedeón, humorismo político

Fue un semanario satírico que se publicaba los miércoles y llevaba como subtítulo una especie de provocación, “El periódico de menos circulación en España”. Escribía José Francés, ya conocido periodista y bohemio, en *Alma Española*, el 13 de marzo de 1904, en un artículo titulado “Glosar de Semanarios” que

“la ironía y la sátira de este semanario es de un maridaje extraño de chabacanerías y exquisiteces; recurre a retruécanos obscenos, como Aristófanes, y posee alardes de ingenio rabelesco. Sin embargo no ridiculiza a los humildes, a las pasiones enfermas, sino que azota a los grandes y a los que triunfan”.

Entre sus colaboradores y redactores, Palomero y Lapuya. El primero llegó a dirigirlo y se convirtió en su activador.

*Gedeón* con su sátira semanal seguía la tradición del humorismo político y alcanzó un gran éxito en el periodo de entre siglos. Como hemos dicho, *El Evangelio* lo consideraba la única publicación verdaderamente independiente. Apareció el 14 de noviembre de 1895, fruto de la iniciativa de tres colaboradores de la revista ilustrada *Blanco y Negro*, Luis Royo Villanueva, Francisco Navarro Ledesma, verdadero inspirador de su línea ideológica, y José Roure Mezquiriz, que fue su primer director. Entre sus redactores y caricaturistas se encuentran Pedro Antonio Villahermosa que, con el seudónimo *Sileno*, populariza a los dos principales personajes del periódico, Gedeón y su sobrino Calínez, y Joaquín Moya.

Empezó a publicarse cada jueves en números de cuatro páginas, acompañando a la cabecera la leyenda “Ex Diputado a Cortes por Madrid” y, a lo largo de toda su vida, el lema provocador de tan poca circulación. Sus caricaturas y dibujos a color, con una media de unos seis grabados por número, las inserta en la primera y última páginas, dejando las dos interiores para los textos (en prosa y en verso), compuestos a tres columnas y acompañados de algunos dibujos. Provocó las iras gubernamentales y sufrió varias denuncias, sanciones y suspensiones. La principal de estas, entre noviembre de 1898 y enero de 1899, apareciendo en su lugar el periódico *Calínez*, con el mismo formato y estructura que la cabecera temporalmente suspendida. El principal blanco de las críticas y las sátiras

del semanario fueron los líderes del Partido Liberal de Sagasta. En 1904 la publicación pasa a manos de Rodrigo de Figueroa y Torres, primer duque de la Torre y gobernador civil de Madrid, que también había sido blanco de sus ataques burlescos.

Entonces se incorporan a sus páginas escritores satíricos como Antonio Palomero Dechado, Luis Gabaldón y Blanco y Luis Taboada; y dibujantes como Joaquín Xaudaró, Ricardo Marín, Exordio Salmerón (Tito), Tovar, Fresno y Vera. Al mismo tiempo sus páginas se abren a la crítica literaria, además de a la teatral y taurina e inició un discurso antimodernista. Más tarde, entre 1907 y 1909, reforzará su apoyo al partido conservador durante el gobierno de Antonio Maura.

A finales de diciembre de 1909, el duque de la Victoria se deshace de la propiedad del semanario y se lo entrega por el simbólico precio de una peseta a Torcuato Luca de Tena, quien lo incorpora a su constituida empresa Prensa Española.

#### 10.5.4 Alma Española, la esperanza de otra España

Apareció en Madrid el 8 de noviembre de 1903. Su primer número se abría con un artículo de Benito Pérez Galdós, “Soñemos, alma, soñemos”, para anunciar que la preocupación patriótica era el tema principal de la revista. Tenía una sección que se llamaba nada menos que “España Nueva” y daba noticias de españoles que fomentaban la esperanza de “otra España”. Por los artículos de sus colaboradores vemos la aguda crisis política, social, económica e intelectual que sufría España. Crisis analizada desde un tono radical, con una postura reformadora y un único propósito: la regeneración. Y eso lo buscaban desde el rechazo tanto de la literatura, como del arte, los valores, las instituciones políticas y económicas de la sociedad de la Restauración. Un claro planteamiento progresista y pro republicano.

Si leemos con atención los veintitrés números de *Alma Española* -publicados entre el 8 de noviembre de 1903 y el 30 de abril de 1904- nos damos cuenta, en primer lugar, de que sus colaboradores no evitaron ningún aspecto de la vida nacional y cultural; y en segundo término, que en ningún momento abandonan su tono radical, su postura reformadora y la aspiración de formar una España nueva. La mayoría de sus colaboradores pretendían encontrar la solución para la grave crisis política, social, de valores, económica y cultural que atravesaba la nación.

Los jóvenes del 98 ya eran conocidos en ese 1903, habían publicado libros y colaboraban con asiduidad en los periódicos convencionales. Ya eran presentados como una “Juventud Triunfante”, el título de una sección de autorretratos de este semanario. Así es el de Valle Inclán, titulado “Juventud Militante” y publicado en el número 8, el del 23 de diciembre de 1903: “Este que veis aquí, de rostro español y quevedesco, de negra guedeja y luenga barba soy yo, D. Ramón María del Valle Inclán”.

En la penúltima página de la revista solían incluir un texto que bajo el título de “Notas editoriales”, publicaban algunas noticias internas. Así en el número 5 indicaban que el anterior número, el 4, había tenido una tirada de 70.000 ejemplares. O que el reportaje de Joaquín Dicenta sobre las casas de empeño, había tenido grandes elogios.

Tras la “Juventud Militante” de Valle Inclán se publicó la “Juventud Triunfante”, escrita por José Francos Rodríguez; en el número 9, de enero de 1904, aparece la autobiografía de Alejandro Sawa, titulada “Yo soy el otro”, con lo que se deduce que se trata de otro lugar donde escriben los nombres más pujantes del momento, los emergentes.

En esta revista semanal coincidieron nombres tan significativos en los primeros años del siglo XX como Unamuno, Baroja, Azorín, Maeztu, Valle Inclán, Rubén Darío, los Machado, José Nogales, Benavente, y también Bonafoux, Dicenta, Alejandro Sawa, y Manuel Bueno, Luis Bello, Luis de Tapia, Manuel Carretero, Juan Pérez Zúñiga y Roberto Castrovido, Joaquín Costa, Silverio Lanza, José Francés, Claudio Frollo, Barrantes, Enrique de Mesa y otros jóvenes novísimos, como Ramón Pérez de Ayala y Juan Ramón Jiménez<sup>273</sup>. Es decir, de nuevo literatos que darían mucho que hablar, periodistas y bohemios.

---

<sup>273</sup> Si aportáramos la lista de los colaboradores de *Alma Española*, como hace Domingo Paniagua en su obra *Revistas culturales españolas*, nos salen los escritores mayores, los menores y los medianos del 98, así como bohemios auténticos, los allegados, los aficionados y los que estuvieron claramente de paso, y también los periodistas más reconocidos del momento: Francisco Acebal, Rodrigo Acuña, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, Juan Bautista Amor's (Silverio Lanza) Ramón Asensio Mas, Roberto Ballester, Pío Baroja, Luis Bello, Jacinto Benavente, Constantino Bernaldo de Quirós, Vicente Blasco Ibáñez, Emilio Bobadillas (Fray Candil) Luis Bonafoux, Manuel Bueno, Julio Burell, Francisco Campos Campaña, Salvador Canals, Manuel Carretero, Enrique del Castillo, Cristóbal de Castro, Clavijero, Isidoro Coloma Quevedo (Ángel Guerra), Joaquín Dicenta, Enrique Fajardo (Fabián Vidal), Manuel Feliú, José Francés, José Francos Rodríguez, Luis Gabaldón, Francisco Giner de los Ríos, Juan Ramón Jiménez, Ernesto López (Claudio Frollo) Luis López Ballesteros, Antonio y Manuel Machado, Ramiro de Maeztu, Juan Maragall, Eduardo Marquina, Jose Martínez Ruiz (Azorín) Gregorio Martínez Sierra, Antonio Martínez Viérgol (El sastre del Campillo) Vicente Medina, Enrique Mesa, Manuel Monterrey, Luis Morote, Carlos Navarro Lamarca, José Nogales, Miguel de los Santos Oliver, Vicente Pereda, Ramón Pérez de Ayala, Benito Pérez Galdós,

Es otra prueba de coincidencia y mezclanza de los nombres del movimiento que estamos estudiando. Y otra demostración de aportación a la historia del periodismo. En el número dos de la revista se inició una consulta sobre la cuestión que más preocupaba a la revista: España, su futuro y las soluciones a todos sus problemas. Así que se hizo una encuesta y para ello se lanzó esta pregunta: “A su juicio, ¿Dónde está el porvenir y cual debe ser la base del engrandecimiento de España?”.

Las respuestas se publicaron en los tres números siguientes. Lograron reunir los testimonios y posiciones de nombres bien conocidos en el momento: políticos, militares, periodistas, escritores, científicos y religiosos. Por aquella encuesta lo mismo desfilaron españoles que tenían ya su nombre consagrado en la política -Francisco Romero Robledo, Antonio Maura, Francisco Silvela, Salmerón-, como en la ciencia -Santiago Ramón y Cajal-, en la literatura -Vicente Blasco Ibáñez, Emilia Pardo Bazán, Unamuno-, en el periodismo, etc. Una de las respuestas más sugestivas -probablemente porque resumía de alguna manera a todas las demás- es la que dio el general López Domínguez<sup>274</sup>. Su programa regenerativo se basaba nada menos que “en la instrucción general del pueblo, en el desarrollo de la riqueza nacional y el de las obras públicas”. Pero también “en una administración inteligente y honrada, en la reorganización de las fuerzas de mar y tierra y una alianza con Portugal y América Latina”.

Todas las soluciones aportadas a la encuesta, plasmadas y desarrolladas, eran respuestas a lo que planteaba *Alma Española*, el camino que llevaría a España a la regeneración y a su engrandecimiento.

Lógicamente entre tan variopintos personajes consultados fueron también heterogéneas las respuestas: unas concretas como la de Nicolás Salmerón -para él la solución era “la instauración de la República”-; otras abstractas, como la de Marcelo de Azcárraga -“la base del porvenir y de la grandeza de España está en el juicio y cordura de los españoles”-; las había conservadoras, como la del Obispo de Sión -“instaurate omnia in Christo”, o radicales, como la de Blasco Ibáñez -“borrar hasta el último vestigio de tres siglos de tiranía religioso y embrutecimiento friluno”-<sup>275</sup>.

Otra importante aportación periodística de la revista, y por tanto digna de aparecer en las grandes historias de la rutina del periodismo, fue que los

---

Felipe Pérez y González, Santiago Pérez Triana, Arturo Reyes, Antonio Royo Villanova, José María Salaverria, Alejandro y Miguel Sawa, José de Siles, Conrado Solsona, Luis de Tapia, F. M Unciti, Emilio del Villar, Práxedes Zancada y Antonio Zoaya.

<sup>274</sup> El general José López Domínguez había participado en la Gloriosa de 1868 y ocuparía la presidencia del gobierno en 1906, (*AE*, II, 15 noviembre 1903, 2.).

<sup>275</sup> Celma, Pilar. *Literatura y Periodismo en las revistas del fin de siglo, Estudio e índices*.

numerosos artículos de asunto político-social que publicaba en cada número estaban siempre guardando la lógica de dos posturas: entre la denuncia y la búsqueda de soluciones. Y fueron Joaquín Dicenta y Ramiro de Maeztu quienes destacaron en esta faceta.

#### 10.5.5 El Motín, la fortaleza anticlerical

Aparece con el subtítulo “Periódico satírico semanal” el 10 de abril de 1881, al calor de las tímidas medidas liberalizadoras de la prensa, a los pocos días de llegar al poder los liberales del Partido Fusionista. Se convirtió pronto en la revista republicana más importante de la época y, junto a *Las Dominicales del Libre Pensamiento* (1883-1909), la más anticlerical.

Es fundado por el republicano federal, bohemio y periodista de ideas avanzadas José Nakens. Le acompañan en la fundación el también periodista Juan Vallejo Larrinaga, que asumirá la dirección en su primera etapa, y el dibujante y caricaturista Eduardo Sojo, quien, con el seudónimo *Demócrito*, introducirá la caricatura anticlerical. También colaboró otro destacado dibujante de la época, Eduardo Sáenz Hermúa, con el seudónimo Mecachis.

Sus páginas de texto, a tres columnas, eran breves artículos, comentarios y noticias, a veces versos, muy intencionados, siempre críticos. De un “nihilismo furioso” y revolucionario, según Gómez Aparicio, y en palabras de María Cruz Seoane un “anticlericalismo de brocha gorda”. En *El Motín* escribieron “la plana mayor del republicanismo anticlerical madrileño”<sup>276</sup>, según María Dolores Sainz. Aunque lo cierto es que la mayor parte del periódico la escribía el propio Nakens, “vivía en una modesto entresuelo madrileño y entre él y su hija hacían y despachaban el periódico, que constituía el único medio de vida de los dos”, escribe Arturo Mori<sup>277</sup>.

Rafael Cansino Assens, que ya colaboraba en *El Motín* en enero de 1901, escribe en *La novela de un literato* que “eran hojas nutridas por las plumas del propio Nakens y sus amigos desinteresados” pero añade que “en la calle Ruiz estaba la redacción de la temida hoja anticlerical”<sup>278</sup>. Y allí se reunían en tertulia, los domingos por la mañana, bohemios y periodistas.

---

<sup>276</sup> Ibid. pág. 114.

<sup>277</sup> Ibid. pág. 122.

<sup>278</sup> Ibid. I, pág. 50.



Cansinos coincidió con Claudio Frollo, Pedro González Blanco, Miguel Sawa, el pater Ferrándiz, Valle Inclán o Villaespesa.

Popular y anticonservador, también atacaba en ocasiones a los modernistas, a quienes consideraba blandos. Como editor, Nakens difunde también una colección de novelas a través de la *Biblioteca de El Motín*, y folletos bajo el título *Biblioteca del Apostolado de la Verdad*, así como unas *Hojitas Piadosas*, que alcanzarán hasta los 100.000 ejemplares.

A partir de 1908, *El Motín* modifica su subtítulo, y se presentó como Semanario político, en realidad lo que siempre había sido. Mientras tanto Nakens, que había sufrido múltiples sanciones y arrestos y hasta 47 excomuniones, era ya en exclusiva su único redactor y cae en una indigencia económica personal, que será solventada a través de una pensión de la Asociación de la Prensa de Madrid.

#### 10.5.6. La Anarquía Literaria, contra la tontería y la vulgaridad

Nace en julio de 1905. En su primer número, y como presentación, aparece un texto sin firmar, presuntamente escrito por Ernesto Bark, que ponía las condiciones del nuevo medio:

“Creemos necesario publicar en España un periódico como ha de ser La Anarquía Literaria: expresión de todas las verdades, denunciadas en lenguaje enérgico, valiente, sincero. Atacaremos duramente toda cobardía, y lanzaremos acusaciones contra la tontería y la vulgaridad, que todo lo llenan: desde los más elevados sitios con bocina a los más ínfimos cargos de la política, el derecho, la literatura, la Administración”.

Y más adelante, añade:

“Aquí no hay ningún editor. Rechazamos a la plaga de bandidos que se ceba en la miseria del literato, bordeando siempre hábilmente los cantos dorados de este libro sin coherencia y sin gramática que se llama Código Penal. Carecemos de jefes, charlatanes hueros o parladores de talento. No queremos poner nuestro esfuerzo al servicio de ambiciones y vanidades: ni un adjetivo de elogio no sincero, ni una frase dura y acerba que no corresponda fielmente a la realidad”.

Costaba diez céntimos y se presentaba a tres columnas. En un aviso a sus corresponsales informaba que empezaba saliendo cada mes, con la intención de aparecer de manera semanal a partir de octubre. Y les ruega encarecidamente, puesto que no hay gerente ni editores, “ni subvenciones”,

que agilicen sus liquidaciones para facilitar la administración. El primer número se conserva en la hemeroteca municipal de Madrid.

Independientemente de lo que tienen de proclama sus artículos, sientan las bases de un cierto rigor periodístico, exigiendo los procedimientos de una prensa profesional, comprometida y libre. Entre las firmas, Alejandro Sawa, Unamuno, Emilio Carrère. Entre los suscriptores, Villaespesa, Ramón y Cajal, Juan Ramón Jiménez, Galdós, Unamuno o Felipe Trigo.

*La Anarquía Literaria* expresa con claridad los esfuerzos estéticos y de renovación política y social de aquellos escritores y periodistas. Se encarga de levantar la bandera de la renovación estética y también la del antiacademicismo.

#### 10.5.7. Revista Nueva, los bonos del mecenas

Aparece el 15 de febrero de 1899 y se cierra el 5 de diciembre de ese mismo año. Era decenal y salía los 5, 15 y 25 de cada mes. El mentor y mecenas fue Luis Ruiz Contreras y la idea sale de las reuniones semanales que se celebraban en su propia casa. Es donde está también la redacción, calle de la Madera, 24.

Aunque de vida tan efímera, es hoy uno de los más importantes documentos para rememorar la vida, la obra y las ideas del grupo de jóvenes literatos de los que nos ocupamos en este trabajo, de la tribu, como escribió Francisco Umbral, “con hambre de gloria y de pan”, y de la historia de lo que luego sería la Generación del 98. Todo un referente. La nómina de colaboradores es amplia y estaban en ella aunados modernistas, noventayochistas y bohemios. Unamuno, Baroja, Bargiela, Cornut, Rubén Darío, López Carrillo, Manuel Bueno, Benavente, Francos Rodríguez, Martínez Sierra, Maeztu, Palmerín de la Oliva (el seudónimo del propio Ruiz Contreras), Villaespesa, Valle Inclán, Zahonero... Para financiarla Ruiz Contreras emitió una serie de bonos, como acciones, a 25 pesetas cada uno, que tenían que suscribir los propios redactores de la publicación. Baroja adquirió un bono, y Rubén Darío, tres.

### 10.5.8. Madrid Cómico, el humor costumbrista

Seguramente el semanario más importante de aquellos años y desde luego un adelantado a la prensa de humor española. Tuvo varias épocas, con cambios en la propiedad, en la dirección y en la numeración, pero se publicó desde 1880 a 1923. Fue fundado en 1880 por Miguel Casañy sus periodistas eran de los mejor pagados, con un salario de cincuenta pesetas. Ya en 1881 se produjo el primer cierre, pero uno de sus redactores, Sinesio Delgado, quien luego sería el creador de la Sociedad de Autores, compró la cabecera por doscientas cincuenta pesetas, que le habría prestado Balbina Valverde, la célebre actriz, y se convirtió en el nuevo director. Ruiz de Valasco, Leopoldo Alas, Clarín, o Jacinto Benavente serían también directores.

Era una revista antimodernista de carácter alegre y festivo, de humor castizo, a la que le gustaba presumir de que la política apenas estaba representada. Sus ocho páginas mezclaban ilustración, chistes, la crítica literaria, de la que se ocupaba Clarín en su sección “Paliques”, a menudo despiadada, relatos costumbristas y crónicas sociales. En la mayoría de sus números se dedicaba la portada a un escritor o un músico, un actor, una actriz o un autor de teatro. Una caricatura, de Ramón Cilla, lo representaba. Portadas de *Madrid Cómico* fueron nombres tan señalados como Pedro Antonio de Alarcón, Emilio Castelar, Juan Valera, Echegaray, Menéndez Pelayo, Campoamor, Arniches, Clarín, Valle Inclán, Zola, Galdos... Igualmente la merecieron Joaquín Dicenta, a quien se la dedicaron en noviembre de 1895, y Luis Bonafoux, en 1910.

En tantos años de vida pasaron por sus páginas un buen número de redactores y colaboradores, escritores y periodistas, y también bohemios: desde Vital Aza o Clarín o Benavente, a Cristóbal de Castro, Candamo, Leal de la Cámara, Alejandro Sawa, Luis Bonafoux, Manuel Machado, Gómez Carrillo, Luis Taboada o Martínez Ruiz. Como ilustradores estaban Ramón Cilla, Mecachis, *Sileno* y Eduardo Sojo, *Demócrito*, quien colaboraría después en el republicano y anticlerical *El Motín* de forma mucho más exaltada y radical que los amables dibujos de *Madrid Cómico*.

### 10.5.9. La vida galante, un aire festivo y frívolo

El periodista y escritor Eduardo Zamacois y el editor catalán Ramón Sopena se asociaron para la publicación de esta “revista semanal ilustrada”,

que apareció en Barcelona todos los domingos a partir del 6 de noviembre de 1898. Como primer director, Zamacois quiso diferenciarla de las revistas que triunfaban en ese momento de renovación de la prensa española. Diferente a *Nuevo Mundo*, es decir, con más contenidos de actualidad informativa, y con un tono picante del que carecía Blanco y Negro. Así que la idea era que tuviera un aire “marcadamente festivo, humorístico, frívolo, atrevido y, en suma, erótico”, como señala Cecilio Alonso, y “con la que pretendía burlarse de los valores tradicionales de la sociedad”, en palabras de María Pilar Celma<sup>279</sup>. Impresa con papel de calidad, pequeño formato, y doce páginas por número, que después fue ampliando hasta alcanzar las 24. Su portada casi siempre llevaba la fotografía de una actriz o una ‘modelo’, y en su interior, fotograbados y dibujos de mujeres ligeras de ropa o desnudas, así como caricaturas, chistes y tiras cómicas subidas de tono, aunque alejadas de lo obsceno. Si bien no se libró de ser perseguida, acusada de pornográfica. Con sus secuencias fotográficas, escenificadas por actores, la revista inicia también lo que más tarde se ha conocido como fotonovela. Sus ilustraciones, que fueron variadas, incluyen también reproducciones de obras pictóricas así como un buen número de fotografías de actualidad.

Tal vez por su carácter literario, algunos investigadores la vincularon al grupo *Germinal* y a las revistas en torno a la Generación del 98. Los colaboradores con los que contó Zamacois fueron Pedro Barrantes, Joaquín Dicenta, Antonio Palomero, Jacinto Octavio Picón, y una larga nómina de escritores y periodistas, como Sinesio Delgado, Juan Pérez Zúñiga, Jacinto Benavente, Gregorio Martínez Sierra, Arturo Reyes, Manuel Bueno, Ricardo J. Catarineu, Francisco Villaespesa, Alejandro Sawa, Enrique Gómez Carrillo, Luis Bonafoux, Luis Araquistáin, Manuel Soriano, Antonio Galiardo o Juan Oliva Bridgman. La crónica de la semana la firma *Juan de Mañara* y, desde el número 13, *Luis de Montemar*, probablemente seudónimos de Zamacois<sup>280</sup>, que utiliza también los de *El Seductor* y *Tik-Nay*. Contó también con otra crónica semanal desde París, firmada con el seudónimo *Un Boulevardier*.

A partir de 1902 asumirá la dirección de la revista Félix Limendoux, y con el número 373, de 29 de diciembre de 1905, se despedirá de sus lectores una publicación que, según el propio Zamacois, le servirá de inspiración para su siguiente y exitoso proyecto, la edición de *El Cuento Semanal*, en 1907.

---

<sup>279</sup> Celma Valero, M<sup>a</sup> Pilar. *Literatura y periodismo en las revistas de Fin de Siglo*, pág. 198.

<sup>280</sup> Según explica Cecilio Alonso en *El Cuento semanal en la continuidad literaria de su tiempo*, pág. 39.

## 10.6 Publicaciones de vida corta

### Arte Joven:

Tan sólo publicó tres números, entre marzo y abril de 1901. Una vida fugaz en la que otra vez coincidieron noventayochistas, bohemios y modernistas. El director artístico era el jovencísimo Pablo Picasso, uno de cuyos dibujos impresionó tanto a Unamuno, que escribió:

“No conocía a ese Picasso, que me agrada mucho, si no notase cierta afectación en desdibujar. En eso soy de un criterio acaso estrecho... La pobre hembra que está a la puerta, de acecho, es de gran efecto, y de mucho de Celestina de fondo; es un dibujo que deja fuerte impresión”<sup>281</sup>.

Junto a Picasso, ilustran los números de la revista Ricardo Baroja e Isidro Nonell. Y entre sus colaboradores, además de Unamuno, estaban Martínez Ruiz, Maeztu, Silverio Lanza, Rusiñol, Camilo Bargiela y Pedro Barrantes.

### Juventud:

Igualmente apuró la tendencia regeneracionista. Aparece el 1 de octubre de 1901, con el subtítulo de “Revista popular contemporánea”, 28 páginas al precio de 15 céntimos y anunciando que se publica tres veces al mes. El primer artículo se titula “Horizontes nuevos” y va firmado por Santiago Ramón y Cajal, en el que compara los modelos de educación latino y anglosajón, para afirmar que el segundo es más conveniente, porque avanza más.

Colaboraron en ella Baroja, Valle Inclán, Rafael Altamira, Ciro Bayo, Martínez Ruiz, Maeztu, Ricardo Baroja, Silverio Lanza, Unamuno, Joaquín Costa, Giner de los Ríos y otros intelectuales progresistas. Al fracasar la revista, Baroja pasó al diario *El Globo*, en el que apareció por entregas su novela *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox*. Esta obra proporcionó a Baroja la oportunidad de retratar la bohemia madrileña, con notas de sátira y cierto tono de caricatura y burla.

Dice de ella Gómez Aparicio que “alterna lo doctrinal y lo literario, y muestran las tendencias regeneracionistas en lo político y en los sociológico”.

---

<sup>281</sup> Seoane, María Cruz. *Historia del periodismo*, pág. 103.

Al principio apareció tres veces al mes y en su número cinco anunciaron que saldría los domingos. Luego sabemos que su frecuencia fue bastante irregular. Llegó a publicar un total de doce números, el último el 27 de marzo de 1902. En la Biblioteca Nacional de España se conserva sólo el primero.

### *Helios:*

También duró sólo un año, entre abril de 1903 y mayo de 1904. Mensual, estaba considerada como la mejor revista del Modernismo, con su director, Juan Ramón Jiménez, como su principal impulsor. De presentación cuidada y bien organizada, entre los editores-redactores, que firman la declaración de propósitos de su primer número y se presentaron como “paladines de nuestra muy amada Belleza, prontos a reñir cien batallas del verbo y del espíritu”, figuraban, además del poeta de Moguer, Pedro González Blanco, Ramón Pérez de Ayala, Alejandro Sawa, Candamo, Martínez Ruiz, Unamuno, Rubén Darío, Benavente, Carlos Navarro Lamarca y Gregorio Martínez Sierra. Éste pedía a sus colaboradores, según cuenta Cansinos: “Denos usted algo, algo suyo, íntimo, raro, de eso que no tiene cabida en las revistas al uso... Nosotros queremos dar precisamente en la nuestra, cosas impublicables”.

Para empezar decidieron cotizar cien pesetas mensuales por cabeza (cantidad considerable en aquella época) para pagar papel e imprenta. Evidentemente las colaboraciones eran desinteresadas, y las hacían habitualmente los hermanos Machado, Azorín, Rubén Darío, Benavente, Cansinos Sáenz o Alejandro Sawa. La revista publicó un total de 14 números de 128 páginas, ilustradas con grabados. Decía Martínez Sierra que *Helios* contribuiría a ganar la batalla a la Gente Vieja: “Convencerá a los señores viejos de que los modernistas no somos unos desequilibrados, que tenemos talento y sabemos escribir como los clásicos, sólo que decimos cosas nuevas”.

### *El Disloque:*

Semanario satírico ilustrado, subtítulo *Órgano de la desorganización social*. Se anunciaba en la misma esquina de la página que un número suelto costaba 10 céntimos. Y también aportaba un lema como declaración de principios: “Esto va a ser el disloque, ya lo verán ustedes”. El número 1 sale en Madrid, el 6 de junio de 1899. El 17 de octubre de 1899, encontramos la firma de Joaquín Dicenta que escribe “Oh, la moral” en la sección, “Las crónicas de El Disloque”. Así describe la situación española:

“En este periodo de reacción vergonzosa que atravesamos, mejor dicho que nos atraviesa de parte a parte como un hierro hecho ascua por mano de inquisidores; en este periodismo seleccionista, de todo progreso, que entrega la infancia a manos clericales para que nos devuelvan una generación de imbéciles o de tonsurados con el cerebro castrado para la fecundación de las ideas y la conciencia atornillada por el grillete del fanatismo; en esta época que autoriza la existencia de un señor Pidal en el ministerio de Fomento y da el visto bueno a un plan de enseñanza que parece reglamento de sacristía; cuando los congresos católicos se reúnen para abofetear, a ciencia y paciencia del Gobierno, la Constitución del Estado, y los obispos se dirigen a los poderes públicos como dictadores; y los poderes públicos responden a los obispos como siervos...”

#### La Revista Blanca:

Fue una de las principales revistas teóricas del movimiento libertario y anarquista español. Nace en Madrid tras la desaparición del periódico *El Progreso*, que dirigía Alejandro Lerroux, y de su campaña a favor de los presos encarcelados en Montjuich, en plena vigencia de las leyes represivas contra el anarquismo. Juan Montseny -*Federico Urales*-, quien tras ser encarcelado y desterrado, regresa clandestinamente de Londres a España, la funda junto a su mujer, Teresa Mañé -*Soledad Gustavo*- que será quien, como propietaria-directora, solicitará la autorización de edición ante la administración. En su estratagema para poder ser aceptada, incluyó a colaboradores del mencionado periódico: al propio Lerroux, Francisco Giner de los Ríos, Miguel de Unamuno, Joaquín Costa, Leopoldo Alas, Alejandro Sawa o José Nakens, entre otros.

“Sociología, ciencia y arte” era su subtítulo, y publicaba artículos teóricos y doctrinales y crónicas de estas materias. Y, además, textos sobre el anarquismo, el movimiento y activismo obrero y libertario, el internacionalismo y el librepensamiento, literatura, historia, feminismo y actualidad política. De periodicidad quincenal (aparecía los días 1 y 15 de cada mes) y con 36 páginas por número, edita suplementos con la intención de captar a un público menos intelectualizado. Tras su desaparición en diciembre de 1905, reaparecerá de nuevo en junio de 1923, editándose primero en Sardañola y posteriormente en la ciudad condal. En esta segunda época una de sus principales plumas será Federica Montseny (1905-1994), hija de los fundadores y directores de la publicación, que durante la II República se convertirá en la primera mujer ministra de Europa occidental.

*Electra*:

Apareció el 16 de marzo de 1901 como revista semanal. De vida brevísima, puesto que alcanzó hasta el 11 de mayo, apenas 9 números. La publicación salió aprovechando el éxito y el escándalo provocado por el estreno de la obra de teatro del mismo nombre de Benito Pérez Galdós. De hecho, en el primer número se publicó una carta del ‘maestro’ declarándose aprendiz, más que maestro, de los jóvenes. Los gestores de *Electra*, que acogió como veremos a la mayoría de los jóvenes del momento, viéndose con total claridad la mezcolanza de bohemios, modernistas, germinalistas y noventayochistas, son Valle Inclán, Maeztu, Villaespesa y Manuel Machado, que aparece como secretario de redacción.

En el número uno, se puede ver digitalizado en la Hemeroteca Municipal de Madrid, aparece la carta de Galdós y el primer artículo es de política, de la que se encarga Roberto Castrovido; el segundo, de crítica literaria, de Maeztu; el tercero titulado “Política experimental”, de Baroja. Además, hay una obra, boceto, de Benavente, una crónica de Luis Bello, un poema de Villaespesa, un artículo sobre el dandismo de Palomero y otro, curiosamente sobre jóvenes y viejos, de Cristóbal de Castro. Y otro más de Adolfo Luna, titulado “La semana”, que se haría habitual. También se publica un aviso que hoy podríamos considerar sorprendente, “El exceso de original ha hecho dejar fuera colaboraciones de Valle Inclán, y de Antonio Machado, entre otros”.

En el segundo número ya colaboran Valle Inclán, Silverio Lanza, Blasco, Gómez Carrillo, Baroja, de nuevo Castrovido sobre la política y Juan Ramón Jiménez. En el número 4 se publicó el artículo titulado, “Cristo en Madrid”, de Antonio Palomero. Y volverían las firmas de Ciges Aparicio, Roberto Castrovido, Cristóbal de Castro, Gómez Carrillo, Camilo Bargiela, Blasco Ibáñez o Isidoro Coloma Quevedo (*Angel Guerra*), Francisco Villaespesa, Rubén Darío, Salvador Rueda, José Nakens, Miguel Sawa, Enrique Paradas o Jacinto Benavente.

Precisamente en la efímera, combativa y anticlerical revista *Electra*, Azorín, Baroja y Maeztu publicaron el famoso “Manifiesto de los Tres”, que apuntaba ya al empeño azoriniano de formar, y denominar, una generación que se mostrase como colectivo literario, contrariamente al individualismo de Pío Baroja o de Miguel de Unamuno.

Sin embargo en *Electra*, tan característica del espíritu del 98, lo que se muestra es la tendencia modernista más estetizante, la más melancólica y la más alejada de las luchas políticas. Probablemente eso contribuyó a su corta vida y su escaso éxito. Incluso siendo revista eminentemente joven, en sus artículos apenas encontramos ataques a la Gente Vieja, tan habitual en otras publicaciones de esos años y en esas firmas.



Se podría hablar de “incontables títulos”, como dice Gómez Aparicio y certifican él mismo y expertos como Pilar Celma, Bleiberg o Seoane. Una abundancia de cabeceras que contribuyeron a conformar la Edad de Oro. En todas estas publicaciones dejaron su sello y su firma los periodistas bohemios que nos ocupan. Pero hubo muchas más, que aparecían y desaparecían y cuyos títulos conocemos a veces por testimonios memorialísticos: *La Caricatura*, *El Murciélago*, *La Publicidad*, *El Eco de la Fusión*, *El Resumen*, *El Fusil*, *La Campaña*, *Por Esos Mundos*, *El Escándalo*, *El Radical*, *La Protesta*, *El Intransigente*, *El Siglo Futuro*, *La Lectura*, *El Nuevo Mercurio*, *Revista Ibérica*, *La República de las Letras*, *Sophia*, *La Revista Moderna*, *Hojas Selectas*...

## 10.7 Libelos

Junto a esos títulos, abundantes libelos que aparecía de manera anónima sin que se sepa muy bien quien estaba detrás de ellos. En ocasiones eran literatos y periodistas que publicaban en otros sitios de manera profesional y dejaban para estos intentos sus soflamas más rebeldes, como podía ser el caso de *Los Hampones de la Literatura* y *Los Hampones de la Política*, dos libritos que circularon por redacciones y cenáculos. Que corrieron de boca en boca porque eran un listado de nombres propios, ya emergentes pero tratados sin ninguna conmiseración.

Fueron abundantes y de algunos no queda sino una vaga referencia, con títulos tan sugerentes como *Los Académicos en Camisa*.

Libelos escribía un conocido bohemio que precisamente renegaba de la bohemia, José Iribarne, que firmaba y se hacía conocer como Zaratustra. Solía asegurar, y Cansinos Assens lo recoge, que no estaba en los periódicos porque no quería depender de ellos. Así, con sus libelos y hojas volanderas él era su propio director. Lanzaba hojillas sueltas que bautizaba con nombres como *El Terrible Pérez*, o *Peláez Crítico*, o *Toribio Saca la Lengua*, títulos relacionados con la actualidad política y social. El los redactaba y también los ilustraba, porque además hacía caricaturas. Los libelos le daban para ir viviendo, era una figura muy reconocida y admirada, siempre rodeado de bohemios que lo adulaban. Se trata de uno de los principales personajes de la noche y los cafés de aquel Madrid brillante y absurdo.

Recuerda el académico Alonso Zamora Vicente<sup>282</sup> unas hojas chismosas, *El Escándalo*, que provocaron la persecución del propietario de un café instalado en la puerta trasera del teatro Apolo, el Café Cervantes, que incluso se vio obligado a cerrar el negocio. La causa fue que *El Escándalo* publicó que la leche que servía era la que había usado para bañarse una vieja aristócrata. Intervino la policía: Benavente, López Alarcón y Salvador María Granés fueron interrogados, mientras los autores del desaguizado pusieron tierra por medio.

“La chifladura del ministro, libelo inútil”, por don Luis Ruiz Contreras, y el precio una peseta, fue anunciado por ABC, el 9 de junio de 1900, en la página de libros recibidos.

Libelistas, bohemios, periodistas... eran grupo heterogéneo donde cabían casi todas las tendencias filosóficas, políticas y sociales. Aunque en realidad todas pasaban por una sola: la de los jóvenes intelectuales que se intentaban ganar la vida como periodistas o que encontraron en el periodismo la mejor manera de darse a conocer, por un lado, y expresar sus convicciones e inquietudes, por otro. Y ahí cabían todos, los impregnados de un claro carácter antiburgués, los militantes de un cierto cosmopolitismo y los críticos con los regeneracionistas.

Unos nombres que aspiraban a hacerse con una posición relevante en el panorama intelectual madrileño, y por tanto al reconocimiento. Los aspirantes a la gloria igual eran los que aparecían en los libelos que quienes los escribían, igual quien se alimentaba de media tostada regalada que los que empezaban a ser convocados en el Ateneo, igual los que vestían un elegante gabán que los que se envolvían en una raída capa para espantar el frío y esconder las miserias.

Todos conformaban una tupida e imprecisa red de autores, uno de cuyos extremos se apoyaba en revistas y periódicos y otro en los cafés y en la noche. Un grupo amplio que se reconoció, se trató, se envidió, se vapuleó y se apoyó. Algunos de ellos destacaron pronto y también rápidamente fueron olvidados, otros se convirtieron con el tiempo en nombres señeros de la literatura española. Los hubo que cayeron en el olvido con toda justicia y quienes no llegaron a nada a pesar de sus méritos. Pero podemos afirmar que todos los jóvenes inquietos a los que nos referimos escribieron en los papeles y contribuyeron a transformar el periodismo. Desde los libelos, desde los medios republicanos o desde los generalistas, desde las primeras revistas ilustradas o las hojas manuscritas: incorporaron lenguajes nuevos, ensayaron géneros diferentes, convirtieron en protagonistas a personajes hasta esos momentos ignorados. Seguramente ni fueron

---

<sup>282</sup> Zamora Vicente, A. “Nuevas precisiones sobre Luces de Bohemia”, su discurso de o en la academia.

conscientes, pero podemos asegurar que forman parte trascendental de la historia del periodismo español.



## 11.- GENERACIÓN OLVIDADA

---

Los cinco bohemios seleccionados en esta investigación representan a todos los demás, particularmente a los de la segunda generación: por sueños compartidos, por relevancia social, por caminos abiertos y por actitudes rebeldes e insumisas. Pero además de bohemios, fueron reconocidos periodistas. En esta antología podían estar otros nombres, como Julio Burell, Adolfo Luna, Ricardo Fuente, Miguel Sawa, Manuel Bueno, Rafael Delorme, José de Siles, Alberto Lozano... cada uno de ellos con méritos suficientes para ser considerados espejo de bohemios y de periodistas, pero añadirlos a todos haría el trabajo inabarcable. Alejandro Sawa, Joaquín Dicenta, Luis Bonafoux, Pedro Barrantes y Antonio Palomero son los que cuentan con mayor consenso como principales figuras del movimiento analizado.

Pedro Salinas usó la fórmula de Petersen<sup>283</sup> con el grupo del 98 y concluyó que se podía hablar de una generación en el caso de los jóvenes literatos que hoy son conocidos como la Generación del 98; el mismo método puede aplicarse a los protagonistas del presente trabajo.

Está estudiado que, a lo largo de la historia, cabe distinguir entre generaciones acumulativas y generaciones polémicas, según predomine en ellas lo recibido o lo aportado, la experiencia ajena o la incorporación propia.

---

<sup>283</sup> Julius Petersen, crítico alemán que desarrolló un listado de características comunes para, aplicándolas a un grupo de artistas, decidir si es posible o no ser considerados como una generación.

La aplicación clásica del concepto de generación a la ciencia literaria la realizó el alemán Julius Petersen. Para él, el término generación representaba, mejor que un “espíritu de la época” o un “estilo de la época”, la clave de los hechos innegables del cambio y del desarrollo, del progreso y el retroceso. En principio, cree el crítico que un siglo abarca la acción creadora de cinco generaciones; pero, por la “eficacia vital” de los individuos, se la ha identificado con el tercio de siglo. Independientemente de la consideración de tiempo y sobre todo de creatividad y aportaciones de los miembros de la hipotética generación, Petersen señaló ocho factores que, en caso de cumplirse, darían lugar a una generación y por tanto sería legítimo considerarla como tal. Evidentemente, cuantos más factores se cumplan, más cerca estaría un grupo en ser considerado generación. Como se ha dicho, son la herencia, la fecha de nacimiento, los elementos educativos, la comunidad personal, las experiencias de la generación, el guía -es decir, el ideal de hombre, el héroe, el mentor, el organizador- el lenguaje generacional y el anquilosamiento de la vieja generación.

En su trabajo bien reconocido, Pedro Salinas aplicó estos criterios a la literatura española de fin de siglo para concluir afirmando “Sin vacilación alguna, entre aquellos principios de siglo, los perfiles exactos de un nuevo complejo espiritual perfectamente unitario que irrumpía en la vida española: la generación del noventa y ocho”<sup>284</sup>.

Si se siguen las peripecias vitales, sociales y artísticas de los cinco autores seleccionados en este estudio, y de muchos otros que también podrían estar en le, se puede observar que reúnen coincidencias suficientes para considerarlos miembros principales de toda una generación maldita y olvidada de la cultura española. Concuerdan como veremos en su repaso biográfico con la herencia que todos recibieron, con la educación, con las experiencias vitales y con un cierto lenguaje propio, además de compartir edad y tener comunidad personal. Tal vez carezcan del mentor que los aglutine, pero de eso también carecían sus coetáneos del 98. Y les puede faltar a ambos, a bohemia y a 98, muestras más claras del anquilosamiento de sus mayores. Porque la generación anterior, la Gente Vieja, estaba bien viva y combativa.

---

<sup>284</sup> Salinas, Pedro. “El concepto de generación literaria aplicado a la del 98”, *Revista de Occidente*, nº 150, diciembre, 1935.

### 11.1 ALEJANDRO SAWA (1862-1909). El 'negro' de Rubén Darío



Alejandro Sawa Martínez está considerado el príncipe de los bohemios, su figura es imprescindible para entender el movimiento y a través de su biografía podemos seguir los pasos de lo que significó. Es el puente entre París y Madrid y quien vivió la bohemia francesa y representó la española. Su pensamiento, así como las propuestas estéticas y sociales que defendía, se pueden ver tanto en sus colaboraciones en los periódicos como en su obra literaria.

Se trata de la figura principal de esta corriente artística e ideológica, el protagonista de cada acción bohemia, el hermano principal de la cofradía, la figura más admirada, imitada y también compadecida en Madrid entre 1896, a su vuelta de París, y la fecha de su muerte, en 1909. Lo fue por méritos propios, pero el hecho de que Valle Inclán lo inmortalizara en *Luces de bohemia* bajo el nombre de Max Estrella, no hizo sino contribuir a asentarle como el inspirador de la bohemia española. Tras vivir en París y tratar a Verlaine, murió en Madrid, loco y ciego. Su cualidad de bohemio está suficientemente contrastada, no así su condición de periodista.

Desde su regreso a Madrid se dedicó casi exclusivamente a recorrer la ciudad, sus cafés y sus barrios, y a escribir en periódicos y revistas. *El Liberal*, *El Imparcial*, *ABC*, *Don Quijote*, *Helios*, *Alma Española*, *Renacimiento*, *Nuevo Mercurio*, fueron algunos de los medios donde estampó su firma.

Había nacido un sábado, el 15 de marzo de 1862, en Sevilla. Era el mayor de cinco hermanos y todos, Miguel, Manuel, Enrique, excepto la menor, Esperanza, se dedicaron a la bohemia, al periodismo y la literatura, casi por ese orden. Sus padres fueron Alejandro Sawa, natural de Carmona aunque de ascendencia griega, comerciante de ultramarinos y licores, y María Rosa Martínez, de Sevilla. Ahí paso parte de la infancia, vivió también en Málaga, donde aprendió francés, y en Granada donde, como indica Iris Zabala<sup>285</sup>, en el curso 1887-1888 obtuvo matrícula extraordinaria en la Facultad de Derecho. Tenía 15 años.

Su precoz dedicación al periodismo lo demuestra el hecho de que ya con esa edad fundó *Ecos de Juventud*, Revista Semanal de Literatura, Ciencias y Arte, donde figuraba como principal redactor y colaborador de los cuatro primeros, y únicos, números. Enseguida fundó otra publicación con su hermano Manuel, que titularon *El Siglo XIX*, titulada Revista Decenal de Ciencias, Literatura y Artes.

A los diecisiete años se trasladó a Madrid con la ilusión de abrirse camino en el campo del periodismo. Llegó con algunos contactos conseguidos desde Málaga pero en la capital, sorprendidos por su precocidad, le prestaron apoyo figuras del mundillo literario madrileño como Pedro Antonio de Alarcón, Campoamor y José Zorrilla.

Tuvo un trabajo en el ministerio de la Gobernación pero pronto empezó a dar sus primeros pasos periodísticos. Fue redactor de *El Globo*, con un sueldo de 29 duros mensuales -cuenta en una carta de la que se hace eco Iris Zavala-. Después fue redactor de *La Política* y *El Resumen*. Luis Bello escribiría a su muerte: “Los que no conocieron de él sino sus últimos artículos vieron solamente la muesa, la caricatura. Sawa era, a los veinte años, la osadía, el talento, la elocuencia. Sawa era el triunfo”<sup>286</sup>.

Viajó a París, Bruselas, Tirol y de nuevo París, donde conoció a la estudiante borgoña Jeanne Poirier. Poco tiempo después de conocerse empiezan a vivir juntos, luego se casaron y tuvieron una hija, Helena Rosa, nacida en 1892. Iris Zavala indaga los pasos y las fechas en su estudio

---

<sup>285</sup> Zavala, I. *El discurso de la bohemia* estudio premilitar, en *Crónicas bohemias Alejandro Sawa*, pág. XVI.

<sup>286</sup> Chavarría, E. Introducción, *Crónicas de la Bohemia*, pág. LVI, cita *El Mundo*, 3 de marzo de 1909, a la muerte de Sawa.



preliminar<sup>287</sup>, y concluye que los viajes y su estancia parisina debieron producirse entre 1890 y 1896, y que su regreso definitivo a Madrid debió ser en torno al desastre de 1898, puesto que el 1 de enero de 1899 estrenó en el teatro de la Comedia de Madrid, *Los reyes en el desierto*, una adaptación de Alphonse Dauder.

Se sabe que fue a Francia en 1889, año de la Exposición Universal de París, llevando consigo su aura de poeta romántico, mezcla de andaluz y árabe y perfil griego, que impresionaría a Verlaine. Entablan amistad, y es el tiempo de un Paul Verlaine decrepito, desengañado de la vida después de haber sido abandonado por Arthur Rimbaud, tiempo después de haberle pegado un tiro que le costó dos años de cárcel. Sawa introduciría en España la poesía de Verlaine, y se asignó la misión de propagar los ideales de Belleza, Justicia y Acción.

También conocemos que en París trabajó tres años en la casa Garnier, para su prestigioso diccionario, como otros muchos literatos españoles en aquellos años. Afirma Amelina Correa<sup>288</sup> que antes de terminar 1896, tras morir su amigo y maestro Verlaine, ya se encuentra en Barcelona con su mujer y su hija haciendo gestiones para conseguir trabajo en algún periódico de Málaga, con la intención de trasladarse a la ciudad de su infancia. Fracasó en todos sus intentos y al fin consiguió establecerse en Madrid con Jeanne y su hija gracias a la ayuda de su hermano Miguel, tras pasar mil tribulaciones económicas.

Retomó en Madrid sus antiguas amistades; algunas de ellas estaban experimentando grandes éxitos literarios, como Joaquín Dicenta, que acababa de estrenar su *Juan José*. También entabló algunas nuevas amistades que serían trascendentales en su vida, como la del aún joven Ramón del Valle Inclán.

Colaboró en diarios lleno de sensibilidad social y promovió la literatura renovadora frente al academicismo. Eran los años de más crudo enfrentamiento dialéctico entre la Gente Vieja y la Gente Nueva. Los consagrados, como José María Pereda o Leopoldo Alas (Clarín) y los nuevos, reunidos alrededor de la revista *Germinal*. Sawa fue de los más activos escribiendo artículos mordaces y retadores contra los mitos religiosos, históricos o culturales que defendían los conservadores.

Sawa tenía la puerta abierta en los principales periódicos y revistas como *El País*, *Heraldo de Madrid*, *El Liberal* o *El Globo*. Era todo un personaje admirado e imitado, y pobre, justo en los años que hemos elegido

---

<sup>287</sup> Ibid. pág. XXVII.

<sup>288</sup> Correa, Amelina. *Alejandro Sawa. Luces de bohemia*, Premio Antonio Domínguez Ortiz de biografías 2008.

para nuestro trabajo. En el número 9, de enero de 1904, *Alma Española*, publicó la ya mencionada autobiografía de Alejandro Sawa, con el título “Yo soy el otro”:

“He nacido en Sevilla, va ya para cuarenta años, y me he criado en Málaga. Mis primeros tiempos de vida madrileña fueron estupendos de vulgaridad -¿por qué no he de decirlo?- y de grandeza. Un día de invierno en que Pi y Margall me ungió con su diestra reverenda, concediéndome jerarquía intelectual, me quedé a dormir en el hueco de una escalera por no encontrar sitio menos agresivo en que cobijarme. Sé muchas cosas del país Miseria; pero creo que no habría de sentirme completamente extranjero viajando por las inmensidades estrelladas”.

A pesar de la febril actividad periodística que desarrolló, sus conocidos le habían puesto la etiqueta de vividor, incluso de vago, de sobrevivir sin hacer nada, tal vez por su talante indisciplinado y por no querer someterse a cánones. Pero su firma fue muy reclamada en la mayoría de los periódicos y revistas. Aunque es cierto que lo fue en los primeros años de su segunda etapa madrileña, que en los últimos de su vida estuvo bastante olvidado.

Lo que sí es verdad es que a partir de su regreso a España, su trabajo propiamente literario fue quedando aparcado en aras de su actividad periodística.

### 11.1.1 El auténtico bohemio

Sawa, casado y con una niña, continuó en Madrid llevando su vida bohemia de siempre, frecuentando las tertulias de Valle Inclán en el Café Madrid o las del Colonial con su variopinta concurrencia de gente de teatro y mujeres de reputación dudosa, o se reunía en el Universal con Antonio Machado.

Rubén Darío escribió de Alejandro Sawa: “Estaba impregnado de literatura. Hablaba en libro. Era gallardamente teatral”. Coincidieron en París y relata Darío en su Autobiografía<sup>289</sup> cómo y cuándo se conocieron:

“Apenas hablaba una que otra palabra de francés. Fui a buscar a Enrique Gómez Carrillo, que trabajaba entonces empleado en la casa del librero Garnier. Carrillo, muy contento de mi llegada, apenas pudo acompañarme, por sus ocupaciones; pero me presentó a un español que tenía el tipo de un gallardo mozo, al mismo tiempo que

---

<sup>289</sup> Darío, Rubén. *La vida de Darío escrita por él mismo*, pág. 45.

muy marcada semejanza de rostro con Alfonso Daudet. Llevaba en París la vida del país de Bohemia, y tenía por querida a una verdadera marquesa de España. Era escritor de gran talento y vivía siempre en su sueño. Como yo, usaba y abusaba de los alcoholes; y fue mi iniciador en las correrías nocturnas del Barrio Latino”.

Sawa defendía una bohemia esteticista, pero en los textos elegidos para analizar su aportación periodística puede verse su continua preocupación por los problemas sociales y la miseria de España, así como la situación de la juventud.

Sawa militó en la llamada auténtica bohemia, la Santa, la Heroica y cumplió con todos sus tópicos. No dudó en manifestar en todo momento su carácter antifilisteo, su crítica a la organización capitalista de la sociedad, en rendir culto a la belleza y logró singularizarse frente al mediocre panorama burgués. Lo hizo también desde una posición precaria e igualmente gastó estética desaliñada. Si bien aquí habría que recordar la incomodidad, y a veces indignación, que manifestaban los bohemios hacia los críticos que sólo se fijaban en la indumentaria y aseo. Seguramente por eso Ernesto Bark repetía: “El culto por el arte, el ideal y la libertad, no los harapos, son el sello augusto del bohemio de raza”<sup>290</sup>.

Podríamos considerar a Alejandro Sawa el bohemio por excelencia: creía firmemente en el ideal, estaba embriagado de azul, buscaba la belleza, era brillante, excesivo, y tenía una memoria prodigiosa. Parece que podía recitar artículos enteros... Un personaje singular, cosmopolita, extravagante y exagerado a la vez, el prototipo del bohemio impenitente.

Algunos autores, como Aznar Soler, sitúan en la muerte de Sawa el paso de la auténtica bohemia a la bohemia golfante y sin talento. Precisamente las dos formas que cohabitan en *Luces de bohemia*, personalizadas en Max Estrella y Latino de Híspalis.

Aquí encontramos la denuncia más talentosa y acertada para iluminar el olvido de los bohemios. Valle Inclán toma como referente la vida y la obra de Alejandro Sawa, que conocía bien, para construir su personaje, Max Estrella. En uno de los pasajes de la trama muestra el alejamiento existente entre los bohemios, la prensa, el público y los intelectuales. Cuando uno de los personajes, Dorío de Gádex<sup>291</sup>, invita a Max a que se presente a un sillón de la Academia, éste responde:

“No lo digas en burla, idiota. ¡Me sobran méritos! Pero esa prensa miserable me boicotea”.

---

<sup>290</sup> Bark, E. *La Santa Bohemia*, pág. 25.

<sup>291</sup> Personaje de *Luces de Bohemia* y de la vida real, el poeta Dorío de Gádex.

### 11.1.2 Sobre todo periodista

La obra periodística de Alejandro Sawa es muy abundante y tan importante como su militancia bohemía. Sabemos que colaboró en *El Imparcial*, *Los Lunes de El Imparcial*, *El Liberal*, *Renacimiento*, *Helios*, *Don Quijote*, *La Anarquía Literaria*, *El Mercurio*, *Helios*, *Alma Española*, *La Correspondencia*, *España*, además de revistas y periódicos de Hispanoamérica. Se ocupó de los asuntos más candentes de la actualidad política y social. En *El País* escribió sobre el caso Dreyfus el 6 de octubre de 1898; en *El Liberal* analizó, en enero de 1898, la guerra de ultramar; en *El Globo* hizo colaboraciones más literarias, pero también se interesó por la juventud y la situación de la mujer, en 1903.

Los asuntos de los que se ocupaba en sus escritos periodísticos eran sociales y culturales principalmente; sus fuentes, la observación directa o una noticia de los periódicos; su tono, desde la diatriba a la crítica, pasando por la ironía o el análisis. El progreso, la justicia social, los jóvenes y la España reaccionaria, eran sus constantes preocupaciones. Él se consideraba a sí mismo un sublevado, un insurgente. Sus textos iban, sobre todo los periodísticos, contra las instituciones, fustigaba a los políticos o denunciaba indignado la muerte de un mendigo.

Sus novelas son sórdidas y tremendas, como alguno de los artículos en los que denuncia la situación de las calles de Madrid, pero en todas se puede distinguir el culto a la belleza. Fue uno de los hilos de su obra y su pensamiento. Otro fue el anticlericalismo, como buena parte de los modernistas y regeneracionistas. En sus ficciones hay curas lujuriosos y crueles, incluso violadores y asesinos. Para él la superstición y el clero eran los enemigos del progreso y de la vida.

Sus biógrafos<sup>292</sup> distinguen tres etapas, una naturalista, que coincide con su llegada a Madrid desde Málaga, en la década de los ochenta, en la que es joven y apasionado. Luego la etapa de París, más simbolista, en donde conoce a Verlaine y Víctor Hugo y se empapa de cultura europea, los años 90 del siglo XIX. La última se inicia con su vuelta a Madrid y es la más triste y la más negra, dura desde 1896 hasta su muerte en 1909.

Afirma Allen Phillips que en este último periodo se dedica casi exclusivamente al periodismo<sup>293</sup>. Y el mismo Sawa reconoce su evolución:

“Hay que renovarse o morir, según el lema D’Annunziano (...) Ya ve usted, yo también he cambiado (...) En mi primera época hacía novelas

---

<sup>292</sup> Amelina Correa, Allen Phillips e Iris Zabala.

<sup>293</sup> Phillips, Allen W. *Sawa, mito o realidad*, pág. 236.

truculentas, de un realismo zolesco exagerado (...) cosas de que hoy me avergüenzo. Esas cosas esperpénticas de sátira social me valieron el destierro en París, condenado por delito de imprenta (...) Los jueces que me desterraron me hicieron un favor (...), porque fue en París donde verdaderamente nací al arte, apadrinado por Hugo, por Gautier, por Dumas y el divino Verlaine (...) Hoy debe usted leerme en *Alma Española* y en *Los Lunes*, donde me brindan colaboración”<sup>294</sup>.

Describe Cansinos que Alejandro Sawa vivía en una “casucha de vecindad del callejón de las Negras, se subía por una escalera derrengada y pina que desembocaba en un corredor con habitaciones numeradas”. Cuenta que su pobreza era tal que a veces no podía salir a la calle porque no tenía pantalones que ponerse y entonces pasaba el día en su casa envuelto en una sábana como un pretor romano. Su bohemia romántica, que impresionó y gustó tanto a Verlaine, se había transformando en una bohemia un poco trágica y a veces estrafalaria, incluida su afición a los perros, con los que se presentaba en los ágapes literarios.

En esa tercera etapa oscura y penosa Sawa llega a pedir ayuda a sus amigos. Escribió a Rubén Darío, que le propuso unas colaboraciones periodísticas para *La Nación*, de Buenos Aires pero con la firma del poeta. Es decir, ser su negro. Una propuesta cuando menos delicada, para un alma tan insobornable como Sawa.

Pero arruinado y necesitado, debe aceptar. Fueron ocho artículos. En una cabriola retórica, Sawa se coloca él mismo como personaje principal de sus artículos. Es decir, un tal Alejandro Sawa es el que cuenta a Darío lo que éste escribe. Pero la historia termina con tintes surrealistas porque Rubén Darío jamás le llegaría a abonar el importe de los artículos, aun conociendo el estado de extrema pobreza en el que vivía su “negro” sevillano.

El deterioro físico de Sawa se fue extendiendo. Había empezado por unas dolencias reumáticas y continuó con síntomas múltiples que hicieron su situación verdaderamente delicada. En 1906 pierde la visión y la dorada bohemia de París y la literaria de Madrid se convirtieron en la bohemia de harapos que algunos le vaticinaban. Ciego, dictaba a Jeanne sus últimos textos, una suerte de diario íntimo en el que mezclaba pasados artículos a los que hacía una versión nueva con reflexiones y relatos. Su ilusión era verlos publicados, por conseguir algún ingreso para su mujer y su hija y porque considera que era lo más auténtico que había escrito nunca.

---

<sup>294</sup> Lo cuenta Cansinos Assens, “Alejandro Sawa, el gran bohemio”, en el tomo I de *La novela de un literato*, pág. 85. Se trata del primer encuentro entre el bohemio y el joven literato, a principios de 1904.

Murió el 3 de marzo de 1909, sumido en la desesperación de la poetambre, con 47 años. En su casa de la calle Conde Duque, loco, ciego y furioso, como dijo Valle Inclán por carta a Rubén Darío. Fue enterrado al día siguiente, a las tres de la tarde, en el cementerio del Este.

Valle Inclán escribió rápidamente a Rubén Darío una carta emocionada:

“Querido Darío: vengo a verle después de haber estado en casa de nuestro pobre Alejandro Sawa. He llorado delante del muerto, por él, por mí y por todos los pobres poetas. Yo no puedo hacer nada, usted tampoco, pero si nos juntamos unos cuantos, algo podríamos hacer. Alejandro deja un libro inédito. Lo mejor que ha escrito. Un diario de esperanza y tribulaciones. El fracaso de todos sus intentos por publicarlo y una carta donde le retiraban una colaboración de setenta pesetas que tenía en *El Liberal* le volvieron loco en los últimos días. Una locura desesperada. Quería matarse. Tuvo el final de un rey de tragedia: loco, ciego y furioso”<sup>295</sup>.

Y Darío, tras pedírselo Valle Inclán y también la viuda, escribió un prólogo a ese libro inédito, *Iluminaciones en la sombra*, en el que habla de su relación con Sawa, recuerda cuando se conocieron, en París, presentados por Gómez Carrillo, lo describe y canta a su figura, su porte y su arte.

Murió Sawa loco y solo, apenas acompañado por Juana y su hija Elena. Toda su vida encarnó como nadie el arquetipo de bohemio, al mismo tiempo altivo y miserable. Rubén Darío recuerda en ese prólogo algo de su leyenda, de su significado y de su lucha:

“Ya tenía Sawa historia literaria y leyenda. Había publicado *Noche*, *Crimen legal* y *Declaración de un vencido*, obras que demostraban talento, fuerza, temperamento de artista. Entre lo legendario circulaba algo inventado por Luis Bonafoux: que había hecho un viaje a París con el único objeto de conocer a Víctor Hugo; que el anciano emperador de la poesía le había dado un beso en la frente, y que desde entonces Sawa no había vuelto a lavarse la cara (...) El buen Sawa tomó la cosa en serio, protestó. Luego confesó que ello había sido una de sus amargas bromas amistosas. Lo cierto es que él siempre vivió en leyenda, y que, siendo, como fue, de una gran integridad y sinceridad intelectuales, pasó su existencia golpeado y hasta apuñalado por lo real en la perpetua ilusión de sí mismo”<sup>296</sup>.

La descripción física e intelectual que hace Rubén Darío en ese prólogo nos permite ver al hombre y al bohemio, pero también muestran a la bohemia y el ambiente donde se desarrolló:

---

<sup>295</sup> Cano, José Luis. *Historia y poesía*, pág. 87.

<sup>296</sup> Darío, Rubén. *Prólogo Iluminaciones en la sombra*.

“Yo le he visto en mil instantes. Hombre jovial, compañero risueño, de una voz ya ruidosa... sutil narrador de anécdotas, noctámbulo, revelador de felicidades paradójicas y descubridor de fatamorganas. Ceremonioso y escénico, al punto de que su simple entrada en un café era un espectáculo. Amigo de hacer visible y retórica su superioridad mental, con actitudes y con tropos. Galante con sus pares, cruel en frases acres con obtusos patrones y empingorotadas medianías. Dandy agriado por los vinagres emponzoñados de la pobreza, se complacía en vengar con los alfileres de su ingenio las injusticias de los malos dirigentes. CiranESCO, quijotesco, d'aurevillyESCO, todo en una pieza, llevó siempre, eso sí, aun en las mayores angustias y caídas, levantado e incólume, su penacho de artista. Intransigente, prefirió muchas veces la miseria a macular su pureza estética. Su pureza no era blanca, era azul.

Dicen que era perezoso (...) Yo soy testigo de que esa afirmación no es muy exacta. En horas de apuros y de escasez, cuando en los periódicos de Madrid no encontraban colocación sus trabajos sino muy de tarde en tarde y por las pavorosas tarifas de que se habla, Sawa tenía que escribir artículos para un lejano país de América. Cierto es también que sus arranques verbales contra las empresas madrileñas no eran lo más a propósito para que se le llamase con los brazos abiertos. Satirizaba ásperamente y no economizaba saña y ridículo contra conspicuos mecenizantes. Es indudable que no tenía un concepto claro de lo práctico... Se sentía con indiscutible derecho a consideraciones y prebendas que veía impartir a quienes consideraba como inferiores y mediocres”.

Esto nos da idea de la relación de Sawa con el periodismo, se buscaron, pero no siempre se encontraron a pesar de tantas colaboraciones como hizo. Su sátira, su lenguaje, su pureza le dieron poco dinero pero aportó una manera de hacer, un orgullo, una búsqueda de la verdad y de la belleza y un empeño por desenmascarar la injusticia.

Rubén Darío se sintió obligado, por la amistad vieja o por las deudas contraídas o los remordimientos, a escribir el prólogo y a sufragar parte de la publicación del libro. Costaba 1000 pesetas y entre los amigos solo lograron reunir 600, de modo que la viuda pidió a Rubén Darío las 400 que faltaban.

De hecho las deudas habían deteriorado la relación entre los dos. El pago de los artículos de Sawa que Darío publicó con su nombre en *La Nación* de Buenos Aires, en 1905, se los reclamó por carta de 14 de julio de 1908:

“¿Me impulsas a la violencia? Pues sea. Yo no soy ya el amigo herido por la desgracia que pide ayuda al que considera como un

gran amigo suyo: soy el acreedor que presenta la cuenta de su trabajo.

Desde el mes de abril hasta el mes de agosto de 1905, yo he escrito por encargo tuyo hasta ocho cartas (de las cuales conservo en mi poder seis) que han aparecido con tu firma en el periódico de Buenos Aires *La Nación*, en las fechas y los títulos siguientes. No me has pagado por esos trabajos, como recordarás, sino setenta y cinco pesetas en dos veces”<sup>297</sup>.

Un delicado asunto en el que le reclamaba lo que era suyo. Calculaba que cada artículo valía 100 pesetas, así que le debía 525 y le amenazaba con llevar el asunto a los tribunales.

Pío Baroja tuvo una extraña relación con Alejandro Sawa, entre la admiración y el desprecio, entre la piedad y el desencuentro. Cuenta en sus memorias, desolado, cómo se encontró una tarde de verano con Sawa y Cornuty en el paseo de Recoletos. Lo llevaron a una taberna de la Plaza de Herradores, allí ellos bebieron unas copas y pagó Baroja. Entonces Sawa le pidió tres pesetas. Como Baroja le dijera que no las tenía, le preguntó si vivía cerca. Al decirle que sí, “pues vaya usted a su casa y tráigamelas”.

Baroja fue a casa y al volver al bar, Sawa cogió las tres pesetas y le dijo: “Puede usted marcharse”. Era la manera que tenía Sawa de tratar a los pequeños burgueses y los admiradores. Como es de suponer a Baroja no le hizo ninguna gracia. Precisamente el novelista vasco pone a Sawa, en 1911, como personaje en *El árbol de la ciencia*. Narra la muerte de un escritor loco y ciego, “Rafael Villasús: un hombre demacrado, famélico, sentado en un camastro, cantaba y recitaba versos, y se había pasado antes de morir tres días y tres noches vociferando y desafiando”.

De Sawa escribieron muchos de sus contemporáneos, unos desde la crítica, otros desde la admiración. Luis Paris lo hace en *Gente Nueva*<sup>298</sup>:

“En los círculos literarios y en las redacciones de los periódicos figuraba un joven de cabeza artística, melena romántica y barba árabe, juicio rapidísimo, y tan genial en todo cuanto formaba su indumentaria, que constituía un tipo verdaderamente original. (...) Con el romanticismo metido hasta los tuétanos y voluntario denodado de las huestes de la bohemia lúgubre, la bohemia báquica, de la bohemia pobre y de la bohemia dorada, es decir de todas las bohemias que pudo soñar Murger... Ampulosidad en la expresión, exuberancia en la hipérbole, ductilidad en el carácter, fantasía inagotable, amor entrañable a la oratoria y fe inmensa en el poderío de la forma”.

---

<sup>297</sup> Publicada por Iris Zabala en su estudio preliminar.

<sup>298</sup> Ibid. pág. 103.



Un apropiado retrato de Sawa en particular y de los bohemios en general.

Ciego e indigente desde 1906, sólo aspiraba a ganar unas pesetas para mantener a su mujer y a su hija. La fama de la década del ochenta y noventa estaba ya olvidada y, ya entrado el siglo XX, la bohemia empezaba a ser casi un anacronismo. Aunque quedara mucho por decir: la creación por parte de Bark del Cenáculo Bohemio y sobre todo *Luces de bohemia*.

El libro que Sawa quería publicar en vida, *Iluminaciones en la sombra*, está compuesto, como dice Iris Zabala<sup>299</sup>, de impresiones, recuerdos, iconografías o museos interiores, de amigos parisinos, de políticos, de divagaciones sentimentales y de paisajes. Deja en sus *Iluminaciones* su propia autobiografía. Un diario donde conviven pasiones y nostalgias.

Leer hoy las crónicas que escribió<sup>300</sup> es entender su fuerza y su constancia. Dice Emilio Chavarría<sup>301</sup> que “concebía la crónica periodística como la historia cotidiana de los acontecimientos, y al cronista como su historiador”. Descubrir esos textos es alejarse del tópico, de la leyenda del príncipe de la bohemia que acabó loco y furioso y fue modelo de bohemios. El primer tópico desmontado es la producción periodística: Colaboró en la mayoría de las publicaciones de su época y junto a su producción literaria, que no pasó a los anales de los libros de texto ni de la fama, dejó una ingente producción periodística que sí aportó a la historia del periodismo. Quedo ciego en 1906 pero hasta ese año no dejó de escribir en los periódicos. De hecho hay crónicas fechadas en 1908.

---

<sup>299</sup> Ibid. pág. XLII.

<sup>300</sup> Casi dos centenares de textos periodísticos incluidos en *Crónicas de la bohemia*, publicados por la editorial Veintisieteletas en 2008.

<sup>301</sup> Chavarría, E. “Una mirada crítica: las crónicas periodísticas de Alejandro Sawa”, en *Crónicas de la bohemia*, pág. LIII.

## **11.2 LUIS BONAFOUX (1855-1918), la pluma mojada en bilis**



Luis Bonafoux Quintero probablemente fue el periodista español más brillante, admirado, seguido, odiado y temido de los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX. Famosísimo en su tiempo, implacable azote de gobernantes y sagaz cronista de la vida social y política española, está hoy completamente olvidado. Sin embargo su currículum es espectacular. Fundó y dirigió periódicos, fue el primer corresponsal en París de un periódico madrileño, *El Heraldo*, fue el primero que habló en España del caso Dreyfus y de Zola, el único que se atrevió a enfrentarse a Clarín, y estuvo perseguido por sus escritos en Puerto Rico, Cuba, España, Francia y Londres. Paseó las calles de medio mundo, Puerto Rico, La Habana, París, Madrid, Salamanca, Argelia, Roma, Marruecos, Berlín, Venecia, Reinos, Londres, y escribió lo que vio y cómo lo vio en miles de crónicas. Escribe José Luis Cano<sup>302</sup> que “sus crónicas provocaban escándalo y frío, amenazas y duelos a pistola”.

---

<sup>302</sup> Cano, J. L. Prólogo a *La España de Bonafoux*.

De él escribió Luis Paris<sup>303</sup>: “Un tipo muy original en todo cuanto constituye su fisonomía humana y literaria, es mordaz con los enemigos y cruel hasta desgarrar sus carnes”. Y también:

“En la vida de Bonafoux hay gran parte de bohemia, dorada unas veces, gris otras, pero mantenida siempre por una sonrisa y unos rasgos muy típicos. (...) Su polémica con Clarín ha mantenido durante mucho tiempo la atención constante de los círculos literarios. (...) Escribe con fluidez y distinción, con una espontaneidad admirable”.

Y recoge la frase que oyó en un círculo de literatos: “Aunque Bonafoux no tuviera otros méritos, bastaría haber sido el protestante del pontificado de Clarín”.

Nació en Burdeos el 19 de junio de 1855. Hijo de un francés comerciante de vinos y una venezolana que finalmente fijaron su residencia en Puerto Rico, donde el futuro cronista estudió el bachillerato. Con quince años, hablando francés e inglés a la perfección, su padre le embarcó para España con la intención de que cursara en Madrid la carrera de Medicina. Sin embargo ingresa en una vida de picaresca estudiantil, sobreviviendo, jugando, pasando frío, viviendo la noche. Y decidió estudiar Leyes.

Entre sus constantes viajes y su personalidad cambiante, pintoresca, heterodoxa y solitaria no es fácil reconstruir su peripecia vital. Afirma su biógrafo José Fernando Dicenta que se le conoce mejor situándolo “frente a los acontecimientos más importantes de su tiempo, de los que fue lúcido testigo cuando no protagonista”<sup>304</sup>. Efectivamente conoció, investigó y mostró los hechos más importantes de una época apasionante, el cruce del siglo XIX al XX. Su pluma afilada, culta y deslenguada, se ocupó igual de presidentes de gobierno que de literatos, de generales que de independentistas; analizó el papel de los dirigentes en el desastre del 98 que supuso la pérdida de las últimas colonias españolas y la guerra con los Estados Unidos. Muestra de su importancia fue la agria polémica que mantuvo con Clarín, a quien nadie osaba contradecir, o el hecho de que él fuera quien recomendó a Azorín para que ingresara como periodistas en el diario republicano *El País*, o su trato con Emilio Zola o su amistad con el anarquista Enrique Malatesta.

En el número 26 de *Los Contemporáneos*, de 1909, la colección de libritos que emuló a la novela corta, escribe Bonafoux sobre sí mismo, *De mi vida y milagros* titula el relato. Cuenta ahí que de niño se pasaba las tardes subido a la copa de un árbol diciéndose, “cuando querrá Dios que pase algo en ese pueblo”. Y especula con que fue probablemente esa

---

<sup>303</sup> Ibid. pág. 76.

<sup>304</sup> Dicenta, J. F. *La víbora de Asnieres (Luis Bonafoux)*, pág. 16.

necesidad, o curiosidad vital, la que lo movió a recorrer mundo. De manera que según esa tesis del árbol, cuenta que no fue a Europa a aprender nada, como pretendía su padre, fue por cambiar de postura.

Según su propio relato conocemos que tenía familia influyente en Puerto Rico pero que fue un niño travieso y con mala fama. Recuerda que en su primer domicilio en Madrid, calle Cádiz, nº 4 piso 4º, donde pagaba diez reales diarios, descolgaba las maletas por la ventana del hospedaje para huir sin pagar. Era época de penurias por casas de huéspedes baratas en el Madrid de los años setenta del siglo XIX. Fue amigo de bohemios y él mismo llevó, según cuenta, vida de bohemio en pensiones y en casas de juegos. Cita una en el entresuelo del Café Imperial, en la calle del Príncipe, donde perdía en la ruleta lo que le mandaba su padre. Así que, escribe en su texto de *Los Contemporáneos*: “Sin dinero ni cosa que lo valiese, tuve que consagrarme al mico. En menos de un año recorrí ocho casas de huéspedes, en casi todas di micos horribles. ¡Hasta descolgué de un principal de la calle de Veneras, a las dos de la madrugada, mis baúles y los de un compañero, que los esperaba en la calle!”. Eso era hacer el mico.

Con ironía afirma que: “Mi reputación de íntegro data de los tiempos de mi mayor edad. De chico yo no pagaba ni a Jesucristo”. Y añade que “La galbana, la atrofiadora galbana madrileña, se había apoderado de mí, produciéndome la enfermedad de no hacer absolutamente nada, pasando la vida en buscar la manera de matar la mañana, matar la tarde y de matar la noche”. Escribe en el breve relato autobiográfico: “Mi más allegado compañero de bohemia madrileña fue el artista Pepe Cuchy, hemos vivido compartiendo mutuas pobreza muchos años, con una silla y un caballete por todo mobiliario de comedor. Hemos sido muy felices”.

Con su amigo dibujante fue a París, a participar en una revolución contra el general venezolano Guzmán Blanco, donde “redacté una feroz proclama revolucionaria”, y luego a Londres. La policía inglesa, avisada, detuvo y expulsó a “aquellos conspiradores de pacotilla”<sup>305</sup>. Vestía Bonafoux trajes estrambóticos, de colores, con capacete de Indias y flotante gasa de seda, por lo que los madrileños lo miraban y le seguían como a un bicho raro. Le pasó en Salamanca, a donde fue para intentar terminar los estudios, y también escandalizó al vecindario. Y el episodio se lo contó Unamuno a Martínez Ruiz, que lo escribió en la revista *Vida Nueva*.

El mismo Bonafoux cuenta la aventura, puntualizándola, en *De mi vida y milagros*: “Paseaba con elegante y poco habitual traje *kaki* y en la salmantina calle la Rúa unas jóvenes le dijeron desde un balcón, “vaya pantalones que lleva, si parecen sacos de patatas”. A lo que Bonafoux contestó “¿No les gusta? ¿Quieren que me los quite?” Y como el que calla

---

<sup>305</sup> Bonafoux, Luis. *De mi vida y milagros*, pág. 14.

otorga, se los quitó. Se bajó los pantalones en la calle más concurrida de la ciudad. “Hubo gritos atroces, exclamaciones indignadas, protestó un comerciante, gruñó un perro y hasta un cura quiso morderme”. Pero asegura que nadie desde entonces volvió a tomarle el pelo con lo de la ropa.

Un camarada lo invitó a entrar en la juventud católica, pero “le dije, joven soy pero católico, no”. Publicó sus primeros artículos en *El Eco del Tormes*, fundó el Ateneo Federal y atacó en *El Solfeo* al gobernador porque se metió con el Ateneo. Era *El Solfeo* una revista satírica donde curiosamente se dio a conocer Leopoldo Alas, *Clarín*, más tarde su enemigo irreconciliable. Los artículos del asturiano eran sanguinarios, feroces, procuraba no dejar títere con cabeza en el mundillo literario, lo que produjo desconcierto, temor e indignación en los literatos, acostumbrados a una crítica transigente y bonachona. Como veremos, sólo Bonafoux le hizo frente. Bueno, antes que él otro autor, Francisco Navarro Ledesma lo esperó a la entrada del Ateneo un día que Alas llegó desde Oviedo, y se lío a bastonazos con él, dejándole maltrecho.

En Salamanca Bonafoux vivió en el convento de las Calatravas, donde alquiló una celda amueblada y consiguió calificación de notable en los exámenes de junio de 1878, para licenciarse más tarde en Derecho por la Universidad Central de Madrid.

Volvió a Puerto Rico y siguió escribiendo para periódicos españoles. Los artículos de *El Solfeo* le abrieron más puertas a la colaboración, como las de *La Unión* y *El Mundo Moderno*. Precisamente una historia publicada en el primero y titulada “El Carnaval de las Antillas”, le trajo serios problemas. En la isla le consideran un enemigo de la patria y quisieron lapidarlo. Tuvo que salir escoltado por el ejército, en barco rumbo a Inglaterra.

### 11.2.1 Entre crónicas, multas y duelos

Empezó así su segunda etapa madrileña, donde volvió a pasar dificultades y necesidades. Un discurso en el Circulo Nacional de la Juventud, en el que se declaró cosmopolita y consideró estúpidos los sentimientos patrióticos causó estupor. Fue su carta de presentación en la intelectualidad de la capital. Reconoce que su conferencia en el Circulo “influyó mucho en dar a conocer mi nombre y los de otros escritores incipientes”. Allí conoce y se hace amigo de Alejandro Sawa. Para Bonafoux empiezan a ser habituales los lances de honor, las persecuciones y las amenazas.

Cuenta José Fernando Dicenta<sup>306</sup> que el primer duelo lo tuvo en *El Paréntesis*. Era este un semanario propiedad de un rico que quería ser diputado y puso a Bonafoux como redactor jefe de la publicación. Por su parte Bonafoux afirma que “el primer periódico de Madrid donde escribí con libertad relativa fue *El Paréntesis*, fundado por un señor gordo que quería ser diputado y preparaba un arroz a la valenciana mientras Cuchy y yo preparábamos el número”. Era todo el sueldo que recibía, las succulentas paellas que el mismo propietario cocinaba en una suerte de picadero que servía igual como tal que como redacción u oficina. Allí organizaba grotescos banquetes “con ninfas cogidas al vuelo de la calle”. Un grupo de querellantes lo busca por un artículo encargado por tan particular empresario y lo reta a duelo, con lo que debe practicar con un “enorme pistolón por la Castellana”. Pide cuentas el periodista al propietario y la peripecia de la publicación acaba en el juzgado de guardia y en el cierre de la revista.

Entonces en la prensa española no era fácil no ser partidista, como pretendía el polémico periodista bohemio. O se era de derechas o de izquierda, monárquico o republicano, católico o anticlerical. Y en función de la ubicación, tanto geográfica como ideológica, los periodistas se dedicaban a dar o palos o bombos, dependiendo de a quien se dedicaran los escritos, a enemigos o a amigos. Bonafoux escribía con dureza y sin compromiso. Se decía que mojaba la pluma en bilis, y así tituló precisamente uno de sus libros, por eso en las tertulias de Madrid se referían a él como “la víbora de Asnieres”.

Bonafoux fue periodista de raza. Fundó periódicos como *El Español* y *El Intransigente*, editados en Madrid, de los que no hay noticia en las hemerotecas, y *La Campaña* y *El Heraldo de París*, de los que solo hay un número en la Hemeroteca Municipal de Madrid. Antes de ser corresponsal en París, fue redactor jefe de *El Globo* y *El Resumen*, y escribió en la mayoría de las publicaciones de la época, *El Liberal*, *Alma Española*, y los satíricos, *El Solfeo*, *Gil Blas* y *El Satiricón* (1903) o *La Discusión*. Fue un polemista incansable. Escribió sobre sus compañeros bohemios y pasa por ser el mejor cronista de la época. Su cultura, su pluma y su genio provocaban admiración y le hacían temible.

En *El Español*, en Madrid, permaneció entre 1882 y 1887, con polémicas y conflictos por sus críticas deslenguadas a uno y otro lado del Atlántico. Dice del semanario: “Fundado por un pariente mío, y bien trabajado. Fue un gran semanario hasta por sus dimensiones, que eran las de la época”. Habla del tiempo en que vivía en el hotel de las Cuatro Estaciones, el mismo donde se hospedaba Menéndez Pelayo, de quien

---

<sup>306</sup> Ibid. pág. 49.

cuenta que no paraba de leer: “Se olvidó de sí mismo en una vespasiana, por lo que se formó cola de ciudadanos que no eran sabios pero que tenían ganas de hacer aguas menores”. Relata que leía en todas partes y se olvidaba de cuando se le gastaban las botas, “El bondadoso Durio, el dueño del hotel, por encargo de los padres del erudito, mandaba recoger las botas rotas y poner en su lugar unas nuevas que Menéndez Pelayo al día siguiente se calzaba sin enterarse”.

Mientras observaba a Menéndez Pelayo y dirigía *El Español* no dejó de moverse ni de escribir y podemos leer textos suyos sobre Jerez de la Frontera, o Gibraltar, o Manila o Cuba o la toma de las Islas Carolinas por parte de Alemania o la muerte del Rey Alfonso XII. En todos los casos con un humor ácido, intencionado y atrevido, que le valieron represalias judiciales, a veces físicas y desde luego económicas. Le dio tiempo también a ingresar en el sanatorio vizcaíno de Urberuaga, en 1885, por un grave proceso pulmonar.

Él era el alma de *El Español*, firmando con su nombre o con los de *Aramis* o *Luis de Madrid*, pero no logró salvarlo. Tras este fundó *El Intransigente*, que murió pronto. Quedó en una dramática situación económica e hizo un peregrinaje por las redacciones hasta que le abrió las puertas *El Resumen*, “una casa en la que el hambre era general”. Se encontró una noche, al salir de la redacción, con un amigo indiano que lo invitó a comer. Pero como ya tenía un compromiso, le propuso mandarle a otro amigo y compañero del periódico, si le permitía la sustitución. Le llevó a Celedonio Arpe, que hacía mucho que no comía y que se enfermó por falta de costumbre.

Eran tiempos de grandes dificultades, de auténtica hambre. En las páginas de *El Resumen*, publicó una carta abierta al entonces Presidente del Consejo de Ministros, Cánovas del Castillo. En ella declaraba solemnemente que le revientan los conservadores en general y Cánovas en particular; pero que necesitando un destino y siendo don Antonio el único que puede concederlos, a él se dirige. Termina la epístola advirtiéndole al Presidente que “aunque le nombre alguna cosa, continuará deseando que el señor Cánovas y sus ministros sean colgados cuanto antes de los árboles de la Plaza de Oriente”.

A Cánovas debió hacerle gracia porque, contra todo pronóstico, concede al señor Bonafoux lo que le pide. Puesto que es abogado, puede prestar sus servicios en la Oficina General de Aduanas de la Isla de Cuba.

Lo cuenta también en su autobiografía de *Los Contemporáneos*. Sus penurias le llevaron a aceptar el empleo en Las Antillas. Pero en Barcelona perdió el barco que le llevaría a América y hubo de esperar mejor ocasión. En situación tan penosa le llegó una oferta inesperada: “Me nombraron

director de minas (¡atiza!) en la provincia de Santander, a propuesta de un tío mío que había tomado parte en la fundación de la compañía...”. Se trataba de las minas de cobre de Soto, cerca de Reinosa. Así que allí se trasladó.

El 25 de noviembre de 1888 el periódico local *El Ebro* le daba la bienvenida así: “A principios de semana tuvimos el gusto de estrechar la mano de nuestro querido amigo y compañero en la prensa, el conocido literato D. Luis Bonafoux”, para añadir que llegaba para pasar una buena temporada.

Un año más tarde, Bonafoux se casó en Soto de Campoo con la joven Ricarda Encarnación Valenciaga y Gordejuela, natural de la provincia de Valladolid. Él tenía 34 años y ella, de 20, trabajaba en la fonda que su padre, el emprendedor vizcaíno Vicente Valenciaga, tenía abierta en el pueblo minero de Soto.

No duró mucho el Bonafoux cosmopolita en aquella vida monótona. Volvió a Puerto Rico y allí nació, el 21 de mayo de 1890, su primer hijo, Luis Tulio. El escritor cántabro y amigo de aquella época, José del Río Sainz, lo describió así: “Sentía la obsesión de las cumbres, y allí donde se elevaban, allí iba a herirlas: reyes, príncipes, prestigios de las letras, de la política o de las artes, todo lo que sobresalía tenía en él un implacable censor”<sup>307</sup>.

Años después, en 1927, en el transcurso de un banquete celebrado en Reinosa, su amigo José Del Río Sainz propuso que en la fachada del hotel Valenciaga se colocara una placa conmemorativa del paso de Bonafoux por Campoo. Luis Tulio Bonafoux escribió desde Londres rogándole que no llevara a cabo la propuesta, “porque mi padre ridiculizó siempre las lápidas conmemorativas, las estatuas y las condecoraciones”.

En esos años finales de los ochenta ya era famoso como cronista, ya había empezado su encarnizado pulso con Clarín, llegando a asegurar que *La Regenta* era un mal plagio de *Madame Bovary*, lo que les llevó no sólo a posicionarse con acritud sino hasta el juzgado. Y dividió a los círculos literarios entre *Clarinistas* y *Armistas*, una polémica y una división que era fácilmente trasladable al pulso generacional existente en la España del fin de siglo, entre Gente Vieja y Gente Nueva.

Bonafoux le llegó a decir al autor de *La Regenta* que para lograr su semejanza con Fígaro, debía suicidarse. Del largo y accidentado

---

<sup>307</sup> Río Sainz, José del (1884-1964) marino y periodista, firmaba con el seudónimo Pick. Sus escritos están recopilados y editados por la consejería de cultura de Cantabria.



enfrentamiento dijo Luis Paris: “Ambos tenían la misma mala intención, pero Bonafoux era más rápido, más ágil y tenía más gracia que Clarín”<sup>308</sup>.

Las polémicas y descalificaciones entre viejos y nuevos, consagrados y aspirantes, realistas y modernistas, burgueses y bohemios estaban a la orden del día. Se producían en los cafés, en las redacciones y en las tertulias. En las de Fornos discutían de naturalismo, sobre nuevos libros, sobre teatro. Una noche estaban presentes un grupo de amigos, Joaquín Dicenta, Bonafoux, Antonio Palomero, Luis Paris y Catarineu<sup>309</sup> y charlaban a propósito de una novela recién publicada de Emilia Pardo Bazán, en la que se describía un parto. Dicenta y Palomero aseguraban que aquel parto era tan falso que cuantas mujeres lo leían se echaban a reír o se indignaban. Y dijo Bonafoux: “¡Pues si ni de eso es capaz!” Y aprovecha Gómez Carrillo para describirlo: “El terrible Bonafoux, vibrante, parlero, endiablado, atrabiliario, divertido, bilioso y muy simpático, en suma, a pesar de los esfuerzos que hacía por no serlo, o al menos por no parecerlo”<sup>310</sup>.

Afirma Bonafoux en *De mi vida y milagros* que él a Clarín no le profesaba odio, que su polémica era, al menos para él<sup>311</sup>, un deporte.

“Me habían dicho que Clarín no me podía ver ni en pintura y que ponía su veto a la publicación de mis artículos, así que creí oportuno mortificar un poco a Clarín, me tenía asqueado el espectáculo de general sumisión a su persona, de los que le besaban los faldones, pero no había periódico que se atreviera a insertar algo serio contra él. Al final tuve el privilegio de publicar un par de artículos, los cuales tuvieron el privilegio de sacarle de sus casillas”.

En noviembre de 1897, cuando ya Bonafoux era corresponsal de *El Progreso* en París, el director del periódico, Alejandro Lerroux, organizó en Madrid un banquete en homenaje a Clarín. Cuenta José Joaquín Dicenta<sup>312</sup> que Bonafoux, en una de sus piruetas, se suma al homenaje y “gira el importe de su tarjeta de comensal, aunque advierte que sigue pensando lo mismo y encarga a Lerroux que a la izquierda de Leopoldo Alas se coloque la silla que, de estar, ocuparía él”. Parece que Clarín, tras mostrarse intrigado, se dio por reconciliado. Supuesta reconciliación que rompió Bonafoux con la dura necrológica, y muy criticada, que hizo a la muerte de Leopoldo Alas, el 13 de junio de 1901.

---

<sup>308</sup> Ibid. pág. 57.

<sup>309</sup> Gómez Carrillo, E. *En plena bohemia*, pág. 94.

<sup>310</sup> Gómez Carrillo, E. *La miseria de Madrid*, pág. 43.

<sup>311</sup> Ibid. pág. 34.

<sup>312</sup> Dicenta, José Joaquín. *La víbora de Asnieres*, pág. 132.

Pero por seguir con un cierto orden cronológico en personaje de tantas idas venidas, tras la ‘huida’ de Cantabria y vuelta a Puerto Rico, y su paternidad, encontramos de nuevo a Bonafoux en Madrid. Considerado, admirado, odiado, temido, vuelve a buscar trabajo en las redacciones. Fernández Flores es el que le ofrece la corresponsalía de *El Liberal*, en París, y empieza a telegrafiar una crónica diaria. Lo nombraron redactor corresponsal, pero le dijo Isidoro Fernández Florez, *Fernanflor*, que firmara con seudónimos, que tenía muchos odios entre las gentes del oficio y empezó a firmar *Luis de Madrid*.

En su calidad de corresponsal y periodista español es invitado a una de las célebres cenas que organiza la prestigiosa revista literaria *La Plume*, y en el café Du Palais se sienta Bonafoux entre Zola y Mallarmé. Lo cuenta en su correspondiente crónica, y describe en la misma cena la presencia, “trajeado de harapos, con enorme bufanda al cuello y sombrero ancho sepultado hasta las cejas, adormecido por el alcohol y cojeando por el reuma”, de Verlaine.

Un año estuvo en París con *El Liberal*. Volvió a Madrid cuando Ivo Bosch compra *El Globo* y le ofrece el puesto de redactor-jefe.

“El único periódico madrileño de cuya redacción formé parte, unos cinco meses, fue por incitación del Sr. Ivo Bosh, que no era ni es amigo mío. Me nombraron jefe de redacción, con vía libre y con sueldo, que allí nadie cobraba, empezando por Vicenti (el director). Le di muchos disgustos por las protestas y molestias que mis artículos procuraban, ya no recuerdo cuántos procesos siguieron *El Globo* por artículos míos”.

Así que se fue a París de nuevo. Volvió como corresponsal de *El Heraldo de Madrid*, en 1894, por invitación espontánea del señor Augusto Suárez Figueroa. En París, además trabajaba siete horas en una oficina del diccionario Garnier, que lo contrató junto a otros españoles, como Sawa y Ricardo Fuentes para que escribiera biografías de personajes ilustres.

Su volumen de trabajo fue impresionante, lo que demuestra, por un lado su capacidad y por otro las precarias condiciones económicas de los periodistas, aun de los considerados.

Así que empleado del Garnier haciendo biografías, la corresponsalía de *El Heraldo de Madrid*, además artículos que enviaba a *La Correspondencia de Puerto Rico*, y a *El Mundo*, de La Habana. A esto añadía crónicas pedidas por *El País*, *El Progreso*, *La Época*, *Vida Nueva*. Aparte escribe libros, cuentos y novelas.

“Bonafoux -escribiría Manuel Bueno en 1899<sup>313</sup>- es la única pluma ágil, sincera, burlona que orea con ráfagas geniales nuestro periodismo anodino y latoso”.

Aseguraba Rubén Darío que Bonafoux “tiene larga fama. Hay quienes en Río Janeiro, o en Tánger, leen tales o cuales diarios sólo por el artículo de Bonafoux. Y lleva la carga de su talento, con talento”. Y le pone como ejemplo ante la tesitura de confrontar periodismo y literatura: “La obra de Bonafoux demuestra lo vano de la diferencia que ha querido hacerse entre escritores y periodistas. No existe después de todo sino esto: hay periodistas que saben escribir y periodistas que no saben escribir; hay quienes tienen ideas y quienes no tienen ideas”.

### 11.2.2 Dreyfus y Cuba

Estalla el affaire Dreyfus el 5 de enero de 1895, a las siete de la mañana, cuando el capitán Alfredo Dreyfus es esposado por un escuadrón de la Guardia Republicana para ser degradado en público, antes de ser confinado en la Isla del Diablo. Bonafoux lo sigue muy de cerca, al principio sin darle mucha importancia. Le preocupa más la desastrosa política colonial del gobierno de España y contra ella clama desde París. Además de criticar duramente la pérdida de Cuba, también alzó la voz sobre Filipinas y se enfrentó a la crispada opinión pública, al histerismo de la prensa que reclamaba represalias infames, que incluso aplaudieron el fusilamiento del doctor Rizal, al que acusaban de ser el responsable de la insurrección tagala.

Bonafoux dijo que Rizal “expió el crimen de haber publicado un libro contra los frailes del archipiélago” y criticó duramente a Polavieja<sup>314</sup>: “Fusilar no es vencer”. Las posturas de Bonafoux, igual que con los sucesos de Montjuich<sup>315</sup>, le valieron no pocas denuncias. Pedían su

---

<sup>313</sup> Lo cita Jose Luis Cano en el prólogo de *La España de Bonafoux*, pág. 8. Artículo publicado en *El Globo* el 22 de enero de 1899, firmado por Lorena (Manuel Paso).

<sup>314</sup> General Camilo García Polavieja: En 1897 fue nombrado Gobernador general de las islas Filipinas, capitán general y general en jefe del ejército en el archipiélago. Su mando fue tan enérgico como controvertido, presumió de dominar la insurrección fusilando al líder rebelde, el doctor José Rizal.

<sup>315</sup> Se conoce como los procesos de Montjuic al juicio militar que siguió al atentado terrorista contra la procesión del Corpus, en la calle de Canvis Nous, de Barcelona, el 7 de junio de 1896, que provocó 12 muertos y 35 heridos. Las diligencias judiciales fueron realizadas sin garantías jurídicas y las pruebas se basaron en declaraciones. Hubo un

extradición, lo llamaban antipatriota y separatista por apoyar la autonomía de las colonias, le amenazaron con no dejarle escribir más en muchos periódicos si no se retractaba. Lo hizo, pero a su manera, y en abril de 1897 publicó en la primera página de *El País* un alegato tan sarcástico como amargo, una carta titula Mi Credo, que terminaba así:

“*Creo* que lo injusto es lo justo, derecho lo torcido, libre lo esclavo, blanco lo negro, y que los presos de Montjuich no fueron torturados - aunque lo vocea la prensa europea- sino que los tales presos se dedicaron a arrancar las uñas de los pies a sus jueces, obligando a uno de ellos a darse un tiro en la cabeza.

*Creo* que en Europa somos los más honrados, dignos, francos, valientes, ilustres, insignes, eminentes, egregios, bizarros, hidalgos, virtuosos, gallardos, compasivos, ilustrados, pudorosos, bellos, altivos, talentudos, heroicos y heroicos (*bis*).

*Creo* en Dios... ¡No! Lo que es en ese Dios que permite tan sangrientas burlas contra un pueblo en desgracia, en ese Dios no creo yo, así me aspen los modernos inquisidores de Madrid”<sup>316</sup>.

Sarcasmo y denuncia que Bonafoux puso en juego muchas veces. También en la revisión del asunto Dreyfus. En 1897 el hermano del excapitán, Mateo Dreyfus, denuncia al comandante Esterhazy por alta traición y exige que se revise el proceso. Bonafoux lo cuenta y se implica y denuncia. El 13 de enero de 1898 se publica el famoso artículo de Zola, “Yo acuso”<sup>317</sup>. Bonafoux analiza el proceso como un cirujano, como un buen periodista, las actas, las conclusiones, los testigos y la actitud de los partidos franceses con Zola. Lo cuenta cada día en sus crónicas.

El mismo mes, en enero de 1898, funda en París el semanario *La Campaña*, pagado por Pedro J. del Rincón y J.B. Ventura<sup>318</sup>. Bonafoux dice que sus dos amigos financiaron la revista “porque saben lo que me gusta el sport de reírme de los tontos y de apalea a los borricos”.

Desde la revista siguió de cerca los sucesos de Cuba y de Filipinas y en muchas ocasiones fue la única voz discordante, de modo que no contentó con sus escritos ni a España, ni a Cuba ni a los EEUU. Sus crónicas eran temidas, admiradas y contestadas. En todas era sarcástico y amargo, rápido, lúcido, personal, original y feroz.

Tras morir *La Campaña*, fundó *El Heraldo de París*, igual de agresivo, igual de independiente, igual de rebelde, con las mismas

---

consejo de guerra y fueron condenados a muerte y ejecutados, el 3 de mayo de 1897, cinco anarquistas.

<sup>316</sup> Bonafoux, Luis. “Mi credo”, en *Bilis*.

<sup>317</sup> En la portada del diario parisino *L’Aurore*.

<sup>318</sup> Dicenta, J. F. *Luis Bonafoux*, pág. 193.

persecuciones y duelos y la misma pluma afilada de Bonafoux. Periodista vocacional, estaba donde estuviera la noticia y la contaba, igual si hablaba con un líder filipino de la expo universal o de si la reina regente llegaba a París. Él iba, observaba, preguntaba, se enteraba y lo contaba. También tuvo denuncias con este periódico.

La actividad periodística de Bonafoux en los primeros años del siglo XX fue frenética. Diariamente escribía siete artículos para la prensa española e hispanoamericana y seguía escribiendo libros y viajando. El 3 de mayo de 1902, don Carlos, duque de Madrid, dirigió un manifiesto a los españoles, desde su palacio de Venecia, protestando contra la inminente coronación de su sobrino, el futuro Alfonso XIII y afirmando sus derechos al trono de España. Bonafoux, que para los carlistas era el enemigo público número uno, decidió ir a entrevistarle a Venecia. Eso sí, pasando por Amberes para asistir a un concierto de su amigo Pablo Sarasate<sup>319</sup>.

Llegó a ser una celebridad. Solía afirmar que ni tenía ni necesitaba amigos, pero lo cierto es que pasaban por París y lo visitaban Rubén Darío, Carmen de Burgos y todas las figuras relevantes. Eran muchos los fregados en los que se metía, las causas perdidas que defendía. Y con ellos llegaban las acusaciones, entre ellas que su periódico estaba vendido. Al final también muere *El Heraldo de París*. Y todavía intenta publicar otro periódico, *El Internacional*.

Al meterse en todos los avisperos, fue tan admirado como odiado. Escribía sobre el desastre colonial o sobre los partidos o sobre la idiosincrasia española, o sobre la Expo Universal, celebrada en París en 1900, donde el jurado español descalificó al pintor Ignacio Zuluaga. Bonafoux defendió al pintor y atacó al jurado por “inepto y malintencionado”.

Era tan famoso que los españoles que llegaban a París intentaban verlo: era un triunfo volver diciendo que lo habían hecho, aunque fuera de lejos. Sus crónicas llegaron a provocar escándalos, denuncias, amenazas e incluso duelos a pistola.

Como crítico teatral titulaba sus escritos de los estrenos “Los crímenes estrenados anoche”. En las tertulias le llamaban “La víbora de Asnieres” por el nombre del pueblecito cercano a París donde vivió. Allí habitó con su mujer, Ricarda, con la que tuvo otros tres hijos además del mencionado Tulio: Lágrima, Clemencia y Ricardo.

En 1915 el gobierno francés, a petición del gobierno belga, lo expulsó. El motivo, un artículo que publicó en *El Heraldo de París* hablando de las posaderas de la reina de los belgas. El 20 de julio de 1915

---

<sup>319</sup> Ibid. pág. 246.

salió con su familia hacia Londres, donde se instala. El 31 de julio de 1918 muere Ricarda. Se derrumba Bonafoux y el 28 de octubre de ese mismo año muere en su domicilio londinense. El 8 de octubre de 1918 había escrito su último artículo para *El Herald*. Sus hijos lo entierran en el cementerio de Central Green.

*El Liberal*, a su muerte, escribe:

“Escritor más personal, más ático, más sabio y completamente irónico de la lengua castellana. Bonafoux llevó a la crónica una calidad, una percepción sutil y una cultura jamás superadas, y todo lo vistió con un lenguaje liso y llano. Sin miedo y sin tacha, se atrevió a decir lo que ningún otro escritor hubiera osado, con limpia pero firme crudeza”.

La necrológica resume el estilo Bonafoux al decir que la característica de aquel periodista, en apariencia frívolo, enemigo mortal de las bajezas, era el desdén por todo lo ruin, el asco a todo el corrompido y el orgullo en presencia de lo miserable y odioso.

Mariano de Cavia escribe la necrológica, que titula “Los refractarios”, en *El Sol*, el 20 de octubre. Le llama “refractario egregio”, es decir “el opuesto, el rebelde a aceptar una idea, opinión o costumbre comúnmente establecida. Y el que se sale de la grey”.

Sobre el periodista dejó escrito Rubén Darío<sup>320</sup>: “Las crónicas de Bonafoux serían así sonetos, rondeles, letrillas, sin rimas: aladas, picantes, ligeras, pesadas, con su poco de miel, con su poco de amargura, tal como hubieran podido complacer a cierto ruiñeñor alemán que anidó en la peluca de Voltaire según confesión propia”. Y lo compara con Heine, pero también con Cervantes.

La nota bohemia que publica Joaquín Dicenta en *Spoliarium*<sup>321</sup> tras hablar de los que consideran a Bonafoux mala persona e insensible, cruel y duro, dice:

“Hoy vive en Madrid, escribe libros, combina proyectos para lo porvenir, pasa las horas muertas en la esquina de Fornos, luciendo sus americanas geométricas y sus sombreros algebraicos, me acompaña de vez en cuando a tomar una copa de cognac, se burla de los tontos que le saludan, lo cual quiere decir que pasa casi todo el día burlándose; sufre mis genialidades, mis confidencias, mis

---

<sup>320</sup> Darío, Rubén. *Obras Completas* vol VIII. Recopilación de artículos periodísticos, Editorial Mundo Latino. Madrid, 1921.

<sup>321</sup> Dicenta, Joaquín, *Spoliarium*. Librito que Dicenta publicó en 1883 subtítulo Cuadros Sociales, en el que reúne perfiles, apuntes y relatos que se convertirían luego en historias. Ahí está *Juan José* o *Encarnación* o el perfil de Bonafoux que precisamente subtitula “Nota bohemia”, pág. 96-101.

esplines, yo sufro los suyos, y es más, le tolero algunos chistes que dedica a mis idealismos quijotescos -como el dice en son de burla- sin acordarse de que ha sido tan quijote como yo.

Una advertencia para concluir: si alguno de ustedes, lector o lectora, hace versos malos y los colecciona y los imprime y los tira, vamos a decir, los publica, tenga buen cuidado de que no lo sepa Bonafoux y, sobre todo, no se le ocurra dedicarle un ejemplar, porque no lo librara a ud de un estacazo a pluma ni la bula de Meco.

Ni siquiera le quedará a ud el recurso de que yo interviniera en su favor, porque mi amistad, con alcanzar mucho, no alcanza tanto”.

Arturo Mori afirma que tiene un puesto de honor en el periodismo español del primer cuarto de siglo. Que desde París escribía crónicas tan originales, tan audazmente suyas, que forman capítulo aparte, que las primicias de Bonafoux fueron poco menos que las de un anarquista de acción, y que “París aburguesó su pluma, pero qué aceradas expresiones, qué sangrientas palabras enviaba al *Heraldo* todos los días el nervioso escritor, digno compañero del poeta de las flores del mal”<sup>322</sup>.

El estilo Bonafoux lo descubrimos en sus textos que aun leídos hoy podrían conservar buena parte de los calificativos que le dedicaron sus contemporáneos: independiente, juguetón, alegre y espontáneo, lleno de frases ligeras y brillantes. Un pensador profundo que se ríe de las creencias de su siglo y de las rutinas, prevenciones y convencionalismos de una sociedad falsa, hipócrita y miserable. Burla burlando, exhibe en sus crónicas los hechos, aparentemente triviales, pero que revelan males profundos, que él pone al descubierto. Dispara desde el temible bastión de sus ingenio, andanadas de cargos y verdades, tan bien dirigidas que destruyen obras, nombres y personas. Muchos lo consideraron el rey de los cronistas.

Claro que entre sus contemporáneos también tuvo enemigos encarnizados y colegas decepcionados. Además de Clarín, cuenta Antonio Espina<sup>323</sup>, que Gómez Carrillo quiso batirse en duelo con Bonafoux porque había dicho de él en un artículo que era un “*escarramás y perdonavidas, con alma de apache y sin criadillas para serlo*”. Envío Gómez Carrillo sus padrinos, pero Bonafoux, tan ácido en la palabra escrita como en la hablada, dijo a los emisarios: “Digan ustedes a ése que no me bato. Pero que si me molesta mucho, le buscaré y le meteré una bala en el recipiente de las tonterías, lugar donde otros llevan la cabeza”.

---

<sup>322</sup> Ibid. pág. 64.

<sup>323</sup> Espina, Antonio. *Las tertulias de Madrid*, pág. 181.

### 11.3 PEDRO BARRANTES (1860- 1912). El hombre de paja



Su nombre aparece en cualquier censo de bohemios. De vida miserable y arrastrada, cumple a la perfección el cliché más negativo del movimiento. Sin embargo, sus poemas, encendidos, revolucionarios, anticlericales, aparecían regularmente en las principales publicaciones. Es uno de los pocos vates considerado "poeta propiamente bohemio" por Víctor Fuentes<sup>324</sup>.

Personaje paradójico, su biografía sirvió para hacer más interesantes y llamativas las memorias de otros. Seguramente se trata de una de las figuras más pintorescas e insólitas de la bohemia española. Junta en su personalidad una existencia autodestructiva, aventurera, hampona y de radical rebeldía política. Hablaron de él con cierta conmiseración pero algo tendría si estaba en todas las salsas, si aparecía en todos los homenajes, si

---

<sup>324</sup> Fuentes, Víctor. *Poesía bohemia española*, pág. 24.



se le abría la puerta de tantos periódicos. Velasco Zazo afirma<sup>325</sup>: “De todos aquellos bohemios, la figura de Barrantes es la más interesante. Eterno soñador, iba poco a poco asesinándose con el alcohol, por no morir de una enfermedad moral que padecía. A solas con su dolor, con sus ilusiones, con sus tristezas, permanecía firme en su torre de marfil, sin claudicar ni un solo día”.

En esta tesis está por méritos propios, por periodista, por hombre de paja, figura tan habitual en la prensa de aquellos días, y por hacer de sus poemas desgarrados, descriptivos, denunciadores auténtico periodismo.

Uno de sus poemarios, *Delirium tremens*<sup>326</sup>, independientemente de su calidad, es obligada referencia en toda historiografía bohemía. Se trata de un manifiesto rebelde y furioso, lleno de imágenes truculentas y macabras.

Sus artículos salían de vivir de cerca las situaciones de miseria en los barrios bajos, del arroyo, como el más implicado del periodismo de denuncia. Su personaje, sus leyendas y sus sufrimientos llenaron páginas de la literatura de su tiempo.

Pío Baroja escribe en sus Memorias que Barrantes, del que se ocupa largamente, nació en Valencia. Pero parece demostrado que fue en León, hijo de tenderos venidos a menos.

Hacia 1870, con 10 años tan sólo, su familia emigró de León a Valencia, puede que huyendo de las deudas contraídas. El joven destacó como calígrafo, lo que le valió un puesto como pendolista en el Gobierno Civil de la ciudad. Y para añadir más confusión a sus orígenes, en uno de los artículos seleccionados, publicado en *El País*<sup>327</sup>, él mismo rememora su infancia en la extremeña localidad de Alcántara.

Militante del republicanismo radical, sus primeras colaboraciones conocidas aparecieron en el semanario anticlerical *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, donde fue protegido por su director, Ramón Cies. Eran, en su mayor parte, poesías reivindicativas, poemas satíricos que firmaba bajo el seudónimo *El emperador de los zarrapastreros*.

Se trasladó a Madrid, donde se le puede seguir la pista desde 1890, cuando publicó la primera versión de su obra capital, *Delirium tremens*, y porque estaba en la redacción de *El País* o en la fundación de *Germinal*. Su atuendo y sus necesidades lo convirtieron en emblema de la bohemia más desastrada, una suerte de espejo de lo que más tarde sería la llamada golfemia. La diferencia estribaba en que en su caso respondía a una fatal

---

<sup>325</sup> Ibid. pág. 81.

<sup>326</sup> Publicado por primera vez en 1890 y corregido y reeditado en 1910.

<sup>327</sup> “Alcántara”, Publicado en *El País* el 10 de agosto de 1900.

mezcla de mala suerte y predisposición a acumular desgracias. Pero su credo era la búsqueda del ideal y la denuncia de las injusticias, no necesariamente por ese orden.

Así que valenciano para unos, leonés para otros, llevó una juventud bohemia y descreída. Sufrió múltiples procesos y fue encarcelado a causa de sus virulentos o belicosos artículos contra la religión, la monarquía y las instituciones de gobierno y justicia. Aunque en realidad no siempre los escribía él, ya que ejercía de "hombre de paja" de *El País*. Se encargaba de firmar artículos que, por su temática o contenido, nadie quería asumir, o se hacía responsable de los artículos peligrosos y denunciables.

Hacia 1894 abjuró de sus ideas y se reconcilió con la Iglesia Católica. En 1897 colaboraba en *El Movimiento Católico* y *La Ilustración Católica* y a esta etapa corresponde su libro *Tierra y cielo*, de 1896. Publicó versos, cuentos y artículos en *Vida Galante* entre 1899 y 1901, dirigida por Eduardo Zamacois, en *Pluma y Lápiz*, *Barcelona Cómica*, *Madrid Cómico*, *La Ilustración Española e Hispanoamericana*.

Fue muy amigo del mencionado escritor Eduardo Zamacois, quien en su libro de memorias, *Años de miseria y de risa*<sup>328</sup>, se ocupa largamente de él, aporta un buen número de anécdotas y dibuja el retrato más amable:

“Tuvo Barrantes una silueta inolvidable: a veces llevaba barba, lo que daba a su calva frente gravedad señorial; otras iba completamente afeitado; entonces se parecía a Baudelaire (...) Era alto, seco, de una sequedad cómica, y la costumbre de sentir oscilar el suelo bajo sus pies le había dado el caminar indeciso de los sonámbulos. Hablaba bien y reposadamente, con voz sonora y una lentitud noble que le permitía vestir su pensamiento de palabras exactas y dar a cada frase su relieve debido. Su conversación atraía; tratarle era exponerse a ser su amigo (...) Ni los excesos, ni las ráfagas terribles de miseria que azotaron su espalda, ni el espanto de las noches sin cama, ni los rigores de la cárcel, donde por delitos políticos estuvo varias veces, bastaban a derribar su cuerpo avellanado. Bajo la lluvia, bajo el sol o sobre la nieve, durante muchos años Pedro Barrantes paseó su perfil raro y amable”.

Zamacois muestra su amistad y su piedad:

“A pesar de las pinceladas fúnebres con que gustaba adornar sus conversaciones, había en él un fondo inmarcesible de optimismo y de buen humor. Tenía talento y, a no ser por su irritante incultura, hubiera dejado un nombre. Era inofensivo, era alegre, era un niño. Todas mis penas -decía- pueden ahogarse en un vaso de alcohol”.

---

<sup>328</sup> Zamacois, E. *Años de miseria y de risa*, pág. 219

Emilio Carrère, que también lo trató de cerca, es mucho menos piadoso. Entre el desprecio, la conmiseración y la inquina, se refiere a él como “un pobre hombre y un poeta terrible”, así retrata a quien considera tan absurdo como a veces truculento personaje<sup>329</sup>:

“Muchas veces le he encontrado vagando por el arroyo roto, doliente, roído por la miseria. Iba sin norte y sin alma; sus ‘macabrerías’ grotescas eran una careta para divertir o espantar a los pazguatos. En lo hondo, llevaba el dolor de su fracaso, de su vida vacía y anulada, de su trágica y cotidiana renunciación. El sentía amargamente sus lacras, su prematura vejez y su catadura burlesca de polichinela destrozado. Y comprendía la contrafortuna de sus sueños de gloria y el hórrido presente, ruin y triste, aherrojado a la pobreza, que le conducía a veces a los aposentos del palacio de la Moncloa a purgar deslices de pluma que cometieron otros. Todo por un irrisorio puñado de calderilla”.

Recorre el hispanista Allen Phillips<sup>330</sup>, el estudioso que probablemente más ha investigado la bohemia y quien más ha hecho por darla a conocer, a los propios textos de Barrantes, y a su trayectoria de idas y venidas ideológicas, para explicar su complicada personalidad:

“Pedro Barrantes deseaba imitar a sus ilustres antepasados bohemios, y así creía firmemente en el alcohol como fuente de la inspiración poética. Eran motivo de risa en la época versos como: “¡Aguardiente con pólvora, soldados! / Se necesita imprescindiblemente / para entrar en la lucha denodados / con pólvora beber el aguardiente!” (“Excitación al combate”). Se proponía ser un hombre tremendo e impresionar a todos con sus violentos y a menudo grotescos desplantes, pero parece que logró quedar casi siempre en ridículo. Sin embargo, a pesar de las anécdotas que se cuentan de él, no puedo menos que preguntarme si no era una figura sencillamente tragicómica o tal vez un payaso absurdo a quien debiéramos compadecer”.

Tal vez lo demuestra el decepcionante encuentro que tuvo con Pío Baroja. En *Delirium tremens* según Barreiro<sup>331</sup> “un saco de demasías escrito para escandalizar”, escribió unos famosos versos dedicados a un asesino llamado Muñoz<sup>332</sup> que estaba preso en la cárcel de Sevilla: “Soy el terrible Muñoz / el asesino feroz / que nunca se encuentra inerme / y soy capaz de comerme / cadáveres con arroz”. Barrantes recitó estos versos a Pío Baroja y el vasco reaccionó espetándole: “Esto no tiene nada de particular y menos

---

<sup>329</sup> Carrère, Emilio. *Retablillo grotesco y sentimental, Perfil burlesco*, pág. 129.

<sup>330</sup> Phillips, Allen. *Treinta años de poesía y bohemia*, pág. 15.

<sup>331</sup> Barreiro, Javier. *Cruces de Bohemia*, pág. 128.

<sup>332</sup> Uno de los culpables del famoso crimen del Huerto del francés. El lugar donde enterraron a seis hombres después de asesinados y desvalijados.

para un valenciano". Y cuando Barrantes pregunta por qué, Baroja le contesta: "Porque los cadáveres con arroz es lo que constituye la paella".

Juan Manuel de Prada escribe en su *Desgarrados y excéntricos*, que llevó una vida entre la tragedia y la tristeza del bufón y le asigna "un carácter bronco y visionario, adicto al garrafón de las tabernas". También su aspecto contribuyó a esa imagen, una calvicie prematura y la piorrea que lo dejó sin dientes, contribuyeron a conformar carácter y figura.

Barrantes fue ejemplo paradigmático de autor maldito y bohemio. Conocemos muchas anécdotas protagonizadas por él pero muy poco de su vida. Su biografía está llena de sombras, de espacios en blanco, y las leyendas que sus coetáneos le asignan contribuyen a taparla más.

Puede que en sus textos conozcamos más de él que en leyendas y anecdóticos. Escribió: "El escritor debe ser batallador y combatiente, su misión es denunciar hipocresías y estulticias de la sociedad moderna, con versos heroicos y destructores" ("Sombras y esperanzas"). No quiere que la amada le pida versos de dulce lirismo, ni cantar sus bellezas físicas: "El poeta debe hacer vibrar su lira como el trueno, porque aún están de pie la Iglesia y el trono" ("Negativa"). Ataca la tiranía y el despotismo "que envilecen" y expresa continuamente su fe en el pueblo y su redención.

Su profesión de fe era "no ceder por nada ni ante nadie". Publicó generalmente en la prensa republicana, en la que firmó colaboraciones terriblemente agresivas. Sus dos primeros libritos, *El drama del calvario y Dios*, aunque dislocados y extraños, entran dentro de cierta ortodoxia, mientras que *Delirium tremens* (1890 y 1910) y *Anatemas* (1892) son decididamente blasfemos. En éste último proclama su aversión hacia la religión, la monarquía y el despotismo, con combativos versos de denuncia social: exalta la libertad y la justicia y condena la tiranía y la hipocresía de la corona y de la Iglesia. Son poemas incendiarios, rebeldes y reivindicativos. Se los dedica a todas estas personas, lo que da idea de su círculo y amigos, un buen ramillete de bohemios y periodistas: Ramón Chies, Miguel Marayta, Antonio Zuazo, Francisco Pi y Margall, Manuel Curros Enríquez, Casto Llopis, la poetisa doña S. A., Aurelio Blasco Grajales, Fernando Lozano (Demófilo), Isabel Pardo de Latorre, don Vicente Dualde, Enrique Paradas, Amparo López del Baño, José Matarredonda, Adolfo Matarredonda, Constantino Gómez, Fernando Mascarós, Angel Gascón y José Nakens.

Su conversión y radical giro político tal vez se produjo por necesidad. A finales de 1893 fue denunciado por injurias e inmoralidad y llevado a los tribunales por la Sociedad de Padres de Familia por un texto que publicó en el Almanaque de *Las Dominicales del Libre Pensamiento*. El caso es que empieza a escribir en las revistas *Ilustración Católica* y *El Movimiento*

*Católico* gacetillas sobre congresos, sínodos y homilías. Se muestra como si, arrepentido, pidiera perdón y regresara al seno de la Iglesia. Desde luego en esa época desaparecieron por completo las diatribas anticlericales. Cantaba a la mujer, a veces pura y virgen, y parecía haber abandonado el conflicto.

Esa etapa le dura hasta 1897, en que vuelve por sus fueros radicales anteriores. El asesinato de Cánovas, el 8 de agosto de ese año, en el balneario de Santa Águeda, en el municipio de Mondragón, Guipúzcoa y las guerras coloniales, habían removido a los radicales y republicanos.

Así que Barrantes retornará al camino rebelde con colaboraciones en revistas sicalípticas, como *La Vida Galante* y sus libelos que constituyen una diatriba sin piedad. Se propone ser demoníaco, y vuelve a cultivar temas sobre el vicio y la perversión, así como sobre los crímenes más violentos. La nota truculenta y efectista se puede ver en los títulos mismos de las poesías: “El verdugo y su amada”, “El enterrador y yo”, “La risa del diablo”, “Haschís”, “Inscripción de sangre”... Hay un fondo abyecto contra el cual se mueven los personajes y queda representado en melodramáticas escenas de borrachera, en las cuales toman parte lujuriosas mujeres y hombres igualmente degradados

Barrantes mostró un gusto exhibicionista por lo maldito, rayando lo cómico, empeñado en mezclar tintes sociales de denuncia política con un regodeo en lo atroz. Cantos a la libertad y la revolución, despiadadas diatribas contra el trono, arengas al pueblo oprimido, era sus temas preferidos. Todo en un estilo bronco y fiero.

La segunda edición ampliada de *Delirium Tremens* sería su última publicación fuera de la prensa, pero sabemos muy poco de estos tumbos biográficos y literarios que más bien pueden corresponder a necesidades de la vida artera de Barrantes. Su existencia, recordada por alguno de sus contemporáneos, está llena de episodios desaforados, contradictorios, cómico-dramáticos y a menudo increíbles.

De lo que no caben dudas es de su pasión por el alcohol. “El poeta alcohólico”, lo llama Cansinos Assens, “largo, flaco, tuberculoso, que hablaba incoherencias y al que una herencia inesperada no salvó de morir en el hospital, como su colega Delorme”<sup>333</sup>. Más adelante habla de la tradición de bohemios ilustres y miserables de principios de siglo y elige un triunvirato formado por Alejandro Sawa, José de Siles y Pedro Barrantes.

---

<sup>333</sup> Ibid. I, pág. 76.

### 11.3.1. Envenenado con matarratas

Su vuelta al radicalismo y al alcohol, tras su experiencia mística o alimenticia, la hizo con renovados bríos. Inició su nueva etapa publicando una serie de libros que ponían en la picota a las personalidades del momento<sup>334</sup>. Fundó la llamada Biblioteca Don Quijote, auspiciada por el periódico del mismo nombre. En esa colección es donde aparece su biografía del general Polavieja, héroe para unos por reconquistar Cavite y quien había mandado fusilar a Rizal, un ataque en toda regla con descripciones y acusaciones como: “De facciones retrógadas sectario / corta estatura. Corta inteligencia. / Fusila con la misma indiferencia / con que pasa las cuentas del rosario”<sup>335</sup>.

Otros libelos de la misma colección fueron el dedicado al general Weyler o al jesuita Cándido Sanz, presidente del Círculo de los Gonzagas, del que escribió: “Mentiroso, procaz, vil y grosero; con facha de patán, recio y cuadrado; acreedor al presidio por malvado; digno de una paliza por fullero”.

Esos escritos le llevaron directamente a la cárcel Modelo y también al cementerio. En la prisión fue apaleado con saña y le hicieron beber matarratas que le provocó una perforación intestinal. Quedó tan malparado que parecía muerto, así que lo metieron en la carreta que llevaba cadáveres a la fosa común del cementerio del Este. Allí recuperó el sentido, entre cadáveres y cal viva. “Sintiendo como los gusanos escarbaban las llagas de mis heridas”, contaría en las tertulias.

Pedro Luis de Gálvez haría la semblanza de Barrantes en su primera novela, *La cochambrosa*, que apareció como folletín en *El Heraldo de Cádiz*, en la primavera de 1906. El éxito, aunque lo busca, no llega ni con la poesía ni con los libelos ni con la novela. La miseria sigue acosando, el alcoholismo, también.

En el diván de la redacción de *El País* solía dormir Barrantes las borracheras y muchas noches. Su labor en el periódico era polivalente, igual podía hacer una crónica que un reportaje que firmar al pie de los artículos más polémicos e incendiarios. Con ello asumía arrestos, interrogatorios y palizas que la autoridad competente tuviera a bien dispensar. El sueldo por tan curioso quehacer era un duro mensual.

---

<sup>334</sup>. Escribió tres libritos de apenas dos decenas de páginas: *Weyler*, *El padre Sanz* y *Polavieja*, publicados por la Imprenta Antonio Marzo en Madrid, 1899.

<sup>335</sup> Barrantes, Pedro. *El Padre Sanz*, pág.10.

En él piensa Ciges Aparicio cuando en un pasaje de su libro, *Del periodismo y de la política*, explica el director al joven periodista: “Aquí hay ilimitada libertad para execrar a la monarquía, hay un editor responsable que por diez reales diarios está dispuesto a ingresar en presidio”.

Semejante actividad le dio fama de hombre discreto y legal, capaz de cargar con las culpas de otros y no delatar a nadie. No sólo cargaba con culpas ajenas en el periodismo, también en otros aspectos. Les solucionó a Eduardo Zamacois y el periodista Manuel Carretero el problema que tenían con Pepita Manso, una amante que compartían. Embarazada de alguno de los dos, ambos pagaron una modesta cantidad a Pedro Barrantes para que admitiera ser el padre del niño que iba a nacer. Lo cuenta Zamacois en su libro *Años de miseria y risa*. La actriz Pepita Manso no exigía nada a los amantes, pero sí que uno de ellos reconociera la paternidad del niño en el bautizo. Acordaron con el sacristán, a cambio de veinte reales, que donde pone el padre del niño él apuntara: Pedro Barrantes. Este tasó en 50 pesetas su paternidad.

Zamacois describe a Barrantes “monologando con la sombra de sus borracheras por los cafés de la Puerta del Sol, su ancha calva, su barba puntiaguda, su voz lenta, grave y profunda”.

Escribió Barrantes un *Soliloquio de las rameras* que, según Dicenta, todo Madrid se sabía de memoria: “Nosotras somos la mundana escoria / nosotras damos el placer y el mal. / ¡viciosa juventud, ebria de gloria! / ¡ven y disfruta del goce material!”<sup>336</sup>.

Murió el 10 de octubre de 1912, y Juan Manuel de Prada lo relata en *Las máscaras del héroe*. El mismo día aparece su necrológica, sin firma, en *El País*:

“Una tristísima noticia tenemos que comunicar a nuestros lectores: nuestro queridísimo amigo y compañero Pedro Barrantes acaba de fallecer en Madrid, víctima de larga y dolorosa dolencia. Hace unos días publicábamos un genial e interesante artículo suyo en el que anunciaba su propia muerte”.

El autor anónimo explica que tuvo una tempestuosa y agitada vida, luchando con la pobreza y la miseria. Y dice que “encontró entre nosotros un periodo de reposo, durante el cual pudo normalizar su vida y contrajo matrimonio con una distinguida y virtuosa señora que puso todo su empeño en el cuidado de la salud física y moral del infortunado poeta”. Habla entonces brevemente de su viuda, la que lo recoge al final de sus días, y descubre que fue su primer amor, pero que las circunstancias y las familias

---

<sup>336</sup> Dicenta, José Joaquín, *La Santa bohemia*, pág. 64.

no los dejaron casarse. Y al final de su vida le da paz. Pasa el elogio fúnebre por su obra, justificando sus excesos, su corazón torturado, y asegura que era de una bondad inagotable, que en realidad se trataba de “un diablo angelical”. Y anuncia que ese mismo día, será el entierro, a las 9 de la mañana desde la casa mortuoria, en Huertas 59, hasta el cementerio del Este.

El día siguiente, el 11 de octubre, aparece en el periódico una pequeña nota, apenas veinte líneas, en la que se da cuenta del entierro y de los pocos asistentes, entre ellos Roberto Castrovido y un sobrino de Barrantes, Antonio Torrijos Haera, que presidió el entierro.

*El Imparcial* también se ocupó del fallecimiento en una breve nota del 10 de octubre, “Pedro Barrantes, el notable poeta cuya vida fue un canto constante de bohemia y rebeldía murió ayer en Madrid”. Dice que hizo popular su firma en los más populares periódicos avanzados. Y que su temperamento indolente y desordenado provocó “que tuviera menos laureles de los que su talento merecía”. *La Correspondencia de España* incluye una breve nota el viernes, 11 de octubre, en la que desea que “Descanse en paz el escritor que tantas luchas sostuvo mientras viviera”. *La Época* incluye la nota entre otras noticias generales y dice que “espíritu inquieto y desordenado, Barrantes era un eterno bohemio y un gran desgraciado”, para añadir que también era “un hombre sencillo y bueno que se hacía acreedor de las simpatías de quienes le trataban”. En *El Globo* escribe su necrológica Juan López Núñez, bajo el título “Divagaciones” y con el subtítulo “Yo combato por la gloria”. Habla del “extravagante, inquieto, paradójico soñador que desfiló por este Madrid de todas las farsas y todas las mentiras. Su paso fue un zigzaguo fugitivo en pos de la gloria. Como Manuel Paso, Rafael Delorme o José de Siles”. *El Día* también le dedica unas líneas, “Al hombre de robusto entendimiento que malbarató sus aptitudes geniales dedicándose a vivir una vida horrible de una bohemia atormentada y triste”. *El Liberal* del 12 de octubre también recuerda en unas líneas su vida apesadumbrada y cómo ahora, “casado y con un puesto en el *País* tuvo poco tiempo de saborear las dulzuras de la vida ordenada”.

Su estampa ha quedado como una de las más pintorescas e insólitas de la bohemia española. Reúne en su figura casi todos los rasgos que podrían conformar un perfil biográfico tipo: existencia miserable, troncada, radical e insumisa y búsqueda infructuosa de la gloria. Barrantes creía firmemente en el alcohol, a él se aplicó, y sin embargo, paradojas de la vida, quien vivió en permanente estado de intoxicación etílica murió por beber un vaso de agua. El médico que lo atendía se la prohibió, pero la mujer que lo cuidaba no lo sabía.



Relata Ricardo Baroja, y recogen otros, un episodio esclarecedor de la personalidad de Barrantes y tal vez de un tipo de bohemio. Cenaban juntos Barrantes y su amigo Cornuty en un colmado de las Ventas del Espíritu Santo. Invitaba el primero a la comida y a una lectura de sus versos a los postres. Como Barrantes no tenía dientes, un amigo médico le había fabricado una dentadura postiza. Y efectivamente, tras el postre y los licores sacó Barrantes los papeles y empezó a declamar. Pero no acostumbrado a los dientes falsos, los versos no fluían con naturalidad, ni con gracia, Así que Barrantes se “arranca la pieza de caucho y madera roja con dieciséis trocitos de esmalte blando, la contempla con desprecio y, con ademán gallardo, la arroja por la ventana al arroyo Abroñigal”<sup>337</sup>. Cornuty se quedó prendado del gesto y contaba la hazaña en la tertulia de Ricardo Baroja como si se tratara de la gesta de Guzmán el Bueno en Tarifa o la de Hernán Cortes quemando las naves. O las murallas de Jericó cayendo por el estruendo de las trompetas.

Destacamos del estilo de Barrantes expresiones sensuales, a veces cínicas, como un estudiado afán de hacer estremecer, al menos epatar a las cándidas y acomodadas almas. Melodramáticas escenas de borrachera, lujuriosas mujeres y hombres degradados. Continua preocupación por los pobres e indefensos, compasión por los harapos ateridos de frío (“Invernal”) o los caídos que han sido rechazados por la sociedad (“La marcha de los vencidos”). La pieza del libro que más llamó la atención fue el “Soliloquio de las ramera”, largo poema que narra la historia y el destino de las prostitutas obligadas a seguir una vida de vicio. Lenguaje truculento, incendiario, rebelde y, a menudo, absurdo, pero siempre con fuerza, cierto romanticismo tremebundo y un gusto exhibicionista por lo ‘maldito’. Mezcla tintes sociales con cantos a la libertad y la revolución, despiadadas invectivas contra el trono y el altar, arengas al pueblo oprimido son sus temas preferidos, todo ello en su estilo bronco y feroz. Evidentemente las obsesiones de Barrantes pueden conectarse con la emergente literatura anarquista pero, tanto su gusto por lo truculento como la persistencia de motivos e imágenes románticas, dan a sus textos un tono sorprendente.

La primera pieza de las seleccionadas para su análisis es muy ilustrativa, por un lado se trata de una manera de entender el periodismo y por otro constituye una aportación biográfica: un artículo en forma de carta al colegio de abogados titulada “En defensa de Barrantes”.

---

<sup>337</sup> Baroja, Ricardo. *Gente del 98*, pág. 96.

## 11.4 JOAQUÍN DICENTA (1862-1917). El líder



Hoy las enciclopedias enseñan que Joaquín Dicenta Benedicto nació en Calatayud, el 3 de febrero de 1862, y murió en Alicante, el 21 de febrero de 1917. A los 57 años. Añaden que fue periodista, poeta, dramaturgo y padre del también dramaturgo Joaquín Dicenta Alonso y del actor Manuel Dicenta Alonso. Apenas apuntan la importancia de su figura y menos que fue uno de los periodistas y escritores de más categoría en los alrededores del 1900, y de los autores de teatro más reputados o que una de sus obras, *Juan José*, solo ha sido superada en representaciones por *Don Juan Tenorio*.

Un poco mayor que los del 98, fue maestro de muchos de ellos y fue respetado y admirado por todos. Seguramente es, de los cinco seleccionados para este trabajo, el que mejor mezcla en su estampa la bohemia y el periodismo. De su importancia habla Azorín en su artículo sobre la Generación del 98<sup>338</sup>. Cuenta que el grupo se reunía en casa de Dicenta, que ya había estrenado *Juan José*, y habla en un tono de admiración, incluso lo considera miembro principal de la generación.

---

<sup>338</sup> “La Generación de 1898”, *La Esfera*, 25 de abril de 1914.

Arturo Mori escribe de Joaquín Dicenta<sup>339</sup> :

“Era tan autor como periodista, pero fue periodista antes que autor. Su bohemia estaba en las redacciones y la de *El Liberal* fue la sede más reiterada de sus aventuras. Una crónica de Dicenta significaba la nota palpitante del día ciudadano: un crimen, un estreno, un traspies (sic) político, un libro. En un estilo romántico, pero moderno, de alma castiza y temple universal, humano y revolucionario, más cerca siempre de los humildes que de sus magnates, decía periódicamente Joaquín Dicenta sus afanes y sus amarguras, que solían ser las amarguras y los afanes de las masas”.

Su concepto de la bohemia es más rebelde y político que el de sus compañeros de viaje, por eso en sus textos siempre aparece la denuncia social y la revolución pendiente. Junto con Sawa, fue el más reclamado, el más seguido y el que en más medios escribió.

Hijo de un teniente coronel del ejército, nació por casualidad en Calatayud cuando su familia se trasladaba de Alicante a Vitoria. Su padre, Manuel Dicenta Blanco, participó en la guerra carlista y cayó herido en la cabeza. A consecuencia del daño cerebral perdió la razón y la familia volvió a Alicante, donde todavía vivió algunos años. En esta ciudad pasó su infancia el futuro periodista; allí estudió el bachillerato, aunque algunos de sus biógrafos afirman que en realidad estudió en Madrid con los escolapios de Getafe.

Tuvo Joaquín Dicenta una vida muy movida, aventurera. Eduardo Zamacois, gran amigo suyo, le recuerda vanidoso, informal, ilógico, esquivo y cordial. “Era la juventud”, escribe en sus memorias:

“En su biografía hay puñaladas, un rapto, un suicidio. La vida de Dicenta es vendaval desatado; el demonio seductor de lo imprevisto guía sus pasos; todo le seduce; sobre sus noches y sus días, el desorden tiene encendida eternamente su lámpara roja”<sup>340</sup>.

Y lo describe como gran bebedor, mujeriego y con inevitable tendencia a la reyerta. Recuerda que le gustaba reñir. Parece que incluso llegó escalabrado al estreno de su *Juan José*: “(...) llegó sangrando, alguien le había atizado un par de bastonazos en la cabeza”.

A Dicenta se le atribuyen proezas tales como la de cortarle a Valle Inclán sus melenas, en una trifulca nocturna. El autor de *Luces de bohemia* hubo de afeitarse el cráneo y esperar al crecimiento natural.

Huérfano de padre, se traslada a Madrid e ingresa en la Academia Militar de Artillería de Segovia, seguramente empujado por la tradición

---

<sup>339</sup> Ibid. pág. 59.

<sup>340</sup> Zamacois, Eduardo. *De mi vida*, pág. 196.

familiar. Pero le expulsaron en 1878 por su carácter indisciplinado y anárquico, a causa de su vida bohemia y su afición al alcohol y a las mujeres. Malvivió entonces en los arrabales y ambientes marginales de Madrid, frecuentando un tabernáculo de los bajos fondos llamado La Estufa, intentando estudiar Derecho e introduciéndose en los círculos republicanos y demócratas. Cursó Derecho durante cuatro años en la universidad de la calle San Bernardo y luego se matriculó en Medicina. Hizo dos años de medicina, incompletos, en el Hospital San Carlos.

Vendió los libros para festejar a una modistilla y al día siguiente se instaló con ella, pero enseguida se arrepintió. Es exactamente el trasunto de su novela *Encarnación*, aunque aquí no fue modistilla sino una prostituta que se enamoró de él y la sacó del local donde trabajaba, la llevó a su casa para luego arrepentirse. Un drama con mucho de autobiografía, donde cuenta las andanzas de un grupo de jóvenes bohemios. En ella se pueden rastrear lugares, tabernas, el hospital y una radiografía de la sociedad madrileña.

*Encarnación* es la novela más llena de ecos biográficos, cuenta la historia del amor imposible de un joven revolucionario, Tomás, bohemio, periodista y escritor que enamora a una prostituta, Encarnación. Ella se acaba suicidando por amor y el joven y loco bohemio pena por su frivolidad y por no darse cuenta a tiempo del amor verdadero.

En la trama de la ficción recrea el ambiente de las tertulias, de los cafés, de la búsqueda del ideal. Incluso aparece el lanzamiento de un periódico, calco de la salida a la calle de la *Democracia Social*, el diario que aglutinó, encabezados por Dicenta, a buena parte de la Gente Nueva. Leyendo algunas descripciones podríamos hacernos una idea de la situación, afanes y rutinas de estos jóvenes bohemios que pasaban la vida en los cafés:

“Formaban tertulia en el Café de Lisboa para desesperación del mozo de turno; pasaban allí las horas despiertas de sus días y todas las horas de sus noches llamando imbéciles a los consagrados; desmoronando, al golpe mortal de sus *piquetas*, las reputaciones más altas. Recitándose unos a otros versos, artículos, escenas dramáticas, párrafos de novela, coreados por el auditorio, con gritos de asombro y estrepitosos palmoteos. A los palmoteos corría el camarero hacia la mesa, huérfana de consumo, y preguntaba; “¿Qué va a ser?”.

-Calla, no interrumpas, ¡idiota! -respondían los genios oyentes”<sup>341</sup>.

Los compañeros de viaje y cenáculo y amigos íntimos de Tomás, el protagonista de *Encarnación* tienen nombres apenas disimulados de la

---

<sup>341</sup> Dicenta, Joaquín. *Encarnación*, pág. 124.

realidad: Alejandro de la Nava, Manuel Gaso y Antonio Halconero, y Puente. Corresponden sin duda a los íntimos amigos de noche y aspiraciones bohemias, Alejandro Sawa, Manuel Paso, Antonio Palomero y Ricardo Fuente.

Hablan en la novela de un periódico, *El Rebelde* que los jóvenes quieren fundar:

“Tomas, el orador, el retórico de la tribu, debía llevar la voz cantante en lo del periódico, el gran periódico que iba a volver patas arriba el mundo de las letras, de las ciencias y de las artes. Esto lo afirmaba Halconero, empinándose sobre la punta de los pies, para acrecentar su estatura minúscula, repeinándose con la diestra su pelambre de erizo, retorciendo con la siniestra su bigotillo ralo”<sup>342</sup>.

Que corresponde exactamente con la descripción física de Antonio Palomero. Se trata de una obra llena de referencias, de descripciones, de nombres y de lugares para seguir el rastro juvenil de Dicenta, su modo de vida, sus aspiraciones, su trabajo al frente de *El Rebelde*, y sus amistades de jóvenes literatos y de gente de los barrios bajos. Aparecen en la novela todos los tópicos de la bohemia y el periodismo de esos años: El periódico que no paga, los periodistas que se rebelan, cómo emborronar hojas de papel para ganar el pan o conseguir la gloria, la criatura del arroyo en forma de prostituta que libera el bohemio... Y evidentemente también está su concepción del arte y de la vida. Es decir en la bohemia más política y menos estética:

“Tomás no estaba con los del arte por el arte; estaba con los del arte por la humanidad. No creía que el artista necesitara encastillarse en torres de marfil y ofrecerse a las multitudes como hostia en tabernáculo para ser grande y fuerte”.

Afirma que el artista debe “descender a la vida real, entrar en ella, sumarse a ella, sufrir sus dolores, las angustias, las explotaciones, los odios, las brutalidades y las ignorancias de su tiempo, recoger los alegatos de las víctimas, las esperanzas de los caídos”<sup>343</sup>.

El joven estudiante de Medicina que era Joaquín Dicenta se empotró pronto en los círculos intelectuales de los cafés y tertulias, tenía don de gentes, además de buena presencia. Participa intensamente en la vida bohemia de la Gente Nueva de los ochenta. Se movía por los ambientes del Café Fornos y el Café Inglés y también por los bailes populares y las redacciones de los periódicos. Entregado de lleno a la bohemia cultivó en varios periódicos la poesía y la crónica. Comenzó firmando en *El Edén*.

---

<sup>342</sup> Ibid. 143.

<sup>343</sup> Ibid. 145.

En 1888, con Bark, Isidoro López Lapuya, Antonio Palomero y Ricardo Fuente, formó la Agrupación Demócrata-Socialista, antecedente del grupo Germinal. Ese mismo año entró a colaborar en *La Piqueta*, uno de los semanarios clave para la difusión del germinalismo, y en *La Avispa*, y al año siguiente en *El Radical*. Luego se incorporó al equipo de redacción de *Las Dominicales del Libre Pensamiento*. Ahí conoció a Demófilo, Francos Rodríguez, Ferrandiz ‘el cura’, Bonafoux, Alejandro Sawa, Luis Paris, Ricardo Fuente, Manuel Paso, Barrantes y Mariano de Cavia.

En 1887 se había dado a conocer al gran público con el drama *El suicidio de Wherter*. Al que siguieron unos cuantos estrenos poco afortunados. Cuenta Bonafoux<sup>344</sup> cómo era un “modesto solitario, que entraba mustio y macilento a última hora al Café Fornos y se sentaba en la mesa del rincón” a ser saludado, alabado por un montón de parientes y de amigos. Y dadas las necesidades de supervivencia aceptó la dirección de un periódico en San Sebastián. Sin embargo el cargo le viene mal a su carácter y pronto lo abandona para volver a Madrid, hacia 1892. Ingresa en la redacción de *El Resumen*, protegido por Manuel Tamayo. Ahí empezó su fraternal amistad con otro gran bohemio, el poeta Manuel Paso.

La lista de medios donde estampó su firma es larga, además de los señalados, podemos citar *La Regencia*, *La Opinión*, *La Caricatura*, *La Iberia*, *El Imparcial*, *La Época*, *El Universal*, *El Mundo*, *La Opinión*, *La Regencia*, *El Heraldo de Madrid*, *Germinal*, *La Esfera*, *La Correspondencia de España*, *El Globo*, *Vida Nueva*, *La Ilustración Obrera* o *Alma Española*. También dirigirá *La Democracia Social*, *Germinal* y *El País*. Y desde 1908 escribe todos los días en *El Liberal*.

Además hizo una incursión en la política activa, ya que entre 1909 y 1912 fue concejal, vocal del distrito de la Latina del Ayuntamiento de Madrid, por el grupo minoritario republicano-socialista.

#### 11.4.1 Desordenado, manirroto y mujeriego

Dicenta tenía los rasgos del bohemio puro, prototípico, luchador, desordenado, manirroto, mujeriego, sensual, borracho de aguardiente mañanero, rebelde, defensor del débil, denunciador de la injusticia. Probablemente es uno de los pocos casos que siguió siendo bohemio en una segunda etapa de su vida, ya con dinero y fama. En ese tiempo de

---

<sup>344</sup> Bonafoux, Luis. “Dicenta en la princesa”, de Coba, en *La España de Bonafoux*, pág. 114.

reconocimiento y aplausos siguió siendo mujeriego, teniendo gran afición al vino, continuó con un indestructible anhelo de libertad y siguió con su innata tendencia a un vivir apasionado y turbulento.

Escribe Prudencio Iglesias Hermida:<sup>345</sup>

“Hubo un tiempo en que la figura menuda y gallarda de Dicenta sembraba el malestar cuando entraba, quien en Madrid, en Barcelona y en Andalucía, en los lugares donde se encontraban las gentes de escándalo y de trueno. ¡Como habría sido el mozo! Un bala pequeño y nervioso, lleno de armonía en las proporciones, y con una brusquedad y rapidez de movimientos que marea, Dicenta ha armado, en colmados y otros sitios tremolinas históricas”.

Asegura el coetáneo que Dicenta frecuentaba como siempre los lugares peligrosos, donde se emborrachaban matones de presidio, marinos y aventureros y relata una escena presenciada por él:

“Dicenta le había quitado la amante, una gitana de bronce caliente, una mujer bandera, a un célebre matón, llamado Visantet. Se trataba de un hombre terrible que se encendía a balazos por un gesto. Un día se fue a por Dicenta: ‘Tengo que decirle a usted dos palabras. Salga usted ahí fuera’ y Dicenta, muy despacio, quitándose el cigarrillo de la boca, le contesto: ‘Abra usted la boca, que voy a tirarle la colilla dentro’. Visantet se echó mano a la cintura, sacó un revólver y encañonó a Dicenta. Este sacó una moneda del chaleco y enseñándosela al matón, le dijo ‘un duro a que no me da usted... tan cerca’. Visantet no disparo, se hicieron amigos y estuvieron diez días seguidos de juerga”.

Se puede asegurar que a Dicenta el éxito no le apartó de su pasión por el alcohol, las mujeres, los barrios bajos y la disipación. El estreno de su obra de teatro, *Juan José*, y su inesperado triunfo le cambiaron la vida. Primero le sacó del arroyo, luego el clamoroso éxito internacional del drama lo convirtieron en una de las obras más representadas en España antes de la Guerra Civil.

Fue *Juan José* la obra de su apoteosis. Y eso que tuvo graves problemas en la producción y la puesta en escena, antes de estrenarse el 25 de octubre de 1895 en el Teatro de la Comedia. Pero tras el estreno, se representó ininterrumpidamente durante 150 jornadas. Cada día era más popular y aplaudido. Se convirtió en una suerte de líder de la lucha de clases y el drama, en un símbolo. De hecho se representó en las sociedades obreras y otros círculos radicales todos los primeros de mayo hasta la

---

<sup>345</sup> Iglesias Hermida, Prudencio. *Gente extraña*, pág. 170.

guerra civil. Javier Barreiro<sup>346</sup> ha recogido el dato de que Florencio Fiscowich, el editor que casi monopolizaba el teatro español antes de la creación de la Sociedad de Autores Españoles, durante la representación del segundo acto de *Juan José*, ofreció a Dicenta, que estaba en la estricta miseria, veinticinco mil pesetas por los derechos de la obra. El autor no aceptó y, finalmente, esos derechos le llegaron a reportar trescientas cincuenta mil<sup>347</sup>.

A los pocos meses del estreno, la obra tuvo su primera adaptación en forma de novela popular por entregas. No sabemos del autor real de la versión narrativa, autorizada por Dicenta a un tal Antonio Asensio, porque este nombre parece encubrir a personajes como Antonio Palomero, Ricardo Fuente y Adolfo Luna. Fuera como fuese, incluso en la segunda década del siglo siguieron publicándose adaptaciones noveladas de *Juan José*.

Fue este éxito el que le dio la oportunidad de crear un periódico, *Democracia Social*, en 1896, y algo más tarde, en 1897, al grupo *Germinal*, aglutinando en torno a esta revista el pensamiento crítico que luego se identificó con el llamado noventayochista.

Rafael Pérez de la Dehesa cita en su libro<sup>348</sup> una clave del 98: “Para la Generación del 98 el drama de Joaquín Dicenta, *Juan José*, tuvo la significación del *Hernani* victorhuguesco”.

El 11 de noviembre de 1895 recibió un homenaje de los periodistas y literatos de Madrid, en el restaurante del Café Inglés, de la calle Sevilla. Más de 160 comensales le homenajearon en la cena, la noticia la recogen todos los periódicos del día 12. Entre los comensales, Palomero, quien propuso que los tres grandes ramos de flores se enviaran, uno a la anciana madre de Dicenta, otro a la señorita Álvarez Tubau y el tercero a la actriz Juana Martínez, la que hacía el papel de Rosa en la obra.

Estaban además presentes en el homenaje Paso, Bark, Francos Rodríguez, Benavente, Morote, Lapuya... En el discurso Palomero dijo que era el triunfo de la juventud literaria y artística, que había llegado con el mejor, con lo que reivindicaba el empuje de la Gente Nueva. *El País* escribió: “De los más de 160 comensales predominó la gente joven y no fue ningún académico”. Y Zahonero<sup>349</sup> dijo que “desde anoche los viejos han reconocido la beligerancia de la juventud y los jóvenes han enviado a un diputado a la región de los iguales”.

---

<sup>346</sup> Barreiro, Javier. “Los best seller de la bohemia española”, [javierbarreiro.wordpress.com](http://javierbarreiro.wordpress.com).

<sup>347</sup> Cita Barreiro lo que cuenta El Caballero Audaz, en una de sus famosas entrevistas para la revista *La Esfera*.

<sup>348</sup> Ibid. pág. 163.

<sup>349</sup> En el periódico del mismo día.



Sus contemporáneos lo consideraron un rebelde, un revolucionario, un anárquico, siempre amancebado, visitador compulsivo de los bajos fondos y bebedor irredento. Para alguno incluso inculto. Se puede decir que fue la figura más alabada y más denostada en vida. Clarín, Unamuno, López Lapuya o Azorín, lo criticaron e incluso lo ridiculizaron. Hasta un amigo suyo como Bonafoux acabó alejándose.

Precisamente Bonafoux escribe de él en el prólogo a *Spoliarium: cuadros sociales*<sup>350</sup>:

“Lo mismo en la vida pública que en la privada, Joaquín Dicenta forma en las filas de esa vanguardia de revolucionarios que son primero niños sublimes que no miran el ayer ni se preocupan del mañana; después jóvenes generosos que derrochan el talento como derrochan la vida, y en fin combatientes aguerridos que, polvorientos y sangrando, marchan a buen paso hacia la montaña del ideal, dejando atrás el pasado y diciendo “muera”.

Y añade, no obstante “Hace mucho tiempo que Dicenta vive en el mundo de las letras. Solo que ha vivido tumbado a la bartola en las faldas de la musa”. Abunda más tarde, en el mismo prólogo, en su amistad y en su personalidad:

“Nos conocíamos mucho antes de ser amigos, se lo encontraba uno en la esquina de café Fornos, recostado contra la pared, con las manos en los bolsillos, el cigarro entre los dientes y los lentes sobre la nariz, un toque de su perfil irónico y audaz. El defecto principal de Dicenta es abarcar mucho -ya es concejal y cualquier día le hacen arzobispo de Toledo-, la mayor prueba de amistad y compañerismo que le di no fue defender su labor literaria sino acompañarle a cuevas misteriosas llenas de bandidos tremendos que, según él, podían matarnos de un momento a otro. Hombre pagado de sí mismo, luego desencuentros, reñí con él en los periódicos, quise mucho a su madre, recibí confidencias de sus amores, le prologué y luego, como a tantos otros le olvidé”.

En el lado contrario de los entusiasmos de Bonafoux se pone *Clarín*, que procura desacreditar a Dicenta cada vez que tiene ocasión. Barreiro apunta<sup>351</sup> que el 27 de Mayo de 1897 Leopoldo Alas dictaminaba en *Las Novedades*, en Nueva York, “que sólo la ausencia de verdaderos críticos ha permitido el éxito del *Juan José*”.

---

<sup>350</sup> Obra donde Dicenta recopila parte de sus apuntes y perfiles. *Spoliarium* es título del cuadro de un pintor filipino Juan Luna. Representa el lugar del circo romano en el que se despojaba de armas y vestiduras a los gladiadores muertos.

<sup>351</sup> Barreiro, Javier. “Joaquín Dicenta visto por su tiempo: un viaje alrededor de sus críticos”, Calatayud.org.

Cuenta Allen Phillips<sup>352</sup> que *Azorín* comentaba de Joaquín Dicenta que “no tenía más vida que la de la noche, deambulando por locales nocturnos hasta las cinco o seis de la mañana, para despertarse luego a las dos o las tres de la tarde, no teniendo momento alguno para dedicarle al trabajo sistemático, ni tampoco a la reflexión”.

Para Javier Barreiro, probablemente el investigador que más ha estudiado a Joaquín Dicenta, “se trata de uno de los cuatro o cinco escritores más populares de la España de su tiempo. Sin embargo en más de 75 años apenas se ha sabido de él”<sup>353</sup>. Entiende que el silencio franquista es una de las causas de semejante invisibilidad. Pero, no la única. Otra es el canon impuesto y también la independencia de Dicenta:

“(…) y la imposibilidad de adscribirlo a grupos generacionales en los que podía incluirse por edad -nació un año antes que Unamuno- lo situaron en una posición excéntrica, como a otros escritores de menor fuste a los que ha solido despacharse apuntándolos a esa bohemia, que en nuestro país nunca ha dejado de tener un tinte descalificadorio”.

Sin embargo el estudioso aporta el hecho de que “Dicenta rechazó una cartera ministerial, escribió en la prensa más influyente y fue una referencia inexcusable en lo social y en lo literario de esa España emergente a la que tan bien cuadraba el complemento “de la rabia y de la idea”.

Gonzalez Blanco<sup>354</sup> lo describe como “impulsivo y generoso, hidalgo y juglar a un tiempo... duro como el acero y flexible como el junco, galante con las damas y pendenciero con los rivales”.

Zamacois cuenta<sup>355</sup> un pasaje que puede ilustrar la personalidad de Joaquín Dicenta y a la vez la de Manuel Paso, íntimo amigo de ambos y ejemplo también de la bohemia madrileña:

“La amistad de Dicenta marcó en el desgobernado vivir de Manuel Paso un nuevo y saludable rumbo. Merced al poderoso creador de *Juan José*, Paso adquirió algunos hábitos de trabajo y fue aplaudido en el teatro y pudo luchar a brazo partido con la pobreza en vez de sufrir, como hasta allí, bajo los pies de la miseria. Mas si por este concepto el cariño fraternal de su compañero le fue provechoso y utilísimo, creo lealmente, que, desde el punto de vista higiénico le aceleró la muerte”.

---

<sup>352</sup> Phillips, A. *En torno a la bohemia madrileña, 1890-1925: testimonios, personajes y obras*.

<sup>353</sup> Barreiro, Javier. “Joaquín Dicenta visto por su tiempo: un viaje alrededor de sus críticos”, Calatayud.org.

<sup>354</sup> Gonzalez Blanco, A. *Los dramaturgos españoles contemporáneos*, pág. 224.

<sup>355</sup> Ibid. pág.197.

Y explica que la más débil constitución de Paso no pudo resistir el trajín de aquel torbellino: “El alcohol requemó sus entrañas, el placer le destrozó los pulmones; sus pobres nervios, perdida toda electricidad, flotaron entre la urdimbre de los músculos como cuerdas rotas; y cerca de Joaquín, presa en su revuelta esfera de atracción, el pobre poeta enfermo continuó girando”.

Precisamente escribieron juntos, Dicenta y Paso, las zarzuelas *Curro Vargas*, y *La Cortijera* con éxito. De modo que la noche del estreno dijo Paso a Dicenta: “Con este éxito hemos asegurado el aguardiente de toda nuestra vida”.

Rubén Darío narra<sup>356</sup>: “Con Joaquín Dicenta fuimos compañeros de gran intimidad, apolíneos y nocturnos. Fuera de mis desvelos y expansiones de noctámbulo, presencié fiestas religiosas palatinas; fui a los toros y alcancé a ver a grandes toreros, como el Guerra. Teníamos inenarrables tenidas culinarias, de ambrosías y sobre todo de néctares, con el gran don Ramón María del Valle Inclán, Palomero, Bueno”.

Julio Camba, tituló “Una calamidad nacional” el artículo que le dedicó en *La Anarquía Literaria*, el 5 de julio de 1905: “Escribía crónicas brillantes y sustanciosas en *El Liberal* y competía con Mariano de Cavia en las borracheras”.

A Dicenta, que tenía los ojos verdes, le dijo una vez la actriz Gloria Luna: “Tus ojos son dos uvas”, a lo que contestó: “Las únicas que no me he bebido”.

Parece que, ya célebre, organizaba tertulias todos los sábados en su casa, en la calle Mendizábal, número 37. Zamacois cita la tertulia de Dicenta en *El Diván*, con Valle Inclán, Ernesto Bark, Antonio Palomero, Ricardo Fuente, y Rafael Delorme.

La tertulia era una constante en la España del fin de siglo, un lugar común de aquel Madrid brillante y absurdo, una necesidad de bohemios y literatos, y una costumbre de Dicenta, que se imponía como contertulio tan dotado que intervenía en varias: además de la de su domicilio de los sábados, la que se reunía en casa de Luis Ruiz Contreras, el editor e impulsor de *Revista Nueva*; la del Café Inglés y, sobre todo, la del Café Madrid, donde se podía oír las animadas conversaciones de Valle, Benavente y Alejandro Sawa, entre otros.

Una tertulia descrita por Manuel Bueno<sup>357</sup>:

---

<sup>356</sup> Darío, Rubén. *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*, pág. 67.

<sup>357</sup> Peral Vega, Emilio. *Entre denuncia y melodrama: Juan José y el teatro social*, pág. 79.

“De tarde en tarde, caía Joaquín Dicenta en nuestra tertulia y claro está que monopolizaba la conversación (...) Los diálogos entre él y Valle eran impagables. Eran dos estéticas frente a frente. Dicenta tenía un talento natural que todos reconocían, y Valle, sobre ser muy inteligente, decoraba sus ideas con una riqueza cultural exenta de pedantería, que deslumbraba (...) Cuando Valle exponía sus teorías estéticas, Dicenta, impotente para contradecirle en el terreno crítico, salía brillantemente del compromiso espetándole media docena de dogmas literarios que Zola había puesto en circulación. ¡Qué charlas aquellas! De ordinario, terminaban con un donaire gracioso de Palomero que nos hacía reír a todos, o con una frase de Benavente, oportuna y caustica”.

Joaquín Dicenta Benedicto murió en su habitación del Hotel Simón, de Alicante, el día 21 de febrero de 1917, a las 15:00 horas. Dicenta había hecho testamento diez días antes, ante el notario Laguna Azorín. Pidió que tras la muerte su cuerpo fuera desnudado y envuelto en una modesta sábana, que lo enterraran en el cementerio civil sin coronas, sin publicidad alguna y sin pasar la comitiva por delante de ningún teatro para no recibir ningún tipo de innmerecido homenaje a su persona.

### 11.5 Antonio Palomero (1869-1914). El perejil de todas las salsas bohemias y periodísticas



Hoy su nombre dice poco pero en los años que van desde la última década del siglo XIX hasta su muerte en Málaga, el 13 de mayo de 1914, Antonio Palomero fue el alma de todas las salsas intelectuales, bohemias y periodísticas. Ingenioso y rápido de mente era el animador de las múltiples tertulias en las que intervino.

“De todos los escritores y periodistas”, escribe Germán Bleiberg<sup>358</sup> “entonces parecía el más brillante, sobre todo por su vena festiva, Antonio Palomero, que hizo popular el seudónimo Gil Parrado”.

Nació en Madrid en 1869, hijo de un celador del Congreso. Sacó matrícula de honor en el bachillerato y con apenas 13 años hizo sus primeros pinitos periodísticos en un periódico escolar titulado *La Universidad*. Y desde ahí, una carrera llena de títulos y cabeceras, artículos, crónicas, poemas y obras de teatro. Destacó como autor teatral, si bien se dedicó sobre todo a la actividad periodística. Escribió en un semanario titulado *La Regeneración*, fundó otro semanario, *El Curioso Parlante*. Y sus capacidades de sátira las mostró en otro semanario, *Gedeón*, que llegaría a dirigir. Fue redactor de medios de gran tirada, como *El País*, *El Imparcial*, *El Liberal*, *ABC* (formó parte de su primera redacción) o *Blanco*

---

<sup>358</sup> Bleiberg, Germán. *Algunas revistas literarias hacia 1898*, pág. 69.

y *Negro*. También dirigió el diario *La Noche*. Así mismo desarrolló una considerable actividad poética e hizo traducciones importantes del francés.

Escribe Augusto Martínez Olmedilla<sup>359</sup> que Vicente Lledó, músico valenciano y director de orquesta, empresario del Eslava que se enriqueció con el género sicalíptico con títulos como *La corte del faraón*:

“Fundó *La Noche*, diario vespertino a cuya dirección llevó a Antonio Palomero, excelente escritor, fácil poeta, que hizo famoso el seudónimo Gil Parrado y a quien sus compañeros llamaban Palomerín por su exigua estatura. Palomero estaba bien situado, regentando Blanco y Negro, con nómina en ABC, deja toda esa ventajosa colocación y se lanzó a dirigir el periódico. El teatro dejó de dar dinero, *La Noche* murió y Palomerín se quedó sin periódico que dirigir”.

Por su parte, Arturo Mori explica: “El primoroso Palomero pretendía ser el primer reportero de su tiempo. El Duende de la colegiata le ganaba. Palomero era más que un reportero un escritor limpio y grácil”<sup>360</sup>.

Esa aspiración da cuenta de sus capacidades. Quienes escriben de Palomero coinciden en apuntar su tendencia satírica, tanto en el teatro como en el verso como en la prensa, y la capacidad de un juicio rápido. A veces firmada *Gil Parrado*, que se convirtió en un seudónimo de éxito. En sus obras hay ingenio y agudeza, como escribió otro periodista y compañero de bohemios, el fundador de *Vida Nueva* y redactor de *Germinal*, Jurado de la Parra, en la siguiente aleluya: “Que es ingenioso de veras / y poeta de verdad, / lo demuestra *Gil Parrado* / y lo confirma Rostand”, en alusión a la adaptación que de este autor francés realizó Palomero en *Los Noveleros*.

Ya se ha dicho que Baroja lo incluye en su particular hit parade de escritores emergentes en el momento de su llegada Madrid, en 1899<sup>361</sup>. Para el vasco los nombres más importantes eran:

“Benavente, Dicenta, Bonafoux, Burell, Navarro Ledesma, Luis Morote, Lopez Ballesteros, Gómez Carrillo, Unamuno, Valle-Inclán, Silverio Lanza, *Fray Candil* (Emilio Bobadilla) Alejandro Sawa, Manuel Bueno, Azorín, Maeztu, Cristóbal de Castro, Luis Bello y Antonio Palomero”.

Antonio Palomero Dechado era para Cansinos<sup>362</sup> “un personaje simpático y bromista, el que generalizó los patronímicos grotescos con que

<sup>359</sup> Martínez Olmedilla, A. *Periódicos de Madrid*, pág. 123.

<sup>360</sup> Ibid. pág. 101. No aclara Mori que *El duende de la colegiata* era Adelardo Fernández-Arias López, seguramente porque nadie lo desconocía.

<sup>361</sup> Baroja, Pío. *Final del siglo XIX y principios de XX. Galería de tipos de época*, pág. 186.

<sup>362</sup> Ibid, I, pág. 158.

se saludaban los literatos en las tertulias, Percebez, Congriez. Lo llaman Palomerín y es hombre de chistes inagotables”.

Palomero fue quien presentó a Rubén Darío y a Martínez Ruiz en el cenáculo de la calle La Madera, en el domicilio de Ruiz Contreras. Éste, en sus memorias, echará en cara a Azorín, Valle o Rubén Darío haberse olvidado de Palomero, después de que el periodista les abriera las puertas de Madrid.

Algo semejante achaca también Calvo Carilla<sup>363</sup> al propio Azorín, y a Baroja y a Maeztu, que se habrían acercado a la Gente Nueva, convivido con ella, compartido una actitud bohemia y antisocial, pero sólo para su promoción personal. Y conseguida ésta, olvidar a sus compañeros de viaje e incluso renegar de ellos. De hecho, Azorín se mostró, una vez triunfador, poco generoso, más bien al contrario, considera a Palomero como “hombre desordenado que trabajaba sin método para ganarse el pan y el vino. Era el causeur más ingenioso y ameno de Madrid. Su charla de relámpagos de ocurrencias graciosas. Pero es, como Dicenta, desordenado, abusa del espíritu, no trabaja con método, lleva una vida precipitada”<sup>364</sup>.

Además de a los noventayochistas, Palomero también llevó a los amigos de Dicenta a la casa de Ruiz Contreras: a Ricardo Fuente, Manuel Bueno, Adolfo Luna (*el jorobadito de El País*, le decían), Alejandro Sawa y Rafael Delorme.

Parece que los noventayochistas fueron los que se acercaron a los bohemios, a esta Gente Nueva y, siguiendo las tesis de Calvo Carilla en su libro *La cara oculta del 98*, quienes se beneficiaron del empuje, iniciativa, ascendencia e influencias de este grupo grande de literatos y periodistas que quedarían perdidos en ese limbo amorfo de los raros y olvidados. En el caso de Martínez Ruiz, fue Ricardo Fuente el que le abrió las páginas de *El País* recomendado por Luis Bonafoux. Periódico donde ya estaban tanto Joaquín Dicenta como Palomero. Este escribía en 1897 una sección diaria en verso, titulada “La comedia humana” en la que, desde la sátira, como un poeta de la actualidad, contaba los hechos del día y las rutinas de la vida española.

---

<sup>363</sup> Calvo Carilla, José Luis. *La cara oculta del 98*.

<sup>364</sup> Phillips, Allen. *Treinta años de poesía*, pág. 43.

### 11.5.1. En una nube de humo

Ruiz Contreras habla en sus *Memorias de un desmemoriado* de los placeres de Palomero, el buen yantar y el cigarrillo, siempre entre una nube de humo, que le llevaría a la muerte. Además se refiere en múltiples ocasiones, y en esto coincide con otros testimonios de contemporáneos, a la bondad de Palomero: “Su bondad no tiene precedentes, ni consecuentes, entre los escritores contemporáneos, todos egoístas y calculadores, menos él”.

Ricardo Baroja también lo cita en su libro *Gente del 98*. Lo recuerda en el Café de Madrid:

“Un hombrecillo de edad indefinida. Lo mismo podía contar veinticinco años que cincuenta, aspecto de golfo callejero, a pesar de su decente y bien llevado indumento, rubio desteñido, gracioso y ocurrente, se distinguía de los demás por su voz de piporro profunda y ronca. Tal contradicción había entre lo desmedrado del personaje y el tono de su voz, que una frase que en otro hubiera pasado inadvertida en la conversación eran oportunas, tajantes, y producían en los contertulios hilaridad o ira”<sup>365</sup>.

Los artículos y crónicas de Palomero, incluso los versos de Gil Parrado solían tener varias fuentes de inspiración: un sondeo curioso publicado en la prensa, la sección de sucesos, algo contado por un vecino o amigo o visto por el mismo, o la propia actualidad. Se puede comprobar esta dinámica en varios de los textos seleccionados para su análisis, el que habla de “Nuestros defectos”, o en “Un robo”, o en el que se fija en unos jóvenes soñadores y muestra su “Tres ideales” de vida. Una manera de estar y de actuar que certifica Jacinto Octavio Picón, que escribió el prólogo del *Cancionero de Gil Parrado*, y afirma en él que Palomero “no escoge los asuntos, ha tomado los que la actualidad le daba. Así van mezclados y confundidos lo grave y lo cómico, lo doloroso y lo grato, lo profundo y lo trivial”. Lo cita Allen Phillips lo que le hace considerar a Palomero “un poeta de la actualidad con el empeño de contar los hechos del día”<sup>366</sup>.

Una muestra de los intereses y estilo de Palomero lo vemos en su libro *Trabajos forzados*<sup>367</sup>. El primer artículo lo titula “Fin de siglo” y en él describe el atropello a Ernesto Bark: un personaje influyente de Cartagena le cierra la publicación *Cartagena Moderna*, al mismo tiempo el Consejo de Instrucción Pública ha creado una cátedra de religión y moral, lo que le

---

<sup>365</sup> Ibid. pág. 24.

<sup>366</sup> Phillips, Allen. *Treinta años de poesía y bohemia*, pág. 19.

<sup>367</sup> Llama Palomero *Trabajos Forzados* al libro recopilatorio en que reunió, en 1898, crónicas y cuentos hechos para comentar el suceso del día o para llenar una columna, siempre para ganar el pan, o sea la fuerza de los sucesos o la fuerza de las circunstancias.



da ocasión de concluir que “la patria ha cumplido aquello de “a dios rogando y al periodista atropellando”. “Recomendación” es una historia sencilla e ingeniosa, contada a través de una cadena de cartas de recomendación: el confesor de la reina a ésta, ésta al ministro, éste al director general, hasta completar un círculo. Un relato de denuncia, ironía, justicia social y descripción de la España de entonces. También hay en el libro un artículo dedicado a Valle Inclán, “Uno de los nuestros”, otro a la bohemia tardía, a la vergüenza pública, a Casimiro Fustigáñez, uno de sus nombres inventados. Humor, denuncia, descripción de Madrid. Mariano de Cavia escribió en el prólogo a *Trabajos forzados* que “su mayor mérito como periodista es su independencia” y lo define como “un literato culto, agudo y sincero, popular y brillante”.

Dice Palomero de sí mismo, en *Mi bastón y otras cosas por el estilo*: que en la Universidad aprendió a jugar al billar. Una manera de señalarse y una forma de epatar, porque sí que llegó a terminar los estudios de Derecho, aunque hay biógrafos que lo ponen en duda.

San José<sup>368</sup> lo describe “Rubio, bajito, con un bastoncillo (...) Era delgado como un fideo y lucía un cuidado bigote” y habla de él como “un gran humorista y fracasado sentimental”.

El 15 de mayo de 1899 Ruben Dario publica en *El País* un largo artículo titulado “La joven literatura”, en él habla de Ganivet, de Benavente, de Manuel Bueno y de Antonio Palomero, *Gil Parrado*, del que dice que “además de los alfileres de su conversación, de los más interesantes que un extranjero puede encontrar en la corte, sobresale en el cuento y el artículo de periódico” y añade que “aquí, entre lo poco bueno y nuevo que hay, esto es de lo que en la piedra de toque, deja una suave y firme estela de oro fino”.

Ricardo Fuente le hizo un perfil, que se publicó en *El País* el 30 de julio de 1895 con el título “Gil Parrado” en el que dice: “No podré contar aventuras extraordinarias por la sencilla razón de que nada de extraordinario ni de maravilloso le ha ocurrido en la vida, a no ser el haber trabajado mas de la cuenta y el tener la cara a sus años lo mismo que un melocotón mondado”. Explica el que fue director de *El País* que “a las particularidades de ser barbilampiño y tener la apariencia de un muchacho precoz, debe Palomero no pocos triunfos, el niño mimado de todos los amigos y el benjamín de todo el que le trata”.

Y, efectivamente, trabajó mucho y en muchos sitios, como dice el propio Fuente: articulista político en *La Discusión*, *La Universidad*, *La Piqueta*, *El Radical* y *El Pueblo*; cronista en *Las Regiones* y en *La España*

---

<sup>368</sup> San José de la Torre. *Gente de ayer. Retablillo literario de comienzos de siglo*, pág. 47.

*Cómica*; poeta en muchas revistas y semanarios, autor de cuentos y críticas, como orador discursivo con aplausos en meetings y casinos, y aun le queda tiempo para ser un literato de los que saben cosas”. Una descripción nada inocente y muy esclarecedora de algunas de las condiciones del buen periodista. Como prueba de su capacidad de trabajo, pero también del pluriempleo al que debía someterse, ilustra el hecho de que en un solo día ha publicado Palomero composiciones en *El País*, *El Liberal*, *Don Quijote*, *Diario del Teatro* y *Nuevo Mundo*. “Es una víctima más del periodismo, que como dijo muy bien D’Aurevilly, es una cadena de galeote que deforma las más hermosas piernas del talento”, sigue diciendo Fuente.

Termina su semblanza Ricardo Fuente contando que en la redacción de *El País*: “Palomero es el único que se libra de la bronca cuando se fuma el periódico, el único capaz de ablandar al administrador para que le adelante algún dinero, y goza de prerrogativas y derechos por ser el niño favorito de la casa”.

Prueba del ingenio de Palomero eran las ocurrencias en los cafés con otros literatos, pero también en los días duros de necesidades pecuniarias y de costosa lucha por la vida. Una muestra se cuenta en el número 621 de *Los Contemporáneos*<sup>369</sup>. Era empresario del Teatro Romea un tendero de ultramarinos que compraba las obras al peso. Como hemos comprobado en otras partes de este trabajo y con otras biografías, era habitual que empresarios y tenderos buscaran la pluma de los bohemios y la compraran literalmente por un plato de lentejas o por un sitio donde dormir. El caso es que Palomero ya le había colocado unas cuantas y pretendía seguir haciéndolo. Así que un día se presentó en la tienda con otro manuscrito, pero el tendero ya estaba ahído. “Ya estoy cansado de comprar obras y no gasto más dinero”, parece que dijo. “Mire usted que la que le he traído es de éxito seguro”, apuntó Palomero. Y el tendero no vio otra solución que el trueque: “Pues si me la quiere usted dejar por cualquier cosas de la tienda, déjela, y si no... Hasta la noche”. Palomero depositó el mamotreto de cuartillas que llevaba sobre el mostrador y tomó a cambio un magnífico queso de bola. Así salió del establecimiento, y a poco se encontró con su amigo Ricardo Fuente, quien le preguntó por el bulto que llevaba ahí. Contestó: “La cabeza de mi empresario”.

Palomero estaba en todas las salsas y en todas parecía bien recibido. Su ingenio y su amabilidad hacían que fuera reclamado. A casa del conde Jusepe de Campi, dice Ricardo Baroja, “vamos Palomero, Valle Inclán, Bargiela y Lozano”<sup>370</sup>.

---

<sup>369</sup> Asensio, Antonio y Torres del Álamo, Ángel. *Anécdotas teatrales*, Los Contemporáneos, 16 de diciembre de 1920, pág. 23.

<sup>370</sup> Ibid. pág. 123.

En el Gato Negro se celebraba la tertulia de Benavente, compuesta por actores de teatro y algunos amigos de la casa, entre los más asiduos Manolo González, Pedro Zorrilla, Juan Espantaleón, Martínez Sierra, Antonio Palomero, Jurado de la Parra, Antonio Paso, Joaquín Abati, Pedro Mata, Nilo Fabra y Enrique Amado. Apunta también Ricardo Baroja los nombres de las pocas mujeres habituales, Mercedes Pérez de Vargas, Adela Carbone, Ana de Siria y Hortensia Gelabert. También era uno de los asistentes a la tertulia presidida por Mariano de Cavia, en el Café Levante, junto con Navarro Ledesma, Francos Rodríguez, José Nogales, Eusebio Blasco o José Rocamora.

Del estilo de Palomero podemos afirmar que hace un continuo alarde de buen periodismo. En los textos seleccionados se comprueba que hay relato, reflexión, humor, descripción y variedad de géneros. Abarca la columna de opinión, la entrevista, la crónica de viajes, la crónica mundana y la necrológica. Consideraba la sección de sucesos “cantera inagotable para el cronista que se estime en algo”.

Practicaba el ingenio y usaba un humor procurando, más que herir, divertir. De los políticos habla “como ilustres camaleones” o versifica cómo un político recorre su distrito electoral “en defensa de una idea que no le importa un pito”. Rechazaba la patriotería retórica, aunque le preocupaba la pésima situación de España. En el poema “El país del abanico”, recomienda menos charlar y más trabajo.



## **12.- UN CENTENAR DE LECCIONES DE PERIODISMO**

---

La selección de los cinco nombres obedece, como se ha dicho, a razones de coincidencia tanto como de excelencia. Los cinco tienen en común el considerarse a sí mismos bohemios, el de ser creídos bohemios por los demás y el de dedicarse principalmente a escribir en los periódicos. Esto último no de manera esporádica o circunstancial sino de forma habitual y como aspiración profesional. Los cinco vivieron de lo que ganaban, bien es verdad que poco, como periodistas. En una profesión incipiente, que aún no tenía asentadas ni sus bases ni sus rutinas, con la Asociación de la Prensa apenas creada, estos periodistas ejercieron su oficio con aprovechamiento, aspiraciones de modernidad y espíritu de mostrar la sociedad que les tocó en suerte. Cada uno de ellos fue tenido en aquel momento por una figura relevante del movimiento bohemio y del periodismo, y así se constata en todas las fuentes analizadas durante esta investigación.

Los textos escogidos también son representativos del periodismo que se practicaba en aquellos años. Para su selección se ha tenido en cuenta, además de la autoría comprobada, los siguientes criterios:

- En cuanto a los textos:
  - Que hubieran sido publicados en el periodo estudiado, es decir, entre 1896 y 1904.
  - Que representaran a los distintos géneros, tanto los tradicionales como los que se iban imponiendo.

- En cuanto a los medios en que fueron publicados:
  - o Que cubrieran una gama amplia de tendencias y diferentes estilos: bohemios y convencionales; radicales, independientes, republicanos y conservadores,
  - o Que tuvieran distinto grado de implantación: desde una gran difusión a tiradas testimoniales.
  - o Que estuvieran tanto en medios de larga trayectoria como de vida efímera.
  - o Que fueran de distinta periodicidad: diarios, semanarios y mensuales.

De esta forma se ha pretendido que, entre los 101 textos, estuviera representado todo el panorama periodístico de esos años últimos del siglo XIX y los primeros del XX.

Salvando la idiosincrasia y el estilo de cada uno, todos ellos describieron, denunciaron, interpretaron, narraron, opinaron, acusaron o aplaudieron lo que ocurría en la España de aquellos años.

Su presencia en las hemerotecas, tanto la Nacional como la Municipal de Madrid, ha dado la oportunidad de comprobar sobre qué escribieron y cómo lo hicieron, si revelaban o ironizaban, si imputaban o comparaban, o daban soluciones a los problemas cotidianos de la nación. Y qué lenguaje empleaban.

Como primera aproximación se aprecia que las principales dianas de sus escritos eran la burguesía, los políticos de la restauración, los militares y la Iglesia, es decir, lo que ellos consideraban “los males de España”. Y como consecuencia de las actividades de esos “enemigos”, la miseria moral, la pobreza, la injusticia y la incultura que asolaba a la nación.

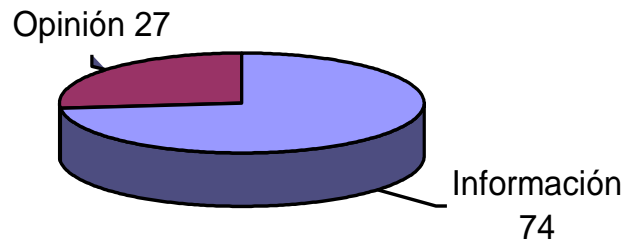
En la lectura de los textos nos hemos fijado con detenimiento en sus contenidos y comprobadas varias coincidencias, las más destacables, que en los géneros utilizados se ve su preferencia por los que empezaban a imponerse, es decir, el reportaje y sobre todo la crónica; y que el lenguaje empleado resulta cuidado y culto.

Habida cuenta del momento histórico que supuso el cambio de modelo en el concepto periodístico, de paso de la prensa ideológica de partido a la de empresa, cabe también distinguir entre información y opinión y se observa la clara tendencia de todos los autores hacia la primera, el 73,2% de todos sus textos frente a un 26,7% (gráfico 1.1)<sup>371</sup>.

---

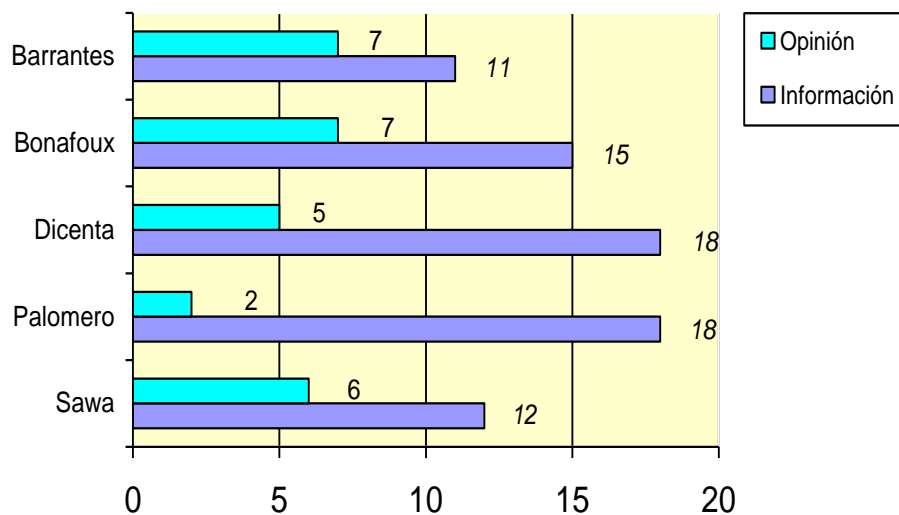
<sup>371</sup> Tabla 1 del Anexo I.-Tablas

Gráfico 1.1.- TIPO DE CONTENIDO



No falta evidentemente el posicionamiento ideológico o estético en cada historia, pero todos ponen cuidado en supeditarlos a los hechos que narran. Cabe destacar que, dentro de esa tendencia común hacia la información, son Antonio Palomero y Joaquín Dicenta los que en mayor medida se aplican en ello como se puede comprobar en el gráfico 2.2<sup>372</sup>

Gráfico 1.2.- TIPO DE CONTENIDO POR AUTORES



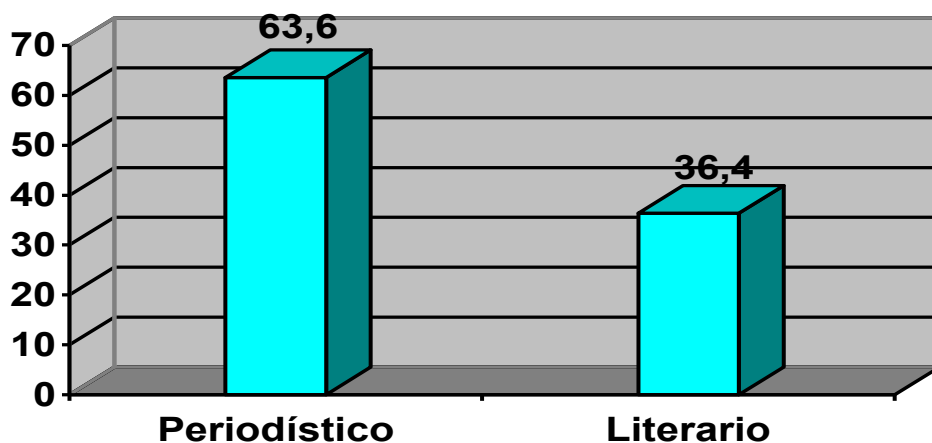
<sup>372</sup> Tabla 1 del Anexo I.-Tablas.

En muchos casos describen, y denuncian, las condiciones de vida de las clases menos favorecidas de la sociedad española. Pero siempre parten de hechos: un suceso que han presenciado, una noticia del periódico o una decisión tomada por un gobernante. Tal constatación indica actitudes más periodísticas que literarias. Ya que, aun cuidando el estilo, lo supeditan a los datos comprobados.

Es pertinente en este punto, por su directa relación con lo explicado, distinguir entre estilo periodístico y literario. Estamos hablando de unos años en los que el periodismo daba sus primeros pasos hacia lo que ha sido después y coincidía que quien escribía en los periódicos se consideraba en aquellos momentos más literato que periodista, primero porque la profesión de periodista no existía como tal y segundo porque la máxima aspiración de todos los que escribían en los diarios era la gloria literaria. Hoy sabemos que el estilo periodístico exige comprobación y narración de un suceso cierto y el literario pide descripción, reflexión y forma.

Podemos afirmar que con ambos fines se comprometieron los cinco, porque buscar la belleza y la palabra exacta se comprueba que estaba en el espíritu de cada uno de sus textos. Sin embargo las tablas arrojan un 74% de lo que podemos denominar estilo periodístico y un 27% literario. Y con matices se distingue la apuesta de cada uno de ellos (gráficos 2.1 y 2.2)<sup>373</sup>.

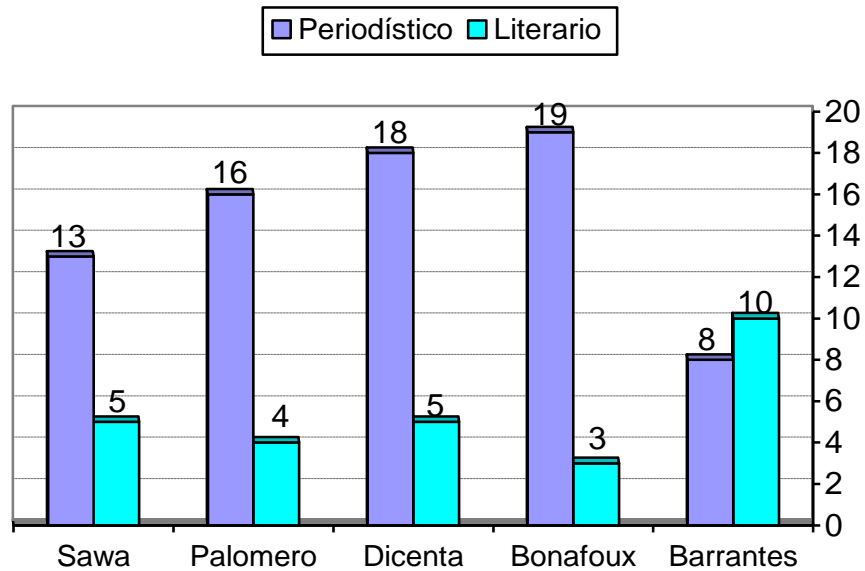
Gráfico 2.1.- ESTILO



<sup>373</sup> Tabla 2 del Anexo I-Tablas



Gráfico 2.2.- ESTILO POR AUTORES



## 12.1 Nombres con firma

No podemos saber hoy exactamente de donde sacaban los testimonios que dieron pie a sus creaciones periodísticas, como tampoco se puede asegurar si fueron historias vividas o investigadas, ni afirmar con total certeza si eran encargadas por la dirección de los periódicos o propuestas por ellos. Pero hay algunos detalles que son pistas seguras. Casi todas las colaboraciones analizadas están publicadas en páginas principales, una mayoría de ellas en la primera del periódico correspondiente. No es precisamente ese lugar ni para periodista meritorio ni para recién llegado ni para colaborador esporádico ni para un asunto menor o de relleno.

Por otro lado, la totalidad del centenar de textos aparece firmado y destacado, cuando no era práctica habitual en la prensa de aquel tiempo. Ni las noticias, ni los artículos de fondo, llevaban el nombre del autor. Y a veces tampoco las crónicas. Solía aparecer la firma cuando se trataba de una colaboración muy puntual de una figura de renombre. Sin embargo estos textos revisados no tienen ninguno el aspecto de firma invitada, ni por la temática ni por la situación de excepcionalidad. De modo que hemos de entender que van firmados únicamente por la consideración que merecían sus autores.

Tal vez ésta constituya una de las mayores novedades, la incorporación de firmas en los textos. Si hasta ese momento en los periódicos apenas aparecía, la firma se empieza a considerar como patrimonio del medio. Se le da visibilidad a la autoría de los textos, lo que supone un mérito de los cinco nombres seleccionados para nuestro estudio: todos destacados, principales y por tanto, reclamados. Con esa consideración la elección de los asuntos de los que se ocupan o los sucesos que inspiran su pluma, parece movida por el libre albedrío y las propias obsesiones. La actualidad y su observación pudieron agitar su instinto periodístico más que las indicaciones de los responsables de las publicaciones. Aunque hay que tener en cuenta también que a cada uno de ellos lo condicionara de algún modo sus circunstancias personales. Luis Bonafoux, entre otros muchos lugares donde ponía su firma, era corresponsal en París de *El Herald de Madrid*, por tanto sus textos para ese periódico, todos firmados, solían estar más pegados a la actualidad francesa. De ahí que muchos versen sobre el caso Dreyfus, asunto que le tocó vivir de cerca. Los textos que escribía para los otros medios trataban más de la vida parisiense, los españoles en París y una muy particular visión de España desde la capital francesa. Ahí cabía igual el desastre colonial español que la idiosincrasia española o la política internacional. En todos los casos deja su impronta personal, aun cuando se trate de un texto meramente informativo, de sátira, ingenio y capacidad de florida crítica. Afilada pluma en cada frase, en cada idea. Joaquín Dicenta se muestra como un reportero de investigación cuando baja a las minas de Almadén o Linares con los mineros y para contar de cerca sus condiciones de vida. Los acompaña desde que se levantan hasta que vuelven a su paupérrima vivienda, sube con ellos a los vagones y desciende con su sudor y su esfuerzo a las entrañas de la tierra. El resultado es una serie de varias entregas en *El Liberal* -“De cara a la mina”, “Pozo abajo”, “Desde el fondo” y “El hampón”- con una capacidad de observación y con un cúmulo de datos digno del mejor periodismo. Es de suponer que él mismo propuso la serie del reportaje, no podemos olvidar que en enero de 1901 Dicenta era un nombre considerado, amigo y líder de los del 98, que había dirigido ya *Germinal* y *El País*, y triunfado con *Juan José*. Sin embargo presenta su trabajo como carta al director, en realidad la forma en que obraban los corresponsales. Así empezaba su historia:

“Mi querido Moya: al cabo de ocho días puedo coger la pluma y escribir a usted para comunicarle, según le había prometido, mis impresiones a propósito de Linares, mejor de los seres que lo pueblan”<sup>374</sup>.

---

<sup>374</sup> *El Liberal* 2 de febrero de 1901.

Es decir, que ha acordado el viaje de enviado especial, que ha estado investigando y se dispone a contar lo que ha encontrado después de preguntar y de observar. Indica al director de *El Liberal* que no atribuya a la pereza el retraso sino a la imposibilidad absoluta de “dar forma a mis impresiones”. Y el periodista cuenta lo que ha visto con pasión, definiendo la mina como “una inquisición de hombres”<sup>375</sup>.

Antonio Palomero también debió poder elegir los asuntos de los que ocuparse en sus textos de *El Liberal*, *El País* o *Alma Española*. Probablemente estamos ante el más pluriempleado de los cinco, si bien Luis Bonafoux no se queda muy atrás, de modo que su firma se encuentra en varios medios al mismo tiempo. Prueba de su relevancia es que se trata del nombre a quien se le hace un reportaje, una suerte de perfil biográfico y profesional como periodista y literato emergente, en el primer número de la revista *Germinal*<sup>376</sup>. Otro bohemio fue el encargado de escribirla, Camilo Barciela.

Palomero hizo periodismo en verso con su serie “La Comedia Humana”, en *El País*, y probablemente fue quien más se acercó a los artículos de costumbres de su admirado Mariano José de Larra. Desde la ironía diseccionaba la sociedad española de fin de siglo. Sus artículos y crónicas, incluso los versos firmados con el seudónimo Gil Parrado, partían de una noticia leída en la prensa, de la sección de sucesos, algo presenciado por él mismo u oído a un vecino, o la rabiosa actualidad. Se ve esta dinámica en varios de los textos seleccionados, en el que relata un curioso y patético robo de gallinas o el que se fija en tres jóvenes soñadores, o un triste suicidio. Pedro Barrantes fue prototipo de bohemio y autor de paja, figura que abundó en aquellos años duros del periodismo y la represión. Ambos factores justifican su inclusión en esta investigación. Pero reúne aún más méritos para estar: es de los pocos que pudo publicar sus contundentes versos en diversos periódicos y con la asiduidad y la firma de un articulista de éxito. Su estilo estaba lleno de expresiones sensuales, a veces cínicas, en ocasiones tremendas. Había en ellas como un estudiado afán de hacer estremecer, o como mínimo epatar a los cándidos y acomodados ciudadanos. En sus crónicas y en sus poemas. Coincidían en su pluma melodramáticas escenas de borrachera, lujuriosas mujeres, peroratas contra jueces y políticos y hombres degradados. Igualmente una continua preocupación por los pobres e indefensos recorre sus textos, a veces con aires de piedad, a menudo con un lenguaje truculento, incendiario y maldito. Su tremendismo barroco con proliferación de imágenes e ideas románticas conforma una estética que va a veces de lo absurdo a lo

---

<sup>375</sup> Ibid.

<sup>376</sup> *Germinal*, 30 de abril de 1897.

sorprendente. Injusticias sociales, cantos a la libertad y la revolución, así como encendidas peroratas contra la jerarquía y arengas al pueblo oprimido eran las constantes en sus éticas y sus estéticas periodísticas.

Estuvo en la cárcel por firmar artículos que escribió él o por los que escribieron otros. De hecho uno de los textos analizados, publicado en septiembre de 1901<sup>377</sup> es muy ilustrativo, por un lado como nueva forma de entender el periodismo y por otro como aportación biográfica. “La Defensa de Barrantes” no es crónica ni columna, en realidad se trata de la carta abierta y pública que escribió el mismo Barrantes, como director de *El País*, al decano del Colegio de Abogados de Madrid. En la que exponía unos hechos por los que se consideraba perjudicado, a causa de la conducta de un letrado. Explica que don Félix de la Huerta Rodríguez se “ofreció espontáneamente (sic), sin petición por mi parte” a defenderlo de delitos de injurias por combatir “los abusos del clericalismo” y resulta que tal abogado era amigo de uno de los querellantes. Ha quedado dicho que Alejandro Sawa representaba a la bohemia estética pero en sus colaboraciones periodísticas, además de cuidar la pincelada culta tanto como la metáfora, luchaba por cambiar la política. Sus textos están llenos de denuncias y de ataques a los gobernantes que consideraba incapaces, inútiles o corruptos. De hecho para muchos de sus coetáneos Sawa fue el ejemplo de joven luchador que denunciaba en sus artículos y novelas la podredumbre de la sociedad.

En muchos de los escritos elegidos Sawa denunciaba la farsa del sistema de la Restauración y la continua corrupción. Pero también arremetía contra instituciones como el Ejército y contra las causas que habían llevado al Desastre. Al tiempo clamaba contra el destino de los desfavorecidos y dibujaba escenas realistas de lo que era la vida cotidiana. Se muestra como un polemista sabio y valiente, ingenuo a veces, también dolido y didáctico. El registro temático y de género que utilizaba es amplio. En ocasiones algo barroco al intentar meter en el mismo saco la referencia cultural, la denuncia social y el ataque al poder. Entre la crónica y el ensayo breve, suele partir también de hechos de la actualidad. A veces sacrifica el estilo preciosista por la aportación de las ideas. Dice Allen que Sawa<sup>378</sup> era más escritor que pensador, de modo que le interesaba poco organizar de manera coherente sus ideas y sentimientos, y sus escritos periodísticos eran chispazos de emociones y de pensamientos. Pero nunca desaprovecha la oportunidad de rendir homenaje a sus maestros franceses y a su propia estancia parisina. Los nombres de Voltaire, Víctor Hugo, Verlaine -hay un conmovedor artículo en el que retrata su muerte- Zola, la Revolución

---

<sup>377</sup> *El País*, 4.09.1901.

<sup>378</sup> Phillips, Allen, W. *Alejandro Sawa, mito y realidad*, pág. 135.

Francesa son constantes. También son recurrentes sus denuncias de la miseria de Madrid. Queda constatado que los cinco firmaban sus trabajos cuando no era habitual sino con los personajes más reconocidos, además lo hicieron en lugar destacado de los periódicos y se ocuparon de la actualidad y de los asuntos de interés general.

Tal interés general requería por fuerza unas rutinas, unos modos de actuar, de vivir y de seguir los acontecimientos. Mediante la lectura de periódicos, pateando la calle o acudiendo a los lugares donde podían pasar las cosas. Es lo habitual en los cinco periodistas elegidos, todos describen lo que ven en la calle y les sirve de apoyo para desarrollar una tesis, una idea, un relato o una denuncia.

## 12.2 Dolor por España

La mayoría de los textos revisados traslucen una visión negra, hambrienta, penosa y pesimista, de España y de la sociedad, lo que nos lleva a señalar una tendencia estética y una postura política común en todos ellos. Todos reflejan el triste papel jugado por el gobierno ante el desastre del 98, aunque tal vez se vea con más empeño en Luis Bonafoux y en Alejandro Sawa. Pero no solo critican a los gobernantes y militares, también a la prensa, que siguió las indicaciones y falsedades de los políticos e informó sin criterio, a destiempo y con falsedad de lo que estaba pasando. Su principal pecado fue que quiso seguir creyendo en un imperio invencible y minimizó las fuerzas del adversario, además de despreciar las justas y lógicas demandas de autonomía que llegaban del otro lado del Atlántico y del Pacífico. Tras la derrota, en todos los medios se leyeron palabras de condena y repulsa, pero estos periodistas bohemios lo denunciaron antes y les costó sufrir procesos, como a Bonafoux. Sawa cuenta en *La Correspondencia de España*, el 23 de agosto de 1903, el suicidio de un chico de 15 años y especula sobre la fuerza de voluntad que puede tener una criatura en ese momento. Y lo imagina en una plaza sitiada, al frente de una “guarnición, por ejemplo de Santiago de Cuba, en la hora lúgubre de nuestros últimos desastres, respondiendo al sajón”. El mismo Sawa, también en marzo de 1903, esta vez en *El Globo*, recuerda el desastre en su crónica “Juvenalia”. Contesta a otro periódico que habla mal de la juventud, y él responde:

“La juventud española se muestra adusta y desdeñosa con sus mayores, y vais a saber por qué. Era en marzo de 1898. La leyenda de bravura y de lealtad española estaba en entredicho. Los EEUU

alargando sus tentáculos hacia Cuba, y de allí volvían, en lúgubres caravanas flotantes, como coágulos de nuestra hemorragia, por centenares, por miles, los mismos soldados que al son de las charangas emborrachadas habían partido poco antes acompañados hasta los muelles por vocinglera multitud que los vitoreaba. Los periódicos continuaban barajando, como siempre, cuestiones de personal”.

Igualmente en 1903, en *Alma Española*, Luis Bonafoux le propina una andanada a Romero Robledo con motivo de su nombramiento como presidente del Congreso, en un artículo titulado “Honor a la pepitilla presidencial”. Después de decirle “usted rumia oratoria por todas partes siendo el hablar tan necesario para usted como el vómito para el gato”, añade: “Le tengo a usted mucha lástima, cuando veo las madres de los miles de soldaditos que fueron a morir en Cuba por sostener los monopolios de la política de usted”. Le dice que hace discursos grandilocuentes. Luego se dirige al lector de la revista para decirle que Romero Robledo “puede carecer de talento e ingenio, ser charlatán de plazuela”, pero lo peor es que:

“Cuando sugestionado por la lógica de los hechos históricos, creía yo que al señor Romero Robledo le habrían llevado por la espuerta de la basura nacional, al estercolero de los perros putrefactos, aparece en el sitio más alto de España, en la sedia gestatoria del Congreso de los representantes del país”<sup>379</sup>.

A todos les duele España, todos describen los sufrimientos y miserias de la ciudad de Madrid y todos creen que otra nación y sobre todo otro gobierno son posibles. Lo expresan desde la ironía, la denuncia, la crítica o la descripción más aséptica pero comparten pesar y compromiso.

### 12.2.1 Y dolor por la prensa

Junto al dolor común que expresan se observa con un primer vistazo la coincidencia en la riqueza de vocabulario y la preocupación por el lenguaje, la variedad temática a pesar de las obsesiones compartidas, la utilización con naturalidad de los nuevos géneros y el compromiso con la profesión periodística. En el tono, en la seriedad, en el tratamiento, en el acopio de información en la que basar sus argumentos, se percibe el empeño de

---

<sup>379</sup>Bonafoux. L. “¡Honor a la pepitilla presidencial!”, *Alma Española*, 8.11.1903.

considerarse periodistas. Y no dudan en criticar las malas prácticas y la penosa situación del oficio. Como cuando Bonafoux habla en el mencionado texto contra Romero Robledo: “Acostumbran a tratar nuestros personajes de cartón y caca a ciertos infelices periodistas de misas y olla”. O cuando critica el *Heraldo de Madrid*, en noviembre de 1901, a los periódicos que pretendían pagar a periodistas profesionales con “una palmadita en la espalda y una butaquita”, en referencia a las entradas para los espectáculos que muchos reporteros recibían como único pago por sus trabajos.

Todos se sentían periodistas y como tales obraban. Y también se sentían todos, y de manera inseparable con lo anterior, bohemios. Ni podían ni parece que quisieran separar una cosa de la otra, ni la forma del contenido de sus textos ni la manera de vivir su vida.

### 12.3 Fieles a seis principios del pensamiento bohemio

Cuando Allen Phillips y otros investigadores, como Pepe Esteban o Víctor Fuentes o Anthony Zaheras, analizan el Modernismo español que desembocó en la bohemia, y buscan los elementos que lo caracterizan, coinciden en señalar, entre otros muchos, seis componentes claves del pensamiento y actitud bohemio. Se pueden observar esos mismos elementos tanto en los principios que expone Ernesto Bark en su obra *La santa bohemia*, como en el aroma de los textos de los cinco autores seleccionados, como en el cenáculo ideado por el propio Bark<sup>380</sup> y Alejandro Sawa -y organizado por el primero tras la muerte del segundo- con la intención de constituir:

“Unos ágapes mensuales con la abundante y variada tribu bohemio, tribu sugestivísima que encierra todo lo soñador e idealista de las letras, del arte, del periodismo y del intelectualismo en general”.

Estos eran los seis principios irrenunciables que se perciben en los textos elegidos:

1. Libertad para la acción y el pensamiento. Eso suponía preconizar, buscar y desarrollar el arte sin servilismo a ningún amo.
2. Ferviente deseo de desenmascarar la inmoralidad.

---

<sup>380</sup> Bark, Ernesto. “El Cenáculo Bohemio”, artículo publicado en *El Radical* el 10 de enero de 1913.

3. Combatir el clericalismo y el fariseísmo.
4. Apoyar la causa de los obreros y los explotados.
5. Rechazar la rutina y la retórica del arte.
6. Cultivo de la sátira y empleo de las caricaturas para hacer más efectiva las críticas.

Todos están aplicados, como si de un pacto no escrito se tratara, en el centenar de textos analizados. Da igual que fueran publicados en periódicos radicales o conservadores, independientes que liberales, en los escritos de Bonafoux, Sawa, Dicenta, Palomero y Barrantes hay un empeño por mostrar su libertad de acción y de pensamiento, lo que les hace introducir en sus relatos manifestaciones de independencia y rechazo al servilismo y a las relaciones laborales esclavistas. Joaquín Dicenta describe en *El Liberal*, en julio de 1901, el esfuerzo humano de los pescadores en el puerto y los pinta cargados de fardos “sobre sus músculos endurecidos en la infame gimnasia del trabajo servil”. O cuando se refiere al recorrido de los mineros por tabernas, bodegones, colmados, cafés de camareras, cafés-cantantes: “Tales son los centros que el esclavo de la mina escoge para engañar su estómago con manjares intuitivos”. Los cinco muestran vehemente deseo de destapar la inmoralidad de la vida política en particular y de la sociedad en general. Dicenta saluda el cambio de siglo en *El Imparcial* diciendo que “el siglo XIX grande por sus adelantos materiales resulta muy chico por sus morales adelantos”. Y en *El Globo*, hablando de la juventud, describe la situación del país: “Todo es miseria, pequeñez, pobreza material, estancamiento moral, atrofia de cerebros, penuria de ambiciones”<sup>381</sup>. Y Bonafoux habla de un tipo forrado pero “hambriento de representación política que ha soportado las mayores humillaciones y bofetadas morales para hacerse una cartera”<sup>382</sup>.

### 12.3.1. Místicos y anticlericales

Ninguno deja, ni por casualidad, de batallar contra el clericalismo y el fariseísmo. Dos conceptos habituales en las páginas de los periódicos, dos enemigos señalados para la comunidad bohemía. Barrantes fue a la cárcel a cuenta de un delito de injurias “por combatir los abusos del clericalismo”, dice en su propia defensa en una crónica del *El País*, en septiembre de

---

<sup>381</sup> Dicenta, Joaquín. “Los jóvenes”, *El Globo*. 4.7.1898.

<sup>382</sup> Bonafoux, Luis. “El pobre Matos”, *El Heraldo de Madrid*, 12.1.1902.



1901. En un poema de amor, publicado en *Don Quijote*, en abril de 1900, desea que “ruja el encono, aun en pie se encuentran la Iglesia y el trono”.

Palomero parte de la historia menor de un suceso, publicado en un diario de provincias, sobre el ramo de flores que una artista lleva a una iglesia y que el canónigo rechaza, para componer una crónica anticlerical sobre la falta de inteligencia y de sensibilidad de algunas jerarquías de la iglesia. Dicenta se hizo eco, como otros muchos, y con motivo del estreno de *Electra*, de Pérez Galdós, de la multitud que salió a las calles y la fiebre anticlerical que convocó. Joaquín Dicenta recoge en *El Liberal*, en julio de 1901, un enfrentamiento político entre conservadores y progresistas, las dos Españas, en las calles de Zaragoza. Titula su crónica “La batalla” y en su interpretación de los bandos contendientes afirma que de un lado estaban:

“los continuadores de la historia negra de España, los que impiden con su marcha retrógrada el paso hacia delante de las generaciones libres, los que desde hace tres siglos nos conducen a la derrota y al atraso, los que ensangrentaron con luchas fratricidas provocadas por ellos la tierra española... los que por su intolerancia nos han llevado a la derrota fuera y a la miseria dentro”.

Y del otro considera que estaban “los que proclaman la libertad de pensamiento, del albedrío y de la conciencia. Los que odian el convento si no es comunidad religiosa y sí banderín de enganche del clericalismo”. Para el autor de *Juan José*, “de una parte los que quieren redimir a España y de la otra los que quieren matarla”. Claro que el mismo Bonafoux se refiere a esa tendencia anticlerical, que él también propugna muchas veces, para darla por inútil y facilona y escribe en *Alma Española*: “¿Y si yo les dijera a ustedes que me importa menos que un camino la batallona del clericalismo y el anticlericalismo?”<sup>383</sup>. La fiebre anticlerical le parece vulgar y demasiado fácil porque “aparece cuando se la cree extinguida y supone un toquecito que usan los políticos”. En muchos de los escritos seleccionados se reproduce la paradoja que califica a todo el movimiento bohemio español: su radical anticlericalismo por considerar a la religión católica la responsable de los males de España y al mismo tiempo una continua utilización, como metáfora o elemento de la argumentación, de términos y adjetivos místico religiosos, así como las referencias y visión de Cristo. Alejandro Sawa relata en un artículo titulado “De vuelta a la vida”<sup>384</sup> el regreso en barco, desde la Isla del Diablo, del condenado Dreyfus. Habla de milagro, y recurre al símil de la resurrección de Lázaro y al de Barrabás, en la acusación falsa de Esterhazy. Se refiere al “calvario” de Dreyfus, acusado de espionaje: “Había vendido a su país al enemigo y

<sup>383</sup> Bonafoux, Luis. “Crónica”, *Alma Española*, 6.12.1903.

<sup>384</sup> Sawa, Alejandro. “De vuelta a la vida”, *El Nuevo País*, 6.10.1898.

querían descuartizarlo, quemarlo”. Recuerda que el juicio fue a puerta cerrada “ante el impenetrable Cristo de misericordia y paz”. Lo condenaron con crueldad a la degradación, pero vuelve para ser juzgado de nuevo por un tribunal competente y “la nave que lo trae es un altar flotante que lleva en su seno, como el tabernáculo, toda la justicia humana y a cuanto podemos aspirar de la justicia divina”. Barrantes describe la situación de los presos en las cárceles españolas en *El País*<sup>385</sup> y le recuerda al ministro de Justicia “que profesa las doctrinas de Cristo, así que ese horror no puede hacerse a sabiendas”. Fue algo muy propio del momento y de la bohemia la utilización de adjetivos místico-religiosos, o las alusiones y visión de Cristo como personaje socialista y amigo de obreros y bohemios. Han quedado las referencias de los artículos, más bien cuentos, “Cristo en la fábrica”, de Manuel Paso o “Cristo en Fornos”, de Julio Burell, donde solo una prostituta es capaz de reconocerlo cuando se aparece en Fornos. En la misma onda podemos considerar el Cristo de Antonio Palomero, que se le aparece providencialmente a un trabajador despedido tras una huelga, o al “Cristo leproso”, de Francisco Villaspesa, o al “Cristo nuevo”, de *Azorín*. Hay que tener en cuenta que ese mimetismo con la figura de Cristo fue una tendencia de fin de siglo. De hecho todos los escritores, también Maeztu, Unamuno y Baroja, escribieron su historia en la que un Cristo deslumbrante y solemne, o revolucionario, interviene en forma de aparición, normalmente para amparar o apiadar o animar a algún ser sufriente y marginal. Sawa describe en *El Liberal*<sup>386</sup> el hambre de Madrid, afirma que no cree en la caridad para curar la lepra y denuncia que hacen falta tales medicamentos. Y propone fijar en los cuatro puntos cardinales casas de previsión y saneamiento, con las puertas abiertas, “con los brazos en cruz, como los de Cristo”, para reducir las aflicciones humanas. Así, con esa figura, reclama la ayuda para la gente del barrio de las Injurias, de Vallecas o de los Cuatro Caminos.

Se encuentran motivos o referencias religiosas en la crónica de Palomero sobre el séptimo día de la creación en el Almanaque de 1900, en la revista *Vida Literaria*, o en la de Barrantes sobre la expulsión del paraíso en la “Elegía a la tierra”, publicado en *La Ilustración Española y Americana*. En el terrible suceso que relata Dicenta en mayo de 1900 en *La Correspondencia de España*, el abuelo Quico, impedido, anima al nieto a quemar la casa con los adúlteros dentro: “Hazlo tu sólo, puesto que Dios quiere que lo hagas”. El mismo Dicenta, ante un espontáneo que pretende mostrarle sus cuartillas, termina la crónica diciendo: “Cerré la puerta

---

<sup>385</sup> Barrantes, Pedro. “Por los pobres presos”, *El País*, 4.1.1900.

<sup>386</sup> Sawa, Alejandro. “La ola negra”, *El Liberal*, 17.6.1898.

admirando el poder de Dios que con tanta bondad y tan desusada frecuencia envía autores de esos a esta venturosa tierra de España”<sup>387</sup>.

El propio periódico radical y bohemio, el más anticlerical de todos, *El Evangelio* está lleno de alusiones, desde su título hasta su lema, “El compromiso con la verdad”. Estaba en contra de “Las inmoralidades (...) los fariseísmos religiosos...”.

En los textos y en los periódicos se pueden encontrar tantos elementos anticlericales como menciones religiosas simbólicas. Dios, Cristo, el paraíso, los santos, el infierno, los jesuitas, el fariseísmo... son recurrentes.

### 12.3.2 Con los pobres, oprimidos y explotados

Con algunos matices más estéticos que ideológicos todos apoyan y defienden la causa de los obreros y los explotados. Puede que sea Joaquín Dicenta, con sus entregas en *El Liberal* sobre los mineros de Linares, y en *Alma Española*, sobre los de Almadén, el que más se acerca a describir el sufrimiento y las condiciones de vida de los trabajadores más explotados. Afirma que podría hacer con los mineros “un poema de miserias y torturas”. Pero también dirige su mirada a otros oprimidos. Hace una crónica cántabra en la que compara el ambiente en la terraza de un balneario con el de los pescadores<sup>388</sup>, “sudorosos, siervos de la red, jadeantes, sufriendo el incendio solar”. Y en tierra también ve “trajín incesante, labor ruda y esfuerzo humano mal retribuido”. Contrasta los dos mundos y mete en el paisaje a “una hermosa mujer que tenía la magia de ser admirada de lejos y convertir en siervos indignos a poderosos”. Pero era “una trabajadora, una esclava que segura de su belleza había salido del trabajo y la esclavitud por la única salida posible, la deshonor”. La llama “espuma de una ola de miseria”.

En el Almanaque de *El Imparcial* afirma el mismo Dicenta que la humanidad está dividida en dos: “La que disfruta todo, el poder, el oro, la instrucción, el descanso, y la que padece todo, la opresión la miseria, el hambre”.

Palomero se fija en los pobres de Madrid, cuenta los que hay en la Casa de Socorro y se apiada de ellos, pero descubre otro tiempo de miseria,

---

<sup>387</sup> Dicenta, Joaquín. “Un autor al uso”, *Don Quijote*, 29.12.1899.

<sup>388</sup> Dicenta, Joaquín. “Espumas”, *El Liberal*, 17.7.1901.

“una que prefiere morir en un rincón antes que pasear sus harapos”<sup>389</sup>. Afirma que esa miseria no es tan conocida, lo que le hace decir “que todavía hay otra clase de pobres mucho más desgraciados”. Pertenecen a las profesiones liberales, el proletariado de la inteligencia, “que ha de vivir a lo grande cuando sus ingresos son de lo más chico de verse”. Y especula con que el obrero, con una blusa, una gorra y unas zapatillas “resuelven el trágico problema de la indumentaria”. Añade que

“una guardilla es para ellos un palacio y pueden comer en la calle, en el suelo, sin que a nadie le extrañe. En cambio el médico, el abogado, el escritor, el periodista... cuantos viven del penoso trabajo intelectual, necesitan una casa decentemente amueblada, un vestuario respetable ¿Es esto orgullo? No, son sus herramientas de trabajo”.

La observación añade al gran conjunto de explotados, oprimidos, miserables, marginados y pobres a un colectivo importante, lo que democratiza por abajo la paupérrima sociedad española de entre siglos.

Sawa también muestra la miseria de Madrid<sup>390</sup>. Cuenta la historia de un mendigo llamado Florentino García, que fue recogido bajo uno de los arcos del puente de Toledo. La Guardia Civil lo condujo a la Casa de Socorro del distrito de La Latina, donde fue curado de una afección pulmonar, remitiéndole después en grave estado al Hospital Provincial. Avisa de que la noticia es del día anterior, pero podría ser de cualquier día, “de la víspera o de hace un mes”. Y el suceso le da la oportunidad de criticar a las sociedades que se dicen civilizadas y permiten que haya hombres “que se acuestan donde los perros vagabundos”. Expone el proceso de la miseria, “monocromo y uniforme” y relata con eficacia las condiciones de vida del mendigo y su mujer. Incluso se pone a imaginar cómo sería la vida, el encuentro y enamoramiento de esa desdichada pareja. Recrea la que pudo haber sido la vida de ese miserable: donde nació, cómo vivió, como fue explotado, exprimido, cómo conoció a su compañera y hubo “una fusión de miserias”. Para concluir que “el amor no dura mucho en los hogares sin pan”.

De pobres y oprimidos habla Barrantes en su crónica sobre los gitanos del barrio de Cambronerías<sup>391</sup>, donde hace una naturalista descripción de sus condiciones de vida. La causa de los pobres y la abundancia de estos en tiempos tan deprimidos era recurso habitual de periódicos y periodistas y causa por la que abogaban todos los periodistas sensibilizados con la cuestión social de la España de la Restauración.

---

<sup>389</sup> Palomero, Antonio. “Pobres”, *El País*, 15.12.1898.

<sup>390</sup> Sawa, Alejandro. “Lo de siempre, La miseria de Madrid”, *Don Quijote*, 30.7.1897.

<sup>391</sup> Barrantes, Pedro. “Para los gitanos del barrio de Cambronerías”, *El País*, 3.2.1903.

### 12.3.3. Contra rutinas y retóricas, la sátira y la caricatura.

Otro lugar común al que volvían una y otra vez los nombres seleccionados es el rechazo de las rutinas y retóricas del Arte con mayúsculas. Tienen claro que el arte burgués es nocivo para la salud y para el espíritu, de modo que aprovechan cualquier ocasión para manifestarlo. Alejandro Sawa escribe una crónica, titulada “Juvenalia”<sup>392</sup>, en la que, además de demostrar con agrado cómo habían cambiado algunas rutinas aparentemente inamovibles, emite un grito -otra coincidencia en todos como veremos más adelante- en defensa de la juventud. Y también, en el mismo viaje, contra la España atrasada y contra la sociedad estancada. Parte de un artículo leído en un periódico madrileño, del que no cita ni por su nombre ni por su autor, que ataca a la juventud acusándola de egoísmo e indiferencia por la cosa pública. Y Sawa muestra su teoría sobre por qué la juventud española se muestra adusta y desdeñosa con sus mayores.

También en *El Globo* de ese año, con motivo de una crónica de teatro, aprovecha para expresar su visión bohemía, y aplaudir porque “nuestro padre Hugo lanzó al mundo una ingente verdad cuando dijo que en los momentos peligrosos de la historia los hombres que se llaman prácticos deben ceder su puesto a los soñadores”. Ante cierta confusión de conceptos y retóricas antiguas, Sawa explica que “el arte no es moral ni inmoral, es sencillamente amoral, pero siendo su finalidad la belleza, de ella se derivan lo verdadero y lo bueno”<sup>393</sup>.

Bonafoux, probablemente el mejor dotado para la sarcasmo, busca continuamente historias en su papel de corresponsal fijo. Una efemérides, un aspecto humano, una noticia de otro periódico, le sirven. Relata que *Le Petit Parisien*, buscando notas para amenizar el Año Nuevo, sacó una de la convención francesa, del período revolucionario. Resulta que se había prohibido en Año Nuevo, bajo pena de muerte, hacerse regalos o felicitaciones. El argumento era “que se trataba de una fiesta hipócrita, de falsas demostraciones, de frívolos besuqueos”. Y cuenta el cronista que pocos años después se reinstauró la costumbre “porque pudo más la mayoría rutinaria que una minoría compuesta por políticos revolucionarios y tipos originales”<sup>394</sup>.

---

<sup>392</sup>Sawa, Alejandro. “Juvenilia”, *El Globo*, 19.3.1903.

<sup>393</sup>Sawa, Alejandro. “Crónica”, *El Globo*, 12.5.1903.

<sup>394</sup>“El buena ganado”, *El Heraldo de Madrid*, 4.1.1902.

En sus notas parisienses se detiene a contar la actuación de una compañía de teatro española en París, en el Nouveau Theatre. Relata que fue él mismo a enterarse si había función y construye una sátira con la peripecia que siguió en su indagación: a la entrada del teatro “tropecé con un portero que por poco me muerde”. Preguntó por dónde se entra y este lo empujó “hacia un pasillo oscuro que olía a queso aunque eran las tres de la tarde”.

El de Palomero es un humor más blanco, pero cruza todos sus textos. En las coplas de Gil Parrado hace crítica política a la vez que versifica la actualidad. Cuenta en verso en noviembre de 1903, en *Alma Española*, que el partido liberal se ha dividido en tres, en busca de un jefe para evitar más divisiones. Y nadie acepta el papel “por escrúpulos de monja. Con voz que suena a reclamo todos el puesto desdeñan”. Usa el sarcasmo cuando describe el “olor a pimienta y alcanfor que ofende las pituitarias, símbolo de la reserva de un partido-camarilla”. Y añade que “siempre al salir de pesca sigue triunfando la España picaresca, triste final de todos los cacicatos”.

Sawa también recurre a la ironía en *Alma Española*, en diciembre de ese mismo año: Empieza su relato afirmando que José Canalejas tiene más méritos -por profesor de literatura española, por gran orador, por investigador- para entrar en la Academia. Sin embargo ésta ha preferido nombrar a “un señor Hinojosa, epiceno, neutro, gris y ambiguo, del que nadie conoce firma literaria y cuyo sólo título de honor, a lo que me dicen, consiste en ser gran amigo de los aprovechados hermanos Pidal.” Llama a la Academia, “vetusta necrópolis de las letras”, o “burda caricatura de la francesa, su progenitora”<sup>395</sup>.

#### 12.3.4. Buscan la belleza

Todos se acercan al Modernismo, o se dan de bruces con él, cuando buscan la belleza desde el esteticismo de sus páginas. Con sus palabras intentan reflejar ideas, sentimientos y también sensaciones. Rebuscan en el diccionario o en sus lecturas para trufar sus párrafos de cultismo o de

---

<sup>395</sup> “Canalejas y la Academia”, *Alma España*, 20.12.1903.

neologismos. Las descripciones de las cosas, de las personas o de los acontecimientos van preñadas de juicios y de adjetivos. Las imágenes que emplean a veces pueden ser ñoñas, pero suelen tener la aspiración de deslumbrar. “Naturaleza sedienta, amodorrada, codiciosa de aire y frescura” o “Flaco y ceniciento pollino de vientre angosto”, escribe Joaquín Dicenta en su particular epopeya de una zíngara<sup>396</sup>. Por su parte, Alejandro Sawa vive así la muerte de Zola: “Es una cerrajón nueva en los horizontes de la humanidad”<sup>397</sup>. Luis Bonafoux habla de: “El ridículo pretendiente sueña con el poder supremo en su patria. Un tipo forrado pero hambriento de representación”<sup>398</sup>. Antonio Palomero, en *El Liberal*, “Galdós es el alcaloide de la modestia” y “La palabra de un periodista no vale los cinco céntimo que cuesta el periódico donde escribe”<sup>399</sup>.

Sawa da vueltas a “la idea lacerante de que esos males que padecemos es una sañuda expiación histórica”<sup>400</sup> y Palomero afirma que “el pan no es pan sin la húmeda caricia de la lluvia. Era una maldición la sequía y un insulto el cielo puro y transparente”<sup>401</sup>. Dicenta denuncia “con qué salvaje crueldad destruye la mina al minero. Carne roída por la anemia y el cerebro por la ignorancia”<sup>402</sup>, y describe “eso que llaman movimiento literario los pedantes. El traje lleno de grasa y otras materias alimenticias”. Pedro Barrantes desea “que el pueblo altivo quebrante su yugo y de los tiranos se erija en verdugo” Y para Sawa “Un altar puede convertirse en una picota, y las columnas de un periódico en un lugar de ejecución”. Bonafoux presenta “esos literatuelos sinvergüenzas de oficio. Me producen un menosprecio rayano en vómito, ciertos españoles y casi todos los hispanoamericanos”<sup>403</sup>.

Todos parecen empeñados en cumplir los seis principios irrenunciables de la bohemia: ejercer la libertad de acción luchando contra la inmoralidad, combatiendo el fariseísmo, rechazando la rutina y obligándose a cultivar la sátira. Y todo eso desde el fuego cruzado de los periódicos. Con la misma naturalidad y convencimiento con que también asumen otro extremo: que la bohemia es urbana y tiene estrecha relación con la gente y con los conflictos sociales. Además intentan derrumbar el viejo y desprestigiado orden político.

<sup>396</sup> Dicenta, Joaquín. “La epopeya de una zíngara”, *Don Quijote*, 13.4.1900.

<sup>397</sup> Sawa, Alejandro, “Zola”, *Don Quijote*, 3.10.1902.

<sup>398</sup> Bonafoux, Luis. “El pobre Matos”, *El Heraldo de Madrid*, 12.1.1902.

<sup>399</sup> Palomero, Antonio. “Hablando con Galdós”. *El Liberal*, 14.4.1900.

<sup>400</sup> Sawa, Alejandro. “La ola negra”, *El Liberal*, 17.6.1898.

<sup>401</sup> Palomero, A. “Lluvia”, *El Liberal*, 28.3.1903.

<sup>402</sup> Dicenta, J. “Entre mineros. A flor de tierra”, *El Liberal*, 2. 2.1901.

<sup>403</sup> “Isidros y guachinanguitos”, *Madrid Cómic*, 27.1.1900.

Se comprueba en los artículos, reportajes y crónicas elegidos el compromiso social, regenerador, antiburgués y cercano a los movimientos que entonces emergían, como el anarquismo y el socialismo. Se ve que estaban atentos a las novedades, las noticiosas y las de las corrientes ideológicas renovadoras y que hacían una apuesta firme por la rebelión, por la modernidad estética y por la condena de las rutinas trasnochadas. Así que en mayor o menor medida todos repiten muchos de los elementos simbólicos. Es común también, en su huida de cualquier cosa que suene a anquilosado, una cierta truculencia verbal, buenas dosis de ácida ironía, no poca jerigonza provocativa y bastantes burlas. Se da también una tozuda repetición de algunos ideales elevados sobre el arte, consignas algo simples que giran alrededor de la libertad y abundantes teorías sobre la rebeldía y la originalidad.

## 12.4 Cronistas y reporteros

Ya sabemos que los años que bordean el cambio de siglo contemplaron la transformación de los periódicos españoles y la aparición de revistas ilustradas. Unos y otras empiezan a incorporar en su diseño elementos llamativos, como títulos más atractivos con una tipografía bien diferenciada, algunas ilustraciones, y definitivamente a aportar cambios en los contenidos.

Las ilustraciones que vemos, en los ejemplos seleccionados, corresponden a las revistas *Vida Galante* y *Alma Española*, así como al periódico *Don Quijote*, si bien los cambios en las tipografías se aprecian ya en todos los medios. Diferentes tipos de letra, corondeles, recuadros en algunas noticias... Y el otro elemento de transformación comprobable es el aumento del número de crónicas y relatos noticiosos y la disminución de los artículos de opinión, sobre todo los de fondo.

El aspecto externo de los periódicos no experimenta cambios en cuanto al número de páginas, cuatro, pero ya se observan a simple vista los elementos con que intentaban captar la atención del lector, tanto la combinación de distintos tipos y tamaños de letras, como los nombres de periodistas relevantes.

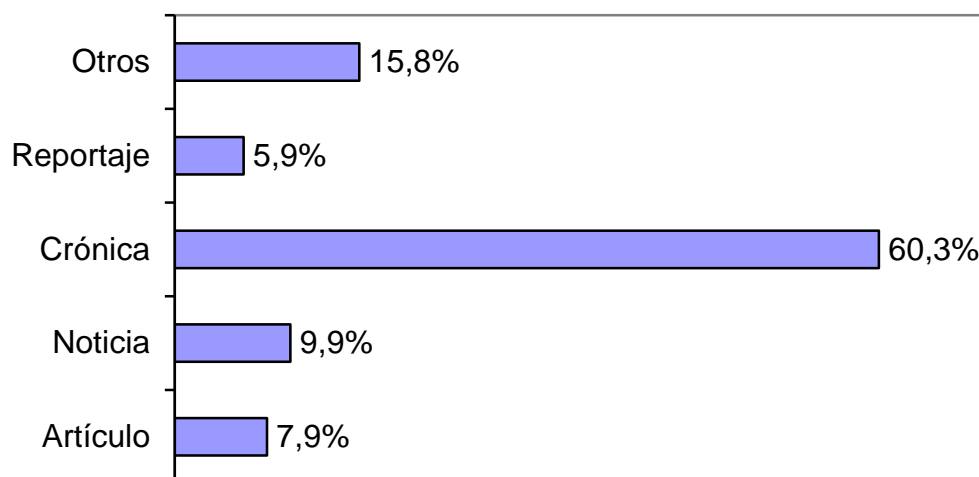
Lo importante de la publicación eran las colaboraciones firmadas, más que los artículos políticos. Se han impuesto ya los diferentes géneros periodísticos: la noticia, el reportaje, la crónica, las entrevistas, los artículos culturales y de costumbres en contraposición con los políticos y de tono



editorializante. Es lo que se demuestra en buena parte de los textos analizados, como indica el gráfico 3.1<sup>404</sup>.

Están representados todos los géneros, igual en los periódicos de más tirada que en los radicales y bohemios, si bien hay uno que sobresale a gran distancia. Concretamente el 60,3 % son crónicas, le siguen bien de lejos las noticias (9'9 %) a continuación se colocan los artículos (7'9 %) y aparecen por fin los reportajes (5'9 %). Se engloban en el concepto “Otros” las entrevistas, los sueltos, los comentarios, los versos o las necrológicas.

Gráfico 3.1.- GENEROS PERIODISTICOS

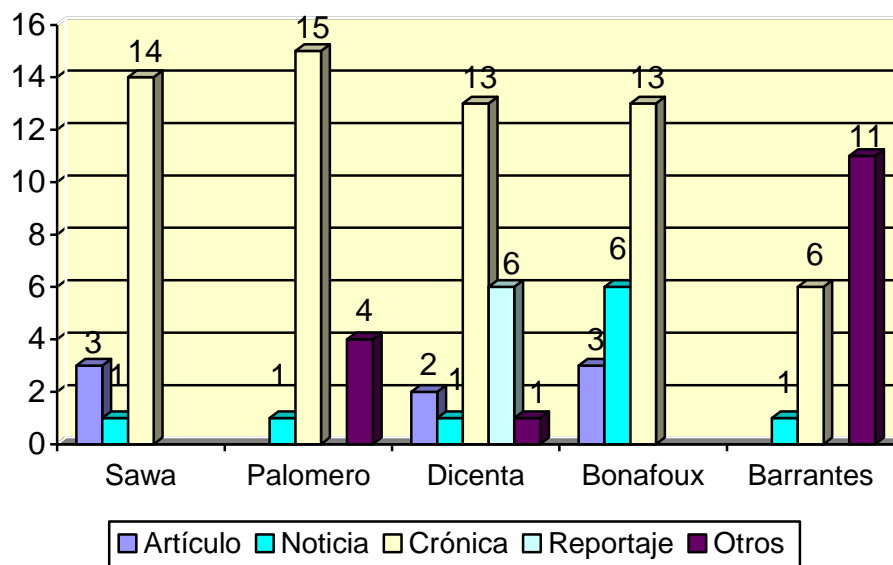


Como puede observarse en el gráfico 3.2<sup>405</sup>, la preeminencia de la crónica se da en todos los autores de forma significativa, excepto en el caso de Barrantes, donde su peculiaridad de textos en verso, los hace de más difícil clasificación. Nuevamente puede observarse que Sawa y Palomero son los que más se ciñen a ella. Sin embargo Bonafoux y Dicenta, aunque también recurren principalmente a la crónica, practican en mayor proporción que el resto la noticia y el reportaje, respectivamente. Así mismo se comprueba que son Bonafoux, Sawa y Dicenta los que recurren más al artículo, aunque como se ha indicado muy lejos del género interpretativo.

<sup>404</sup> Tabla 3 del Anexo I.-Tablas

<sup>405</sup> Tabla 3 del Anexo I.- Tablas

Gráfico 3.2.- GENEROS PERIODISTICOS POR AUTORES



La crónica se impone como el género más practicado y más conveniente para la manera de operar de estos periodistas incipientes. Tenían conocimiento de los hechos, a veces por haberlos presenciado in situ. Pero además se ocupan de buscar puntos de vista diferentes. Y con todos los datos, lo indagado y lo sabido, con su contexto histórico y político e intentando entender los porqués de las cosas, ensayan su particular interpretación. Siempre ceñida a lo ocurrido, como no podrían recomendar mejor ni los posteriores manuales de teoría periodística. Así han sembrado las hemerotecas de muy aprovechables muestras de antropología social. Lo hace Dicenta en una peculiar crónica taurina titulada “En los toros” y publicada en *Don Quijote*, el 16 de junio de 1900. Relata la corrida con todo lujo de detalles, con todas las suertes, incluido el drama de la cogida del diestro, Lagartijo. Y lo cuenta desde un punto de vista original, aunque discutible: lo relata desde la pormenorizada descripción de una bella muchacha, espectadora poderosa y consciente de su atractivo y de sus curvas, que no si inmuta ante la tragedia de la plaza. Premisa endeble que da pie al autor a suponer que se trataba de una peligrosa mujer fatal.

Auténtica crónica bohemia es lo que hace Alejandro Sawa en “La fiesta de la Juventud”<sup>406</sup>. Se trata del relato de un reportero desde el mismo

<sup>406</sup> *El Liberal*, 17.8.1897.

lugar de los hechos. Con motivo del aniversario de Henry Murger, el autor de *Escenas de la Vida Bohemia*, cada agosto se organizaba en las barriadas de París una fiesta. Una celebración en honor del historiador, poeta, cronista y cantor de “la vida al aire libre, sin preocupaciones ni cuidados”. La conmemoración es laica pero, afirma Sawa en su relato, tiene tintes religiosos. Explica quién fue Murger: “Un gran ventanal abierto de par en par ante la alegre civilización helénica” y cómo contribuyó “más que ningún escritor a la oxigenación de las costumbres”. Luego cuenta que él mismo tuvo ocasión de asistir, en París, a la fiesta inaugural de esa efeméride. La idea surgió de un grupo de amigos, en el Café François I, presididos por el gran Paul Verlaine. Éste descubre a los reunidos quién fue realmente Murger, con una imagen bastante alejada de la que formó la leyenda y la que representó su obra, referente de la bohemia. Resulta que Verlaine afirma que era “bonachón y filisteo, que conservó a la misma mujer y vivió con ella veinte años seguidos, que pagó puntualmente la casa y el restaurante y enamorado del falso orden”. Un Murger que era justo lo contrario de lo que veneraban los bohemios, “reverso exacto del medallón ideal que nosotros nos habíamos forjado”. Termina diciendo que Murger murió sin saber lo que había sido pero que los jóvenes lo habían elegido como su santo patrono.

Un verdadero ejercicio de cronista: relata, aporta datos de primera mano, está en el lugar de los hechos y sobre todo da información nueva, no especula, da antecedentes y consecuencias con datos que ha podido indagar.

Repite la acción en *El Liberal*, en junio de 1898, con el título “La Ola Negra”, esta vez para describir la desolación de las calles de Madrid, lo que pasa en ellas y el dolor que él mismo ha presenciado. Mira la realidad y habla de “una interminable noche sin estrellas y sin calma”. Repasa los desastres de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, afirma que no es bastante eso ni “la doble hemorragia de sangre y oro en que nos agotamos; la torpísima gestión de los gobernantes, ni el espectáculo obstinado de tantas melancólicas mujeres viudas, ni la idea lacerante de que esos males que sufrimos son una sañuda expiación histórica”, para justificar que se concentre, “a las puertas de nuestras ciudadelas, como los bárbaros ante las puertas de Roma, la espesa y tétrica legión de los hambrientos, con sus largos dientes amarillos que piden pan y sus manos como zarpas que reclaman trabajo”.

Las crónicas de Sawa hablan igual de lo que acaba de ver que de lo que vio. En febrero de 1898, en *El Liberal*, recuerda “la imagen rencorosa de uno de los hechos más crueles de que yo he sido testigo, aquella tremenda jornada de la degradación de Dreyfus”. Se refiere evidentemente al juicio y condena del capitán francés en 1894. Rememora con vergüenza la entrada de la que dispuso para asistir a la humillación pública y describe

cómo “un hombre era arrojado completamente vivo y palpitante de horror trágico a las bárbaras gemonías de leyes que condenan sin escuchar”<sup>407</sup>.

Crónica vivida in situ hace Antonio Palomero en *El Liberal* en septiembre de 1901. La titula “Un viaje a Lisboa” y se trata nada menos que de un viaje de prensa. Algo impensable entonces y práctica bastante habitual décadas después. Una empresa o institución invita a un grupo de periodistas a realizar un viaje hasta la sede de la compañía o hasta el lugar donde se desarrolla la actividad. La fecha de la cita para el inicio del viaje, era el 1º de septiembre, el lugar, la estación de Las Delicias. Desde el primer instante el periodista describe lo que está viendo y muestra las razones de la convocatoria. Refiere un ambiente de solemnidad, para la empresa, para los viajeros y “para el ideal, tanto tiempo acariciado, de estrechar relaciones entre dos pueblos más separados por la vida que por el espíritu”. Se pone un poco rebuscado cuando escribe: “Multitud, oh musa de los trenes baratos, quien hubiese sentido sobre su pluma el roce de sus alas”. Pero es crónica de viajes llena de detalles y de datos comprobados. El tren parte a las seis y media, 400 viajeros, adiós Madrid, pasa por pueblos cercanos, por las colonias veraniegas, en una de ellas se celebra la fiesta de la patrona. Un pormenorizado relato. Paran en Talavera, pero solo diez minutos, así que se agolpan en la cantina. “Lo primero es cobrar, dijo el mozo, un filósofo sirviendo en la fonda de una estación”. Insiste en que se trata de un viaje de prensa y sigue aportando detalles, datos, información, contexto: “Estamos en Portugal, nuestra hora ha perdido veinte minutos, nuestra moneda el trece por ciento”. Observa que los madrileños se alegran cuando en Abrantes se encuentran con el Tajo “a trechos tan menguado que bien puede presumir el Manzanares”. A la salida de un túnel está Lisboa, en la estación, el cónsul de España, don Juan Castro, que fue a recibirlos y les presenta a periodistas portugueses, con los que cambian sus tarjetas. Visitan el *Diario de Noticias* y van a una opereta de magia. Un ejemplo de crónica bien armada, llena de humor. Muestra Palomero un gran dominio del lenguaje y aporta su impronta personal, que es un tono amable y una estética fin de siglo.

La crónica, género favorito recién importada de Francia, era el molde que mejor se ajustaba a sus condiciones personales, su preparación, su cultura y su intención a la hora de abordar los problemas. Como explicó en 1906 Rafael Mainar<sup>408</sup>: “La crónica es comentario y es información... es la referencia de un hecho en relación con muchas ideas; es la información comentada y es el comentario como información”. Eso hicieron todos, comentarios, historia, contexto, información, en cada uno de sus escritos.

---

<sup>407</sup> Sawa, A. “¿Por qué?”, *El Liberal*. 24.2.1898.

<sup>408</sup> Mainar, Rafael. *El arte del periodista*, pág. 187.

Pero además, considerándose periodistas, no desdeñaron ninguna otra fórmula.

Sawa es reportero en *Alma Española* cuando el 27 de diciembre de 1903 escribe “Los Neoconservadores”, un seguimiento del partido conservador. Piensa en una hipotética caravana de “aspecto avieso”. Habla del partido moderado-histórico y de que los viejos de esa caravana saben del desierto. Y para ilustrar lo que quiere decir cuenta los antecedentes en una especie de parábola, también de imaginaria religiosa: Que todo pasó en el año 73, cuando fueron expulsados de Jerusalén y de sus galas, por el ‘terremoto del 68’ (la revolución) y “volvieron a su condición de nómadas, hasta que la Restauración les abrió las puertas”. Afirma que el pastor de esa tribu es un “andaluz torvo impulsivo, con instintos de ave rapaz que se hacía llamar Cánovas”. Hay análisis, documentación y seguimiento.

Y reporteros demuestran ser Palomero, al cubrir los estrenos de teatro, y Barrantes, al investigar la situación de los presos aprovechando que también él estaba preso en la cárcel Modelo de Madrid. Y Luis Bonafoux cuando sigue el affaire Dreyfus para diferentes medios en los que colabora.

Pero si alguno de los cinco destacó especialmente en el reportaje fue Dicenta, y las entregas dedicadas a las minas de Linares y Almadén lo demuestran. Las primeras para *El Liberal*, las segundas desde *Alma Española*. En los dos casos cumple lo que también recogería Rafael Mainar para el reportaje: “Información, investigación y el mejor modelo para representar la realidad”.

En 1903 Joaquín Dicenta era una figura considerada y admirada, aunque también señalada por su complicada vida bohemia y aventurera, que se mezcló con los mineros como un reportero audaz. Mostró en los reportajes su solidaridad con el esfuerzo y el sacrificio infrahumano pero también sus dotes de escritor y de observador. Ensayó paradojas, comparaciones, y mezcla en su trabajo imágenes tan aparentemente alejadas como “besos de luz y cantos de pájaros” con “la negrura sepulcral de los fondos mineros”.

Logra ser muy eficaz a la hora de pintar los ambientes con esta técnica. Parece que se trata de un acuerdo con el director de *El Liberal*, Miguel Moya, de escribir tres o cuatro capítulos, cuando dice Dicenta que podría escribir un libro entero, “el poema de miserias y torturas”. Define la mina como “un aparato de tortura que la naturaleza ha planeado y la codicia ha perfeccionado”<sup>409</sup>.

Consigue un reportaje muy bien hilado, ejemplar para el periodismo actual, en el que no faltan ni adjetivos ni datos, ni detalles ni descripciones.

---

<sup>409</sup> Dicenta, Joaquín. “Entre mineros. A flor de tierra”, *El Liberal*, el 2 de febrero de 1903.

Es en el cuidado del lenguaje donde pone el énfasis para lograr transmitir las emociones e injusticias que ha visto. Habla con la cercanía del corresponsal y la pasión del enviado especial. Se refiere al “homicida calor de las fundiciones”. Va dando sus impresiones por capas, como la mina: formación, escalonamiento, de arriba abajo, como un “cinematógrafo angustioso”. Narra las impresiones de “meterse en un cubo que sube y baja por abismos de cientos de metros”. Afirma que no hace falta bajar para enterarse de con qué salvaje crueldad la mina destruye al minero. “Basta mirar entre los puestos de turrón de la Navidad la coloración pálida de la piel, el matiz blancuzco de los labios, la tristeza humilde de los ojos”. Su profundo conocimiento le hace dar un paso más y apuntar que “los niños de esa raza tienen la cabeza gorda, el cuello delgado, las piernas corvadas, la sangre empobrecida de los padres”.

Ritmo de reportero, relato de literato, descripción de la observación directa: “El sombrero sobre los ojos, la colilla entre los dientes y el cuchillo en la faja”. Hay en la primera entrega minera, corroborado en las siguientes, oficio de periodista, arrojo de investigador, relato, pesquisa.

Son cinco entregas vividas e investigadas, y en la sexta se aproxima a un género híbrido y tan moderno que se instauró tiempo después, el perfil. Esa narración que está entre el relato, la biografía personal y la entrevista. “El hampón” aparece el 19 de enero de 1903. Fija la escena en un bar de mala muerte, donde “había un hombre y cinco o seis entretenedoras de la casa”. Describe a las mujeres y al hombre, que pedía botellas de jerez “sacando de entre la camisa su pañuelo, convertido en bolsón, y del bolsón duros y más duros”. Tras la aproximación ambiental afirma que “era un minero hampón, es decir, un bohemio de la mina, un hijo pródigo de la mina, presto a dilapidar en rapidísimas horas de goce el caudal humilde que horas sin cuento de trabajo le permiten recoger en la mina”. Asegura que todo el mundo ignora en Linares la procedencia de estos hampones. “Llegan, surgen de pronto. ¿Del monte huyendo de la guardia civil?, ¿del presidio?, ¿de un burdel?”. Aporta el dato de que en las oficinas, con lo que deja claro que ha acudido a las fuentes de información, ignoran los nombres de los trabajadores. Y detalla que tampoco les interesa a los dueños, y a los accionistas, menos. “El hampón llega a la mina, se contrata como destajista, desprecia el peligro, dobla turnos y sólo lo ven los jefes cuando va a cobrar la quincena”. Y como una trágica parábola que se repite, relata que ese día, el de la quincena, el hampón reaparece, va a la taberna, bebe, acaba en el café-cantante y convida y reúne a las mujeres, “paga sus caricias y satisface su hambre inagotable de gozar, que termina de hartarse en un burdel infecto cuando su última peseta desaparece”.

Perfil biográfico también hace Antonio Palomero en *El País*, el 30 de noviembre de 1897, con motivo de la muerte de otro respetado periodista

bohemio o bohemio periodista, Rafael Delorme. El periódico le consagró íntegra la portada, con textos y perfiles de sus colegas periodistas compañeros de bohemia: Ricardo Fuente, Alejandro Sawa, Claudio Follo. Palomero le dedica una de sus habituales “Comedia Humana”, en verso:

“La barba inculta / las botas rotas, / sin dos pesetas / le conocí / lleno de alientos y de entusiasmos (...) poeta siempre / vivió contento y enamorado del Ideal; / guío sus pasos / en este mundo / su fe en la hermosa / Fraternidad (...) Le repugnaba / la venta infame / y en la pobreza / quiso vivir... Pobre Delorme / puro y honrado / como vivía / quiso morir / la barba inculta / las botas rotas / sin dos pesetas / pero feliz.”

Un homenaje al compañero de cenáculo y de experiencia vital, hilvanado con lenguaje llano, medido, y estética purista.

Entre el perfil y la entrevista reportada está la ‘entreviú’ que le hace Palomero a Benito Pérez Galdós<sup>410</sup>. No era un género habitual, pero es la prueba de que esta generación estaba subida en la modernidad y claramente dispuesta a abrir los caminos hasta el periodismo que hoy conocemos. “Hablando con Galdós”, con tan simple título, y tan poco agraciado gerundio, prueba un género bastante nuevo que se acabará imponiendo en el periodismo de principios de siglo. Incluye en la entrega la presentación del personaje y preguntas y respuestas. Relata el *making off*: “Una insistencia que habría parecido al maestro aterradora pero que yo puedo justificar con el deseo de contar al público las impresiones que trae el ilustre escritor de su entrada triunfal en la circulación literaria del mundo”. El motivo era la traducción al francés de algunas obras del autor canario.

Practica el perfil al describirlo bondadoso, amable y buen amigo, utilizando un lenguaje algo rebuscado, adulador y a veces ahuecado. A pesar de ello no duda en afirmar que al escritor no le gustan nada los aduladores, que se cierra ante “el aria de las alabanzas que tanto gustan los espíritus mezquinos”. Asegura que para hablar con él ha tenido que usar “de una diplomacia que hubiera asombrado al propio Mettternich. Hube de empeñarle mi palabra de que nuestras conversaciones serian secretas”. Y añade algo que cómo mínimo hace reflexionar, porque escribe: “Mas ya es sabido que la palabra de un periodista no vale los cinco céntimos que cuesta el periódico donde escribe”. Dudosa afirmación y la constatación de que, aun siendo los cinco elegidos modernos y adelantados profesionales, no conocían el significado del concepto *off de record*.

Sin embargo, publicada en la primera página del periódico, con casi columna y media de extensión, en la entrevista no sólo hay preguntas y respuestas, incluye la descripción de las reacciones del entrevistado. Y

---

<sup>410</sup> *El Liberal*, el 14 de abril de 1900.

revela Galdós que ha hablado en París con Isabel II “una señora muy bondadosa, muy amable, muy simpática, quería conversar con ella, pedirle algunas noticias de su infancia y la ex reina de España, sin traspasar los justos límites de la discreción, me ha suministrado datos curiosísimos para mis dos últimos Episodios de la tercera serie: Los Ayacuchos y Bodas Reales”. He aquí una aportación periodística con calidades de exclusiva: Nada menos que la manera de documentarse de una figura como Galdós, que es capaz de entrevistarse con Isabel II, exiliada en París, para comprobar algunos datos que piensa utilizar en su obra. Puro rigor y profesionalidad en la búsqueda de las fuentes, tanto en el periodista como en el entrevistado.

Los cinco elegidos prefieren las crónicas, aunque no dudan en practicar el reportaje, se les va a veces la mano con la opinión y el posicionamiento ideológico o social -consecuencia de prácticas de un oficio en transformación-, pero no hacen ascos a la noticia. De hecho se surten de noticias de los periódicos para desarrollar sus textos firmados. Pero en ocasiones también demuestran su vocación periodística escribiendo noticias. Y las firman, con lo que subrayan la importancia de su nombre para los periódicos donde escribían.

## 12.5 Redactores y articulistas

Noticia curiosa, propia de reportero avisado y sagaz, es la que encuentra y escribe Antonio Palomero en *El Nuevo País*, en enero de 1899. La titula “Una sorpresa” y recurre al humor para contarla, tras enterarse del suceso. No obstante realiza una introducción que es más confesión biográfica y aproximación personal a la teoría del periodismo: “Desde que empecé a trabajar en los periódicos -y ya va larga fecha- vengo oyendo a todos mis directores la misma cantinela: Cuidad la sección de sucesos, que tiene mucho público”. Y asevera que: “Preciso es reconocer el instinto del público, los sucesos que tanto desprecio inspiran a los hombres graves, entusiastas del artículo de fondo, son algo más que la crónica diaria a cargo del gobernador civil, cronista más o menos ameno según los casos”. Confiesa que “veo pasar la vida entera con sus desgracias trágicas y sus sainetes a través de esos cuatro o cinco sueltos de la segunda plana, yo suelo leerlos con la impasividad consiguiente, pues no es cosa de llorar las penas del prójimo, ni compartir sus alegrías, cuando no suele uno preocuparse de las propias”.



Tras tan enjundiosa confesión y clase ilustrada del oficio, pasa a relatar el suceso en cuestión:

“Cierta sirvienta, hallándose desacomodada, pidió albergue a una antigua conocida. Esta la recibió con gusto, la dio de cenar y la ofreció su cama, ya que otra no hubiera podido ofrecerla. Acostaronse, pues las dos amigas, y es de suponer que dedicaran a platicar de sus cosas, ese espacio de tiempo precursor del sueño, que los demás mortales solemos ocupar con la lectura de cualquier libro interesante. Al poco rato la sirvienta nota con espanto que su amiga sufre una transformación inesperada: tira postizos y rellenos, se declara francamente Adán con el derecho que por clasificación le corresponde y quiere usar de él, o abusar mejor dicho, pues este verbo es más propio de semejante situación. La cosa asusta a la sirvienta, joven honesta y recatada, que sale a dar parte a la autoridad”.

En la redacción de la noticia hay criterio, ritmo, talento para contar y ética para enjuiciar. El mismo Palomero aparece en *El País*, en julio de 1899, firmando varios sueltos desde San Sebastián, con la siguiente presentación: “Por telégrafo de nuestro corresponsal especial”. Se trata de las recepciones de la reina Regente a algunos ministros, o la firma de ciertos acuerdos de esos consejos ministeriales del verano, por lo que podemos pensar que el diario lo había destacado a la ciudad donostiarra como enviado exclusivo durante los meses de verano.

También Luis Bonafoux redacta noticias desde París para *El Herald*, y las envía por telegrama, que aparecen en el periódico, firmados y fechados con la hora de envío. En ellas sigue la información que genera el caso Dreyfus y lo hace desde París o desde Rennes, a donde se ha desplazado para el juicio. En cada telegrama recoge declaraciones, reacciones, argumentos de las defensas y actitud de jueces y de acusados.

Todos demuestran su condición, y vocación, de periodistas siguiendo y publicando las noticias y también los artículos de opinión. Aunque estuvieran de capa caída ‘los fondos’, aquellos artículos de alcance político propios del periodismo del siglo XIX, y aunque no dudaran en aderezar sus textos con criterios personales, tampoco renunciaba ninguno de los elegidos a ensayar artículos en los que verter sus juicios de valor y sus posiciones éticas y estéticas. O la defensa, que ya pensaban muchos entonces que la mejor era un buen ataque.

El primero, Bonafoux, protagonista de no pocos enfrentamientos con autoridades, colegas o desconocidos. Lo llamaban La víbora de Asnières por el veneno que ponía en sus adjetivos y era temido precisamente por su manera de aniquilar con las palabras. Sus artículos se ajustaban como las piezas de un reloj: inductivos, de juicio explícito y nada especulativo.

Brillante como era, aparentemente no le costaba nada encontrar la frase que retratara o hundiera al objeto de sus críticas. Un ejemplo es la columna publicada en *Madrid Cómico*, en noviembre de 1899, que tituló “A tal tío”. Solía ponerse él mismo por delante para explicar la lógica de sus reacciones, así que indica: “Embotello el odio ajeno para que fermente como la miel de caña”. No obstante afirma estar sorprendido ante ciertos ataques personales, “ahora que vivo en París, dándomelas de proscrito a lo Ruiz Zorrilla”, como el de un señor Redonet “que no sé quién es, y acaso no lo sepa él mismo”. El tal señor es sobrino del alcalde de Santander, “el cual decomisó de las librerías de la ciudad y recogió en el carro del ayuntamiento, según dijo la prensa, obras de Zola, Pérez Galdós, Nakens y Bonafoux entre otros”. Protestó la prensa de Madrid y Bonafoux, cree recordar, que llamó burro al alcalde.

Por ese motivo el sobrino atacó a Bonafoux en un folleto y éste encuentra en ello asunto para hilar un artículo, donde contesta lleno de acidez, de brillantez y de talento. Escribe que a Redonet le molesta que los críticos consideren a Bonafoux, “y a pesar de no haber leído los libros, le parecen repugnantes porque son contrarios a Dios y a la Humanidad, porque se burló de la Encíclica del pontífice por recomendar que se rece el rosario ante el problema obrero”. Tal argumento es ponérselo muy fácil a una pluma como la de Bonafoux: “Para el Sr. Redonet las cuentas del rosario son algo así como albondiguillas. En cuanto el obrero reza, ya tiene resuelto el problema de comer”.

Con las garras del estilo afiladas, sigue: “Redonet cree que Dios me pedirá cuentas por mis blasfemias. Creo lo mismo. Pero si voy por blasfemo al infierno, Redonet no estará muy lejos por idiota”.

En las columnas de opinión usaban todos la primera persona. En la misma revista, al mes siguiente, vuelve Bonafoux a mostrar su dominio del lenguaje y de la autodefensa en otro artículo. Lo titula “Curándome en salud” y lo escribe con motivo de la futura Exposición Universal de París. Parte de una confesión biográfica: “Hace dos años que vengo siendo víctima de una persecución epistolar que me tiene frita la sangre”. Y pasa a quejarse de que los lectores han imaginado que es “agente universal o confidente con obligación de responder a toda clase de cartas y dar toda clase de informes”. Y encima paga multas por las cartas que le llegan sin el correspondiente franqueo. Se queja de que igual le hacen el encargo de un prospecto de maquinaria que le preguntan si fulano sigue viviendo en tal calle o si quiere encargarse de unas bailarinas que iban a la exposición, “No señor, no quiero encargarme de las bailarinas”. Se declara harto y escribe que “esos y otros señores empiezan diciendo que me leen y que me admiran. Pues no me leen, ni me admiren”. De fondo está la Exposición Universal, “unas personas cuentan conmigo para que les haga de guía, otras

esperan que las aloje y no siendo partidario de exposiciones ni de ninguna fiesta en manada, estaré el menor tiempo que pueda en la que nos amenaza el año próximo”. Y confirma la fama que tiene de cascarrabias para espantar tanta atención, “sepan que vivo en un barranco”, dice. También cuenta que el pianista Gonzalo Núñez le escribió “tenga la bondad de decirme a qué hora se le puede ver y cómo se va a su casa”. Y que le contesta, y es lo que le sirve de tema de artículo, “nadie lo sabe, ni yo mismo lo sé” y empieza a exagerar con que su calle no es calle sino carretera y lodazal, pintando un espacio dantesco, “si aun así hay gente que sigue amenazándome con venir a admirarme, cuando yo no me admiro ni poco ni mucho, sacaré un frasquito de peste bubónica por si no basta el virus árabe que tengo almacenado”.

Artículo con trasfondo de experiencia personal es el que dedica Barrantes a la embriaguez, en *El País*, en agosto de 1903. Una suerte de columna moral que parte de una premisa, la frase de Edmundo de Amicis, “todos llevamos nuestro monstruo sobre los hombros... Somos eternos juguetes de nuestras pasiones y nuestros vicios”. Así que afirma que la ventura o el infortunio del individuo no son sino la resultante natural y lógica de sus acciones. Aunque avisa que no se considera fatalista, está hablando de las tres “incurables enfermedades del alma, la concupiscencia, la embriaguez y el juego”. Su teoría es que la causa de esos males terribles es una célula mal puesta en el cerebro del individuo. Con cierta simpleza en el análisis afirma que el crimen, la locura, la envidia, todo es producido por esa célula colocada un milímetro más acá o más allá. Pasa por encima del concupiscente que “abandona a la fiel esposa y los hijos para perseguir ídolos de barro”; pasa también de largo por “el vértigo del jugador”, para centrarse en el borracho, esclavo de todos. “Para el borracho el vino lo es todo, alegría, hogar, familia, amistad, presente, porvenir”. Un bien armado artículo deductivo, de juicio explícito y expositivo, lleno de juicios de valor y alarde descriptivo del borracho. Parece sentido y vivido desde dentro: relata con todo detalle cómo empieza el borracho, cómo acaba y cómo vuelve al día siguiente.

Artículo de opinión hace Joaquín Dicenta en *El Imparcial*, el primer día de 1900, cuando habla de “la agonía del siglo que enterramos anoche, nació proclamando el imperio del derecho y muere en pleno dominio de la fuerza”. Recuerda que “Libertad, igualdad, fraternidad, dijo el siglo XVIII al despedirse de la vida y hoy al cabo de cien años no aparecen por ninguna parte”. Afirma que el siglo que termina ha llorado y ha suplicado, “ese es el error haber suplicado. El derecho no suplica, no se arrodilla. La caridad hace diecinueve siglos que quiere resolverlo todo y no resuelve nada”. Termina diciendo que hay que sustituir la caridad por la justicia, esa es la

misión del siglo XX. Hace un intencionado y comprometido repaso al siglo XIX en un artículo inductivo de juicio explícito, expositivo y valorativo.

## **12.6 Información u opinión**

El recuento de las tablas, no obstante el estilo de cada uno, arroja una preponderancia de la información sobre la opinión. Aunque en cada escrito se pueden deducir tendencias y preferencias, todos están llenos de información, de datos, de hechos. En cada uno se parte de la contemplación de la realidad. No hay ejercicios de estilo en el aire, no hay pensamientos sin base palpable. Por eso resulta significativo que, como se ha señalado al inicio del capítulo, el 73,2 % de los textos sean de carácter informativo y menos de la tercera parte, el 26,7 %, opinión. Y es preciso recalcar que incluso en este segundo caso nunca falta el dato, la peripecia comprobable. Todos se apoyan en un suceso para desarrollar su idea o para mostrar la realidad del país.

Eso en un momento, no se puede olvidar, en el que no estaba establecida una línea clara que distinguiera al periodista del literato. Si unos difunden información y otros crean ficción, estos cinco representantes de la bohemia, como muchos de sus colegas, hicieron las dos cosas, si bien procuraron centrarse en la primera cuando escribían para los periódicos. Y puede que sea ese el principal punto de apoyo para clarificar sus posturas, porque durante todo el siglo XIX, y también en el periodo del que nos ocupamos, no había límites definidos con claridad entre la tribuna política, la cátedra y la prensa. Hay que decir que tal ambigüedad no ayuda, es tan conflictiva que lleva a una relación de amor y odio entre periodismo y literatura.

Para muchos autores periodismo y literatura son dos mundos completamente diferentes, con objetivos y métodos muy distintos. Mientras que otros matizan una suerte de complementariedad. Afirman que el periodismo informativo tiene características evidentes muy alejadas de las de una obra literaria, y admiten que algunos textos periodísticos se podrían tomar como obra de creación con elementos próximos a la literatura.

Si en el periodismo en sentido estricto destaca la función informativa con un lenguaje asequible para el lector medio, y donde lo que importa es que lo que se cuenta sea entendido rápidamente por el lector, podemos afirmar que la producción de estos cinco elegidos es básicamente

periodística. Pero si acordamos que en la literatura lo que importa más es la forma, la belleza de expresión, también hacían literatura.

Si se acepta que ésta última está dirigida a públicos más restringidos y el periodismo quiere llegar toda la sociedad, podemos decir que los cinco autores de esta tesis se dirigen a toda la sociedad madrileña y española. Pero si atendemos al criterio de que el lector de prensa busca información veraz sobre algún hecho importante de la actualidad, y la quiere conseguir en un corto espacio de tiempo, mientras que el lector de libros lee sin prisas por el placer de la lectura, para disfrutar del estilo y sin buscar ninguna novedad, nos encontramos en un callejón sin salida aparente. Los cinco periodistas seleccionados para este trabajo aportan en sus escritos información veraz sobre asuntos de la actualidad, pero también tienen una vocación de estilo, de contar las cosas no de cualquier modo. En una continua búsqueda de la belleza, según las propuestas bohemias.

El centenar de textos analizados son ejemplo de esa controversia. Son muy literarios y están comprometidos con la información. Y es en esta disyuntiva en la que se ha distinguido, para aportar otro elemento de valoración, la clasificación diferenciada de estilo periodístico y estilo literario. En el primer grupo se han incluido todos aquellos en los que se detecta como mayor preocupación el relatar los sucesos de manera clara y directa, los que optan por primar las novedades. Mientras que en el segundo, los que apuestan por buscar la belleza más allá de la primicia, los que sacrifican la rapidez de informar por la forma de expresión brillante y esbelta.

## **12.7 Estilo periodístico, estética urbana**

En cuanto al estilo, recordemos que el resultado también favorecía al periodismo: 28 % de estilo literario y 73 % periodístico. Pudiera parecer que estos artistas bohemios, aun siendo literatos reputados, hacen todo lo posible por ejercer el periodismo, no solamente porque sea su modo de vida, sino como opción profesional. Ya se ha indicado que todos ellos hacen referencias en sus escritos a la práctica y dificultades del oficio.

Otro criterio que se ha incorporado al análisis cuantitativo es si se da una estética común. Los más de 100 trabajos incorporan diferentes voces, posturas y temáticas, que indican tanto preferencias personales como opciones políticas, pero todos guardan parecida estética urbana. Las

historias que muestran se desarrollan en las calles, en las fábricas, en el parlamento, en los cafés, en los ateneos o en las iglesias, pero todas tienen un componente urbano. Exactamente 61 transcurren en la ciudad, apenas hay 6 enmarcadas en un contexto rural. En cuanto a lo que podríamos llamar paisaje social, 8 reflejan uno proletario o revolucionario, que igualmente podríamos considerar urbano, en 11 destaca el ambiente de fin de siglo y otros 5 muestran una atmósfera más cosmopolita.

La tendencia autobiográfica es otra característica que se repite: el recurso a la marca personal, al recuerdo íntimo. Estos periodistas y artistas rebeldes parecen tener la necesidad de contar lo que hacen y cuando lo hacen. De exponer sus críticas al sistema, su visión de la vida, su desprecio al burgués, su aspiración al ideal, su lugar en el mundo. Escriben la mayoría de ellos usando la primera persona, igual para dar cuenta de una noticia, que para elaborar una crónica, que asentar un artículo. Desde el yo buscan el arte, reprueban conductas, aplauden gestos amigos o denuncian la precariedad política de la sociedad donde viven. Eso sí, lo hacen, con mayor o menor fortuna, desde el ingenio, desde el romanticismo, desde una extensa cultura y desde la defensa de los desfavorecidos y la vida marginal.

Todos estos elementos son fácilmente identificables en las piezas y en los autores analizados. Los cinco poseen altura intelectual y sólidos conocimientos, todos pasaron por la universidad aunque no alardeen precisamente de ello. En sus frases introducen con toda naturalidad y lógica citas de autores clásicos, de pensadores europeos o de la mitología. Probablemente sea Alejandro Sawa el que más se prodiga en las referencias culturales, unas con fin pedagógico, otras estético y otras argumentativo. Pero si Sawa menciona a Nietzsche, Victor Hugo, Verlaine y la Reina de Saba, Barrantes lo hace con Don Quijote, Tolstoi y Beethoven; Dicenta con Rochstil, Balzac y Dante, y Bonafoux con Rodin, Ruiz Zorrilla y Pedro el Grande. Todos se muestran igual de comprometidos con el arte que con el periodismo, y a ambos dan importancia capital. Los cinco son experimentados escritores, con obra publicada y buenas críticas en el periodo que abarca este estudio, aunque luego olvidados. Los cinco andariegos, de intensa vida madrileña pero con estancias en otras ciudades, en el caso de Sawa y Palomero, y por razones obvias de Bonafoux, directamente relacionados con París.

Lugar común también es que, sin excepción, son críticos con la autoridad y con la burguesía, y todos están tocados por las maneras, aspectos y expresiones bohemias.

La burguesía especialmente es continuo objeto de rechazo, como una constante, a veces como principal argumento, en ocasiones mencionada solo al pasar. Antonio Palomero se ocupa en *Germinal*, en enero de 1897,

de un drama, el suicidio de dos enamorados de 20 y 17 años, y apunta un paréntesis nada piadoso: “Pero como, ¿aún quedan gentes que se matan por amor?, exclamará cualquier burgués pringoso mientras digiere los garbanzos (esos asesinos del sentido común)”.

A Palomero le parece admirable la actitud de los enamorados y es despectivo tanto con la imagen del burgués como con el propio término. Con ello parece dar la razón a José Esteban cuando apunta en su libro *Contra el canon* que los bohemios coinciden en una visión romántica de la vida, lo que forzosamente choca con las normas de la sociedad burguesa.

## 12.8 Diccionario bohemio

Junto al recurso a los calificativos, se observa en todos ellos el abundante uso de términos de clara carga social: miseria, orfandad, viudedad, amenazas, estadísticas, humillación, justicia, avaricia, solidaridad, muerte, salud, salarios, educación, esclavitud, tragedia, venganza, revolución, política, prostitución, juventud, regeneración, pasión, amor, clero, tiranía, poder, carnaval, pobreza, cultura, belleza, libertad y, evidentemente, bohemia. Tales palabras conforman el diccionario del periodismo bohemio, su mapa estético, sus escenarios, las preocupaciones de todos.

El asunto tratado en los textos seleccionados ha sido también un elemento tenido en cuenta en el análisis, contemplando tres opciones: una para el tema principal y dos para los secundarios, recurrentes y/o complementarios.

Los resultados no dejan lugar a dudas, son esa treintena de palabras las que reflejan el entramado de inquietudes, las que nombran las preferencias o las obsesiones, las que indican las cuestiones de las que quieren o necesitan escribir. Son las que generan las metáforas y las que encienden el lenguaje y el entendimiento, las que acogen los argumentos, las que indican los puntos de vista de las historias que cuentan para mostrar la realidad social.

Alrededor de esas treinta palabras arman estos bohemios periodistas una fronda que se acerca a lo literario por la brillante propuesta de comparaciones, símbolos, alusiones, metáforas, figuras e imágenes con las que enriquecen sus textos. Probablemente una aportación a la llamada Edad de Oro del periodismo que no ha sido reconocida, dado el interesado ninguneo histórico a que ha sido sometida tanto la bohemia en su conjunto como su vertiente periodística. Sin embargo se pueden espigar un

sinnúmero de lúcidas construcciones verbales, de sorprendentes giros lingüísticos, de atrevidas relaciones gramaticales que ya quisiera la expresión del periodismo de hoy.

Aunque difícil de cuantificar, reservamos otro campo en la base de datos confeccionada para la investigación, precisamente denominado Términos, para recoger desde figuras retóricas hasta enunciados originales, pasando por construcciones asombrosas, ingeniosas o en desuso en la actualidad. Caben en ese espacio expresiones lúcidas y sentencias sesudas, palabras e ideas.

Joaquín Dicenta, por ejemplo, cuando escribe la mencionada serie de reportajes sobre los mineros utiliza para describir sus condiciones de vida frases como “Jadeo de bestias azuzadas por el mayoral”, o “El fatigoso alentar de sus pechos”. Describe “con qué salvaje crueldad destruye la mina al minero” y saca su diagnóstico, “carne roída por la anemia y el cerebro por la ignorancia”. Señala sus diversiones, “guitarresca música y canciones rebosantes de estupidez”. Compara que “Las bestias hacinadas en el entrepuente de un barco tienen mejor acomodo y holgura que los mineros en sus domicilios. Un cubo que sirve de baño, palangana y escupidera” y afirma que realizan “labor ruda, más propia de caballerías”. El paisaje que contempla dentro de la mina está compuesto por “petrificados arroyuelos de plata” y “hombres con el torso desnudo”, que “ponen la mecha sin tiempo para escapar” y “vagonetas repujadas con fantasmas de carne y hueso”.

En Almadén ve que “las paredes sudan mercurio”, que existen “intoxicadoras tinieblas y vahos asesinos” y que “los obreros están hechos a respirar la muerte”. Como la explotación minera pertenece al Estado, lo llama “apaleador de millones” e indica que “el Estado español explota inícuamente”.

El zar de Rusia estuvo a punto de caerse del caballo, un accidente que evitó uno de sus ayudantes<sup>411</sup> sujetándolo con sus brazos. La noticia le dio ocasión a Dicenta de escribir un artículo al respecto, lleno de intención e ironía: en él habla del encuentro entre Rusia, Inglaterra y Francia, “abrazo a cuyo metálico crujido las naciones débiles se agazaman con temblores de angustia. Que nos lo pregunten a nosotros, rendidos sin amparo ante la codicia americana”. Y constata que “El amo hubiera caído si el siervo no hubiese abierto los brazos”.

Al hablar del dinero en otro texto<sup>412</sup>, llama a los bancos “Centros de estrujación humana” y expone que “el oro encomienda al azar y al favor lo que debiera pedir al trabajo y la honradez”.

---

<sup>411</sup> *El Liberal*, 21.9.1901.

<sup>412</sup> “Dinero”, *Alma Española*, 29.11. 1903.



Justifica a la juventud<sup>413</sup> y la defiende de los ataques de los establecidos preguntándose “¿Donde esta el Balzac viejo que sirviese de arranque a los Zolas futuros? ¿Donde el pezón que alimente de genio a la juventud hambrienta? Los nuevos solo hallaron biberones calcados en moldes extranjeros o hechos con cristales viejos del derribo romántico”.

No evita sus convicciones republicanas y socialistas, al contrario, las expone, cuando hace un repaso al año 1899 que termina y escribe: “La libertad es hoy una merced que el fuerte distribuye cuando se le antoja”. Así ilusiona y se llena de esperanza tras el estreno de *Electra*<sup>414</sup>, de Pérez Galdos, y el gran entusiasmo anticlerical que provocó. “El espectáculo de la otra noche puede ser el principio de resurrección de un pueblo. Aquella multitud delirante, ebria de entusiasmo. Ya está harta de mansedumbres femeninas y de encogimientos cobardes”. Habla en otro texto de “los que llaman pecado al liberalismo y crimen a la independencia de pensamiento. Cangrejos intelectuales y morales que andan hacia atrás impidiendo el paso de las generaciones libres”<sup>415</sup>.

Con las descripciones humanas y paisajísticas consigue Joaquín Dicenta imágenes tan plásticas como personales. De Castilla escribe, “Mucha luz en el cielo y poca alegría en la tierra. Naturaleza sedienta, amodorrada, codiciosa de aire y frescura”<sup>416</sup>. En una bailarina flamenca, ve “ojos pletóricos de luz” y habla de “una raza muelle, lasciva y soñadora. Mezcla de la danza árabe y egipcia, ardiente como la una simbólica como la otra”<sup>417</sup>. A las olas del mar las tacha de “rampa líquida que muere en la alfombra gris de la playa, bajo escuadrones de nubecillas blancas”. Y a los pescadores que faenan los llama “siervos de la red, sudorosos, jadeantes, sufriendo el incendio solar”. Se ocupa de la figura misteriosa de una viuda que viaja en un tranvía y confiesa que “los sujetos masculinos fijamos una mirada codiciosa”. Y cuando mira el atuendo de un autor que se le acerca, ve “el traje lleno de grasa y otras materias alimenticias”<sup>418</sup>.

Alejandro Sawa deja claras sus intenciones, su gusto estético, su sensibilidad social y su posicionamiento político cuando habla de Cánovas como un “andaluz torvo con instintos de ave rapaz”<sup>419</sup>. O al afirmar que “un bandido de trabuco es más probo que el cacoquimio pelotón de hombres hipócritas, mediocres”<sup>420</sup>. También cuando recuerda, en relación al caso

<sup>413</sup> “Los jóvenes”, *El Globo*. 4.7.1898.

<sup>414</sup> Dicenta, J. “¿Adelante?”, *El Liberal* 2.2.1901.

<sup>415</sup> Dicenta, J. “La batalla”, *El Liberal*, 20.7.1901.

<sup>416</sup> Dicenta, J. “La epopeya de una zingara”. *Don Quijote*, 13.4.1900.

<sup>417</sup> Dicenta, J. “Alegrías”. *Don Quijote* 2.3.1900.

<sup>418</sup> Dicenta, J. “Espumas”, *El Liberal*, 17.7.1901.

<sup>419</sup> “Los neo conservadores”. *Alma España*, 27.12.1903.

<sup>420</sup> “Los austeros”. *El Globo*, 19.4.1903.

Dreyfus, “aquella horrible jornada en que un hombre fue paseado vivo y roído de infamia ante cien mil semejantes suyos”, habla de “un hombre arrojado a las bárbaras gemonías de leyes que condenan sin escuchar”<sup>421</sup> al tiempo que “un viento de locura corría por los bulevares”<sup>422</sup>.

Sawa deja rastros de su biografía y de su manera de entender la vida en muchos de los textos. Alude a un momento concreto como a “uno de los minutos culminantes de mi andariega vida”. O afirma que “mis recuerdos personales son tantos que no sé por donde empezar a regimentarlos”. Rememora sus años en París, “donde el sol es de talco, la tierra es de fango y las flores son de trapo”<sup>423</sup> y afirma convencido: “Tenemos que morir, pero no antes de haber vivido”<sup>424</sup>, y en el mismo paquete vital: “A los 30 años es lógico morir voluntariamente”<sup>425</sup>.

Sus textos están llenos de referencias culturales y de homenajes a los escritores que más le gustan. De Baudelaire dice que “fue un desdichado superior”. Y habla de *La flores del mal* como “prefacio monumental, jaspe y oro, de esa rara pagoda de las letras levantadas por Carlos Baudelaire”<sup>426</sup>. Escribe de la muerte de Zola que “La noticia penetró en mi carne, alma adentro, como una bala, desangrando y rompiendo”<sup>427</sup>. Sus convicciones artísticas le hacen decir que “no hay sino dos clases de literatura: la de los hombres eternamente postrados, como las esfinges de piedra del Egipto esclavo y la de los hombres perennemente de pie, como el Apolo de mármol de la Grecia libre”<sup>428</sup>.

Metáforas y estallidos lingüísticos los tiene bien estudiados, piensa en “el luminoso escuadrón de verbos que forman el habla” o en “el abecedario íntimo de la magia y la taumaturgia. Capaz de traducir en ademanes y vocablos un repertorio de imbéciles”<sup>429</sup>. Construye a la vez que sentencia, “pareja de mendigos: fusión de miserias”. O, “volvían los soldados de Cuba como coágulos de nuestras hemorragias”.

Tiene clara su opinión sobre la Academia, “todos los espíritus reaccionarios, todas las almas ñoñas tienen en aquella mansión su casa natural”<sup>430</sup>. La considera un “epiceno, neutro, gris y ambiguo del que nadie

---

<sup>421</sup> “¿Por qué?”, *El Liberal*, 24.2.1898.

<sup>422</sup> “De vuelta a la vida”, *El Nuevo País*, 6.10.1898.

<sup>423</sup> “Un poeta muerto”, *El Heraldo*, 14.8.1901.

<sup>424</sup> “La fiesta de la juventud”, *El Liberal*, 17.8.1897.

<sup>425</sup> “De la vida”, *La Correspondencia Española*, 23.8.1903.

<sup>426</sup> “La estatua de Baudelaire”, *El Heraldo*, 24.9.1901.

<sup>427</sup> “Zola”, *Don Quijote*, 3.10.1902.

<sup>428</sup> “Centenario de Víctor Hugo”, *El Heraldo de Madrid*, 1.1.1902.

<sup>429</sup> “Crónica”. *El Globo*, 12.5.1903.

<sup>430</sup> “Canalejas y la Academia”, *Alma España*, 20.12.1903.

conoce firma literaria”. Y tampoco duda del papel de la prensa en su tiempo, “los periódicos hacían héroes de cualquier cosa”, y comprendía que “un altar puede convertirse en una picota, y las columnas de un periódico en un lugar de ejecución”<sup>431</sup>.

Barrantes era tremendista en sus poemas y extremado en sus juicios. Sus artículos a veces eran diatribas y sus versos cañonazos. Sacrificaba en ocasiones la profundidad por la efectividad, el esmero por la rima: “Aun nos acomete, furioso su enjambre, y hay muchas familias muriéndose de hambre. Cuando el pueblo altivo quebrante su yugo”<sup>432</sup>. Sus descripciones de los presos con los que compartió cárcel en una de sus detenciones como director de *El País*, son realistas, probablemente más cercanas al naturalismo, en boga aquel fin de siglo: “Los pobres presos, con las barbas tocando las rodillas para sentir menos la crueldad de la temperatura”<sup>433</sup>. Y aprovecha para dirigirse al ministro de Instrucción Pública y lanzarle un reto o hacerle una advertencia: “Yo os juro que si presenciáis ese cuadro vuestros ojos se llenarían de lágrimas”, y además una acusación, “cometer a sabiendas, señor ministro, tales horrores, sería cometer un delito de lesa humanidad”. Lo que cuenta no es solo documentación, es experiencia en carne propia, “Fui trasladado a una cárcel de pago. En el patio hervía una multitud abigarrada y harapienta”<sup>434</sup>. Unas vivencias provocadas por las condenas como periodista y la fatalidad, “el abogado, encargado por ofrecimiento espontáneo de mi defensa, de intento me ocultó su amistad con la parte contraria”.

No utiliza Pedro Barrantes tanto como los demás la primera persona en sus artículos y crónicas, pero deja traslucir más aspectos de su biografía, “el ambiente de perpetua rebelión en que vivo”, o “me devora irresistible afán”<sup>435</sup>, o “dejaba correr la noche vagando por las calles”, y “tengo el alma atrofiada y somnolienta. En estas llanuras desoladas del espíritu faltas de luz y de esperanza exentas”<sup>436</sup>. En agosto de 1903 escribe en *El País* una columna sobre la embriaguez, y en ella parece descargar algunos demonios personales, bien conocidos por sus contemporáneos, “cada uno de nosotros llevamos un germen que nos conduce a la desgracia”. Y se refiere con dolor a “la nostalgia, la terrible nostalgia del vino”. Cuando dedica una crónica a los gitanos del barrio de Cambronerías, a los que llama “Nuevos bárbaros del norte”, confiesa que “siempre atrajeron mi espíritu con irresistible

<sup>431</sup> “Niños descalzos”, *El Liberal* 24.2.1902.

<sup>432</sup> “Negativa”. *Don Quijote*, 13.4.1900.

<sup>433</sup> “Por los pobres presos”, *El País* 4.1.1900.

<sup>434</sup> “Navas del Rey, Impresión del viaje”. *El País*, 19. 9.1901.

<sup>435</sup> “Esperando”, *La Vida Galante*, 28.12.1900.

<sup>436</sup> “Lo pasado”. *Vida Galante*, 7.12.1900.

influjo vuestras hermanas, tiernas hasta el exceso y apasionadas hasta el delirio”<sup>437</sup>.

No faltan en sus escritos ni el ripio ni la lágrima fácil, “Amada divina, hecha de nieve y pétalos de rosa, estatua alabastrina que ilumina mi noche tenebrosa”<sup>438</sup>, y las descripciones un tanto precipitadas: “la lámpara del día empieza a alumbrar”, “la niña que alegraba a sus padres la caduca ancianidad”, “lluvia de derretido plomo el cielo cual inferno aborta”. En su crónica de agosto de 1900, en *El País*, sobre Alcántara, donde revela que pasó su infancia, habla de “mujeres cetrinas, prematuramente envejecidas, desnudas de pie y de pierna”.

Cuando se ocupa de su amigo, el bohemio francés Enrique Cornuti, con quien compartió tantas cosas, lo recuerda “vestido con andrajos que hubiera desechado un mendigo”<sup>439</sup>.

Los trabajos de Antonio Palomero se acercan mucho a los artículos de costumbres, ya que parten de una situación cotidiana, un suceso, un encuentro casual o una observación. Todos están impregnados de un fino humor y a casi ninguno le faltan unas buenas dosis de ingenio. Desde ahí hilvana historias con moraleja y da pinceladas que muestran cómo era la sociedad española de ese tiempo. En junio de 1901, en *El Liberal* describe una conversación que ha presenciado entre tres jóvenes, mientras esperaba una cita: “Eran pollos graduados de gallos”<sup>440</sup>. Y proporciona algunos apuntes cotidianos “nos creemos felices cuando estrenamos un terno, comemos en un restaurant de moda o viajamos con billete de ida y vuelta”. Igual puede ocuparse del baile de máscaras del Círculo de Bellas Artes, que del estío, de la creación del mundo o de la lluvia. “Los demás bailes son orgías baratas, bacanales de ultimo orden, a que solo asisten vestales sin fuego y sacerdotes de poco más o menos”<sup>441</sup>. “Verano que enciende la sangre hace brotar besos y promesas y aligera de ropa el cuerpo y de pesimismo el alma”<sup>442</sup>. La visión del hombre y la mujer no era precisamente igualitaria y así dice Palomero, “el hombre conjunto de todas las perfecciones, la mujer suma de todas las bellezas”<sup>443</sup>, cuando explica el proceso de la creación: “Montó el señor en cólera, aunque ya estaba montado en una nube”.

---

<sup>437</sup> *El País*, 3.2.1903.

<sup>438</sup> “Amor perfecto”. *Vida Galante*, 30 de noviembre de 1900.

<sup>439</sup> Palomero, A. “El último bohemio”, *El País*, 24.10.1904.

<sup>440</sup> Palomero, A. “Croniquilla. Tres ideales”, *El Liberal*, 8.6.1901.

<sup>441</sup> Palomero, A. “Baile de máscaras”, *Don Quijote*, 2.2.1900.

<sup>442</sup> Palomero, A. “Reprise de un drama”, *Germinal*, Enero 1897.

<sup>443</sup> Palomero, A. Almanaque de *La Vida Literaria*, Diciembre 1899.

Un suicidio anónimo, la crónica de un artista cuyo mérito es hacer ruidos, o músicas, con una parte de su cuerpo, un día de lluvia o la reacción de un canónigo ante las flores que generosamente ha llevado una artista, le dan pie para ejercer la piedad, ajustar el ingenio o ensayar la crítica más habitual entre los bohemios y modernistas, el anticlericalismo. Informa de que “José Rodríguez desempeñaba un cargo relativamente importante en una sociedad de seguros, más, por un sarcasmo de la suerte, él que aseguraba la vida de los demás, no tenía la suya muy segura”<sup>444</sup>; atestigua que “asegurado que su habilidad no molesta en nada a la membrana pituitaria”<sup>445</sup>; comprueba que “el pan no es pan sin la húmeda caricia de la lluvia. Era una maldición la sequía y un insulto el cielo puro y transparente”<sup>446</sup>; y demuestra con el desprecio del ramo de flores que “el suceso pone de manifiesto una vez más la ignorancia y la crueldad de ciertos ministros de la religión”<sup>447</sup>.

El robo de unas gallinas o cualquier hecho que encuentra cómico también le sirven para ensayar un talante de mirar la vida. “Desde que los dos primeros habitantes de la tierra se disputaron la primera gallina. ¿No sería cosa de preguntar su opinión a las gallinas?”.

Luis Bonafoux conocía muy bien el poder de la prensa, la diferencia entre aparecer o no aparecer en ella. Por eso siguió las peripecias de una compañía española de teatro en París. “El periódico mata con el silencio. Llegar a París y que el público no se entere es como la mujer que pretende medrar con sus devaneos y se queda en casa y cierra la puerta”<sup>448</sup>. Era brillante en la captura de imágenes y de la misma manera incluía descripciones, “pasillo oscuro que olía a queso, aunque fueran las tres” o “fuego fatuo de los estancos de Madrid”, para referirse a la brasa de un cigarro, que calificaba a un personaje ambicioso, “el ridículo pretendiente sueña con el poder supremo en su patria. Un tipo forrado pero hambriento de representación, larguirucho y almidonado y almibarado, que vestía de gomoso y calzaba botitos de charol con taconillos altos”<sup>449</sup>.

Como corresponsal de *El Heraldo de Madrid* escribía desde París casi todos los días, amén de las colaboraciones para otros medios, de manera que el abanico de atenciones sobre las que hincar su pluma era numeroso. Desde sucesos menores, estrenos y curiosidades hasta el seguimiento pormenorizados del caso Dreyfus o la firma del tratado de París entre

<sup>444</sup> “El suicidio de Rodríguez”, *El Imparcial*, 10.1.1898.

<sup>445</sup> “Un artista”. *El Nuevo País*, 7.12.1898.

<sup>446</sup> “Lluvia”. *El Liberal*, 28.3.1903.

<sup>447</sup> “Unas flores, una artista y un canónigo”. *El Nuevo País*, 21.3.1899.

<sup>448</sup> “Por la bandera”. *El Heraldo de Madrid*, 14.11.1901.

<sup>449</sup> “El pobre Matos”, *El heraldo de Madrid*, 12.1.1902.

España y Estados Unidos tras la guerra de Cuba. En todos los casos dejaba su impronta de escritor rápido, incisivo y brillante. Probablemente fueran la defensa y ataques personales los que le proporcionaron el sobrenombre de la víbora de Asnières. “La secuestrada se encuentra gorda y satisfecha”, o “el nuevo Argonauta se encuentra compuesto y sin novia”, son algunas de sus maneras de señalar. Y también “no hay feria sin embaucador, ni fiesta sin gitana”, para hacerse eco de un predicador que “con unción evangélica añadió, haced lo que yo, haceos tuertos, hermanos míos”<sup>450</sup>.

Sobre el acuerdo de paz fue especialmente contundente: “Para ese viaje a París, para decir amen, no se necesitaban traer discursos en las alforjas. Y no estoy seguro de que no hubiera puesto en ese salón de conferencia una bomba de dinamita”<sup>451</sup>. Y tras la repetición del juicio al capitán Dreyfus, “tan solo en Francia siguen con sus alaridos de hiena satisfecha los obcecados por la pasión y el encono”<sup>452</sup>.

No se andaba Bonafoux con paños calientes a la hora de calificar a quien no le merecía respeto. Tituló una crónica “Isidros y guachinanguitos”<sup>453</sup> para arremeter contra “esos literatuelos sinvergüenzas de oficio” y añadió sin ápice de duda: “Me producen un menosprecio rayano en vómito, ciertos españoles y casi todos los hispanoamericanos”.

Pero es en lo propio donde desplegaba todos sus plumas hirientes. Desde la primera persona ataca mucho más que defiende: “Yo no me admiro ni poco ni mucho. Vengo siendo víctima de una persecución epistolar que me tiene frita la sangre”. La exposición de París le dio la oportunidad de confesar, “no soy partidario de las Exposiciones ni de ninguna fiesta en manada”. Seguramente por eso a veces era la excepción en el anticlericalismo reinante: “Muy bien me parece el estilo libre, pero el piojo libre no me gusta, insectos de los que pululan así en las asambleas clericales como en las asambleas anticlericales”.

Defensa propia hace en un artículo que titula “Yo vil”<sup>454</sup>. Contesta a una carta crítica y primero muestra su satisfacción “de haber dado en este periódico el primer grito que dio España a favor de la inocencia de Dreyfus”, luego entra directamente al trapo “como si yo me dedicara a arrear acémilas”. Y le dice a su interlocutor, “un franchute de Alicante, pues si sospechaba usted, especie de gaznápiro, que su carta no daría resultado, ¿a qué la escribió usted?”. Y le aclara que es “una lástima que la

---

<sup>450</sup> “Ciegos y tuertos”, *Don Quijote*, 4.10.1901.

<sup>451</sup> “Por fin”, *El heraldo de Madrid*, 11.12.1898.

<sup>452</sup> “Efectos de la sentencia”, *El Heraldo de Madrid*, 11.9.1899.

<sup>453</sup> *Madrid cómico*, 27.1.1900.

<sup>454</sup> *El Heraldo de Madrid*, marzo de 1899.

cuna de las revoluciones por la libertad, la igualdad y la fraternidad se deje transformar en nido de sapos y de culebrones”.

Con Romero Robledo se despacha a gusto desde *Alma Española*<sup>455</sup>, "le tengo a usted mucha lástima"; "puede carecer de talento e ingenio, ser charlatán de plazuela". También debió quedar satisfecho con el repaso que dio al sobrino del alcalde en su artículo "A tal tío", ya mencionado. Demuestra Bonafoux que es rápido. Al tal sobrino le parecía repugnante que el periodista llamara bestia resignada a un pueblo como el ruso, y le parecía una blasfemia decir que los rusos elevan oraciones a un dios que jamás les hizo caso, "y para dar mayor fuerza a la blasfemia, le llama buen Dios con ironía que huela el corazón", escribe el sobrino. A lo que Bonafoux responde "¿como que lo escribí en invierno? porque cómo quería usted que yo llamase a Dios? ¿Mal dios? ¿Redios?".

Independientemente del estilo de cada uno y de los términos que cada cual aporte, hay una serie de metáforas, de imágenes que se repiten. Por convencimiento, por moda, por compartirlas o por ser propias del movimiento bohemio. La vida en el arroyo, el barro de las calles, el amor o sublime o comprado, los niños hambrientos, el frío, las tabernas, el mal vino, las deudas.

Son las inquietudes que les mueven a escribir, a contar lo que ven, a ejercer el periodismo, a mostrar la realidad. Todos se ocupan en sus escritos de las cuestiones palpitantes del fin de siglo: la economía, la miseria, la prostitución, las academias, la tradición, el gobierno, los funcionarios, la noche, la situación de las mujeres.

## 12.9 Lenguaje cuidado

Tras establecer el estilo, la manera de expresarse, su elección estética y los términos con que se emplearon, se incorpora otro valor de control: el tipo de lenguaje. Estableciendo diversas categorías nos permite marcar ciertas pautas para clasificar los diversos textos, aunque no de manera cuantitativa ni exclusiva, ya que pueden ser comunes en varios de ellos y en diversos textos, así como responder al momento, la temática o el estado de ánimo.

Cada una de ellas responde a un conjunto de conceptos descriptivos que los definen. La pretensión es descubrir cómo es el lenguaje que utilizaron. Y se

---

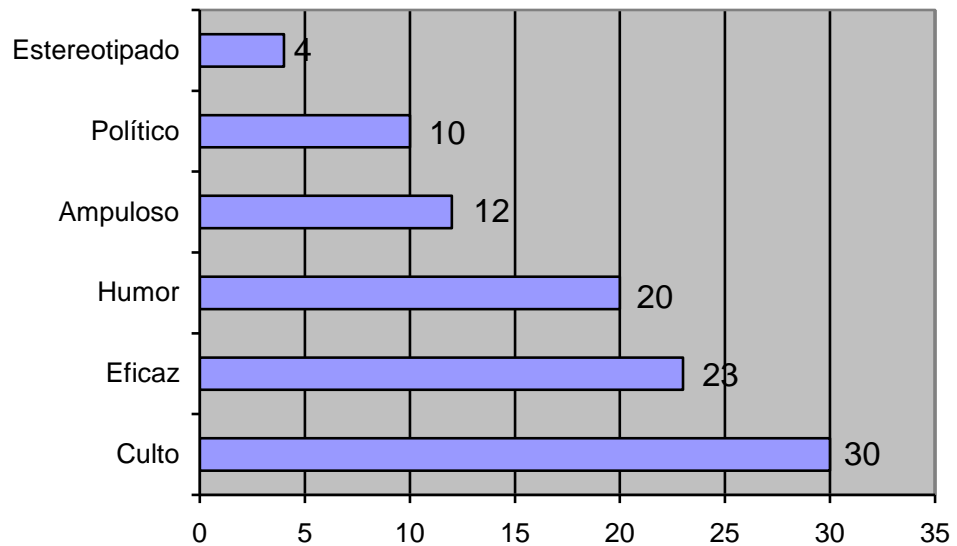
<sup>455</sup> El 8 de noviembre de 1903.

puede averiguar por la forma, por la intención, por la aspiración de hacerse entender o por la carga ética que aporta (gráfico 4):

- La pauta más repetida, 30 veces, está relacionada con la preparación de los autores, lo que permite indicar que estamos ante un lenguaje culto, cuidado, rico, académico, escogido y brillante. Se encuentra en todos los casos, pero es más evidente en los escritos de Alejandro Sawa.
- Le sigue, con 23 registros, una consideración que tiene como principal valor la eficacia, de modo que indica que es directo, claro, sencillo, llano, eficaz, incluso crudo. En este apartado el reparto resulta equitativo y común a todos, sin que se pueda ni se deba destacar a ninguno de los cinco.
- En tercer lugar resulta otra pauta, la que indica el humor que destila cada texto. Ahí se agrupan elementos de la ironía, la broma, la intención, lo festivo y el desenfado. Aparecen en una veintena de entregas.
- Después establecemos una consideración que indica unas cualidades en cierto desuso y propias del momento en el que se escribieron. Ahí están incluidos conceptos cercanos a lo rebuscado, barroco, ampuloso, grandilocuente, alambicado y aparatoso, en este apartado se cuentan una docena de casos.
- Por último, con menor presencia pero significativa por lo que indica, se anota otra categoría, que subraya un sesgo político más allá de la lógica persuasión, en la que se incluyen adjetivos que indican exaltación, ferocidad y ambiente mitinero. Aquí se dan una decena de ejemplos.
- Aun se podrían señalar unos cuantos casos, claramente excepcionales, en los que se distinguen extremos estereotipados cercanos al ripio y la ceremonia, con un tinte algo decimonónico, en la segunda acepción que da la RAE, en el sentido de “anticuado y pasado de moda”.



Gráfico 4.- CLASIFICACION DEL LENGUAJE



El apartado de las formas y representaciones del lenguaje camina a la par que el de la descripción del estilo, es decir, a las diferentes calificaciones que pueden proponerse alrededor del modo de escribir. El paso primero ha consistido en distinguir estilo literario de estilo periodístico como grandes caminos por las razones expuestas, pero el análisis merecía una mayor y más detallada aproximación. Por esa razón, aunque implica cierta dificultad, abrimos otro campo donde se han sistematizado una serie de adjetivos que calificaran o definieran la manera de escribir, de expresarse, por tanto, de cada uno de los bohemios elegidos. El resultado recogido refleja otros dos grandes grupos, el directo, más numeroso, y el indirecto, y luego de cada uno de ellos, resulta un rosario de cualidades que, de mayor a menor presencia, conforman un cuadro de interés: Descriptivo, 19 veces; crítico, 14; irónico, 11; apologético, 7; pedagógico, 7; acusatorio, 6; expositivo, 6; contundente, 6; dramático, 4; enardecido, 3; adulador, 3; provocador, 3; coloquial, 3; admonitorio, 3; callejero, 3; intimista, 3 y festivo, 3.

## **12.10 Criterios periodísticos**

### **12.10.1 Las fuentes**

Se estableció igualmente una clasificación con respecto a las fuentes, distinguiendo entre oficiales o extraoficiales, para conocer cómo las identificaban y saber cómo comprobaban los hechos de los que se ocupaban. Los resultados obtenidos son inapreciables para el enfoque que se pretendía, en el sentido actual de confirmación y certificación. Se ha visto que la mayoría de sus trabajos periodísticos estaban sacados de noticias de los periódicos, en buena parte fueron testigos directos y el resto respondían a reacciones ante medidas adoptadas por las autoridades política o judiciales, o bien a ataques o alabanzas epistolares.

### **12.10.2 Nombres propios**

Dividido en tres subgrupos, se ha creado otro apartado para señalar los nombres propios que aparecieran en los textos: Bien como protagonistas o testigos de la noticia, bien como citas culturales. Este último caso es el más frecuente, como se ha indicado al hablar de la cultura y preparación que mostraban estos cinco autores de la generación bohemia.

Los nombres propios protagonistas de la información, en el centenar de escritos analizados, están relacionados con la actualidad política del momento. El más mencionado, con diferencia, es el capitán Alfred Dreyfus porque de su caso se ocuparon Bonafoux, como corresponsal y enviado al juicio, y Alejandro Sawa en varias ocasiones. Tras él, por el mismo motivo, se repite el nombre del verdadero traidor del caso Dreyfus, Ferdinand Walsin Esterhazy, y el de Emile Zola. Tras ellos, a mucha distancia, los personajes de la política nacional, Romero Robledo, Castelar, Sagasta, Canalejas, Maura, el conde de Romanones, y de la cultura, Benito Pérez Galdós, Loreto Prado, Frascuelo, Lagartijo o Blasco Ibáñez. Además de los bohemios que se citan o son homenajeados, como se verá más adelante, pero en el caso de los textos analizados son Bonafoux, Sawa y Dicenta.

### 12.10.3 Entre dos fechas

Ya se indicó en el capítulo sobre la metodología que todos los escritos seleccionados estarían, por acotar el estudio, en el periodo comprendido entre 1895 y 1904. Para mayor exactitud, las fechas de publicación van del 21 de junio de 1897 al 20 de octubre de 1904. La primera corresponde a la publicación de “Reprise de una drama”, de Antonio Palomero, en la revista *Germinal*. Se trata de una crónica sentimental sobre el suicidio de dos jóvenes enamorados, que supone precisamente un canto a la vida, a la juventud y a la belleza, en contraposición con la monotonía y vulgaridad de la política del momento y las ideas y costumbres burguesas imperantes. La última es la de la crónica necrológica que Pedro Barrantes dedica a su colega y amigo de bohemia, Enrique Cornuti. Adjetivos plagados de dolor, cuidadosamente buscados para resaltar las virtudes del bohemio y dar cuenta de su dura existencia.

### 12.10.4 Las cabeceras

Se recogen también las publicaciones en las que aparecieron el centenar de textos. Todas se pueden consultar en las dos hemerotecas de Madrid, la Nacional, con su útil e impagable porción digitalizada, o la Municipal, con un agradecido sistema informático que permite capturar las páginas de los periódicos digitalizados. Las cabeceras se han clasificado por tendencias, para obtener cual era la más común en esos principios del siglo XX y finales del XIX. Habida cuenta de la idiosincrasia y diferenciaciones, han sido agrupadas en cuatro grandes bloques principales de acuerdo con el claro alineamiento político de la prensa del momento: Independiente (51'4 %), radical (28'7 %), conservadora (10'8 %) y progresista (8'9 %) (Gráfico 5)<sup>456</sup>. Como puede observarse, la mayor presencia de nuestros periodistas bohemios se da de modo destacado y mayoritario en los diarios clasificados como independientes y, en segundo lugar, en el grupo de cabeceras radicales, pero con una presencia significativa en la conservadora y en la progresista.

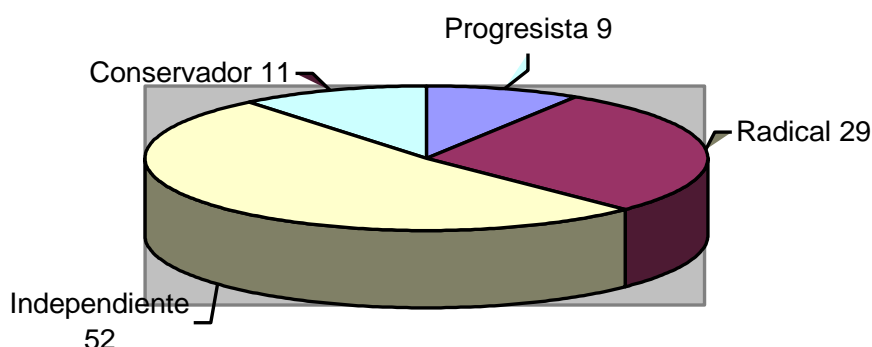
También se han consignado los nombres de sus directores respectivos, con el objeto de reconocer a quienes dieron oportunidad o recurrieron a los bohemios para llevar a cabo la clase de periodismo que tenían en su cabeza.

---

<sup>456</sup> Tabla 4 del Anexo I.- Tablas.

Directores modernos, avispados, compañeros y con visión amplia y no cerrada. Ellos fueron los responsables de que en *El Liberal* se publicaron 26 de los escritos aquí analizados; *El Heraldo de Madrid* acogió a 17 de los trabajos periodísticos seleccionados; 13 *El País*, y 4 el *Nuevo País*; *Don Quijote* publicó 13; *Alma Española* está representado con 8 textos; *El Globo*, con 4; *La Vida Galante*, 4; *Madrid Cómic*, 4; *el Imparcial*, 2; *La Correspondencia de España*, 2; *La Vida Literaria*, uno, y *La Ilustración Católica*, otro. Todos menos *La Vida Elegante*, que se editaba en Barcelona, se publicaron en Madrid. Ahí, entre esos nombres están representadas todas las tendencias ideológicas, la independiente, la republicana, la liberal, la conservadora, la progresista, la radical, la socialista, la monárquica y la bohemia. Incluso la católica.

Gráfico 5.- TENDENCIAS DE LOS PERIODICOS



Tras las cabeceras, quedan apuntados los dueños de las publicaciones, entre empresarios y políticos, que pretendían ganar dinero con ellas o apoyar la causa de su partido. Habitualmente las dirigían periodistas, al servicio de los intereses de los dueños, pero también eran profesionales inquietos que defendían el desarrollo de la prensa. Entre los directores de esos periódicos y revistas había figuras consagradas y editores de raza, como Miguel Moya, Francos Rodríguez, Eduardo Zamacois, Miguel Sawa, Ricardo Fuente, Gutiérrez Abascal, Jacinto Benavente, Rafael Gasset o Martínez Ruiz. También en algún momento ocuparon ese

puesto de directores, como se ha dicho, los propios Joaquín Dicenta y Pedro Barrantes.

### 12.10.5 Titulares cortos y en portada

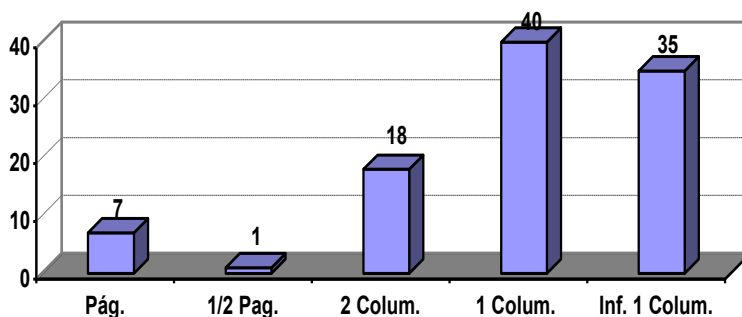
El seguimiento de los titulares se ha centrado en la extensión y la ubicación, para comprobar la relevancia de los contenidos dentro de los periódicos. Coinciden casi todos en su brevedad, por tanto son poco explicativos. Alguno reducidos a la mínima expresión, es decir apenas una palabra o dos: “Impresión”, “Juvenilia”, “Lluvia”, “Negativa”, “Tipos”, “Espumas”, “Alegrías”, “Alcántara”, “Esperando”, “Impresión”. O “Un artista”, “Por fin”, “Un recuerdo”, “Un robo”, “Niños descalzos”, “Los jóvenes”, “La batalla”, “La caravana”, “Amor perfecto”, “De cara a la mina”, “En los toros”. Cortos, claros y directos. A veces sin verbo, las más, demasiado genéricos, pero sencillos, fácilmente entendibles y en muchos casos contundentes. Hay en ellos intención y aspiración de ser comprendidos al primer golpe de vista. Tienen todos tal vocación de economía no ya de palabras, sino de letras, que cuando uno se llama “Unas flores, una artista y un canónigo”, como el de Antonio Palomero, destaca de largo en la relación.

En cuanto a la extensión de todos los texto, no se percibe uniformidad ni se pueden establecer comparaciones entre diarios y revistas, pero se constata que una buena parte de ellos, 40, ocupan una columna. Entre media columna y una hay 35. De dos columnas son 18. Una página entera la cubren 7, si bien en estos casos son de revistas. Y de media página, uno, como indica el gráfico 6.1<sup>457</sup>. Se puede decir que los textos de una columna o más estaban reservados a las grandes firmas de los periódicos. Lo cual nos indica una vez más la consideración que tenían estos cinco nombres elegidos.

---

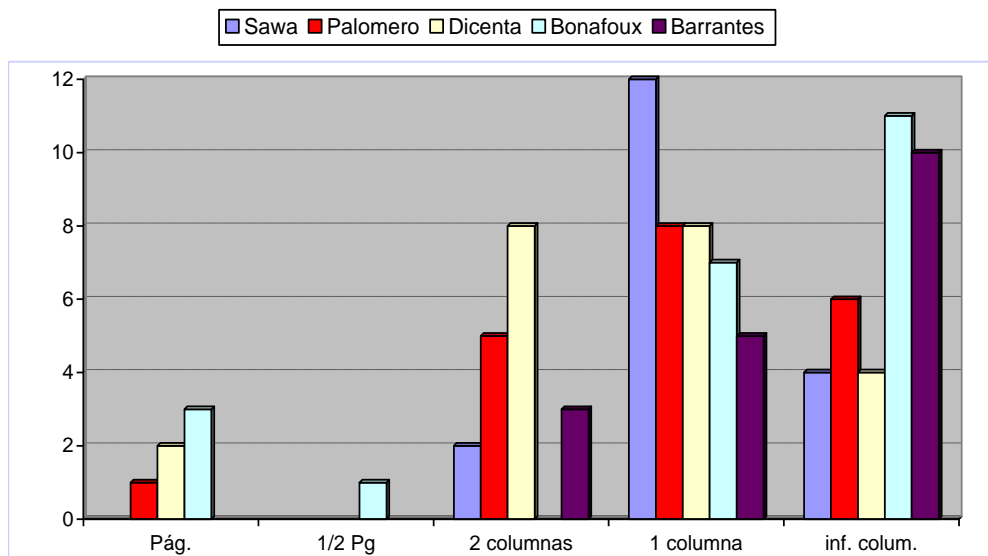
<sup>457</sup> Tabla 5 del Anexo I.- Tablas.

**Gráfico 6.1.- EXTENSIÓN DE LOS TEXTOS**



Si se pone la atención en cada bohemio (gráfico 6.2<sup>458</sup>), Dicenta y Bonafoux son los autores de 6 de los 7 textos de una página (3 cada uno, la séptima es de Palomero), y el primero tiene más textos de 2 y 1 columna que el resto, pero hay que recordar que fue director..., sin embargo Bonafoux es el que tiene más porcentaje de espacios inferiores a una columna, junto con Pedro Barrantes.

**Gráfico 6.2.- EXTENSIÓN POR AUTORES**



Además del espacio asignado, la ubicación de los trabajos en las publicaciones también proporciona información sobre la importancia

<sup>458</sup> Tabla 5 del Anexo I.- Tablas.

periodística atribuida a los mismos. Hay que tener en cuenta que los diarios tenían cuatro páginas, con lo que las variaciones son menores. No obstante se constata que nada menos que 53 (el 52'4 %) aparecieron en la primera página, es decir, en la portada. A la segunda fueron a parar 12 (12'8 %). A la tercera, 21 (21'7 %), y aquí es preciso señalar que *Don Quijote*, donde aparecen 13 de los textos, tenía solo tres páginas y dedicaba la segunda a su humor gráfico, con lo que lo que no entraba en portada debía aparecer por fuerza en la última. Los 17 restantes se distribuyen entre la cuarta y las que ocupaban en las revistas, que en el caso de *La Vida Elegante* eran 24 páginas y *Madrid Cómic*, por ejemplo, eran 8 (gráficos 7.1 y 7.2)<sup>459</sup>.

Gráfico 7.1.- PAGINA DE PUBLICACION

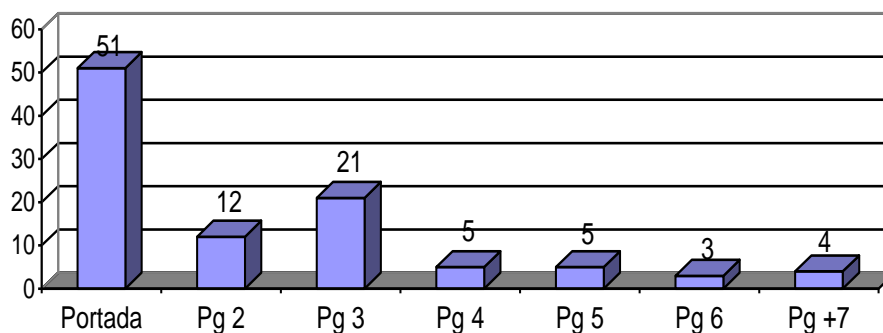
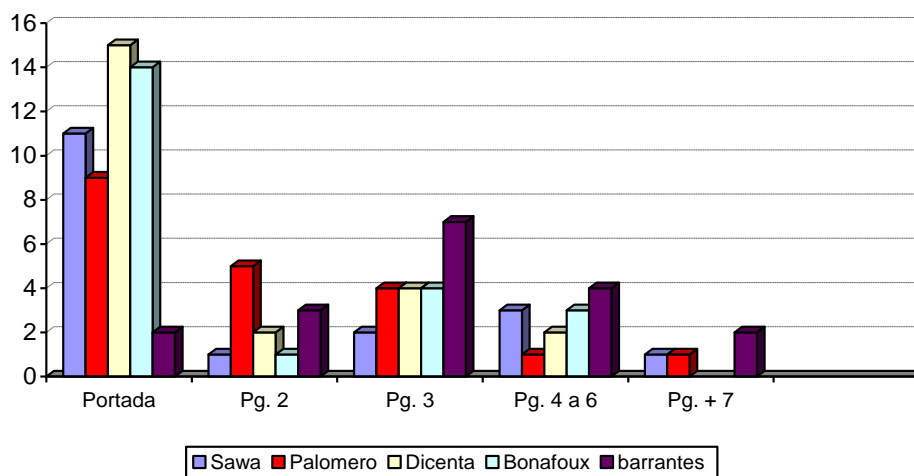


Gráfico 7.2.- PAGINA DE PUBLICACION POR AUTORES

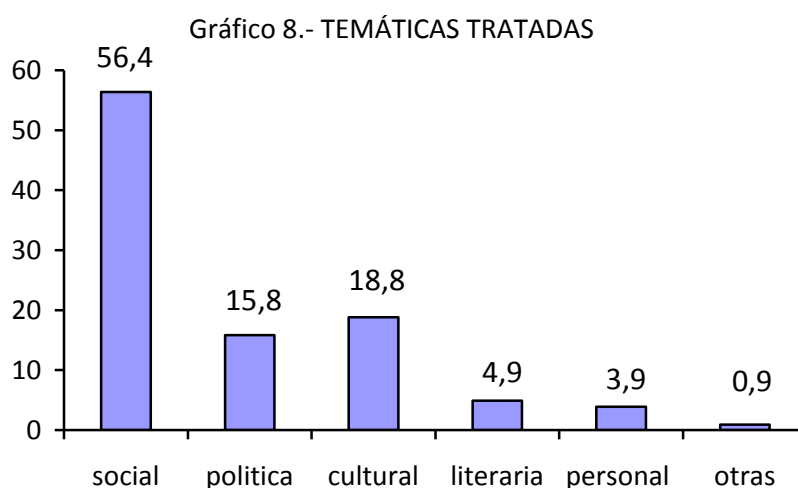


<sup>459</sup> Tabla 6 del Anexo I.- Tablas.

## 12.11 Materia social, política y cultural

En relación a los asuntos y preocupaciones que encendieron sus plumas, se reserva un campo en la base de datos confeccionada para intentar etiquetar las temáticas tratadas. Para no abrir demasiado el campo de visión y acercarlo a conceptos próximos a los actuales, se establecieron tres categorías: una social, otra política y otra cultural, las tres en un amplio sentido. Y se añaden otras dos que recogen el resto de contenidos: una que tuviera que ver con lo personal, con lo íntimo y otra para lo más literario. En la categoría de social se ha incluido todo lo que tuviera que ver con la sociedad, sus costumbres, sus carestías, sus economías o sus trabajos. Y resultó la más apabullantemente amplia. Nada menos que 57 textos (56'4 %) se refieren directa o indirectamente a ella. En la de política se han contemplado todas las relativas a iniciativas o medidas de los gobiernos, fueran nacionales o internacionales, y sumaron 16 (15'8 %). Sólo hay una que queda fuera de la clasificación mencionada, de contenido económico, que es el artículo titulado “Dinero”, de Joaquín Dicenta<sup>460</sup>. Hay más que hablan de economía o de pobreza o de salarios, pero se considera que encuadran mejor en el apartado de lo social.

Como contenido cultural suman 19 (18'8 %), y en él caben desde críticas a espectáculos, a reflexiones intelectuales o crónicas de estrenos y homenajes (Gráfico 8<sup>461</sup>).



<sup>460</sup> *Alma Española*, noviembre de 1903

<sup>461</sup> Tabla 7 del Anexo I.-Tablas.



Esta muestra es significativa y permite constatar unas presencias, unos intereses y unas estéticas en los medios periodísticos. Aporta datos iniciales, que seguramente podrían ampliarse y clarificarse con una muestra mayor, pero esbozan el panorama de la materia objeto de esta investigación. Los bohemios seleccionados ya han dejado demostrado tanto en estos textos como, sobre todo, en sus creaciones literarias y su presencia constante en tertulias y Ateneos, un lugar propio al menos en su tiempo. Su condición de literatos y su manifiesta preparación intelectual les hace aportar referencias clásicas en sus escritos, les permite ocuparse de ideas y reflexiones filosóficas y también de sus autores; evidentemente no tienen secretos para ellos las novedades ni en la poesía ni en la novela ni el ensayo: también les son naturales las relaciones artísticas, tanto clásicas como modernas. Sin embargo brilla por su ausencia casi cualquier conocimiento, guiño, cita, dato, recuerdo o recomendación musical. Salvo una suerte de crítica musical que hace Pedro Barrantes, en *La Ilustración Católica*, en la que loa la actuación de la pianista Cristina Puigduelles, ninguno de los otros hace mención alguna a la música, ni como metáfora, ni como imagen, ni como recurso cultural. Palomero incluso llega a decir que “no entiendo una palabra de música”, cuando estaba haciendo la crónica del estreno de una zarzuela, con letra de su amigo Dicenta.

## 12.12 Asuntos y rasgos recurrentes

Igual que se observa en el centenar de textos revisados, entendidos y anotados, la presencia de los seis principios bohemios de Bark, también se aprecian en ellos los principales temas y rasgos de la bohemia estudiados por los investigadores.

La bohemia posee un aire determinado, una forma de vida que evidentemente no era aristocrática ni burguesa pero tampoco tenía nada que ver con la clase obrera, ni proletaria ni menesterosa. Puede empalizar o solidarizarse con el explotado, denunciar sus condiciones de vida, apiadarse de su sufrimiento y de los abusos a los que es sometido, pero ni es uno de ellos, ni pertenece a su clase.

Si los bohemios son seres noctívagos en los que la noche y las sombras envuelven la mayor parte de su actividad se comprueba en muchos de los escritos.

Si la escritura bohemia y su producción literaria es esencialmente urbana se demuestra en casi cada uno del centenar de trabajos. Es la estética

que impera, pero es también el escenario donde se desarrollan las historias que cuentan. Si bien su ciudad no es la de provincias, es la capital. Los sucesos parecen ocurrir en su recorrido esencial, el café, la librería, la taberna, la pensión de huéspedes, el Retiro, el prostíbulo, la cárcel, el hospital, la Casa de Socorro, el teatro o los barrios bajos.

Si los artistas bohemios buscan lo sublime en las capas más bajas de la sociedad, en las marginales, abriendo el camino a la posterior poesía social y la literatura comprometida, siempre desde una actitud ética y estética, varios de estos nombres, especialmente Alejandro Sawa y Joaquín Dicenta, lo practican en sus crónicas y artículos.

Si los bohemios, en su mezcla de obsesión y atracción y descoloque, en un momento histórico en que la mujer empezaba a ganar terreno en su lucha por la emancipación, la representaban o como mujer fatal o como prostituta o como fiera defensora de su prole, queda palpable en los textos. Imágenes y roles especialmente observados en cuatro artículos de Dicenta, “Espumas”, “En los toros”, “El velo de la viuda” o “Epopéya de una cingara”.

Si el vino es otro de los temas, además de fuente de inspiración, porque representa la sangre, la juventud, la vida eterna y la embriaguez, - “con atracción poderosa de abismo”, escribe Barrantes en *El País*, en agosto de 1903- se percibe su presencia en muchos de los textos. Su representación indirecta, en forma de homenaje a la memoria de Baudelaire o Verlaine, o el modo de ahogar las penas de algunos de los compañeros de viaje.

Si hay dos colores que están representados tanto en los trabajos como en la conciencia y en la actitud de los bohemios, son el rojo y el azul. El rojo como color de los sentidos vivos y ardientes, de la pasión, del deseo, de la herida y la muerte; el azul, el color del ideal nunca alcanzado. Pues los dos aparecen continuamente en este centenar de textos. El primero en los labios rojos de algunas mujeres y en las heridas tanto del cuerpo como del alma. El segundo asoma continuamente en la esquina de muchos párrafos, para pintar el Ideal del que hablan o el cielo, a veces como escribe Palomero en enero de 1900 en *El Liberal*, con motivo de la muerte de un bohemio, Ulises Barbieri: “Tiende las alas por espacios ideales y mira el cielo azul que todos vemos pero que no todos sabemos contemplar”.

Si otro tema recurrente en la obra de los bohemios es la figura de Cristo, como un bohemio más que toma partido por los desheredados, aquí es citado por Alejandro Sawa, Pedro Barrantes y Antonio Palomero precisamente como metáfora, como comparación, como camino de piedad para los pobres y desamparados.

### 12.12.1 Sobre una realidad monótona, triste y negra

Hablan de la actualidad y ella les da la oportunidad de elegir sus temas. Le prestan atención o buscan huir de ella, por monótona y por triste. Así lo explica Palomero en su artículo de *Germinal*<sup>462</sup>, en enero de 1897: “La monotonía antipática de la vida hace vulgar e insufrible las majaderías de nuestros grandes hombres”, y pone como ejemplo a Silvela, Sagasta, Aguilera, o la Pardo Bazán: “El discurso de Silvela, la resurrección de Sagasta... nada de eso me importa”. Y cuenta la vida que pasa, la gente y los afanes de los jóvenes, y le parece más auténtico.

En “El velo de la viuda”<sup>463</sup> también Joaquín Dicenta huye de la vulgar y triste realidad para ocuparse de la gente, “sonó el timbre, se detuvo el tranvía y una mujer hermosísima subió a la plataforma”. Y se ocupa de la gente en *Don Quijote*, en abril de 1900, cuando cuenta la lucha atroz entre una mujer y un perro fiero por una escudilla de agua. Ambos muerden, ella por el hijo enfermo.

Aquí la preocupación por las personas es más social y reivindicativa, pero igual de auténtica. Es lo que hacen los cinco en casi todas sus colaboraciones periodísticas, abordan los problemas de la gente, que son los de la sociedad, desde la independencia de las mujeres, la libertad sexual, el clero, hasta la locura, la pobreza, la miseria, el gobierno, la corrupción política... Sus crónicas eran la historia cotidiana de lo que pasaba en Madrid, y por extensión en España. Ellos, como periodistas, fueron los relatores de esos años cruzados entre dos siglos. Y como tales, con su sensibilidad y sus intereses de grupo, mezclaban sus inquietudes e inspiración literaria con los temas sociales y políticos, pero siempre como paisaje de fondo el mundo de miseria que afligía los barrios de Madrid. Confirman los cinco los apuntes de Emilio Chavarría<sup>464</sup>: “Los comentarios sobre autores y obras modernistas por un lado y por otro la corrupción política, la miseria y la pobreza social. Conformen tres bloques temáticos, el Modernismo, lo social y lo autobiográfico que a veces se alternan o se mezclan”.

En la mayoría de los textos, como se ha dicho, hay una noticia, un hecho pegado a la actualidad que les da pie para criticar a la anquilosada España oficial. Cuando describen la miseria lo hacen como testigos directos, contando las masas de mendigos de Madrid, lo que refleja una situación social insostenible. Pintan el retrato de una corte de los milagros

---

<sup>462</sup> Palomero, A. “Reprise de un drama”, *Germinal*.

<sup>463</sup> Dicenta, J. *El Liberal*, en octubre de 1901.

<sup>464</sup> En la edición y estudio de “Crónicas de la bohemia”, pág. LII.

mugrienta que proporciona una imagen de España dura, sin que gobernantes ni políticos se preocupen por buscar soluciones.

Queda subrayada en buena parte de las historias que cuentan la incapacidad política para asumir las reformas sociales necesarias para la regeneración del país. En diciembre de 1903, en *Alma Española* publica Sawa “Los neoconservadores”, donde critica a los posibles sucesores de Cánovas y sus ideas para resolver los problemas del país. Habla de “confabulaciones pavorosas” y de repartirse y jugar con “la desgarrada y sanguinolenta piel del palpitante cuerpo nacional”. Busca referentes católicos y dibuja un panorama en el que,

“han llegado a encarnar el reverso de las cuatro virtudes teologales, Maura, el escurridizo y altanero es la Imprudencia; el padre Montaña (confesor de la reina y presidente del Tribunal de la Rota) es la Injusticia; el general Linares, -‘el gimnasiarca de Santiago de Cuba’- la Debilidad. Fernández Villaverde, la Soberbia, la Ira. Y todos, el Desastre y la Muerte”.

El mismo Alejandro Sawa, en “La ola negra”<sup>465</sup>, habla de “la espesa y tétrica legión de los hambrientos, con sus largos dientes amarillos que piden pan y sus manos como zarpas que reclaman trabajo”. Y de la “torpísima gestión de los gobernantes”. Afirma que no cree en la caridad como remedio a las aflicciones sociales, y asegura que “para curar un caso de lepra valen tales medicamentos, para curar la lepra se necesita el saneamiento total de la ciudad y del ciudadano”.

Avisa Bonafoux en *El Heraldo de Madrid*, en noviembre de 1901<sup>466</sup>, que la regeneración “no debe estar en los labios sino en los hechos”, y Palomero reclama en *El Liberal*, en marzo de 1903, que “se administre discreta y sabiamente la política hidráulica”. De las críticas no se salva la clase política, ni el gobierno ni la oposición turnista. El mismo Palomero escribe para *Alma Española*, en noviembre de 1903, uno de sus famosos romances firmados con su seudónimo, Gil Parrado, en el que da cuenta de una triste reunión del partido laboral. Titula su texto “Política en broma” y en tono crítico y decepcionado describe “el olor a pimienta y alcanfor que ofende las pituitarias, símbolo de la reserva de un partido-camarilla”.

Tal vez el mejor resumen sea el de Joaquín Dicenta, en *El Globo*, en julio de 1898, cuando escribe, “Aquí todo es pequeño, la política, la ciencia, el arte”. Lo hace en una crónica que titula “Los jóvenes”, otra de las constantes que aparecen en buena parte de los escritos de los cinco.

---

<sup>465</sup> Sawa, A. “La ola negra”, *El liberal*, 17.6.1898.

<sup>466</sup> Bonafoux, L. “Por la bandera”, *El Heraldo de Madrid*, 14.11.1901.

### 12.12.2 El pulso entre lo nuevo y lo caduco

Fue uno de los frentes abiertos a los que más tinta dedicaron, igual que todos los literatos y periodistas modernistas de su época. La lucha entre lo joven y lo viejo, lo vertical y lo horizontal, lo nuevo y lo caduco, lo moderno y lo añejo fue una constante. Y los cinco están de acuerdo en que los principales males de España pasaban por ahí: unos empeñados en mantener el pasado en no cambiar nada, y otros propugnando un puesto, un avance, la llegada de sangre joven. Para los bohemios la España oficial estaba ocupada por charlatanes, vividores y cobardes obsoletos.

La defensa de la juventud y los ataques a la Gente Vieja se muestran igual en la forma que en el fondo. Sawa se refiere a Baudelaire, en *El Heraldo*, en septiembre de 1901, “como un triple dios, de belleza, juventud y gracia”. Y ya había escrito en *Madrid Cómic*, en una crónica que tituló “Tipos”, en octubre de 1900, un grito en defensa de la juventud y contra la España atrasada y la sociedad estancada. Afirma que “la rebelde e impía terquedad de los viejos en ceder los puestos es lo que forma el sedimento rencoroso de la juventud”. En *El Heraldo*, el primero de enero de 1902 recuerda el centenario de Víctor Hugo y menciona, como los únicos que se hicieron eco de tal aniversario, a *El País*, “y una revista nueva, *Germinal*, levantada a brazos por gente moza”<sup>467</sup>. Reprocha el poco caso que los medios hicieron al gran maestro, pero apunta: “No creo yo que la España nueva le niegue su población, su ofrenda”. Y describe que “tampoco es difícil advertir algunos cisnes, muy pocos, muy contados, entre la muchedumbre de gansos que nos rodea”, antes de ensayar una arenga: “Pongámonos en pie, miremos de frente el provenir. El porvenir es un acreedor implacable y nada tan villano como la generación que solventa sus deudas endosándoselas a las generaciones venideras”.

Palomero aplaude a Galdós en *El País*, en febrero de 1901, porque “Su espíritu siempre fresco gusta de vivir entre la mocedad. Por eso la juventud le admira y le quiere”. Y Joaquín Dicenta escribe en la crónica mencionada de *El Globo*, “he tratado de cerca a esa juventud, la he oído hablar, expresarse, los conozco y sé que valen mucho más que lo que sus detractores imaginan. Tienen ideales grandes, descubren horizontes nuevos, pero el medio es hostil a sus ideales”<sup>468</sup>.

En la misma medida que se ensalza a los jóvenes, se pide una oportunidad para ellos o se reclama el puesto que merecen para que

<sup>467</sup> Sawa, A. “Centenario de Víctor Hugo, *El Heraldo* 1.1.1902.

<sup>468</sup> Dicenta, J. “Los jóvenes”. *El Globo*. 4.7.1898.

propicien la regeneración de España, se denigra a quien sostiene el viejo orden inmovilista y apolillado. El que tantos sufrimientos trajo al pueblo español.

De esos sufrimientos también se ocupan y preocupan estos cinco escritores. Y el mayor, el que condicionó a todos los intelectuales fue evidentemente la guerra con los Estados Unidos y la pérdida de los últimos restos del imperio colonial español. En artículos y crónicas todos dejan un recuerdo, un ambiente, un aroma, un dolor que habla de desastre, de mala política, de muerte, de confusión, de inmovilismo. O de las viudas, o de los miles de jóvenes muertos y heridos, o del papel, primero prepotente y sin medir las fuerzas y luego cobarde y entregado, de España. Sawa se refiere, repasando lo de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, a “la doble hemorragia de sangre y oro en que nos agotamos”<sup>469</sup>. Y Dicenta habla en *El Liberal*, en julio de 1901, de “los que ensangrentaron con luchas fratricidas provocadas por ellos la tierra española” los mismo que “los que por su intolerancia nos han llevado a la derrota fuera y a la miseria dentro”<sup>470</sup>.

Los versos incendiarios de Barrantes también tienen el eco de la infamia, del dolor y de la vergüenza del desastre.

### 12.12.3 Sobre ellos mismos y sobre la bohemia

Escriben sobre los males de España, pero también sobre ellos mismos y sobre la bohemia. Se ocupan unos de otros, porque son tema de conversación, o de artículo, porque se hacen homenajes mutuos, porque se apoyan, o porque estaba de moda y era de lo que había que hablar.

Así que la cumplida muestra de escritos está llena de ejemplos. Aparece Dicenta aludiendo a Sawa, Barrantes mencionando a Bonafoux, Palomero tratando sobre Dicenta, como en un juego de espejos en el que todos se apoyan y se reflejan.

Dicenta le dedica un breve a Alejandro Sawa, en *El Liberal*, en enero de 1899, con motivo de la adaptación de una obra de Alfonse Daudet, lo considera “hermano en letras” y afirma que “entre familia no hay cumplimiento”. Y tras la introducción teórica del amor fraterno, afirma que “el triunfo del hermano es el de todos nosotros, de todos los jóvenes”.

---

<sup>469</sup> Ibid. “La ola negra”.

<sup>470</sup> “La batalla”, *El liberal*, 20.7.1901.

Ambos, dice, forman parte de la Gente Nueva enfrentada a la Vieja. Además da cuenta del reciente regreso de Sawa, tras sus años parisinos, así que saluda su vuelta “a la patria en momentos de angustia, ahora unos con los ojos puestos en la prebenda y otros con el alma puesta en el porvenir posible”. Habla de regeneración y, dirigiéndose a él dice, “tu vienes a ayudarnos. Llegas a tiempo, tu y tu obra hacéis falta”<sup>471</sup>.

En diciembre de 1898 el gobierno francés concedió a Bonafoux la cruz de la Legión de Honor, como corresponsal del *Heraldo de Madrid* en París, Barrantes le dedicó una columna en *El País*<sup>472</sup>:

“Amigo Bonafoux: en esta casa se le quiere tanto como se le admira, que diría el simpático Gómez Carrillo. El oscuro pelotón de soldados que lucha en *El País* por un ideal generoso tiene siempre un aplauso para el inimitable cronista cuyo ingenio convierte en oro todo cuanto toca”.

Palomero habla de Dicenta con motivo del estreno de *Curro Vargas* drama lírico en tres actos y en verso, con letra de Joaquín Dicenta y Manuel Paso y música del maestro Chapí. “Acostumbrados al lenguaje chabacano y grosero de las zarzuelas, el alma se ensancha con una versificación inspiradísima, siempre correcta y elegante”<sup>473</sup>.

De bohemia habla Alejandro Sawa desde París en la fiesta de la juventud, donde se celebra, estando él mismo presente el día de la inauguración, el aniversario del autor de *Escenas de la vida bohemia*.

También desde la capital francesa hace una declaración Bonafoux, en este caso contraria: “Detesto la bohemia física, la única bohemia que aplaudo es la bohemia de la independencia”<sup>474</sup>. Estamos en noviembre de 1901 y ya algunos empiezan a despreciar la golfemia, si bien ésta se entrega a la libertad y a la insumisión.

Palomero y Barrantes se ocupan igualmente de este movimiento en sus trabajos. Este con el homenaje que le hace a Enrique Cornuti en su necrológica, aquél con el que hace en verso a Rafael Delone, ambos habían pasado por las celdas de la Cárcel Modelo y recordaron hechos de la bohemia de Delorme: “Siempre digna, noble y honrada y vivió contento y enamorado del Ideal; / guío sus pasos / en este mundo / su fe en la hermosa / Fraternidad (...) Le repugnaba / la venta infame / y en la pobreza / quiso vivir...”<sup>475</sup>

---

<sup>471</sup> Dicenta, J. “Para Sawa”, *El Liberal*, 22.1.1899.

<sup>472</sup> Barrantes, Pedro. “La cruz de Bonafoux”, *El País*, 5.12.1998.

<sup>473</sup> Palomero, A. “Crónicas teatrales”. *El País*, 11.12.1898.

<sup>474</sup> Bonafoux, L. “Por la bandera” *El Heraldo de Madrid*, 14.11.1901.

<sup>475</sup> Palomero. “Delorme”, *El País*, 30.11.1897.

En *El Liberal*, el 7 de enero de 1900, escribe Palomero una crónica titulada “El último bohemio”. No era la primera con ese título ni sería la última, ya que el mismo ha sido repetido hasta la saciedad. Lo que hace Palomero con motivo de la muerte de Ulises Barbieri, “escritor italiano más conocido por su vida borrascosa que por sus obras literarias”, es encontrar una ocasión para “extender una nueva papeleta de defunción a la bohemia. Que es un cliché que aparece cada vez que se hace la necrológica de un artista que pasó por el mundo feliz con sus ensueños y satisfecho de su miseria”<sup>476</sup>. Y aprovecha para reivindicarla después de defenderla. Asegura que ni se sabe quién fue el primer bohemio “ni el que cerrará la lista”, aunque “bien podrían los severos censores de la injuriada clase incluir en ella a cuantos, desdeñando la prosa de la vida, tienden las alas por espacios ideales y miran el cielo azul que todos vemos pero que no todos sabemos contemplar”. Para él, bohemio es sinónimo de artista y “el artista no solamente escribe, esculpe, canta o pinta: Napoleón es un bohemio que pasea sus sueños por el mundo”. Y añade que es inútil la tarea de “nuestro tiempo utilitario”, critica el grito de que hay que hacer algo práctico. A eso considera un grito humano, y “contesta la voz divina que solo saben escuchar los elegidos con la resurrección de todos los idealismos”.

Termina su crónica, en la que no ha vuelta a dar noticia de Ulises Barbieri, arengando: “Vivid siempre, artistas despreciados, bohemios injuriados, cuantos sabéis convertir en oro el barro miserable, cuantos llegáis a la frontera de la locura. No os importe que los refranes de Sancho interrumpen los delirios de Don Quijote, ni que se rían de vuestra melena rizada por la suave y perfumada mano de la mujer querida”.

Del ideal, de alcanzarlo o de soñarlo hablan todos en algún momento. Tal vez en esto sea en lo que se distinguen más estos periodistas bohemios de los otros periodistas, también modernistas y noventayochistas. Porque en preparación, base intelectual y seguimiento de la actualidad no se perciben tales diferencias.

Porque estos también fueron directores y plumas brillantes y prestigiosas y consagradas. No había gran distancia entre la actividad, pasos, escenarios, ocios y presencias de los Mariano de Cavia, Miguel Moya, Alfredo Calderón, Fray Candil, Cristobal de Castro o Martínez Ruiz, Ricardo Fuente, Luis Bonafoux, Joaquín Dicenta, Alejandro Sawa, Pedro Barrantes o Antonio Palomero. Igual de pluriempleados, las mismas noches por las redacciones, parecidas tertulias. Unos perfiles en los que se

---

<sup>476</sup> Palomero, A. “El último bohemio”, *El Liberal*, 7.1.1900.



mezclaba el reportero, el literato, el autor teatral, el cronista y el crítico, porque de todo hacían todos.

Posiblemente los estudiados aquí fueran más radicales, tanto en su forma de vida como en las posturas políticas. Aunque también aquí los matices se confundían en mezclas y caminos cruzados. Miguel Moya fue hombre más poderoso, más emprendedor y más empresario que el resto, pero Dicenta también estuvo en no pocas iniciativas periodísticas, dirigiéndolas y empujándolas. Mariano de Cavia pasaría por una imagen más conservadora y en principio menos bohemia, sin embargo su vida fue si no tan desastrosa sí tan irregular, nocturna y bebedora cómo la de los más crápulas bohemios. En cuanto a posturas radicales en lo político, se puede decir que Dicenta y Sawa, sí, pero no tanto Palomero. Y Bonafoux sería tan insurrecto como ellos en la defensa de la verdad y el ataque a las injusticias, pero más descreído en el republicanismo o el socialismo. Y Barrantes sería aún más subversivo en sus maneras, más tremendista que ninguno a la hora de denunciar los males de España, pero tuvo su momento, alimenticio o vital, en el que se acercó a posturas precisamente conservadoras.

Cada uno defendió sus ideales, principalmente en medios independientes, liberales, progresistas o radicales, pero también en otros conservadores. Bonafoux y Sawa hicieron sus proclamas en *Madrid Cómico* y Dicenta en *El Imparcial*. Lo que indicaba o la apertura de miras por parte de esas publicaciones o la predisposición de sus directores, atentos a acoger las muestras de talento contrastado o vivos a la hora de detectar lo que estaba en boga, y lo que se practicaba y se veía era la bohemia, por tanto incorporaban a sus periódicos esas firmas bohemias.

No se puede olvidar que el ambiente fin de siglo, en pleno Modernismo, con una sociedad cambiante, con una gente joven reivindicándose y una gente vieja cortándoles el paso podía producir posturas bohemias, epatantes, reivindicativas o desesperadas. Y es lo que se trasluce en buena parte del centenar de textos leídos. Pero por encima de todo se comprueba una presencia periodística profesional y unos puntos de preocupación y asuntos de interés general propios de la agenda mediática del momento.

Las diferencias están casi en los matices. Sus vidas desordenadas, sus temas propios, la aspiración al ideal, la bohemia, la atracción por la marginalidad, el compromiso con los pobres y las enredadas relaciones con algunas palabras y conceptos, como la figura de Cristo y el papel de la mujer.

La imagen de Dios e incorporar la figura de Cristo en sus redacciones y los argumentos para regenerar la política es otra señal de identidad. Con la paradoja que supone recurrir, desde posturas radicales y anticlericales, a

hacerse eco del castigo divino o de la moral que exuda de la religión, como en muchos textos de Sawa y algunos de Joaquín Dicenta, por ejemplo, en el relato de la venganza del Tío Quico, quien debe salvar el honor de su yerno aun a costa del castigo atroz de la propia hija del viejo. Un descarnado relato en el que Dicenta denunciaba la moral religiosa y la situación de sometimiento de la mujer.

Estas venganzas y pasiones son a menudo lugares comunes entre los bohemios, que desembocan en historias donde el papel de las mujeres queda si no en entredicho sí en un limbo discutible. Como si sólo entendieran de extremos y en función de ellos las elevan a los altares o las condenan al arroyo. O es víctima y usada y por su belleza acaba en la prostitución o hace víctimas a los hombres. O es esclava o es malvada. Aquella condenada, cándida y llena de hijos, ésta poderosa, fatal y engañadora. Ese rastro maniqueo se puede seguir en muchos de los artículos y las crónicas analizadas. Y tal vez lo peor es la moraleja que traslucen, todo pecado tiene su penitencia, y las mujeres fatales o víctimas, engañadas o vampiresas, acaban pagando las consecuencias de sus actos. Una visión muy paternalista, probablemente la común entre los intelectuales del momento, a pesar de convivir ya con una más que consolidada corriente ideológica feminista. El matiz bohemio es el sueño de convertir a las mujeres del arroyo, donde habrían caído por maldad propia o por esclavitud ajena, en princesas.

El tedio, la indolencia, la miseria, la cárcel o la muerte, parecen ser algunos de los trazos habituales con los que completan sus cuadros sociales. En estas estampas también cabe el análisis de la propia prensa. No sólo es una fuente principal de sus informaciones, lo que demuestra que la siguen, que son lectores de periódicos, sino que la analizan.

Por los textos se comprueba que empezaban a cubrir viajes y se organizaban estrenos para la prensa. La crónica donde Palomero se hace eco del extraño artista cuyo espectáculo gira en torno a los ruidos que logra sacar de una parte de su cuerpo, indica “así lo comprobamos ayer, en la sesión o el concierto preparatorio que el galante empresario Mr. Banquarell dedicó a la prensa”<sup>477</sup>.

---

<sup>477</sup> Palomero. A. “Un artista”. *El Nuevo País*, 7.12.1898.

#### 12.12.4 Y de periódicos y de periodismo

Se observa que también tratan, a veces entre líneas, de periódicos y de periodismo. Hay ecos, referencias y comentarios sobre directores y sobre maneras y rutinas de la incipiente profesión. Palomero hace continuas alusiones tanto a su experiencia periodística como a los gustos de algunos de sus directores. Bonafoux también lo hace en *El Heraldo*, en noviembre de 1901, lo que le da pie para criticar la mala situación de la prensa española, en comparación con la francesa. “En París los periodistas se retiran con renta y yo, después de veinte años de profesión, tengo preparado un saco de cuero para que me entierren, porque mi familia no podrá pagar un entierro de tercera”<sup>478</sup>. Y vuelve a criticar la precariedad y las condiciones de trabajo de muchos periodistas.

Se ocupan del estado de la profesión, incluso hacen periodismo internacional. No solamente Luis Bonafoux como corresponsal. También lo ensaya Joaquín Dicenta en un artículo donde parte de un suceso menor, una anécdota, para convertirla en categoría: “El amo de cientos de miles de siervos hubiera caído a tierra si un siervo no abre los brazos para sostenerle”. Se trata de “La espuela del Czar”, publicado en *El Liberal*, 21 de septiembre de 1901. El Zar de Rusia está a punto de caer del caballo y evita el costalón gracias a la ayuda de su sirviente, que lo sujeta. Argumenta que ese accidente sin importancia ocurrido a Nicolás II es un símbolo que deben tener en cuenta los opresores. Y en tono apocalíptico, “así que aviso: Los hombres y las naciones se cansan de sufrir: puede que el fuerte caiga si un día la servidumbre cruza los brazos con indiferencia”.

Pero en el texto también hay análisis internacional, describe el encuentro entre Bismark y el Zar, y deduce el articulista que se trata de un “generoso y humanitario abrazo a cuyo metálico crujido las naciones débiles se agazapan con temblores de angustia”. Afirma en su diatriba “que esos hombres no procuran ni la felicidad de los pueblos ni tampoco el respeto al derecho y la paz en el mundo. Ese abrazo, dice, “representa la fuerza haciendo gala de su poderío”. Describe que estos dos hombres se abrazan en tierras francesas para asegurar (según ellos) la dicha de los pueblos y la paz en el mundo. Abrazo del que el periodista considera “que

---

<sup>478</sup> Bonafoux, L. “Por la bandera”, *El Heraldo de Madrid*, 14.11.1901.

Alemania contempla armada hasta los dientes y que Inglaterra ve con las proas de sus acorazados vueltas hacia la India”.

Está hablando de la ventura de los pueblos y de la paz del mundo, con lo que se muestra Dicenta como un analista de política internacional. Pone en contexto “a Rusia, donde la servidumbre es ley y la Siberia cárcel”; a Inglaterra “donde proclama la anexión piratesca de los estados libres”; a Alemania, “sujeta a un régimen absolutista y una dictadura militar”; a Francia, “republica burguesa donde el capital tritura al trabajo”.

## **CONCLUSIONES**

---

En fenómeno tan amplio, tan controvertido y tan ambiguo en sus límites espaciales y temporales cabían varias hipótesis y múltiples acercamientos. Algunas de ellas se han confirmado y otras se han conformado con ser aproximaciones, a mostrar otros caminos por los que investigar.

La primera constatación de este trabajo es que los bohemios españoles fueron protagonistas de la vida pública madrileña de finales del siglo XIX, que fueron muchos y constituyeron un verdadero movimiento. La hipótesis genérica de una bohemia llena de periodistas se confirma, igual que lo que parecía denostada leyenda urbana: que hubo mucha bohemia en el periodismo.

Desde luego fueron muy visibles y estuvieron, si no cotizados porque las penurias del periodismo eran grandes, sí reclamados por los periódicos y las revistas del momento.

Hipótesis principal era comprobar si a todo aquel grupo de bohemios que andaban por las redacciones se les podría considerar en rigor periodistas. Y lo demuestra no sólo la firma destacada con sus nombres al final de sus textos sino el contenido de los mismos, llenos de información y aportando en ellos temas, personajes y paisajes nuevos. Pero además observamos que se ocupan de practicar los nuevos géneros emergentes, como la crónica y el reportaje.

Desde luego la bohemia es el movimiento que más adjetivos y descripciones ha generado y los bohemios anduvieron mezclados, es cierto que sobre todo los cinco elegidos para este trabajo, con los más sonoros nombres 98 y el Modernismo, lo que da pie a especular con que si todos pertenecieron a la misma tribu. Esta también es pretensión ambiciosa, con muchos y autorizados estudiosos en contra, pero desde luego se puede asegurar que fueron en muchos momentos compañeros de viaje, que juntos visitaron la tumba de Larra, que la mayoría pertenecieron a la denominada Gente Nueva, que criticaron y fueron criticados por la llamada Gente Vieja.

Los periodistas de la bohemia, gente formada y leída, en tiempos confusos y cambiantes participaron en la transformación de la prensa finisecular. Demostraron compromiso artístico y social, fueron brillantes, cuidaron sus textos, y escribieron sobre todo de cuatro asuntos: la derrota de España en la guerra con los EEUU, el antimilitarismo y el anticlericalismo de la sociedad española y el hambre y la miseria del pueblo de Madrid.

En cada estudio sobre la bohemia se analiza, aunque hay que apuntar que someramente, el papel de la mujer, el nuevo rol, los cambios y las conquistas realizadas. Pareciera una suposición acertada el creer que estos bohemios insumisos y rebeldes, reivindicativos y epatantes -que compartieron espacios con algunas pioneras de la emancipación femenina- como Carmen de Burgos, *Colombine*-, denunciaron la situación de las mujeres y contribuyeron con ello a visualizarla. Sin embargo en los textos se observan algunos lugares comunes pero en ningún caso una bandera. Tal vez el crisol que suponen veinte textos de cada uno de los cinco periodistas seleccionados sean suficientes para obtener algunas conclusiones pero son insuficientes para determinar si sus posiciones van más allá de los clichés y tópicos sobre las mujeres reflejados en sus escritos.

Los textos y las fuentes secundarias sí certifican que la bohemia fue para los bohemios una forma de vida, para los literatos una fuente recurrente de anécdotas interminables y para la población un tema de conversación y asombro.

Conjetura substancial de este trabajo es que tuvo la bohemia dos grandes contribuciones a la historia del periodismo: el lenguaje y el humor. Extremos que quedan suficientemente observados. Eso, unido a su actitud curiosa e inconformista, preparación e ingenio, conforma un coctel de maneras y estrategias que enriquecieron y modernizaron el periodismo.

Los bohemios, como mínimo, elevaron el interés, el desarrollo, la modernización y la importancia del periodismo español. ¿Suficiente para considerarlos los actores principales de la llamada Edad de Oro? Podría pensarse que la bohemia, si estuvo llena de periodistas brillantes que

además crearon sus propios proyectos periodísticos, fue responsable directa de ese momento importante del periodismo español. Esta conjetura peca de ambiciosa, ya que fueron muchos y grandes los periodistas que ejercieron, e inventaron, la profesión en ese tiempo dorado a caballo entre los siglos XIX y XX. Son de obligada cita los nombres de Mariano de Cavia, Cristóbal de Castro, Julio Burell, Alfredo Vicenti, Miguel Moya, José Francos Rodríguez, Roberto Castrovido, José Gutierrez Abascal, Azorín, Edmundo González Blanco, Luis Taboada, Ricardo Fuente, José Nakens... ellos dieron lustre a un oficio que empezaba y modernizaron el periodismo. Y hemos podido comprobar que todos compartieron amistad, trato, vecindad y tertulia, y dieron apoyo y contrataron a los bohemios estudiados en este trabajo. Incluso ellos mismos tuvieron en algún momento de sus biografías una aspiración o comportamiento bohemio.

## **1. Fenómeno sociológico, cultural, político y madrileño**

Es un hecho igualmente contrastado que se ha estudiado poco la bohemia. La duda es si ha sido por desprecio, por falta de interés o de memoria. Como mucho se ha metido a sus integrantes en el saco de los raros y olvidados de la cultura. Ha permanecido como la escama de movimientos importantes como el 98, el Modernismo, incluso el Romanticismo o algunas de las vanguardias y está rodeada de una atmósfera indefinida, entre la frivolidad, el esperpento y la anécdota.

Pero hemos podido comprobar cómo, cuando algunos estudiosos han hecho un acercamiento más riguroso y analizado nombres, obras y relaciones, han demostrado que fue mucho más relevante de lo que cuenta la historia oficial. Que tuvo una presencia activa durante un amplio espacio de tiempo y que fue un extendido fenómeno literario, sociológico y político.

Si fue movimiento transversal que duró varias décadas, no es algo anecdótico sino una tendencia, una corriente o un movimiento. Como mínimo, un capítulo ignorado, intencionadamente o no de la cultura española.

Hubo distintas formas de ser y estar dentro de la bohemia en tan largo periodo, medio siglo XIX y las primeras décadas del XX. Tantas que no ha hecho sino coleccionar adjetivos: inadaptados, insumisos, soñadores, raros, incomprensidos, malditos, rebeldes, marginados... Desde la ilusión por una vida despreocupada a la admiración de un cierto dandismo. Cuando se

habla de Bohemia, además de reparar brevemente en esa región de la República checa, lo habitual es que se piense en una persona creativa, libre, desinhibida y un poco insolente; imaginamos un tipo de existencia que se aparta de convenciones sociales, un individuo o grupo de personas que han optado por una actitud contraria al sistema.

Entre la irreverencia, la rebeldía, la insolencia y el descaro, la palabra bohemia propone un estado de ánimo y la añoranza de un tiempo brillante en el que los sueños eran posibles. Sugiere hoy más fascinación que pesadumbre. Incluso el mercado del estilismo y el consumo ha creado hasta cinco arquetipos de lo que es ser un bohemio: el estilo Nouveau, la vida gitana, la actitud zen, la generación beat y el dandy. El vocablo ha traspasado fronteras físicas, históricas y lingüísticas. Sirve para definir personas o actitudes, vale también para calificar comportamientos. Incluso es utilizado como propuesta de estilo y moda.

A través de la bibliografía se ha constatado que la bohemia española fue una corriente en la que participaron muchos literatos y periodistas, que se hizo muy visible en tertulias y cafés del centro de Madrid de finales del siglo XIX y avivó la necesidad de renovar una sociedad empobrecida y deprimida.

Muchos de ellos habían vivido en París, paseado el Barrio Latino y hecho amistad con poetas y bohemios. Volvieron a la capital de España llenos de ideas, de sueños y de deseos de cambio que compartieron en ateneos, conferencias y círculos. Importaron traducciones, lecturas, maneras de vestir y sobre todo aires nuevos.

Las noticias de París, el ambiente fin de siglo, el atraso de España, el malestar con el gobierno turnista y las diferencias irreconciliables con los artistas instalados prendieron fácilmente en un numeroso grupo de jóvenes aspirantes a la gloria. Unos se llamaban Gente Nueva, estaban en la universidad, iban de café en café, todos se consideraban cosmopolitas, contrarios a la sociedad burguesa, críticos con los desfases sociales, prestos a epatar a la sociedad bien pensante.

Ese grupo numeroso, rebelde, insumiso y peleón representó una activa oposición al orden establecido en lo social, lo político y lo cultural y a los convencionalismos. Los caracterizó una identificación solidaria con la marginalidad y los sectores más pobres de la sociedad, y una apuesta por la modernidad, asociada a la búsqueda constante de nuevas formas de expresión. Se ocupó tanto de reivindicar ideales elevados del arte y la belleza como de animar a adoptar posiciones de rebeldía social y crítica política. Aunque admiradora y seguidora de la bohemia de París, esas fueron sus características propias: Parecida estética, semejantes ideales y las circunstancias de la España de la Restauración.



## **2. Periodistas en la Bohemia, bohemia en el periodismo**

Se ha comprobado la presencia de los bohemios en las redacciones de los periódicos y se ha constatado que escribían en ellos. En esto hay total unanimidad entre los investigadores: se dio una evidente convivencia entre la bohemia y la prensa en las destartaladas redacciones de los periódicos.

El periodismo de aquel tiempo estaba lleno de bohemios, jóvenes llegados de provincias con la ilusión de triunfar en Madrid. Todos los libros de memorias cuentan cómo por las desvencijadas redacciones de los periódicos pasaban artistas, escritores, soñadores y desocupados en busca de calor o esperando colocar un texto.

Y la bohemia española, el movimiento que maldice la cultura oficial, la corriente itinerante, desordenada, que sueña con una vida libre estaba llena de periodistas.

En la investigación de este escasamente estudiado movimiento nos topamos con una larga y heterogénea lista de nombres propios y de periódicos que continuamente se entrelazan, confirmamos la faceta bohemia del periodismo y descubrimos talentos y novedades que aquella pudo aportar a este, principalmente voces, lenguajes, personajes, asuntos y rutinas.

La relación entre periodismo y bohemia fue por tanto rica, estrecha, permanente y de ida y vuelta.

La bohemia proporcionó al periodismo unas maneras externas que han permanecido hasta hoy mismo en alguna medida, como son cierto desaliño, dosis de ingenio, un punto de nocturnidad, un toque de insumisión y otro de precariedad, tanto horaria como laboral. Tales modales pudieron estar en la manera de gobernarse el movimiento o en las condiciones y carestías que proponía el fin de siglo.

Al mismo tiempo la vertiente más intelectual de la bohemia dio al periodismo trascendencia, compromiso con la belleza, raciocinio, capacidad de argumentar y una colección de lecturas clásicas que enriquecieron las crónicas, artículos y reportajes de una profesión incipiente.

Por su parte la rutina periodística proporcionó a ese atajo de literatos bohemios que quisieron vivir del periodismo rapidez expositiva, eficacia discursiva y una aspiración de claridad para ser entendidos que también les benefició. Necesidad o virtud, bohemia y periodismo coincidieron y se complementaron.

Los bohemios tenían unos conocimientos más periodísticos que enciclopédicos. Sabían de todo, se interesaban por todo, estaban al tanto de todo lo que se publicaba, de los ecos de París y de todo lo que se hablaba.

Como dice el profesor Calvo Carilla en ‘La otra cara del 98’, el periodismo era el principal medio de supervivencia de todos los literatos, fueran noventayochistas o bohemios, y la tribuna pública más efectiva para conseguir la fama, denunciar las injusticias o para epatar al burgués.

En un momento en que la profesión periodística no existía como tal, quienes la ejercían, o eran políticos y asalariados de otro trabajo o eran literatos o jóvenes aspirantes a la gloria, que encontraron en el periodismo un modo de vida. Es hasta cierto punto lógico que los bohemios vieran también en el periodismo una salida a sus penurias.

### **3. Un censo considerable de bohemios**

Los bohemios españoles fueron multitud porque la bohemia duró décadas y porque, como pasó en la francesa, la oferta superó a la demanda. Algunos expertos afirman que nunca dejó de haberla, y que por ella pasaron muchos, por convicción, por juventud, por moda o por penuria. Los años de mayor efervescencia fueron los comprendidos entre 1890 y 1910, pero su presencia activa abarca desde la mitad del siglo XIX hasta bien entrados los años treinta del XX. La novela ‘El frac azul: memorias de un joven flaco’, de Enrique Pérez Escrich se publicó en 1864. Gustavo Adolfo Bécquer, para algunos el primer bohemio, llegó a Madrid desde Sevilla en 1858, y se ganó la vida, miserablemente, escribiendo en los periódicos. Y uno de los últimos representantes de la bohemia, Pedro Luis De Gálvez, murió en abril de 1940.

Tantos años dieron para muchos nombres, muchas relaciones y muchas influencias. De acuerdo con los distintos autores consultados, al menos se pueden apuntar tres generaciones, aunque para este trabajo nos hemos centrado en la segunda, la más periodística y también la etapa dorada. El propio censo de bohemios es una investigación por hacer, digna de otro esfuerzo, ya en marcha.

Sólo en el grupo elegido para este estudio se pueden contar medio centenar de nombres en algún momento conocidos en los ambientes periodísticos y literarios madrileños finiseculares. Cinco han sido los seleccionados por su clara relevancia pero bastantes más podrían haber merecido parecida atención.

Como primera conclusión respecto a la elección hay que señalar que cada uno de los cinco nombres que se contemplan cumple todas las expectativas de este estudio. Fueron periodistas destacados y formaron parte activa de la bohemia madrileña.

Otra verificación efectuada indica que los cinco pertenecen sin discusión a ese movimiento pujante, amplio y presente en las postrimerías del siglo XIX, tan seguido por los jóvenes como denostado por los viejos, que se llamó Gente Nueva. Un grupo que marcó todas las rebeldías contra la generación anterior, todas las insumisiones intelectuales y todas las aspiraciones de renovación de España.

Y una tercera comprobación ha sido que los autores elegidos, sus maneras, sus biografías, sus logros y sus relaciones suponen un ajustado crisol de lo que fue la bohemia y el periodismo de fin de siglo en Madrid. Otros podrían haber sido los seleccionados con todo merecimiento, pero ningún estudioso podrá rechazar a ninguno de estos cinco.

Que los textos publicados, entre 1898 y 1903, lo fueran en su mayoría en los medios de mayor tirada e influencia es una prueba de que los cinco periodistas bohemios tuvieron una presencia indiscutible en la prensa más conocida de la época. Jugaron un papel importante, nada testimonial, en esos periódicos.

#### **4. Visibles en todos los escaparates importantes**

Los cinco elegidos formaban parte de la flor y nata de la intelectualidad madrileña de finales de siglo. Estaban en todas partes y eran señalados y reconocidos: en las tertulias de más éxito, en todas las redacciones, en los homenajes, cenas, aniversarios y en cuanta convocatoria intelectual se produjera. Sus nombres aparecen en todos los listados y sus peripecias en memorias, autobiografías y ficciones.

Igual eran parte activa en la tertulia de Valle Inclán, del Café de la Montaña o la de los hermanos Baroja, primero en el Café Madrid y luego en el Levante, que en las de la casa del agitador y mecenas Ruiz Contreras.

Lo mismo figuraban entre los firmantes contra los cerrados homenajes a Echegaray tras la concesión del Nobel, que iban en el grupo de literatos que visitaron la tumba de Larra en los sucesivos homenajes modernistas. O aparecen organizando las cenas de homenaje a Benito Pérez

Galdós o a Pío Baroja. Se puede asegurar por tanto que tenían presencia protagonista en la vida pública y cultural de Madrid.

No fueron hermanos menores del 98 ni la costra de esa generación como dijo Francisco Umbral. Eran coetáneos, compañeros de viaje y a veces incluso hermanos mayores. No sólo porque varios de ellos, Delorme, Dicenta, Sawa o Paso, habían nacido unos años antes sino porque algunos fueron los introductores de Azorín, Maeztu o Baroja en los ambientes de la sociedad literaria madrileña.

Unos y otros compartían espacio y atención en tertulias o conferencias. Pertenecieron a la llamada Gente Nueva con el mismo merecimiento, ya que los límites entre modernistas, bohemios y noventayochistas eran difusos. Y alguno de los bohemios triunfó antes y fue más reconocido que muchos de los que luego pasarían a los libros de texto.

Por lo visto en las memorias y biografías -las de Julio Caro Baroja, de Rafael Cansinos Assens en parte, Luis Contreras, Gómez Carrillo, 'La Biografía de 1900' o 'El Madrid de Fornos'-, constituían todos una presencia continua, equivalente y permanentemente mezclada.

La principal diferencia vendría después, en los derroteros que la vida de cada uno de ellos tomó, según permanecieran más o menos fieles a sus principios. Para unos el reconocimiento, para otros el olvido. Pero en los años finales del siglo XIX todos formaban parte del núcleo de escritores y periodistas desencantados con la mediocridad reinante e imbuidos de ideales sociales; un censo numeroso de literatos, críticos y radicales, que se reunían en los cafés cercanos a la Puerta del Sol y deseaban la regeneración moral y material de España; espíritus libres en guerra con los convencionalismo y las hipocresías. Todos enfrentados a la Gente Vieja representada por la generación triunfante y asentada, dispuestos a ocupar sus puestos de privilegio. Todos despreciados y acusado de melenudos y extranjerizantes por sus mayores.

## **5. Fueron plumas cotizadas**

Eran conocidos y respetados, o al menos deseados. De la aceptación que tenían los cinco periodistas en los medios en los que colaboraban habla el hecho de que sus textos fueran considerados de autor de relieve y por tanto firmados, cosa poco habitual en el periodismo de la época. Se pueden ver en aquellos años crónicas y reportajes sobre asuntos de máxima actualidad,

como el asesinato de Cánovas, o la voladura del Maine, que inició la guerra de Cuba, acontecimientos a los que los medios dedicaron gran espacio, la portada y un desarrollo de varias páginas, que aparecen sin firma alguna. Quiere decirse que habían conseguido un estatus de figuras.

Otro elemento que muestra la categoría de las colaboraciones o de los colaboradores es el tratamiento tipográfico y la página donde aparecen. De los trabajos analizados, el 53 % se publicaron en la primera página, compartiendo espacio y visibilidad con la noticia principal y el artículo editorial, ese que fue sustituyendo progresivamente al llamado artículo de fondo. Además sus textos aparecían convenientemente recuadrados, toda una excepcionalidad habida cuenta de que todavía no se había incorporado la técnica del diseño y la única separación entre informaciones se limitaba al cambio de columnas y un sencillo corondel. Un reconocimiento de estrellas, a la altura de los articulistas más considerados de hoy.

Son firmas reclamadas y también son impulsores y patrocinadores de cada proyecto periodístico que se inicia, ya sean revistas, como *Germinal*, *Vida Literaria*, *Vida Nueva* o *Alma Española*, o diarios, como *El Evangelio* o *La lucha*. Igualmente se les reclama para participar en anuarios o publicaciones especiales. Lo hicieron *El Imparcial*, *El Evangelio*, *Don Quijote*, *El Liberal* o *El País*, con motivo del fin de siglo, o a la hora de confeccionar un almanaque.

Dirigieron o fundaron publicaciones importantes. Es el caso de Dicenta con *El País* o *Germinal*, el de Bonafoux con *La Campaña*, *El Heraldo de París*, *El Español* o *el Intransigente*, o el de Palomero con *La Noche*, *Vida Nueva* o *Gedeón*. Además impulsaron planes periodísticos de envergadura, como el de *Germinal*, donde manifestaban creer firmemente que la modernidad llegaría de la mano de la difusión de la cultura, la instrucción general y de la educación de la sensibilidad artística. Y buscaron hacerlo desde la prensa.

Dijo Mainar<sup>479</sup> que la escasez de periódicos de empresa hizo que fueran pocos los periodistas profesionales y legión los ocasionales. Los cinco periodistas analizados no fueron ocasionales. Y la descripción que hace Mainar “del tipo étnico del periodista profesional” parece sacada de la biografía de alguno de ellos: “Rápidamente impresionable, vivo de ingenio y de frase, de espíritu aventurero, excitable por las dificultades y aficionado a la movilidad y variedad de trabajo”<sup>480</sup>.

Algunos estereotipos y leyendas quedan desmontadas en esta investigación, ya que no eran estos bohemios –ni otros muchos- gente

---

<sup>479</sup>Mainar, R. *El arte del periodista*, pág. 37.

<sup>480</sup>Mainar, R. *El arte del periodista*, pág. 102.

desarrapada ni mendicante ni pícaros sin oficio. Estaban preparados, algunos leídos, la mayoría pasaron por la universidad, aunque iniciaran unos estudios que no terminaron o finalizaron otros no previstos por sus progenitores, como hicieron Joaquín Dicenta y Luis Bonafoux. Todos entraron en los círculos republicanos y se iniciaron en la crítica al orden establecido como jóvenes estudiantes de la Universidad Central, situada en la madrileña calle San Bernardo. No fueron por tanto vagos, ni pordioseros, ni vagabundos, ni incultos, como aseguraron muchos de los miembros de la Gente Vieja.

Fueron periodistas importantes y bien considerados justo en un momento de cambios y asentamiento de la primera profesión.

Sawa une en sus textos actualidad con referencias culturales para hacer crítica social y política. Usa la ironía y la paradoja para lanzar la diatriba ante una situación o a una personalidad. No duda en ser explícito en sus comentarios, ni reprime las ganas de provocar. Hace menciones continuas a la guerra de Cuba y deja patente la patética actuación de las autoridades políticas y militares españolas. Es brillante en los calificativos, contundente en los juicios, sale en defensa de la juventud y no soporta la España atrasada y estancada. La desolación de las calles de Madrid con su espesa y tétrica legión de hambrientos, el calvario de Dreyfus, el periodismo o la incapacidad de los gobernantes, son las constantes de sus discursos. Una pesimista interpretación de la realidad de su tiempo.

Cada crónica de Luis Bonafoux es un alarde de talento y de dominio del lenguaje y de la sátira. Es agudo y muestra una capacidad ilimitada para el escarnio y el sarcasmo. Es especialmente brillante y demoledor cuando se defiende él mismo de un ataque o si dispara contra algún político que haya destacado por su nepotismo. Las referencias a la guerra de Cuba, el seguimiento diario del escándalo Dreyfus, la denuncia de la ineptitud y aprovechamiento de los políticos, así como la crítica de las malas costumbres de los españoles, como su paletismo, o la defensa de su propia independencia y el cultivo de una leyenda de cascarrabias, le dan continuas oportunidades de lucimiento.

Pedro Barrantes hace nuevo periodismo en 1900, cuando publica como crónica la carta que envió al decano del Colegio de Abogados de Madrid quejándose de lo mal que lo defendió uno de sus letrados. Su descripción del interior de la cárcel donde está preso muestra su alma de periodista. Pinta las condiciones que ve con todo detalle, muestra su rebeldía cuando invita al ministro a que visite el lugar y lo reta, apelando a sus sentimientos piadosos y religiosos.

Es capaz de contar en verso una historia ejemplar en un periódico radical como *Don Quijote* y no le duelen prendas para, en el mismo párrafo,

con una mano dar un mandoble a la Iglesia y el trono, y con la otra dibujar un requebro a una mujer rubia. Cambia la revolución por la ironía y usa un lenguaje crudo para dibujar un retrato feroz de la España de los pobres y los proscritos.

Dicenta echa mano de la paradoja para contar un incidente menor del zar de Rusia, al tiempo que se erige en analista internacional y líder revolucionario. Usa el contrasentido para describir una escena idílica en un balneario, una mujer bella probablemente condenada a la prostitución si es pobre, un ambiente de lujo y las olas tranquilas en contraste con los pescadores, sudorosos, siervos de la red.

Llama a la acción desde sus crónicas y se va como reportero a la mina para investigar el sufrimiento y la esclavitud de los mineros. La curiosidad hoy, más de un siglo después, es que se trata de un moderno reportaje en cuatro entregas con ánimo de abarcar todo el proceso y ponerlo dentro de su contexto: a flor de tierra, el pueblo, cómo viven los mineros, sus casas, sus familias y sus penurias; luego la bajada a la mina y la descripción minuciosa de qué penosos trabajos se realizan en sus profundidades.

Y hace una última entrega, como de propina, pero se trata de un genial broche al trabajo del enviado especial: escribe sobre un personaje que ayuda a entender todas las durezas del trabajo en la mina: sobre un hampón, un minero bohemio que se gasta en vino y malas mujeres la soldada. Paradojas, comparaciones, contrasentidos, denuncia. Un verdadero perfil. Una serie ejemplar, escuela de periodistas, en la que están presentes, equilibrados y llenos de interés y atractivo, los detalles, los personajes, el relato y los datos.

Antonio Palomero está tan pegado a la actualidad que sus crónicas salen de ella, igual de un cable del periódico que de lo que él mismo oye y ve en la calle. Puede defender a un personaje o una manifestación de la bohemia o entrevistar a Galdós. Es el que prueba un género bastante novedoso entonces, que se acabará imponiendo: la interviú. Si bien algunas preguntas pecan de ingenuas y resultan demasiado aduladoras, consigue sacar del entrevistado interesantes declaraciones y confesiones, como el encuentro que el escritor canario tuvo con la Reina Isabel II en París. Relata nada menos la manera de documentarse para sus Episodios Nacionales. Es periodismo de altura incluso hoy.

Una charla oída al pasar, un robo de gallinas, la lluvia, un viaje de prensa a Portugal, son perchas suficientes para que Palomero enhebre una crónica de costumbres, una muestra de antropología social y crítica burguesa. Pero también la inauguración de una manera de hacer periodismo que ha llegado hasta hoy.

Existió una Edad de Oro del periodismo español y transcurrió desde los últimos años del siglo XIX hasta bien entradas las primeras dos décadas del XX. Había buenos periodistas, numerosos medios, graves hechos que contar, una gran curiosidad lectora a pesar de los altos índices de analfabetismo y una profesión naciente y en definitivo crecimiento.

Como resultado de la investigación no se puede afirmar taxativamente que estos bohemios periodistas o periodistas bohemios fueran los artífices de ese espectacular florecimiento. Sería pretencioso y poco riguroso. Pero el análisis sí demuestra que si no fueron sus principales inspiradores, sí fueron parte importante y contribuyeron de forma clara a su desarrollo. Si quienes alentaron esa Edad de Oro fueron los propietarios de los periódicos, sus directores, y los reporteros que destacaban, ellos estaban en ese grupo, los trataban y compartieron el camino.

## 6. Periodismo de información

Estos cinco periodistas demostraron en su proceder que eran independientes y auténticos profesionales, una prueba es que no seguían la agenda política y mediática imperante y que procuraban no sólo alejarse de versiones oficiales sino contestarlas. De hecho *El Evangelio*, en el número del 28 de septiembre de 1901, en la segunda página, incluye un texto con el título muy indicativo de “La verdad periodística y las informaciones oficiosas”. Va sin firma, y dice: “Como la mayor parte de los redactores de los grandes periódicos hacen su información preguntando en los ministerios, resulta que casi todas sus noticias son oficiosas y por consiguiente falsas”.

No se limitan a recoger esas noticias oficiosas, sino que indagan por cuenta propia. No son voceros del poder sino de la verdad y la buscan empeñando prestigio y salario, jugándose la cárcel y las multas. Una forma de trabajar, de investigar, de descubrir y de denunciar los males de la sociedad que constituye toda una lección para gran parte del periodismo español actual, tan sectario y dependiente que en muchas ocasiones se limita a reproducir comunicados institucionales, cuando no a recoger declaraciones de ruedas de prensa sin preguntas.

Los temas, los enfoques críticos, la brillantez expositiva y la sátira son comunes a los cinco. Incluso en los artículos más trascendentales ensayan un sarcasmo, lo resuelven con una parodia. No es casual que escribiera Cansinos Assens que a los poetas más puramente representativos



del Novecientos les faltaba la ironía. Precisamente esa es la gran arma de la bohemia.

Otra cualidad es el desparpajo, la desenvoltura para describir actitudes personales. Las críticas que hacen, los juicios, a veces ad hominem, son directos, sin paños calientes. Un ejemplo claro lo proporciona Luis Bonafoux cuando dice que le da pena el presidente del Parlamento o llamando idiota a alguien que lo ha atacado en un folleto.

Entre periodista y literato, entre la ficción y la información, entre la tribuna política o la cátedra y la prensa no había límites definidos en el periodismo a lo largo del siglo XIX. Sin embargo, los autores elegidos parece que vienen a distinguir esas confusiones, a dar al menos un paso en su clarificación. Sus textos son más periodísticos que literarios, en el sentido del empeño por aportar información útil y de actualidad a sus lectores. El estilo está cuidado pero hay al mismo tiempo obstinación en no alejarse del asunto tratado.

Si en el periodismo en sentido estricto destaca la función informativa, donde lo importante es que lo escrito sea entendido fácil y rápidamente por el consumidor de prensa, la mayoría de los textos cumplen esa premisa. Si en la literatura lo que importa es la forma, la belleza de expresión, también se nota que se persigue. Pero se puede concluir que en ningún caso prima lo segundo sobre lo primero, que en ningún momento dejan de informar con claridad y concreción.

En lo que escribieron con tanto estilo había información y opinión. Aparecía su propio criterio pero sustentado siempre en los datos, en los casos. En las tres cuartas partes (76 %) de los textos predomina la información sobre la opinión. Una importante novedad en la prensa de la época. En pleno proceso de cambio, cuando la prensa política partidista está dejando paso al periódico de empresa con noticias, la presencia de estas figuras contribuye a esa transformación. Se buscaban sus firmas y se valoraban su capacidad para contar historias que importasen y atrajesen a los lectores. Y estos se interesaban por lo cercano, lo sorprendente, la visualización de los problemas de España.

Los sufrimientos de los marginados y los avatares de la gente corriente eran generalmente la materia prima a partir de la que elaboraban sus crónicas, sus columnas o sus reportajes. Claramente alejados tanto del afamado artículo de fondo como del ensayo, siempre partían de hechos de actualidad, reconocibles, observados, leídos en un periódico o indagados. Habían abrazado, acogido e impulsado la transformación que estaba iniciando la prensa hacia la información como valor.

Las crónicas parisinas de Bonafoux son fruto de una curiosa, detallada y sarcástica observación de la realidad. Como si hubiera puesto un foco personal, igual sobre la situación internacional que sobre la nacional o las acciones de algunos intelectuales y gobernantes. Objeto de sus agudos exámenes eran igual la alta política que la costumbres sociales, la miseria humana que las curiosidades del mundo.

Antonio Palomero cuenta la actualidad desde la calle vivida. Estaba en todas las salsas, en todas las tertulias, pero por lo leído en sus trabajos periodísticos también se pasaba el día en la calle, empapándose de la observación de tipos y situaciones sorprendentes: un último bohemio, el paso de un rico en un landó que le hace especular si vivirá mejor el rico, el cochero o el caballo; interpreta un robo estúpido, y justificado ante la necesidad, de unas gallinas.

Joaquín Dicenta se acerca a la vida de los mineros y la cuenta como un reportero, pero también puede recoger el éxito teatral de Galdós o especular con el valor del dinero y la descripción de una sociedad que sólo mira su brillo y su poder. O hace la crónica de una fiesta flamenca, o de una corrida, o del ambiente de un balneario, o de un viaje en tranvía y lo trufa con la historia humana de pasiones, celos o rencores que adivina.

Alejandro Sawa recorre hospicios y remira las páginas de sucesos de los periódicos para sacar historias. La realidad le proporciona fábulas morales, igual la del tipo que se conmueve ante un espectáculo teatral y se arrepiente de su mala vida por él, que la del gobernante austero y sin debilidades humanas aparentes al que califica de hipócrita y, por tanto, peligroso. Las elecciones a la Academia y el interesado reparto de los votos que llevan al sillón al más inútil, la llegada de los neo conservadores al poder o los tipos de café que pretenden medrar con dos palabras y media actitud bohemía, son puntos de partida para interpretar la realidad.

Pedro Barrantes usa sus vivencias en la cárcel para contar las cuitas de los desfavorecidos y denunciar su abandono por parte de autoridades y gobernantes.

Todos son reporteros, una casta que apenas se empieza a imponer en las redacciones. Los cinco tienen vivencias propias que contar, los cinco pisan la calle, los cinco hacen viajes que también relatan. No evitan las diatribas, al contrario, pero parten todas de experiencias, de informaciones directas y de datos contrastados.

## **7. Aportan temas sociales y personajes y paisajes nuevos**

Ante la pregunta fundamental, referida a qué es lo que realmente aporta la bohemia al periodismo, y la hipótesis, no menos esencial, de si incorpora argumentos, contenidos o protagonistas, se comprueba que sobre todo practican la denuncia y proporcionan casos y personas. O sea, temas y personajes.

Los asuntos salen de sus paisajes propios, es decir, de la ciudad, ya que eran principalmente urbanos. Además todos reflejan una cierta fascinación por el burdel y la cárcel, así como por el ambiente del café y elevan a categoría informativa lo que antes no lo era: los barrios bajos y las calles, el hambre de los niños o del abandono de los arrabales. Contra un fondo de violencia, dejadez gubernamental, truculencia y miseria se desarrolla la acción de la mayoría de estos relatos periodísticos que transmiten un cierto cinismo y una profunda amargura.

De todas las materias y figuras de las que se ocupan hay una que les es propia: los temas sociales. No en balde decía uno de los periodistas de más autoridad del momento, bohemio y amigo de bohemios, Ricardo Fuente, que la última palabra del Modernismo es la cuestión social. Ellos facilitaron que la literatura social entrara en los periódicos. Cada uno de los textos gira alrededor de situaciones y de ciudadanos y constituyen pruebas palpables de los cambios que necesita y demanda una sociedad.

En los textos estudiados aquí se puede ver la situación social, de la calle, de la mina, de los obreros, de la infancia, de las inclusas, de los pescadores, de los arrabales, de la sanidad, de los hospicios, de los hospitales. Nunca separaban la búsqueda de la belleza artística del compromiso político y social. Sin reparar en matices, de la clasificación temática realizada, se comprueba que el 62 % de los trabajos se ocupan de cuestiones sociales.

Todos en algún momento coinciden en escribir sobre cuatro grandes asuntos que parecen demandar prioritaria y dolorosamente su preocupación: España, la Justicia, la Juventud y la Miseria que observan en las calles y barrios de Madrid. Enmarcados en ellos, se desgranar los distintos aspectos de la actualidad nacional.

El antimilitarismo es otra constante, explícita o implícita, en los textos leídos y también en los ambientes de la Gente Nueva. Tanto Bonafoux, como Dicenta o Sawa reflejan el sentir de la intelectualidad a la que le duele España, le ahoga la Restauración borbónica y critica cómo se

administró el conflicto con las colonias. Hablan sin tapujos ni ambigüedades de la brutalidad y la sinrazón de la guerra de Cuba, de la incompetencia de los mandos, tanto políticos como militares, así como de los oscuros intereses económicos que llevaron allí a los reclutas. Señalaron a los militares, torpes, autoritarios e inútiles, como los culpables del atraso y del fracaso de España.

Refugiados en las redacciones de los periódicos y parapetados en actitudes vitales transgresoras, eran fogosos y apasionados en sus escritos, pero convivían con la amarga sensación de impotencia y de fracaso, tanto histórico como personal. En su cabeza tenían ideas hermosas, como república, revolución o regeneración social, y lo que aparecía en sus escritos eran palabras como corrupción, escándalo, chanchullo y descomposición. Les albergaba una continua sensación de derrota.

El cuadro que pintan entre todos muestra una España pobre, atrasada, deprimida, temerosa, maloliente, triste y arruinada. Un país pendiente de las apariencias y desconfiado. Los gobernantes no son de fiar, pero tampoco los funcionarios que administran y menos los púlpitos.

La posición anticlerical estaba presente de forma habitual en buena parte de las publicaciones de entre siglos. Para la Gente Nueva, y nuestros cinco autores lo vienen a confirmar, la religión era otra de las causas del atraso de la nación, además del principal origen de los enfrentamientos y la división entre las dos Españas. Lo sucedido tras el estreno de 'Electra', o el caso Ubao, la reacción de revuelta contra todo lo que significara religión, y el eco que de ello se hicieron los periódicos, fue para los modernistas como una campanada, como ver la posibilidad de que el pueblo se levantara de una vez. De hecho Dicenta tituló su crónica sobre la obra de Galdós, de la que se habla aquí, "¿Adelante?", como si fuera un punto de partida necesario y esperado.

Lo paradójico es que esa continúa preocupación, y denuncia, fuera también un recurso estético y argumental. No solamente por la proliferación de cuentos o crónicas con Cristo como protagonista, también los textos están sembrados de metáforas, parábolas y símbolos que tienen que ver con la religión. 'Santo patrono', 'los brazos en cruz como un Cristo', 'semidiós', 'esta tierra de Dios y de la Santa Virgen', 'como un Barrabás', 'como un Cristo impasible', 'seguir las doctrinas de Cristo', presentes en buena parte del centenar de textos seleccionados, son expresiones recurrentes y sorprendentes en una corriente anarquizante y claramente anticlerical. Eran utilizadas como un contundente contrapunto: el testimonio evangélico, la piedad social, la justicia divina, la búsqueda de la verdad, precisamente frente a la miseria moral de la sociedad.

Al hambre de las calles se unía el hambre y la miseria estética y moral. Uno de los textos de Antonio Palomero describe precisamente otro tipo de pobreza. Habla del decoro y de la vergüenza que supone ir a comer a una casa de socorro en frac. Está hablando del hambre y de la miseria de las profesiones liberales, de las clases medias, de maestros, de funcionarios, de médicos, de escritores: deben guardar las apariencias en el vestir aunque no tengan nada que llevarse a la boca. Es retrato fiel de la sociedad de aquel Madrid.

Se ha visto que la bohemia aporta al periodismo nombres que contribuyen a inventarlo, transformarlo, enriquecerlo. Y lo hacen añadiendo más nombres, haciendo que los periódicos incorporen personajes no habituales en sus páginas. Los protagonistas de las historias que contaban ya no eran, o no sólo eran, gobernantes, presidentes de instituciones, militares, autoridades, académicos... Empezaban a aparecer como protagonistas de las noticias o de las crónicas gentes diferentes, sacadas de la calle y no de los salones o ministerios: obreros, mujeres, jóvenes, desocupados, pordioseros, presos.

Incorporaron a sus relatos periodísticos seres ignorados hasta entonces. Y empezaron a ser habituales noticias sobre niños de la calle, mendigos, prostitutas o ciudadanos anónimos. Sin excepción, se interesaron por los paisajes de los bajos fondos, cuyos códigos y realidades inmediatamente agregaron a sus historias. Lo que hizo Joaquín Dicenta en el teatro con su *Juan Jose*, meter en el escenario una taberna, algo inaudito hasta aquel 1895, fue lo que hicieron los bohemios periodistas con el periodismo, llevar a sus páginas personajes antes impensables.

No evitan las figuras preeminentes, pero a ellos destinan sus principales dardos y mandobles: a los gobernantes, la institución eclesiástica y los poderosos, a quienes piden cuentas de sus abusos y malas acciones. Frente a ellos, el pueblo llano perjudicado y hambriento, al que se pretenden salvar o aliviar. A unos les dedican palos y a otros bombo, fórmula habitual de llamar a las críticas y a las alabanzas, a los ataques y a las defensas. Abundan más los palos que los bombos.

Dice Pepe Esteban en su introducción al monográfico de *Dossieres Feministas* sobre la visión de la Bohemia desde la perspectiva de género que “en esta impugnación de los valores de la sociedad burguesa (...) quizá fueron los bohemios los que representaron a la mujer española en su condición de explotada, ya que formaba parte de los desheredados, con quienes los bohemios se solidarizan”. Añade que la imaginación decadente oscila entre dos imágenes estereotipadas de la mujer: la mujer fatal y la mujer víctima. Precisamente con esa doble visión se ocupan algunos de los artículos de Barrantes, Sawa, Dicenta y Palomero. Las mujeres de sus

textos son fuertes, tienen iniciativa y son dueñas de su destino. Sin embargo de sus descripciones resulta una clasificación que puede simplificar y confundir: se ve una clara vocación de representarlas como víctimas, y se intuye una apuesta reivindicadora, de reconocimiento. Sin embargo los mimbres utilizados para su descripción siguen teniendo pinceladas gruesas, ora de mujer fatal ora de excluida.

Algunas de las fuentes secundarias consultadas afirman que la bohemia aporta unas dosis de amoralidad y de ruptura de convencionalismos sociales que repercutieron directamente en la causa de la emancipación femenina. También que las actrices, cupletistas, bailarinas y cantantes tuvieron un innegable protagonismo en la España de aquel tiempo y contribuyeron a una cierta democratización del ocio, puesto que eran elemento de atracción y de seguimiento tanto de las capas altas como de las populares. La prueba es el tirón de figuras, en esos años de cambio de siglo, como los de María Guerrero, Loreto Prado, Rosario Pino, la Chelito, la Bella Otero, Aurora Mañanos, La Goya, o Consuelo Bello, *La Formarina*.

Este extremo no se ha podido comprobar en la lectura de los cien textos. Las mujeres están muy presentes en muchos de ellos, pero su retrato se queda en la imagen temible de la mujer fatal o la pincelada de piedad con la víctima explotada y pobre cuya única salida es la venta de su cuerpo. Usan términos algo confusos. Junto con la admiración y la reivindicación del nuevo papel, recurren a algunos clichés, sobre todo con una mezcolanza de bella sin alma, prostituta vengadora y honrada trabajadora, no bien resuelta.

El bohemio sale de noche y su hábitat es urbano. Los textos en su gran mayoría contienen historias de la ciudad y de la gente de la ciudad, y más concretamente de la capital. Son excepciones las crónicas de fuera de Madrid y se limitan a algún viaje y a la serie sobre el trabajo de los mineros. Y los paisajes urbanos van del café a la taberna, al Ateneo, al prostíbulo, a la cárcel, al hospital, a la calle o al cementerio.

Como metáfora de la migración del campo a la ciudad, la bohemia y el periodismo que produce se desarrolla en la capital, el puerto al que llegan tantos náufragos, y su estética no cabe en un ambiente pastoril ni rural, requiere calles empedradas y abigarramiento humano.

Hay personajes nuevos y anónimos de los que se ocupan estos periodistas y también otros ilustres que citan en sus textos. Se ha dicho que casi sin excepción tenían una buena formación, si no académica, que también, sí lectora. De modo que las referencias a la literatura clásica, así como a los pensadores o poetas europeos del momento son habituales al hilo de cualquier historia cotidiana. No pierden ocasión de hacer un

homenaje a Zola, Baudelaire, Víctor Hugo, usar una cita de Leivniz, Tolstoi o Dante, o mentar a Balzac, Enrique Heine, Verlaine o Nietzsche. Citándoles hacen un cumplido y dan muestras de la familiaridad con que su cultura y disposición cosmopolita enriquecen sus textos por encima de los habituales plumillas.

## **8. Enriquecen el lenguaje y el periodismo**

Es en el lenguaje donde seguramente se encuentra la mayor contribución de la bohemia al periodismo. Para el bohemio, el lenguaje es el instrumento con el que atacar a la burguesía y su sistema de valores, es decir, la familia, la propiedad, el orden, la religión. Unas veces practicaban cierto culto al tremendismo expresivo, a la truculencia verbal, y otras recurrían al simbolismo más florido. La paradoja, la ironía hiriente, las voces de los barrios bajos, las germanías, los juegos lingüísticos para epatar a los bienpensantes, o el mismo cultivo del esperpento son habituales.

En su jerga hay sátira, ironía corrosiva, y no faltan ni la boutade ni un modo apocalíptico de decir. Esa es la originalidad de la bohemia madrileña: La mezcla de estilos y la paradoja: se busca la gloria, el reconocimiento, la aspiración a vivir de la pluma y la necesidad de oponerse al canon; al mismo tiempo manifiestan una clara aspiración cosmopolita y experimentan una irremediable atracción por el lenguaje castizo y de los barrios bajos; sin contar con el ya señalado anticlericalismo declarado y el uso de imágenes y estéticas religiosas. Todas esas aparentes contradicciones, en realidad puro sincretismo, se observan en su redacción periodística. Un empeño que aplican igual a una noticia corta que a un reportaje o a un artículo, con lo que su actividad aporta un decisivo enriquecimiento del lenguaje.

En todos ellos se observa cómo enaltecieron las rutinas del periodismo español y contribuyeron a modernizarlo y profesionalizarlo. Todos comparten, aunque sea con matices, una apuesta radical por la calidad, la frescura, el hallazgo y comprobación de los hechos y el atrevimiento en la redacción de sus textos.

El periodismo que practicaron era impresionista, se fijaba en el detalle, partía de lo individual para ir a lo general en una cierta actitud pedagógica. Es cierto que a veces se mostró pedante, y frívolo y superficial, pero siempre tenía mucho relato, estaba lleno de espontaneidad y poseía una rara facilidad para humanizar lo oscuro y doloroso. Se diferenciaba claramente

del encorsetado, muchas veces hueco, siempre político y partidista artículo de fondo.

La lectura del centenar de escritos ha proporcionado algunas respuestas a las hipótesis y preguntas planteadas. Hay coincidencias que corroboran realidades descubiertas desde las fuentes secundarias, y confirmaciones de prácticas periodísticas que ilustran la aportación de estos bohemios al enriquecimiento del periodismo.

En cada uno de los textos queda reclamada, de modo directo o indirecto -casi siempre directo- la libertad para el pensamiento. Al mismo tiempo se ve la pretensión de denunciar la inmoralidad de los gobernantes, combatir las injusticias y visibilizar las penurias de los ciudadanos. Pero también enumeran remedios, y esto es otra novedad: apuntan medidas que se pueden tomar. Describen las carencias del hospicio, del hospital o de la mina, pero al mismo tiempo idean una medida concreta para solucionar el problema.

Hay importantes aportaciones meramente periodísticas. Se perciben soluciones informativas y planteamientos comunicacionales muy actuales, teniendo en cuenta que se trata de páginas escritas y publicadas hace más de cien años. Causan asombro hoy algunas prácticas por su frescura y modernidad. Varias de ellas no tienen nada que envidiar a las ensayadas muchos años después. Nos estamos refiriendo por ejemplo a la encuesta que realizó la revista *Alma Española*, el 8 de noviembre de 1903, preguntando a personalidades relevantes sobre el porvenir y las soluciones de España. O la no menos interesante encuesta, un año antes, de la revista *Gente Vieja*, preguntando a los lectores, “¿Qué es el Modernismo?”, encuesta que repetiría en 1907 *El Nuevo Mercurio*.

Hay además del estilo culto, un buen hacer tanto de redacción como periodístico: sus temas, salvo los escritos personales que son los menos, suelen versar sobre lo que consideramos de interés público. Es decir, ya en aquellos inicios del periodismo moderno se empezaban a ocupar estos bohemios, presuntamente desarrapados e individualistas, de una cierta agenda mediática propia, en la que llevaban grabado lo que más preocupaba a la ciudadanía. Su manera de contar muestra más una intención de servicio a la ciudadanía que unas aspiraciones estéticas o unos modos de mirar originales y pasajeros. Todos los relatos sobre hospitales, beneficencia, hospicios y condiciones laborales incluían datos y fórmulas que satisficieran tal interés.

Ha quedado demostrado que fueron sobre todo periodistas y ejercieron como tales. Gozaron y penaron con las alegrías y carencias del oficio casi embrionario pero supieron inventarlo y desarrollarlo. Practicaron el pluriempleo y asistieron al momento de transición de la prensa política a la informativa. Estuvieron atentos a la modernidad, al compromiso



intelectual, a las novedades tecnológicas, a los movimientos de los jóvenes y de los consagrados, a la actividad de las calles. Dispuestos a ensayar los nuevos géneros, se muestran más cómodos en los relatos de lo que ocurre en la sociedad que en las diatribas partidistas de los artículos de fondo. No es casual que más del 60 por 100 de los trabajos analizados sean crónicas.

El retrato de los periodistas bohemios o de los bohemios periodistas, resultante de la investigación, contiene un puñado de adjetivos comunes y una cumplida lista de características que se repiten, a pesar de lo numeroso de su censo y del amplio periodo de tiempo en el que desarrollaron su actividad. Eran gente culta, al menos leída, inquieta, que se expresaba con desparpajo, insumisos, independientes, comprometidos, buscadores de la belleza, inconformistas, soñadores, acérrimos enemigos de la Gente Vieja, nocturnos, callejeros y dispuestos a participar en cuanto proyecto periodístico se iniciara.

¿Fueron bohemios en el periodismo o periodistas en la bohemia? Ambas cosas. La bohemia fue un importante movimiento transversal, inquieto, comprometido, atento a lo nuevo y a lo que pasaba en la política, lleno de jóvenes talentos aspirantes a ocupar un lugar en la gloria. Es normal que entre ellos hubiera periodistas porque sus miembros encontraron en la prensa un lugar donde expresarse y un medio de supervivencia. Y como el periodismo no era ni profesión, más bien era ocupación de artistas y literatos, fue natural que ahí fueran a parar, a refugiarse, tantos recién llegados a aquel Madrid brillante y absurdo de finales del siglo XIX.

En relación tan estrecha, natural y de convivencia, se puede colegir que la bohemia vistió al periodismo con unas maneras, una nocturnidad, un desarreglo, una estética, una curiosidad, una ironía, un descreimiento, unos personajes, una osadía y unas lecturas, que no hicieron sino enriquecer una profesión hasta entonces ‘ocupada’ por aspirantes a políticos.

## BIBLIOGRAFÍA

---

Almagro Sanmartín, Melchor. *Biografía de 1900*, Revista de Occidente. Madrid, 1944.

Almodóvar, Miguel Ángel. *El hambre en España*, Ed. Oberón, Madrid, 2003.

Alonso, Cecilio. *El cuento semanal en la continuidad literaria y periodística de su tiempo*, Monteagudo, revista de literatura española, hispanoamericana y teoría de la literatura, Universidad de Murcia, número 12, págs. 27-56, 2007.

Álvarez Junco, José. *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1976.

Álvarez Sánchez, Jaime. *Bohemia, literatura e historia*, Revista Cuadernos de Historia Contemporánea, número 25, pág 255-274, Madrid, 2003.

Álvarez Sánchez, Jaime. *Emilio Carrère ¿Un bohemio?*, Ed. Renacimiento Sevilla, 2007.

Alvarez, Jesús Timoteo. *Historia de los medios de comunicación en España: periodismo, imagen y publicidad (1900-1990)*, Ed Ariel. Barcelona, 1989.

Amoros, Andres. *Vida y literatura en Troteras y lanzaderas*, Ed. Castalia, Madrid, 1976.

Araquistain, Luis. *Las columnas de Hércules: farsa novelesca*. Ed Mundo Latino, Madrid. 1921.

Arribas, Jesús. *Ciges Aparicio: la narrativa de testimonio y denuncia*, Editorial Novecientos, Madrid, 1984.

Asensio, Antonio y Torres del Álamo, Ángel. *Anécdotas teatrales*, Los Contemporáneos, Madrid, 16 de diciembre de 1920.

Aznar Soler, Manuel. *La bohemia literaria española. Madrid entre dos siglos. Modernismo, bohemia y paisaje urbano*, Ed. Universidad de Sevilla, 1993.

Aznar Soler, Manuel. *Esperpento e historia*, en *Valle-Inclán y su obra*. Actas del Primer Congreso Internacional sobre Valle-Inclán y su obra (Bellaterra, 16- 20 de noviembre de 1992) pp. 565-578.

Aznar Soler, Manuel. *La Bohemia Literaria Española*, Dossier La bohemia, Revista Barcarola, nº 63-64, Albacete, julio 2004.

Aznar Soler, Manuel. *Bohemia y burguesía en la literatura finisecular. Historia y crítica de la literatura española. Modernismo y 98*, Editorial Crítica. Barcelona, 1979.

Aznar Soler, M. *Modernismo y bohemia*, en Piñero, Pedro M. y Reyes, Rogelio: *Bohemia y literatura. De Bécquer al Modernismo*, pp. 53-55, Universidad de Sevilla, 1993.

Azorín, Francisco. *Leyendas e historia del barrio de las Letras*, Ed. La Librería, Madrid, 2008.

Balzac, Honoré de. *Ilusiones perdida*, Suma de Letras, Madrid, 2002.

Balzac, Honoré de. *Tratado de la vida elegante*, Editorial Impedimenta, Madrid, 2011.

Bargiela, Camilo. *Luciérnagas*. Editorial Renacimiento, Biblioteca del Rescate, Sevilla, 2009.

Bark, Ernesto. *El problema religioso en España*, Revista Germinal, número 21. 1998.

Bark, Ernesto. *La Santa Bohemia y otros artículos*. Ed. Celeste, Madrid, 1999.

Bark, Ernesto. *Los intelectuales ante el problema social*. Diario El País, 12 de abril, 1901.

Bark, Ernesto. *La Santa Bohemia. Recuerdos bohemios*, Biblioteca Germinal, Madrid, 1913.

Bark, Ernesto. *Estadística Social*. Lezcano y C<sup>a</sup> editores, Barcelona, 1900

Baroja, Pio. *Desde la última vuelta del camino. Memorias*, Ed. Tusquets, Barcelona, 2006.

Baroja, Ricardo. *Gente del 98. Arte, cine y ametralladora*. Edición de Pío Caro Baroja, Ed. Cátedra, Madrid, 1989.

Baroja, Pio. *Las noches del Buen Retiro*. Editorial Orbis, Madrid, 1982.

Baroja, Pío. *Nuevo tablado de Arlequín*. Rafael Caro Raggio, editor, Madrid. 1917.

Baroja, Pío. *Final del siglo XIX y principios de XX. Galería de tipos de época*, Editorial Porrúa, México. 1989.

Baroja, Pío. *Canciones del suburbio*, Ed. Caro Raggio, Madrid, 1984.

Baroja, Ricardo. *Gente de la generación del 98*. Editorial Juventud S.A, Barcelona, 1952.

Barreiro, Javier. *Cruces de bohemia*, Ed. Una Luna, Zaragoza, 2001.

Barreiro, Javier. *Los bestseller de la bohemia español*, [javierbarreiro.wordpress.com/](http://javierbarreiro.wordpress.com/). Mayo2010.

Barrantes, Pedro. *Delirium Tremens*, Librería Pueyo, Madrid, 1910.

Barrantes, Pedro. *Polavieja*, Biblioteca de Don Quijote, Imprenta de A. Marzo, Madrid, 1899.

Barrantes, Pedro. *El Padre Sanz*, Biblioteca de Don Quijote, Imprenta de Antonio. Marzo, Madrid, 1899.

Barrantes, Pedro. *Weyler*. Biblioteca de Don Quijote, Imprenta de A. Marzo, Madrid, 1899.

Bello, Luis. *Los Malogrados, Alejandro Sawa*, Dossier La bohemia, revista Barcarola nº 63-64, Albacete, julio 2004.

Benjamin, Walter. *Iluminaciones II*, Taurus, Madrid, 1972.

Bernaldo de Quirós, C. y Llanas Aguilaniedo. J. M. *La mala vida de Madrid*, B. Rodriguez Sierra editor, Madrid, 1901.

Blanco Aguinaga, Carlos. *Juventud del 98*, Ed. Crítica, Barcelona, 1978.

Blasco Ibáñez, Vicente, *La lepra frailuna*. Revista *Vida nueva* nº 4, Madrid, 1898.

Bleiberg, Germán, *Algunas revistas literarias hacia 1898*, Revista Arbor, Madrid, Número 36, Diciembre, 1948

Bonafoux, Luis. *Gotas de sangre, crímenes y criminales*, Biblioteca virtual Cervantes, Alicante, 1999.

Bonafoux, Luis. *Huellas literarias*, Biblioteca virtual Cervantes, Alicante, 2000.

- Bonafoux, Luis. *De mi vida y milagros*. Los contemporáneos. N° 26, Biblioteca Nacional, Madrid, 1909.
- Bonaoux, Luis. *Bilis*, Biblioteca virtual Cervantes, Alicante, 1999.
- Bonafoux, Luis. *La España de Bonafoux*, Ediciones Libertarias, Madrid, 1990.
- Bonafoux, Luis (Aramis). *Literatura de Bonafoux*, Universidad de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, Puerto Rico.
- Bourdieu, Pierre. *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Anagrama, Barcelona, 1995.
- Bueno, Manuel. *Los hijos de Danton*, Librería Araluce, Barcelona, 1936
- Calvo Carilla. *La cara oculta del 98. Místicos e intelectuales en la España de fin de siglo (1895-1902)*, Cátedra, Madrid, 1998.
- Camba, Julio. *La bohemia madrileña*, Revista Muchas Gracias, n° 1. 2 de febrero, Barcelona, 1923.
- Camba, Julio. *Sobre casi todo*, Espasa Calpe, Madrid, 1971.
- Cano, José Luis. *Historia y poesía*, Anthropos, Barcelona, 1992.
- Cansinos Assens, Rafael. *La novela de un literato, I*, Alianza editorial, Madrid, 2009.
- Cansinos Assens, Rafael. *La novela de un literato, II*, Alianza editorial, Madrid, 2009.
- Cansinos Assens, Rafael. *La novela de un literato, III*, Alianza editorial, Madrid, 2009.
- Carr, Raymond. *Historia de España, Liberalismo y reacción*, Ed. Península. Barcelona, 2000.
- Carrere, Emilio. *La bohemia galante y trágica*. V.H. de Sanz Calleja, Madrid, 1924.
- Carrère, Emilio. *Retablillo grotesco y sentimental*, E. Mundo Latino. Madrid, 1921.
- Celma Valero, Mª Pilar. *Literatura y periodismo en las revistas de Fin de Siglo. Estudio de Índices (1888-1907)*, Ed. Júcar. Madrid, 1991.
- Celma Valero, Maria Pilar. *La pluma ante el espejo*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 1989.
- Celma Valero, Maria Pilar. *Caras y máscaras de 1900. Siluetas literarias*, Difácil Editores, Valladolid, 1999.

Chavarría, Emilio. *Una mirada crítica: las crónicas periodísticas de Alejandro Sawa*, Introducción a *Crónicas de la bohemia*, Ed. Veintisiete letras, Madrid, 2008.

Chiquiznaque. *Los hampones de la literatura*, Biblioteca Nacional, Madrid, 1904

Ciges Aparicio, Manuel. *El libro de la decadencia. Del periodismo y de la política*, Edición, introducción y notas de Cecilio Alonso, Ed. Instituto de Estudios Juan Gil Albert, Alicante, 1986.

Ciges Aparicio, Manuel. *El libro de la decadencia, Del periodismo y de la política*, Introducción de José Esteban, Editorial Renacimiento, Sevilla, 2011.

Colomer Casanova, Julio. *El Evangelio, periódico para rebeldes*, Escuela Oficial de Periodismo, Madrid, 1967.

Correa Ramón, Amelina. *Alejandro Sawaluces de bohemia*, Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2008.

Cruz Casado, Antonio. *Bohemios, raros y olvidados*, Actas Congreso de Lucena, Ed. Diputación de Córdoba, 2006.

Darío, Rubén. *España Contemporánea, (Crónicas como corresponsal de la Nación)*, Ed. Alfaguara. Madrid, 1998.

Darío, Rubén. *Prólogo a Alejandro Sawa, Iluminaciones en la sombra*. Ed. Alambra. Madrid, 1977.

Darío, Rubén. *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*, Biblioteca virtual Cervantes, Alicante, 2000.

Darío, Rubén. *Letras*. Obras Completas vol VIII. Recopilación de artículos periodísticos, Editorial Mundo Latino. Madrid, 1921.

De Burgos, Carmen. *Memorias de Colombine, la primera periodista*, Ed. Federico Utrera, Madrid, 1998.

De Prada, Juan Manuel. *Desgarrados y excéntricos*, Ed. Seix Barral, Barcelona, 2001.

De Prada, Juan Manuel. *Las Máscaras del héroe*, Valdemar. Madrid, 1998.

Desvois, Jean Michel. *La prensa en España 1900-1931*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1977.

Díaz Plaja, Guillermo. *Modernismo frente a Noventa y ocho*, Ed. Espasa-Calpe. Madrid, 1971.

Dicenta, Joaquín. *Spoliarium*, Sucesores de Ribadeneyra, Madrid, 1888.

- Dicenta, Joaquín. *Encarnación*. Librería de los Sucesores de Hernando. Madrid. 1913
- Dicenta, Joaquín. *Tinta negra*. Librería de Fernando Fe. Madrid 1892
- Dicenta, José Fernando. *La Santa bohemia*. Ediciones del Centro. Madrid, 1976.
- Dicenta, José Fernando. *Luis Bonafoux. La víbora de Asnieres*, CVS. Madrid, 1974
- Edo, Concha. *Periódicos de Madrid 1898*, Revista Estudios sobre el mensaje periodístico, nº 4, pág 39-60, UCM, Madrid, 1998.
- Espiegel Vallejo, Manuel A. y García-Ochoa, M<sup>a</sup> Luisa. *En torno a las revistas de la generación del 98*, Revista Historia y Comunicación social, número 3, pág. 41-63, Madrid, 1998.
- Espina, Antonio. *Las tertulias de Madrid*, Alianza Tres, Madrid, 1995.
- Espina, Antonio. *El cuarto poder*, Libetarias/Prodhufi, Madrid, 1993.
- Esteban, José y Zaheras, Anthony N. *Los proletarios del arte*, Ed. Celeste. Madrid, 1998.
- Esteban, José. *El librero Pueyo, editor de bohemios y modernistas*, Dossier La bohemia, revista Barcarola, nº 63-64, Albacete, 2004.
- Esteban, José y Zaheras, Anthony. *Contra el canon. Los bohemios de España (1880-1920)*, Ediciones del Orto, Madrid, 2004.
- Figuero, Javier y Santacecilia, Carlos. *La España del desastre*. Ed. Plaza y Janés. Barcelona, 1997.
- Figuero, Javier. *La España de la rabia y la idea. Conversación política con la generación del 98*. Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 1997.
- Franck, Dan. *Bohemios*. Ed. Ollero & Ramos. Madrid, 1999.
- Fuente, Ricardo. *De un periodista*, Romero, impresor, Madrid. 1897.
- Fuentes, Juan Francisco, y Fernández Sebastián, Javier. *Historia del Periodismo Español*. Ed. Síntesis, Madrid, 1997.
- Fuentes, Víctor. *El Madrid de los bohemios 1854-1936*, Revista Claves de Razón Práctica. Nº 85, pág 77-80, Madrid, 1998.
- Fuentes, Víctor. *Poesía bohemia española. Antología de temas y figuras*, Ed. Celeste. Madrid, 1999.
- Fuentes, Víctor. *Antología del cuento bohemio*, Editorial Renacimiento, Sevilla, 2004.

Galeote, Manuel. *Andalucía y la bohemia literaria*, Prólogo. de Lily Litvak, Ed. Arguval. Málaga, 2001.

García Montero, Luis. *Bécquer y la leyenda bohemia de Madrid*, Dossier La Bohemia, revista Barcarola, nº 63-64, Albacete, 2004.

García Torres, Juan Angel. *El periodismo literario en la prensa diaria madrileña (1896-1904)*. Tesis doctoral. Universidad Complutense. Madrid, 1982.

Gómez Aparicio, Pedro. *Historia del Periodismo Español, Tomo II: De la Revolución de Septiembre al desastre colonial*, Editora Nacional, Madrid, 1971.

Gómez Aparicio, Pedro. *Historia del Periodismo español. Tomo III: De las guerras coloniales a la Dictadura*, Editora Nacional, Madrid, 1967.

Gómez Carrillo, Enrique. *El despertar del alma. Libro 1º Treinta años de mi vida*, Sociedad Española de Librería, Madrid, 1918.

Gómez Carrillo, Enrique. *En plena bohemia. Libro 2º Treinta años de mi vida*, Mundo latino, Madrid, 1919.

Gómez Carrillo, Enrique. *La miseria de Madrid. Libro 3º Treinta años de mi vida*, Mundo latino, Madrid, 1921.

Gómez de la Serna, Ramón. *La sagrada cripta de Pombo*. Ed. Trieste. 1983.

Gómez de la Serna, Ramón. *Automoribundia*, Ed. Guadarrama. Madrid, 1974.

Gómez-Porro, Francisco. *La musa canalla. Un recorrido por la poesía de los bohemios*, Dossier La bohemia, revista Barcarola, nº 63-64, Albacete, 2004.

González Blanco, A. *Los dramaturgos españoles contemporáneos*, Ed. Cervantes, Madrid, 1917.

Grangel, Luis S. *Maestros y amigos de la generación del noventa y ocho*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 1981.

Grangel, Luis S. *Panorama de la generación del 98*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1959.

Gullón, Ricardo (dir.) *Diccionario de Literatura española e Hispanoamericana*. Alianza Editorial, Madrid, 1993.

Gullón, Ricardo. *El Modernismo visto por los modernistas*, Ed. Guadarrama, Barcelona, 1980.



Gullón, Ricardo, *Direcciones del Modernismo*, Nueva edición aumentada, Alianza, Madrid, 1990.

Iglesias Hermida, Prudencio. *Gente extraña*. Imprenta Albuquerque, Madrid, 1918.

Jiménez Millán, Antonio. *Madrid, entre dos siglos. Modernismo, bohemia y paisaje urbano*, Litoral, Madrid, 1998.

Juliá, Santos. *Historia de España. Edad Contemporánea. Crisis moral de fin de siglo: regeneracionismo y nacionalismo*, Ed. Espasa Calpe, 2003.

Lafitte, Anne Gédéon marqués de Pelleport, *Los Bohemios*, Editorial Globalrhythmpress. Barcelona, 2010.

Lacarta, Manuel. *Madrid y sus literaturas. Del Modernismo y la Generación del 98 a nuestros días*, Ediciones La Librería, Madrid, 2002.

Lain Entralgo, Pedro. *La generación del 98 y el problema de España*, Revista Arbor, número 36, Tomo XI, pág 417-348, diciembre de 1848, Madrid, 1848.

Litvak, Lily. *España 1900, Modernismo, Anarquismo y Fin de Siglo*, Ed. Anthropos, Barcelona, 1990.

López Lapuya, Isidoro. *La bohemia española en París a fines del siglo pasado*, Ed. Renacimiento, Sevilla, 2001.

López Mondéjar, Publio. *Madrid, laberinto de memorias (Cien años de fotografías, 1839-1936)*. Lumweg Editores, Madrid, 1999.

López Núñez, Juan. *Triunfantes y olvidados*, Imprenta Renacimiento, Madrid, 1916.

López Núñez, Juan. *Románticos y bohemios*, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, Madrid, 1929.

López Pinillos, José. *Vidas Pintorescas. Gente Graciosa y Rara*, Editorial Pueyo. Madrid, 1920.

López Pinillos. *El Hambre de los periodistas*, Revista Alma Española, nº 10. Enero de 1904.

López Silva, J. *La musa del arroyo*, Prólogo de la condesa de Pardo Bazán y epílogo de Luis Bonafoux, Biblioteca Renacimiento, Madrid-Buenos Aires. 1911

Machado, Antonio. *Trabajando por el porvenir*, Revista Alma española, nº 19, 1904.

Machado, Manuel. *Un año de teatro*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1918

- Machado, Manuel. *La guerra literaria (1898-1914)*, Imprenta Hispano-alemana, Madrid, 1913.
- Machado, Manuel. *Antología poética*, Edaf. Madrid, 2003.
- Maeztu, Ramiro de. *El alma del 98*. Revista Nuevo Mundo, 6 de marzo de 1913.
- Maeztu, Ramiro de. *Autobiografía*, Editora Nacional, Madrid, 1962.
- Mainar, Rafael. *El arte del periodista*, Destino, Barcelona, 2005.
- Mainer, José Carlos. *La edad de plata*. Ed. Cátedra, Madrid, 1987.
- Mainer, José Carlos. *Historia de la literatura española. 6. Modernidad y nacionalismo 1900-1939*, Editorial Crítica. Madrid. 2002.
- Mainer, José Carlos. *Editorial Crítica Modernismo y 98*. Barcelona, 1980.
- Martín, Francisco José. *El anarquismo literario de José Martínez Ruiz*. Biblioteca virtual Cervantes, Alicante, 2000
- Martínez Cachero, José María. *Hijos de la crítica. Luis Bonafoux/Leopoldo Alas, un enfrentamiento que hizo historia*, GEA, Oviedo. 1991
- Martínez Olmedilla, Augusto. *Periódicos de Madrid: anecdotario, El imparcial, el Liberal, la Época, Heraldo de Madrid, La Correspondencia de España*, Aumarol, Madrid, 1965
- Martínez Martín, Jesús A. *Vivir de la pluma, La profesionalización del escritor, 1836-1936*, Ed. Marcial Pons, Madrid, 2009.
- Martínez Ruiz, José (Azorín). *Arte y utilidad*, Revista *Alma Española*, nº 9, 1904.
- Martínez Ruiz, José (Azorín). *La bohemia*, Diario *ABC*, Madrid, 7 de febrero de 1943, 3ª.
- Martínez Ruiz, José (Azorín). *Somos iconoclastas*, Revista *Alma Española*, 10 de enero 1904.
- Melero, Pepe. *Leer para contarlo. Memorias de un bibliófilo aragonés*. Biblioteca Aragonesa de Cultura. Zaragoza, 2003.
- Mendaro, Eduardo. *Recuerdos de un periodista de principio de siglo*, Editorial Prensa Española, Madrid. 1958.
- Molina, Cesar Antonio. *Medio siglo de Prensa literaria española (1900-1950)* Endymión, Madrid, 1910.
- Monlleó, Rosa y Luengo, Jordi. *Bohemia y feminismo*, Dossieres Feministas. RACO. Barcelona, 2007
- Moral, Carmen del. *El Madrid de Pío Baroja*, Sílex, Madrid, 2001

- Murger, Henri. *Escenas de la vida bohemia*, Ed. Alba, Barcelona, 2007.
- Navarro Durán, Rosa. *Enciclopedia de escritores en lengua castellana*, Ed. Planeta, Barcelona, 2000.
- Olmos, Víctor. *Historia del ABC. 100 años clave en la historia de España*, Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 2002.
- Ossorio y Bernard, Manuel. *Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX*, Edición facsímil, Ayuntamiento de Madrid, Hemeroteca Municipal, Madrid. 2004
- Ossorio y Gallardo, Ángel y Ossorio y Gallardo, Carlos. *Manual del perfecto periodista*, Ed. La España, Madrid, 1891.
- Palacios, Jesús. *Prólogo a Emilio Carrere: La casa de la Cruz y otras historias góticas*, Ed. Valdemar, Madrid, 2001.
- Palomero, Antonio. *Mi bastón y otras cosas por el estilo*, Libros del Pexe, Gijón, 2001.
- Palomero, Antonio. *Trabajos forzados*, Imprenta Fortanet, Madrid, 1898.
- Palomero, Antonio. *El libro de los elogios*, Francisco Beltrán editor, Madrid, 1911.
- Palomo, María del Pilar. *Movimientos literarios y periodismo en España*, Ed. Síntesis, Madrid, 1997.
- París, Luis. *Gente Nueva. Crítica inductiva*, Imprenta Popular, Madrid, 1888.
- Peral Vega, Emilio. *Entre denuncia y melodrama: Juan José y el teatro social*, Revista de Literatura, n. 139, págs. 67-84, Madrid, 2008.
- Pérez de la Dehesa, Rafael. *El grupo Germinal: una clave del 98*, Ed. Taurus, Madrid, 1970.
- Pérez Escrich, Enrique. *El frac azul, memorias de un joven flaco*, Mannini Hermanos, Madrid, 1864.
- Phillips, Allen W. *En torno a la bohemia madrileña 1890-1925. Testimonios, personajes y obras*, Ed. Celeste, Madrid, 1999.
- Phillips, Allen. *Alejandro Sawa, mito y realidad*. Ediciones Turner, Madrid, 1976.
- Phillips, Allen. *30 años de poesía bohemia (1890-1920)* Anales de Literatura Española de la Universidad de Alicante, número 5. Alicante, 1987

Phillips, Allen. *Apuntes para el estudio de la bohemia en algunas novelas modernas (1880-1930)* Anales de Literatura Española de la Universidad de Alicante, número 6, Alicante, 1988.

Phillips, Allen. *Algo más sobre la bohemia madrileña, testigos y testimonios*, Anales de Literatura Española de la Universidad de Alicante, número 4. Alicante, 1985.

Prada, Juan Manuel de. *Las máscaras del héroe*, Ed. Valdemar, Madrid, 1996.

Prada, Juan Manuel de: *El silencio del patinador*, Ed. El Club Diógenes, Madrid, 1995.

Puente Pereda, Belén. *Periodismo y discurso en el Cuento Semanal*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona, 2007.

Puértolas, Soledad. *El Madrid de la Lucha por la vida*, Ed. Hechos y palabras, Madrid, 1971.

Rebollo Sánchez, Félix. *Periodismo y movimientos literarios contemporáneos*, Ediciones del Laberinto, Madrid, 2001.

Riera Guignet, Alejandro. *Ideología y texto en la obra de Emilio Carrere*, Tesis doctoral, Universidad de Barcelona, 2005.

Rizzi, Cristián H. *El espacio urbano en la narrativa del Madrid de la Edad de Plata*. CSIC, Edición electrónica, Madrid, 2009.

Cristián H. Ricci, Breve recorrido de la bohemia hispana: mal vino, champaña y ajeno, Journal of Hispanic Modernism, número 1, pág. 151-158, 2010.

Roch, León. *75 años de periodismo. Con motivo de las bodas de diamante de La Época. Aportaciones para la historia de periodismo madrileño*, Imprenta Ramona Velasco, viuda de P. Pérez, Madrid, 1923.

Ruiz Contreras, Luis. *Memorias de un desmemoriado*, Sociedad General Española de Librerías. Imp de A. Marzo. 1943. Madrid

Sainz de Robles, Federico Carlos. *Autores raros y olvidados. La promoción de El Cuento Semanal*, Espasa Calpe, Madrid. 1975

Sainz de Robles, Federico Carlos. *La novela corta española*. Aguilar, Madrid, 1975

Sánchez-Colomer Ruiz, Maria-Fernanda. *Valle-Inclán orador*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona, 2002.

Sánchez Illán, Juan Carlos. *El periodismo republicano en la edad de oro del periodismo español, 1883-1936*, Revista Cuadernos Republicanos, nº 71, pp. 95-109, Madrid, 2009.

- San José de la Torre. *Gente de ayer. Retablillo literario de comienzos de siglo*, Instituto Editorial Reus, Madrid, 1953.
- Sawa, Alejandro. *Crónicas de la bohemia*. Ed. Veintisiete letras. Madrid, 2008.
- Sawa, Alejandro. *Iluminaciones en la sombra*, Edición, prólogo y notas de Iris Zavala, Editorial Alhambra, Madrid, 1977.
- Sawa, Alejandro. *Declaración de un vencido*, Cátedra, Madrid, 2009.
- Sawa, Alejandro. *La mujer de todo el mundo*, Libertarias-Prodhufl, 1988.
- Seoane, María Cruz y Sainz, María Dolores. *Historia del periodismo en España. El siglo XX: 1898-1936*. Alianza Editorial, Madrid, 1996.
- Seoane, María Cruz. *Oratoria y periodismo en la España del siglo XIX*, Ed. Fundación Juan March-Castalia. 1977.
- Sobejano, Gonzalo. *Épater le bourgeois en la España literaria del 1900*. Ed. Gredos, Madrid, 1967.
- Soriano Moya, María Dolores. *Ernesto Bark. Un propagandista de la modernidad 1858-192*, Ed. Instituto Cultural Juan Gil-Albert, Alicante, 1998.
- Suárez Miramón, Ana. *El Modernismo compromiso y estética en el fin de siglo Madrid*, Ediciones del Laberinto, Madrid, 2006.
- Thion-Soriano, Dolores. *Ernesto Bark, un romántico revolucionario*. Biblioteca Virtual Cervantes. Alicante, 2005.
- Trapiello, Andrés. *Las armas y las letras*, Ed. Planeta, Barcelona, 1994.
- Tuñón de Lara. *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, Bruguera, Barcelona, 1970.
- Umbral, Francisco. *Las palabras de la tribu*, Ed. Planeta, Barcelona, 1992.
- Utrera, Federico. *Memorias de Colombine, la primera periodista*, Ed HMR, Madrid, 1998.
- Valle Inclán, Ramón María del. *Lucas de bohemia*, Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1961.
- Valle Inclán, Ramón María del. *Y así sucesivamente...* Diario *El Globo*, 14 de abril de 1903.
- Valle Inclán, Ramón María del. *Modernismo*. Revista *La Ilustración Española y Americana*, nº 7, 1902.
- Velasco Zazo, Antonio. *El Madrid de Fornos: retrato de una época*, Librería Victoriano Suárez, Madrid, 1943.

Vicente Herrero, Jesús María. *Ciudades malditas: bohemia y literatura a finales del siglo XIX*, Espéculo. Revista de Estudios Literarios. Universidad Complutense, Madrid, 2003.

Zamacois, Eduardo. *Un hombre que se va....* Ed. AHR, Barcelona, 1964.

Zamacois, Eduardo. *Tipos de café*, Imprenta Galo Saénz, Madrid, 1936.

Zamacois, Eduardo. *Años de miseria y de risa*, Biblioteca Hispánica, 1916.

Zamacois, Eduardo. *Dorio de Godex. Hijo de Valle Inclán*, Dossier La bohemia, revista Barcarola, nº 63-64, Slbsvryr, 2004.

Zamacois, Eduardo. *De mi vida, recuerdos, historias de mis libros, ensayos dramáticos, críticas*, Casa Editorial Sopena, Barcelona, 1903.

Zamora Vicente, Alonso. *La realidad esperpéntica (Aproximación a «Luces de bohemia»)* Ed. Gredos, Madrid, 1969.

Zavala, Iris M. *El discurso de la bohemia*. Estudio preliminar a Crónicas de la Bohemia. Ed. Veintisiete letras. Madrid, 2008.

Zavala, Iris M. *España, fin de siglo: Bohemia, anarquismo, socialismo en Alejandro Sawa (Iluminaciones en la sombra)*, Ed. Alhambra, Madrid, 1977.

Zavala, Iris. *Fin de siglo: Modernismo, 98 y bohemia*, Cuadernos para el Diálogo, Suplementos, nº 54, Madrid, 1974.

## FUENTES DOCUMENTALES

---

### 1. Diarios

*El País*

*El Nuevo País*

*El Globo*

*La Correspondencia de España*

*El Liberal*

*El Heraldo Madrid, el más madrileño*

*El Imparcial*

*Don Quijote*

*El Evangelio*

*La Lucha*

### 2. Revistas

*Las Dominicales del Libre Pensamiento*

*Germinal*

*Vida Nueva*

*La Vida Literaria*

*Gedeón*

*Alma española*

*El Motín*

*La Anarquía Literaria*

*Revista Nueva*

*Juventud*

*Helios*

*Madrid Cómico*

*La Vida Galante*

*La Revista Blanca*

*Electra*

3. Otras publicaciones

*Los hampones de la literatura*, Biblioteca Nacional.



## **A N E X O S**

## ANEXO I.- TABLAS

---

**Tabla 1 – TIPO DE CONTENIDO**

AUTOR	INFORMACIÓN	OPINIÓN	TOTAL
Alejandro Sawa	12	6	18
Antonio Palomero	18	2	20
Joaquín Dicenta	18	5	23
Luis Bonafoux	15	7	22
Pedro Barrantes	11	7	18
<b>TOTAL</b>	<b>74 (73,2%)</b>	<b>27 (26,7%)</b>	<b>101</b>

**Tabla 2 - ESTILO**

AUTOR	PERIODISTICO	LITERARIO	TOTAL
Alejandro Sawa	13 (72'2%)	5	18
Antonio Palomero	16 (80%)	4	20
Joaquín Dicenta	18 (78'2%)	5	23
Luis Bonafoux	19 (86'3%)	3	22
Pedro Barrantes	8 (44'4%)	10	18
<b>TOTAL</b>	<b>74 (73'2%)</b>	<b>27 (26'7%)</b>	<b>101</b>

**Tabla 3 - GÉNERO PERIODÍSTICO**

AUTOR	ARTÍCULO	NOTICIA	CRÓNICA	REPOR- TAJE	OTROS	TOTAL
Alejandro Sawa	3	1	14			18
Antonio Palomero		1	15		4	20
Joaquín Dicenta	2	1	13	6	1	23
Luis Bonafoux	3	6	13			22
Pedro Barrantes		1	6		11	18
<b>TOTAL</b>	<b>8 (7'9%)</b>	<b>10 (9'9%)</b>	<b>61 (60'3%)</b>	<b>6 (5'9%)</b>	<b>16 (15'8% )</b>	<b>101</b>

**Tabla 4.- TENDENCIA DE LOS PERIODICOS**

Tendencia	Cabecera	Número de artículos	Total
Progresistas	Alma Española	8	9
	Germinal	1	
Radical/Bohemio	Don Quijote	13	29
	El País	13	
	El Nuevo País	3	
Independiente	El Globo	4	52
	El Heraldo de Madrid	18	
	El Liberal	26	
	Ilustración Española y Americana	1	
	Correspondencia de España	2	
	La Vida Literaria	1	
Conservador	El Imparcial	2	11
	La Ilustración Católica	1	
	La Vida Galante	4	
	Madrid Cómic	4	

**Tabla 5- EXTENSIÓN DE LOS TEXTOS**

AUTOR	PAGINA	½ PAGINA	2 COLUMNAS	1 COLUMNA	INFERIOR COLUMNA	TOTAL
Alejandro Sawa			2	12	4	18
Antonio Palomero	1		5	8	6	20
Joaquín Dicenta	3		8	8	4	23
Luis Bonafoux	3	1		7	11	22
Pedro Barrantes			3	5	10	18
<b>TOTAL</b>	<b>7 (4'9%)</b>	<b>1 (0'9%)</b>	<b>18 (17'8%)</b>	<b>40 (39'6%)</b>	<b>35 (34'6%)</b>	<b>101</b>

**Tabla 6 - PÁGINA DE PUBLICACIÓN**

AUTOR	Portada	Pg. 2	Pg. 3	Pg. 4	Pg. 5	Pg. 6	Pg. 7 y post.	TOTAL
Alejandro Sawa	11	1	2	1	2		1	18
Antonio Palomero	9	5	4	1			1	20
Joaquín Dicenta	15	2	4	2				23
Luis Bonafoux	14	1	4		2	1		22
Pedro Barrantes	2	3	7	1	1	2	2	18
<b>TOTAL</b>	<b>51 (50'4%)</b>	<b>12</b>	<b>21</b>	<b>5</b>	<b>5</b>	<b>3</b>	<b>4</b>	<b>101</b>

**Tabla 7- TEMÁTICAS**

<b>AUTOR</b>	<b>SOCIAL</b>	<b>POLÍTICA</b>	<b>CULTURAL</b>	<b>LITERARIA</b>	<b>PERSONAL</b>	<b>OTRAS</b>	<b>TOTAL</b>
Alejandro Sawa	10	4	4				18
Antonio Palomero	13	1	3	3			20
Joaquín Dicenta	16	1	4	1		1 (económica)	23
Luis Bonafoux	6	9	6		1		22
Pedro Barrantes	11	1	2	1	3		18
<b>TOTAL</b>	<b>56 (55'4%)</b>	<b>16 (15'8%)</b>	<b>19 (18'8%)</b>	<b>5 (4'9%)</b>	<b>4 (3'9%)</b>	<b>1 (0'9%)</b>	<b>101</b>

**Tabla 8. – PAGINA PUBLICACIÓN POR CABECERAS**

<b>CABECERA</b>	<b>Portada</b>	<b>Pg 2</b>	<b>Pg 3</b>	<b>Pg 4</b>	<b>Pg 5</b>	<b>Pg 6</b>	<b>Pg 7</b>	<b>Pg 8 y post.</b>	<b>TOTAL</b>
Alma Española			3	2	1			2	8
Don Quijote	3	1	9						13
El Globo	4								4
El Heraldó	15	1			2				18
El Liberal	20	3	3						26
El País	6	4	2	1					13
Correspondencia de España	1				1				2
Madrid Cómico			2	1		1			4
La Vida Galante					1	2		1	4
Ilustración Española y Americana								1	1
La ilustración Católica		1							1

## ANEXO II.- LOS CIEN TEXTOS

---

### Dicenta, Joaquín

1. “Los jóvenes”, *El Globo*, 4.7.1898.
2. “Para Sawa”, *El Liberal*, 22.1.1899.
3. “Un autor al uso”, *Don Quijote*, 29.12.1899.
4. “1900”, *El Imparcial*, 1.1.1900.
5. “Alegorías”, *Don Quijote*, 2.3.1900.
6. “Nuestros Boers”, *Don Quijote*, 2.3.1900.
7. “La epopeya de una zingara”, *Don Quijote*, 13.4.1900.
8. “El tío Quico”, *La Correspondencia de España*, 31.5.1900.
9. “En los toros”, *Don Quijote*, 16.6.1900.
10. “¿Adelante?”, *El Liberal*, 2.2.1901.
11. “Espumas”, *El Liberal*, 17.7.1901.
12. “La batalla”, *El Liberal*, 20.7.1901.
13. “La espuela del Czar”, *El Liberal*, 21.9.1901.
14. “El velo de la viuda”, *El Liberal*, 17.10.1901.
15. “Más sobre el teatro español”, *El Liberal*, 2.1.1902.
16. Serie entre mineros. “De cara a la mina”, *El Liberal*, 6.1.1903.
17. Serie entre mineros. “Pozo abajo”, *El Liberal*, 12.1.1903.
18. Serie entre mineros. “Desde el fondo”, *El Liberal*, 16.1.1903.
19. “El hampón”, *El Liberal*, 19.1.1903.
20. “A flor de tierra”, *El Liberal*, 2.2.1903.
21. “En el fondo de la mina. Almadén”, *Alma Española*, 8.11.1903.
22. “Dinero”, *Alma Española*, 29.11.1903.
23. “Atavismo”, *Alma Española*, 23.4.1904.

### Bonafoux, Luis

24. “Por fin”, *El Heraldo de Madrid*, 11.12.1898.
25. “El proceso Dreyfus”, *El Heraldo de Madrid*, 10.9.1899.
26. “Efectos de la sentencia”, *El Heraldo de Madrid*, 11.9.1899.
27. “La protesta de Zola”, *El Heraldo*, 12.9.1899.
28. “Después de la sentencia”, *El Heraldo*, 13.9.1899.
29. “¡Yo, vil!””, *El Heraldo de Madrid*, 19.9.1899.
30. “A tal tío”, *Madrid Cómic*, 4.11.1899.
31. “Curándome en salud”, *Madrid Cómic*, 9.12.1899.
32. “Isidros y guachinanguitos”, *Madrid Cómic*, 27.1.1900.
33. “Exposición en París”, *El Heraldo de Madrid*, 21.4.1901.

34. "Que lo ahorquen", *El Heraldo de Madrid*, 29.4.1900
35. "Ciegos y tuertos", *Don Quijote*, 4.10.1901.
36. "Por la bandera", *El Heraldo de Madrid*, 14.11.1901.
37. "Los chulos civilizados", *El Heraldo de Madrid*, 15.11.1901.
38. "José y Fouquier", *El Heraldo de Madrid*, 1.1.1902.
39. "Notas parisienses", *El Heraldo de Madrid*, 3.1.1902.
40. "El buena ganado", *El Heraldo de Madrid*, 4.1.1902.
41. "El pobre Matos", *El Heraldo de Madrid*, 12.1.1902.
42. "Un recuerdo", *El Heraldo de Madrid*, 3.10.1902.
43. "¡Honor a la pepitilla presidencial!", *Alma Española*, 8.11.1903.
44. "Desde París", *Alma Española*, 29.11.1903.
45. "Crónica", *Alma Española*, 6.12.1903.

#### **Sawa, Alejandro**

46. "Lo de siempre. La miseria en Madrid", *Don Quijote*, 30.7.1897.
47. "La fiesta de la juventud", *El Liberal*, 17.8.1897.
48. "¿Por qué?", *El Liberal*, 24.2.1898.
49. "La ola negra", *El Liberal*, 17.6.1898.
50. "De vuelta a la vida", *El Nuevo País*, 6.10.1898.
51. "Tipos", *Madrid Cómic*, 27.10.1900.
52. "Un poeta muerto", *El Heraldo de Madrid*, 14.8.1901.
53. "La estatua de Baudelaire", *El Heraldo de Madrid*, 24.9.1901.
54. "Centenario de Víctor Hugo", *El Heraldo de Madrid*, 1.1.1902.
55. "Niños descalzos", *El Liberal*, 24.1.1902.
56. "Zola", *Don Quijote*, 3.10.1902.
57. "Hay que insistir", *El Liberal*, 6.3.1903.
58. "Juvenilia", *El Globo*, 19.3.1903.
59. "Los austeros", *El Globo*, 19.4.1903.
60. "Crónica", *El Globo*, 2.5.1903.
61. "De la vida, Notas y comentarios", *La Correspondencia Española*, 23.8.1903.
62. "Canalejas y la Academia", *Alma Española*, 20.12.1903.
63. "Los neo conservadores", *Alma Española*, 27.12.1903.

#### **Palomero, Antonio (Gil Parrado)**

64. "Reprise de una drama", *Germinal*, 21.6.1897.
65. "Comedia humana. Delorme", *El País*, 30.11.1897.
66. "El suicidio de Rodríguez", *El Imparcial*, 10.1.1898.
67. "La cruz de Bonafoux", *El País*, 5.12.1898
68. "Un artista", *El Nuevo País*, 7.12.1898.



69. "Crónicas teatrales", *El País*, 11.12.1898.
70. "Fábulas por Antonio Palomero: la vida", *Almanaque de La Vida Literaria*, 7.1.1899.
71. "Una sorpresa", *El Nuevo País*, 7.1.1899.
72. "Crónica. Unas flores, una artista y un canónigo", *El Nuevo País*, 21.3.1899.
73. "En San Sebastián", *El País*, 29.7.1899.
74. "El último bohemio", *El Liberal*, 7.1.1900.
75. "Baile de máscaras", *Don Quijote*, 2.2.1900.
76. "Hablando con Galdós", *El Liberal*, 14.4.1900.
77. "Galdos y la juventud", *El País*, 31.1.1901.
78. "Croniquilla. Tres ideales", *El Liberal*, 8.6.1901.
79. "Excursión a Lisboa", *El Liberal*, 6.9.1901.
80. "Un robo", *El Liberal*, 7.3.1903.
81. "Lluvia", *El Liberal*, 28.3.1903.
82. "Sánchez Calvo", *El Liberal*, 7.9.1903.
83. "Política en broma, una asamblea", *Alma Española*, 22.11.1903.

### **Barrantes, Pedro**

84. "Impresión", *La Ilustración Católica*, 30.9.1897.
85. "Los nuevos cristos", *Álbum Salón*, 1.5.1898.
86. "Por los pobres presos", *El País*, 4.1.1900.
87. "La última casa", *Don Quijote*, 2.3.1900.
88. "La bandera roja", *Don Quijote*, 16.3.1900.
89. "Negativa", *Don Quijote*, 13.4.1900.
90. "La caravana", *Don Quijote*, 16.6.1900.
91. "Alcántara", *El País*, 10.8.1900.
92. "Amor perfecto", *Vida Galante*, 30.11.1900.
93. "Lo pasado", *Vida Galante*, 7.12.1900.
94. "Ojos verdes", *Vida Galante*, 21.12.1900.
95. "Esperando", *La Vida Galante*, 28.12.1900.
96. "La defensa de Barrantes", *El País*, 4.9.1901.
97. "Navas del Rey. Impresión del viaje", *El País*, 19.9.1901.
98. "Para los gitanos del barrio de Cambronerías", *El País*, 3.2.1903.
100. "La embriaguez", *El País*, 24.8.1903.
101. "La elegía de la tierra", *Ilustración Española y Americana*, 15.1.1904.
102. "Henri Cornuti", *El País*, 24.10.1904.

*Alma Española El País El  
Liberal El Globo El Herald  
de Madrid Don Quijote*

# Alejandro Sawa

El negro de Rubén Darío



TELEFONO 772

## LA REVOLUCION DESDE ABAJO

**PERSONAJES:**  
EL PRESIDENTE, un presidente cualquier todos los presidentes.  
EL DIPUTADO, un diputado; todos los diputados.  
(Introducido el señor en el salón de sesiones, lleno de diputados, que chapucan del bastón y miran a las señoras mientras que chapucan caramelos y miran a los diputados, y un cuentero, con un pañuelo en la mano, que se chapucan el dedo, en una tritura el diputado electo sube al estrado, hondo en tierra y pone su mano sobre el Santo Evangelio.)  
Señor, está en la cachiporra de los malos de un maeiro; da con ella tres y en la hombra del frase del diputado electo dice:  
—¿Puedo defender con toda vuestra labrabra y con los destiñones que voy consiguiendo del Gobierno para mis amigos y panivajines esta patriótica

labrería y con los destinejos que va consiguiendo del Gobierno para vue-  
amigos y panivinajes esta patriótica

(El presidente tiene que repetir las palabras, porque viene de la calle, el ruido de voces y cánticos que nadie puede controlar, y él no quiere interrumpirlos).  
— El presidente manda cerrar puertas y quoda aislado el Parlamento.  
— ¡Juráis manteneros en la santa ignorancia con los salicists de las aulas; n'ar jamís de Justiniano, Alfonso el Sabio, Paul de Kock, y no leer jamís los libros de Maquiavelo, de Spencer, Bourdieu, de ningún heróje!  
— ¿Que aplaudís toda vuestra ostentación y la parte de vuestro peculio que os perteneciera en asistir á la cuarta de Apolo, una contrabarrera los domingos y vísperas, y que aplaudís á la vez, y aplaudís aquí todas las tardes para aplaudir á los que hablé el presidente del Consejo de Ministros, cuando tenéis el honor de estar presentes?  
— ¿Que tenéis, tenéis el título de diputado?  
— ¿Que regaláis con dinero de contribuyentes, de contribuyentes, de contribuyentes al cacique que os ha hecho diputado?

**Nuevos caballeros.**

[illegible]

## La cuestión macedónica

[illegible]

ada por 165 turcos, entre hombres, mujeres y niños.

Según parece, no se tiene gran confianza en ellos. Van a combatir a los benidenses, que últimamente saquearon, robándole y maltratándole, a unos españoles en el camino de Tetuán. Según noticias, el Sultán no se decide a salir al combate; sigue reduciendo la opinión de sus súbditos, que le consideran como un miedoso.



Heraldo de Madrid  
23.8.1903

Alma española  
20.12.1903

## DE LA VIDA NOTAS Y COMENTARIOS

El otro día, un niño murió en Madrid. Contaba apenas quince años, vivía en un lugar de árboles y de pájaros, allá por las rientes verdades de la Moncloa; el día, como propio de esta estación, era espléndido y clemente al pobre. Los enamorados pasaban rimando su inefable canción de vida, jugaban los niños bajo la copa azul de cielo a cuantos juegos, creó Dios para solaz eterno de la infancia, vivían allí y allí... y mientras tanto, la pobre criatura que se asomaba a estas líneas, clavaba en la pared un grueso clavo a la mayor altura que su bracito alcanzara, suspendió de él una cuerda, se la subió al cuello y de ahí se lanzó bruscamente a la vida que fue pedrada de su vigorosa iniciativa de hombre y también pedrada de su voluntario cadalso, quedó sus pendidos en el vacío, como si sus alas al que brase tuviesen aún bastante fuerza de tensión para sostenerlo a unas cuantas centenas por encima del ras de la tierra.

Los periódicos, al día siguiente de la noticia, dijeron que el niño había comunicado a algunos camaradas, hacia ya tiempo, su propósito de suicidarse.

La bella energía trinchada en flor al amanecer de una vida!

Yo como esa cosa y quisiera mirarla con atención, fijamente también—no falta más—y hasta con mimo, como si el pobre niño aún pudiera florir...

Veo en él, como en un vasto conjunto que domina, una brisa, una muy gallarda manifestación de voluntad. Ahí, la robé palabra a la que teñen los muros de corazón, de dar una significación pictórica: "Voluntad, reina del mundo".

Ese niño era aún más que un alfiler.

Levantar cien kilos a pulso no requiriese un mecanismo sólido de los bíceps y los hombros. Pero coger a pulso la vida, la propia vida; y llevarla a la nada de una sencilla heroica y mortal, eso es, cuando se tiene quince años y todo es alrededor nuestro, hacia donde quiera que la vista alcanza, autores y rosicleros, eso es la hazaña de un semidos que hubiera vivido confundido entre nosotros. A los treinta años es lógico morir voluntariamente, y más allá de los cincuenta, llegar a decir, si me apuran mucho, que se ha digno. Morir por propio arbitrio, a los quince... Yo no conozco motivos más lentadores para la Vida.

Los espíritus superlativos pueden ver en estas líneas que estamos algo como una apología del suicidio, cuando yo no quisiera que se trasluciera en ellas sino algo como la apología de la voluntad. Yo sé muy bien que la voluntad es sencilla, que puede el bien y el mal, que tiene dos caras como Jano; que la vieja tradición cristiana se llamó el Arcángel Miguel y el diablo; pero del humano escudador de verbos que forman e, habla humana, esta simple combinación de sílabas, que reñen, parece como un conjunto de dioses, y el hombre que se lo apropia y lo mete en su sangre como un principio orgánico de vida, es siempre el hombre fuerte que todos los humanos quisieran ser: Napoleón en Dresde, Bismarck en Versalles, Cecil Rhodes en Africa, el erudito, en fin, de pie, como una afirmación y un reto, sobre las humedades de su obra.

Me diréis que estos hombres, chipreantes como un puñado de pedrería, son excesivos para la gloria de un sencillo punto negro que anónimo, y cuya sola nota original está en la edad del protagonista. Pero yo respondo, insulsiendo, que en esa circunstancia, la edad, está su grandeza.

Yo me lo figuré, si su inteligencia boyaba pareja con su voluntad, enveñado meses y años en un laboratorio, a densísima distancia de la realidad ambiente, más allá que una madrepora en el fondo de los mares y más alto también que un lucero en el firmamento, concurrendo, bruto del bien, bruto moderno, don Berthelot, Pasteur, al triunfo del espíritu de la vida...

Y lo veo, según el curso de mi fantasía, en una plaza sitiada, al frente de la guardia,

oída, por ejemplo, de Santiago de Cuba, en la hora lúgubre de nuestros últimos desastres, respondiendo al sañón, que intimidaba la entrega de las llaves de la ciudad, con la frase diamantina del heleno: «Ven a tomarme».

Yo creo profundamente que los hombres tenemos vestimos de duelo cuando alguna gran voluntad se extingue.

Alejandro Saura.

## Canalejas y la Academia

Ni aun la pasión política puede negar que Canalejas posee muchos de los rasgos fisiognómicos de un noble predestinado de la Historia. Leyéndolo u oyéndolo en nuestras breves entrevistas, cortadas siempre por el patalo impaciente de los aventureros de la cosa pública que van a hablarle de Futano ó de Zutano, y, claro está, de las codiciadas e inminetistas prebendas, he creído muchas veces hallarme a presencia de un grande hombre... Su máscara es fatal. Pienso, viéndolo, en Juan Bravo, el heroico conde de Castilla, y mejor aún en una descendencia lineal del Cid, en que sangre y ánimo se transmitieran en forma de talento.

Pues a este hombre, que ha sido profesor de Literatura española en la Universidad Central, apenas salido de los limbo de la adolescencia, que es autor de admirables monografías literarias que por ahí andan esparcidas en periódicos y revistas, que es uno de los contados oradores modernos cuyos discursos pasarán a las antologías del porvenir, la Academia ha preferido el otro candidato, que en esta ocasión resulta ser un Sr. Hinojosa, epícono, neutro, gris y ambiguo, del que nadie conoce la firma literaria y cuyo solo título de honor, a lo que me dicen, consiste en ser gran amigo de los aprovechados hermanos Pidal.

No toda la culpa es de los señores académicos. Buena parte de ella corresponde a los que, sintiendo en el fondo de las entrañas un inmenso desdén por la venusta necrópolis de las letras, afectan tomarla en serio, dándose a la tarea de comentar sus gestos y sus dichos. Burda caricatura de la Academia francesa, su progenitora, la nuestra, quiero decir la de ellos, la de los que creen en tamaño anacronismo, es, mejor que una asamblea de literatos, un salón de gente bien vestida que no toma el aperitivo en el café y que se embebe en la capa hasta los ojos antes de penetrar en el cuartito donde los aguardan, hostesantes, sus queridas...

Ni un solo irregular de verdadero talento ha formado jamás parte de su seno. ¿Esprecencia, y Larra y Becquer, no están ahí para probarlo?

Peor aún por ser más fuerte, por ser más vasta, es lo que viene ocurriendo en la Academia francesa desde Richelieu hasta nuestros días. El caso de Zola, preterido sistemáticamente a todos los ganapanes de frac ó de dormidas libras que se presentaron a hacerle concurrencia, no es en aquella casa de la orilla izquierda del Sena ni nuevo ni extraordinario.

El teatro, en sus manifestaciones más grandiosas, ha estado excluido de la Academia-madre con las personas de Molière, Racine y Corneille; la Filosofía, con Descartes, Pascal, Rousseau y Diderot; la oratoria, con Vergniaud, Mirabeau, Manuel y Gambetta; la novela, con Balzac; el estilo, con Flaubert; la gracia hecha hombre, con Gautier; la fantasía, con Villiers de l'Isle Adam; el verso, como suprema explosión aristocrática del dolor, con Baudelaire, Verlaine y tantos otros...

¿Y sabéis por qué? Porque Molière, Racine y Corneille eran ó convivían con los comediantes del rey; porque Descartes no era amable; porque Pascal fué misántropo; porque Rousseau era pobre y desequilibrado; porque Diderot era bueno y nuevo; porque Mirabeau tenía un temperamento; porque Manuel tenía un carácter; porque Gambetta procedía de la bohemia del Barrio latino y nunca prescindió completamente de ella; porque Balzac tenía deudas; porque Flaubert vivió en pugna ardiente con el vulgo; porque Gautier usaba camisas sin planchar; porque Villiers tenía genio; porque Baudelaire salía del brazo por las calles con una mujer negra, en cuya cabellera creía el poeta percibir todos los perfumes del Oriente asiático; porque Verlaine era borracho, y triste y vagabundo...—porque la frase de Hugo parece inspirada en estos lamentables caracteres que refiero...—Un genio es un acusado.

¡Donosa institución literaria, a cuyo frente se halla en España un general de Artillería que ni siquiera como guerrero es ya aprovechable, dada su edad proyecta, la natural catomía de sus facultades!

Todos los espíritus reaccionarios, todas las almas fieles, tienen en aquella mansión su casa natural. Nadie que haya en prosa ó

en verso blasfemado del progreso, sido arcaico, ha dejado de encontrar abiertas de par en par las puertas de la Academia. La divinidad pagana con la cara vuelta al revés, mirando hacia atrás perdurablemente, es el símbolo tutelar del antipático Instituto. Y si, como algunos pretenden, con sobra de fundamento, las casas, y hasta los muebles y los paisajes, tienen un alma que les es propia; menguada alma la de la Academia española, que estando alojada en un riente edificio que recuerda a Grecia, vive en perpetuo estado de amancebamiento con la brutal Beocia, y mejor que un vivero de nuevas y fecundantes bellezas, parece un cementerio donde en vastos osarios guardaran todas las excrecencias del gusto que no debieron producirse jamás sobre la haz de la tierra!

Alejandro Saura.

El Liberal 6.3.1902

## HAY QUE INSISTIR

La carta del Sr. Cuena, visitador del Hospicio de Madrid, respondiendo a mi nota *«Hoy desahogado de la que yo quisiera hacer un artículo articulado, no ha podido satisfacerme. Decir, después de lamentarse de su inopia de recursos, que haré cuanto pueda por mejorar la situación de los asilados, no es decir gran cosa. Añadir que ya ha comenzado a tomar medidas para que no puedan componer el caso de los que de él envejen, es, ciertamente, una promesa, pero una promesa atenuada».*

De todos modos, y como quiera que sea, pues en la carta del Sr. Cuena tal brillo de sinceridad y de hombría, que yo me complazco en hacerlo así público y en extenderlo desde aquí mi mano en demanda de la suya.

Pero eso no basta. Cuando se trata de derribar un muro, de construir un albergue ó de rescatar una mala obra material, ponerse a planear de cosas continuadas, es torpe, y por ende, estéril. Yo vengo esta vez cargado de material de aplicación. ¿Si los que puedan colaborar utilicenlos?

A un diputado provincial que ya ha prestado galantemente a sorberlo de práctico, se lo deba. Y después de haber navegado estos días anteriores por todos los arroyos de la Diputación de Madrid, sé que en la sesión de 31 de Enero del año corriente, la Comisión provincial, cediendo a las reiteradas reclamaciones que desde larga fecha venía formulando el Sr. Cuena en demanda de créditos para la asistencia y entretenimiento de los asilados del Hospicio, le concedió la suma de 40.000 pesetas en una instancia presentada a la Diputación con fecha 4 de Diciembre de 1900 por un concejo industrial de esta corte.

La ponencia del Sr. Cuena, no pudo ser más favorable. Y es que, en efecto, la Comisión no podía ser tampoco más tardadora. En ella se obligaba al autor a instar por su cuenta, y con tal de que, en los trabajos de zaguatoria del Hospicio, una vez dada la escuela de aprendizaje para cuantos asilados desearan aprender el oficio, y se obligaba a cultivar abundantemente a los niños que en la actualidad forman la población del benéfico Instituto, con dos pares de botas para cada uno, y todo con por su justa y equitativa indemnización, que resultaba el presupuesto anual, afecto a esas atenciones, de 40.000 pesetas anuales, ó sea en total de 40.000 pesetas al año. Y se comprendió el contrato. Concluyó la ponencia proponiendo que se solicitara del señor ministro de la Gobernación la concesión de subvención, puesto que este caso está perfectamente comprendido, añadió, en el párrafo 6.º, artículo 4.º de la real orden de 30 de Abril de 1900.

Así, pues, después de un lado, a 1.101 niños descalzos ó insuficientemente calzados (cuya por el entusiasmo), y de otro a un hombre pobre que se comprometió a educarlos en el oficio y a salvar esas miserias con una economía para los Insuertes que la Diputación debería guardar y defender, de 32.210 pesetas en el lapso de un trimestre. Pero hay una real orden... y hay un real decreto... y hay una santa costumbre oficial... y además lo contencioso administrativo y el Código de Alcobilla...

que ocupan a no pocas personas, para por lo tanto dar sol como los demás mortales; es que esos niños miserables, aunque augustos, míseros, aunque porfiriosos—¡ay, porque el dolor es la más alta de todas las aristocracias!—no valen más, Dios mío, diez mil veces más, un millón de millones de veces más, que todos vuestros embollos orinales y que toda vuestra chimenea ó infame logia-lógica burocrática?

Señor ministro de la Gobernación: V. E., en quien la bondad es una granza de abuelo, trace con su pluma directora un ruego sobre el papel que detiene, sin las formalidades de rubrica, a esos pobres niños su parte de sol, su parte de alce, su parte de juegos al aire libre en la amena extensión de los campos, un *pat* luminoso, señore, que no nos haga abultar por completo de todas las cosas que a nuestro alrededor transcurran sobre la tierra...

Alejandro Saura.



Alma española  
27.12.1903

CRÓNICA

## Los neo-conservadores

ALLA va la caravana. Su aspecto avieso la hace formidable. ¿De zingaros, de tsiganos? Que no. De gente política. ¿Hacia dónde? Ni ellos mismos sabrían responderos.

En la vieja lucha —y tanto, como es eternal—, entre el querer y el poder, el instinto de la mueva hacia los altízaros, la fatididad hacia lo desconocido. Y ya se sabe que lo desconocido en política se llama peligro cuando no catástrofe...

Ven á la catástrofe.

Procedentes del antiguo kan conocido en nuestras calificaciones políticas con el nombre de partido moderado-histórico, los viejos de la caravana conocen los días del desierto, los días de prueba en que el dielo azota con surtiagos de fuego y el suelo quema con áscuras de arena.

Fué ello hacia el año 73 del siglo recién fenecido. Expulsados de Jerusalén y de sus galas por el terremoto del 68, volvieron á su condición de nómadas hasta que la Restauración les abrió, como dos grandes puertas y como un confortable hogar, su corazón y sus brazos.

Era en aquella sazón pastor de la tribu un andalúz torvo, esforzado, impulsivo, con instintos de alas en los costados y de ave rapaz en el aparato gástrico, que se hacía llamar Cánovas. Era pariente espiritual muy cercano de aquellos hombres positivistas y medrosos que formaban en la Convención revolucionaria de 1793 el partido de la *Plaine*, de la llanura, ó mejor, del lodazal, y relacionándolo más directamente con nuestros días, era como el consorte de los aceros ministros de Luis Felipe, Guizot, el duque de Broglie, Perier...

Su doctrinarismo consistía en vivir. Dijo, en uno de sus momentos de énfasis, que venia á continuar la historia de España, y no vino sino á ir tirando y á medrar. Seguramente que si la bola imperativa de Angiolillo no hubiera sido como un rayo, Cánovas no habría podido responder al que le preguntara qué había hecho en toda su vida de gobernación, sino repitiendo la angustiosa frase de Sleyes: «He vivido...» Pero como quiera que sea, Cánovas tenía en su abono condiciones de imperio que lo convertían en el jefe natural de sus secuaces. ¿Que no sabía tampoco dónde iba? Los hombres de segundo orden se arremolinan para formar la base. Luego, Dios se encarga de colocar en la céntrica al hombre definitivo, que, cuando se trata de Italia se llama Cavour, y luego, en las evoluciones de la humanidad, se llama Bismark en Alemania...

Quería vivir. Pero sus sucedáneos ¿qué pretendían? Como grandes chicleños trágicos juegan á la política con dados, que son los más formidables problemas de los tiempos. Se han repartido, en confabulaciones pavorosas, todas las potestades del Olimpo, y no reparan en que el tapete sobre el que juegan es la desgarrada y sanguinolenta piel del palpitante cuerpo nacional... Han llegado á encarnar el reverso de las cuatro virtudes teológicas. Maura, el escurridizo y altanero arrecole contra el que escupen sus rencores todas las alas de la política, es la Imprudentia; el padre Montaña, es la Injusticia; Linarés, el gimnasiarca de Santiago de Cuba, es la Debilidad; Villaverde —¡ah, ese sí que merece catalogación aparte, una jaula para él solo!— la Soberbia, la Ira, y todos ellos el Desastre y la Muerte. ¿A dónde van, á dónde irían esos hombres que no hagan pensar en los venenos del Ganges cuando se mezclan al aire que respiramos los mortales?

Van hacia la muerte.

Pero en su muerte tratan de arrastrarlos, y eso no. España, que reaccionó contra el padre Nifard en días no menos penosos de resistir que los que sufrimos, sabrá reincorporarse y estrangular al Padre negro, al Papa negro, que desde su Vaticano de Fiéssole es el emperador de España y del Paraguay.

La vida se repite abrumadoramente en el tiempo y en el espacio. Si España no pudo soñar en imperativos desquites á la muerte de Carlos el *Hochtado*, porque eso ocurrió el año primero del siglo XVIII, puede, en estos días caletudinosos, que recurramos, puede, digo, elegir como su gracia tutelar y su guía á la gran medusa Carnación, que á los noventa y tres años de extinguida la dinastía austríaca en nuestro suelo, inspiró las jornadas de Septiembre y el 23 de Enero parisienses, en uno de los más vistosos pleamares de la Historia...

Por eso os digo que tengáis cuidado.

La vida se repite abrumadoramente...

ALEJANDRO SAWA.

El Globo 19.3.1903

## JUVENILIA

En un periódico madrileño de nutrida clientela acabo de leer un artículo que es un alegato en regla contra la juventud contemporánea.

Se la acusa de egoísmo, de indiferencia por la cosa pública, y se la echa en cara su vehemente devoción por aquel que en los pleamares de su conciencia supo levantar como una afirmación y como un reto, la imagen del superhombre.

Y tiene fundamento la acusación. Le inspira, en efecto, todo la política, rencorosos hombres. Porque, ¿en qué sazón ha protegido aquí el Estado las manifestaciones intelectuales ó artísticas? Cuando no las ha quebrantado en brote con sistemáticos desdenes; las ha tronchado en flor con bárbara insistencia. Ciertamente no debe concebirse al Estado como una étnica matrona dotada de dos ubérrimas mameas; que es preciso reaccionar también contra la pereza de confiarlo todo á su pretendida misión providencial, que tan lesiva es al desarrollo del individuo; pero con una condición, la de que no se cite para ello la panacea inglesa.

Inglaterra es el país del *self government* y del *habeas corpus*, mientras que aquí el Estado pareciera nuestra actividad, oifica nuestro corazón, legisla nuestros placeres y, absorbente como un pólipo de mil patas, llega hasta á contener en moldes euriáscos las fórmulas que acompañan á los tremendos imperativos del nacer y del morir. ¿Con qué lógica se habla entonces nosotros del arrogante gesto individual con que en algunos pueblos del Norte ciertos hombres señalan los nuevos derroteros de la vida? ¿Acaso se puede honradamente gritar «¡hable!» á la pobre criatura mortal, sujeta al ludibrio de la niñez? ¿Y que es una condición social, esencial al movimiento, el no tener los miembros aprisionados en una camisa de fuerza?

No es eso tampoco que la juventud española contemporánea transcurre su vida interna iluminada por ese sol de media noche, que en nuestra zona intelectual se llama Federico Nietzsche.

Jamás las muchedumbres, formadas en sus más espesas porciones por niños y adolescentes, que asaltan en los días egipcios de la Historia las plazas públicas con el rayo en la mano y la electricidad en los ojos, han seguido á otros hombres que á los que rotunda y hasta brutalmente afirman con el verbo ó con la espada: ni Voltaire ni Momo serían nunca las divinidades consagradas de un pueblo. Y al revisar las lividas frases del *pendemonium* nietzscheano, más literarias que filosóficas, más retóricas que sentidas; las unas haciendo guiños, las otras retorciéndose en convulsiones epilépticas, la grave amonestación de Pascal se nos viene invasivamente á las mentes... «¡digno! hurón, mal ingenio».

«¡Matemos con la risa y el sarcasmo!» —profrío Nietzsche;— y tan hondamente llegó á incrustar en la práctica su teoría, que con frecuencia no acertamos á decidir si el extraño alucinado ríe ó llora...

«Yo no puedo creer sino en Dios que sepa bailar» —dijo—. «¿Ea que aquí ríe?»

«Ser malo, esa sería nuestra verdadera bondad» —añadió—. «¡Ah, pues entonces, aquí sí que lloro, positivamente!»

No, la juventud intelectual contemporánea no vive inultra por el *evangelio* del superhombre. Con toda su innegable grandeza, Nietzsche producía, al agitarse, un vago ruido de cascabeles que hacía esperar, temar la pirueta. No fué un portalluz. Ni iluminó, ni se abnegó. A nadie se le ocurrió, á presencia del obstinado exaltador del egoísmo, gritar la frase «¡con tal que la antorcha difunda la luz, qué importa si quemá la mano que la enciende y la agita!»

Ya lo dije en otra ocasión discurriendo á este propósito. La juventud española contemporánea se muestra adusta y desdenosa con sus mayores, y váis á saber por qué.

Era en Marzo de 1898. La leyenda de bravura y de lealtad española estaba en entredicho. Los Estados Unidos alargaban sus tentáculos hacia Cuba, y de allí volaban, en lúgubras caravanas flotantes, como cogidos de nuestra hemorragia, por centenares, por miles, los miseros soldados que al son de las oberturas emborachadas por el *himno de Cadix* habían partido poco antes acompañados hasta los muelles por volciglera multitud, que los vitoreaba. Los periódicos continuaban barajando, como siempre, cuestiones de personal. Tal brazo del género chico era nuestro Hugo Fóscolo, y Parico el *Ciego* nuestro Teodoro Kosner.

Pero he ahí que *Frascuelo* se sienta enfermo, que *Frascuelo* se agrava, que *Frascuelo* se muere. ¡Y fué de vez á la anteza patrio ante tanta catástrofe! Todo el celo reportil de centenares de muchachos bien habidos con sus piorras no bastaba para satisfacer el ansia de detalles con que el público quería tener, hasta el bipo que acompañaba al hartazgo, noticias de su héroe nacional. El mismo Gobierno llegó á tomar cartas en el asunto.

Y mientras tanto, un sabio español moría en la indignancia. Tuvo para sus restos una fosa cualquiera y un ataud de pino regalados por la caridad, y para su nombre una necrología estrujada entre seis ó ocho líneas sin emoción, como paletadas de tierra, en la tercera plana de los periódicos. ¿Y sabéis por qué?—continuo preguntando. ¿Porque aquel sabio, por serlo, era extranjero y extemporáneo en la tierra donde na-

cio, y *Frascuelo* era como un símbolo jaca-randoso y vivo de la idiosincrasia encarnada y amarilla que nos sofoca y nos mata. No ha sido por mucho tiempo la principal figura de los salones un cochero que ostentaba un título nobilitario, y el Gran Eleccor de Madrid un empresario de festi-vales, no siempre dólidos, y la cantante más famosa la *Parrita*, y el artista más celebrado Juan Brea, y el centro de la buena sociedad la *Tambur*, y *Lagartijo* y *Frascuelo* las dos más altas eminencias de nuestra encumbrada meseta castellana? ¿De qué trabajos, ni de qué estudios han habido menester tal prócer ó tal jugador para ser reconocidos como grandes primates en el légame de nuestras costumbres contemporáneas?

Esos, esos recordos y la rebelde é im-pia torquedad de los viejos en no ceder los puestos que, contra toda ley moral y natural ocupan como por usufructo vitalicio, es lo que forma el sedimento rencoroso de la juventud de ahora. Es que carece de estí-mulos, de proyección, de ambiente, de sol y de justicia, de aire respirable! Todo lo está permitiendo —lo dicen— ¡menos el vivir!

Parece como si la historia política española hubiera concluido hace cuarenta años...

Alejandro SAWA.

Don Quijote 3.10.1902

## ZOLA

Los hombres de mi generación, que eramos todavía niños cuando se apacó Victor Hugo, tenemos motivos suficientes para planear el fin y del dolor. Bajo nuestras bridas de agua llevamos sendos crepúsculos vividos por Zola. ¿Por qué? ¿Porque, por Remi, por Verlainne y por Daudet, cuando luminar borrado en esos tristes minutos que vivimos! Algunos veces dirán que el sol se extingue, que la noche y el día están en el mismo fúsculo, ante nosotros, y que vivimos en horas que no tienen día siguiente. La muerte de Zola es una cerrazón nueva en los horizontes de la humanidad.

Del telegrafo dirían que parece principalmente inventado para la más rápida transmisión del dolor sobre la tierra. Ya supo que Zola había muerto al sentirlo de pronto y con nocturnidad! Herido. En noticia pueril y en el carne, alta, adentro, como una tala, desgranando y rompiendo. Y un texto sagrado, de Teo el divino, se me impuso. Dice Gautier que, supo la muerte de Balzac inopinadamente, en Venecia, mientras saboreaba un sorbito en el café Florian, en la plaza de San Marcos. Conteniéndose la noticia, como un ataud su muerte, el *Journal des Débats*. Y dice Teo, con ese lenguaje en pluri que era una forma exquisita, flor completamente abierta de su extraña modestia: «Poco días faltó para que, desde allá, sobre las losas de la plaza, al saber tan fulminante noticia, y bien pronto rezada con nuestro dolor un arriague de indignación y de rebeldía poco cristiano, porque todas las almas tienen ante Dios igual valor».

Precisamente acabamos de salir al hospital de locos, en la isla de San Servilio, y fuimos visto allí idiotas decrépitos, surtos, desmembrados, lagrías humanas ni siquiera, dirigidos por el instinto animal, y nos preguntábamos por qué a aquel pobre hombre se había extinguido como una antorcha a la que se sopla, cuando la vela percibía tenazmente dentro de sus cabezas obscuras, atravesadas con vaguedad por entusiastas resplandores.

Ha muerto Zola, dejando su obra, salvo algún chapitel, algún torcón complementario, absolutamente concluida. No se podrá decir de ella lo que el mismo Teo dijo de la de Balzac. Pero tal como se encuentra, espanta por su enormidad. Y las generaciones venideras se preguntarán sorprendidas quien fue el gigante que levanta por sí solo esos formidables sillares y hecho sobre tanta altura aquella Babel donde zumba una sociedad entera.

Cuando murió Hugo el apocalíptico, quedaba Remi, quedaba nuestro gran muerto de hoy, de pie, y nimbado de resplandores. Muerto Zola. ¿Dios mío! ¿qué alta figura vertical nos queda sobre la tierra!

Alejandro SAWA.



## LOS AUSTEROS

El crimen, sin sanción penal posible dentro de los actuales organismos jurídicos de Francia, cometido por Cavagnac durante su paso por el ministerio de la Guerra, contra la Verdad, en primer término; contra la Justicia, después; contra un hombre y una familia, en seguida, y contra el Honor, en todos los momentos, me invita, con grave amonestación, que tiene categoría de apercibimiento del deber, a dejar aquí estampado mi voto y mi sello candente contra los hombres que isen de la austeridad, de la honradez y de la consecuencia motivos de simonía, y que, profesionales de la virtud, viviendo de eso como de una profesión, de un oficio, haciéndose inscribir en los libros de demografía, en las hojas del Censo nacional con la exclusiva calificación de *honnêtes*, evocan, con el rigorismo de un fenómeno meteorológico, ante los que lo conocen, el espantable decir de De Maistre: «Jamás he mirado en el alma de un tunante; pero con frecuencia lo he hecho en la de un hombre honrado, y me ha producido horror.»

Si, hay que romper el pacto tácito y monstruoso de balbucear ciertos temas, de no hablar de ellos sino a media voz, de dividir la vida de los hombres que ponen ostensiblemente su alma en contacto con la de las multitudes en dos grandes e inconciliables porciones, la vida pública y la vida privada; como si la vida pública fuera otra cosa que la prolongación de la vida privada; como si, ateniéndose a una frase ya generalizada, la sociedad fuera otra cosa que la expansión de la familia; como si nadie, por sutil y perspicaz que sea, pueda indicar dónde acaba o dónde empieza la publicidad de un acto, como si el criminal no fuese tan criminal en su casa como en la calle; como si la hiena no fuese tan hiena en la jaula como en el desierto...

Enrique Heine, desde su Sinaí de Europa; el escritor Prada, desde la pampa americana, lo han gritado así para todas las generaciones.

Hay que hostigar á la gente pública por sus anomalías corporales. La nariz chata, los pómulos salientes, el desarrollo excesivo de los maxilares, son un argumento. ¿Por qué no insistir en el defecto corporal? ¿Quién sabe si la psicología de ciertos individuos no se explica por la desviación sinistra de los ojos ó el arque de la espina dorsal?

Las anomalías de conformación suelen acarrear imperfecciones morales. Heine dice en una de sus prosas más atamadas: «El cuerpo es el espíritu visible; nuestros defectos espirituales se manifiestan también en nuestra conformación material.»

Y á esto debe añadirse, para que resulte entero el pensamiento sin renegar de su coacitada genealogía, que el ataque personal en las contiendas por las ideas es lícito y aun obligatorio; que profesar una idea es amarla y ejercer, por consiguiente, todas las que le son hostiles y muy principalmente sus mantenedores, y que cuando combaten dos Ejércitos no se entretienen en destrozar á balazos las banderas enemigas, sino que dirigen el tiro al pecho de los soldados que las tremolan.

Yo conocí á ese misero Cavagnac en uno de los minutos culminantes de mi andariega vida. Cansado, ojizmo, strabillario, me resultó odioso. Cavagnac es, me dijeron, por la pureza de su vida, por su aboigero de virtud, el más grande prestigio moral de la República francesa. Mirado bien; es un eufemismo. No tiene queridas; no fuma; ignora la gloriosa mitología de Héloide, la sin par; desconoce á la diosa Afrodita y al divino Dionisio, por no macularse el espíritu con salacidades más ó menos poéticas. Mirado bien, insistían. Es el gran tipo del ciudadano moderno. Pertenece á una vieja familia protestante, rigurosa y austera; su padre fue general y presidente; su madre una Hermana de la Caridad, laica. No fuma, me dijeron, es digno. Se desayuna invariablemente con los Mandamientos de la Ley de Dios; almuerza una copiosa ración de máximas morales; bien expurgadas de heresías, y to las las noches de su vida cena una buena colación de dichos y versículos evangélicos. Ese hombre será nuestro presidente, como es ya el primero de los ciudadanos, citando á bien lo tenga...

Ese hombre no será ya el presidente cuando á bien lo tenga. Ese hombre quedó proclamado el otro día el último de los hombres.

Pues bien; ese tal era un abuelito, era un austero, como lo era entre nosotros Camazo, como lo fue en Inglaterra Churchill, como á la hora de ahora continúa siéndolo en Francia el Sr. Méline, y ya veis los horrores que guardaba en sus entrañas. En buena equidad humana un leproso es más limpio y un bacilífero de trece veces más probo que el caciquino pelotón de hombres que, sin más artes que las de la hipocresía y las de saber poner en juego sus condiciones de medicinas, viven y mueran colocados en lo alto del púrpura, nos administran, nos legítiman, nos gobiernan... y nos deshonran. Un león es siempre respetable, una zorra, jamás. La escuela que mejor cuadra á esos hombres, que yo quisiera dejar marcados perdurablemente sobre los lomos y en las mejillas de estas *zorrillas*, y que fueran á atracarse de Moral donde el sol no los acariciara nunca.

Alejandro SAWA

## LA FIESTA DE LA JUVENTUD

Todos los años por esta época se celebra en la más típica de las barriadas de París, en la *ciudad latina*, el aniversario de Enrique Mürger. Con todo de ser esencialmente laico—y tan laico!—el espectáculo, ofrece para quien lo mira sin prevenciones heredadas con la sangre de la madre, ó adquiridas con el beileño de las escuelas, un gran aspecto religioso. Enrique Mürger fue, allá en su época, y quizás continúe siéndolo un tanto en la nuestra, como un gran ventanal abierto de par en par ante la alegre civilización helénica y contribuyó más que escritor alguno á lo que, sin forzar mucho el concepto, puede llamarse la oxigenación de las costumbres. Yo concebí las leibaidas y me explico satisfactoriamente el grito de muerte con que, al toparse, se saludan sus sombríos moradores: «¡Tenemos que morir!» ¡Oh, sí, tenemos que morir, pero no antes de haber vivido! y Enrique Mürger, al cronismarnos los bohemios en su libro famoso, fué historiador y poeta, todo de una vez; cantor y cronista de la vida al aire libre, de la vida sin prevenciones ni cuidados, que tan bien sienta á la juventud, y en ese sentido, al invocar su nombre, toda nuestra juventud se levanta y nos habla, según el famoso dicho de Zola, refiriéndose á de Musset. Toda nuestra juventud, sin los dejes de amargura de la edad presente.

Yo he tenido ocasión de asistir, en París, á la fiesta inaugural de esa vibrante efeméride. Surgió la idea de un grupo de amigos, que presididos por el gran Verlaine, habíamos convertido en domicilio propio el gran salón del café *François Premier*. Eso cayó en un lugar augusto, porque en él se ha levantado para conquistar la calle y luego todo el territorio, la gran oleada de luz que está á punto de transformar en oscuros elementos de la sociedad contemporánea. Uno de nosotros leía en alta voz un artículo del *Figaro* consagrado á Mürger, y alguien de los presentes hizo notar la ironía de aquella arrastrada existencia del poeta, formada en irracundo contraste de sollozos y tristezas para la vida íntima y de carcajadas y donaires para la pública.

Entonces nuestro gran Verlaine, con el tono jovial que le era propio, hasta cuando grababa verbalmente para todos los siglos las más cruentas desgracias de su vida, nos habló de Mürger, de un Mürger desconsolado para nos-

otros, bonachón y filisteo, conservando la misma mujer y viviendo con ella veinte años seguidos, pagando puntualmente la casa y el restaurant todas las veces que su legendaria pobreza se lo permitía, enamorado del falso orden (falso, porque reposa en la inanidad de los sentimientos y la inteligencia), tan exaltado por los hombres que viven regimentados en piaras, un Mürger, en fin, que era el reverso exacto del medallón ideal que nosotros nos habíamos forjado. Pero ¿qué nos importaba ese pseudo Mürger? El sólo divinamente auténtico, el sólo Mürger real, era el que se columbra tras de las páginas perversas y candorosas de *Escenas de la vida de bohemia*, y de labios de *Nini*, una hermosa muchacha del *Quartier*, que formaba parte de nuestro grupo por amor de las letras y por nostalgia de muchas cosas grandes, surgió alada y viva la idea de celebrar con un banquete singularísimo, un banquete cuya modestia de precio permitiera á bohemios y estudiantes asociarse con nosotros, el natalicio de Mürger y su solemne consagración ante la juventud contemporánea. Tras largas peregrinaciones—tan largas que ya pensábamos abandonar el barrio latino por Montmartre—topamos, á la postre, con un *restaurant* que consistió en darnos refugio por algunas horas y comida por unos minutos á razón de 70 céntimos por barba. Por fin, pisábamos tierra firme.

Allá por las alturas de la interminable *rue St. Jacques* (inevitable la llamó Julio Vallés), existe un vastísimo *bar*, bautizado por unos cuantos artistas, escultores en su mayoría, que lo frecuentaban, con el título de *La Academia*, *La Academia*, como oposición al Instituto fundado por Richelieu; *La Academia* también como escarnio y nota fiera de censura contra los que preconizan rigurosamente la educación de los centros oficiales para llegar á ser un gran artista. Y aquella sala sombría y fúida, que era como el espacio preliminar que separa la vida del ciudadano de la vida del forzado, aquella lígubre antecámara de la cárcel, aquel lugar de infamia, fué durante cuatro horas lo que el jardín de Académus en la historia de las ideas: el alma de Platón no estaba ciertamente con nosotros; pero el más sublime de los dioses de la antigüedad, el gran Pan, presidía nuestra ceremonia, vasto y jubiloso, trastrocando las lobreguezes de la sala aquella en la magnífica grandiosidad de un bosque y el yantar de unos cuantos entusiastas en la apoteosis de un poeta mal hallado entre su generación y puesto súbitamente de pie en la actitud vertical de todos los dominadores, gracias á la muchacha que tuvo la idea del banquete y á los locos que la secundaron.

Ya tiene su estatua en París Enrique Mürger, en el jardín del Luxemburgo, á dos pasos de las de Verlaine y Teodoro de Banville. La gente llama á aquel sitio *Panteón de los poetas*. Como ante el busto de Musset en el *Père Lachaise*, los enamorados se dan allí cita para renovar sus protestas de amor eterno, no de otro modo que en las alas desantando los pies de la Santa Virgen. Y de ese modo, pedestales de poetas y altares de madonas se confunden y aumentan en la intensidad de lo sagrado, ungidos por el amor, por el amor humano, tres veces santo.

Alfredo de Musset solía decir con bastante frecuencia: «Yo soy el poeta de la juventud». Enrique Mürger ha muerto sin saber exactamente lo que había sido, interrogando á la totalidad de su pasado, como se interroga á una estinga. Sin embargo, los jóvenes acaban de elegirlo como su santo patrono. Y se llama *fiesta de la juventud* la en que París acaba de celebrar con esplendores paganos el aniversario del hombre á quien las ondas irritadas de su tenebroso destino arrojaron al Hospital como un naufragio sobre la playa.

Alejandro SAWA

El País 6.10.1898

## DE VUELTA A LA VIDA

El barco que ha de aprestarse para conducir el condenado en la Isla del Diablo á Francia, va á ofrecer un espectáculo maravilloso, digno de las viejas y sagradas tauromurgias orientales; encargado de buscar á un muerto, á un hombre que fué asesinado ante dos millones de compatriotas suyos en el patio de la *Escuela Militar* de París, va á traerlos, por obra y gracia de la santa justicia, un hombre de pie, en la actitud vertical que es propia de todos los recondores, resucitado, redivo, apto para volver al honor, como vuelve á la Patria.

«¡Milagro!—Si, milagro digno de nuestros tiempos, en que si no podemos tornar á la vida á Lázaro, podemos hacer de un consejo de generales un aguilete de ciegos insanos y de un condenado, un inocente quisés de todos modos, un hombre, y no esa cosa informe advocada á todos los salvajes del comité y del destino, que se llama un reo. Y un hombre á quien hay inapelablemente que oír, antes de pronunciarse en definitiva sobre su caso.

«Que no se acuse despectivamente de tornarle á la opinión en Francia; también es tornarle la

semilla que se convierte en fruto, y el niño que se convierte en hombre y el amago que se convierte en hecho: estuvo por Henry contra Dreyfus mientras Henry fué el maldito núcleo negro tapado por los adreos antorchados y las placas diamantinas de una muchedumbre de generales que puestos á elegir entre Dreyfus y Esterhazy, clamaban por Barabiegriéndolo *¡del al inocente!* se torna del lado de Dreyfus, porque después del drama del coronel Henry y de las revelaciones que le precedieron, gritar muera Dreyfus es gritar muera la justicia, y volver la espalda, en un gesto de indiferencia animal, á la Isla del Diablo, es alzarse en armas contra la vida.

¡Qué espanto! Yo estaba en París cuando el calvario de Dreyfus dio comienzo. Se susurraban al oído cosas horribles, se decía que un oficial francés había vendido su país al enemigo, que había que refortificar todas las fortificaciones del Norte y del Nordeste de Francia, que los alemanes podían, si no, llegar, cuando les plugiera, a París, en unas cuantas jornadas militares, que el traidor, cuyo nombre no era aún del dominio público, era judío como Judas, y jaro también y más protervo, si cabe, que el mismo falso amigo de Cristo, puesto que el uno, al fin y al cabo, sólo había vendido un hombre, por sublime que fuera, y el otro había vendido a su padre y a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus amigos, a sus compatriotas y a su pueblo. Dícese la gente a pensar en formaciones que guardaran relación con lo nefando del crimen cometido y Casagrande, obrando en consonancia consigo mismo, en consonancia con su piel de hotentote y sus rasgos todos de jefe de tribu de la Zululandia, propuso que lo decapitaran vivo, y Drumont, el sombrío inquisidor de la *Libre Parole*, que lo quemaran en público auto de fe, y todos, todos, en fin, que lo mataran, que lo rajaran, que lo desollaran. Hasta hubo un enérgico para poder decir que se le condenara sin formación de causa. Corría un viento de locura por los boulevares, un viento que hacía efectos de vino malo en las vértices, que cuando el pueblo, tras de haberse agitado para ser más rotundamente maldiciente, del traidor, fué lanzado a la calle, pero materialmente, como se lanza un montón de carne a una multitud de fieras, Dreyfus, esas dos palabras que gozaban todo, fueron, para las muchedumbres de Francia lo que para las muchedumbres de la Edad Media el nombre de Satán—y ya pudo desde luego afirmarse que sin mayores formalismos de la ley, ese nombre y el hombre que lo llevaba, quedaban inapelablemente condenados, ¡na-po-la-tie-men-te!

Un crimen tan horrendo, ¡oh Patria, no podía ser juzgado sino a puerta cerrada. ¿Por qué? ¡El parricidio y el incesto y el necrómano no son juzgados ante el impasible Cristo de misericordia y de paz, a los cuatro vientos de la vida? Ni permitir que trascendieran los debates al exterior. ¿Pero es que las enfermedades se curan tanto mejor cuanto más se ocultan? Y algunos pudieron pensar y en efecto pensaron que un Tribunal de justicia debe evitar toda ocasión de ser confundido con un monipodio; y que el derecho no tiene parentesco colateral alguno con el hermetismo; y que puesto que el crimen había, por su enormidad, ocupado todos los espacios del hogar y de la plaza pública y de la calle, en Francia y a llenado sus fronteras, públicamente y en plena luz meridiana debía ser juzgado: porque toda la nación no cabe en un palacio aunque ese palacio sea el Ministerio de la Guerra y toda la justicia no puede estar simbolizada por una docena de hombres, aunque esos hombres sean generales y descendientes todos de San Luis y el caballero Bayardo.

Dreyfus fué condenado. No encontraron sus jueces, por deficiencias e imprevisiones de la ley, pena infamante y mortal que fuera de par con la seña que los animales, é inventaron una, que la crueldad de Asia, refinada y sábia como un amor senil de poeta mundano, podría asombrar como propia. Condenado a la exoneración, condenado a la degradación, condenado a morir en tremendo destierro, de rabia y de impotencia, veinticuatro veces al día, a todas las horas, muchos millares de veces al año, ¡sin acabar de faltar nunca!

Pero vuelve. Vuelve para ser juzgado de nuevo, por un Tribunal competente, ante un público devoto de justicia, con la Agora domada por el sol y atestada de espectadores. Vuelve. Y el barco que ha de devolver al sin ventura a la tierra y al hogar de donde fue arrancado, ofrece un espectáculo maravilloso, digno de las espléndidas taumaturgias orientales: porque el hombre que viene en él de pie, en la actitud vertical propia de los titánides, resucitado, recitativo, apto para volver al honor como vuelve a la Patria, es un palazo luminoso de carne humana, de carne intelectual y palpitante que el progreso ha arrancado de las propias fauces de la barbarie, y la nave que lo conduce es un altar flotante, que lleva en su seno, como el tabernáculo encierra el muy Santo Sacramento, toda la justicia humana y a cuanto podemos aspirar también de la justicia divina.

Alejandro SAWA.

El Liberal 17.6.1898

## CRÓNICAS

### LA OLA NEGRA

¡Qué días tan tristes, tan difíciles de recorrer estos que vivimos! Y si dolidos del presente, de esta interminable noche sin estrellas y sin calma, miramos con la fantasía y el entendimiento más allá, intrínsecos hacia fuera... ¡mejor sería entonces para nosotros pedir cartas de naturaleza al huracán, y caricias y ondulaciones de ternura a las electricidades que se manifiestan con rayos!

No son bastante los Estados Unidos y sus amagos crucifijos en Cuba, y en Puerto Rico y en Filipinas; ni la doble hemorragia de sangre y de oro en que nos agotamos; ni la torpísima gestión de los gobernantes; ni el obstinado espectáculo de tantas melancólicas mujeres con locas de viudez, de tantas pálidas criaturas con vestiduras de duelo; ni la obsesión de la idea, la cerante como un remordimiento armado de garras, de que quizás estos males que sufrimos no sean sino el principio de una salda expiación histórica; no basta, no, tener por cielo una pizarra tenebrosa, y por sol terreno en que asentar la planta el albañil y la charca, sino que es preciso más, mayor suma de negociaciones, y ahí está, a las puertas de nuestras ciudades, como los bárbaros ante las puertas de Roma, la espesa y tétrica legión de los hambrientos, con sus largos dientes amarillos que piden pan, y sus fuertes manos huesudas, semejantes a zarpas, que reclaman trabajo.

Yo doy cita a los que lo dudan en el Asilo de Santa Cristina, allá en la Moncloa, el próximo día 24, festividad religiosa de Juan Bautista. La voz ha corrido por todos los subteos de la miseria. Se sabe que en ese día se podrá comer un puñado de garbanos, un pedazo de tocino y un panecillo; podrá retararse veinticuatro horas la muerte por inanición (por expulsión, no sería mejor?).

Y viejos y jóvenes, tallidos e íntegros, los procedentes de la corte azul del Ideal y los que vienen requejando de la corte de los Milagros, las viejas, informes como los canchales rodados con que juegan las olas de la playa, y las jóvenes, imaculadas como eflorescencias liliales, o impuras como el polvo de las carretas, asaltarán en frentes carnavalescos, porque ese es el día y su fiesta, porque ese es el más imperativo derecho de los vientos huecos, el lugar bendito erigido en templo de la caridad por un hombre justo, que a ello ha consagrado su tiempo y su bien y sus bienes.

No creo yo en la caridad; digo que no creo en ella como remedio a las aflicciones sociales. Para curar un caso de lepra se hace uso de tales y cuales medicamentos; para curar la lepra se necesita el saneamiento total de la ciudad y del ciudadano por el hierro y por el fuego, si es preciso.

Pero la caridad, si no cura, mitiga, al menos, los dolores. Y no sería completamente inútil fijar en los cuatro puntos cardinales de estas grandes columnas humanas, casas de provisión y saneamiento, con las puertas de par en par abiertas, con los brazos en cruz, como los del Cristo, para estrechar en ellos todas las aflicciones humanas.

Vienen del barrio de las Injurias unas, de Vallesos otros, quienes de los Cuatro Caminos, de aquí, de allá, de muy cerca y de muy lejos, de las buhardillas y de las cuevas, de todas las hondanadas y de muchas alturas; vienen del país letal de la Miseria, no siquiera tras del vellocino de oro, sino tras del mendrugo de pan y de la demanda, posible de trabajo; vienen atroídos por esa gran casa de la Moncloa que a ciertas horas de la noche social debe brillar ante muchos ojos, cegados por las lágrimas o por la ira, como un faro luminoso.

Vayan allí los que duden de mis afirmaciones. Yo he visto la miseria en West End, en Witte Chappel, en el Transteverino, en Charonne; pero yo no he tenido la percepción clara, y neta, y como material de esa Furia, sino hace algunos, muy pocos días, allá en esas rientes alturas de la Moncloa, tan bien doradas por el sol que nos alumbra a todos... ¡tan lúgubres, sin embargo!

Alejandro SAWA.

Madrid Cómico  
27.19.1900

### Tipos.

El Arte es la patria universal. En Viena y en Navalcarnero, un pintor, un escultor, un poeta, es un artista, pero mi hombre, cuya biografía total se encierra en el hecho de haber nacido en Sevilla, por ejemplo, como hubiera podido nacer en Italia ó en el país de las Bstuecas, parece que no debería ser sino sevillano. Y hasta bastaría con eso. ¿Crees que no? Pues Fulmo de Talandul, es un titán que ha dado de comer a más de un ente que yo conozco.

¿CON QUÉ TRABAJAN USTÉDES?



Lo extraño es que no siendo, cual conviene a todo meridional ibero que se respa, valiente, ni tizante, ni gracioso, ni guitarrista siquiera, pueda un hombre, sin arte social alguno, un más característico que la de ser natural del país en que ha nacido, arrastre paso a paso por entre la multitud, conquistar algunas almas del castillo famoso que al rey moro quita el miedo, vivir en zonas de una oxigenación intelectual densa y hasta poder decir, como el sinistro personaje de Hago: —¿Quién, Chateaubriand? Si usted supiera cuántas veces hemos bebido juntos!

Yo he conocido a un Tal, sevillano y trianero, que tocado con un lomo, como el de usted ó el mío (y sin embargo sería torpe creerlo así; como a Bismarck el casco bajo el sombrero de copa, a mí paísono se le señalaba el calañés bajo su fieltro), vestido de largo, (eso es este un modo gráfico de decir lo contrario que de corte) sin más recio que el indignísimo para quitar ácidos y poner mieles a los fonetismos ágricos del idioma, sin otro bagaje intelectual cotizable que un centenar de cantares de la tierra de Dios y de la Santa Virgen, aprendidos de memoria, vino a Madrid como tantos otros —«yo pecador»— decidido a comenzar por la tostada tierra castellana la conquista del más allá.

Confundida la lira con el guitarra, la zambomba con el salterio, la gracia—¡oh divino sentido griego de la palabra!— con la chacota y los jardines de Academias donde la alba verdad surgía viva de entre los mirtos y los maticos de laurel rosa, con los meretricios de la corte, cavernas mejor que gineceo, sentinas mejor que cavernas.

Pero es sabido: en los terremotos en que perecen los icones se salvan las almas. Pertenece a una fauna superior, sólo es bueno en los países fecundos y en los días de génesis. Propuesto y adaptado para tomar parte en la absurda contienda madrileña con auspicios de vencedor, sabía lo justo y matemáticamente necesario para triunfar, bastantes palabras y pocos conceptos, muchos adjetivos y pocos verbos: César, Ataulfo guerrero, etc., Espartaco, el buen duque de la Victoria, el inmortal Cervantes y las famosas estocadas del Chicharro; sabía esos nombres, —¡Dios mío, con uno solo bien sabido bastaría—y con ellos bien pergeñados con su armonioso eco meridional, se arreglaba para hablar de todo, de Espartaco, el buen duque, cuando se refería a la libertad; de Cervantes, para indicar las letras, y del Chicharro para nombrar la gloria; sabía bastante bien aprendidas de memoria, frases enteras extractadas de nuestro teatro antiguo, frases de *«lele»* también con que aderezar aquellas que en mezclar lo noble con lo soez, como en cubrir de fango las estatuas de los museos hay un placer para los degenerados y un asco para los ineptos. Y por eso y otras razones, fué consagrado nuestro hombre agente nuevas, que es título inventado por unos cuantos literatos mánidos, picados de madurez canosa, para proclamarse eternamente jóvenes—y como agente nuevas se me presentó y como «agente nuevas» se lo presento á ustedes, el mismo tiempo que por vez primera en mi vida vuelvo la vista atrás, y con los ojos el corazón, para rezar de hinojos, como en los días en que siento tocar á gloria en mi cabeza, para rezar de hinojos ante el pasado, del que Goethe ha podido decir que es una poderosa divinidad; porque en ese pasado reciente que todavía se llama ayer aún podemos encontrar verbo y acción, mientras que en la ambigüedad actual sólo se respira poltronería y misterio.



Alejandro SAWA



## EL CUARTO PODER

Quejábanse hace pocos días a propósito de los asuntos de Casablanca un periódico de gran circulación, en iluminados y agudísimo concepto, por los que asomaba de vez en cuando el doloroso sonar de la más fina ironía quejábanse, digo, de lo duro de la profesión, de las contrariedades que oculta.

«Honroso oficio es el de la Prensa—decía—pero como ninguno aspero y difícil.»

¡Claro! Como que el periodista es un portañez! Y con tal que alumbre, que importa si la antorcha quema la mano que la pascual.

Otra gloria de la Prensa es que marca con mayor sensibilidad que la temperatura los termómetros, el estado de cultura de los pueblos. Aquel país donde la Prensa es clamorosa y ardiente y sencilla, es un país de redención. Donde no, el cielo está cubierto de tinieblas. Un experimentado nauta de la política, Washington, ha dicho: «A medida que los gobiernos dan mayor imperio a la opinión pública, más necesidad tiene ésta de ser ilustrada.» ¿Se concibe, en efecto, la existencia de un periódico con todas sus alas desplegadas en Turquía o Zuluandia?

El periodismo tiene los fueros y la grandeza de la historia: no es el más insignie periodista el que escribe mejor, sino el que comprende y maneja mayor número de postuladas intelectuales. Por eso Flaubert, el puro asceda de la frase, que en su locura por la letra impresa llegó a decir que el mundo no tenía otra razón de ser que la de dar lugar a la producción de un buen libro, no comprendió nunca el periodismo, del que censuraba la rapidez de su prosa, y la ligereza forzada sus juicios. «Yo siento—dijo—una repugnancia profunda por el periódico; quiero decir, por lo efímero, lo pasajero: lo que tiene importancia hoy y dejará de tenerla mañana.» Pero eso era la Prensa de ayer. La de ahora, apropiándose el altanero precepto de Ruskin de que la belleza y la dificultad van unidas, ha podido dar la batalla al libro y resultar vencedora en todos los episodios de la acción.

Y es, dejando aparte otro linaje de razones, que no hay un solo hombre de cuantos forman el santoral de las letras modernas que no haya tenido a honor el acercarse más íntimamente a nosotros desde el gran tornavoz familiar de la hoja periódica. El mismo Hugo quebró su actitud de estatua enhiesta sobre el pedestal de Guernessey, para vivir en comunión espiritual, punto menos que diaria, con los lectores de los más vehementes periódicos que se publicaron en Francia durante la cerrazón del segundo Imperio. Y sabido es, que la creación de la prensa barata, de la prensa de cinco centimos, se debe a la fuerza más literaria, quizás de los modernos tiempos, a Balzac, el ciclone y el orfebre. Girardin vino después, como un negociante, a la zaga de un descubridor glorioso.

Pero todo eso no constituye desdichadamente sino un aspecto del tema; es, como si dijéramos, el *armorial* de la Prensa, la leyenda de un mote heroico, el comentario del blasón. Tiene la Prensa en su historia un lado negativo que espanta el ánimo. Como espada de dos filos puede herir también al que la maneja. Apta para el bien, no lo es menos para el mal. Aconseja, y aconseja y dirige, pero también corrompe. Es como un vicio profesor glorioso, atacado a veces por crepusculos de vesanía. Yerra y sus equivocaciones pueden convertirse en las letras iniciales de un desastre histórico. De poco tiempo acá nuestra prensa ha entenebrecido su obra con la comisión de tres gravísimos pecados: el de la factanciosa expedición militar a Melilla, el de la guerra a todo trance contra los hombres de la independencia cubana, y el inexplicable, el sorprendente, el sobrenatural a fuerza de estulto, del duelo por mar y tierra con los Estados Unidos. En un periódico importante lei yo en aquellos días que los Estados Unidos carecían de escuadra, que sus escuadras y desmedrados

barcos estaban tripulados por chinos y mujeres; que Jonathan era más pobre que los espectros maldichos de la Biblia: una especie de Job, iletrado por las quemaduras de un ananque terrible, postrado también como el lamentable profeta hebreo, y sin tela siquiera con que rascarse.

¿Que caldeaba la atmósfera de aquellos días el triple y mortal instinto de ir a la guerra contra el moro, contra el guajiro y contra el anglo-sajón? ¿Que aquella tórrida temperatura moral lesionaba los sesos? Deber de los directores de la opinión es vivir en las cispidas, que en el llano sólo pueden respirarse las exhalaciones del vaho social, tan semejante al de otro rebaño cualquiera. «Yo pecador», es una jaculatoria que en signo de resignación y arrepentimiento, no estaría de más que apareciera regularmente en la frente de los periódicos de entonces.

Pero estos días son más de acción que de penitencia. Un velo para tantas torpezas, un bálsamo para tantas heridas, y voluntad, Señor, para marchar verticalmente a la conquista de la vida, de nuestra parte de sol, de aire respirable, de agua potable, de dignidad y de dicha.

ALEJANDRO SAWA

El Heraldo 14.8.1901

## UN POETA MUERTO

Guardo de Gabriel Vieiro, el glorioso poeta francés muerto hace poco, una visión de recuerdo ancha y colorada, como un panorama de valles vistos desde una altura, a la hora del amanecer, en un gran día de primavera.

El hombre no se confunde siempre con su obra. Presentemente es superior a inferior a ella; en ocasiones, también hay tal disparidad entre el creador y su hecho, como entre la siega y la miel, como entre la semilla y el árbol. Vieiro es el igual de su obra. *Les Émancipés bretons*, *À la femme française*, *L'heure éternelle* son el triplicado poético en que se reflejan las tres fases sustantivas de su vida, y son, por ende, la más fervorosa creación de amor con que desde Teófilo y Gautier y Flaubert se ha contactado a la tierra, a tal extremo, que, sin dejar de ser nuestro cotidiano, sea también Vieiro, por los enigmas y la sublimidad de su alma, un contemporáneo ideal de Filón y Gloria.

Había nacido, hace muy cerca de cincuenta años, en mitad de los campos, para cantarlos y tradárnoslos a nosotros, los tristes hijos de la ciudad, y tuvo la incoherencia—mal feliz—de trasladarse a París, donde el sol es de tal, donde la tierra es de fuego, donde las flores son de trapo, aunque sean a veces trozos de vistosas sedas; donde el aire contiene, en mixtura con el oxígeno, un gas mortal que se llama *parísina*; donde los más de los hombres se metamorfosean, cuando a bien les viene, en muñecos mecánicos que saben decir *parlé*, y luego, trágicos, dar de puntaladas; donde, por último, la vida—tan las veces—se ofrece bajo forma de jeroglífico (¿la gloria o el oprobio, al Pantón o el Sena?) en los falsos divos de los periódicos. ¿Cómo pudo vivir tanto tiempo. Dico más, entre nosotros, en plenas bulweras luciferescas, aquel puro brote de Virgilio, sin perder su locura ni su jugo!

Los acordes de Rollinat, aquel poeta que, peregrino de un país de hadas, se presentó en París un día glorioso de hace veinte años, y que fué maltratado por Alberto Wolff, desde un *Prométhée* París de *Le Figaro*, con el grito triunfal de *Qu'importe l'art*? Pues Rollinat, que hace veinte años, esto es, ayer, ayer mismo, era cálido, murió del todo, no de muerto, sino de finado, al poco tiempo; quiero decir, para poder vivir, hayó de París y se fué para siempre a su hermoso país de hadas, a sus campos, a sus vergeles, a sus siestas y a sus ríos, que de otro modo ya estaría ahogado, derribado en mitad de la calle vestimenta, de la capantza calle tirada a cordel, como Gabriel Vieiro, el buen robin.

Mis recuerdos personales acerca del poeta muerto son tantos, que no sé por dónde comenzar a reglamentarlos, ni tampoco podría hacerlo más que en esbozos desde este estrecho carrusel del periódico. Con Paul Verlaine, con Charles Morice—otra víctima de las barbaries de la civilización, trasladado como un león a quien llevan a enterrar completamente vivo desde sus jardines de Acedemos, la patria natural de su espíritu, a la fría Universidad libre de Bruselas—, con Edouard Dabus—otro desaparecido—, con Juan Moreas, con Luis Le Cardonnell, con Adolfo Rosta, con tantos más que formaban una legión de poetas no menos respetables que la pléyade de Roussard, Vieiro vivió en comunión ardiente y cotidiana sus días de París, y allí mismo, oficiando en el Oratorio, me fué dado conocerlo.

Oratorio sin liturgias, oficiando sin carácter hierático alguno, salvo Moreas, el guerrero postizo del romanticismo. ¡Qué espléndidas, qué bellas aquellas, en las que el Apia era el abnegado tema y el verso, el único lenguaje, la lengua sacerdotil de los congregados!

Son raras, son ocasionales, las palabras rítmicas con que los poetas nos dicen las ansias de la Humanidad; tal hermoso verso no se oye, aunque lo parezca, porque afirma la belleza; tal estrofa, que vilipendia a la mujer, no es irreverente, porque expresa la gracia. Parafraseando un decir notorio, puedo afirmar que cantar es orar, y orar, podrá Hugo.

Pero donde Vieiro aparecía en toda su extensión de poeta—y de fauno también, hay que decirlo—, en buen Salero (porque, como el padre adoptivo de Bona, no desdichaba al amigo oculto algunos vicios de pámpanos la frente), donde aparecía, en su corpulencia total, era en el campo, donde he visto formarse más de una vez la planta fina de hombre moderno en la planta esbelta de un macho cabrío.

¿Quién ha dicho que Pan ha sido expulsado de los confines de la tierra? Vieiro ha sabido mostrárnoslo muchas veces, mostrárnoslo positivamente, en lo más frondoso del bosque como en lo más raso de la campiña, en la montaña y en el llano, en las grutas angulosas como santuarios del amor y en las piscinas en marcos, dignas del malabar de centauros, por donde pasara que la vida universal late sin las cohibiciones que le imponen los contornos administrativos, que es el signo característico de nuestro tiempo; bien es verdad que, a estas alturas de fecha y sin las sugestiones del paisaje, yo no habría dado al dios Pan que he creído ver tantas veces en mis excursiones campesinas con Vieiro, no fuera quién sabe el mismo Vieiro en persona.

Tampoco hubiera parecido exótica la figura de Vieiro en la abadía de Trébeac, presidiendo una copiosa coición, con Gargantua a su derecha y Pantagruel a la izquierda; en tantas ocasiones, las imágenes de Teófilo y de Virgilio desaparecían para dar lugar a la del enorme, Anacréonte.

Como no me he propuesto escribir una biografía, que esa la hallará quien a bien lo tiene en los diccionarios de Bescherelle o de Larousse, sino zurear algunos retratos de mis recuerdos, he querido decir la fecha de su nacimiento; es en que fué, por ejemplo, condecorado con la Legión de Honor; las ocasiones en que el sufragio de la alta crítica lo señaló para formar parte de la Academia, y hasta el orden de fundación de sus tres obras principales: *Emancipés bretons*, *L'heure éternelle* y *À la femme française*.

La biografía de todos los hombres, hombres y homínidos, es igual, monótona, desparecidamente igual en sus rasgos generales: nació en tal fecha y murió en tal otra; fué siendo en tal sazón y desamado en estas o aquellas circunstancias; hizo un casado, un poema, o ayudó a colocar un andamio o a poner unos ladrillos sobre otros; en tal época usó; rívo hijo; viajó o dejó de hacerlo; etc., etc.

Decir de un hombre muerto que tuvo ojos y las mismas entrañas que los demás hombres, es no decir nada. No he querido dejar dicho de qué color eran los ojos interiores de Vieiro, y cuáles el peso y la calidad de su corazón y su cerebro.

ALEJANDRO SAWA



La correspondencia de  
España, 23.08.1903

El Liberal 17.6.1898

El Globo 2.5.1903

## DE LA VIDA NOTAS Y COMENTARIOS

El otro día, un niño murió en Madrid. Contaba apenas quince años, vivía en un lugar de árboles y de pájaros allá por la rientes vetustades de la Moncloa; el día, como propio de esta estación, era espléndido y clemente al sol, los enamorados pasaban rizando su ineficiente cascón de vida jugaban los niños bajo la cúpula azul de cielo a cuantos juegos, creó Dios para solo eterno de la infancia, vivía era bello y dulce —y mientras tanto, la pobre criatura que es asunto de estas líneas, él, ahí en la pared, un arcosito chico a la mayor gloria que su brazos alcanzáron, suspendido de él una cuerda, se la iba al cuello y desahucios, bruscamente de la silla que me pedastó de su vigorosa iniciativa de hombre y también pedago de su voluntario cadáver, quedo sus pedios en el suelo, como si ese día el que brazos tuviesen aún bastante fuerza de lección para sostenerlo a unas cuantas cortap por encima del ras de la tierra.

Los periódicos, al dar cuenta de la noticia, dijeron que el niño había comunicado a algunos camaradas, había, ya tiempo, su propósito de suicidarse.

La bella energía inculcada en él al amancecer de una vida!

Yo cojo esto caso y quiero mirarlo con atención: placidamente también—no falta—y hasta con mimo, como si el pobre niño aún pudiera llorar...

Yeo en él, como en un vaso conjunto que domina, una brisa, una muy callada manifestación de voluntad. ¡Ah, la noble palabra es la que tanta los manios de corazón, de dar una significación plénica! Voluntad, reina del mundo!

Eso niño era aún más que un alfiler.

Levantar cien kilos a pulso, no requiriese un mecanismo sólido, de los bíceps y los tríceps. Pero ojer a pulso la vida, la propia vida; y mirarla a la luz de una sencillez heroica y mortal, eso es, cuando se tiene quince años y todo el alrededor nuestro, hasta donde quiera que lo viera, atrezo, auroras y rosaledas, eso es la hazaña de un suicidio que hubiera vivido confundido entre nosotros. A los treinta años es lógico morir voluntariamente, y más allá de los cincuenta, llegar a decir, el me apuran mucho, que es hasta digno. Muere por propósito, a los quince... Yo no conozco motivos más tentadores para la Olla.

Los espíritus apocóriticos pueden ver en estas líneas que estampo algo como una apología del suicidio, cuando yo no quisiera que se trasluciera en ellas sino algo como la apología de la voluntad. Ya sé yo que la voluntad es audaz, que puede el bien y el mal, que tiene dos caras como Jano, que le vieja tradición cristiana se llamo el Arcángel Miguel y el diablo; pero del límite escuchad de veritas que forman o, habla humana, esta simple combinación de palabras, que-er, parece como un conjuro de los dioses, y el hombre que se lo apropia y lo mete en su sangre como un principio orgánico de vida, es siempre el hombre fuerte que todos los humanos quisieran ser. Napoleón en Dinard, Bismarck en Versalles, Cecil Rhodes en Africa, el creyente, en fin, de pie, como una afirmación y un reto, sobre las escombros de su obra.

Me diréis que estos hombres, chaparotes como un puñado de podería, son excesivos para la gloria de un suicidio punto menos que suicinio, y esta sola sola originalidad en la edad del protagonista. Pero yo respondo, luciendo, que en esa circunstancia, la edad, está su grandeza.

Yo me fijo a ese niño en un arco de su vida.

Así, por ejemplo, de Santiago de Cuba, en la hora lúgubre de nuestros últimos desastres, reponiendo al sajón, que miraba la entoga de las llaves de la ciudad, con la frase diamantina del héroe: «Ven a tomarte».

Yo creo profundamente que los hombres latentes vestros de duelo cuando alguna gran voluntad se extingue.

Alejandro Saura.

## CRÓNICAS

### LA OLA NEGRA

¡Qué días tan tristes, tan difíciles de recorrer estos que vivimos! Y si dolidos del presente, de esta interminable noche sin estrellas y sin calma, miramos con la fantasía y el entendimiento más allá, miramos hacia fuera... ¡mejor sería entonces para nosotros palir cartas de naturaleza al huracán, y caricias y endechas de ternura a las electricidades que se manifiestan con rayos!

No son bastantes los Estados Unidos y sus amagos crucificados en Cuba, y en Puerto Rico, y en Filipinas; ni la doble hemorragia de sangre y de oro en que nos agotamos; ni la torpísima gestión de los gobernantes; ni el obstinado espectáculo de tantas melancólicas mujeres con focos de viudas, de tantas pálidas criaturas con vestiduras de duelo; ni la obsesión de la idea, lacante como un remordimiento armado de garras, de que quizás estos males que sufrimos no sean sino el principio de una senda espionaje histórica; no basta, no, tener por cielo una pizarra tenebrosa, y por solo tornazo en que asentar la planta el albañil y la charca, sino que se precise más, mayor suma de negociaciones, y ahí está, a las puertas de nuestras ciudades, como los bárbaros ante las puertas de Roma, la esposa y tétrica legión de los hambrientos, con sus largos dientes amarillos que piden pan, y sus fuertes manos huesudas, semejantes a serpas, que reclaman trabajo.

Yo doy cita a los que lo duden en el Asilo de Santa Cristina, allá en la Moncloa, el próximo día 24, festividad religiosa de Juan Bautista. La voz ha corrido por todos los subseles de la miseria. Se sabe que en ese día se podrá comer un puñado de garbanos, un pedazo de tocino y un panecillo; podrá retararse veinticuatro horas la muerte por inanición (por expulsión, no sería mejor?)

Y viejos y jóvenes, tullidos e íntegros, los procedentes de la corte azul del Ideal y los que vienen renegando de la corte de los Milagros, las viejas, informes como los entes rodados con que juegan las olas de la playa, y las jóvenes, inmaculadas como eflorescencias liliales, o impuras como el polvo de las carreteras, saltarán en frenéticas cervanas, porque eso es su día y su fiesta, porque esa es el más imperativo derecho de los videntes hombres, el lugar bendito erigido en templo de la caridad por un hombre justo, que a ello ha consagrado su tiempo y su bien y sus bienes.

No creo yo en la caridad; digo que no creo en ella como remedio a las alicaciones sociales. Para curar un oso de lepra se hace uso de sales y sales medicamentosas; para curar la lepra se necesita el saneamiento total de la ciudad y del ciudadano por el hierro y por el fuego, así es preciso.

Pero la caridad, si no cura, mitiga, al menos, los dolores. Y no sería completamente inútil fijar en los cuatro puntos cardinales de estas grandes colinas humanas, estas de previsión y saneamiento, con las puertas de par en par abiertas, con los brazos en cruz, como los del Cristo, para estrechar en ellos todas las alicaciones humanas.

Vienen del barrio de la Lajartas unos, de Vallecas otros, quienes de los Cuatro Caminos, de aquí, de allá, de muy cerca y de muy lejos, de las bahadillas y de las cuevas, de todas las hondanadas y de muchas alturas, vienen del país leal de la Misericordia, no siquiera tras del vellón de oro, sino tras del mendrugo de pan y de la femenda posible de trabajo; vienen desde los pozos gran casa de la Moncloa que a ciertos horas de la noche social debe brillar ante muchos ojos, cegados por las lágrimas o por la ira, como un raro luminoso.

Vayan allí los que duden de mis afirmaciones. Yo he visto la miseria en West End, en Witte Chappel, en el Transverino, en Charente; pero yo no he tenido la percepción clara, y neta, y como material de esa Fura, sino he visto algunas, muy pocas días, allá en esas rientes alturas de la Moncloa, tan bien doradas por el sol que nos alumbraba a todos... ¡tan lánguidas, sin embargo!

Alejandro Saura.

## CRÓNICA

Toda la Prensa ha reproducido del Herald un suelto, que dice al tenor siguiente:

«Con motivo de la representación de Las granujas, un joven arriero que, como al personaje de la zarzuela, tenía abandonada a la mujer seducida y a su hijo, conmovido por el espectáculo teatral y ateniéndose al desahucio, ha reconocido al fruto de los amores fligirinos y se ha casado con la mujer engañada, que hace pocas noches entró en el cuartel de Loreto bendiciendo la eficacia moralizadora de las obras teatrales.»

Pues bien; ese suelto es un alegato luminoso en pro de los que sostienen la gran misión civilizadora del Arte, los fuertes que lo son ajenos. La frase tan gloriosa de Leibnitz «el dueño de la educación es el dueño del mundo», puede hacerse extensiva a todas las manifestaciones estéticas de que los hombres son capaces. Pintar un cuadro es tan útil como apuntar el diseño de una infiquina; debastar un bloque de piedra hasta convertirlo en estatuas, ó trazar un gesto verbal, imperativo y fucando sobre el horizonte moral de los pueblos, no es menos provecho que pasar la reja del arado sobre la superficie de los campos ó trocar mercancías por oro entre los más estranos confines del planeta...

La contemplación es cosa noble y bella; llegar a decir que el universo es una poderosa herramienta de creación y nuestro padre Hugo lanzó al mundo una ingente verdad cuando dijo que en los momentos peligrosos de la Historia los hombres que se llaman prácticos deben ceder su puesto a los sonadores, porque todo el porvenir está enmarcado en esta admirable palabra ideal: Ideal...

Claramente, la poesía, según el decir de Baudelaire, no puede, bajo pena de muerte ó de lazareros, volatilizarse a la ciencia ó a la moral; para elgoz trabajar que en la composición del talento de los Shes, Aráches y Jackson no entran los dotes proféticos como cantidad prioritaria.

El Arte no es moral ni inmoral, en suma; es sencillamente amoroso. Pero siendo su finalidad la belleza, de ella se derivan, como rigurosos colorativos, lo vestidario y lo bueno. Y si en una pieza de urdimbre tan acotada como a la que se refiere el suelto transcrito del Herald, puede un pecador hallar su camino de Damasco, qué no ocurrirá con las obras dadas del ingenio humano, que, arregladas y de pie, mezclas como consecuencias psicológicas, forman la corbillera intelectual de nuestro planísimo habitáculo terrestre?

Yo veo el origen de esa conversión a la hombría de bien, mejor que en la étnica de Las granujas, en la interpretación portante que ha sabido dar a la obra la inagotable Loreto Prado.

De la muy donosa netría no se habrá dicho nada que guarde relación con el misterio de sus dotes en tanto que no se haya penetrado en el abecedario íntimo de la magia y la taumaturgia. Que obra de milagrería es, viviendo condenada a traducir en sí mismos y volviendo un repertorio de imbeciles, ser animada y notada como la más meritoria netría de nuestros días. De eso se sabe que hizo hablar a los animales. Más poderosa la mujer de que me ocupo, de ella podrá decirse que hizo aparecer como aristas de las letras a hombres para quienes aun la calificación de «artesanos» todavía me parece excesiva, por lo que tiene de elogiada.

Pasará el tiempo y resurgirán nuevas soles de victoria para Loreto. Aunso, como es mi deseo, truquen las tablas de los escenarios modestos que hasta ahora han servido de pedestal a sus donaires por otras más acomo ladas a su fama, a la magnífica amplitud de su talento. Pero seguramente que no olvidará nunca la hermosa proeza de su vida a que sirven estas líneas de modestísimo comentario: cuando vio aparecer en su minúsculo camerino del teatro Comón a la alborozada mujer que debía ó uno de sus soberanos gestos de atriza la constitución de su hogar y la reivindicación de su honra, y que las frases de la redimida continuaban sonando en el pecho de la redentora constantemente, perennemente, mejores y con mayores vibraciones que la más hermosa canción de gloria.

Alejandro SAUA



## La estatua de Baudelaire.

En el prefacio monumental, jaspe y oro, que sirve de pórtico á esa rara pagoda de las letras levantada por Carlos Baudelaire con el nombre de *Fleura du Mai*, Gaudier, el divino Theo, nos ofrece un medallón del poeta, digno de los más imponentes artistas del Renacimiento. Era en los días venturosos de aquel hotel Pimodan, que significaba en el mundo del arte una acrópolis dentro de la Acropolis, lo que los vases sagrados dentro del Tabernáculo, la perla en su concha, Apolo en el Olimpo, la Poesía, alma y vida, «*l'âme admirable*», «*Turris eburnea*», en París.

Baudelaire apareció allí como un triple dios de belleza, de juventud y de gracia... Era apenas mozo, y se ostentaba ya resplandeciente con los fulgores plateados de la *Leyenda* y los rayos áureos de la *Historia*. Llegaba á París de muy aliñ... de la India, de países extraños y lejanos, donde, mejor que sufrir, había gozado un destierro impuesto por la severidad paterna, y tenía bajo el cráneo solas de Asia y un gran montón de cosas del Misterio...

Era de ayer y de hoy. De ayer, por su parentesco moral con la Esfinge; de hoy, por su peregrinación diadrama de la vida. Como Napoleón en Dresde, pudo Baudelaire presidir en el famoso hotel de la isla de San Luis, una asamblea de Soberanos; aquílos se llamaban Falarco de Rusia, Zaratán de Prusia, Mercurio de Austria, Génes de Alemania, Todillo Gaudier, Enrique Haines, Honorato de Balzac, Berville...

Fueron esos sus días luminosos. Dios quiere que hasta los más miserables los tengan. Luego, el angustio ideal, todo aliñ, se tornó para Baudelaire en algo tan irónico, pero tan miserablemente frívolo, como un león devorado de miseria. Dejó de realizar la frase de Tuine «*muchos artistas modernos se parecen á los grandes depósitos romanos*», para confirmar con el testimonio de su carne desgarrada por las zarzas del camino el salido apotegma de Sobopanchur: «*Toda superioridad de espíritu tiene la propiedad de aislar; se la suya, se la odia y se invoca como pretexto que el que la posee está lleno de defectos*». La desmemoración de los otros comenzó á apoderarse del nombre de Baudelaire con la torcida seguridad de un avecer oneroso. Y á su muerte, una veintena de amigos siguieron al cadáver y un centenar de líneas repartidas entre todos los periódicos bastaron para anunciar á la humanidad la extinción de uno de los faros más resplandecientes de la Tierra.

Bien pudo decir el infortunado: «*Tengo tan sacado gusto por el mundo de los vivos, que semejan á esas mujeres sentimentales y desocupadas, de quienes se dice que envían por el correo sus confidencias á amigos imaginarios, de buena gana escribiría yo sólo para los muertos*».

La vida de Baudelaire, en Bélgica especialmente, espanta á horror á todo lo imaginable. En su larga agonía de sufrimiento, la afesta le costó no olvidar el nombre de sus tormentadores. «*¿Sabéis cómo se llamaban?*» «*Oh, eran legión! Se llamaban Bélgica*». «*Ah, la Bélgica!*» «*Ah, l'Enfer!*», se lamentaba el misero entre hipos de suplicio... Sin embargo, ya casi en las postrimerías de su vida, halló en Bruselas lo que no había encontrado en París: un editor y un amigo, Poulet Malassis (¡distinga de nombre!), el mismo á quien Baudelaire dedicó su obra que yo he leído en mis manos y ante mí vista: «*No he respondido antes á vuestras generosas líneas por carecer de medios con que franquear mi carta*».

Se le ha llamado demoníaco; pero el luciferismo de Baudelaire, como tantos otros estados mórbidos del alma moderna, como el masoquismo de Wagner, el yelocismo de Voltaire, y el sadismo de Nietzsche, bien puede tener por óvalo y por justificación la admirable frase de este diácono: «*Lo mismo pasa al hombre que al árbol: cuanto más quiere subir á las alturas y á la luz, más vigorosamente tiende sus raíces hacia la tierra, hacia abajo, hacia lo oscuro y profundo, hacia el mal*».

Realmente, Baudelaire fue un desdichado superior, que trató de ocultar muchas veces el rictus facial de sus dolores por la máscara de Nomo. Invitado á comer en una casa, se ocupó de probar una almendra, á que la señora del anfitrión lo convidaba, diciendo que el sabor de las almendras le producía náuseas, por recordarle el de los sacos de niños recién nacidos que él podía asegurar con pertinencia.

Apenas instalado en el sillón directorial de un gran periódico diario, á cuyas oficinas sólo asistió tres días, hizo llamar al administrador para expresarle su extrañeza de que no le hubieran movido el lugar donde guardaban «*el guardiente de la Redacción*». Luego se amordó—¡así era la palabra!—de una negra de la Martinica, Juana Duval, que no tenía—puede jurarse—ninguna relación con la salami ni con la reina de Sabba, epiléptica, alcoholizada, haseada, y levantándole en pedestal con sus venas quiso oponerle la Venus de ébano—de mal y apollidado ébano—á la triunfal diosa penidica. Luego, luego...

París se apresuró á erigirle inmediatamente una suprema consagración en bronce. Ya sé yo que la crítica maliciosa hará un lugar de reunión del alto en que se emplace la estatua, y que no faltarán allí susurros y acotamientos de hidrotobia. Así será más completa la apoteosis del lirico cantor, que, según el di de la *Revue*, «*creó un estremecimiento nuevo*» en el arte. Sólo que queda malhadado mordor en el mórmo, dar detalles en la gloria. No faltará, seguramente, en un congreso de clarero le voz chillona y pedante de Jules Lemaitre, el crítico jurado, el flectocontrato de penas y medallas de la revista color de salmón, fundada por Bulo y regentada por el partido de los barcos en Francia. Pero un gran trozo de justicia habrá quedado luminosa y perennemente dibujado en el horizonte pordial de los hombres, y el alma triste de Baudelaire habrá por fin, después de los breves días de sol del hotel Pimodan, después de los lividos crepúsculos de París y de Bruselas, conocido las poderosamente balsámicas caricias de la gloria.

Alejandro Sawa.

## CRONICAS

### ¿POR QUÉ?

Imagen rememora de uno de los hechos más oscuros de que yo he sido testigo en la vida, me aboca en este día con la obsesión de un remordimiento vivo, el recuerdo de aquella tremenda jornada de la degradación de Drayfus, en la que el sol salió y se puso á la hora y á los minutos mismos señalados por los almanaque, en que la gente se echó á la calle y regresó á sus casas empujada por las mismas fuerzas que de ordinario las mueven, en que la mujer tuvo el mismo desecho de estampilla que posar sobre la frente del marido, del hermano ó del amante, en que todos, los hombres, como los astros, como las cosas, continuaron en marcha, sin que nadie se detuviera ante la luz de la vida, cuyo último capitulo es el apocalipsis supremo, mientras que un hombre se arrojado, completamente vivo, y palpitante de horror trágico, y lleno de energía, y con la boca azorada de frases que flaban perennemente su protesta de inocencia en el espacio eterno, á las bárbaras gemaes de Jever que condenan sin escuchar y manipulan y juegan con el honor y la muerte, no de otro modo que los enamorados del azar con los dados que al destino les pone entre las manos.

Se conoce la fauna y la flora de las más áridas y por ende malditas comarcas del planeta; se puede viajar con el dedo por cientos almas testarudas como por un atlas geográfico; se sabe la topografía completa del infierno, ¡oh padre Dantel! ¿Por qué, qué Colón de la psicología humana, podría imaginar siquiera los devotores de mortal angustia que separan la prisión del Cherche Mili, donde fue juzgado Drayfus, de la sala del Diabolo Nadi, que del otro lado de lo posible comienza lo absurdo, y más allá del horror, la locura, implacable, acaña.

Yo asistí á la fúnebre ceremonia y la tengo tan presente, que de ser pintor, podría dibujarles de memoria y darle relieve sobre el bruto si se me almanace perfectamente las magnificencias de la escultura.

Un mi amigo vino á verme, á hora tan temprana, que quedé sorprendido.

—¿Quiérete asistir conmigo á la degradación de Drayfus? Tengo billetes.

—Tengo billetes, como tratándose de un espectáculo!

Y acepté. Y fuimos. El drama tenía por escenario el más vasto espacio cerrado de París, la grande cour de la Escuela Militar. La guarnición en pleno de París, unos 30000 hombres, apenas bastaba á llenarla. Fuera, la multitud, obstinada, implacable, lanzando alidos, que rodeados al lenguaje humano, pedían más, gritaban ¡más!—más odio, mayores oprobios, más fango, mayores abyecciones que desearan sobre la cabeza del condenado. El día era espléndido. Dentro del recinto de la Escuela Militar, la temperatura era voluptuosa y tibia; fuera, hacia las verjas, caliginosa y tórrida como determinada que estaba por el calor de horno de tantos odios. Yo temblaba de frío, sin embargo.

Des fin, una tarde nada como toda

Por fin, que todo pasa como todo llega, el minuto fatal se echó encima de repente; el roc apareció vestido con uniforme de gala, recamado de oro, cubierto al cuerpo de bordados y vivos lujoisismos. Fué, así visto á distancia, como una gran piedra preciosa que avanzaba; luego como un animalito de los cuyos antenas bajan de gozo ante los esplendores del pleno día; después como la figura de un príncipe que se hubiera bruscamente separado del barro cortejo imperial de que formaba parte; luego, ya más cerca de nosotros, ya más cerca de la realidad, como lo que era, en efecto, un brillante oficial de artillería, y, por último, al detenerse ante el grupo formado por el general Hansier y su Estado Mayor, yo no sé, fenómenos de la visión que tienen sus correspondencias con el alma se me apareció como la figura totalmente negra, negra por el traje y negra por el oprobio del hombre que van á justiciar, y el kapis se tornó en bonete, y la guirre en hoga, y la espada que ceñía al cinto en curio de penitencia, y las plizas que atentaba el pelo en cueros lividos de tortura y de infamia, y el hombre todo, desde la coronilla hasta los pies, en rojo. En rojo. La más ínfima, la más baja de todas las categorías que acepta la miseria humana.

No le vi la cara, con todo de haber llegado en su calvario de infamia hasta muy cerca del lugar en que yo me encontraba. Volví la cabeza á otro lado para no verla, no por horror, sino por piedad. No quise en la bárbara liquidación, arrojarle la piedra á que mi billete de entrada me daba derecho. Así podría partir al lugar de su destierro con una mancha menos sobre su túnica.

Gritaba el mismo hasta perder la voz:—«*¡Soy inocente! ¡Juro que soy inocente!* ¡Juro por la vida de mi hijo!—mientras que la multitud, formidable y sorda á la angustia humana como un fragmento de materia en colera, respondía temblando y ciegamente imprecable: «*¡A las Drayfus! ¡A la mort le traire!*». Pero el condenado era un coque inebando contra una tempestad. ¿Qué puede el hombre contra la ola?

Después del horrible paso, la segunda degradación.

Una á una le fueron arrancadas todas las insignias militares y los atributos del mando, por el ayón comedido para ello. Los galones del lapiz y de las bocanangas, las escarapelas, los borda-

dos, las cruces, los botones de la guirre, las franjas del pantalón; por último, desfilándole la espada, se la arrojaron á una pisa perdida en dosmitades, como una cosa extraña, como un irritante trozo de infamia. E que todo aquel hombre pasó de los garbos de la vida militar á las vergüenzas del forzado.

¿Por qué?

—Por qué—pregunto—Zola que es el arte, y Berthollet que es la Ciencia, y Clemenceau que es la Política, y Jaurés que es la Adivinación, y Guyot que es la Prudencia, y Trarieux que es el Derecho, y lo más grande de la juventud francesa que es el Porvenir.

¿Por qué? ¿Por qué? ¡Dios mío!

En lo que á mí respecta, si creo ni dejo de creer en la inocencia del condenado de la sala del Diabolo. Pero al pensar que bajo esas latitudes de fuego viva—viva!—un hombre que bien pudiera ser un inocente, mientras que los verdaderos culpables pasan tranquilos en su miseria moral por el asidido de los boulevard, evoco el recuerdo, atangante como una pesadilla, de aquella horrible jornada en que un hombre fué pasado vivo y roído de infamia, ante diez mil semejantes suyos...

Alejandro Sawa.

## NIÑOS DESCALZOS

Al Sr. Director de EL LIBERAL.

Señor: y amigo: Un azar de esos que forman toda la vida y todas las vidas, me llevó ayer, por grandes rendimientos de la amistad, al voluteo casero donde tiene su aposento el Hospicio de Madrid, y con quien recibo de un lugar de aplicación vengo á usted, mi querido Hoya, con una indignación que espanto, para contar en el *LIBERAL* lo que he visto.

He visto á los niños descalzos. No me lo han contado; lo he visto yo, y digo que he visto descalzos á los niños á quienes en aquella casa se había ofrecido protección y asilo.

Descalzos, ¡gracias! si tendrán pan; pero sé que no tienen botas, y sé también que hay un presupuesto provincial para atender á esos menesteres. Un alar puede convertirse en una piedad, y las columnas de un periódico en un lugar de ejecución. De estas líneas que estampo quisiera yo colgar los nombres de á los que inculca la responsabilidad de esa infamia.

Y nada más. ¿No es bastante?

De veras suyo,

Alejandro Sawa.

Febrero de 1902.

1.1.1902

# EL CENTENARIO DE VICTOR HUGO

Poco eco ha hallado mi artículo anterior, á pesar de la gran resonancia del *Heraldo*. Que yo sepa, *El País*; una revista nueva, *Germinál*, levantada á brazos por gente moza; algunos periódicos de provincia, y nada más, como si yo hubiese construido adrede mi tribuna en el interior de una campana neumática.

Sin embargo, la cosa valía, y continúa valiéndola la pena de que se la acuerde así tanta ó mayor importancia que á una corrida de toros con división de plaza ó á una verbena de los barrios bajos, porque, dejando aparte fáciles ironías, las fiestas literarias del próximo 26 de Febrero caen, con la exaltación suprema á las lucubraciones de la fama del divino Hugo, un grande y decisivo hecho fraternal de la pobre y loca humanidad contemporánea.

No creo yo que la España nueva le niegue su obediencia, su ofrenda. Ni todo es un legual en nuestro territorio, ni tampoco es difícil advertir algunos cianes, muy pocos, muy contados, entre la muchedumbre de gansos que nos rodea. Habría que renunciar á todo si no, y cosa verdaderamente magnal, estaríamos asistiendo, sin notarlo y sin saberlo, á la postrera faz de una disolución nacional incorregible.

Mueren las razas cuando las entrañas de la mujer comienzan á picarse de esterilidad; mueren los pueblos cuando á la totalidad de sus manifestaciones de vida puede aplicarse, como exclusiva é insustituible marca, el adjetivo «señil». De cuantas muertes decreta Dios para los pueblos, la muerte por estirpe, por consunción, no me antoja la menos conforme con la dignidad humana. ¡Pongámonos de pie, compañeros; dejemos de ser un pueblo de gimnotistas; arquemos nuestro pecho para la acción; miremos de frente al porvenir; tengamos fe en el amor y maldiciones para la indiferencia; seamos otra vez, seamos de nuevo, como en los días de fiesta de nuestra Historia, jóvenes y enamorados! El porvenir es un acreedor implacable, y nada tan villano como la generación que solventa sus deudas endosándoselas á las generaciones venideras.

Á la vista tengo un montón de periódicos intercontinentales de todas las tendencias políticas y sociológicas posibles, verdes, azules, encarnados y negros, sobre los que aparecen, conquistados y humillados, cubriéndolos y envolviéndolos con su nimbo, el nombre purpúreo de Hugo. Me hacen pensar con envidia en la frase de que, logomasquias aparte, no hay más sino dos géneros de literatura: la de los hombres eternamente postrados, como las esfinges de piedra del Egipto esclavo, y la de los hombres permanentemente de pie, como el Apolo de mármol de la Grecia libre. ¿Por qué, después de la Edad de Piedra, la Edad del sílex y de la vida lacustre; por qué, después de la Edad del Hierro; por qué, coincidiendo con la edad del Oro, que buenos presagios anuncia como inmediata, hemos de crear nosotros para nuestros usos nacionales la Edad—¡oh, rabia!—de lo Contencioso-administrativo, del templo de Jano y de la bestialidad por el nirvana?

Las piadosas caravanas mundiales comienzan á formarse. La Reina de Saba llevará sus mejores paramentos, en énfasis la sulamita, y Marta y María sus más penetrantes ungüentos. En el fondo de África, Menelick el bienhumano, tal un rey mago, estirado en la luna y con un lucero en la frente, celebrará la fiesta de Hugo como sus predecesores de hace mil novecientos y un años la apoteosis del inmortal Mesías, y la vida será el 26 de Febrero próximo, para cuantos conozcan la obra del Padre, como un manjar nuevo y un vino glorioso.

De entre la juventud intelectual, especialmente invitada á esta fiesta, han anunciado ya su concurro: por Italia, León Cavallo y Luigi Panzocchi; por Bélgica Gilkin, Verhaeren, Goffin y Winders; por Austria, Falk y Herzl; por Alemania, Sudermann, Hauptmann y Herman Bahr; por Rusia, Tsavartina y Carnikoff; por Holanda, Alejandro Cahan y Loop, y de igual suerte en casi todas las principales capitales del mundo. Sólo falta España...

Antes de hallarme á su presencia, Augusto Vacquerie, que ejerce el día aquel de gran chambelán cerca del poeta, me dijo oficialmente al oído:

—Sobre todo, no olvidéis el cumplimiento por lo bien que habla el castellano...

¡Pobre gran hombre! Se fué de la vida con la convicción de que en Valladolid ó en Burgos habría la gente, al cirlo de llamario paisano. Gustaba de poner, como lemas, motos españoles á sus escritos, y poseyendo su frase la transparencia hialina del buen vidrio, tornábase opaca y espesa cada vez que sus humores de españolismo se le subían en generoso plumero de amor desde el corazón á la cabeza.

La frase de Alejandro no se cumplió en él. Los favoritos de los dioses no mueren siempre jóvenes. Y después de haber, con los clarinos de plata de *Ruy Bl* y *Hernani*, cantado para siempre la la triunfal de Iberia, murió, dicen sus cronistas, recitando versos del *Romancero*.

Amó á Francia sobre toda potestación, después á España, y luego, á círculos concéntricos, cuyo alvéolo era Iria, á toda la Humanidad. Se le llamó, como razón que á Lesseps, «el gran franco», y pudo ser llamado «el gran universo». Su vida se consumió en amor. A él, ejor que á mortal alguno, puede aplicarse su frase de que tuvo corazón hasta la cabeza, entrañas en la inteligencia...

Su estilo es verdaderamente sangre de sus ideas...

«Je suis venu Judas si j'étais Christ», dijo, y en su pavorosa nebulión del «Año terrible», las frases de adrección y de fe hacia la ruda y blonda Francia se entremezclan y confunden en las que al dolor arrencaba á su vastísima herida.

Alemania, á la que apodó en nombre de París sitiado, «exangümbriento y paraltico»; Italia, á la que australizó por las vergüenzas del despojo en Roma y Nápoles, se enterarán á mesa de consagración, en que España quiera encontrar su plaza no muy lejos de la en que se agita la gran sombra del poeta...

Alejandro Raza.

*El País, Germinal, Alma Española, El  
Liberal, Don Quijote, Vida Literaria, El  
Imparcial*

# Antonio Palomero

El peregril de todas las salsas









El País. 31.1.1901

### Geldón y la juventud

Entre nosotros suelen alejarse los maestros de la juventud. Llegados a su puesto de honor, tratan con excesiva autoridad y con desdén condescendiente a los muchachos que piden un consejo de amigo que endulce la disciplina del Magisterio.

Geldón, por el contrario, es el amigo de la juventud. Sus íntimos son jóvenes; jóvenes visitan en casa y hacen su tertulia, y jóvenes le acompañan en sus momentos de lucha.

Su espíritu siempre fresco gusta de vivir entre la mocedad. Por eso la juventud le admira y le quiere. Por eso se ha entusiasmado con Electo, coronando con sus aplausos ese himno a la vida, a la alegría y a la libertad que son sus tres grandes amores. —Antonio Palomero.

Alma Española

22.11.1903

Alma Española

## Política en broma

### UNA ASAMBLEA

Como el famoso partido liberal,

por gala en tres dividido se encuentra bastante mal, para evitar que se arruine, sus más preclaros varones buscan algo que termine las odiosas divisiones.

¡Un jefe, un jefe! En pos de él van la rabia y la honra... ¡Nada nadie acepta el papel por escarapulas de monja! Pero el que tiene que escapar, presumiendo de «papilla», triunfa en trabajos de zapa, se cuece como una anguila. Y aquel otro, perro viejo, que duerno en cama de plafes, aguarda el sano consejo de sus fieles...

Con voz que suena á reclamo todos el puesto desdefinan: «¡Yo no quiero ser el amo... pero si ustedes se empeñan!» Tal dicen; yo no les creo... ¡Mientras miro esa baldía, la sombra de Don Mateo me saludó!

¡Hej! que olate su nombre, su fe, sus gustos sencillos! Al fin y al cabo fué un hombre, ¿y estos qué son?... ¡Hombrecillo!

¡Oh! Cuando la gente lee la página original de la asombrosa Asamblea del partido liberal, borrará de su memoria tal hecho triste y nefando que á la Historia pasará... de contrabando... Por su escasa seriedad y su desgraciado fin, fué una gran solemnidad... ¡de casa de Cachupín! Vinieron, por verse juntos en monesteres iguales, puntos de los cuatro puntos cardinales; Esio, Oeste, Sur y Norte, figuraban en las listas... Con que se llenó la corte de conspicuos fusionistas. Todos dejaron su feudo reposar tranquilamente, á fin de votar á un pseudo presidente; y pudimos admirar en esta curiosa cita una especie de «avata» de la clásica levita, y apreciamos ese olor de las prendas milenarias, á pimienta y alcanfor, que ofende las pituitarias. ¡Símbolo de la reserva de un partido-camarilla por evitar la polifolia! Fue sabrosa la sesión;

hubo «puños como mientes» y amagos de colisión entre distintos valientes... Cosa, al fin, que á nadie extraña, pues siempre al salir de pesca sigue triunfando la España picaresca...

¡Raras sonrisas y contritas máscaras de los deseos! ¡Si eran muchas los levitas, eran más los fariseos! Contra don Segis votaron con inusitado afán, los fieles que consagraron al Santo de Lourdes, y otros, en la fragua al verso del Vulcano... de tercera, sólo intentaban ponerse á Montero por montería. ¡Triste, menguado final de todos los cacicatos! ¡Rimbos quedaron igual! ¡Nada, nada entre dos platos! ¡No hay jefe! ¡Nunca Romanones derroche sus intereses! en amables reuniones con vinos, pastas y «teses», su labor será incompleto; trabajador y travieso, maneja bien la muleta, ¡pero al herir pincha en hueso! ¡Borremos de la memoria el hecho triste y nefando que á la Historia pasará de contrabando!

GIL PARRADO.

Germinal. 17.6.1897

## CRONIQUELLA.

### REPHISE DE UN DRAMA.

Resurrección esta monotonía antipática de la vida diaria, que hacen vulgar á las miserables las majaderías de nuestros grandes hombres, el bondadoso Dios de la juventud nos ha concedido generosamente la repise de un viejo drama: el drama del amor.

¡Gracias Dios inmortal! Gracias por haber poetizado un poco esta indolente prosa de la vida! ¿Qué hubiera sido de nosotros sin tu santa protección? Condenados á las miserias políticas, artísticas y literarias del *suo bino* nacional, habríamos muerto sin remedio.

Que á este fin nos condujeran, sin duda, los «carranques» del Sr. Silvea (ese Pelayo del Teatro Moderno); el olímpico ¿á mí qué me importa? de San Antonio de la Florida... ¡Huerfano, el amigo de pelar del Sr. Sagasta, al decir á Aguilera *¡plegaria peral!*, seguro de que esta errata no puede ser ofensiva para el *gran culame* donde se encierran las energías fusionistas; el fallo del Jurado de la Exposición, que por esta vez ha estado verdaderamente, fallo... á Bellas Artes; las luchas por el santo sillón de la Academia; y *El tesoro de Gasilda*, novela *críptica*, encantador episodio, que la señora Pardo Bazán ha escrito, pensando en los folletines de *Las Novelas*.

¡Y todo esto á la entrada del verano que enciende la sangre y hace palpitante los corazones y brotar de los labios besos y promesas, y aligera de ropa el cuerpo, y de proximidad el alma! ¡En el sagrado mes de las verbenas en cuyas noches perfumadas se escuchan en todas partes la más sublime estrofa del más sublime de los poemas; la grandiosa sintonía del amor dirigida desde lo alto por maravillosa batuta!

¿Es posible? ¿No hay un manantial donde apagar nuestra sed? ¿Se han dormido las vestales, olvidando sus lámparas?... Y el Dios de la juventud, siempre bueno y generoso y propicio, nos brinda la repise del viejo drama, siempre nuevo; el drama del amor.

Se amaban. Ella tenía 17 años: él 20. Á esta edad no es necesario hacer historia para justificar los heroísmos ni las catibos; basta con el tiempo del verbo; ¡de ese verbo que hasta la gramática, de suyo tan prosaica, coloca simbólicamente en la primera conjugación!

Demasiado grandes para darse cuenta de las *inequicias de la realidad*, martirizados por alguna injusticia, cuyo secreto se habían llevado á la tumba, decidieron dejar en el camino este suelo y pesado fardo de la vida... y se mataron. Pero no se mataron como todo el mundo (que también hay vulgaridad en el suicidio, sino como se matan los aristócratas del amor, los dignos descendientes de Romeo y Julieta: renovando la leyenda, recordando aquellos «tiempos heroicos» por los cuales han Bourdo hace poco los griegos en la ruina del Partenón. Se mataron, en fin, juntos, uno al lado del otro, atados, para que las convulsiones de la muerte no separaran sus cuerpos en la agonía, como las brutalidades del destino no los daban separados sus almas en la desgracia... Ella, sin embargo, curiosa como mujer, sobrevivió algunas horas á su amante, para ver si era verdad que cumplía su promesa. El caballero y héroe, murió inmediatamente en la última trinchera, al lado de su amada. Y ambos, al hacer su testamento, no se olvidaron de poner el conmovedor codicilo: «que nos entierren juntos». ¿Qué nada más grande ni más hermoso, sobre todo en estos tiempos?

—Pero, ¿cómo? ¿Aún quedan gentes en el mundo que se matan por amor? —exclamaron cuando fueron *¡guás prietas!* leyendo este drama, que llamará vulgar, mientras digiere los garbanzos (esos asesinos del sentido común)... Y al enterarse de los *personajes de la obra*, atañida desdenosamente entre dos eructos: —¡Bah! ¡Calaveradas de muchachos! Después, encarándose consigo, gritará indignado: —¿Y usted se llama cronista? ¡Pues si por tal se tiene no se ocupe en esas puerilidades cuando hay asuntos de palpitante actualidad, tales como el discurso de Silvea, la resurrección de Sagasta, etc...!

Pues bien ¡oh, dichoso adolecente!, nada de eso me importa... Ya sé que el jefe fusionista piensa resucitar al tercer día, de entre los vivos, y que el Sr. Silvea cree que triunfará, y yo me alegraré por Rancés, nada más que por Rancés, que es el *gran simpático* del partido; y sé que el actual jefe del Gobierno nos confunde á todos en un mismo desprecio, y que el Jurado... y que el sillón de la Academia... ¡Lo sé, pero todo me tiene sin cuidado!

Me resulta más digno de ocupar nuestra atención ese drama pasional, hermoso y admirable, que ha traído un poco de poesía á nuestra prosaica y monótona actualidad. Por eso lo he contado y por eso creo que las buenas almas se enternecerán y llorarán conmigo en memoria de los muertos, que han ido á buscar *allá arriba* las venturas que les negaron *aquí abajo*.

Por ser joven y hermosa habría podido ella, como Danae, recibir la visita de algún Dios en forma de áurea lluvia; y él, también joven y robusto, hubiera sido ministro, al enterarse de que las credenciales vienen, á veces, por el camino del placer... pero han despreciado las pompas y vanidades mundanas. ¡Se amaban y han querido morir juntos! ¿No resulta, á más de hermoso, grande el sacrificio?

¡Ay, Dios de la juventud! ¿Dónde están mis veinte años?... ¡Dame, Señor, una mujer que quiera morir á mi lado!... ¡Pero dame también un poco de amor, para morir con ella!

GIL PARRADO.

## LA COMEDIA HUMANA

## DE LORME

La barba inculca,  
las botas rotas,  
sin dos pesetas  
le comió;  
lleno de alientos  
y de entusiasmos,  
con su pobreza  
rico y feliz.

Cuando el corabate  
le brindó un puesto,  
cuando la lucha  
le reclamó,  
no le apartaron  
de sus deberes,  
ni el egoísmo,  
ni la traición.

Poeta siempre,  
vivió contento  
y enamorado  
del Ideal;  
guió sus pasos  
en este mundo  
a lo ep. la hermosa  
Fraternidad.

Si algunas veces  
a sus oídos,  
fueron alagos  
del deshonor,  
él, siempre puro,  
y honrado y noble  
con energía,  
los rechazó.

Le repugnaba  
la venta infame,  
y en la pobreza  
quiso vivir;  
la barba inculca,  
las botas rotas,  
sin dos pesetas,  
pero feliz.

Yo sé que todos  
sus camaradas,  
los que se honraron  
con su amistad,  
entristecidos  
por la noticia  
del pobre muerto  
se acordarán.

Sinceras lágrimas  
y afectos puros,  
y nobles frases  
van detrás de él...  
¡Es la cosecha  
que se recoge  
de la semilla  
de Amor y Bien!

¡Feliz el barco  
que, al alejarse,  
estela blanca  
deja en el mar!  
¡Feliz el hombre  
que cuando muere  
deja el recuerdo  
de su bondad!

¡Pobre Delorme!  
Puro y honrado,  
como vivía,  
quiso morir...;  
la barba inculca,  
las botas rotas,  
sin dos pesetas,  
pero feliz.

¡Ya hay uno menos!  
¡Cayó en la lucha  
y hasta la muerte  
vivió en fé...!  
¡Poquito a poco  
se van marchando!  
¡La vida es esta!  
¡Qué hemos de hacer!

EN PARRADO.

## EL ÚLTIMO BOHEMIO

La muerte de Ulises Barbieri, escritor italiano, más conocido por su vida bohemio que por sus obras literarias, da ocasión al discreto *Comentarista de El Español* para extender una nueva papelista de defunción a la bohemia.

Entre nosotros, «el último bohemio» es un viejo oficinista que aparece de tiempo en tiempo como indispensable comentarista a la noticia necrológica del artista que pasó sus batallas por el mundo, feliz con sus ensueños y ratilicho de su miseria.

¡El último bohemio! Ni se sabe quién fue el primero, ni se podrá nunca cerrar la lista. Y bien podrían los severos censores de la injuriada pluma incluir en ella a cuantos, desdeñando la prosa de la vida, tienden las alas por los espacios ilustres y miran al cielo azul que todos vemos, pero que no todos sabemos contemplar.

Para mí, bohemio es el último de artista, y el artista no solamente escritor, escultor, canta ó pinta. Napoleón es un bohemio que pasea sus años por el mundo. Los que son un artista prodigioso que entona un canto digno de la tierra libre de los viejos poetas epopéyicos. ¡Y cuántos hombres oscuros mueren con la satisfacción de haber vivido la poesía, lo que vale mucho más que cantar!

Infútil es la tarea de nuestro tiempo utilitario. «¡Hay que hacer algo práctico!», óyes gritar en la política, en la ciencia y en el arte; y a este grito humano, contesta la voz divina que solo escuchan y saben interpretar los elegidos, con la resurrección de todos los idealismos, que nacen otra vez de sus cenizas como el ave fénix.

¡Vivid pues, vivid siempre, artistas despreciados, bohemios injuriados, cuantos sabéis convertir, ya que el vuestro miserable, cuantos llegáis a la frontera de la locura! ¡No es importante que los reñidos de banchito interrumpian los delirios de Don Quijote, ni que se rían de vuestra melancolía, riza la cabeza por la suave y refinada mano de la mujer querida!.

Antonio Palomares.

## HABLANDO CON GALDÓS

...Ha sido una verdadera persecución; una insistencia que habréis parecido al maestro atoradora, pero que ya puedo justificar con el deseo de contar al público las impresiones que trae el ilustre escritor de su entrada triunfal en la circulación literaria del mundo.

Galdós, tan bondadoso, tan amable, tan buen amigo siempre, procura olvidarse de todos estos adjetivos cuando se trata de ensalzarle; conviértase entonces en un hombre completamente distinto; huye, se esconde, y si por desgracia suya se le encuentra, enciérrase en un mutismo desconsolador para quien quiere entonarle el aria de las alabanzas, de que tanto gustan los espíritus mesquinos. Parodiando una frase popularísima, pudiera decirse que Galdós es el alcaide de la modestia.

Para poder hablar con él de estas cosas, que juzgo interesantes, he tenido que usar de una diplomacia que hubiera asombrado al propio Metetrlek. Me he amparado en las amistosas deferencias con que el gran novelista me honra y me distingue, y olvidándose de mi oficio de periodista y de las indicaciones que tanto gusto dan en nuestro tiempo, ha de empollarle mi palabra de que nuestra conversación sería secreta. Mas ya es sabido que la palabra de un periodista no vale los cinco céntimos que cuesta el periódico donde escribo.

—Aseguro a usted—me dijo el maestro—que estoy verdaderamente satisfecho. Es más difícil de lo que parece entrar en el público francés, y sobre todo que le dejen a uno entrar. Aquí, en España, cualquier obra mediana, siendo de un extranjero, goza de gran popularidad y de larga vida.

Los franceses, por el contrario, son todos nacionalistas en literatura. Admiten a los autores extranjeros, pero después de un exequatur, que es difícilísimo de obtener, y que yo creo haber alcanzado, más que por la bondad de mis obras, por el trabajo y el buen deseo de mis amigos y por la excelente ayuda de nuestro embajador. (Siempre la modestia)

La publicación de *Misericordia* en *Le Temps* ha sido bien recibida. Al aparecer en volumen, editado por Hachette, crítica benévola me han honrado con artículos excesivamente elogiosos, y ya usted conoce, por haberlo publicado *El Liberal*, el prólogo con que me favoreció Morel Fatio. Dentro de tres ó cuatro meses, el mismo periódico publicará *Miau*, cuya traducción ya está empezada. *Le Journal des Débats* no tardará ocho días en comenzar la publicación de *Christe*, y poco después el *Figaro* principiará la de *Nazarin*.

—He leído, en efecto, el anuncio que daba este periódico y yo atribuí a un artículo de *Arévalo Barina*, en el cual la ilustre escritora considera *Nazarin* como una de las obras más grandes publicadas en estos últimos años, no *raporta en qué idioma*. (Sonrisa de D. Benito.)

—Y diga usted—continué después de la pausa necesaria para que el maestro se convenciera de la buena noticia—¿qué estaba usted en tratos con la casa Ollendorff para publicar todas sus obras?

—Si pero me ha ocurrido una cosa notable, que prueba el poco interés con que se atiende a la propiedad literaria, en España singularmente. Ollendorff iba a publicar *Fortunata y Jacinta*; cuando el contrato estaba casi formalizado me ocurrió el acuerdo de la Convención de Berna, en virtud del cual podía prescindir en absoluto de mi autorización para publicar esa novela. Uno de los Congresos literarios (no de la prensa), que se reúnen con frecuencia por esos mundos de Dios, sin que nadie se preocupe de sus resoluciones, había aprobado una proposición, a la que se adhirió España, como tantos otros países, que derogaba lo más substancial de nuestros tratados de propiedad literaria. En dicha proposición se consideraba toda obra extranjera, que cuenta diez años de publicación en su país, como del dominio público en el que intenta traducirla. Yo ignoraba como el editor se quiso formalizar el contrato, aunque sin desistir de publicar la novela, y me pidió una carta para ponerla al frente, autorizando la edición. A lo que me negué, para no sonar un mal precedente, pues las obras así publicadas suelen sufrir mutilaciones y alteraciones que redundan naturalmente en su perjuicio.

De todos modos, ahora, cuando yo vuelva a París, se publicarán *Fortunata y Jacinta* y algunas otras novelas actualmente en traducción.

—¿Y de teatro? Por acá he hablado de que se representarían en París dos ó tres obras de usted...

—Es casi seguro. ¡Y esto es que es difícilísimo! Yo no lo ignoraba, pero intenté poner nada menos que en la Comedia Francesa. Usted sabrá, sin duda, que uno de sus estatutos prohíbe representar obras de autores extranjeros que no hayan muerto. Y a tal punto lo respetan, que hasta para esas obras es difícil la entrada. Recordó que el claro diputado interpuso al gobierno por qué se hacían en aquel teatro las obras de Shakespeare... ¡Con esto está dicho todo!... Pues bien; presenté una traducción francesa de *El abuelo* y esperé. Yo sabía que era imposible llegar a la lectura oficial que hacen los socios y el administrador, pero me bastaba con el informe del *lecteur*, por cuyas manos pasan las obras antes de entregarse al Comité.

El informe no pudo ser más favorable, y mi amigo Claretie me lo envió con una cariñosa comunicación, por si me servía de algo. Me sirvió, en efecto, para presentar a *Fortunata y Jacinta* a Antoine, y en su teatro se pondrá en escena acaso en la próxima temporada.

Sanson, secretario del Odéon, llena casi terminado el arreglo de *La de San Quintín*, en unión de nuestro compatriota Enseñat, que ha hecho popular en París la música de Chéneca y de Chapt, cuyos números recogidos se cantan en los cafés cantantes y en los teatros que cultivan el género.

Hacen ese arreglo para la Sorel, y me aseguran que será representado prontamente.

—¡Así sea!... Esos triunfos de que usted me habla son más significativos de lo que parece. Gracias a ellos, se enterarán los franceses de que en España hay algo más que chulos y toreros, y de que la imaginación de Gauthier y la fantasía de Dumas corrieron demasiado al hablar de nosotros.

—Actualmente, en Francia he oído notar una gran curiosidad y mucha simpatía por todo lo nuestro.

—¡Bien se ve que está usted satisfecho de su viaje!

—¡Si lo estoy! Aparte de estos asuntos de que acabo de hablarle, me llevaba a París otro no menos importante... ¡He hablado con Isabel III...! Me resultó una señora muy bondadosa, muy amable, muy simpática. Quería conversar con ella, pedirla algunas noticias de su infancia, suponiendo que para aquellos días no habrá sido el tiempo el eterno tirano que todo lo borra... ¡Y no me equivoqué!... La reina de España, sin traspasar los justos límites de la discreción, que ha de respetar fuertemente quien tiene su lugar en la Historia, me ha suministrado datos curiosísimos para mis dos últimos Episodios de la tercera serie: *Los Agnecillos* y *Bodas Reales*.

—¿Están ya en prensa?

—Fenecidos nada más, y en parte planeados. En este año terminará la serie, *Montes de Oca* está a falta de muy pocas páginas y se publicará a fin de mes. Antes de emprender el siguiente, pienso terminar la traducción del *Oleto*, que tengo ofrecida a Thaulier, y que no lo entragué esta temporada porque deseo hacerla a conciencia, y eso exige tiempo.

—¿Y después?

—¡Después!... Pienso hacer algo original para el teatro: una nueva novela contemporánea; en seguida otra y otra... ¡No hay más remedio que trabajar!

—¡Trabajará! Tal palabra en boca de un español parece siempre paradójica. Pero si este español es D. Benito Pérez Galdós, hay que pensar en su formidable labor para crear en su autor al trabajo. Montados Palayo hallaba muchas semejanzas con Balzac por su abundancia fecundidad, y por la naturalidad de su arte. Y con respecto a D. Benito, pudiera repetirse lo que Goethe decía del autor de *La comedia humana*: «¡Rato hombre ha tocado todos los asuntos!... Cuando él se muera, ¿qué va a quedar para nosotros?... La penumbra envolverá el despacho del maestro. Su figura parecía agredirse, y en su fisonomía bohemio, en sus ojos cansados de ver, en su aspecto de hombre fatigado de la vida, a la cual ofrecía, sin embargo, una sonrisa dulce y compasiva, hablaba el espíritu de piedad y de bondad que orca toda su obra admirable... ¡La piedad, eterna compañera de las almas grandiosas!... ¡La ironía, una de las alas del genio!

Antonio Palomares.



## CRONIQUELLA

## TRES IDEALES

Aunque no conozco sus nombres, al fondo de sus personas la menor noticia, jamás olvidaré á tres individuos que ayer tarde me hicieron agradable un rato, que esperé pasar desapercibido y olvidado.

En una esquina de la Carrera de San Jerónimo aguardaba yo el cumplimiento de cierta amorosa promesa, con la impaciencia que todo el mundo conoce, porque, ¿quién no ha esperado alguna vez en la calle el paso de la diosa?... Los tres desconocidos charlaban á mi lado. Eran pollos graduados de gallos: vestían con elegancia, su fisonomía indoligente y su conversación amena é ingenua los acreditaba de chicos listos, tan abundantes por acá como los empleados y los grandes.

Su charla llamó mi atención; pero lo que me hizo olvidar la tardanza de mi ventura fué oírlos expresar sus respectivos ideales, á propósito de un detalle sin importancia. Pasó una magnífica berlina, tirada por un soberbio caballo: quien la ocupaba era un hombre elegantísimo, de aspecto aristocrático, que miraba á todas partes, sin fijarse en ninguno, con el aire impasible compañero de la felicidad y la fortuna.

— Ahí va Paco Quiroga, marqués del Plantío—dijo uno de mis vecinos—el único mortal á quien envidio verdaderamente. ¡Qué fuerza el Cobre una renta fabulosa, es solo, libre, independiente, tiene lo que le viene en gana, disfruta de todo, de nada carece; tiene caprichos fantásticos, visita por todo el mundo, como bien, viste mejor; sus trenes son admirables, sus posesiones magníficas... ¡Paco es la vida!... Nosotros, pobres vengidos, que nos creemos felices cuando estamos un turno al comer en un restaurant de moda, á viajar con billete de ida y vuelta para ir de la playa unos modestos pantalones blancos; nosotros, que por tener asegurado el puchero y por tanto permitir el lujo de evasivas menudencias, dedicamos pomposamente que vivimos, somos unos desgraciados... ¿Qué hemos de vivir?... ¡Lo que hacemos es vegetar de un modo ignominioso!... Mientras no se pueda ser como Paco Quiroga, no tiene uno derecho á hablar de nada... ¿Quién fuera él! Es mi ideal, y por eso no lo realizaré nunca...

—Pase, chico, mi ideal—dijo otro de sus compañeros—mi ideal... ¡Yo quisiera ser el cochero!... ¡Pase, chico, mi ideal!... Nunca he sentido la ambición de la fortuna; oro, además, que lleva consigo muchos quebraderos de cabeza, y yo, amigo de la tranquilidad, me moriría á los cuatro días de ser rico y poderoso... Para él es la vida idealista.

—No, la vida es para todos, y quien sabe mortarse en la concha que le toca en suerte, es feliz, completamente feliz; lo será el cochero, viviendo dentro de su librea como el pez en el agua... ¡Yo le envidio!... No tiene preocupaciones de esas que quitan el sueño, su trabajo no mata y su honrada pobreza es mil veces mejor que nuestra vida mediocre, en la cual somos ricos de aparatos y pobres de placeres. Y si algún día sufriera las mordeduras del odio de clase, no podría dar rienda suelta al caballo y fugarse furiosamente, estropeando al señorito afortunado cuya vida lleva entre sus manos... ¡Insisto, insisto... ¡Yo quisiera ser el cochero!...

Y el tercero de mis desconocidos dijo á su vez una cierta ironía:

—Soy poco psicólogo. Conozco, ó pretendo conocer, á los hombres por fuera y no olvidaré de que son más interesantes por dentro... ¿Quién se fia del aspecto de las gentes?... ¿Quién, por la fachada solamente, juzga útil y aprovechable al edificio?... Tú, que envidias á Paco Quiroga, debes suponer que el marqués se abre, que su fortuna le ahoga, que el no encontrar obstáculos para satisfacer sus caprichos ha de causarle un tedio insuperable; su vida, que te parece es-

pléndida y variada, es de una monotonía desoladora... Y tú, que envidias al cochero, también te olvidas de que la librea pesa demasiado, y no sabes las multitudines que echo cuando para servir al amo tiene que dejar de servir á sí mismo: está en ajena mano su libertad, jamás podrá hacer su gusto, ni siquiera dispone del tiempo que es de todos y pasa imposible sin aguardar á nadie... ¿Y esto lo quieres envidiar? Mientras el hombre silencia y llora, dándose así cuenta de sus sentimientos, nadie será envidiable, porque ricos y pobres sufren y rabian de la misma manera... Por eso yo quisiera ser el caballo... ¡Ese es mi ideal!...

... No pudo oír más. Al esperada estaba á la vista, y aunque la conversación era interesante, ya es sabido que el amor puede más que la filosofía.

Pero al retirarme á casa, ya cumplida la promesa que aguardé con ansia, pensé mucho en lo que oí á mis vecinos, ignorados filósofos espontáneos. Y hubiera deseado encontrarlos para demostrarles que todo es compatible y que, por ser un poco amena, la vida es algo tolerable.

Así, yo, durante el tiempo de mi amorosa felicidad de aquella tarde, vencido, sin darme cuenta de ello, los tres ideales por que respectivamente suspiraron. Puf el dueño del coche, el cochero... ¡y el caballo!

Antonio Palomero.

## CRONICA

## UN ROBO

En la sección de sucesos, cantara inagotable para el cronista que se estime en algo, ha narrado la prensa madrileña un hecho curiosísimo é interesante dentro de su misma vulgaridad.

En la madrugada de uno de estos días, los guardas del Retiro observaron que tres sujetos arrojaban gallinas muertas por encima de la tapia. Uno de los guardas, lanzándose sobre los madrugadores, pudo lograr que emprendieran la fuga, no sin que antes le propinaran descomunal paliza. En el campo de batalla quedó abandonado el botín: veintifré galinas, procedentes del Hospital del Niño Jesús, que los sujetos dejaron en el mismo estado que al guarda vengador: más muertas que vivas.

He aquí el suceso, que se presta á muy hondas y trascendentales consideraciones.

Desde luego, al juzgar á los reos de tan modesto delito, su absolución se impone. No hace mucho que un juez inglés decretaba la libertad de un acusado por robar una libreta y en Madrid, en espontánea y pública suscripción, acató de recaudar un puñado de pesetas el desventurado albañil que entró en cierta panadería á llevarse el pan que le faltaba. Si fácilmente reconocemos de ese modo el derecho al panecillo, modestísima expresión del derecho á la vida, ¿cómo atrevernos á condenar á quien, llevándose una gallina, demuestra que tiene mayores aspiraciones?

Cierto que las gallinas eran veintifré, mas también eran tres los sujetos; tocaban, pues, á siete gallinas y dos cuartos por cabeza, más dos cuartos para la comunidad, ó mienten las matemáticas. ¡Ellos pensaban cumplir la máxima del rey francés: «el pueblo será feliz cuando cada ciudadano pueda echar una gallina en su puchero», y aspiraban modestamente á siete días y dos cuartos de felicidad por cabeza!... Más he aquí que la sociedad herida, personificada por el celoso guarda, trata de defenderse, y se defiende, desvaneciendo los sueños de los tres linces... Y el sol, asestando su risueña faz, contempla, una vez más, el espectáculo á que asiste, con natural indiferencia, desde que los dos primeros habitantes de la tierra se disputaron la primera gallina que salió del primer huevo. Mucho antes, naturalmente, de que el tranvía eléctrico nos atropellara por las calles y de que se muriera de hambre en un portal cualquier ciudadano libre de una capital civilizada...

¡Cantemos al guarda, no precisamente por ser el defensor de la Sociedad, de la Moral, del Derecho, y de la Frugalidad, sino por haber vencido! ¡El tuvo la fuerza! Do tendría los tres audaces conquistadores, á ellos dedicaríamos nuestro canto, ya que el éxito es la mejor garantía y en el triunfo la Bondad Suprema se refugia... Mas, en este pleito, si fuera de tal importancia que pusiera en movimiento el cerebro y la pluma de nuestros pensadores, ¿no sería cosa de preguntar su opinión á la gallina?... La sociedad tiene sus derechos bien; y en este caso los ha demostrado, como expresaron los suyos los tres sujetos en cuestión... Pero esa víctima de la voracidad humana, destinada fatalmente al sacrificio, ¿no tiene también los suyos? Si se la preguntara, tal vez acusaría, con su canto de bajo vuelo, la suprema indiferencia que siente por estos dramas atormentadores. Asesinada despiadadamente, su carne blanca y sabrosa ha de ir á parar al vientre de los asesinos. ¿Qué le importa el de un uniforme ó el de un saco, si todo es tumba para ella?... Acaso, aun aceptando su destino, consiguiera su enérgica protesta, afirmando así su indiscutible derecho á la vida mientras llega el día en que su raza sea más fuerte que la nuestra y en que sea el hombre condenado á su puchero. Hoy canta, aléate, procrea y muere á manos del fuerte, ya sea éste un romántico, como los perseguidos del Retiro, ó una autoridad con handerois, como el guarda.

¡Pobres románticos!... Su pequeña hazaña no causará la admiración de las gentes; pero pensemos, antes de adjudicar

carlos cualquier adjetivo denigrante, en lo difícil, expuesto y trabajado de su profesión. Esos tres hombres fueron sorprendidos de madrugada, á las siete; penetrarían en el Hospital cuando juzgaron que descansaban sus guardias, á la una. Han trabajado seis horas. Saltaron tapias, escalaron muros, caminaron con precaución para que no les sintieran; emplearían un arte verdaderamente sugestivo á fin de que las gallinas no les delataran con su inoportuno cacoreo... Y luego, sabiamente, sin impacientes, con despaño, irían retoreando cuello por cuello... ¿Y todo para qué? Un guarda vigilante ha echado por tierra el trabajo acumulado en seis horas de paciencia y de angustia por tres hombres desventurados...

¡Y aunque hubieran vencido!... Tres pesetas es el precio de la gallina en el mercado, según aseguran testigos presenciales. Cincuenta y seis pesetas, producto de la venta de esas veintifré galinas, hubiese sido la cantidad á repartir entre los tres sujetos. A dieciocho y céntimos por barba. ¡No es, en verdad, gran cosa para pagar seis horas de un trabajo por todos conceptos extraordinario! En labores análogas se obtienen mayores rendimientos, y en mucho menos tiempo. En tres ó cuatro horas, á lo sumo, se adapta para cualquier Corra una gallina dramática del corral ajeno, lo que produce miles de pesetas. En dos horas, un abogado justifica su minuta por defender al conde de una filtración administrativa. El último de nuestros sociólogos de pan llevar, escribe en hora y media un artículo hablando de este mismo suceso, por ejemplo, y cobra cincuenta pesetas por su trabajo... ¡Decididamente, la Justicia sigue siendo un ideal!

Antonio Palomero.

El País 5.12.1898

## Crónica

## LA CRUZ DE BONAFoux

El gobierno francés ha concedido la cruz de la Legión de Honor al conocido escritor y corresponsal del *Heraldo de Madrid* en aquella capital, D. Luis Bonafoux.

## La Epoca de anochecer.

Amigo Bonafoux: En esta casa se le quiere tanto como se le admira, que diría simpático Gómez Carrillo. El obscuro poltón de soldados que lucha en El País por un ideal generoso, tiene siempre un aplauso para el inimitable cronista cuyo ingenio convierte en oro cuanto toca, como el rey mitológico... Además, hay aquí amigos antiguos de usted que conocen al Bonafoux íntimo, al artista, al hombre que sabe sentir ante las tristezas de la vida y cultivar de ramos la tumba solitaria donde se entierran las ilusiones y los sueños; al hombre de corazón que le pone todo al servicio de una causa justa y rompe lasmas por los débiles y por los oprimidos.

Es, pues, para nosotros, motivo de viva satisfacción que el gobierno le premie con esa cruz, por la cual beben los viejos tantos honores lunares. En nuestro país, que es el suyo, podrá usted por todas las amarguras; le cerraron las puertas al presentarse con el traje de la verdad

—que aquí ha sido siempre traje de etiqueta—y perseguido por unos, ladrado por otros, tuvo usted necesidad de refugiarse en ese París magnífico y hospitalario, donde los espíritus que sufren gozan del derecho de asilo... Y sin embargo, en medio de sus angustias lúgubres

nuestros grandes lectores, usted ha hecho la honra de España en estos instantes cruciales de lúgubres, de amargura y de sacrificio, cuando muchos que han de estar superiores no quieren tanto en suerte á los destinos de esta nación desgraciada, y otros más coherdes ó más criminales, horran del pentágono la Marcha de César, para escribir sobre ella el gusano docto.

¡La Legión de Honor!... En España no contamos con esa orden respetable, pues son tan pocos los que lo tienen, que llamamos ley de los tres una figura retórica de que la Aritmética podría pedirnos estrecha cuenta... ¡Aquí, es justicia, no nos queda más cruz que la de Beneficencia!

Pero en esa nación envidiable donde el ideal se acerca, la justicia respaldando y la santa igualdad triunfa, pueden permitirse el lujo de hacer del honor una religión y tener una guardia para defenderla... Usted puede y debe figurar en ella... Y á despecho del desprecio que le inspiran las pompas y vanidades humanas, me figuro que estimará en mucho la distinción del gobierno francés y sabrá llevar esa cruz...

¡Siento sobre todo!... Como no va á saber llevar en el pecho la cruz del honor, quién ha sabido llevar sobre sus hombros la cruz de la desgracia?

Antonio Palomero.



**(Diario de un viajero)**

Y volver a presentarse cuando despertara...  
 2 de Septiembre.—Fue en una estación cercana a Valencia de Alcántara, donde abrió los ojos a la luz, que era la primera del día. Ya en los montes lejanos batíanse en la claridad suave y discreta del amanecer y aparecían en las ventanillas cars sonolientos a promover el más vivo de los espectadores, siempre nuevo é incógnito. El sol salió por fin, y en la manera de contestar á nuestro saludo comprendimos que se disponía á hacer una de las ruinas.

ciento figuró el presente con una góndola.  
 «Yo soy el trón, que la visión se des-  
 vanes pronto, y el mundo se lega-  
 comenaza a vislumbrar... ¡A veces se qui-  
 siera disponer de la máquina, para lazo-  
 parar y gozar fang rato de una misma a-  
 no... esto que yo me he formado la opi-  
 maquina, la cual puede asar todo lo que  
 pienso todo lo contrario, puesto que de un lí-  
 rón nos lleva de Entromentado a Lisboa.  
 Son diez máquinas recordados en un rifle y  
 me los oíjos, me los calentares la ran-  
 de mis machos; tal vez me los oíjos, tal  
 tró cuenta de lo que va, y parcos que asis-  
 to a una visión cinematográfica... No ob-  
 stante, recordaré siempre la hermosura de  
 este trayecto: el Tajo, que corre por la se-  
 guera de un río, que me lleva a los pue-  
 blos vestidos de blanco, la campiña siem-  
 pre animada y fresca, y las almas, que tam-  
 bién tienen su «punto de vista». Seguro  
 que cuando se ve. Pero el trón se para  
 a momenta y se para a momenta y se para  
 da, está Lisboa. Los hombres cruzados por de-  
 lado del río, y nos encontramos en la esta-  
 ción».

«Es una princesa que se casa con un pastor, como todas las principescas rubias de las canciones. Este autor, al llegar esta día de cansancio lo ocurren muchas cosas desagradables al pastorecillo. La mayor de todas es dejarse arrebatar el talismán que lo libera la fortuna, por un príncipe grotesco, aspirante a poder, al príncipe se va correspondiendo en el mundo censor, canta el vals del amor con Ghirassina. Mañana el príncipe pastor muere en un duelo. Es un deseo del príncipe se apodera del talismán, lo confía su desamor y el torcido del censor da una vuelta, llevándose al príncipe grotesco y colocando al pastorecillo junto a la princesa. Ghirassina sigue cantando el mismo vals con su nuevo compañero. ¿No hay aquí una ironía demasiado fuerte? ¡Ay! ¿qué suprema ironía! Yo, sobre todo, pienso talera un talismán... aunque parece imposible».

(Por telégrafo)

(DE NUESTRO CORRESPONSAL ESPECIAL)

## La Mesa del Senado

**San Sebastián 28 (2.20 t)**

El marqués de Pidal ha llevado hoy á la firma de la regente dos nombramientos de coroneles de la reserva.—*Palomero.*



El Liberal 7. 1903

## CRONICA

SANCHEZ CALVO

Avilés acaba de honrar dignamente la memoria de su hijo Estanislao Sánchez Calvo, poeta y filósofo, menos conocido que Romero Robledo, pero amado intensamente por los espíritus jóvenes y entusiastas.

Con la palabra y con la pluma sus ilustres paisanos Aramburu, Posada, Sola, Jove, Orbón, Canella... han evocado eloquentemente aquella gran figura que pasó por el mundo modesta, silenciosa, con la sagrada misión de descubrir el velo del misterio y explorar las fecundas regiones de lo maravilloso.

Grabábase en la lápida que le dedican sus admiradores, aparece esta finísima biografía: «Tan culto y sabio como sencillo y bueno...» Ella basta para desarmar la pregunta de Campaamor:

«¿Quién vale más, los buenos o los sabios?» y para cantar la gloria de Sánchez Calvo. Basta también para que no se sorprendan los autores del homenaje al ver enaltecido a quien vivió entre ensueños y teologías, en un tiempo en que están de moda las burlas y los anatemas contra todo lo que no se pega al riñón directamente.

¡Dejad que se burles!... Sonriente y triunfador pasa Ariel, entra tanto, ¡ofréndonos la dorada llave de su reino. ¡Dejad que fulminen los anatemas!... Mientras, podremos nosotros remontar el vuelo... ¡Todos tenemos derecho a nuestro grano de opio!...

Sánchez Calvo, dice el rector de la Universidad de Oviedo, «pasó su vida buscando en los arcanos de las más remotas Edades, discurriendo por las nebulosas y desecadas regiones del espíritu y padeciendo (el vale la frase) la obsesión de lo impalpable y de lo maravilloso...» La verdad de esta observación pueden hallarla los curiosos en la notable *Revista de Asturias*, que floreció por los años de 1878 y siguientes.

Hay en ella multitud de trabajos filosóficos y literarios de Sánchez Calvo, donde esa obsesión aparece y se manifiesta. Hay, sobre todo, un largo y profundo estudio del ilustre avileño que señala claramente el camino que recorrió con entusiasmo y fe en todas sus admirables y laboriosas investigaciones.

Se titula *Un médico español del siglo XVI. Observaciones a la ciencia moderna, motivadas por un libro antiguo*. La publicación del *Examen de ingenios para las ciencias*, de nuestro famoso Huarte, en la biblioteca de Autores Españoles, sugirió a Sánchez Calvo esas *Observaciones*, y ya en ellas se contienen el germen de su *Filosofía de lo maravilloso positivo*, publicada años más tarde, y hoy recordada al recordar su nombre con todas las alabanzas que merece tan audaz y fervoroso avance en los dominios de lo inexplicable.

«Los fastidios vulgares — escribe Huarte vislumbrando desde el siglo XVI a los materialistas del XIX — entienden por instinto de la naturaleza, en los animales, plantas y hombres, cierta maraña de cosas que ruben de lejos arriba y jamás lo han podido explicar ni dar a entender...» Sánchez Calvo estudia, comenta, analiza minuciosamente el tema y penetra en esa maraña para encontrar repares que oponer a ciertas conclusiones de la ciencia contemporánea; y creyendo que el instinto es una intuición claro-vidente, una virtud adivinatoria, empieza a levantar la punta del velo de Maya para aumentar con sus tesoros la riqueza de la misma Ciencia. «Habrá metafísica — exclama con entusiasmo. — El hombre no puede menos de preocuparse de esos grandes problemas que le asedian por todos lados y tratar de resolverlos... Pero será una metafísica más positiva la metafísica del porvenir...» Y

añado, como el quisiera atajar dudas sospechosas: «Creo los más que el carácter esencial del positivismo es rechazar toda metafísica; pero sus más distinguidos pensadores emplean a preocuparse de las nociones de tiempo, espacio, movimiento, fuerza, fenómeno, espíritu...» Ya entonces comenzaba a retoñar en todas partes el árbol del espiritualismo; alborzaba el renacimiento ideológico, al que hubiese colaborado seguramente Sánchez Calvo si la muerte no le sorprendiera!

Nadie pretenderá por ello sospechar que no fuera el de Sánchez Calvo un espíritu progresivo. Los grandiosos son siempre, una cuando vuelvan la vista atrás para buscar el camino que creen perdido... Si para filiarlo no bastaran las palabras citadas, sirva esta declaración suya: «Por nuestra parte, seguimos creyendo en el progreso moral, real e ideal de la Humanidad... y en comprensión de los fenómenos llamados sobrenaturales. «Si algo estuviera fuera de la Naturaleza, estaría fuera del ser, y por consiguiente no se podría concebir...» Pensamos que aquella clase de fenómenos tiene causas, y que de su clasificación saldrán leyes nuevas y desconocidas, pero naturales también, que ensancharán los horizontes de la filosofía...» Con este criterio, Sánchez Calvo buscó en los arcanos de los más remotos tiempos, y encontró los materiales para su hermoso libro *Los nombres de los Dioses*.

Esta obra, en la que hay algo de genial, al decir de un mitólogo moderno, desapareció de la biblioteca para presentarse en los puestos callejeros, donde se han vendido sus ejemplares a poco precio, y aún supongo que quedarán algunos. Yo os recomiendo su lectura. Es tan amena e interesante como una novela, tan inspirada como un poema, tan sorprendente como esos cuentos de la infancia poblados de impravidades y fantásticos apariciones. Es, además, una obra científica de importancia, reconocida por propios y extraños.

Sánchez Calvo evoca los tiempos primitivos de vitalidad universal, cuando los hombres creían en la aumatción y personificación de las cosas; estudia el origen de los mitos, desentraña los nombres de los Dioses de todas las épocas, de todas las razas y de todos los pueblos, y llega al descubrimiento de la ley de unidad de mitologías, teologías y religiones y al del origen del lenguaje.

En tales indagaciones, el hombre de ciencia y el poeta se confunden en un solo espíritu asustado de la verdad y de la luz. El hombre de ciencia reconoce y proclama que las primeras palabras, las raíces de los idiomas, son onomatopéyas, pues los humanos primitivos tuvieron que imitar los ruidos y los sonidos. El poeta hace surgir del pasado la grandiosa escena del encuentro de la primera palabra lanzada por el hombre... Héla aquí:

«Hagamos abstracción de la cultura actual de la humanidad. Figúrense una familia de la Edad de piedra, que no ha tenido todavía ocasión de aprender a servirse del fuego para condimentar sus alimentos ni para calentar el agua... ¡Hubo un tiempo en que el hombre estuvo así!

Por primera vez, a un individuo de esta familia se le ocurre coque una vasija, llenarla de agua y aproximarla al fuego. Al poco rato, la familia sentada en el hogar siente un ligero rumor que sale del fondo de la olla; el ruido crece; se aproximan todos; entre nubes de vapor que despiden el agua aprisionada, se ven ¡oh pánico! multitud de ampollas o burbujas que se chocan. Que se aprieta, que se rompen. El agua está en movimiento, el agua hierve, el agua vive. ¿Es, pues, un ser animado? La familia se contempla atónita. ¿Qué ser, que espíritu de vida habrá allí dentro? El agua, en tanto, sigue murmurando su *ber, ber, ber, ber*...»

Con este hallazgo, Sánchez Calvo se explica los primeros Dioses, la importancia del fuego y del calor como fenómenos maravillosos, la complicación e infinidad de los mitos solares... Y la persistencia de esa sílaba *ber* en todos los idiomas con idéntica significación, dándole la clave de las mitologías, le lleva a asegurar su ley de unidad y su descubrimiento del origen del lenguaje.

Los sabios dirán si lo descubrió en efecto, o si equivocó el camino. Al cronista le basta con decir que lo sorprendió, con fé, que lo siguió con ansia y lo terminó con un grito de triunfo. Esto es ya la mitad del éxito. Y basta también para que sea explorador admirado y ensalzado.

Avilés, su patria, ha rendido el justo homenaje debido a tan gran espíritu, a quien por su mezcla de profundidad y poesía pueden aplicarse aquellos versos de Guyau — al cual se asemeja bastante — que Pontille consideraba como la mejor biografía de su autor:

*Droit comme un rayon de lumière  
et comme lui vibrant à chaud.*

Yo no sé el resultado muy práctico el homenaje de la villa asturiana... A mí me parece que sí, ya que todos aseguramos que no sólo de pan vive el hombre.

Por de pronto, sirve para corregir la Geografía. Hasta hoy se leía en todos los manuales y tratados: «Avilés: célebre por sus ricos jamones...» De hoy más se dirá, seguramente: «Avilés: cuna y sepulcro del poeta y filósofo Sánchez Calvo... También tienen fama sus jamones.»

Antonio Palomero.

El Liberal 28.3.1903

## CRONICA LLUVIA

Cuando los nubarrones que avanzaban en guerrilla llegaron a formar columna cerrada que ennegreció el cielo primaveral y se abrieron para enviar a la tierra el agua de su seno, una voz entusiasta gritó por las calles de Madrid: «¡Viva la lluvia!»

Un cronista meteorológico asegura que éste fué el grito nacional. Y no se equivoca. Nuestros pulmones secos agradecerán aquella grata humedad tan necesaria para su vida. En el mullido lecho donde aguardan la hora de su reposición, las semillas recibirán gozoso bañido con arroyos hídricos, el agua salvadora. Los árboles remojarán con júbilo sus ramas y su tronco antes de engalanarse con las primaverales pompas. Y los pobres labradores que amenazaban al cielo azul con su crispado puño, remojarán también las espaldas, recibiendo otra vez la eterna fátuta de la luchera...

«¡Viva la lluvia!... Mas apenas cayó sobre la ciudad, y luego de haberla bendecido, ya murmurábamos de ella como batiéndola por todos los medios a nuestro alcance... La diosa dura poco, es verdad; mas no sé si su vida es breve o si nos causa en tanto se presenta...

«¡Viva la lluvia!... Recién agradecido el bienestar, hemos buscado un sitio donde guardarnos... El agua azota el rostro, y esto molesta; nuestros miembros reciben con la humedad las caricias del reuma, y una tristeza invernal se apodera del espíritu que ya saltaba de gozo acariciado por el sol de marzo... ¡Lluve también dentro de nosotros, como dijo el poeta...! Antipáticas horas!... A través de los cristales, sentados junto al balcón, vemos pasar la gente sorteando el peligro... Entendados en frutillas impermeables, calzados los protectores chancos de goma, hombres y mujeres van de prisa huyendo del temporal. Para librarse del barro, manos femeniles recogen discretamente las erugientes faldas abriendo un ventanillo del Paraíso. Los peregrinos chorrean por todos sus brazos, describiendo en el espacio caprichosos signos para evitar encuentros. De vez en vez, como Pablo y Virginia bajo la misma hoja, pasa bajo un mismo paraguas una pareja amante; la lluvia invita a la intimidad... Y el agua, corriendo al borde de las aceras, despreciada e inútil, se precipita en sucio caudal en las alcantarillas, donde halla su tumba todo lo que sobra y todo lo que mancha...

«¡Viva la lluvia!... El entusiasta grito habrá resonado en los campos triunfador y potente... Allí se la esperaba. El sol sin nubes era nuncio de desgracias; las noches claras, serenas, perfumadas por las primeras brisas juveniles, no saturaban el ambiente de amor y de ventura; llenábanlo de inquietud y desconsuelo. Era una maldición la sequía y un insulto el cielo puro y transparente... ¡La lluvia!... Rompe en los corazones la alegría, y el agua bendecida y santa corre, corre a su autojío, libremente, sin que nadie le evite ni la detenga, humedeciendo los duros suelos que formó el arado y buscando bajo la torrosa cepa el alma que aguardaba amoroso beso...

«¡Viva la lluvia!... se habrá gritado allí con entusiasmo verdadero... El pan no es pan sin la húmeda caricia; lluvia y sudor le hacen blanco y tierno y sustancioso...

Mas... ¿no sabéis?... Las mismas nubes que por allí pasaron derramando venturas y alegrías, fueron desolación y muerte en otra parte... Alborotóse el mar, que surcaban gozosas las pesacadoras barcas en busca del pan para el hogar humilde; sonó el agudo clarín del viento anunciando el siniestro combate, y la lluvia fuerte y tenaz excitó las iras del Cantábrico... Los pobres pescadores han luchado con los dos abismos; unos volvieron medio muertos a la playa, donde angustiados los esperaban. Otros no volverán...

«¡Viva la lluvia!... se ha gritado en los campos... ¡Maera la lluvia!... se ha grita-

do en la costa... ¿Qué gritaremos nosotros, habitantes de la ciudad, cuando la cruzamos enfundados en protector impermeable, bien calzados los pies con los cómodos chancos de goma?... Nada, no gritaremos nada, hasta que en los espacios no se administre discreta y sabiamente la política hidráulica... Pues ya sabemos que mientras el bien y el mal se reparten el planeta en que vegetamos, y sigan Ormuz y Arimán trabajando a las mismas horas y en todas partes... ¡nunca lloverá a gusto de todos!

Antonio Palomero.

## Antonio Palomero

Después de todo, señores, ¿qué es la vida?

## Antonio Palomares.



## FÁBULAS POR ANTONIO PALOMERO: LA VIDA.

ERA el séptimo día de la creación. El Señor descansaba tranquilo y satisfecho de su obra. Aunque es mucho su poder nunca creyó que fuera tan perfecta su labor. Bosques espesos, campos floridos, ríos caudalosos, mares profundos, montes elevados; animales, fuertes unos como el león y el elefante, bellos otros como las aves de vistoso plumaje; el hombre conjunto de todas las perfecciones, la mujer suma de todas las bellezas; y sobre todo la luz que ilumina, alegría y vivifica... ¡Esta era su obra y vió que era buena.

Por eso descansaba el Señor tranquilo y satisfecho.

Mas he aquí que cuando mayor era su alegría, sintió un clamoreo confuso, ensordecedor, mezcla de gritos, aullidos y voces humanas.

—¿Qué será?—pensó.

Y bajó á la tierra buscando la contestación de su pregunta.

El león mugía, bramaba el toro, silbaba la serpiente, el hombre daba gritos y hasta la tímida oveja y los alegres pájaros, aquella con sus balidos, con sus trinos éstos, daban á entender que tenían algo que pedir.

El hombre, como más joven, fué el encargado de exponer las quejas de la colectividad.

—Señor—dijo—nos ha dado la vida pero no nos enseñaste el modo de conservarla... Suponemos que para vivir es preciso alimentarse; tenemos hambre y te preguntamos: ¿qué vamos á comer?... O quitános el estómago ó dínos como se llena... ¡Tal es nuestra queja!

Montó el Señor en cólera, aunque ya estaba montado en una nube.

—Os hice brutos—contestó—pero no supuse que lo fueráis tanto. Yo no os he dado la vida, os he puesto en camino de vivir... La vida habréis de buscarla vosotros... ¿Para qué tienen fruta los frutales y granos las espigas?... ¿Para qué hay hierba en el prado y agua en la fuente y en el río?... ¿Para qué di carne tierna á la oveja y al ternero, y piel al oso y al tigre?... Quien necesite una cosa que vea como puede proporcionársela... Todos tenéis los medios para lograr vuestro fin... Garras el león, pico acerado el águila, pies ligeros la liebre, aletas los peces; el mono puede trepar á los árboles y la serpiente enroscarse al tronco ó arrastrarse por entre la hierba... Y tú, hombre, imagen mía, obra que me

llena de orgullo, tienes la inteligencia con la cual puedes hacerlo todo: trepar y arrastrarte, correr como la liebre y esperar como el león... ¡Creo que me habréis entendido!

Dijo y desapareció.

Todos los animales quedaron llenos de asombro; pero enseñada cada cual tiró por su lado... ¡Habían comprendido!

Fué el lobo al monte, el reptil á su agujero, el pájaro al árbol, el pez al agua, el león á la selva... Allí viven desde entonces y buyen los unos de los otros; pero, sobre todo, temen al hombre que posee el arma superior... ¡Acaso no sepan que éste les tiene más miedo todavía!

Y acaso ignoren también que, imitando su ejemplo, el hombre anda por el mundo buscándose la vida como buenamente puede... ¡Como Dios le dió á entender!

LA RISA.—¡FELICES los tiempos anteriores al pecado! ¡Que hermosos fueron y por lo mismo, cuán breves! El hombre vivía tranquilo, pues aún no existían sus semejantes: era el compañero de los otros seres y estaba orgulloso de poseer la inteligencia con la cual podía hacerlo todo, según le dió el Señor.

De este orgullo burlábase los animales.

—¿La inteligencia? ¡Valiente cosa!—le dijo el asno—¿Acaso se oye tu voz á tanta distancia como la mía?

—¿Corres tanto como yo?—añadió el pavo.

—¿Puedes tocar las nubes?—dijo el condor.

—¿Tienes mi fuerza?—agregó el elefante.

Y así continuaron todos los animales. Y satisfechos, acordaron que el hombre era inferior al ser más infimo de la escala zoológica.

Estaba el hombre de buen humor. Y en vez de enfadarse, se sintió acometido de una risa fresca que duró largo rato.

Los animales cesaron en sus protestas... Procuraron reír y, naturalmente, no lo consiguieron.

¡Eran de ver sus muecas, sus gestos, sus contorsiones para imitar al hombre!... Y con verdadera humildad declaráronle el ser más superior de todos los seres.

—¿Por qué puedes reír?—le dijo el asno, más melancólicamente que nunca.

Y, en efecto, los animales corren, vuelan, gritan, sufren; algunos hablan y otros pronuncian discursos y hasta escriben artículos... Pero ¿reír?... ¡Solo el hombre se ríe!... La risa es su patrimonio!

ANTONIO PALOMERO.

## EL SUICIDIO DE RODRIGUEZ

A todos sorprendió la noticia. Nadie se explicaba los motivos que llevaron á Rodríguez al suicidio, y solo en la locura pudiera hallar justificación aquella desgracia, al decir de los amigos de la víctima.

Si la veía siempre contento, feliz, rebosando alegría, querido de todos, idolatrado de su familia.

¿Cómo suponer que un hombre así fuera capaz de matarse?... ¿Qué historia había en su vida capaz de impulsarle á tomar tan fatal determinación?... «No se culpe á nadie de mi muerte», decía la carta del suicida dirigida al juez; pero como esto es clásico en el funebre epistolario y no pasa de fórmula, ¿a quien podía culparse del suicidio?

La familia de Rodríguez tampoco sabía la causa, y estaba tan entorpecida como los amigos.

Al fin se supo. Y era tan insignificante, al parecer, que todo el mundo calificó de tonto al hombre que no quiso poner los medios para evitar la catástrofe.

¿Era exacto este juicio póstumo? ¡Bra justos! ¡No!

D. José Rodríguez desempeñaba un cargo relativamente importante en una sociedad de seguros; mas, por un sarcasmo de la suerte, él, que aseguraba la vida de los demás, no tenía la suya muy segura. Que no pudiese llamarse vivir á trabajar como un burro para sostener á la familia, haciendo equilibrios mensuales que igualaran los gastos con los ingresos.

Con bastantes cincuenta duros al mes para mantener á cinco personas, y la casa, como decía juiciosamente doña Manuela, Doña Manuela era la esposa de Rodríguez. Le quería con delirio, y apreciaba el sacrificio de aquel hombre honrado, al que únicamente se permitía hacer ligeras observaciones económicas respecto al porvenir de sus hijas, Paca y Antonia. Paca, la mayor, estaba en la edad de los naturales coquetearias; pero sus dieciocho años no eran muy exigentes; contentábanse con un trajeito cada dos años para la estación correspondiente, y un sombrero anual susceptible de todas las modificaciones y capaz de todas las reformas. Antonia no sabía nada de estas cosas, porque á los siete años las niñas, por muy precoces que sean, guardan todas sus preocupaciones para las muñecas; pero tampoco la faltaba su ropita decorosamente anafada, gracias á los cuidados de doña Manuela, para quien, lo mismo que para Rodríguez, no había más mundo que sus hijas.

Pero ¡ya se ve! á pesar de todas las economías, que llegaban al colmo, cuando se trataba de reponer el exhausto vestuario del matrimonio, todo se podía ir tirando, viviendo con cierto decoro, pero con estrechez, llevando un ten con ten que se rompiera al más pequeño contratiempo.

Esto que se temía tanto llegó por fin. Antonia cayó enferma, y entre las medicinas y el médico se fueron llevando cuanto había disponible, sin respetar siquiera dos ó tres alhajas heredadas, que en el fondo de la cómoda recordaban los buenos tiempos de los antecesores de la familia y que fueron á parar al Monte con un sentido prólogo de lágrimas y suspiros.

Agotado todo, ¿qué hacer? Era necesario más dinero y por lo tanto era preciso buscarlo. Rodríguez no se atrevía á pedirlo á los amigos, ni podía echarse en brazos de la usura, que no encuentra garantía en los destinos particulares, ni solicitarlo en la oficina, donde no se entendía de anticipos. ¿Qué hacer? El problema era terrible y lo amargaba más el temor de un desenlace funesto en la enfermedad de Antonia. Y todos los días la tentación se le aparecía al pobre padre en forma de dinero que abrasaba sus manos, en aquellas crecidas cantidades que tenía que contar y anotar en el libro correspondiente, y la menor de las cuales le hubiera salvado.

Al fin cayó. No pudo defenderse. Cualquier hombre honrado hubiera hecho lo mismo, ó quizá hubiese hecho más, porque Rodríguez se llevó solamente cien duros, lo que necesitaba, merced á cuya suma la niña salió adelante, y el padre sintió un gran alivio... Pero era preciso devolverlo en seguida; no corría prisa hasta al balance, y sin embargo Rodríguez pensaba que lo iban á notar todos los días, como pensó que le prenderían cuando cometié el robo.

Aunque logró salvar á su Antonia, estaba tan avergonzado de su crimen, como no dijónas á nadie, ni siquiera á su mujer. Pensaba ir reponiendo la suma robada poco á poco, quitándole de sus reducidísimos gastos particulares. De los dos cafés que tomaba al día suprimió uno; suprimió igualmente el cigarro de 15 céntimos que servía de epílogo á sus comidas, y fumó pitillos de á real, que le irritaban la garganta.

Era tan insignificante la economía que solamente con un exceso de buen deseo pudo creer que le salvaría del apuro, y al llegar el balance vió con espanto que le faltaban sesenta duros.

Necesitaba buscarlos; el trance era tan supremo que apeló al último recurso: la amistad. Pero no pensó mal al pensar que los amigos son indóles casi siempre. Unos se lo negaron con excusa, otros francamente, y cuando, en última instancia, acudió á su jefe inmediato confesando su falta y solicitando un arreglo que le salvara, el jefe le excitó á que sin pérdida de tiempo repusiera la cantidad en cuestión, habiéndole de los tribunales, el presidio, etcétera, etc.

Entonces fué cuando el pobre Rodríguez salió una noche de su casa para no volver... Con la conciencia tranquila á pesar de todo, llorando al pensar en el porvenir de sus hijas, escribió en un café sus cartas de despedida y se disparó un tiro en la sien.

Fues bien, cuando se supo que Rodríguez se había matado por no tener 300 pesetas, los mismos que se las negaron comentaban en público la noticia, diciendo:

—¡Yc le quería mucho! Pero hay hombres demasiado orgullosos que no quieren pedir favores, y Rodríguez era uno de esos. ¡Si mi hubiera pedido á mi esos sesenta duros yo se los habría prestado con mucho gusto!

¡Mentira!

Antonio PALOMERO.

## CRÓNICA

## UN ARTISTA

En el teatro de la vida, puesto en el centro de lo contrario si ven al originalismo artista que se exhibe en el Casino Music-Hall.

No le llamaremos excéntrico para no incurrir en lamentable impropiedad, ni pedómano, como abundan los cariles con evidente olvido de la verdadera significación del artista; contentémonos con llamarle fenómeno y con decir que su arte pertenece al dominio de la aerotelegrafía y que se parece a Júpiter en que dispone de la caja de los truenos.

Verdaderamente es peligroso hablar de sus habilidades sin exponerse a ser comparado con el noble animal que espera en esta época su sacrificio, y es triste, al mismo tiempo, para quien presencie de cronista, tener que ocuparse en asuntos de tan bajo vuelo... Pero no hay más remedio que hacer de trípala sorción ya que no podemos hacer de ellas otra cosa, como el fenómeno que recomendamos.

El cual tiene dos caras como el Dios Jano, y con la que todos los mortales ocultamos envidiosamente, fuma, bebe, apaga un fósforo, toca la trompeta, al igual del Ángel alabado por el fabulista, tararea algunos aires conocidos, imita, en su verdadero tono, las debilidades vaporosas de la niña y de la suegra, y da todas las notas del pentagrama... ¡Una maravilla!... Y ejecuta su trabajo, si bien con algún estorbo, con absoluta limpieza, aunque esto parezca una paradoja.

Desde luego sembra considerar qué fuerza de voluntad habrá necesitado para educar esa parte del cuerpo de suyo tan mal educada, y educarla de tal modo que pueda hacer de ella cuanto quiera, lo que causará no poca envidia al respetable gramio inmortalizado por el famoso ex-gobernador de Cádiz; y en seguida ocurre pensar un poco sobre lo mudable de la condición humana que acoge con regocijo, si se presenta como novedad, lo que, siendo viejo, ni a nombrar se atreve cuando menos a consentirlo... Y es que en la vida como en la cocina, lo más necesario son los alfileres.

Libreme Dios de metarme en filosofías, que serían naturalmente *á posteriori*, sobre las cosas que se inventan para vivir; libreme también de escribir una sola línea acerca de las supradichas debilidades vaporosas: desde Homero hasta los académicos que publicaron *Orientes y chascarrillos andaluces*, tan lindamente vapuleados por mi amigo el Bachiller Francisco de Ortega, se ha escrito tanto que es imposible decir nada nuevo de tema tan inagotable... Además, si lo primero sería impertinente, fuera lo segundo de grave exposición y seguro riesgo, hoy que corren tan malos vientos para el periodismo.

Me limito, pues, á sombrarme del fenómeno y á decir que es digno de verse y aún de oírse, asegurando que su habilidad no molesta en nada á la membrana pituitaria. Así lo comprobamos ayer, en la sesión ó concierto preparatorio que el galante empresario Mr. Esquiquelli dedicó á la prensa; dedicación muy simbólica puesto que bien podemos decir que el artista en cuestión es nuestro compañero, no tanto por ganar su vida con la pluma como nosotros, cuanto por parecerse nuestra labor á la suya, casi siempre, á pesar de la buena voluntad con que la emprendemos.

Yo creo que el artista meterá mucho ruido y que arrancará al público tempestades de aplausos, cosa natural, después de todo, pues ya el adagio nos enseña que quien siembra vientos recoge tempestades.

Además, su aparición me parece oportunitísima en el actual momento histórico. Es un símbolo viviente de nuestra situación, porque después de lo pasado en España, todos nos decimos al oído con menos misterio que indignación:

«¡Esto es hacerse pipil!»  
(Me parece que no puede decirse con más claridad.)

Antonio Palomero.

## CRÓNICA

## Unas flores, una artista y un canónigo

En Palma de Mallorca ha ocurrido un suceso que merece ser referido como muestra de intransigencia, y como una señal de los tiempos que corremos.

El suceso es como sigue. La Sra. Geraldine, artista admirable, tanto por su arte como por su hermosura, envió á la catedral un magnífico ramo de flores, con que fue obsequiada la noche de su beneficio, para colocarlo en la capilla de San José. El ramo estuvo expuesto todo el día, hasta que por la noche el cabildo acordó que se quitara, á petición de un canónigo, el cual encontró pecuniarios el pretexto, porque procedía de una función condenada y de una mujer indiferente á las cosas religiosas. La pobre artista, al saber la noticia, fue presa de un síncope que puso su vida en peligro, según refiere la prensa de la localidad.

El suceso, como se ve, pone de manifiesto una vez más la ignorancia y la crueldad de ciertos ministros de la religión y su desmedido amor á las aparatosidades externas, con desprecio de la intención y de la verdadera fe.

Los jefes de los estados católicos que asisten á las representaciones teatrales, así como las personas piadosas que patrocinan ciertos beneficios, cuyos productos aplican á los asilos pueños bajo la advocación de algún santo, se sentirán profundamente indignados al oír á un canónigo condenar los espectáculos que ellas apadrinan y honran con su presencia. Y la señorita Geraldine no volverá á ofrecer á San José ningún ramo, como no sea un ramo de brillantes y de perlas, que son más gratos á los canónigos que los ramos de flores, cuya hermosura son impotentes para apreciar.

Yo no tengo datos muy seguros para afirmar la existencia de San José; pero suponiendo que exista, suponiendo que tenga en el cielo el sitio que por clasificación le corresponde, y suponiendo también que agradece las ofrendas de los fieles, ¿cómo habrá estimado y agradecido el ramo de la Geraldine, arrancado de su altar por una mano más profana que religiosa... Para una verdadera artista no hay presente tan valioso como las flores. Las flores tienen alma, y su bello color y su dulce perfume son más gratos que los regalos opulentos, que solo habían con la antipática voz de la riqueza. Quien regala un ramo de flores pone entre ellos algo que no se paga con dinero... La Geraldine, al ofrecer su ramo al santo José, le ofrecía cuanto puede ofrecerse. ¡Como el santo de lo habrá agradecido! ¡Qué castigo espera al canónigo por rechazar esa ofrenda purificada por la intención y la fe, si acaso necesitaba purificación!

Pero... Esas coronas de oro y de piedras preciosas, esos mantos bordados, esas alhajas que lucen las imágenes, la cera que arde en sus altares, el dinero para el culto... ¿De dónde salen? ¿Quién puede asegurarlo, ni que importe tampoco? El origen del dinero no puede tenerse en cuenta jamás, porque suele ser impuro: su empleo, lo purifica, lo ennobla y lo santifica. Nada puede dársele al trabajador de que el dinero con que se le paga proceda del crimen: cuando él lo recibe como premio á su labor, cuando él lo emplea para el pan de sus hijos, el dinero es santo.

Si un admirador de la Sra. Geraldine, enamorado de su hermosura, la ofreció un ramo de flores y ella lo puso en el altar, puede estar segura de haber hecho un presente más agradable que las joyas con que ciertas cortesanas tratan de comprar una entrada de Páramo.

Claro está que no escribo estas líneas para el canónigo en cuestión. Teniendo cerrada su inteligencia no podrá apreciarlas, como no pudo aspirar el perfume de las flores por tener insensible la pituitaria... ¡Que tal es el sino de los canónigos! No escuchan las voces de la razón, ni gustan los aromas de la juventud y de la vida.

ANTONIO PALOMERO.

*El País, Don Quijote, Vida Galante, La  
Ilustración española y Americana*

# Pedro Barrantes

El hombre de paja









El País 4.9.1901

El País 18.9.1901

## NAVAS DEL REY

Impresión de viaje  
A mi amigo D. Juan Melir.

¡Buena la hica, amigo Melir! Buena la hica con mi viaje a Navas del Rey, a donde usted sabe que llevo una misión tan penosa como difícil. ¡Cuán agona estaba de las desagradables consecuencias que para mí había de tener aquella exención al vecino pueblo!

No se contentó mi mala suerte con hacirme caer enfermo durante cinco días. De nada sirvió el certificado facultativo expedido por usted, justificando legalmente mi no comparecencia ante la Sala segunda en la vista que debió celebrarse el 6 del pasado Julio. Mi abogado defensor, obrando en connivencia con el querrelante, en vez de entrar en el momento de la vista al certificarlo, se quedó con él en el hotel, y, como es lógico, la Sala, cumpliendo con su deber, decretó mi prisión. De aquí que fuese detenido a los pocos días de llegar a Madrid.

Ingresé, pues, en la cárcel, a las once de la mañana del 10 de Agosto, pasando al departamento de políticos; pero al día siguiente, y por no constar en el mandamiento de la Audiencia la expresa calificación del supuesto delito, fui trasladado a una celda de pago.

En la celda que ocupaba una de las mejores del muelle edilicio, situada en la tercera galería, frente al Cuadrero, y apenas herida por el sol durante el verano, la temperatura que en ella se disfrutaba era fresca y agradable. Espacio suficiente para estar y escribir, un gran sillón de madera y dos armarios adosados a las tapices laterales, destinados a colocar libros y cosas. El penado encargado del servicio de la galería, sirvió de ordenanza a los que ocupan esta clase de celdas. Todas las mañanas, hacia las once, saca el cubo, llena de agua el jarro y limpia la palangana donde se lava el preso.

Este, aparte de la hora de comer y de dormir, comunicaba su lección, y del llamado preso, que dura diez minutos escasos, permanecía inalterablemente encerrado en su celda, trabajando una vez, pasando otras como fiera enjaulada, y otras leyendo, si disponía de algún libro, aunque en ocasiones, cuando siempre las horas más largas y eternas, pasaba como el plomo, devorado por el hambre y la soledad. Tal sistema de prisión en libertad. Lo creo verdaderamente cruel e inhumano.

Al anochecer del 23, día anterior al de mi salida de la cárcel, presencié un espectáculo que me conmovió hondamente.

Suprimiendo por rumor extraño de pasos y voces que provenía de la parte de afuera de las galerías, é impulsado por la curiosidad, logré acercarme, aunque penosamente, a una de las dos rejas de la celda, para averiguar la causa del tumulto. Allí abajo, en la profundidad del patio que se extendía a mis pies, hervía una multitud abigarrada y tumultuosa que se alineaba en formación con un regimiento, disponiéndose a emprender la marcha. Era una conducción de presos, que pasaban por las diferentes penales a que habían sido destinados.

Conto más de cincuenta. Iban avanzando unos a otros con fuertes ligaduras, amarrados a la espalda, como el esclavo le mochile, el bulto con encerrada su equipaje. Las ropas sucias y desgarradas de todos acusaban su miseria física, como los rostros de los más debilitados su miseria moral. Se veían bridas, gorras, chubascas, blusas, zapatos y alfileres. El conjunto no podía resultar más inarmónico ni más informe. Mientras unos iban y charlaban, otros se encasillaban, otros permanecían en silencio con la cabeza baja y el semblante inmóvil. ¡Ah! ¿Quién sabe? ¿Quién los había beseado? ¿Quién los había observado? ¿Impulso instigador de un imperioso y violento, la brutalidad de tremenda injuria lanzada al rostro, había bastado a algunos de aquellos infelices para caer en la eterna inferior sin ser? ¿Reflexión de ella? ¡Dios mío! ¿Lo que es una horrible, quizá entre ellos existiera algún inocente sacrificado al error de la justicia humana, porque familia de suar en cuando la carne del preso me suscitaba?

De pronto, los murmullos cesaron, se agolparon las filas, se oyó una voz impetuosa, y los presos comenzaron a salir del patio. A los pocos momentos, pudimos ver que la gran puerta de la cárcel los vomitaba a la calle, escoltados por la pareja de civiles. Y recordé el famoso cuadro de López Marquina, «Los presos», el verlos avanzar con paso uniforme por la calle, metida la noche. Y entre sus lobreguezes, como ráfagas de consuelo, escuché a mi memoria la remembranza de nuestros buenos amigos de Navas del Rey. Recordé al sargento Moreno, que había el uniforme de la Guardia civil, hombre noble y compuesto, que no permitía que sus subordinados castigasen a los infelices encargados de su custodia; al metálico é inteligente Sr. Valle, recibiendo más veces «El león del Atlántico», al apacible y bondadoso Ortega, alterado en la conversación con prudentes consejos y atinadas observaciones; al buen maestro D. Benito López, presente siempre, como Dios, en todas partes, y al simpático secretario D. Julián Solana, que me obsesionó con aquella curiosa, cuyo principal encanto consistió en ver asistida la tumba por su hija Eustolia, una de las muchachas más bonitas del pueblo. Y aunque con gran trabajo, logré reconstruir las cosas que le dedicé como recuerdo de mi paso por Navas del Rey, y que dicen así:

Abrió un Ángel las pueras del cielo, y entre vapores de estamento y grana, como un río de paz y de consuelo, surgió Benito Solana.

Se que ha contraído usted matrimonio. Anhele sea feliz con su espléndida rubia, a cuya presencia tuvo la magnanimidad de perdonarme la vida al toro del santo de Rodríguez.

Pedro Barrantes.

Septiembre 1901.

## LA DEFENSA DE BARRANTES

Al Decano del Colegio de Abogados

Con fecha 31 de Agosto el Sr. Barrantes ha presentado el siguiente

Escrito

Excelentísimo señor Decano del ilustre Colegio de Abogados de Madrid.

D. Pedro Barrantes, Director del periódico El País, tiene el honor de acudir al ilustre criterio de V. E. y de la Ilustre Corporación que dignamente preside, viéndose lesionado por la conducta de un miembro de ese Ilustre Colegio, un señor abogado cuyo comportamiento en la defensa del recurrente, se desprende de los siguientes

Hechos

Encuadrado yo como responsable por los supuestos delitos de injurias por medio de la imprenta contra D. Francisco Ruiz y D. Manuel López Anaya, el Sr. D. Félix de la Huerta y Rodríguez, a quien conocí por intermedio de un amigo, se me ofreció espontáneamente, sin petición por mi parte, a defenderme en las dichas causas por injurias y en cuentas se me formaron por combatir abusos del clericalismo. Tan liberal, franco y obsequioso hubo de mostrarse, que aceptó agradecido mi oferta y al me encargó de la defensa en las causas.

Un día antes de las vistas de ambas causas para el 6 de Julio, se recibió en la redacción de El País un aviso dado por persona de nuestra absoluta confianza, quien nos decía que el Sr. Huerta Posada (sic) era íntimo amigo, penitente y correligionario del referido presbítero querrelante D. Manuel López Anaya, rector de San Francisco, y no sólo el Sr. Huerta, sino toda su familia. Que uno y otro hablante concertado para la próxima vista, en la que el presbítero, que es abogado, defendería su parte conociendo los argumentos del informe de su contrario contrario y pudiendo así rebatirlos y ajustar a ellos su defensa, encaminando esta concertada al provecho de la parte querrelante.

En virtud de esta confidencia, se publicó en El País del día 6 de Julio, el mismo señalado para la vista, el suelto titulado: *Otro Oso y Gailardet* que adjunto, dando cuenta de lo que ocurría para prevenir al público.

No se verificó la vista, porque yo no estaba en Madrid, sino en Navas del Rey, a donde había ido para un asunto privado y había caído al enfermar, teniendo que guardar cama; pero mi abogado, el Sr. Huerta, había recibido a tiempo la certificación del facultativo del referido pueblo, D. Juan Melir, que demostraba mi imposibilidad física de concurrir al acto.

En el día y hora de éste, ó mejor antes, el Sr. Huerta debió haber exhibido dicho documento; pero no lo hizo dejándose caer en falta de propósito. Ni lo entregó al siguiente día, ni al otro.

En este día, 8 de Julio, presenté en la Administración de El País al Sr. Huerta, manifestándole quejoso de que en el suelto citado se le hiciera aparecer sospechoso de cohecho, y de que se le designara con el apellido Huerta Posada, llamándose el Huerta Rodríguez, y no sabiendo de donde pudieramos haber sacado aquel Posada.

Añadió ante los empleados en la Administración allí presentes, Sres. D. Ambrosio Anta, D. Agustín González, D. Gerardo Sánchez y D. Juan Rodero, que, en efecto, era el amigo del Sr. López Anaya, y había hablado con él varias veces sobre la causa, hasta saber que dicho señor se hallaba dispuesto de cierto modo hacia nosotros; declaración que asombró a los presentes, quienes de ella testificaron donde sea necesario, pues no había yo dado facultad al señor Huerta para tales entrevistas, realizadas sin mi conocimiento, ni él me había dicho jamás que fuese amigo del querrelante.

Pero aún se más grave lo que añadió el señor Huerta, a saber: que leído el suelto de El País en la mañana del 6, antes de la hora señalada para la vista, no quiso presentar el certificado en mi descargo, por vergüenza del modo con que se le tratase, si bien comprendía que yo no era ni podía ser el autor del suelto.

Sin embargo, en El País del 10 apareció el adjunto suelto rectificatorio, hecho por un extremo de condescendencia.

Subido todo esto por mí, vine, aún convaleciente, a Madrid, me avisé con el Sr. Huerta y el Sr. Valle, a todas horas vanas evasivas que alegó, entre ellas que le habían aconsejado que esperase mi vuelta para que yo mismo presentara la certificación; lo que ningún letrado se hece que le aconsejara ni él, por supuesto que fuese, lo aceptara. Después me exigí una re-

titución humillante al haber de presentar el certificado, que al fin fué exhibido ya tarde y dictado auto de prisión contra mí por la Sala, como era procedente.

El País consignó estos hechos en otro suelto que acompañó, fecha 14 de Julio, haciendo notar la circunstancia de que el Sr. Huerta Rodríguez se acordaba de ser llamado Huerta Posada, siendo estos los apellidos de su e-hor padre, que vive, lo que había tenido buen cuidado de callar.

Resultando pues: 1.º Que el abogado D. Félix de la Huerta y Rodríguez, encargado, por ofrecimiento espontáneo, de mi defensa, se intentó me ocultar su amistad con la parte contraria en una de las causas en que era defensor;

2.º Que siendo esta una causa de recusación, debió haberse manifestado a los efectos legales, y no lo hizo;

3.º Que de intento omitió entregar a tiempo a la Sala la certificación que con mi único descargo y estaba obligado a exhibir;

4.º Que confió ante testigos en amistad y no trató a espaldas mías y sin mi conocimiento, con la parte a mi contraria;

5.º Que ocultó hasta el apellido de su señor padre, causas del error de El País en su suelto, debiendo tenerse en cuenta que es pública la amistad de dicho Sr. Huerta Posada y de toda su familia con el presbítero D. Manuel López Anaya;

6.º Que confió ante testigos no haber presentado la certificación en tal abono por capricho de vergüenza, procurando que tampoco la presentara sino le desagradaban a su gusto;

7.º Que habiéndole irritado tanto, al para recer, el suelto citado y aludido del día 6 de Julio, que, en efecto, no le dejaba en buen lugar, callo y no se permitió a reclamar por el contenido del suelto del día 14 del mismo mes, que le dejaba mucho peor parado y expuesto ya en flagrantísima ocultación de detalles importantísimos.

Esta conducta, excelentísimo señor, me ha causado grandes perjuicios, uno de ellos verme en prisión por espacio de ocho días, y otros daños tanto a mí como a la Empresa del diario El País, y cuando ha sido conocida ha causado profunda indignación entre los letrados y personas dedicadas a los asuntos jurídicos, lo mismo que en la opinión en general.

Por lo tanto a V. E. suplico se digna tener por formulada esta solicitud documentada y sustinar que cha lugares a abrir la información oportuna para depurar estos hechos, y con su resultado adoptar la resolución conducente dentro del orden de relación de esos docto é Ilustre Cuerpo.

Pedro Barrantes.

Madrid a 31 de Agosto de 1901.

Don Quijote 2.3.1900

## LA ULTIMA CASA

El constructor de áticos me fabricando está, más fino, mejor labrado, más bello que los demás. En el ático tal vez sea un edificio superior: no se oye, como otros días, el aprendizaje al ruido, alzado con el ruido.

acompañado y luego del marullo y de la tierra: la tarde agrieta y el constructor de áticos trabaja sin cesar.

Debía repase buscar, maestro. Tenéis la fiebre del insomnio, y vuestra faz revela, bien a las claras, el sufrimiento moral. Yo acalbré: No prorrumpes el maestro. Termina, quiero el fénix. Yo solo debo hacer.

Comovido y turbado me le acerca el oficial y le dice: — ¿Estáis rendido?

Las tres dan de la mañana. La lámpara del día empieza a alamburar. Toca el último de aquella hermosa noche estival. De las aves, en las frías, se oye el gorgorito. Las flores tiemblan al raso de las brisas al pasar, y se estremecen al oírlo del rocio matinal. En un taller, que ilumina una luz, moribunda ya, el constructor de áticos trabaja sin descansar.

Los vecinos ven conbridos, del copuloso en la faz melancólica y solenes, el estirio desolado. Dentro de la casa, donde vibra el eco funeral de la pléyade mortuoria que del universo desgarra, reza el sacerdote, se oye el doliente sollozar de la pobre viejecita. Rígido, inmóvil, glacial, el constructor de áticos, los ojos secos, las facciones descuadradas, en la puerta permanece, y cuando va al interior de la calle despreciosando al final, y el blanco fénix es solo punti leve, sin llamar una queja ni un gorgorito, en brazos del oficial se desploma. Así en la sala, al golpe del trueno, cercenada por su base, cae la última escalar.

PEDRO BARRANTES.



## NEGATIVA

Bellísima rubia  
de ojos seductores  
luz de la mañana:  
reina de las flores.

deja que prosiga  
mi toca fúera:  
¡deja que al esclavo  
líne la cadena!

No me gites versos  
de dulce lirismo.  
Fíjame doloroso  
y sombrero de abismo.

No digas que cante  
tu pedida fúera:  
tu cuello de ácaro,  
tu pecho turgente;

tu fúera majilla:  
tu rosa amorosa;  
tus bellos contornos;  
tu bistio de diosa.

Desdén las rúgas.  
No muestres agravios.  
(Yo te besaría  
con acento en los labios)

Más vale tu ruda  
y franco oído,  
que el dulce lirismo  
de la poeta.

Ni cante tu puede  
en lúmenes grandes,  
ni lo necesito  
tu angusta bellota.

Más se hace preciso  
que roja el encono.  
Aún en pie se encuentran  
la iglesia y el trozo.

Aún nos acomode  
farioso en sujauro,  
y hay muchas familias  
muriéndose de hambre;

y España, ahogada,  
entre humillaciones...  
¡Pobrecitos queridos  
estos esclavos!

Cuando se desapejen  
los álamos de brasa,  
y el sol de los libros  
folgare en la espasa,

y bese la copa  
gentil de las palmas,  
y alumbra los mundos  
y sienta los aires;

cuando el pueblo, activo,  
quebrante en yugo,  
y de los tiranos  
se eche en verdugo,

y sea el oprobio  
de traves el fúera,  
la cadena arrojada  
partida en pedruzcos,

entonces, en himnos  
de amor y ternura,  
cantar te prometo  
te elegía hermosa.

Hoy debe el poeta,  
de entusiasmo lleno,  
hacer a su lira  
vibrar como el trueno.

Perdona que tu hondo  
anhelo no suelte,  
¡oh rosa de Egipto!  
¡oh lirio del vallet!

Mas no te me enojos  
ni muestres agravios...  
(Yo te besaría  
con acento en los labios)

Bellísima rubia  
de ojos seductores:  
luz de la mañana:  
reina de las flores.

deja que prosiga  
mi toca fúera:  
¡deja que al esclavo  
líne la cadena!

PEDRO BARRANTES.

## Henri Cornuti

Con sentimiento profundo hemos recibido la noticia de la trágica muerte, ocurrida en París, a este amigo nuestro, al que profesábamos verdadero cariño por sus condiciones de hombre bueno, y al que reconocíamos un intelectual de elevado espíritu y de cultura nada común.

Más de dos años permaneció entre nosotros, habiéndose captado las simpatías de literatos ilustres, entre ellos, nuestro compañero Pedro Barrantes, de quien era Cornuti gran amigo y admirador.

Dada la una fuerza de voluntad sobrehumana y de una honradez, integridad, Cornuti resistía con valor y resignación admirables, todos los horrores que le ofrecía su desastrosa situación.

Pasaba días enteros sin comer, iba vestido con andrajos que hubiera despreciado un mendigo, y transcurrían largas temporadas en que, por carecer de casa, dormía en las afueras, tumbado bajo el cielo, o dejaba correr la noche vagando por las calles.

A pesar de estas espantosas de la miseria, no se dejó nunca un hecho indigno. Fue siempre bueno, noble, generoso hasta la espiandidez.

Nació en Córcega, pero se crió y educó en

París. Pudiera decirse que era más francés que italiano. A fuerza de un estudio constante, llegó a poseer el español en poco tiempo, pues era grande su percepción y facilidad para asimilar las extrañas idiomas.

Era hombre de profundas convicciones anarquistas; pero altruista, enemigo del hecho violento, incapaz de hacer daño a nadie.

A última hora, sus facultades mentales se encontraban algo perturbadas a consecuencia del abuso de las bebidas alcohólicas y del dolor que causaban en sus carísimos amigos.

Su fin ha sido desastroso. Al cruzar una de las grandes vías de París, fué alcanzado por un *ripost*, que lo destruyó, produciéndole la muerte instantánea.

Nosotros, cumpliendo un deber de conciencia, conmemoramos una memoria al nob amigo, que ya no existe.

Barrantes.

## AL CÁNTARA

Los que no conocen Alcántara  
crearán que exagero al  
ver que hablo tanto de ruinas.  
Máxime lejos de mi ánimo.  
Es que allí *resan las ruinas*,  
como diría Casapostor.

Sobre la cumbre de una montaña, al pueblo.  
Después del inaudito molinar que le sirve de  
salida por un lado, una cascata pedregosa que  
arranca con brutalidad de desplome. En la mitad  
de la cuesta las ruinas de un convento. Al final,  
y de cara a la miemba, inmortal como los  
hechos del gran Trajano, el magnífico puente  
que lleva su nombre, siempre joven, incommo-  
vible sobre los gigantescos pilares, con su soberbio  
arco de piedra, contando el tiempo de la fundación  
de la gloria sobre el tiempo que pasa. Frente al  
accedido la Torre del Oro, atalaya marítima casi  
deshecha por los siglos. Y allí, en la profundidad  
de los despenaderos, el Tajo, que pasa en-  
cajonado entre montes, gimiendo un sollozo,  
como el lloroso eternamente los infortunios ha-  
cizados en la vecina cumbre.

En Alcántara existen ocho a días casa buenas,  
sitadas en las dos calles menos malas. El resto  
de la población feo, sucio, antipático, huele a  
pobres desde diez leguas. Pero lo horrible,  
lo verdaderamente horrible por su hediondez,  
es el barrio llamado del Cose, en que las inmundi-  
cidades se depositan en mitad del arroyo y las vi-  
viendas son algo así como las cabañas de los es-  
quimaes, ahumadas infectas, sin casi ventilación  
donde viven amontonadas numerosas familias.

Cuando llueve, el lodo estancado y los des-  
perdicios que sobre él arrojan, producen fúridas  
emanaciones, a las que se mezcla el nauseabun-  
do olor de las vacas que pastan en aquel agua.

En la ciudad, este barrio del Cose no tiene  
sueño que enviar a los barrios bajos de Roma,  
tan admirablemente descritos por Sofia Casanova  
en *El Doctor Wolski*.

El egregio Tolstoy visitaba Alcántara, en  
corazón, abrasado en amor por los que sufren,  
habría con palpaciones de piedad inmensa  
ante el espectáculo que ofrecen aquellos infeli-  
ces laboriosos físicos, anémicos, enfermizos, que  
para ganar dos reales de jornal se van al campo  
al nacer el día, después de comer una sopa  
(cuando les comen), y regresan al caer la tarde,  
volviendo a fútilar el estómago con un pedo  
de pan negro (el lo tienen), y aquí las mujeres  
estrinas, prematadamente envejecidas por  
el trabajo y el hambre, donadas de pie y pier-  
nas, espulgando al sol a sus andrajosos chiqui-  
litas.

La iglesia, que amenaza ruina, sin fúda por  
estar en carácter armónico con la mayoría de  
los edificios, no ofrece nada de particular. Es  
grande, pero destituida y sin atractivo alguno.  
No hay en ella ni un cuadro notable, ni un  
solo retablo que llame la atención. Recuerdo  
que, cuando era niño, me causaba miedo su al-  
tísima torre, hendida a trozos y algo inclinada,  
como si tendiese a desplomarse sobre las casas  
fronteras.

La única joya artística de Alcántara (aparte  
de un famoso puente), son los restos del con-  
vento de San Benito, vendados maravillosos que,  
sin demerorada, muestran la grandeza de lo que  
fue.

Por cierto que al convento de San Benito  
ha despojado en su memoria de una finchacha  
que vivía en sus inmediaciones y de la que  
había empezado a enamorarse; una muchacha  
muy discreta, muy fina, muy simpática, muy  
incisiva, que se expresaba con gran facilidad y  
se reía en falsete, y que desafiando  
aquel cariño, aunque precoz, profundo,  
no creyendo quizá su fe sincera,  
me dió una calabaza de primera,  
con la mayor serenidad del mundo.

Yo quiero entrañablemente a Alcántara. Allí  
nació mi padre, allí corrió mi niñez y allí está  
la que fue mi casa, usurpada villanamente por  
amigos de no sé qué gentes. Allí tengo buenos  
amigos: Alamillo, Villarreal, Toranzo, Caceres,  
de Grado... Recientemente ha debido el desas-  
troso fin de otro: Alejandro Cano, un mozo  
de facciones salientes, complexión robusta, ple-  
tórico de salud y vida. Y me acordé de los po-  
bres viajes que lloran dos hijos muertos trágica-  
mente: uno allí, en lejanas tierras, atravesado  
por el plomo de los fusiles, y el otro en mitad  
del arroyo, casi a la puerta de su casa, con los  
riñones partidos por la navaja de un borm-  
cho.

Enfermidades, persecuciones, luchas, la ca-  
sualidad, que se despiden de los propietarios más  
firmes y el ambiente de perpetua rebelión en  
que vivo, me tienen alejado de Alcántara. Pero  
no quisiera que la muerte me sorprendiera sin  
ver de nuevo aquellos queridos escenarios, evocadores  
de recuerdos luminosos y sin volver a oír el gembundo  
sollozo del Tajo, que desde la profundidad del abismo,  
parece llorar eternamente las infinitas penas y logruentos  
dolores hacizados en la vecina cumbre.

Pedro Barrantes

A LOS GIJANOS  
del barrio de las Cambronerías

A vosotros los pobres, los desvalidos, los des-  
heredados, los errabundos, los proscripios de  
todas las razas y de todos los pueblos; los eter-  
nos israelitas que sin hogar ni patria, camináis  
al oaso bajo el cielo inclemente, ya sufriendo  
las bárbaras caricias del invierno frígido, ya las  
arideces abrasadoras del sol canicular; los que  
acampáis defendidos por la débil luna de vues-  
tras tiendas de campaña en las inmediaciones  
de las ciudades y las aldeas; los que padecéis la  
más injusta y envenenada persecución que llevó  
a cabo la Humanidad en el transcurso de los si-  
glos; los despreciados, los expulsados, los mal-  
dichos: A vosotros me dirijo: ¡Salud!

Yo os envío, no sólo a vosotros los que for-  
máis la tribu que habita en la margen del Man-  
zanarez, sino a todos los gitanos que viajan pe-  
nosamente a través de la tierra ingrata, yo os  
envío mi expresión fraternal, porque desde muy  
niño simpatizo con vuestra raza fina y pensativa,  
sana y valiente, que arrostra los peligros con la  
sonrisa en los labios y la tranquilidad en el  
corazón; porque siempre atrajeron mi espíritu  
con irresistible ímpetu vuestras hermanas gen-  
tiles y gallardas, sentimentales y bondadosas, tier-  
nas hasta el exceso y apasionadas hasta el deli-  
rio; porque a la vez que empezó a pensar em-  
pecé a compadecer con una piedad acendrada y  
profunda, vuestro inmenso infortunio de parias  
condenados, como el judío errante, a la perpetua  
marcha, al pan amargo, al agua azucarada, a  
todas las acritudes del destierro inabarcable y a  
todas las hielos de la emigración sin término.

Vosotros, ¡oh, desgraciados! sois la excepción.  
Los adptos a todas las religiones y los hijos de  
todas las tribus tienen atribuciones que a vos-  
otros no se os conceden. A vosotros se os niega  
niégala hasta el más sagrado de los derechos: el  
derecho a la vida. Se os niega el alimento, el  
agua, el fuego, el hogar. Se os persigue como  
perros hidrófobos. Sois maldichos, aborrecidos,  
excomulgados. Recordad que, aún adolescente, en-  
contrándome en un pueblo de la provincia de  
Badajoz, tan ignaro como salvaje, se estableció  
en sus inmediaciones una numerosa familia de  
gitanos, desarraigada y hambrienta, cuyo sólo as-  
pecto inspiraba compasión. En cuanto los niños  
del lugar tuvieron noticia del suceso, acudieron  
al sitio donde acampaban los gitanos, apoderán-  
dose de sus tiendas y queriendo lincharlos, tenien-  
do que hacer la guardia civil esfuerzos inauditos  
para librarlos de las iras de aquellos nuevos bar-  
baros del Norte.

Son tan contradictorias y de tan variadas es-  
pecies las versiones que he oído respecto a ritos-  
trast condiciones morales, que no sé cómo debo  
juzgarlos. Mientras unos dicen que sois desleales  
e ingratos, que pagáis los beneficios con infamias  
y que al que más os favorece es el primero que  
tradicional, otros proclaman que, en vuestro opo-  
sición, noble y negra, oído, no cabe el dolo, que ten-  
éis la gratitud por norma y que llegáis hasta el  
sacrificio por vuestros bienhechores.

Yo ignora cómo sois; es más: quiero ignorarlo  
siempre. Si es verdad que sois salvajes, tenéis  
sobrada razón para serlo, merced a dios. La  
sociedad, madre de infamias, es el sólo respon-  
sable de los que podáis cometer. Ella os enseñó  
a odiarla. En el pecho de vuestras madres, y  
transmitedo de generación en generación, ma-  
tíasela el odio africano que ella os inculcó con su  
conducta de desgracia y verdugo.

Por eso los hombres de buena voluntad y de  
alma libre de preocupaciones, los que no van en  
vosotros más que seres pertenecientes a la fami-  
lia humana, los que odian tanto como vosotros  
a esa misma sociedad por su estupidéz y sus  
crueldades, os aman y os defienden, aspirando  
con anhelo, noble y cálido, a vuestra  
rehabilitación, a que podáis entrar en el con-  
cierto normal de la vida y ocupar el puesto que  
os corresponde, porque para llenarlo os están  
llamando a gritos la fraternidad y la justicia.

Pedro Barrantes.

## LA CARAVANA

Marcha la caravana bajo el candente astro.  
Marcha la caravana con paso de tortuga.  
El gran desierto arroja destellos de alabastro.  
Ni una nube la frente del horizonte arraga.

La soñega, silenciosa y amanece como  
castillo fantasma, la horfugosa carta,  
intolte entre la luvia de derrotado plomo  
que el al resado cielo con un infierno abor-  
de.

Sufrientes y padecidos avanzan los camellos  
con su pesada carga. Los hombres, en sus  
equiseguros anhelantes el rostro y los cabellos,  
y su jornada siguen serenos y animosos.

Quando la luna vibra su rostro enfermo y lacio,  
aíza la caravana sus tiendas y se desce-  
naveña en la horda calina del infinito espacio,  
de la ligal montura con el sopor insona.

Y cuando emblanquecido de puro rojo asoma  
de nuevo el sol, henchidos de ferreo ardor,  
sus leves tiendas plegan los hijos de Mahema,  
y se unifica levantan la frente contra el sol.

Marcha la caravana bajo el candente astro.  
Marcha la caravana con paso de tortuga.  
El gran desierto arroja destellos de alabastro.  
Ni una nube la frente del horizonte arraga.

PEDRO BARRANTES.



## PEDRO BARRANTES

Vida galante 7.12.1900

LO PASADO

No, ya no puede ser. En vano tratas  
de reanimar la hoguera.  
Sus carbonces, que ayer brillaban rojos,  
son hoy cenizas que el olvido aventa.  
No, ya no puede ser. Todo en la vida  
tiene su fin. Mi amor fué la quimera  
de un instante, el ensueño  
que pasa como sombra, y de él no queda  
más que un débil recuerdo, una memoria  
 tenue, débil é incierta,  
difuminada por el tiempo, tumba  
que incansable devora. La existencia  
sólo se forma de esos  
contornos vagos que en la bruma densa  
del olvido mortal se desvanecen,  
y pretender que lo pasado vuelva,  
es una aberración. Lo que *fué ha sido*  
y no *tornará á ser*. Es ley suprema,  
orden irrevocable  
que Dios dictó á la gran Naturaleza.  
Desiste, pues, mujer. Te lo suplico.  
Tengo el alma atrofiada y soñolienta;  
mis nervios ya no vibran  
como antes, y la sangre por mis venas  
siento tibia correr. Llegó el invierno,  
no de los años, sí de la tristeza  
y el fastidio. La nieve,  
entubiendo la extensión de la floresta,  
heló las ilusiones y los gérmenes  
de vida que el espíritu alimentan  
y nutren como nutra  
la luz del sol el seno de la tierra.  
Mas, sin embargo, tienen  
estas nevadas lúgubres, siniestras,  
del dolor, un influjo misterioso  
como las de Diciembre. El campo ostenta  
entonces en su yermo,  
la poesía exceder  
de la muerte, el secreto impenetrable  
de la noche, y en estas  
desoladas llanuras del espíritu,  
faltas de luz y de esperanza eventas,  
también floce el encanto  
irresistible de las cosas muertas.  
Desiste, pues, mujer. En tu hermosura  
cifré un día mi gloria. Las promesas  
de tus labios ardientes,  
vibraron en mi oído como sunea  
la música del cielo  
en los místicos sueños del asceta.  
Tus ojos deslumbraron  
mis ojos, y tu rubia cabellera  
fué para mí torrente caricioso,  
en cuyas áureas hebras  
radiante de placer me sepultaba,  
mientras sentía la explosión inmensa  
del amor como verme y sacudirme  
con algo así como impulsión eléctrica.  
Pero aquello pasó. Prías cenizas  
de los rojos carbonces sólo quedan.  
Desiste pues, mujer, y compadéceme:  
que cuando un alma cual la mía llega  
á hundirse en la profunda  
sima de la eternidad indiferente,  
es acreedora á la piedad. Perdóname,  
y mi recuerdo sella  
con la palabra *fuerte*,  
hija de las necrópolis *Requiescat*.

PEDRO BARRANTES.

Vida galante 28.12.1900

ESPERANDO

*Ilustrado por la Srta. Nieves Suárez.  
(Teatro Lara.)*

Esperándole estoy. ¡Oh, cuánto tarda!  
Las diez sonaron ya.  
A las diez es la cita, y él ha sido  
exacto siempre, siempre puntual.  
La impaciencia me abraza; me devora  
irresistible afán,  
cada vez que un segundo lento marca  
del reloj el tic-tac,  
pues parece que ansiosos me preguntan  
por mi amato, el cristal  
del espejo, las flores, los tapices,  
y el ave que mi triste soledad  
con su canción alegre. ¡Oh, qué agonía!  
¿Señor, cuándo vendrá?

PEDRO BARRANTES.

Vida galante 21.12.1900

LOS OJOS VERDES

*Ilustrado por la Srta. Marina Gurina. (Teatro Pariah.)*

Son tus verdes pupilas como lámparas verdes  
que alumbran misteriosas tu semblante de huri;  
tienen la poderosa atracción de lo inmenso;  
porque todos los hondos abismos son as.

Son tus verdes pupilas estrellas de esmeralda;  
muestran matiz de césped herido por la luz,  
y en las profundidades de sus líquidos senos  
parece que titilan las perlas del Ormuz.

Al contemplar tus ojos recuerdo los alcáres  
que en Monte-Carlo viste con lujo sin rival  
la gran Naturaleza: los valles de Seliza,  
de Holanda las praderas, las cumbres del Transvaal.

y siento pena amarga de no verlas ahora,  
como en dichosos días que para no volver  
huyeron en la rápida vorágine del tiempo,  
llevados por la tromba radiante del placer.

Mas al mirar tus verdes pupilas me consuelo,  
porque su encanto verde que excita mi ilusión,  
hace que en mi alma triste entone la esperanza  
alada y refulgente su rítmica canción.

La hada de mis sueños, la amiga cariñosa  
que nunca me abandona, el sol de mi ideal,  
me ha referido por que son verdes tus pupilas,  
con voz que parecía campana de cristal.

En la penumbra de oro de delicioso éxtasis,  
mi musa que no miente, me dijo que al abrir  
tus ojos, las florestas, los bosques y los prades,  
sintieron en su seno la savia revivir;

mas no eran verdes, eran azules tus pupilas;  
azules, más azules que el transparente azul  
que en las doradas ribas del Mayo esplendoroso  
corona las soberbias mezquitas de Stambul.

Una nereida, entonces, de la risueña ninfas  
de un lago floreciente se comenzó á elevar,  
alzando entre la bruma de luz de la mañana  
las armoniosas notas de su gentil cantar.

Al ver de tus pupilas azules el reflejo  
la riaba aérea y gracil que del lago surgió,  
al viento desplegando la rubia cabellera,  
con su varita mágica los ojos te tocó.

Y es fama que los mares al ver tu color verde,  
en un verde más puro su tersa limpidez  
trocaron, en un verde tan claro cual el de esas  
lámparas que ilumina la nieve de tu tez.

PEDRO BARRANTES.

*Est. Compagny.*

Vida galante 30.11.1900

AMOR PERFECTO

*Ilustrado por la Srta. Matilde Pretel y José  
Olivares. —(Teatro Apolo.)*

¡Oh, mi amada divina,  
hecha de nieve y pétalos de rosa:  
tu estatua alabastrina  
es la estrella radiante que ilumina  
mi noche tenebrosa!  
Porque para mí tienes  
el celestial encanto del ensueño,  
cuando en la sombra vienes  
á predecirme los ansiados bienes  
de un porvenir magnífico y risueño.  
Tú alumbras mi futuro;  
tú mi camino obscure  
erizado de espinas y de abrojos,  
llenas de raspladores con el puro  
claro fulgor de tus azules ojos.  
La esencia del consuelo  
tú púdosa viertes  
en mi alma llena de tristeza y duelo,  
y en deliquos del cielo  
mi suplicio de Tántalo conviertes.  
Yo te adoro con loca  
adoración que en el delirio toca,  
mística y santa idolatría ciega  
que hace que la oración llegue á la boca;  
himno de luz que al firmamento ll. ga.  
Mas, oye: hay en mi santo  
amor mezcla también, te lo confieso,  
de algo impuro, que tanto  
la materia se impone... ¿Quién del beso  
no *sabó* alguna vez con el encanto?  
En todo amor, por íntimo y profundo  
que sea, hay levadura  
de la carne y el mundo;  
pero así es más fecundo  
y eternamente entre los hombres dura.  
Y no por ello pi-rde ó degenera  
su santidad, con cuyo influjo enlaza  
al hombre y la mujer. ¡Sueño y quimera!  
La pasión verdadera  
siempre ha tendido á perpetuar la raza.

PEDRO BARRANTES.



## Álbum Salón, 1.5.1898

PEDRO BARRANTES.

El líder

# Joaquín Dicenta

Alma Española, Don Quijote,  
El Liberal, La  
Correspondencia Española,  
El Imparcial









# ALEGRÍAS

## LA EPOPEYA DE UNA ZÍNGARA

Joachim Dietrich



## Joaquín Díezeta

Joaquin DICENTA.

**Joaquín Dicenta,**

**Joaquín Dicenta.**



## EL TÍO QUICO

Desde un banco rústico, situado al extremo del boqueteillo de naranjos que cercaba la finca, contemplaba yo un cuadrilátero de terreno, olvidado por el cultivo, que delatado de mis ojos aparecía.

En torno suyo erguíanse como a borra-bracha de colores la espléndida vege-tación de mayo: los campos de trigo ha-lanzando sus espigas como olas de un mar verde, salpicado a trechos por la sanguinolenta antenación de las amap-las; los granados en flor; los olivos ra-pientes de incipiente fruto; las vides en-trescando, por los arcos, el sarmiento retorcido sus pámpanos obscuros; la hierba, siendo alombrada del prado; las higueras con sus ramas nudosas como los brazos de un granista; y los álamos con sus frías es-belitos como el tallo de una nenúfar. La naturaleza valenciana, en fin, despe-rzándose en los brazos del sol.

Señe el terreno aquel paño de muerte. Los hierbabos mismos creados por la tierra, en su afán eterno de producir, adquirían ahí palideces de tísico: troncos medio estramados, fallos de savia, aparecían caídos en varios sitios como cadáveres insepultos: cerca de ellos des-cubíase una casa en ruinas, de la que sólo quedaban en pie los restos del muro murido por las llamas y el agua de una habitación sin techo que debió ser alouba, nido venturoso de amores, y al presente era alacén de escombros, por entre los cuales asomaban rotas viras negras, a la manera que asoman los huesos por entre las curvas de un antua-partido a hacchazos. Nada vivía allí: la muerte fue cruz en su obra; hasta una palmera, que se mantenía en pie junto a un pozo sin agua, estaba seca, herida en el corazón por un rayo, como si el cielo hubiese querido significar, con este re-cuerdo suyo, la catástrofe.

—¿Fue un incendio?—pregunté al huer-tano que me acompañaba.

—Sí—respondió.

—¿Así?—

—El huertano se encorvó de hombros sin

sentimiento.

—¿Hace mucho tiempo que ocurrió?—

—Seis años.

—¿Y nadie ha querido labrar esa tierra

desde entonces?

—Nadie.

—¿Por qué?

—Porque es una tierra castigada, y la

señal del castigo no puede borrarse.

—¿Castigada?

—Y castigada con justicia.

—¿Luego estas ruinas son una histo-

ria?

—Una historia muy triste.

—¿Quiero usted contármela?

—A usted sí. Usted no es el juez: ade-

mas no hay testigos; de modo que nadie

le oíría si la repitiera ante el escri-

bano.

Y el labrador me hizo el siguiente re-

lato, que parece una leyenda mora, que

le es, después de todo, porque será, han-

dado el tiempo, una tradición valen-

ciana.

Yo voy a referir, modificando su for-

ma, no su fondo, la relación de mi acom-

pañante.

—Si viera usted que hermoso estaba ese

pedazo de tierra hace seis años!... Los

mejores hijos de la huerta se criaban en

esta higuera; el mejor trigo se criaba en

aquel prado; el agua más fresca en ese po-

zo; los chivetes más rojos, las rosas de más

perfume en el sitio ocupado por el hi-

lamiento de la casa. Y la casa daba gusto

verla, por fuera más blanca que la piel

de un carderillo en leche, por dentro más

alegre que la propia alegría.

Ésto se llamaba el huerto del tío Quico.

En la casa vivían el tío Quico, un viejo

de sesenta años, inútil de los brazos; su

hija Roseta, la huertana más guapa del

contorno; Manuel, su marido, tan bueno

como trabajador, y Visentel, un niño de

seis años, encanto del pueblo, gloria de

los padres y regocijo de todo el mando.

No hay que decir si eran felices. La

hacienda producía bastante para que sus

dueños viviesen con holgura: el anciano,

a pesar de su impedimento, se conserva-

ba fuerte; la mujer era fiel al marido, el

marido veía por los ojos de su mujer, y

el chiquello tenía una salud que asomaba

por el encarnado transparente de sus car-

riillos, una gracia encantadora que a sus

ojos negros subía y una bondad inagota-

ble, envidada, como ocupaba la quenda

de una concha, en el hueco construido

por la sonrisa de sus labios.

Quién más, quién menos, sentíamos ha-

cía aquella familia esa envidia noble, que

consiste, no en desear la desgracia al

que de la dicha disfruta, sino en apetecer

para sí dichas semejantes a las que el di-

choso posee.

Aquella dicha se vio rota de pronto.

Manuel era receloso disponible del último

reemplazo; vino la guerra; hicieron falta

bombas y echaron mano del labriego,

como de otros muchos.

La despedida fue muy triste: los besos

húmedos, mojados por lágrimas de an-

gustia, sonaban como suspiros; tembla-

ban los brazos al acariciar la querida

prenda; nublábanse los ojos al ponerse

en lo que se iba a dejar de ver, un adiós

según a otro y nunca acababan los adio-

ses, y cada vez se dilataban más para

que más durasen...

—¡Pobre—dijo Manuel, llevángo apor-te al tío Quico.—Padre, nada le digo a usted. A usted confío mi Rosa y el po-queño; procure que sean lo más felices posible mientras yo peleo allá abajo. Rosa es buena, pero—perdone usted y que ella perdone—. Si un día Rosa deja de ser buena... Usted es su padre, y si la hubie-ra el abuelo del chico... La honra del chico es la que usted tiene que guardar.

—La del chico y la tuya—respondió el

viado.—Vá tranquilo, yo quedo aquí.

Se alejó el soldado; abrazó a la mujer,

al niño que se escondía entre los plie-

gues de su delantal; y el viejo, apoyán-

dose trabajosamente en un bastón de

palma, siguió con los ojos al joven, ha-

sta que su silueta se desvanecía como

una nola gris más, entre el polvo gris de

la carretera.

—Mala condición de las hembras malas!

¿No me basta un año que el asente que-

resaba en América por honra patria,

cuando la mujer querida le arrebato la

suya. Mientras el macho combatía pen-

tas los ojos en su hogar, la mujer que

chaba al hogar con los ojos del deleite

puestos en un mozo de la aldea.

Cuando el tío Quico lo supo: cuando se

enteró del caso, se le cayó la cara por

certeza que no permitie ni los consue-

los infernales de la duda: tuvo un momen-

to de espanto furor. Solo en su cuarto,

con los ojos llenos de lágrimas y el cuerpo

tembrioso, creyó que iba a desplomarse,

se desmayado, muerto. ¡Su hijo! ¡Su

hija, deshonrada!... ¡Nadie mejor que

mientras el hombre andaba a tiros y su-

fría la ausencia!... ¡Deshonrar al padre

de su nieto! ¡No!... Aquella no era su

hija. Lo había sido en su presencia, una

perdida más... ¡Protestó Manuel!...

Y Manuel le había confiado, a él, al tío

Quico, la guarda de su honor!... ¡Había

hecho bien en confiar!... ¡Nadie mejor

que el tío Quico sabía castigar a la

infamia!

Al hablar así, el semblante del viejo

asentaba la grandiosa del horror esqui-

liano. Luego aquel semblante se serenó.

Era fuego y se volvió mármol. Una son-

risa fría asomó en sus labios. Subió a

la cocina, apoyándose en su bastón de

palma, y dijo a Roseta:

—Tono y Visentel me han convidado a

pasar el día en la huerta esta noche. Me

llevo al chico; y como la huerta está le-

haremos allí noche. Conque hasta ma-

ñana me voy a la huerta. ¡Nadie me

Sapongo que no te da miedo quedarte

sola.

—¿Miedo?—respondió Roseta.—Vayan-

se tranquilos, y los despidió a la

puerta, cariñoso, alegre. ¡No iba a as-

tar alegre, si la noche le pertenecía

por completo si obstáculos ni reservas

su capul!... Llegó la noche. Hacía más

de tres horas que el amante de Roseta

entraba en la vivienda del tío Quico. El

desierto más absoluto reinaba dentro y

fuera de la casa.

La oscuridad de la noche era profun-

da; apenas si esa claridad turbia, que de

la noche se desprendía, permitía distin-

guir la silueta de los árboles, el con-

torno del caserio y la masa, entonces ne-

gra, de las mieses, que se movían a im-

pulsos del viento con rumor de oleaje

remoto.

De pronto, dentro de la oscuridad de las ar-

bores, como con otros, y con otros... hasta

que la casa quedó rodeada de hachas por

completo. A cada vista se veía la misma

voz roaca, que murmuraba bajo, muy

bajo:

—Aquí, hijo mío, aquí... Eso es. No ha-

bles; que no te sigan ni te sigan... ¡Ah!

¡Ah! ¡Si yo pudiera! ¡Hizo un salto, puesto

que Dios quiere que lo haga... Bueno, ya

están todos... Ahora vete despacito a

la casa de Tono. Por el camino, encorvado y

de alta testa en la mano; y la silueta con-

zó a andar trabajosamente, dando vuel-

tas a la casa y apicando la rama encen-

dida al ramaje de la casa, cuando...

Se escuchó primero un chisporroteo

intermitente; brillaron después algunas

llamas; alzóse una humareda densa y de

pronto rompió el incendio en todas par-

tes a la vez, extendiéndose por las hojas

de la puerta, por los pies derechos del

emparrado, por el hueco de las ventan-

as, por los muros blancos, por la hie-

ra seca, por las mieses en saxon, por el

tronco de los árboles, por los tallos de

las flores... por el huerto entero del tío

Quico... Y, a la entrada del huerto, es-

teñiendo aún por sus manos temblonas

la lata de petróleo y la rama encendi-

da, surgió la imagen del tío Quico, que, eriz-

ada la cabeza, bía la cara, con los

ojos, contraída la boca, tirantes los mus-

culos y erizado el chaparrero cuerpo,

contemplaba a la catástrofe invadido

todo, apoderado de todo, destruido to-

do... La ventana se abrió dando paso al

torrente de llamas que venía de fuera...

Entre aquellas llamas se vieron los res-

tos lividos de la casa, y un hombre, se

oyeron dos gritos de angustia, y des-

pués algo como un trueno... Era la ta-

chumbre que se derrumbaba mientras

la silueta del tío Quico se perdía en la

sombra!...

Al cabo de cinco meses llegaban frente

a las ruinas un viejo y un niño que apor-

taban un bastón de palma, un hombre vesti-

do de soldado y un niño con traje de luto.

—¿Ahí tienes lo que queda—dijo el vi-

ado al soldado.—(La palabra es palabr!...

—Y nadie delató al tío Quico!—pre-

guntó yo al labriego.

—Nadie—respondió.—De estas justi-

cias no debe enterarse la Justicia.

Joaquín Dicasta.

## CRONICA

### LA ESPIUELA DEL CZAR

Un corresponsal telegráfico da la noti-

ficia.

con objeto de subir a caballo y revolver las tropas francesas, envió a la espuela una de las espuelas, y el emperador de todas las Rusias, en el punto de desmayarse como un simple mortal. Gracias a un lazo que sostenía el cuerpo del emperador, se evitó el golpe.

El corresponsal califica este hecho de accidente sin importancia.

Materialmente, ninguna tiene moral-

mente, etc.

En espuela de limpio acero que tropezó en un estribo salpicado con polvo del arroyo, ese rey pontífice expuesto a estrellas contra el polvo del arroyo también, y ese lazo, representante de la servidumbre, que doblaba en su caída al amo de millones, con un símbolo; y a la vez que un símbolo, un lazo de atención dado por la casualidad a los despojos con corona y con gorro frigio que disponen a su antojo de la suerte de los hombres y de la independencia de los pueblos.

El momento escogido para su aviso

siempre que éste los pague intereses

creditos, aunque sea por medio de cha-

queños y rivales en la explotación y poderío de sus trallés.

Europa entera, con los ojos clavados

en el mar de Bunkerque, primero, y en

los campos de Reims, después, para asom-

brar la entrevista del emperador ruso y del

jefe de la República francesa; entrevista

amistosa, según ellos, según otros, con

pasos triunfal de cazadores que, antes

de comenzar la guerra, se habían en-

frentado y rivales en la explotación y poderío de sus trallés.

De un lado, el czar con sus dominios

inabarcables, con sus ejércitos de prosa-

queiros, con su flota del Báltico, con la

política rapaz y conquistadora de Pe-

tro el Grande por lazo y una corona

de caudillos semicivilizados prontos a

la invasión; de otro, Loubet, represen-

tante del imperialismo, y el despojo,

con dos escuadras formidables, un po-

derío de ejércitos, pronto a cubrir

de oro las arenas del autismo, y

siempre que éste los pague intereses

creditos, aunque sea por medio de cha-

queños y rivales en la explotación y poderío de sus trallés.

Estos dos hombres son quienes, cien-

do al otro un gorro frigio en gorro de

prestatas, se abracen en playas fran-

cesas, para asegurar (según ellos) la

lucha de los pueblos y la paz del mundo.

Generoso y humanitario abrazo, que

Almendra, contemplando desde sus fron-

teras, armada hasta los dientes, y que in-

teramente ve con las prosas de sus acor-

zadas vueltas hacia la India! Generoso

y humanitario abrazo, a cuyo momen-

to con temblores de angustia y des-

confianzas de ros que aguarda la batida

y ventosa al acecho! Generoso y huma-

no se dicen a la vez, como se dicen a

la altura abrazo; tan generoso y huma-

no se dicen a la vez, como se dicen a

la altura abrazo; tan generoso y huma-

no se dicen a la vez, como se dicen a

la altura abrazo; tan generoso y huma-



## CRONICA

## ¿ADELANTE?

No he podido presenciar la gran victoria de Galdós. Una dolencia mal intencionada, no satisfecha con contentararme el cuerpo, impidió a mi espíritu, tan necesitado de ambientes puros, confortar, sancionar, redimirse, contemplando el espectáculo que ofrecía la sala del teatro Español durante el estreno de *Electra*.

Decíame que eso estrena sin par, eso formidable éxito, es el único, hasta hoy, que me ha causado envidia; una envidia de la que no estoy dispuesto a arrepentirme. Si he tenido envidia. ¿A quién? ¿Al autor? No; a los espectadores. Ellos, que han podido banarse tres horas seguidas en aquella atmósfera de salud y de fuerza, no permitirán a mí, que no pude ocuparme en tan delectosa oxigenación, esta honrada maldad. ¡Tiene uno tan pocas ocasiones de airarse el cerebro!

Porque el espectáculo de la otra noche no es sólo el triunfo de un artista grande, de una idea grande. Puede ser algo más: El principio de la resurrección de un pueblo.

Aquella multitud delirante, ebria de entusiasmo, que, puesta en pie sobre las butacas, sobre los palcos, sobre los anfiteatros, sin distinción de clases ni de sexos tampoco, aplaudía, coreaba con rugidos de asentimiento todas las frases, todas las situaciones de la obra de Galdós, era, por la índole y por la tendencia de la obra, algo más que un público que se entusiasma: era un pueblo que se convence. No; a aquello no era un éxito, era algo más también; era el despertar de una raza que se resiste a vivir en perpetuo letargo mientras la humanidad progresa; como era Galdós la mano firme y masculina que zarandeaba a la raza dormida, gritándole: «¡Arriba!... Que ya es hora de despertar».

Aquello era una España nueva que, engendrada en mala matriz, andaba torpo para nacer a la vida social y necesitaba un torpe que la sacase al mundo de la idea, de la actividad y de la lucha. El torpe fue *Electra*, y, gracias a él, dió la criatura su primer grito colectivo de existencia.

Sí era la España nueva poniéndose enfrente de la vieja para decirle: «Ya estoy harta de mansedumbres femeninas y de enojamientos cobardes; quiero ser libre, quiero ser fuerte, quiero avanzar a compás del mundo y avanzaré, como sea; contigo, si te sometas y me sigues; sin ti, si pretendes estorbarme el paso. Mi pasividad no ha sido la pasividad inmovilizable de la muerte; ha sido la pasividad inconsciente del sueño; necesitaba una voz que me despertase; esa voz está sonando en mis oídos. Ya estoy despierta. No te será fácil dormirme otra vez».

De eso modo he comprendido yo el estreno de *Electra*; tal fue la impresión

que el relato de los periódicos me produjo.

De ahí que yo, a quien siempre ha inspirado Galdós admiración y límites, sienta por él desde la otra noche, no admiración, veneración.

Ser un gran artista, construir una obra inmortal, presentarla al público, subyugarlo y hacerlo prorrumpir en entusiastas aplausos, es triunfo difícil, tan difícil, que lograrlo una vez debo satisfacer al más ambicioso; pero ser al mismo tiempo que un gran artista y un gran pensador, un hombre honrado y un buen patriota, representar la protesa noble y viril contra el absurdo, utilizar todas esas condiciones para ir al combate, empujando sin miedo y rehacer en tres horas la conciencia de una nación, es victoria más fecunda y más glorioso triunfo.

Ha sido éste el triunfo de Galdós en *Electra*? ¿No quedaron los aplausos, los entusiasmos, las protestas en el terciope de las butacas, en la alfombra de los palcos, en el enturimado de las galerías? ¿Grabáronse en los cerebros? ¿Apostataron en las conciencias? ¿Inerastaron en los corazones? ¿Están prontas a traducirse en hechos? ¿Sí? Pues no penséis en el homenaje que habéis de tributar a Galdós. Tributadle uno, uno solo. Sed todos el Máximo de *Electra*. Pooled por la reintegración de la patria española, como pelea él por la salvación de la mujer querida. Convertid en combate real el combate escénico; haced carne el símbolo.

¿Qué mayor homenaje a la grandeza de Galdós?

Únitos para el éxito social, los que noches pasadas os unisteis para el éxito artístico, y cada uno, desde vuestra esfera de acción, emprended la lucha, como la emprende Máximo, sin vacilaciones, sin distinguos, sin treguas, cuerpo a cuerpo, dispuestos a sacrificio todo por lograr el triunfo.

Apreñados al combate, porque el combate se aproxima y es decisivo. Aquí no caben acomodos, compromisos y respuestas. Cuando sea pelea no se transige.

¡Ah! Si todos vosotros, los que aplaudís, los que alababais a Galdós, hicierais eso, lograrais eso, realizarais una obra sublime: la redención de España.

Si no sois capaces de hacerlo, no vayáis a aplaudir a Galdós.

¿Para qué?

Joaquín Dicenta.

## CRONICA

## ESPUMAS

En la terraza del balneario, cubierta con un toldo rojo y bañada por las olas, sobre cuya espuma construían facetas de múltiples colores los rayos del sol, disfrutaban los veraneantes, gozando el espectáculo que les brindaban mar, tierra y cielo.

Por el cielo azul marchaban escuadrones de nubecillas blancas, que el aire esparcía a su antojo, modelándolas con irreflexiva genialidad de artista borracho. Sembraban unas, monstruos desconocidos, dirigiéndose al encuentro del sol con las garras crispadas y las fauces abiertas; otras eran sinistros bocetos de gigantes desayuntados, que peleaban entre sí, contrayendo sus musculosos enroscos y entrelazando, por exigencias del combate, sus miembros a medio dibujar; aquellas, grupos de mujeres desnudas, cuyas carnes de ópalos se agitaban con espasmo genésico al sentir el beso ardiente de las más lejanas, ángeles que caían del Paraíso con las alas rotas; las más próximas, aves que saltaban de sus nidos con las alas abiertas.

De los últimos límites de aquel cielo abresado, arrancaba el mar como una inmensa rampa líquida, que iba a morir desmayadamente en la alfombra gris de la playa. Sobre su superficie rizabanse las olas, coronadas de blancos mochos, y corrían las lanchas pescadoras dando al viento sus gallardas velas latinas y arrastrando el cope que los marineros cobraban con fatigosa lentitud. Velase a éstos apcuyados contra las bordas, tirantes los brazos, sosteniendo con sus piernas desnudas el cuerpo extendido hacia el Océano, y entrogándose a la ruda faena de sostener su vida hasta que el Océano tuviera el capricho de arrebatársela. Allí estaban ellos, los siervos de la red, audaces, jadeantes, sufriendo el incendio solar que se desplomaba sin compasión sobre sus lomos de bestias luchadoras.

En tierra todo era también tráfago incesante, labor ruda, esfuerzo humano mal retribuido. A tal hora, bajo aquella atmósfera de plomo, finicamente caminaban los trabajadores a cielo abierto, desafiando el candor y la sed. Mirábanlos cruzar el muelle conduciendo a hombros fardos enormes, empujando barricas repletas de vino, impulsando carretillas llenas de mineral, recibiendo dentro de las barricas el fete que resaban almanacados a fábrica, cortando el agua por los ramos, cargando y des-

cargando por obra de sus músculos, endurecidos en la infame gimnasia del trabajo servil, mercancías de todo género, cambiando pedazos de existencia por mendrugos de pan, del mismo modo que los cambiaban en la fábrica, en el taller, en el fondo de la mina y en la superficie de los campos, sus compañeros de fatiga, de hambre, de ignorancia y de servidumbre.

Ellos, los trabajadores de la tierra y del agua, constituyen en tan hermosa tarde la nota siniestra, destacada como un borron negro entre las azules tonalidades del cielo y las entonaciones verdosas del mar. Para ellos no había entonces, no había nunca felicidad ni descanso posible. ¡Felicidad! ¿Descanso para ellos?... ¡Trabajo! ¡Y pobres de ellos si el trabajo faltaba! Al fin y a la postre, mientras trabajasen comieran.

Pero si el trabajo faltaba, ¿de qué iban a comer? Las mujeres jóvenes, de su carne, hecha lascivo tráfico. Las mujeres viejas y los hombres, de la mendicidad, que abre las puertas del asilo; o del robo, que abre las de la cárcel.

Trabajar como bestias no les quedaba otro recurso. A este destino los condenaban los egoísmos sociales y los sociales abandonos; y la recua humana iba y venía, produciendo un rumor sordo, permanente, que llevaba ecos de maldición y dejas de sollozo, mientras los hartos, los potentados, los felices, la contemplaban ir y venir desde la terraza del balneario, protegidos por el rojo toldo de sarga roja y arrullados por el monótono cantar de las olas, cuya espuma revuelta salpicaba de tiempo en tiempo sus elegantes trajes de playa.

Entre los banistas en la terraza reunidos, encontraba una hermosa mujer joven. Apartada de las otras mujeres, que, formando grupos, la dirigían miradas envidiosas y gestos llenos de desdén, era objeto de atención y codicia por parte de los hombres. Unos, los que, por el balneario a sus homanas, a sus esposas, a sus hijas, la admiraban de lejos, clavando en ella sus ojos, donde relucía el ansia de la posesión; otros, los más libres, los menos tímidos, acercábanse a la solitaria hermosura, dirigiéndole agasajos y galanteos, por ella recibidos en actitud de reina.

Y reina era; reina por su belleza y por su elegancia; mejor que reina, déspota implacable, a cuyos pies depositaban los hombres su sangre, su dinero, su honor...

Por el disfrute de aquella soberbia carne de placer, habíanse cometido increíbles locuras. Más de un banquero arruinado; más de un noble, que hizo de su nobleza alfombra que la hermosa manchaba de barro con los lacónicos de sus botas inglesas; más de un amante, que puso en el suicidio, ya que no la salvación, el entierro de su honor, certificaban el poderío y la impiedad de la arrogante cortesana. Ante ella se habían doblegado, como siervos indignos, los poderosos y los fuertes; cada una de sus caricias costaba una humillación, una fortuna o un descrédito, y ella, heraldo de deshonra y ruinas, seguía pagándolas con su espléndido cuerpo de gozadora.

¿Quién era? ¿De dónde venía estaembra, que manchaba la conciencia de los ricos, de los poderosos, de los felices, con sus impurezas, como manchaban las olas el traje de los veraneantes con su espuma? ¿Quién era? ¿De dónde venía aquel fermento gangrenoso, capaz de podrir y envanecer un mundo?

¿Quién era? Una trabajadora, una esclava, que segura de su belleza y de su poder había salido del trabajo y de la esclavitud por la única salida posible: la deshonra. ¿De dónde venía? De allí abajo; tal vez de una de las lanchas en que los siervos de la red ganaban su vida esperando la muerte; acaso de un rincón del muelle, donde los cargadores sudaban mordidos por el sol, o del fondo de una mina, o de la superficie de un campo, o del hueco de un taller, o del patio de una fábrica; de la recua humana que trahaba asfixiándose con el vaho de incendio que se desprendía del espacio.

De allí venía, de la miseria, del abandono, de la ignorancia, de la servidumbre; de allí arrancó y de allí fué subiendo hacia arriba, como un germen mortífero, para envanecer y podrir con sus impurezas a los potentados, a los ennoblecidos, a los felices; de allí vino como un castigo, como una represalia, como un desquite de los que no tenían dichas que llevar al alma y pan que llevar a la boca.

De allí venía, espuma de una ola de miseria, para manchar, con sus gangrenosas salpicaduras, conciencias y prestigios, y allí estaba, en el elegante banquero, con su historia horrible de arruinados banqueros, de aristócratas envilecidos, de amantes suicidas, dispuesta a proseguir su misión destructora, mientras el hormiguero humano, de donde saliera, extendiese por los barcos, por los muelles, por las minas, por las fábricas, por los talleres, por los campos, produciendo un rumor siniestro, que tenía ecos de maldición y dejas de sollozo.

Joaquín Dicenta.

## CRONICA

## LA BATALLA

Frases, tormente, con las torquedades y franquezas propias al carácter aragonés, pusieron el microscopio de un filósofo los zaragocenos la necesidad imperiosa de dar solución a un problema que no es problema de un partido político, sino problema inmediato de la patria española; que no es el motín de esta o aquella población, sino la gran batalla de un pueblo.

¿Somos o no somos capaces de progresar? ¿Podemos nosotros siquiera nos con retraso, al resto de la humanidad, para sostener la conquista del porvenir, o nos declaramos trozo de humanidad estancada, noivo, de cuyo saneamiento se encargaran manos extrañas a falta de las propias? ¿Vamos a ser tierra fecunda o solar de conventos? ¿Predio de nosos o patria de hombres libres?

Esto es el problema actual, cuyas primeras cifras se escribieron al microscopio con sangre en las calles de Zaragoza.

De una parte están los que llaman pando al liberalismo, erimen a la independencia del pensamiento, impiedad a las expansiones del albedrio, infamia al progreso, réprobo, debiendo llamarse amante de la higiene, a quien no besa los pies desnudos, y pocas veces limpios, de cualquier cogolludo; los que quieren apoderarse del cerebro del niño para petrificarlo, del alma de la niña para fanatizarla, de los dos para producir generaciones esclavas de conciencia y de juicio, canguros intelectuales y morales que anden hacia atrás, impidiendo, con su marcha retrógrada, el paso hacia adelante de las generaciones libres; los continuadores de la historia negra de España; los que desde hace tres siglos nos conducen a la derrota, a la desmembración y al atraso; los que ensangrentaron con luchas fratricidas, provocadas por ellos, la tierra española; los que, por virtud de su intolerancia y de sus reaccionarios procedimientos, nos han llevado a la derrota fuera, a las miserias dentro, a la vergüenza en todos estos cambios, de nación europea, respetable y temida, punto menos que en trasplante africano o asiático, diplomáticamente reparable.



## CRONICA

### EL VELO DE LA VIUDA

Sonó el timbre, se detuvo el tranvía y una mujer hermosísima subió a la plataforma.

Tendría veinticinco ó veintiséis años. Sus ojos eran oscuros, su tez blanca, sus labios rojos, su nariz recta, su barba redonda y partida por un hoyuelo encantador. Ni alta ni baja, esbelta con esbeltos de estatura griega, ágil, airosa con airoso de mujer andaluza, inspiraba su imagen desseo y respeto á la vez. Iba sola, trajeada de luto, indudablemente, una viuda. Así parecían indicarlo dos alianzas de oro reunidas en el dedo anular de su mano izquierda desahogada y el anecho velo de crepón que flotaba sobre sus hombros, como una nube negra sacudida por el viento de Octubre.

Cuanto sujetos masculinos estábamos en la plataforma y dentro del coche, fijamos una mirada colérica en la gentil viajera. El mismo cobrador quedó estático; con la boca de par en par y los ojos á punto de escapársele de las órbitas, hasta creo que dejó de cobrar el billete á dos ó tres personas. Yo le regalé el jefe de la Compañía. Un cobrador es un hombre, y hay momentos en que los hombres lo olvidan todo. Yo mismo olvidé que ostento tres obras este año, y de que el respetable público puede silbarlas si así lo considera oportuno, y no aplaudirlas, como yo para mi vanidad y para mi trimestre desee. Si me olvidé de esto en absoluto, y eso que una de las obras está en cese de venta, ¿cuánto olvidé si sería guapa la viuda!

Ella no se fijaba en nadie. Recostada contra uno de los vidrios de la plataforma, bajó los ojos y grave la actitud, daba vueltas entre sus manos á un libro de rezos con cantoneras de oro. Quizá pensase en que otras veces subió al mismo tranvía junto al hombre por ella adorado; quizás en los dos apuros de la viudez; quizás... ¡Cualquiera sabe en qué iba pensando la hermosa criatura!

Ni sonó el timbre ni el vehículo se detuvo. Fué aquello como una aparición. El tranvía, que marchaba á toda velocidad, se vió anulado por un hombre alto, robusto, en toda la plenitud del vigor y de la belleza varonil. Sus pies se atorallaron á la plataforma, y como no podía, rodó, cayó su cuerpo un instante, uno sólo, y luego paró firme, sin más apoyo que el de su propia fortaleza.

Era un hombre hermoso (hablo desahogadamente, ¡ah! ¿Antes con levita y sombrero de copa. En su rostro moreno brillaban dos ojos grandes y dominadores; sobre sus labios voluntariosos se zizaba un esbozo de bigote negro. Marchaba contra la viuda levitando los anchos pectorales y el musculoso biceps, y cruzaban los brazos al menor movimiento de su aristocrática mano; el caballo rizado se escapaba con frías pretensiones de molerlos por entre las alas del sombrero de copa. Tendría treinta y cinco ó treinta y seis años. Su cabeza era de artista, su cuerpo de soldado y su conjunto de gran ecuator.

También sus ojos se fijaron con admiración en la hermosa mujer enlutada; pero tuvo más suerte que los restantes admiradores: los ojos de ella estaban fijos en los de él. Aquella doble mirada fué algo así como el saludo de dos potencias que se encuadraban. La hombre bajó la vista; el macho la mantuvo quieta sobre el hermosísimo rostro.

¡Ven las mujeres cuando no miran á quien las contemplan! ¡Sienten, al menos, que son miradas, aunque fijen en el espacio la vista! Una de estas dos cosas, ó las dos, deben ocurrir; porque ante la contemplación insistente del caballero fueron coloreándose las mejillas de la dama; su pecho se alzaba y se deprimía con nerviosa respiración; era más fácil el movimiento con que sus manos daban vueltas al libro de rezos; no había en su frente la frialdad que la nublará minutos antes, y el gesto triste de su boca iba convirtiéndose poco á poco en un preludio de sonrisa...

El segundo mirado, mirándola siempre... Los párpados de ella se alzaron despacio, muy despacio, y sus pupilas negras volvieron á clavarse en el rostro de su admirador. Aquella ojada fué más larga que la primera, como fueron mayores después el rubor de las mejillas, la agitación del pecho, la seriedad de la frente, el fruncimiento risueño de la boca y la nerviosidad de las manos, que daban vueltas y más vueltas al libro de rezos, una de cuyas cantoneras, tropezando con el dedo anular de la dama, separó las dos alianzas comidas á él.

A la segunda mirada siguió otra, y luego otra y otra en seguida. Sin querer, sin darse cuenta de ello, la mujer y el hombre fueron aproximándose, atraídos por simpática mira.

El brazo del hombre se apoyó, sin darse cuenta tampoco de ello, en el flotante velo de crepón, sujetándolo contra el freno eléctrico; y una mirada más larga, más luminosa que las anteriores, cruzó de nuevo entre aquellos soberbios ejemplares de las dos bellezas humanas.

Arrancó el tranvía bruscamente después de una parada; fue la mujer hacia adelante; y el velo de crepón, sujeto al freno eléctrico por el brazo del hombre, dió un crujido angustioso, rasgándose, casi del todo, por la mitad.

De la otra parte estaban los que proclamaban la libertad del pensamiento, del albedrío y de la conciencia; los que luchan por el progreso; los que odian el convento si no es comunidad religiosa, sino bandera de encaje del clericalismo; los que se afanan para que los hombres sean hermanos y cordiales en la tierra, sin perjuicio de que lo sean en el cielo; los que quieren independizar el cerebro del niño y desfanatizar la conciencia de la niña para producir generaciones fuertes, equilibradas, capaces de contribuir al social desarrollo; los que exigen esos tres siglos de negra historia que nos han llevado al atraso, á la derrota y á la desmembración; los que, visitando levita ó blusa ó esmoquin de espada y ostentando militares arreos, recuerdan aún que sus padres murieron en la fratricida lucha, por el fanatismo provocada, con el grito de libertad; en los labios y en el ansia de libertad en el corazón; los que, odiando la intolerancia religiosa y política, productora de nuestra derrota fuera, de nuestra miseria dentro, de nuestra vergüenza en todos sitios, quieren reedificar la patria española y convertirla, de trasplante africano ó asiático, diplomáticamente repartible, en nación culta y respetable, digna de ocupar sitio decoroso, no en el concierto europeo, en el concierto humano.

De un lado estaban, ¡qué estaban!, están, desde hace tiempo, los que quieren redimir á España; de otro, los que quieren matarla. El problema, á estas contrarias actitudes consiguientes, se presenta al desnudo. Lo de Zaragoza no debe sorprender á nadie; entre dos enemigos que se contemplan y desfilan el diario, es inevitable la lucha.

Y á la lucha hay que ir, á la batalla. Dilatarla sería inútil.

Por eso la presentan los reaccionarios. Hagámoslos justicia; á ellos corresponden los honores de la provocación, que no otra cosa significan los Júbileos.

Claro que ellos, los reaccionarios, cuentan con valiosas ayudas, visibles é invisibles; dígame si no el Júbileo madrileño, en que iban exministros, banqueros, títulos, generales, profesores del rey; diganlo claros y determinados esos que á las claras indican protección y auxilio; si, cuentan con valiosas ayudas, visibles é invisibles. Pero eso importa poco; alguno había de empezar. ¡Han sido ellos! Corrienta. A aceptar el combate; pero á aceptarlo en condiciones de que resulte único y decisivo.

Los sucesos de Zaragoza nada valen, siquiera sean de deplorar las desgracias en su desarrollo acasadas. Lo de Zaragoza es una escaramuza material. Hay que ir á la gran batalla moral, al combate supremo. No vale pararse en sí al frente del Júbileo aragonés marchaban escabecillas que aún tienen sangre libre

ral en las manos, ni en sí es propio de sacerdotes llevar armas debajo del roquete y transformar la iglesia en fortín; no vale pararse tampoco en sí era un republicano ó un monárquico el candidato de la manifestación antireaccionaria, en sí los vecinos de la parroquia; aguardaban fútil en mano á los jubileantes, y en sí el gobernador gritó ó no gritó ¡viva la libertad!. Repito que eso no significa nada, que lo de Zaragoza es una escaramuza, que hay que ir á la batalla; batalla moral, sí, pero batalla definitiva, y que los términos en que se plantan deben ser éstos: Vosotros ó nosotros. ¡No la plantean ellos también así? ¡Entonces!

Basta de discursos sueltos, de contra-manifestaciones aisladas, de actos parciales. Váyase á un acto general, colectivo, que se imponga á todos, á todos, y sepamos de una vez si España va á ser un pueblo fútil para entretenimiento de arqueólogos, ó un pueblo libre, útil para contribuir á la obra santa del progreso.

Esto hay que hacer. Si los llamados á hacerlo, por respeto y consideraciones interesadas y serviles, sobreponen esas consideraciones á la vida de España, entonces unánimes los hombres de buena voluntad y emigramos á cualquier país inhabitado, en cuya frontera se ponga esta inscripción:

Tierra salvaje, donde viven los españoles que no han querido ser salvajes.

Joaquín Dicenta.

—¡Qué torpe soy!...—exclamó el caballero.—¡La he roto á usted su velo! Perdone usted, ahora.

—¡Perdonar!—repuso ella.—Eso no vale nada. No hay de qué.

Y sus ojos volvieron á encontrarse; y cuando los labios de él terminaron una excesa, los de ella dibujaron una sonrisa...

El tranvía se detuvo. Bajó la dama. Tras de ella bajó el caballero.

Ella echó á andar delante; detrás, él.

La hermosa enlutada volvió un momento la cabeza y siguió andando, mientras el velo roto flotaba sobre sus hombros como una nube negra sacudida por el viento de Octubre y rasgada por un rayo de sol.

Joaquín Dicenta.

## ENTRE MINEROS

### A FLOR DE TIERRA

¡Mi querido Moya. Al cabo de ocho días puedo coger la pluma y escribir á usted para comunicarle, según le había prometido, mis impresiones á propósito de Lineros, mejor que de Lineros de los seres que lo pueblan, luchando con la vida en la superficie del suelo y jugando con la muerte en el fondo.

No atribuya usted á pereza el retraso; atribuyalo á imposibilidad absoluta de dar forma escrita á esas impresiones. Durante ocho días han danzado ellas por el interior de mi cerebro con tal desorden y tan confuso ir y venir, que ninguna estaba en su puesto, ni se desahogaba con precisión ante mi juicio.

El cielo azul, los tonos alegres de calles y edificios, el vocar de los chucucos celebrando la Pascua entre redobles de tambor y gemidos de zambombas y de rabeles, mezclándose al tráfago bullicioso de los obreros vestidos de fiesta y al tráfago siniestro de los obreros que, con el hatillo al hombro, el sombrero caído sobre las cejas y el cigarrillo de papel en la boca, pronto á jugar su existencia durante doce horas contra un jornal de doce reales. A real por hora. Menos mal que en una hora se juega el minero veinte veces la vida.

Todo se mezclaba y confundía dentro de mi cráneo; los rayos del sol, recostados en el cielo, con el resplandor de los hornos encendidos para la fundición; el rodar estrepitoso de los carruajes, cuyos tiros campanilleaban gallardamente por los andenes del paseo, con el resoplido áspero de los motores en faena; el verde vivo de la campiña adornada con besos de luz y cantos de pájaros, con la negra sepulcral de los fondos mineros, donde las candelas brillan como en el cementerio los fúlgidos fúlgidos, y la voz de los hombres suena á gemitos engrosados por una bocina monstruosa.

Si todas estas impresiones, recibidas sin tiempo bastante para asimilarlas y ordenarlas, me han producido una indigestión de los sesos...

Pasó la indigestión. Mis impresiones se han ido escalonando; mis ideas, tomando forma; mi juicio, consistencia.

No tras ó cuatro artículos, un libro sería necesario para escribir el poema de miserias y de torturas que los mineros graban con sus picos en las lúculas láminas del filón, en las paredes grises de las minas, en los arzones donde lavan el plomo para convertirlo en albayalde y envenenar poco á poco á los hombres que lo fabrican.

¡La mina!... Arriba y abajo, en la superficie y en el fondo, es sencillamente una inquisición de hombres, un aparato de tortura que la Naturaleza ha planeado con refinamiento cruel y la codicia

se ha encargado de construir y perfeccionar.

¡La mina!... Ya llegaremos á ella en otra carta. En ésta no quiero; aún no me atrevo á hundirme con la imaginación en el pozo donde mi cuerpo se hundirá no hace muchas horas; á caldería con el homicida calor de las fundiciones; á mojar mi pluma en el veneno que disuelven por la atmósfera los hornos de plomo y los lavaderos de albayalde, para que el minero los respire un segundo y otro segundo, un día y otro día; para que vaya muriendo poquito á poco con la anemia en la sangre y la desesperación en el alma, con un trabajo infame por solo presente, una miseria absoluta por inseparable compañero, y un hospital por todo porvenir.

No; aún no es tiempo de ir á la mina; la impresión que este país de mineros me produce, se va formando por capas, como el mineral que los trabajadores cortan con sus picos y perforan con sus barrenos.



Formación, escalonamiento de arriba abajo, cinematógrafo angustioso que va describiendo, por virtud de imágenes rápidas, la historia completa de la mina y de sus humilladas fecundadoras. No; no hay que ir a la mina; no hay que descender a lo largo del pozo y perderse en las galerías, y trepar las escalas, y meterse en un cubo que sube y baja por abismos profundizadores de cientos y cientos de metros, para empezar a conocer la historia de la mina, el poema trágico del minero, como no precisa llegar a los lavaderos, a los hornos de fundición, a las fábricas de albayalde y a las cámaras condensadoras, para enterarse de qué modo y con qué salvaje crueldad la mina destruye al minero y va arruinando, enraqueciendo, asesiando despiadadamente a una raza entera de trabajadores.

No hace falta eso. Lejos de las minas, en las calles de la población, iluminadas por un sol fúnebre que se deshace en rayos sobre las asustadillas del cielo, y alegría las fachadas de los edificios y abrillanta las flores que asoman, balanceándose, por las ventanas; a la puerta de las tabernas, al pie de los puentes de turron y marisco, en los paseos, en las plazas, en todas partes, se ve una multitud de hombres, de mujeres y de chiquitos que zumba como colmena en vacaciones celebrando los festejos de Navidad.

Los individuos que componen esa muchedumbre varían en sexo, en indumentaria, en facciones; pero tienen una nota común: un tristísimo lazo de fraternidad: la coloración pálida de la piel, la tristeza humilde de los ojos, el matiz blancuzco de los labios, el desmayo escrofuloso de todo su organismo. La raza entera, cogida, estrujada, agotada por el subterráneo linarens, circula a flor de tierra, siendo anuncio vivo de lo que debajo de tierra ocurre.

Los niños de esa raza tienen la cabeza gorda, el cuello delgado, las piernas describiendo hacia dentro un arco apenas perceptible.

La sangre empobrecida de los padres circula por sus venas para enraquecer sus cuerpos y ofrecer al porvenir un proyecto de humanidad incompleto, mezquino; humanidad que tiene la carne roída por la anemia y el cerebro por la ignorancia; humanidad de niños que ríen y juegan al sol, esperando la hora de hacerse hombres para ir al fondo de la mina con el hatillo áuestas, el sombrero sobre los ojos, la collita entre los dientes y el cachillo en la faja.

Jaquín Bicenta.

Linares 31 de Diciembre 1902.

El Liberal 6.1.1093

## ENTRE MINEROS DE CARA A LA MINA

Querido Moyn: Blancaquea el horizonte con la luz indecisa del amanecer, cuando dirigimos nuestros pasos hacia uno de los barrios obreros y, á título amistoso, visitamos la casa donde uno de éstos reside, y donde, juntamente con varios compañeros de oficio, estaba disponiéndose para emprender el viaje á la mina.

Las bestias, hechas en el entrepuerto de los barcos, tienen mejor acomodo y más holgura que los mineros en sus domicilios.

Figúrese usted una habitación de tres metros en cuadro, sin otro ventilador que el de un ventanuco, siempre cerrado, y una puertecilla, casi nunca abierta. Sillas para sentarse, Dios las proporcione. Ocho ó diez clavos sosteniendo contra las paredes atavíos humildes: un cubo que sirve de baño, de palangana y de escupidora, y una atmósfera que se masca por falta de renovación, y hace taparse las narices por sobre de gases mal olientes: he aquí la alcoba, el cuarto de soltero, que pueden sostener y pagar los trabajadores afortunados, los que, accidental ó realmente, carecen de familia.

En esas habitaciones, desprovistas de claridad, de comodidades, de higiene, duermen, por término medio, seis hombres, sin otra cama que sus patates, extendidos por tierra al igual que en los patios de los presidios y en las cárceles públicas. Por almohada el hatillo, por colchón un pedazo de estera ó un jergoncete de maíz, por sábana y colcha (todo á un tiempo) la manta llena de rotos, y el chaquetón arriquinado con remiendos.

Así descansan los mineros de sus fatigas; así duermen, renovándose para dormir, como se renuevan para trabajar; lo mismo, porque, apenas alados del potaje los hombres que extraen plomo durante el día, entran en la alcoba los que lo extraen durante la noche y sustituyen sobre el potaje á sus compañeros, mientras éstos van á sustituirlos en el fondo negro de los pozos.

Así viven y descansan los llamados en la jerga minera *solteros*. Poco menos ó más, igual viven y descansan los *casados*. Variará la composición del grupo humano; pero ni varían el decorado de la alcoba, ni la mala ventilación, ni la penuria higiénica, ni la miseria real del ambiente.

Tal vez sea más triste el espectáculo en el domicilio de los *casados* que en el de los *solteros*. En aquél hay mujeres imposibilitadas de trabajar, porque necesitan atender á sus hijos; niños que no trabajan aún, y á quienes sus padres están obligados á sostener; ó niños que trabajan antes de tiempo, porque el hambre aprieta y el jornal de los padres resulta escaso para todos.

Así viven... Pero podían vivir mejor —exclaman *los ricos*, aquellos que, por virtud del florecimiento minero, gozan y triunfan en Linares.

«Los *solteros*—añaden—son gente volandera, llegada á la mina para hacer un gato de cincuenta á sesenta duros en poco tiempo, y volver con él á su aldea. Esos hombres, cegados por la codicia del dinero, imponen todo linaje de privaciones y viven como bestias por ahorrar un céntimo. En cuanto á los *casados*, si no viven mejor, culpa es de sus vicios, que les llevan á la taberna ó al café cantante el día del cobro, para consumir parte del salario, en vez de llevarlo íntegro á sus casas.»

Sí; es cierto. Hay mineros accidentales que se juegan la existencia cuarenta veces en un día, por recoger, al cabo de dos meses, un puñado de duros, y que se imponen multitud de miserias con objeto de llevar á sus pueblos esa cantidad y atender al sustento propio y al de los suyos, durante la época en que las faenas agrícolas quedan paralizadas y el hambre se enseñorea del labriego, como el hielo se enseñorea del terruño.

Hay *casados*, con vecindad permanente en Linares, que después de pasarse una semana entera en el interior de la mina, esperando el inevitable despido, uno de una jaula, la caída bárbara de un peñasco, el estallido prematuro del barrenó ó el sedado medicinal del arsenal para reventar, empiezan el domingo en emborracharse y distraer el sufrimiento de seis días con los vapores del alcohol ó las caricias de una *camarera* ó de una *cantaora*.

Hay hombres que hacen eso. Verdaderamente, podían ser más cautos y más amantes de la higiene, gastar más en su comodidad y menos en sus diversiones... ¡Y esto lo dicen quienes regentan journals y noventa diariamente en café y en cigarreros puros el jornal de un minero!... Después de todo, la cosa tiene gracia. En fin...

Los obreros se aligen hacia la mina con el hatillo áuestas, las manos metidas entre el forro de la chaqueta, los ojos enmascados por el sueño y el pisar lento y cauteloso de sus pies hechos á tantear los abismos entre la sombra.

En cada puerta se reúnen grupos de mineros que se aproximan unos á otros, formando pelotones que se dirigen á la desembocadura de las calles, como los arroyos al encuentro del río; los pelotones que aparecen por las diversas bocanillas, se juntan, se confunden... El río humano engruesa, enamainándose á la carretera con sordo rumor, marchando por ella con lentitud rebeldía, deteniéndose en los ventorillos para apurar copas de aguardiente ó cerveza y seguir adelante, siempre adelante, obediendo las leyes de la miseria social como el río las leyes físicas.

Por fin el río obrero se divide en múltiples brazos y avanza en busca de las minas y lleva hacia ellas su corriente; hacia ellas, hacia el inmenso mar de plomo que lo aguarda para tragárselo onda á onda, es decir, hombre á hombre, por la boca negra de sus pozos, mientras las jaulas bajan, suben, oscilan, y las chimeneas despiden humo que el sol dora con sus primeros besos de luz.

Jaquín Bicenta.

Linares, Enero 1903.

### ENTRE MINEROS

## POZO ABAJO

Querido Moyn:

Arriba, sobre la tierra gris iluminada por los rayos del sol, zumbaba la colmena trabajadora, agrupándose en torno de la mina, para dividirse más tarde y extenderse luego en varias direcciones, según el lugar y clase de faena á que estaba destinado cada hombre.

Dirigíanse unos hacia los lavaderos mecánicos, donde el vapor ó la fuerza eléctrica ayudan al minero en la elevación y corrimiento del mineral; otros á los lavaderos de bruto, donde el músculo es la única fuerza y la sangre humana el solo combustible; quitanes, agarrándose con apagamientos molusculares á las vagones, rebosantes en plomo, iban empujándolas por los carriles, hasta engancharlas á la locomotora, pronta á conducir las en busca de países remotos para convertir el plomo en oro que contrasta y neapara los acionistas del filón; cuáles, penetraban en los talleres en cuyo interior el plomo se funde, el aire abrasa y la escoria líquida toma apariencias de rubí; otros, haciendo bozal su pañuelo de hierbas, entraban en las cámaras condensadoras á recibir los bostes mortales del arsénico; aquéllos, marchaban al despate, á la purificación definitiva del metal; los más próximos, hacia las fábricas constructoras de balas, á los cuarteles donde el plomo moleando, envidioso del plomo en bruto, se encajona disponiéndose á matar hombres; los más lejanos se perdían por los desmontes, por los verticuetos, proyectando vagas é indecisas siluetas, y el sol, brillando como horno de salud sobre el cielo sin nubes, calentaba, vivificaba y fecundaba seres y piedras, arroyos y plantas, sosteniendo y realzando con el polen de sus rayos, dasechos en polvo luminoso, la eternidad del mundo.

Dejó aquellos grupos para más adelante. Mi ansia, mi deseo, mi afán invencible, era dirigirme á la boca del pozo y descender por él, por la boca negra, envergándose mineros y más mineros, que, con el casco preservador sobre la cabeza y el casill encendido en la mano, ocupaban las jaulas y desaparecían entre la abertura, seguidos por el agua que resaca de las peñas y cayendo contra los hombres en gotas anchas, semejantes á lágrimas sin fin y golpeando los jaulones con siniestro rumor.

Entré en la habitación de los capataces, vestí el traje de franela blanca, con misuraciones con amplísimo cinturón de cuero, colé las alpagatas, puse sobre mi cabeza el casquete de algodón y sobre el casquete el fortísimo sombrero inglés; cogí de mi mano izquierda el casill, y acompañado por un capataz, llegué al pozo siniestro, donde me aguarda la jaula.

Frente por frente á ésta, por obra de ancho ventanal abierto en el cuarto de máquinas, descubrí al maquinista pronto á la manobra, y al motor eléctrico, minucioso como un juguete, brillante como un espejo, poderoso como un titán y suave en sus movimientos coquetos de mujer hermosa y bien cuidada.

Aquel hombre vestido de azul, y aquella máquina trajada de acero y bronce, tenían energía de mover los cables de acero á cuyos extremos se engarriaban las jaulas enmohecidas por la humedad.

Declaro que al dirigir la vista hacia la boca negra del pozo, en cuyos bordes se detiene el sol acobardado, sin atreverse á transponerlos, y al volverla luego al espacio, donde el sol brillaba ofreciendo á la tierra alegría y salud, sentí miedo, impulsos de retroceder.

Lo desconocido, abriéndose delante de mis ojos como un enigma negro, me produjo invencible espanto. ¡Lo desconocido!... La lucha arriba, el combate á plena luz, no me asusta; las necesidades de la existencia me tienen acostumbrado á ellos; pero entrar en lo ignorado, penetrarlo á tientas, sin sabor lo que uno va á encontrar buscándolo, sobrecoge y asusta. Yo, al menos, así lo creo; mejor aún, por lo que á mí persona toca, lo afirmo porque así lo he sentido antes de poner el pie en la jaula.

Debió ser tan clara la impresión recibida por mí en aquellos instantes, que el capataz no pudo menos de decirme:

«—Certo que algunas veces se rompe un cable, y ¡estaplum!; pero hoy pue-



ENTRE MINEROS

# EL HAMPÓN

Lo desahogado de la tarde, que con ráfagas de aire frío y torrentes de lluvia transformaba la atmósfera en una gigantesca heladora y las calles en un fangal, hacía poco grato el viaje que teníamos preparado para visitar las fundiciones.

Resolvimos aplazarlo y ocupar el día en recorrer aquellos sitios donde los mineros se reúnen cuando vuelven de su trabajo ó cuando se encaminan á él.

Tabernas, bodegones, colmados, cafés de camareras y cafés cantantes; tales son, por regla general, los centros que el esclavo de la mina busca para engañar su estómago hambriento con manjares inauténticos; aturdir su cerebro enraquecido con medios de aguardiente; fortalecer sus músculos, relajados por la hereditaria faena, con inyecciones indirectas de alcohol; satisfacer sus anhelos estéticos con guitarras españolas, con canciones rabiosas de estupidez, y realizar sus fáciles ensueños de amor con los dicharachos y caricias de unas mujeres, entre sirvientas y rameras, que, delante á la cintura y servilista al hombre, sirven, á cambio de una propina, Cacha y conversación, manzanilla y besos.

En tales sitios se juntan los trabajadores de la mina; en ellos vocan, cantan, se emborrachan, comen, disputan y juegan á la muerte con sus facas, como en el fondo de los pozos juegan á la muerte con el mineral. Cambian el procedimiento y el sitio; la lucha con la muerte subsiste, y el minero la arrostra con el inconsciente valor de la costumbre.

A un café de camareras fuimos nosotros, tomando asiento en torno de una mesa, frente á la cual había otra ocupada por un hombre y cinco ó seis entretenedoras de la casa.

Sobre aquella mesa yacían cinco ó seis botellas de Jerez, difuntas del todo, y otra, que daba muestras de su vitalidad arrojando á intervalos, dentro de las cañas, brillantes chorros de oro líquido. Las mujeres refin, cantaban y bailaban requiebros audaces, agitando, como junto al hombre, apoyándose en él, metiéndole por los ojos sus caras embarradas con colorete, y por los oídos sus alientos saturados de alcohol.

su nombre no era joven, su edad trisera en los cuarenta años; su barba, emborrasada y sucia, permitía entrever unos ojos negros y bravucones empallados por dos cejas áperas, una corva y alveida nariz, unos primales ensordecidos y una frente angosta, sobre la cual se arremolinaban espesísimos cabellos, peinados á usanza manolense.

Una chaqueta rota por los codos, al límite de cuya solapa asomaba la plateada contura de un *facón*; una camisa renegrida, mugrienta, que, por encima de su cuello entreabierto, dejaba ver las puntas de un pañuelo verde; una faja de estambre, con más firocas que tejido, cobida á la cintura, para ser funda de una enorme pistola *del guñón*; unos pantalones de pana, mordidos por abajo, y unas alpargatas, compuestas, amén del sombrero ancho, caído á la izquierda del *diván*, y la manta, puesta en rebujo á la derecha, la indumentaria del sujeto.

Con más apariencias de mendigo que de trabajador, pedía sin descanso al hombre botellas de Jerez, que pagaba una á una, sacando de entre la camisa su peneño, convertido en bolsón, y del bolsón, duros y más duros. No se ocupaba en recoger las vueltas; repartías entre las camareras con donjuanesca caballerescidad, y continuaba bebiendo de lo fino, como pudiera hacerlo el mayor acandilado *juerguista* del orbe.

Sorprendiéme el tipo, y, dirigiéndome á uno de mis compañeros, le dije: —¿Qué clase de hombre es éste?

—Un minero hampón.

Un minero hampón. Es decir, un bombre de la mina, un hijo pódigo de la existencia, pronto á dilapidar en rapidísimas horas de goce el caudal humilde que hora sin cuento de trabajo le permiten resogar en la mina.

Todo el mundo ignora en Linares la procedencia de tales hombres. Lagan, mejor dicho, arguyen de pronto en una taberna con la misma indumentaria que ostentaron antes sin duda y seguirán ostentando después; con el mismo aspecto sucio y faroz; el mismo punal en la chaqueta; la misma pistola en la faja.

¿Saben del mundo hampón, persicolas de la guardia civil? Del presidio, burlando la vigilancia de los carceleros? ¿De un burdel donde su faca les dió medios para matar y su astucia ocasión de evadirse?

Nadie lo sabe; nadie lo pregunta tampoco. En Linares no se pregunta jamás. Si se advierte con tan ridículos reparos, acaso falasen en la mina trabajadores, con quienes pelean con la muor-

Di un paso; levanté la barandilla móvil que asegura el viaje de la jaula; apreté el candil entre mis dedos; penetré resacalemento en el vehículo, y casi á tiempo que el capataz, encarándose con el maquinista, gritó «¡andando!» y penetraron en la jaula de un brinco, chirriaron los cables, hundióse la jaula poco á poco, poco á poco fué extinguiéndose la claridad del día, y mientras el agua, gotando con monótona persistencia sobre nosotros, empapaba nuestras ropas y hería nuestras casacas con vibrante *tac... tac...*, la luz de los candiles permitía á mis ojos ir viendo por franjas indecises y lúgubras el enorme tubo de cuatrocientos cincuenta pies que necesitaban profundizar para concluir la primera etapa de nuestro viaje.

Sobre las paredes, negras y rezumosas, extendíanse los deslizadoros de la jaula; brotaba el agua de aquellos lontanamente, en hilillos múltiples, que la luz de los faroles, reflejándose sobre el fondo negro del pozo, convertía en sanguinolentos; de vez en cuando se apoyaban contra el muro como si lo sostuvieran para que no nos aplastase, brazos esqueléticos monstruosos. Eran traviesas de madera, armazones de hierro, fábricas de contención y resistencia. Más de raro en raro aún, descubríase boquetes enormes, aberturas negras, cuyos límites resultaban á simple vista imposibles de predecir... De aquellos boquetes salían ruidos tenebrosos, ruidos de tempestad lejana, voces confusas y resplandores lívidos...

Los boquetes eran pisos de la mina, por frente á los cuales atravesaba nuestro tren; los ruidos de tempestad, el golpeo de las máquinas perforadoras desfilando la piedra; las voces confusas, gritos de mineros ayudando las manobras de las vagonetas y el va y ven de los picos; los resplandores lívidos, el oscilar de los candiles en la sombra.

Todo este paisaje de tinieblas pasaba ante mis ojos, entorpecidos por la obscuridad y debilitados por el temor, como un sueño espectral, que no eran bastante á vencer mi propio juicio y la conversación de mi acompañante.

Luego, aquella bajada en la sombra, aquella caída lenta de quinientos metros de altura, aquel golpear incansable del agua, aquella proceción de brazos extendidos para contener el desplomo del pozo, aquellas bocas negras que vomitaban ruidos sonoros y reflejos confusos, me tenían punto menos que mareado. Mi estómago sentía contracciones de angustia y mi corazón encogimientos dolorosos.

Aguardé á la barandilla y abriendo los ojos desmesuradamente estaba yo cuando los cables se estiraron con tirón brusco; un hombre vestido como yo lo estaba alzó la barandilla; atórese delante de mí vista un túnel ancho, obscuro, iluminado por un brasero de hulla y entre cruzado por varios carriles. Á lo lejos brillaban muchas luces y oía el ruido metálico de los picos que descarnaban el mineral de las vagonetas que lo conducían y de los perforadores que lo violaban. El espataz, empujándose por los hombres, me obligó á salir de la jaula.

Habíamos llegado al fondo de la mina.

Joaquín Dicenta.

Linares, Enero de 1903.

ENTRE MINEROS

# DESDE EL FONDO

Querido Moya: Viendo el traje de franela, las alpargatas de lana y el sombrero inglés, me aguardaba frente á la jaula el ingeniero de la mina, un francés cuyo nombre he olvidado; no me ocurre igual con esas corteses atenciones y agradabilísima conversación. De ellas guardo y guardaré siempre grata memoria.

Seguido por él, y precedido por el capataz, emprendí mi rumbo hacia el interior de la mina. Hundíame mis pies en una alfombra de fango líquido; penetraba mis pulmones el aire feo, transportado por los tubos ventiladores desde la tierra, llena de luz, á la tierra, cubierta de sombras, y mis pupilas se dilataban curiosamente para ver en la obscuridad extendida frente á ellas.

La luz de nuestros candiles, reflejándose contra las paredes, convertía en petrificados arroyos de plata las vetas de plomo y en joyería inapreciable las sales que cristalizan con perfecta geometría sobre las orillas del túnel; la bóveda de éste se desvanecía entre las tinieblas, y como apariciones, por las tinieblas vomitadas, descubríase vagonetas de mineral que pasaban y reposaban frente á nosotros, empujadas por hombres semidesnudos, cubiertos de sudor.

A esta operación fatigosa; á esta labor ruda, más propia de calderero que de hombre, se le llama en la mina *el paseo*.

El paseo! Tal vez la ironía, metiéndose de contrabando en el cerebro de un minero, de un compañero de vagonetas, le hizo tropezar con esta frase, y meter dentro de ella todos sus odios, todas sus angustias, todas sus miserias de ser humano convertido en animal de transporte por exigencias de su estómago falto de alimento y por mandato de sus patronos sobrados de codicias.

El paseo!... Así llaman los mineros á su faena, á su fatigosa marcha de horas y horas por las sombras del túnel, bajo la lluvia de las filtraciones subterráneas, entre el contacto viscoso del fango líquido, el crujir sordo de sus huesos, el esfuerzo continuo de sus músculos, el penoso alentar de sus pechos, el chorrear frío del agua que moja sus piernas y el caliente clororar del sudor que desfilan sus frentes; así llaman á su tarea mal retribuida; á su ir y venir conduciendo las vagonetas casi á cuatro patas; á sus choques contra las piedras; á sus resacaientos sobre los carriles; á sus avances á ciegos entre oscuridades llenas de peligros; á su oficio de locomotoras humanas, que tienen por ojos, músculos y nervios los combates del sangre; por engrase, la transpiración de sus cuerpos; por motor, la miseria; por estación de descanso, un cartucho antihigiénico; por taller de reparaciones, un hospital cualquiera; y por depósito de arrumbamiento, la fosa común.

El paseo! Eso, un paseo, es para el minero el arrastre de las vagonetas.

El paseo!... Lo que para los demás hombres significa descanso, saludable ejercicio, rayos de sol que fortalecen el cuerpo y entibian la sangre, ráfagas de aire puro que resacaen y por pulmones, significa para el minero trabajo, marcha dolorosa, navegación entre matadoras tinieblas, aniquilamiento de vida, desgasto de fuerza. Decir de hombre durante ocho horas y convertirle en bruto, unido á un carrilón de arrastre.

El paseo!... Sin embargo, tal vez no sea irónico el túnel con que los mineros califican esta faena.

Acaso, y sin acaso, es ella, de todas cuantas se realizan en la mina, la menos cruel, la menos peligrosa, la más confortable é higiénica. Puesto que, relajándola con otras, la consideran justamente una diversión, un rato de placer ó solaz.

¿Qué vale esta faena comparada con la de los perforadores, el barrenos en mano, trabajan en fondos explorados á medias, donde la atmósfera es irrespirable y el descenso se hace por escalas de espanto, á las que aun en sus tentativas y en las que resulta casi imposible apoyar la punta de los pies y la falanga superior de los dedos?

Yo he subido por una de esas escalas, no trepando, arrastrando el cuerpo con las manos y con los pies; he respirado, as-

gundos, nada más que segundos, una atmósfera de eucenia casi asfixiante; he visto á esos hombres, á esos perforadores, desahogados de medio cuerpo arriba y tendidos en violento esmozo—el que permitía la altura de los techos—hundir la barra en la piedra y colocar dentro del agujero el cartucho de dinamita; los he visto marchar y avanzar una mecha que los deja el tiempo justo para agarrarse á la escalera y subir por ella y oír desde el último pedano el primer estallido de este poderoso destructor.

Así los he visto. ¿Que falta un pedano? ¿Que resalta un hombre? ¡Oh! preñada la mecha con mayor rapidez de la usual y escalla el barrenos en segundo más pronto de lo calculado. No importa; se sustituye al trabajador muerto por uno vivo, y adelante con la faena. Mientras haya hombres dispuestos al esmozo, el accidente sin importancia cotizable para el crédito mercantil de la mina.

No importa que muera el cargado de los barrenos. Tampoco importa que una soga se quiebre por sobre de uso, y el hombre que descendía á profundidades tremedías, sin otro apoyo que la propia soga rota de pronto, se haga pedazo contra las piedras ó se ahogue en el resaca; fondo de las aguas corrientes por el límite de cualquier pozo en construcción.

Igual importa que las cortadoras de mineral, tumbados boca arriba en el fondo de verdaderos nichos, donde los muertos están sustituidos por vivos, y el reposo de los tumbados por las brutalidades del trabajo servil, claven sus picos en las brillantes paredes del filón y extraigan el plomo golpe á golpe y respican un aire asfixiante, y bañados en su propio sudor gansen un jornal de caícoras reales, hasta que cualquier día un penoso co los rompa la cabeza ó un handimiento les trague por la boca trágica del abismo abierto á sus pies.

¿Qué importa eso! La mina necesita vivir, enriquecer á los accionistas, arrojar por el bordo de los pozos ricos de mineral, que las fundiciones, lavaderos y cámaras condensadoras aguardan impacientes. La mina necesita vivir; los obreros necesitan como el resto de la humanidad de un accidente minero, los hombres prefieren morir de una vez á irse muriendo poco á poco.

Y los obreros siguen, por necesidad, trabajando, y los amos de la mina, por indiferencia codiciosa, haciendo que los trabajadores expongan su vida más allá de aquello que, por la índole de su oficio, debieran exponerla; y la mina, el infierno humano, como el resto de la creación, continúa devorándose en la sombra, mientras arriba, sobre la tierra, el sol luce en el cielo, los colores brillan en los campos, y una atmósfera tibia, la atmósfera andaluza, el aire de aquella tierra ardiente, goza de una vida más allá de la que la mina de una parte y la miseria de otra se encargan de destruir.

Joaquín Dicenta.

Enero, 1903.



te á diarlo, hay que tener un poco ancha la manga.

En las propias oficinas mineras ignoran el nombre de casi todos los trabajadores; bástalos con saber el del obrero que tiene en cada grupo cabeza. Aparte de que el minero, venga de donde viniere, sea quien sea, ni promueve reyes ni comete delitos en el interior de la mina. Allí es un soldado que se suma con los compañeros para arriesgar la vida en el combate contra el mineral. Una máquina más durante la faena; un hermano más en los instantes de peligro. Cuando los mineros se matan entre sí, lo hacen en mitad de la calle; y eso no importa á los directores de la mina.

A los accionistas, claro que aún les importa menos.

El hampón llega á cualquier taberna; pide trabajo á un destajo; á un jefe de grupo; entra en el pozo y comienza su nuevo oficio.

A las cinco ó seis semanas, su valor, su desprecio absoluto de todo peligro, le consiguen puesto de honor entre los suyos. El también trabaja á destajo, y *de ahí*, como el más favorito de sus compañeros, también trabaja por espacio de dieciséis horas á la luz del candil.

¿Dónde comerá una comida, la más próxima al pozo. ¿Dónde dormirá? Todos lo ignoran. Acaso en el hueco de un pozo abandonado, en el fondo de una galería improductiva. Sus compañeros no le van más que en la tarea; sus jefes, á la luz incierta de los candiles; los empleados de la dirección, cuando va á cobrar la quincena.

Ese día, el de la quincena, el hampón, el obrero incansable, el tenaz sangrador del plomo, reaparece en la población, ennegrecido por el trabajo, harapiento el traje, foscá la barba, largo el pelo, riendo el gesto y vacilante el paso de sus pies, hechos á tantear tinieblas y abismos.

En la primer taberna apura el primer vaso y gusta el primer bocado de los que guarda su mugriento bolsillo. De la taberna se dirige al café cantante, donde voca y riñe y convida á los cantantes del café cantante para el café de camareras. Allí reúne á las mujeres, paga sus caricias, gasta su plata, satisface su esplendor, su hambre insaguable de gozar, que termina de hartarse en un hueco del infecto cuando su última peseta desaparece. Esto es lo que hace el hombre, si antes no lo matan de un fazzo ó de un tiro.

De aquel sitio, de aquella horrible cámara nupcial, sale el minero hampón, cuando su dinero consigue, para dirigirse de nuevo á la boca del pozo y bajarse por él, y perforar la piedra y cargar el cartucho y subir la escala de espanto cantando una taranta, mientras la dinamita revienta á espaldas suyas con crujido feroz.

A la mina vuelve otra vez; á trabajar horas y horas sin descanso ni tregua; á jugar su vida una vez y otra; á hacer existencia de topo durante quince días, para lucrarla de salvaje feliz durante uno sólo.

A la mina vuelve aquel hombre, quien, acaso, no tiene conciencia de los discursos sociales, ni hogar, ni nombre que pueda pronunciarse en voz alta.

A la mina vuelve; y en la mina aparecerá muerto un día cualquiera, con la bolsa-pañuelo apretada entre la camisa y la carne, y la punta de la boca asomando por la solapa del chaquéon.

Joaquín Dicenta.

Barro, 1903.

El Liberal 27.6.1903

## CRONICA

### LA MADRE DE HOY

Inspirame esta Crónica la sotiledad adoptada, según refieren los periódicos, por la madre de Ricardo Gallego, al enterarse del crimen. Bicharo que perpetró su hijo en la persona de una criatura indefensa, madre de otro hijo que aún no había soltado el agarradero de la entraña procreadora para entrar en la vida.

Frente á la salvaje tentativa de asesinato, ejecutada por Ricardo Gallego contra su esposa en cinta, la madre, la paridora del asesino, sobrepona el instinto de la justicia al instinto de la maternidad; reñega de los vínculos carnales que la ligan con el matador; se coloca al lado de la víctima, proclamando su virtud, sus bondades, su rectitud y su mansedumbre, y acusa denodadamente á Ricardo, «para cuyo feroz delito no halla excusa de ninguna clase».

Yo admiro á esa mujer que pone la justicia y la piedad hacia un prójimo injustamente maltratado, por encima de las rutinarias pragmáticas maternantes que un romanticismo estúpido, ayudado por la oscuridad, ha convertido en ley, si no de conciencia, de bombo y platillo para el vulgo.

«¡Hijo!... ¡Madre!... Son estas dos palabras sagradas dos nombres inviolables, ante los cuales es necesario bajar la frente. El culto á la madre, por el solo hecho de parirnos, es indiscutible; el amor al hijo, por el solo hecho de engendrarlo, es obligatorio—han exclamado muchos autores en sus dramas, no escasos poetas en sus versos, incontables moralistas en sus discursos, y sobre diez mil noveladores en sus obras.—¡Hijo!... ¡Madre!... Hasta el anunciado de estos nombres para que los padres se inclinen amorosa ó irreflexivamente ante el pedazo de carne viva que produjo su amor; para que los hijos se arrodillen, doblándose, ante el macho que tuvo la comodidad de engendrarlos ó ante la hembra que les hizo hueco en su vientre.

Y si alguien nos recrimina por nuestra actitud, basta que nos encarbemos con el público, abriendo los brazos, y que gritemos: «entre nosotros: ¡Es mi hijo!... ¡Es mi padre!», para que la gente incline la cabeza en el mundo y la galería aplauda en el teatro.

«El culto sagrado de la madre.» «El amor santo de los hijos.» He ahí dos resortes muy eficaces en la sociedad y en la escena.

Contra tales afectos de quincallería y tales efectos de relumbrón, han protestado, en el mundo social, muchos hombres de buen sentido; en el mundo artístico, varios escritores que tenían sentido común y honradez literaria.

«El acto material de dar vida á un ser ó de recibir vida de un ser, no autoriza á reclamar preeminencias de hijo, á exigir derechos de padre—exclaman esos hombres.—El hecho de dar vida ó de recibir vida es una función fisiológica, que por sí sola no autoriza con toda plenitud de prerrogativas morales el título de padre y la edúta de hijo. Padres son, en verdadera ley de justicia, quienes, luego de fabricar una criatura y de echarla al mundo, la sostienen con su sangre hecha leche y con sus cuidados convertidos en baños; los que la nutren en la infancia y la educan en la inocuidad y la aconejada en la juventud; los que padrecan el alma como el cuerpo de esa criatura, y se sacrifican por hacerla buena, útil y venturosa; los que la honran con el ejemplo de su propia honradez; los que ni la abandonan de niño ni la afrontan de hombre. Estos son los padres; los que tienen pleno derecho de ostentar ese título.»

«Hijos—añaden—hijos, en la acepción verdadera de la palabra, son quienes, á cambio de la vida, del alimento, de la educación que reciben, devuelven á sus padres amor, respeto y protección; los que honran con su propia honradez la honradez de sus progenitores; los que alegran sus vidas, procurando ser buenos y útiles; los que, cuando el cuerpo de los padres se inclina hacia la tierra, vencido por las pesadumbres de la edad, extienden los brazos y les sostienen con ellos en la última etapa de su vida y les depositan con ellos en el lecho definitivo de la fosa. Estos son los hijos; los que tienen positiva autorización para reclamar esa edúta.»

«Los padres que abandonan á sus hijos en el momento de hacer; ó que, malcriándolos en la infancia, les avergonzan en la juventud con el espectáculo de sus vicios ó las ocurrencias con la memoria de sus crímenes, no pueden salir los privilegios de la paternidad. Los hijos están facultados para recusar de esos seres; pueden y deben recusarlos, como pueden y deben recusar los padres á sus hijos cuando éstos, olvidando caricias y afanes, y educaciones y consejos, acaban por convertirse, no en báculas que guíen á la tumba el paso de sus progenitores, su bestias feroces que salpiquen con gotas de sangre sus embelleras blancas.»

Así hablan en la vida y en el escenario los hombres de sentido común á que me refiero. No el vínculo material; los vínculos morales deben constituir la fa-

millas particular; vínculos tejidos con lazos de amor, de respeto, de honradez, de justicia, que vivan, poco á poco, extendiendo sus dimensiones, para constituir en un abrazo fraternal de todas las familias particulares la gran familia humana.

La madre de Ricardo Gallego ha sido, con el impulsivo arranque de su corazón justiciero y fuerte, apóstol generoso de tan altruistas ideales.

«No—ha gritado.—Ese hombre que segrime la navaja contra una criatura virtuosa y resignada á indefensa, ese hombre que no duda en atentar contra la vida de una mujer que lleva en sus entrañas un cacho de carne de los dos, no es mi hijo. Yo reñego de él. Mi hija es ésta, la víctima, la criadora futura de otro hijo, que acaso, purificando con las condiciones nobles de su madre las condiciones íanobles del padre, merezca el título que no doy á Ricardo Gallego.»

En estas exclamaciones de la madre del criminal palpita el germen de las nuevas ideas, por virtud de las cuales se quieren constituir las familias, no con vínculos fisiológicos, con lazos de amor, de respeto, de honradez, de justicia, para que, andando el tiempo, se constituya la gran familia humana y no haya ocasión de repetir las palabras de Jesús, cuando le dijeron que «su madre y sus hermanos preguntaban por él».

«Yo no tengo madre y hermanos. Mi madre y mis hermanos son los que piensan como yo.»

Joaquín Dicenta.

*Heraldo de Madrid, Alma Española  
Madrid Cómic, Don Quijote*

Luis  
Bonafoux

Una pluma mojada en bilis

[Escriba el nombre del autor]











LUIS BONAFON





12.09.1899 El Herald

## La protesta de Zola

París 12 (10 m.)

La nota del día es el airado grito que el insigne novelista Emilio Zola lanza contra la sentencia que ha condenado a Dreyfus.

Es un documento monumental, que ha producido gran sensación y la producirá aún mayor, cuando se vea la acogida que ha de obtener indefectiblemente en el mundo todo la honrada protesta de la indignada conciencia del primer escritor francés contemporáneo.

Dice éste en su escrito que cuando se conozca en toda su dimensión el proceso de Rennes, se verá que no existe más excusable monumento de la infamia humana en la Historia.

La estupidez, la locura, la crueldad, la mentira, el crimen se amontonan en él con impudencia tal, que las generaciones venideras se estremecerán de vergüenza ante semejante baldón de ignominia.

—Hay allí—dice—confesiones tales de nuestra bajeza, que harán sonrojar a la Humanidad.

Francia—añade—ha querido festejar el siglo del Trabajo y de la Ciencia, el siglo de los combates por la Verdad y la Justicia, y, al efecto, citó a los pueblos todos para glorificar su victoria, para conmemorar la libertad conquistada y la verdad y la justicia prometidas en la tierra a los hombres de buena voluntad.

Los pueblos vendrán, y en el país de los derechos del hombre encontrarán la inocencia condenada dos veces, la verdad abofeteada y la justicia asesinada.

Hemos caído—exclama—en el desprecio de los extranjeros, quienes vendrán a nuestra casa de juerga, a beber nuestros vinos y besar nuestras mozas, como se va al mesón sospechoso donde se tolera el encanallamiento.

Termina el extenso y apocalíptico documento de Zola, diciendo:

«Cuando M. Labori defienda a Dreyfus en el próximo proceso de Versalles, hablaré y diré lo que callé en Rennes; yo, por mi parte, no lo haré callar, ni me callaré tampoco, porque estoy pronto a pagar con mi libertad y con mi sangre.

En París juré la inocencia de Dreyfus; júrala de nuevo ante el mundo entero, que actualmente la proclama conmigo a grito herido.»

BONAFoux.

El Herald de Madrid

21.4.1901

## EXPOSICION EN PARIS

TELEGRAMA DE BONAFoux

Triunfo de un artista español.

París 21 (8.34 m.)

Se ha inaugurado el Salón (vulgo Exposición) de la Société Nationale de Beaux Arts, con la solemnidad acostumbrada.

La crítica, como resultado de las primeras impresiones, opina que el certamen, no solamente no realiza las grandes esperanzas que hicieron concebir los anuncios publicitarios *a priori*, sino que, tanto en la cantidad como en la calidad de los cuadros expuestos, es inferior a los Salones de años anteriores.

Se destacan, sin embargo, algunas obras maestras, como la escultura de Victor Hugo, obra de Rodin, y el cuadro «Feerie intime», de Bernard.

En general, se observa una tendencia marcada en los artistas a hacer caso el desnudo, huyendo de la pornografía, antes tan cultivada.

El arte español alcanzó un verdadero triunfo con Zuloaga.

Los críticos de todos los periódicos le acaban como gran artista y gran pintor, y califican de obra maestra y colosal (sic) su cuadro «Promenade après le cours des teneurs», cuadro que representa a varias mujeres, una de ellas amazona, que, hablando y riendo, se dirigen al caer de la tarde, a la falda de una colina de una ciudad.

Los críticos exclaman: ¡Admirable obra de un genio!

Todo eso dice *Le Figaro*, como queriendo indemnizar a Zuloaga de las atroces injusticias que ha sufrido.

Y agrega dicho periódico: «Parece que uno sueña al recordar que fueron rechazadas de la sección española de la Exposición Universal las obras de un pintor de tanto mérito, de las más hermosas y más vigorosas que España nos ha enviado desde hace largo tiempo.»

Es un triunfo el de Zuloaga que debe enorgullecer a los buenos españoles, por más que los enemigos del artista vascongado, como dicen las acciones de las comedias, rabien de celos aparte.

10.08.1899 El Herald de Madrid

## El proceso Dreyfus

POR TELEGRAMA

De nuestro redactor corresponsal.

Notificación de la sentencia.—Dreyfus y sus defensores.—Dreyfus talco.—Madama Dreyfus.—Testimonios de simpatía.

París 10 (9.51 m.)

M. Labori, muy emocionado, dió cuenta de la sentencia a Dreyfus, quien se limitó a responder sencillamente:

—Consuele usted a mi mujer, para que no se entristezca; en cuanto a mí, mi cuerpo es ya insubordable al sufrimiento.

Campeados los trámites legales, Dreyfus, en sus rígidos hábitos y con peso firme, entre cuatro guardias, se internó en la prisión.

M. Demange, que estaba contemplándole, exclamó al verle desaparecer:—«Gran carácter! Alma extraordinaria!»

El doctor Pozzi, médico de Dreyfus, dice que éste está tísico a causa de los grandes sufrimientos físicos y morales que ha padecido, y que no podrá vivir más de dos años.

Madama Dreyfus, que recibió desolada la noticia de la sentencia, logró sobreponer se pronto a su pena, sofocando los sollozos y las lágrimas; recibió y sigue recibiendo muchas visitas, y por telegrama le han llegado y siguen llegando homenajes de simpatía de toda Europa y de los Estados Unidos.

Efectos de la sentencia en Rennes y en París.—Júbilo y copas.—Lo que dice Rochefort.—Llorando por lo que queda.

París 10 (9.35 m.)

Hasta las diez de la noche, que salió de Rennes, la población era toda fiesta.

Se celebraba la sentencia con gran regocijo y algazara.

Los balcones y ventanas se hallan iluminados.

En los cafés se cantaba, hasta desganarse, *La Marseillaise*, y el pueblo soberano, en las tabernas, empinaba vaso tras vaso de sidra.

El grito general era: «Francia está salvada; bebamos a su grandezza y a la ruina de los judíos.»

En París la noticia del fallo se ha recibido también con júbilo.

El número de satisfechos puede calcularse en un 99 por 100.

*L'Echo* de Amberes dice que la población, regocijada y orgullosa, vino de los barrios extremos a los balnearios, celebrando el acontecimiento.

En el café situado en la planta baja de la casa donde tiene sus oficinas el periódico *Le Libre Parole*, dos asistentes casaban *La Marseillaise*, acompañando la cadencia de cada estrofa, con gritos desenfreados de: «¡Abajo los judíos!»

Opinaba que Rochefort interpretó fielmente el sentimiento público al decir que la sentencia es la ruina de Francia contra Alemania y el Extranjero, que la suponía enarada.

La única desazón o resaca, como diría la señora Pardo Bazán, es que Dreyfus no volverá a la sala del Diablo por lo que queda.

La sentencia no hubiera tenido, pero, si se hubiera repojado el fallo de 1894.

Se trata de impedir que Dreyfus interrumpa el recurso de casación, y sus implacables enemigos han empezado ya los trabajos para evitar que el presidente de la República, M. Loubet, le indulte.

A río revuelto.—La opinión imparcial.

París 10 (9.40 m.)

Los revolucionarios y agitadores celebran la sentencia condenando a Dreyfus, con el propósito de aprovecharse de ella para fines socialistas.

Los observadores imparciales consiguen que la sentencia responde al propósito de no querer condenar a los generales, contra los cuales hubiera tenido que proceder por falsedad y otros motivos, de haber sido el veredicto, absoluto.

«Parece—añaden—desquososo creer en la culpabilidad de Dreyfus, as que dos jueces fallaron a su favor y cinco escotaron circunstancias suficientes para rebajar la pena, con no vista hasta ahora ni explicable en el delito de traición.»

BONAFoux.

DE NUESTROS CORRESPONSALES

El Herald de Madrid

11.09.1899

DREYFUS

## Después de la sentencia.

POR TELEGRAMA

De nuestro redactor corresponsal. Fuera de Francia.

París 11 (3.50 L.)

Han causado honda sensación los juicios formulados por la prensa rusa contra la sentencia que ha condenado a Dreyfus.

El *Novosti*, de San Petersburgo, dice que la sentencia excitó en el universo todo la misma reprobación que en Rusia.

Un telegrama de Budapest participa que los comerciantes de aquella ciudad han resuelto abstenerse de asistir a la próxima Exposición de París.

La prensa alemana considera que la sentencia es un nuevo Sódin, frase cuya significación excusa todo comentario.

La *Gaceta de los Vagos* dice que los extranjeros se abstendrán de asistir a la Exposición.

La *Gaceta Nacional* califica la sentencia como el mayor de los crímenes cometidos contra la humanidad.

París 12 (8.55 m.)

Continúan custodiados los conculados franceses en Nápoles, Milán, Budapest y Trieste, con el fin de evitar que se repitan los ataques contra los mismos del pueblo indignado por la injusta sentencia de Dreyfus.

En el teatro de la Scala, en Amberes, se produjo anoche una manifestación dreyfusista.

En el cinematógrafo del Palace-Tester, de Londres, se exhibió una vista en la que figuraba el general Mercier, y éste fué estrepitosamente silbado.

En otro teatro de Nueva York fué igualmente silbado un actor que representaba a un oficial francés, y se vistió con entusiasmo a Dreyfus.

En Darmstadt se quemó un maniquí que representaba al general Mercier.

Fuera de Francia.

París 11 (9 m.)

La prensa inglesa censura severamente el veredicto del Tribunal militar de Rennes.

Distínguese entre todos los periódicos británicos, por la acritud de sus conceptos, el *Weekly Dispatch*, que dice, con rumbo a los generales que han intervenido en el proceso, que éstos han quedado a más bajo nivel que los presidiarios.

En Bruselas han aparecido los periódicos orlados de luto; en Amberes se hicieron grandes manifestaciones de protesta contra la sentencia y de simpatía a Dreyfus en los teatros.

En Ostende hubo también manifestaciones en igual sentido en las calles.

Los consejeros comunales de toda Bélgica han enviado por telegrama mensajes de simpatía a madama Dreyfus.

En Roma, la Prensa unánime proclama la inocencia del condenado, y censura la injusta sentencia de los jueces de Rennes.

Para *La Gaceta del Pueblo*, periódico que se publica en Colonia y es órgano de los católicos ultramontanos, la sentencia que condena a Dreyfus es un verdadero caso de locura.

En Budapest gritaron:

«¡Abajo Mercier! ¡Viva Dreyfus! La multitud, indignada por la sentencia, quiso asaltar el consulado francés, pero la policía lo impidió, disolviendo los grupos.

La Prensa americana se muestra unánime en sostener el veredicto condonatorio.

*The New York Post* dice que es la mayor infamia que se ha conocido en este siglo.

*The Record*, de Filadelfia, dice que Francia se ha condenado a sí propia ante la civilización.

*The Commercial Advertiser* dice que el veredicto del Tribunal de Rennes chocó en el sentido común del mundo entero y hundió al Ejército francés en eterno deshonra.

Mr. Wick, alcalde de Nueva York, predica que la sentencia de Dreyfus es la ruina de la Exposición Universal de 1900.

El famoso orador Dewey dice que esta condena es la más sensible injusticia de la Historia.

El senador Mr. Stewart manifiesta que la sentencia es la que podía esperarse de una nación de salvajes.

Para el almirante Schley, el veredicto es tan idiota como deshonroso.

Para el irlandés Mr. Lipton, la sentencia es incomprendible para hombres honrados.

En Suiza, en Holanda, en Rusia, en Suecia, en la América latina, en el mundo todo, la protesta es general; ni una voz se levanta en favor de la sentencia que inculcamente ha condenado a un inocente.

Tan sólo en Francia siguen con sus alardes de buena satisfacción los obcecados por la pasión y el rencor.

BONAFoux.



PARIS AL DIA

## UN RECUERDO

A mediados de Agosto me escribió Blasco Ibáñez:  
«Mi amigo Sempere, gran entusiasta de Zola, quiere publicar un libro sobre el gran maestro con profusión de grabados representando al héroe en diferentes edades, sus casas, las caricaturas de los enemigos, etcétera... etc.»

El texto se compondrá del libro de Paul Alexis sobre Zola, y de los mejores artículos publicados sobre el gran novelista por Amieis y otros. Yo he puesto como condición, para dar mi artículo *Una visita a Zola*, que figuren delante algunos de los hermosísimos que usted escribió sobre el maestro, durante el proceso Dreyfus, y que dejaron en mí profundo recuerdo.

Usted, tan ordenado y puntual, debe guardarlos. ¿Por qué no me los envía en seguida? Le advierto que se trata de una obra de vulgarización y propaganda, como las otras que ha publicado Sempere, de Krapotkine, Sebastian Faure, Reclus, etc.

Libros de mucha lectura y que se venden á peseta; hechos más con el deseo de *faltar á la reunión* que de ganar dinero. Este libro, á pesar de sus grabados y de sus condiciones editoriales, costará lo mismo, para que circule entre las masas obreras y se acostumbren en España á mirar á Zola como un santo moderno, tarea que inicié usted.

De regreso de un viaje, lo primero que hice al llegar a casa fué sacar de un armario unos cuantos cajones donde duermen, empolvados, casi todos los artículos que he escrito de nueve años á esta parte. Se trataba de ayudar con algo la causa de El y de complacer á un literato español, de sentimientos generosos, que adora en El.

Parte por hastío, parte por el atropello de mi vida, hace tiempo que no soy el ordenado de que había sido. Un día, al menos, en colección de un viaje, me puse a leer tanto sobre Zola, pudo encontrar y remitir a dicho amigo, los más de los artículos que me habían pedido el libro, el cual entró en casa ayer mismo, dos horas antes de la noticia de la muerte de Zola, a quien pensaba yo dedicar y remitir mi ejemplar, no llevarse personalmente, porque, habiendo tenido muchas ocasiones de tratarle, nunca me atreví a oprimir su mano de gigante. Vale la frecuentemente, cuando él bajaba del tren en la estación de San Lázaro, y a distancia le seguía hasta la casa de unos amigos que tenía él en la calle del Havre. Le seguía a distancia, queriéndole, admirándole, respetándole profundamente y dispuesto a darle un tiro a cualquiera que hubiese cometido el sacrilegio de atropellarle.

Y ahora que no existe: ahora que se

marcó para siempre sin saber, sin sospechar siquiera, que tenía en mí uno de sus más fervientes admiradores y de sus más decididos defensores, permítaseme recordar que he sufrido por él. En este período tuvo que contestar a insultos que me dirigieron algunos franceses residentes en España. Por esa campaña, que recuerda Blasco Ibáñez, cuando el asunto Dreyfus, quise expulsarme el Gobierno francés, no habiendo llevado a cabo la expulsión porque me amparó el Sr. León y Castillo.

Salir expulsado *manu militari* de un país en cuyo espíritu de libertad, igualdad y fraternidad se croyó cándidamente a la hora de la juventud, y abandonado todo el arraigo que se consiguió en él durante largos años de trabajo, no es cosa placentera. Pero el ser expulsado por defender el apostolado de Zola, ni me apesadumbró, ni disgustó a nadie en casa. Todo el mundo en ella estaba contento de irse, y hasta la tortuguilla que tengo en el jardín andaba feliz, pues al salir me dijo: «¡Vaya, qué bien ella quisiera marcharse de una tierra que trataba tan mal al más grande de sus ciudadanos!»

Luis BONAFOUX.

Elma Española

—¿Y el extranjero?... —exclama París. —¿Regalar un toro al presidente de la República francesa? ¿De dónde sacó el rey Edmundo que M. Douhet es torero? —Ese toro, observan las españolas de París, debiera regalárselo a Villaverde. ¡De ahí que sea torero, y con la gracia de María Fingalón!

«Que ha de ser torero el labeta Villaverde, torando por Romero, Sibola y «tall' quant»!

«Financier, grand financier», puede, si por financiero se entiende un señor que administra la Hacienda pública como un paupero su palmería.

¡Pero torero!

Torero es labeta.

Si que lo es. Hundo al hombre que, a raíz de la situación penitenciaria de Venezuela, volvió a París entre «buenos» y «malos» de los llamados nacionalistas. Pero que poco después le apasiona la cultura en Longchamp, hasta el punto de ser respetado por todos los partidos políticos de Francia, saludado por el zar, por el rey de Inglaterra, por el rey de Italia, etc., etc., y, lo que más me gusta, por el papa. Hundo también una obra dramática y civilizadora, leídas en cualquier pueblo, en cualquier país, en cualquier época. ¿Qué le parece?

—Lombi. Eso el caso es tenerlo bien. El teatro de Villaverde no va a ningún lado. Sus estadísticas o la Villaverde podrían, todo lo más, ejercer de teatro en una corrida de bestias; pero ni por un lado ni por el otro.

Una de las causas de la pérdida de España es la venalidad que cada uno de nosotros lleva en el cuerpo.

Creemos que nuestro clima es el más bonito del mundo, y en algunas partes de Europa la mortalidad es tan grande como en Madrid, cosa correspondiente a que ahí se abreja con precauciones antitépicas, porque casi todas las cirías y periódicos vienen con viruelas, cuando no con otros transmisores de la febre tífica.

El listado no hay quien nos pueda, porque somos muy «golfes», con mucho pueblo y bastante guapo, todo lo cual no fue parte de impedir que nos asomemos por la ventana.

Nos la damos de guapos y de tener aire marcial, y andamos encorvados como abuelos octogenarios.

\* No nos quedaba más que la fama de «torradores»; y cuando un soberano quería regalar un foro, se lo mandaba á bouhel, como diciendo á nuestros complices astrolistas:

— ¡Quiten ustedes de ahí listos! ¡es ni corrian, ni pinchar, ni enf...!»  
 Y es que los verdaderos foreros, los grandes usopados de la pizca europea se llaman Bismarck, quien nos dio la «coba» de mandarnos que consultásemos con el Papa lo de las Carolinas, las cuales de nada servían; Chamberlain, que tiene el mundo sobre Cambras; Guillermo, Houbert y otros personajes que nacieron de llamar un alfilerón en cada uno de sus ojos.

En Madrid se habla tanto de pupila, precisamente porque se vive ilusiones de pura fantasía...

THIS SUPPLEMENT

Una de las *señoras de los tiempos* de la exótica, rancia de acentos poligéneos y de personas que tienen o creen tener dones sobrenaturales. Ya es una señora que crece entre melido el demonio en el cuerpo—como la mujer que en un cuento de Bocaccio metía el diablo en el infierno, o una diuca que veía la Virgen colgando de unas ramas, o un marido que ve en su alcoba misterios ruidos, *originados* por la entrada de San Marcos, etc., filitón base por la pared, como el *Conceñador*, etc. a diáulos las lunas noches.

El número de los azcares va en aumento, son los dueños de este que se sabe que tal oficio da buenas ganancias a la señoría Comestor por sus maravillosas profecías de que va a caer un rayo en una casa que no está muy lejos. Y es tan vehemente el deseo de saber lo que va a pasar y lo que va a venir, aunque sea el diluvio, que no hay feria sin embaucador, ni fiesta sin gitano, más o menos aperiça, que diga la buena ventura. Algunos industriales establecen tiendas de miláneas y profecías, como pudieran establecer tiendas de cilindrados.

El número de las religiones va también en aumento. La mayor parte de ellas se practican en secreto, hasta que la policía las descubre por casualidad, y saca a los fieles de un escondrijo en donde se entregaban al culto de venerar á un pato diseccionado, ó al martirio de arrancarse los pelos y comerse los en salada.

En los Estados Unidos, que no se quedan atrás en ninguna cosa, el reverendo Brigham ha discurrido el solo una doctrina que no tiene rival en Euzarat, la secta de los tueros.

Hasta ayer se había creído que al ser tuerto era una desgracia, pero ahora resulta que es todo lo contrario, y que el que quiera vivir en gracia de Dios, **haga** que sacrase un ojo.

«Para ser buen cristiano hay que ser tuerto», ha dicho el ciego Beachin a sus numerosos prosélitos, todos negros del Estado de Nebraska.

No sólo lo ha dicho, sino que lo ha probado, lo ha probado con el Evangelio de San Mateo, capítulo 23, versículo 99.

«Estoy tan convencido de que no se puede servir a Dios sin ser tuerto» dijo el reverendo pastor desde el púlpito de su iglesia— que estoy dispuesto a sacrificar un ojo».

Y ¡zas! se lo sacó. Luego añadió con unción evangélica y con el ojo en la mano:

«¡Haced lo que yo, ¡Hacedos fuertes, hermanos míos!»

Y los negros empezaron á cascarse los ojos como si fuesen piñones, colocándolos en un altar, de donde fué llevándoselos el gato de la sacristía.

Rinase otros de esta extraña aventura. A mí me ha dejado muy serio. Porque la tesis del Padre Beachim coincide con nuestra propia tesis.

*La fe es ciega* decimos nosotros. *Para ser buen cristiano hay que ser tonto*, dice el reverendo pastor. Y en resumen, se saca (a más del ojo) que para tener fe sobran las pupilas, o al menos una, y que es difícil creer cuando se tienen ojos en

HAUS HONAFOLX

## PARÍS AL DÍA ¿QUE LO AHORQUEN!

Cuando todos los críticos de arte y todos los periódicos de París aplauden un cuadro de un pintor extranjero, no cabe duda del talento del pintor ni de la excelencia de su obra. La de Zuloaga ha sido más o menos elogiada: grandemente, por los críticos de *Figaro*, *Éclair*, *Aurore*, etc.; con menos entusiasmo, por el crítico del *Journal*. Pero la Prensa de París está unánime en reconocer que Zuloaga es un gran pintor, y que el cuadro que ha expuesto en el Salón es un gran cuadro. Sobre esto no hay discusión.

Tampoco debe haberlo sobre la afirmación de que es reo de notoria injusticia contra Zuloaga el Jurado español que rechazó sus obras, una de las cuales fue comprada por un museo de Bruselas. Que dicho Jurado gustase o dejase de gustar del realismo de Zuloaga, eso no le autorizaba de ningún modo a descalificar las obras de un artista calificado de *maître* por la Prensa y la crítica de París; tanto menos cuando que si es rigurosamente exacto que en la sesión española de pintura hubo en la Exposición Universal alguna que otra obra digna de mérito, no hubo ninguna tan sobresaliente que rechazase tantos ni tan selectos apóstoles como los que se han dirigido a la obra de Zuloaga; y si los cuadros premiados no fueron una maravilla, en conjunto, los cuadros malos, feos, malos, horribles—contrastando con los de la vecindad, que eran alemanes—, fueron así tantos como las arenas del mar, desorientaron a los admiradores del arte español y desacreditaron sus hermosas y bien ganadas tradiciones. Es rigurosamente exacto. Yo puedo probarlo con textos de críticos verdaderamente imparciales—como los de Guinand—, que fueron asistidos por el vacío de la máquina neumática que sirve de rotativa a nuestra Prensa en general.

Resulta, pues, que el mismo Jurado que aceptó al tun tun, para poner en ridículo a España, verdaderos mamarrachos pintados con brocha gorda y aceite de beliotas, rechazó las obras de un pintor a quien la crítica parisiense llama uno de los más hermosos y vigorosos que España nos ha enviado desde hace mucho tiempo.

Al recordarlo, porque debe recordarse, ni por asomos alabo a la desconfianza del artista, ni el horror que entraña para un artista, por muy seguro que esté de su suficiencia, el oír que lo mandan a paseo con el cuadro que le costó tantos desvelos y que era toda su esperanza... No, no hablamos de ello. La única vez que he visto yo a Zuloaga, lo vi fufufufufufu a la vanguardia; es decir, como un león. Le oí decir que había sufrido tanto, tanto, que estaba resuelto a naturalizarse extranjero.

Y en seguida, como si se arrepintiera de haber pensado en cambiar de nacionalidad, añadió, habiéndonos a Albentz y a mí:

—Me será cualquier cosa, café...

—Entonces no conseguirá usted su objeto—me permití observar.

Si hago historia de lo ocurrido en la sesión española de pinturas, no es por Zuloaga, sino por España; por España, que encontramos las altas direcciones y los insuperables fallos de sus asuntos a gente que, por lo general, es inepta y mal intencionada; y luego es que España de los desastres que ella misma se crea.

Si hubiese conciencia pública en España, dicho Jurado no se quedaría riendo. Moralmente al menos, bien merece que el pueblo le condene a ser ahorcado debajo de la obra de Zuloaga...

LUIS BONAFoux.

## PARÍS AL DÍA José y Fouquier.

Si es cierto que hay que saber morir a tiempo, no puedo negar que el gran cocinero José ha tenido el talento de saber morir. Ha muerto entre Pesmes y Abo Nuevo, ó sea cuando París, digeriendo, como los cuatro millones de estras y cien mil saqueos de Nochebuena, para preparar el colosal estómago a recibir el banquete de un nuevo año, debe recordar mejor las excelencias de José y llorar más hondo su desaparición del mundo de la cocina parisiense, cuyo rey era.

Cuanta crónicas que José tenía gran predicamento en los palacios de Europa; que la princesa de Gales lo adoraba por sus habilidades culinarias, y que el restaurador Vanderbilt le pagó 150.000 francos por dieciocho meses de servicio. Guisando era una maravilla. Trinchando era un artista. Su mandato no admitía réplica. Era un canchilón de hierro y estaba, el canchilón del fogón cosmopolita.

Ha muerto el gran José al mismo tiempo que Henri Fouquier. Éran, en cierto modo, dos almas gemelas, cuya conjunción estuvo en que ambos buscaron la dicha ajena... Fouquier era un psicólogo complaciente del corazón, para cuyas peticiones siempre halló disculpa; José era un psicólogo adador del vientre, para cuyas exigencias siempre tuvo lenitivo. Éran dos males, dos pastaflores. Pero como la Humanidad tiene más tripa que entrañas, la guerra del adobador del espíritu es menos sentida que la muerte del adobador del estómago. Fouquier no aspiraba más que a estar bien con todos sus lectores. José no aspiraba más que a estar bien con todos sus comensales. Cuando Bismarck, contestando a unas madres que fueron a pedirle que dejase entrar algunos vivares en París sitiado, contestó que no entendía que faltasen alimentos habiendo hijos que comer, José, que por entonces estaba en su esplendor en casa de...

Hubo un tiempo en que la gente decía a Fouquier mientras saboreaba a José, y dicen que era miel sobre hojuelas, para cuyo resultado final servía luego el mismo periódico, quedando así confundidos, en un mismo destino, el gran filósofo y el gran cocinero.

Le *Gando*, que come mucho y bien, ha dicho que con José desaparece más que un hombre, desaparece una época. De Fouquier no se ha dicho tanto, ni mucho menos, y es que, aunque todo lo que rechina en Fouquier era oro, estimaban poco su fuerza de su clientela intelectual, y a José la conocía y respetaba todo el mundo...

LUIS BONAFoux.

TÍQUIS MÍQUIS

## ¡YO, VIL!

Pase que el Sr. D. Marcel Cabrera Guerra, secretario de Redacción de *La Ley*, de Santiago de Chile, deseando que yo colaboro—no me dice cómo, pero supongo que gratis—en el *Anexo Dominicil*, me haya escrito para llamarme «el disciplinante y gruñón cronista español de París, al día».

Pero no me parece tan pasadero que un señor francés de Alicante me haya remitido el duplicado de una carta que dice envió al director del *HERALDO DE MADRID*, tratándome cual a un general Mercier.

Dicha carta, que no está firmada, acaso porque el señor francés temió que fuese a verlo a Alicante, como si yo me dedicara a arrojar acémilas, dice, entre otras cosas:

«Dans votre n.º 3.921, 5 Septembre 1899, ce monsieur dépassa les bornes en assimilant les débats du Conseil de guerre à une course de toros (toros no se escriba así en francés, señor mío) dans laquelle nos généraux jouent le rôle le plus ridicule.»

Esto quiere decir que el señor francés, que no se ha acordado de mí para darme las gracias ninguna de las muchísimas voces que he aplaudido y admirado a Francia en lo que merece aplauso y admiración, está furioso conmigo porque, pareciéndome una iniquidad la sentencia del Consejo de guerra de Rennes, y una lástima que la cuna de las revoluciones por la *Libertad*, la *Igualdad* y la *Fraternidad* se deja transformar en nido de sapos, como el Padre Du Lac, y de culabrones, como el general Mercier, asimiló el bochinche de Rennes a una corrida de toros.

Y el *mustá* de Alicante, a quien tan mal parece que yo juzgue a ciertos generales franceses, se desquita en seguida diciendo de todos los nuestros una porción de horrores, copiados de los que dijeron *Gil Blas*, *L'Echo de Paris*, *L'Intransigeant* y otros periódicos que, aunque diciéndose partidarios del ejército en general, injuriaron y escarnecieron al nuestro cuando las guerras de Cuba y Estados Unidos.

Porque el francés, lo mismo en París que en Alicante, se rige por la ley del embudo, aplicándose lo ancho. Páresele de parias la ruidosa campaña que hicieron los periódicos de París contra España cuando el desventurado Gana fué de Redacción en Redacción enseñando las llagas de Montjuich. Pero le parece muy mal que un español protesta contra la *double boucle* que el inquisidor Lebon hizo poner al infeliz Dreyfus. Páresele admirable que esos mismos periódicos de París protestasen contra la alegría que demostró parte de España cuando supo la muerte de Maaco, considerando que voasadamente que había muerto la insurrección, que costaba tantas vidas de españoles, al morir el brazo más fuerte y el corazón más intrépido de la manigua. Pero páresele odioso que la Prensa española, como la Prensa de todo el mundo, haya protestado contra las iluminaciones y los regajillos demostrados en Rennes y París por habérsela vuelto a condenar, tan injusta como inicialmente, a un inocente que, por el crimen de ser judío, pasó cinco años en el infierno de la isla del Diablo, con *double boucle* y *symbole* al régimen del silencio, tan sólo interrumpido por la saqueosa columna de que madama Dreyfus había dado a luz.

Y porque yo protestado, no sólo en nombre de la víctima, sino en nombre de Francia humanitaria, y no sólo por amor a la causa de un inocente, sino por amor a la causa de la República francesa, que tanto he defendido, el francute de Alicante, perteneciente a la clase de los que van a España,

unos a afilar tijeras,

otros a cagar lechones,

se atreve a escribir: *Je suis sûr que cette lettre n'aura aucun résultat, parceque l'orgue on est vil et de mauvaise foi comme l'est M. Bonafoux, c'est pour longtemps.*

Pues si sospechaba usted, especie de gánapiro, que su carta no daría resultado, porque soy vil y tengo mala fe, ¿qué le escribí usted? Con los 15 céntimos de su carta al *HERALDO* y con los 25 céntimos del duplicado dirigido a mí, tenía usted para beberse un ajonjo a la gloria de los Mercier, Lebon, Daniel y demás inquisidores de la regresión histórica de Francia.

Por otra parte, yo no escribo para usted, que ya tiene bastante con los fritos de Dreyfus que le sirve en su parrilla la Prensa antisemita, sino que escribo para el público español, y el público español me dice cosas como esta:

«Los abajo firmados, reunidos en Monóvar en la fábrica de electricidad de don Luis Pérez Bueno, acuerdan expresar a Luis Bonafoux sus simpatías por la noble y humana campaña que ha hecho en favor de Dreyfus.»

Monóvar, 14 de Agosto de 1899.—B. Rodríguez Serra.—L. Pérez Bueno.—E. Cerdá.—J. Martínez Ruiz.—Amancio Martínez Ruiz.—A. Jiménez.—Artenio Pérez Bueno.—Queremón Aljona.—Luis Parramoral.—Fernando Jeldano.

Ya ve usted, *mustá*, que lo que no gusta a usted gusta a otros. Y aunque nadie me felicite, no cambiaría por otra la satisfacción de haber dado en este periódico el primer grito que dió España en favor de la inocencia de Dreyfus, y de haber trabajado más que todos mis compañeros de la Prensa española en la rehabilitación del inocente, aunque recogiendo por todo provecho que *L'Echo de Paris* me llama «vibora que se pasa por París», que usted me llama «vil y de mala fe», y que el gobierno del paquidermo político Dupuy hiciera a la Embajada de España indicaciones de que yo corría peligro de salir para la frontera.

No sé si a patita, entre gendarmes y con *double boucle*, todo por el crimen de pensar libremente en la capital del mundo civilizado, y de una nación constituida en República.

LUIS BONAFoux.